



ELEANOR ARNASON

Una mujer  
del  
**Pueblo de Hierro**  
Premio James Tiptree Jr. 1991



«Por fin, una historia no predecible, bien meditada, del tipo no-puedo-interrumpir-su-lectura. Una historia llena de personas complejas e irresistibles, algunas de las cuales incluso son humanas. Disfrútenla, disfrútenla!»

Ursula K. Le Guin

Lectulandia

Una mujer del Pueblo de Hierro narra el primer contacto de una expedición interestelar humana con los habitantes de Sigma Draconis II, y describe la sorprendente sociedad que allí encuentran. Se trata de una cultura preindustrial, formada por pastores nómadas y por cazadores-recolectores que están incluso en una fase anterior al desarrollo de la agricultura. Las muchas culturas de ese planeta resultan ser sumamente sofisticadas y complejas.

**Lectulandia**

Eleanor Arnason

# **Una mujer del Pueblo de Hierro**

ePub r1.0

Watcher 09.11.2017

Título original: *A Woman of the Iron People*  
Eleanor Arnason, 1991  
Traducción: Rafael Marín Trechera  
Colección NOVA nº 187

Editor digital: Watcher  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para los miembros de los Aardvarks,  
el más veterano de los talleres de escritura de ciencia ficción  
en Minneapolis y/o St. Paul  
(También escribimos narraciones de misterio y tesis doctorales).

## PRESENTACIÓN

*No tengo en absoluto capacidades proféticas pero, como suele decirse, a veces acierto.*

*Aquí tienen ustedes el primer párrafo de mi presentación de CÍRCULO DE ESPADAS (1993 - NOVA ciencia ficción, número 80), una novela de Eleanor Arnason publicada en NOVA en febrero de 1996:*

*A veces la labor editorial resulta ingrata. Ocurre, por ejemplo, con libros como CÍRCULO DE ESPADAS de Eleanor Arnason que hoy presentamos. Es una gran novela, una de esas pocas cuyas tesis uno sigue recordando meses y años después de leerlas por primera vez. Pero es muy posible que no sea un éxito de ventas.*

*Y, aunque me duela reconocerlo, acerté. No fue un gran éxito de ventas.*

*Afortunadamente puse la venda antes que la herida (escribo estas presentaciones antes de que el libro salga a la venta...), y todo siguió como antes. Miento: yo arrastraba desde entonces una frustración más: una maravillosa novela que no supe «vender» a mis lectores. Pero, déjenme decirlo en mi descargo, no era el único que apreciaba su valor. Faren Miller en LOCUS decía de CÍRCULO DE ESPADAS:*

*Les aconsejo su lectura. Hay tan pocas novelas de esta calidad y aparecen tan esporádicamente, que lo mejor es leerlas en cuanto se consigue una de ellas.*

*También una autora ya consagrada y conocida en España como Suzy McKee Chamas alababa CÍRCULO DE ESPADAS diciendo:*

*Desde hace mucho tiempo, esta ha sido la primera novela de ciencia ficción que ha caído en mis manos que me ha hecho desear leerla hasta el final: un verdadero placer, como un gran vaso de agua fresca lleno de diversos e infrecuentes sabores y destellos de lo inesperado, y con deliciosos toques de humor.*

*Con avales como esos, ¿cómo no llegó a ser un éxito de ventas la que era, se lo prometo, una de las mejores novelas que nunca han aparecido en NOVA?*

*La respuesta es sencilla: Miller, McKee Chamas, la misma Arnason u otra de sus grandes valedoras, Ursula K. Le Guin, son mujeres. ¿Qué hacía un tío con barba como yo publicando una «novela de mujeres»? Tal vez ese fuera mi pecado...*

*Desgraciadamente, eso suele ocurrir en España con algunas de las mejores novelas que se están escribiendo en la ciencia ficción mundial en las dos últimas décadas.*

*Sigo preguntándome por la razón de todo ello y una de las primeras explicaciones que se me ocurren es que al lector español de ciencia ficción siempre le ha interesado mucho más la peor novela de un autor ya conocido que la mejor de un autor cuyo nombre le es completamente nuevo. Y si este autor es una mujer, entonces, simplemente, apaga y vámonos... Hay excepciones, claro, como serían Lois McMaster Bujold, Connie Willis u otras (pocas, es cierto...), pero en términos generales podría establecerse una especie de norma que condena al escaso éxito comercial a grandes novelas especulativas si han sido escritas por mujeres y, sobre*

todo, si tratan temas nuevos.

*Y es una lástima, ya que, en mi opinión, quienes escriben hoy en día la ficción especulativa más interesante son las mujeres que han visto en este tipo de literatura la posibilidad de imaginar mundos y sociedades (y voy a ser un tanto eufemístico en la descripción...) en donde la relación de poder entre los géneros no sea como la que se da en nuestra sociedad.*

*Afortunadamente, tras la escasa repercusión comercial de CÍRCULO DE ESPADAS en su día, en noviembre de 2003 (siete años y medio después...), ese gran editor que es Domingo Santos «redescubrió» a Eleanor Arnason para el público español: publicó su novela corta «La alfarera de huesos» en el número 2 de la entonces incipiente y hoy maravillosamente consolidada revista ASIMOV ciencia ficción. Después, Santos ha seguido publicando en ASIMOV novelas y relatos de Arnason, y parecen haber sido bien aceptados por los lectores.*

*O sea, que yo me atrevo a volver a intentarlo.*

*Tal vez sea posible publicar de nuevo en edición de bolsillo este CÍRCULO DE ESPADAS de que les vengo hablando, hoy agotado tras esa terrible amenaza de la edición moderna que hace ricos a los libreros especializados: el saldo.*

*Mientras tanto, aquí tienen ustedes UNA MUJER DEL PUEBLO DE HIERRO (1991), la primera de las pocas novelas que ha escrito Eleanor Arnason, la que le dio la gran fama que hoy tiene entre el nuevo y creciente grupo de lectoras y escritoras que se han incorporado al fandom en las últimas décadas.*

*No es algo nuevo. En NOVA hemos ido incorporando, a lo largo de los años, los títulos más destacados de las autoras (y también los autores) que, según mi criterio, aportan nuevos valores a un género que algunos comentaristas han llegado a considerar muerto u opinar que en él ya está todo escrito.*

*Pero no está escrito todo, ni la ciencia ficción se muere. Aunque para el gran público, el género se reduzca a autores de otras épocas, como Heinlein, Asimov, Clarke o Dick, hay nueva savia en el árbol de la ciencia ficción. Y debo reconocer que, entre los nuevos autores de la ciencia ficción, parece que personalmente siento una seria debilidad por las mujeres que se preocupan por imaginar sociedades distintas a la nuestra, principalmente en lo que hace referencia al rol de los sexos en la organización social.*

*Desde space operas como la saga de CHANUR de C. J. Cherryh (NOVA ciencia ficción, números 2, 14, 16 y 23), a las ideas avanzadas y rompedoras de autoras como Sheri S. Tepper en obras como LA PUERTA AL PAÍS DE LAS MUJERES (NOVA ciencia ficción, número 69), EL ÁRBOL FAMILIAR (1997, NOVA número 138) o LA BELLA DURMIENTE*

*(1991, NOVA número 185), hay una amplia posibilidad de especular en torno al sexo, al género y a la organización social que de él se deriva. De eso trataba, en el fondo, CÍRCULO DE ESPADAS y trata también la novela que hoy presentamos:*

*UNA MUJER DEL PUEBLO DE HIERRO (1991 - NOVA número 187).*

*Eleanor Arnason obtuvo su primer gran éxito popular y muchos elogios de la crítica con la novela que hoy presentamos: UNA MUJER DEL PUEBLO DE HIERRO (1991). Se trata de una novela que recuerda bastante a la famosa LA MANO IZQUIERDA DE LA OSCURIDAD (1969) de Ursula K. Le Guin. Como ya ocurriera en LA MANO IZQUIERDA DE LA OSCURIDAD, la mayor parte de la novela de Arnason narra un largo viaje, realizado esta vez por dos alienígenas y dos humanos, para desarrollar la comparación entre ambas culturas y, en definitiva, las respectivas formas de vivir la sexualidad.*

*UNA MUJER DEL PUEBLO DE HIERRO obtuvo el premio de la Mythopoeic Society y el primero de los premios anuales otorgados en memoria de James Tiptree Jr. (el pseudónimo de la escritora y psicóloga Alice Sheldon, fallecida en 1987). Se trata de un galardón que se ofrece a la «gender-bending SF», lo que viene a ser la ciencia ficción que «dobla» o «cambia» la situación de los géneros. Todo un manifiesto...*

*A algunos comentaristas les pareció que la novela de Arnason venía a ser, en sus tesis principales, demasiado «parecida» a la clásica obra de Le Guin. En general, algunos de los comentarios con que los especialistas saludaron la aparición de UNA MUJER DEL PUEBLO DE HIERRO incidían en ese parecido, como ocurre, por ejemplo, con el punto de vista de Charles Platt:*

*Eleanor Arnason promete ser tan importante como Ursula K. Le Guin lo fue en los años setenta: una magnífica narradora que nos ofrece una amable pero conmovedora parábola sobre la naturaleza de la sociedad y la sexualidad humanas.*

*Incluso la misma Ursula K. Le Guin avaló la novela de Eleanor Arnason con un comentario tan laudatorio como este:*

*Por fin, una historia no predecible, bien meditada, del tipo no-puedo-interrumpir-su-lectura. Una historia llena de personas complejas e irresistibles, algunas de las cuales son humanas. Esta novela fascinante plantea algunas cuestiones difíciles e importantes y no proporciona respuestas fáciles, sino algunas que resultan muy inteligentes y también divertidas. ¡Disfrútenla, disfrútenla!*

*UNA MUJER DEL PUEBLO DE HIERRO es, en el fondo, una novela de «primer contacto». Narra el primer encuentro de una expedición interestelar humana con los habitantes de Sigma Draconis II, y la sorprendente sociedad que allí*



encuentran. Se trata de una cultura preindustrial, formada por pastores nómadas y por cazadores-recolectores que están incluso en una fase anterior al desarrollo de la agricultura. Las muchas culturas de ese planeta resultan ser sumamente sofisticadas y complejas.

Como ya se ha dicho, de forma parecida a lo que ocurría en LA MANO IZQUIERDA DE LA OSCURIDAD de Ursula K. Le Guin, la novela narra (en la voz de Lixia, una antropóloga humana), un largo viaje, casi iniciático, realizado por dos alienígenas y dos humanos. La extraterrestre es Nia, una mujer del Pueblo de Hierro que se atrevió a oponerse a la norma y ser conocida entre su gente como «la mujer que amó a un hombre»... Le acompaña un oráculo: La Voz de la Cascada. Los terrestres son Lixia y Derek.

Ciencia ficción antropológica y tal vez feminista, UNA MUJER DEL PUEBLO DE HIERRO descubrió a una autora excepcional que, desgraciadamente, no se prodiga demasiado.

Como dice Ursula K. Le Guin: disfruten de esta novela peculiar. Vale la pena.

Miquel Barceló

## AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a las siguientes personas que leyeron el manuscrito de esta novela y me aconsejaron algunos cambios:

Ruth Berman, John Douglas, David G. Hartwell, Eric M. Heideman, Albert W. Kuhfeld, Mike Levy, Sandra Lindow y Shoshona Pederson.

Al Kuhfeld diseñó la maravillosa nave estelar y leyó la novela en busca de errores científicos. El manuscrito pasó posteriormente por tres revisiones, y él no es en modo alguno responsable de cualquier nuevo error que pueda haberse cometido. Susan Pederson me ayudó a crear la cultura del Pueblo de Hierro. Ruth Berman dio con el nombre que más me gustaba para la nave. P. C. Hodgell dibujó el mapa.

Mi agradecimiento especial a Bill Gober, que me oyó hablar de la novela hace años en una Minicon. Todos los años desde entonces me abordaba en las Minicons y me decía: «¿Has terminado ya la novela sobre la gente peluda?»

Aquí está, Bill. Espero que la espera haya merecido la pena.

El agua dice: recuerdo.  
Yo llegué primero.  
No había nada antes que yo.  
En la época de las lluvias llovía sobre el agua.  
En época de sequía el agua reflejaba el cielo.  
Yo llegué primero.  
No había nada antes.  
El vapor se alzó.  
Se convirtió  
en el árbol del cielo.  
El vapor se alzó.  
Se convirtió  
en el pájaro del sol.  
Una semilla cayó.  
La tierra empezó a crecer.  
Los animales brotaron.  
La vegetación era densa.  
Entonces vino la gente.  
Vinieron los espíritus  
y los poderosos demonios  
que viven bajo la tierra.  
Dejadme que os lo diga:  
yo duraré más que ellos.  
Incluso los demonios  
desaparecerán algún día.  
No tengo forma.  
Nadie puede dividirme.  
Nadie puede decir  
lo que soy en realidad.

DE: *El Comité para el Problema del Primer Contacto*

PARA: *Los miembros de la primera expedición interestelar*

El problema, tal como lo vemos, se subdivide en tres. (1) Pueden encontrar a gente que disponga de una tecnología más avanzada que la nuestra. (2) Pueden encontrar a gente con tecnología similar. (3) Pueden encontrar a gente con tecnología menos avanzada.

(Dejemos, por el momento, la cuestión de lo que significa «más» y «menos» avanzada. Tampoco tendremos en cuenta la posibilidad de que los alienígenas

posean una tecnología tan diferente a la nuestra que no haya forma de comparar ambas.)

Creemos que lo más probable es que se encuentren en el tercer caso: con alienígenas de tecnología menos avanzada. Pero analizaremos todas las posibilidades, por si acaso.

Los alienígenas con tecnología similar no suponen el menor problema. Desde luego no podemos hacerles daño, no a una distancia de 18,2 años-luz. Si su tecnología es más o menos la misma que la nuestra tampoco ellos podrán hacernos daño a nosotros. Cabe la posibilidad de que ambas culturas obtengan considerables ventajas sin demasiado riesgo. Probablemente puedan ustedes continuar sin problemas.

Si se encuentran con alienígenas con una tecnología realmente avanzada (con nivel MRL, por ejemplo), tendrán que pararse a pensar.

Según la teoría social en vigor, cualquier especie capaz de viajar a las estrellas puede también autodestruirse, y cualquier especie que puede destruirse a sí misma lo hará, a menos que aprenda rápidamente a contrarrestar sus facetas menos agradables.

Pensamos que es improbable que se encuentren con una especie estelar agresiva, violenta, maligna o muy avariciosa. Pero todas nuestras teorías se basan en el ejemplo de una, y tal vez no seamos tan agradables como creemos ser.

Si se encuentran con una especie tecnológicamente superior, sean cautelosos. Puede que precisen mantener las distancias, al menos al principio. Puede que no sea aconsejable que digan de dónde proceden.

Si son decentes y pacíficos, respetarán su cautela. Si no lo son, recuerden que su nave ya cuenta con medios de autodestrucción. Si es necesario, pueden borrar el sistema informático y matar a toda la tripulación.

Esta capacidad les ha sido proporcionada con enorme recelo (Véase Apéndice D). Puede ser la prueba de que, como especie, no hemos superado nuestro terrible pasado.

El problema cuando se trata con una especie más avanzada es la autoprotección.

(Recuerden, cuando hablamos de avances, nos referimos solamente a la tecnología).

El problema cuando se trata con una especie menos avanzada es el karma. No queremos hacer daño. Nuestra especie ha causado ya mucho daño a lo largo del tiempo.

Tengan mucho cuidado si se encuentran con pueblos cuya tecnología no sea igual a la nuestra. Recuerden todas las culturas destruidas a lo largo de los últimos siete siglos. Recuerden todos los millones de personas que han muerto en la Tierra: tribus y naciones enteras, familias lingüísticas, religiones...

desaparecidas, aniquiladas. Recuerden a los otros homínidos que ya no están con nosotros. Recuerden al Homo sapiens neanderthalensis.

Ahora creemos comprender el proceso. Creemos que no volveremos a hacer esas cosas. Pero no estamos seguros.

Vayan muy despacio. Piensen en lo que están haciendo.

Lao Zi y Zhuang Zi nos recuerdan los peligros de la acción.

Los maestros del chan y el zen nos advierten de que cuando discriminamos, cuando separamos el «bien» del «mal» y lo «alto» de lo «bajo» nos apartamos de la verdadera sabiduría.

Karl Marx nos dice que la acción es inevitable y que tenemos que discernir para comprender.

Tienen dos opciones de sabios.

Sin embargo, recuerden que (según Marx) el objetivo del socialismo es la acción reflexiva, la historia consciente, gente que sabe lo que hace.

Recuerden, también, que las categorías no son inmutables. «El bien» y «el mal» cambian de significado. Lo «alto» y lo «bajo» son relativos. Las distinciones (las discriminaciones) que llevan consigo en su viaje tal vez no sean útiles cuando lleguen.

Buena suerte.

Copias de este memorándum han sido incluidas en el Sistema de Acceso Abierto a la Información (OASIS), los Archivos de la Alianza de Comunidades Humanas (ANKH), y los Archivos de la Quinta, Sexta y Octava Internacionales.

**Apéndice A:** Sobre los posibles significados de «más» y «menos» avanzados.

**Apéndice B:** Por qué pensamos que es más probable que encuentren a pueblos de tecnología menos avanzada.

**Apéndice C:** Informe específico sobre los peligros del chauvinismo cultural.

**Apéndice D:** Informe específico sobre los peligros del miedo.

**Apéndice E:** Informe específico sobre la relevancia de conceptos daoístas y budistas.

**Apéndice F:** Informe específico sobre la relevancia de Karl Marx.

**Apéndice G:** Dao De Jing (completo).

**Apéndice H:** La ideología alemana (fragmentos encogidos).

# PRIMERA PARTE

## ANASU

Su madre, una seguidora de la Señora de la Fragua, trabajaba el metal. Pero murió joven, una primavera de la estación de apareamientos. Esto sucedía a veces. Una mujer dejaba el pueblo y no regresaba nunca.

Las viejas decían:

—Un hombre loco se la ha llevado. ¡Ah! ¡Qué pesada es la carga de la mujer!

En cualquier caso, Nia y su hermano se quedaron solos. Suhai, una de las hermanas de su madre, los recogió. Era una mujer grandullona de pelaje tan oscuro que parecía más negro que marrón.

Además de recogerlos, se llevó las pertenencias de su madre: la tienda, el carro, los seis cuernicurvos castrados y las herramientas de hierro, bronce y piedra.

—Un pago justo —les dijo Suhai—. Me costaréis mucho en los inviernos por venir. También tengo que cuidar de mis propios hijos.

—Siempre has sido una persona acaparadora —dijo el hermano, Anasu, que entonces tenía ocho años.

Suhai se enfadó.

—Vete fuera. No quiero verte.

Anasu hizo el gesto de asentimiento, y luego se puso en pie. La puerta de la tienda estaba abierta. Nia podía ver a su hermano claramente. Era esbelto y grácil. Su pelaje era marrón rojizo. Brillaba como el cobre a la luz del sol. Aquel día llevaba (o eso creía recordar más tarde) un kilt de tela azul oscura, botas altas y un cinturón con hebilla de plata.

Anasu se marchó. Nia miró a Suhai, acurrucada junto a la hoguera, que estaba apagada.

—Gracias a la Madre de las Madres no tengo hijos. Bueno, pretendo hacer lo que está bien. Yo lo educaré, aunque no espero disfrutar ni un momento. Tú, Nia, serás menos problemática, estoy segura. Las mujeres de nuestra familia siempre han sido de temperamento más templado.

Nia no contestó.

Las cosas salieron tal como esperaba Suhai. No le resultó placentero criar a Anasu, aunque era listo y habilidoso. Ningún chico de su edad bordaba mejor. Era bueno con el arco. Tenía buen humor, también, excepto si Suhai estaba cerca. Los dos discutían siempre.

Nia permanecía al margen de esas discusiones. Descubrió que era una persona tímida. Buena para poco, se decía. No podía ayudar a Anasu, aunque se sentía más cercana a él que a nadie; y no podía enfrentarse a Suhai. Siempre, siempre hacía lo que quería su tía.

Como todo el mundo, su pueblo seguía los rebaños. En primavera se dirigían al norte, a la Tierra de Verano: una llanura ancha y uniforme con muchos pequeños lagos y ríos poco profundos. En los días en que Suhai la dejaba libre, Nia y Anasu

construían trampas con las ramas de los arbustos que crecían en las riberas. Las ramas eran finas y flexibles. Podían entrelazarlas y luego atarlas con trozos de cuerda de corteza.

Ponían las trampas en el río. Luego se sentaban en la orilla y hablaban hasta que una sacudida en el agua les indicaba que había picado un pez.

Cuando se ponía soñador, Anasu hablaba de volar. Las grandes nubes del verano le parecían habitables.

—No las nubes de tormenta, por supuesto, sino las otras. No creo que sean buenas para los rebaños. Tienen demasiadas montañas. Pero podría llevar mi arco allí. Sabemos que hay agua. Tal vez haya peces.

Nia escuchaba, sin decir gran cosa. Anasu era dos años mayor que ella. Siempre tenía más que decir.

En otoño el poblado se dirigía al sur: primero el rebaño, guiado por los hombres adultos, luego los carros, las mujeres y los niños, y los hombres muy ancianos. Hisu, el maestro arquero, era uno de ellos.

La Tierra de Invierno era una ondulada llanura salpicada de árboles. Al sur se hallaban las colinas de piedra. Tras las colinas había una enorme masa de agua.

—Nuestra sal procede de allí —le dijo Anasu—. Algunos de los hombres, los verdaderamente aventureros, se quedan allí solos durante el verano. Hisu me lo contó. Él lo hizo cuando era joven. Esperó a que el rebaño se marchara y cruzó las colinas. Al otro lado hay colinas más pequeñas, de arena, y luego el agua. Se extiende hasta el horizonte, dijo Hisu, como la llanura de la Tierra de Verano, y sabe salada. Hizo cuencos de madera. No hay madera cerca, dijo. Tuvo que llevarla desde las colinas de piedra. ¡Hu! ¡Cuánto trabajo! Llenó los cuencos con agua. Cuando el agua se secó, había sal en ellos.

La miró, entusiasmado por esta información y esperando en ella una reacción similar.

Nia hizo el gesto que significaba que oía y comprendía.

Anasu hizo el gesto que significaba si eso es lo que piensas.

—Creo que recogeré sal cuando sea un hombre —dijo.

Nia notó algo duro en su garganta. No le gustaba la idea de crecer.

Pasaron los años. Cuando Nia cumplió diez, Suhai empezó a enseñarle cómo trabajar el hierro. Le dijo a Anasu que esto la hacía feliz.

—Deberías haber empezado hace un año o tal vez dos. Suhai siempre se queja y es lenta.

—Sin embargo, soy feliz —dijo Nia—. Suhai es buena con lo que hace.

—En la forja, tal vez. En todo lo demás, no.

Anasu creció. Su cuerpo empezó a ensancharse. Suhai lo odiaba.

—Nunca me han gustado los hombres. Incluso cuando estaba llena del celo primaveral me parecían horribles. Estoy cansada de volver a casa y encontrarte en mi tienda.



Anasu, que tenía ya catorce años, hizo el gesto de asentimiento. Recogió sus pertenencias, los kilts, las botas, la larga capa para el invierno, y se marchó. Llevaba el arco enfundado a la espalda y de su cinturón colgaba su cuchillo.

Nia se levantó, temblando.

—Ya es suficiente, vieja. No te aguanto más. Yo también me marcho.

—Muy bien. —Suhai permaneció sentada junto al fuego. La cena se cocinaba en una gran olla. Sacó un trozo de carne y comió.

Nia empezó a empaquetar.

Salió de la tienda sintiéndose orgullosa. Por primera vez desde que podía recordar había hecho algo importante ella sola. Y ahora ¿qué? No lo sabía. Se detuvo y miró alrededor. Estaban a finales del verano. El día era cálido y tranquilo. El humo se alzaba en línea recta desde las hogueras donde cocinaban. En la distancia titilaba la llanura amarilla. No tenía ni idea de lo que iba a hacer.

—¿Nia? —Era Tiantai, su prima: una mujer gruesa con pelaje marrón oscuro—. Anasu me ha dicho que has dejado a mi madre.

Nia hizo el gesto de asentimiento.

—Así es.

—¡Esa terrible mujer! Acabará echando a todo el mundo. Mi abuela me dijo una vez que Suhai tendría que haber sido hombre. Es demasiado peleona para ser una mujer. Ven a alojarte conmigo, por el momento al menos.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

Se alojó con Ti-antai durante el viaje al sur. Cuando llegaron a la Tierra de Invierno, se mudó con Hua, una anciana cuyos hijos habían muerto todos. Su tienda estaba vacía y necesitaba ayuda en su fragua.

—Un buen intercambio. Tú me ayudas. Me haces compañía. Yo te enseñaré los secretos del oro y la plata. Los conozco, ¿sabes? Hubo una época en que yo era la mejor herrera del poblado. Hoy tampoco soy mala. Mis manos se han vuelto un poco torpes, cierto, y mis ojos no son lo que solían. Pero ¿qué más da? En cualquier caso, te enseñaré cómo mezclar plata con el hierro. Y oro, también. Ven cuando quieras.

Anasu cambió su mejor bordado por dos piezas de cuero. Con ellas hizo una tienda, una tienda pequeña. Vivía solo en el borde del poblado. Ese invierno Nia lo vio poco.

En primavera, en el viaje al norte, Anasu cabalgó junto al carro de Hua y la ayudó con los cuernicurvos. Uno de ellos era un macho joven, fuerte pero reacio a tirar.

Ya estaba plenamente desarrollado. Era más silencioso que antes, aunque seguía teniendo buen humor.

Una mañana, a medio viaje, Nia se despertó un poco antes que de costumbre. Se levantó y salió. Habían acampado junto a un río. Las brumas flotaban sobre el agua. El sol empezaba a asomar sobre la cordillera, al este. Se acercó al carro. La parte trasera estaba sujeta con cadenas y cerrojos. Podía soltarse para cargar y descargar más fácilmente, creando un espacio plano. Anasu dormía allí. Se había quitado la

capa en algún momento de la noche. Yacía de espaldas, con un brazo sobre la cara, cubriéndose los ojos. De pronto Nia vio a su hermano con claridad. Era grande y sólido. Parecía desastrado, burdo, poco familiar. Se acercaba el cambio. Nia sintió un terrible pesar.

Él se despertó y se despezó.

—¡Hu! ¡Estoy entumecido!

Ella tuvo ganas de abrazarlo, pero decidió no hacerlo. Tendría que explicar por qué lo hacía. En cambio, se puso a encender la hoguera y preparar el desayuno.

Ese verano Nia trató de pasar más tiempo con Anasu. Pero él se mostró inquieto, silencioso. Le gustaba pescar y cazar solo. Cuando estaba en el poblado, trabajaba haciendo flechas o en la confección de un gran bordado que representaba a un hombre con grandes cuernos curvos: el Señor de los Rebaños. A cada lado había hembras de cuernicurvo. Sobre él, el sol y un par de pájaros.

—No lo molestes —dijo Ti-antai—. Se está preparando para el cambio. Si quieres hacer algo por él, trabaja en sus regalos de despedida.

Nia hizo el gesto de asentimiento.

El verano fue lluvioso e inusualmente breve. El sol estaba todavía muy lejano en el norte cuando las aves empezaron a marcharse.

—Un mal invierno —dijo Hua—. Le preguntaré a la curtidora qué quiere a cambio por una buena capa de piel. Ahora, será mejor que empecemos a empaquetar.

Justo antes de que dejaran la Tierra de Verano, el cielo se aclaró. Durante dos días hizo calor. Anasu se le acercó entonces.

—Vamos a pescar.

Hicieron trampas y las colocaron en el río. Luego se sentaron en la orilla. Las hojas de los matorrales empezaban a amarillear. El sol era caliente. Un lagarto de río los observaba con atención, la cabeza alzada, desde una roca cercana. Bajo la barbilla tenía una bolsa de piel, de color naranja. Una o dos veces, la hinchó y croó.

Anasu tomó una rama y la partió en dos.

—Me vuelvo más y más irritable. Hay días, Nia, en que apenas soporto a la gente. Creo... que golpearé al próximo que se me acerque.

«El cambio», pensó Nia.

—He decidido contártelo. Quiero que sepas que si me marcho de repente o me vuelvo violento, es porque no puedo seguir manteniendo el control.

—Todos lo sabemos.

Él hizo de pronto el gesto de desacuerdo, violentamente.

—No podéis saberlo. Me arden los huesos. Es como un fuego en una turbera que no se apaga nunca. Nunca me he sentido peor, ni siquiera cuando murió nuestra madre. —Se levantó—. No voy a quedarme aquí, Nia. Adiós.

Se marchó. Nia se quedó un rato contemplando el río. Un pez se debatía en el agua, donde habían colocado una de sus trampas. Se acercó a recogerlo.

Durante el viaje al sur apenas lo vio. Una o dos veces, a través del polvo, atisbo a un joven cabalgando. Puede que fuera él. Una noche él fue a verlas a su tienda. Su piel era áspera y oscura. Llevaba la ropa sucia. Se sentó frente a ellas y se sirvió la cena. La vieja Hua, normalmente muy charlatana, no dijo nada.

—¿Cómo estás? —preguntó Nia por fin.

Él la miró, inexpresivo. Sus ojos no eran de un amarillo puro, advirtió ella. Había naranja en torno a las pupilas. No recordaba eso.

Él hizo el gesto que significaba ni bien ni mal. Siguió comiendo. Cuando terminó, se marchó.

—Termina tus regalos —dijo la vieja Hua.

Ella así lo hizo. El último era una hebilla de hierro revestida de plata en forma de cuernicurvo luchando con un asesino-de-las-montañas.

—No está mal —dijo Hua—. Algún día harás que me sienta orgullosa.

Nia hizo el gesto que significaba una negativa amable o modestia a estar de acuerdo.

—Tienes demasiado poco respeto por ti misma —dijo Hua.

El viaje terminó. La gente emplazó sus tiendas junto al río Marrón. Al norte se encontraba la cordillera de piedra. Sus faldas estaban cubiertas de árboles. Al sur, al otro lado del río, se hallaba la llanura: ondulante, salpicada de árboles, del color amarillo del final de verano. El rebaño pastaba allí.

No había ni rastro de Anasu. Nia se sintió inquieta.

—Vendrá —dijo Ti-antai—. Ningún hombre se marcha sin sus regalos de despedida..., a menos, por supuesto, que el cambio lo vuelva loco. Pero eso rara vez pasa.

—No eres siempre un alivio, prima.

Al principio el clima fue seco. Luego empezó a llover. Cada día caían al menos unas gotas. La mayoría de los días lloviznaba durante horas. El aire era frío. Hua decía que le dolían los huesos. Sin embargo, seguía trabajando.

Una tarde las dos estaban en la fragua. Nia manejaba los fuelles para Hua, que estaba haciendo un cuchillo largo: un regalo de despedida para Gersu, el hijo de la curtidora, que era un poco más joven que Anasu.

Cuando terminaron de martillar y sumergieron la hoja en agua fría, Nia soltó los fuelles. Se frotó el cuello.

—Nia —era Anasu. Su voz parecía vacilante.

Nia miró alrededor. Él se encontraba cerca, sujetando las riendas de su cuernicurvo. Tenía peor aspecto que nunca: desgredado, sucio, confuso.

—¿Anasu?

—Yo... —calló un instante—. He venido por los regalos. Voy a cruzar el río.

Ella hizo el gesto de reconocimiento, luego el gesto de pesar.

—Quédate aquí —dijo Hua—. Nadie te molestará. Lo empaquetaremos todo.

Las dos entraron. Hua echó madera al fuego y puso a calentar un cuenco de leche.

Nia sacó las nuevas alforjas que había hecho la curtidora y la tela que había cambiado a la ciega Angai, la tejedora, por una olla nueva. Ella o Hua o Ti-antai habían hecho la mayor parte del resto de las cosas. Las fue guardando una a una: el cuchillo nuevo, la olla, las agujas de latón, el punzón y el peine de largo mango, de los que usan los hombres para peinarse los pelos de la espalda.

«¿Qué más?» Le costaba pensar.

—¡El cinturón nuevo, tonta! —Hua empaquetaba comida: carne seca, bayas secas, pan.

Terminaron por fin. Hua sirvió leche en una taza. Le llevaron las alforjas a Anasu. Había empezado a lloviznar. Él estaba allí de pie, donde lo habían dejado, con aspecto nervioso. El cuernicurvo, que captaba su nerviosismo, no paraba de moverse, girando la cabeza, agitando las orejas, tirando de las riendas.

Justo cuando ellas alcanzaban a Anasu, él tiró de las riendas y gritó:

—¡Quieto!

El cuernicurvo mugió y retrocedió. Anasu lo obligó a agacharse. Recogió las alforjas que le ofrecía Nia. Un momento más tarde cabalgó el cuernicurvo. Se inclinó y palmeó a la bestia en el hombro. El cuernicurvo empezó a correr.

—¡Anasu! —gritó Nia.

Él se había marchado.

—¡Hombres! —dijo Hua—. Siempre hacen un espectáculo. Y yo aquí con la taza de leche. Tenía intención de dársela. Bueno. —Tomó un sorbo—. A mí me hará el mismo bien.

Nia gruñó, cerró el puño y empezó a golpearse un muslo.

—Eso es. Saca de ti la pena.

Nia siguió golpeándose el muslo.

Como había predicho Hua, fue un invierno malo. Hizo frío y hubo mucha nieve. Nia se preguntaba cómo le iría a Anasu. Rezaba al Señor de los Rebaños pidiéndole que protegiera a su hermano.

En la época del solsticio Gersu se volvió loco y tuvieron que expulsarlo del poblado. Después, su madre le llevó sus regalos al otro lado del río. Los colgó de las ramas de un gran árbol. Tal vez él los encontrara y los recogiera. Lo más probable era que no.

—Siempre tuvo una mala expresión en los ojos —dijo Hua.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

La primavera llegó pronto. La llanura se volvió de un azul celeste. Los arbustos de las orillas del río se cubrieron de flores amarillas. Nia casi se sintió feliz.

—¿Ves? —dijo Hua—. Nos recuperamos de todo.

—No. No lo creo.

—Ya verás.

Llegó la estación de apareamientos. Ti-antai, que acababa de destetar a su último hijo, sintió el celo de primavera y se marchó. Nia se mudó a su tienda y cuidó de los

niños.

Ti-antai regresó al cabo de diez días. Parecía agotada y relajada.

—Bueno, se acabó —se desperezó y bostezó.

—¿Viste a Anasu?

—Por supuesto que no. Nia, ¿qué te ocurre? Debe estar lejos, al sur, con los otros hombres jóvenes. No fui hasta allí. —Ti-antai enrolló una manta para que le hiciera las veces de almohada, luego se acostó. Bostezó de nuevo—. Encontré a un tipo grande, a medio día de aquí. Hace buenas tallas. Me dio un cuerno lleno de sal. ¡Hu! ¡Necesito dormir!

Ninguna de las mujeres se había encontrado con Anasu, pero ninguna había llegado muy al sur. Todas se habían apareado con hombres mayores, que tenían sus territorios cerca del poblado.

—No te preocupes —dijo Hua—. Dentro de dos o tres años alguien lo encontrará y te lo dirá.

Nia hizo el gesto que significaba que comprendía. Mientras hacía el gesto, pensó que había algo mal. Algo desequilibrado. ¿Por qué la gente se sentía sola tan a menudo?

Se dirigieron al norte, a la Tierra de Verano. Una vez asentados allí, Nia buscó nuevas amistades. Había pasado demasiado tiempo con Anasu. Se había apoyado demasiado en él.

Escogió a la joven Angai como amiga. Angai era la hija de la hechicera, una niña delgada y lista, a menudo sarcástica. Pero sabía muchas cosas interesantes: los usos de las plantas, el significado del vuelo de los pájaros. Como Nia, estaba sola.

—Tengo muchas habilidades —le dijo a Nia—. Pero no la habilidad de la amistad. ¡Qué terrible!

Nia la miró. ¿Era una broma? Sí. Una comisura de su boca estaba torcida, un signo de que realmente no hablaba en serio.

A mitad de verano, en el festival, se emborracharon juntas y durmieron abrazadas.

A finales de verano, Nia hizo un collar para Angai. Cada eslabón era un pájaro de plata.

—¡Precioso! —dijo Angai. Abrazó a Nia y se puso el collar—. ¡Todos en el pueblo me envidiarán!

—Piensas demasiado en la opinión de los demás.

Angai pareció irritarse.

—Es posible —dijo.

Durante un par de días a partir de entonces Angai se mostró esquiva. Luego fue a la fragua de Hua con un regalo. Era un ungüento que hacía que cualquier quemadura dejara de doler.

—Es receta de mi madre. Yo la hice esta vez. Mi madre dice que es muy bueno.

Nia aceptó el frasco.

—Gracias.

—¿Podemos dejar de pelear?

Nia se echó a reír.

—Sí.

El otoño fue seco y el viaje al sur sencillo, casi agradable. Nia y Angai continuaron juntas. A veces Angai viajaba en el carro de Hua. A veces Nia viajaba junto al carro de la hechicera. Nunca entraba en él, por supuesto. Estaba lleno de magia.

Un día las dos se alejaron cabalgando de la caravana. Dejaron correr a sus cuernicurvos. Cuando las bestias empezaron a cansarse, se detuvieron. La tierra era llana y vacía. No se veía nada excepto la llanura amarilla y el cielo verdiazul. En algún lugar cantaba un pájaro: pi-click-pi.

—¡Hu! —dijo Nia. Frotó el cuello de su cuernicurvo.

—Hay veces en que me canso de la gente —dijo Angai—. Creo que me gustaría ser un hombre y vivir sola.

—Tienes muchas ideas extrañas.

Angai hizo el gesto de asentimiento.

—Es por vivir con mi madre. Pasemos aquí la noche, alejadas de todos.

—¿Por qué?

Angai hizo el gesto de inseguridad.

—No es suficiente motivo —dijo Nia—. Y no tengo ningún deseo de hacer las cosas que hacen los hombres.

Por la tarde, se unieron a la caravana. Todavía estaba en marcha. Carros y animales levantaban nubes de polvo. Al acercarse Nia oyó los sonidos de voces: mujeres y niños gritando. Por un momento el ruido la enfureció. Tuvo ganas de darse la vuelta y regresar al silencio de la llanura.

No lo hizo. Siguió cabalgando en busca del carro de Hua.

Cuando llegaron a la Tierra de Invierno, Ti-antai se sintió mal. Sangró y tuvo un aborto. La hechicera celebró una ceremonia de purificación y otra ceremonia para evitar nuevos incidentes. Después de eso Ti-antai mejoró, pero muy despacio. Estuvo enferma hasta bien entrado el invierno.

No sucedió nada más de importancia, excepto que Nia descubrió que podía llevarse bien con Suhai. Se visitaban mutuamente..., no a menudo, sino de vez en cuando. Suhai se estaba haciendo vieja. Había pelos grises en su pelaje. Sus anchos hombros se encorvaban. Se quejaba del frío del invierno y de la ingratitud de sus hijas.

—Nunca me visitan. Después de tantos años de cuidados, me dejan sola. ¿Es justo? ¿Es normal?

Nia no dijo nada.

—¿Bien? —preguntó Suhai.

—No criticaré su conducta. Los proverbios dicen: «No hables mal de tus parientes ni de nadie con quien viajes». Los proverbios también dicen: «No

intervengas en las peleas de los demás».

—¡Hu! He criado a una mujer sabia, ¿no?

Nia no respondió.

Suhai se levantó, moviéndose con torpeza.

—No voy a escuchar a una niña escupir sabiduría como el pez del cuento que escupía piezas de oro. No es natural. Adiós.

—Adiós, madrastra. Te visitaré dentro de un día o dos.

Llegó la primavera. Otra vez vino pronto. Nia empezó a sentirse inquieta. Por la noche tenía sueños inquietantes. A menudo, en los sueños, veía a su hermano o a otros hombres jóvenes, incluso al loco Gersu.

Cuando despertaba solía sentirse cansada. Le resultaba difícil concentrarse. Empezó a cometer errores en la fragua.

—¿Es que no puedes hacer nada bien? —preguntó Hua.

Nia la miró, asombrada.

—Bueno, eso es una clase de respuesta. Pero no la adecuada —dijo Hua.

Acabó por asir una hoja de cuchillo que estaba aún caliente y se quemó la mano. Hua le curó la quemadura.

—Ya basta —dijo—. Vete. No vuelvas hasta que puedas trabajar.

Angai le dio una poción que reducía el dolor. Durmió mucho. Sus sueños eran fragmentados, difusos, preocupantes. Anasu estaba siempre en ellos.

Por fin dejó de dolerle la mano, sin embargo notaba el cuerpo lleno de extrañas sensaciones: picores y retortijones. A menudo tenía calor, aunque todavía estaban a principios de primavera. El clima no era especialmente caluroso.

Fue a visitar a Ti-antai.

—El celo de primavera —dijo su prima—. Puedo verlo en tu cara. Bueno, ya eres bastante mayor. Recoge tus cosas. Comida y un regalo para el hombre. Algo útil. Ropa o un cuchillo. Estarás preparada para marcharte dentro de un día o dos.

Ella preparó sus cosas. Esa noche no durmió. El cuerpo le picaba y le dolía. Partió por la mañana. El contacto con el viento la hizo estremecerse. «Hora de irse», pensó. Ensilló su cuernicurvo favorito. Después, fue a recoger sus alforjas.

—Ten cuidado —dijo Hua.

Durante un momento no advirtió quién era la vieja. Entonces recordó.

—Sí.

Salió, montó y se marchó.

Vadeó el río. El agua era poco profunda. Había una leve bruma. En la orilla opuesta crecía un árbol. Un par de harapos colgaba de las ramas. Había un cuchillo clavado en la madera. La hoja y la empuñadura estaban oxidadas. Nia lo observó todo, luego lo olvidó y siguió cabalgando hacia la llanura.

A media tarde alcanzó el rebaño. El primer animal que vio fue un macho grande. Tenía un cuerno roto. El largo pelo revuelto que cubría su cuello y su pecho era marrón plateado. Mugió y bajó la cabeza, como si estuviera a punto de atacar. Luego

alzó la cabeza y la sacudió. Un momento más tarde se alejó trotando.

«Bien», pensó ella. No estaba de humor para una confrontación.

Siguió cabalgando. Pronto se topó con otros animales, añojos y de dos años. Eran demasiado mayores para que los cuidaran sus madres y demasiado jóvenes para plantar cara a los grandes machos, los guardianes del rebaño. En esta época del año permanecían en la periferia del rebaño, alejados de las hembras y sus nuevas crías. No les gustaba. A menudo los añojos intentaban acercarse a sus madres. Pero los grandes machos los expulsaban.

Nia se detuvo al atardecer. Encontró un árbol y ató a él su cuernicurvo. Luego encendió una hoguera. La noche era fría. Se había olvidado la capa. Permaneció despierta con el fuego encendido.

Por la mañana, al alba, apareció el hombre. De unos treinta o treinta y cinco años, era ancho de hombros, fornido, de pelaje marrón oscuro. Llevaba una túnica amarilla, botas altas, un collar de bronce y plata.

Detuvo su cuernicurvo y la miró un instante. Su mirada era firme y calculadora. Entonces desmontó. Ella retrocedió un paso, súbitamente inquieta.

—Ya me había parecido que eras muy joven —dijo él—. ¿Va a ser esto mucho problema?

—No lo sé.

Su piel era tupida y brillante. Tenía una cicatriz curiosa: una veta de blanco le corría por el brazo derecho desde el hombro hasta la sangría del codo.

—¿Quién eres? —preguntó Nia.

Él pareció irritado.

—Inani. ¿Te importa si no hablamos? Hablar me irrita.

Ella hizo el gesto de asentimiento. Él se acercó, tendió la mano y la tocó. Nia se estremeció. Amablemente, él la rodeó con un brazo. Lo que sucedió a continuación no le quedó suficientemente claro.

Cuando terminaron, Nia se levantó y volvió a encender la hoguera. Calentó leche. Inani dormitaba con la espalda contra el árbol. Despertaba de vez en cuando. Miraba alrededor, se relajaba y volvía a dormir. Por fin se despertó del todo. Nia le dio una taza. Se sentaron uno a cada lado de la hoguera y bebieron.

—¿Quién eres? —preguntó Inani.

—Nia. La hija adoptiva de Suhai. ¿Has visto a mi hermano Anasu?

—No. Conozco a los hombres cuyos territorios están cerca del mío. Me mantengo alejado de ellos cuanto puedo, pero durante las migraciones las cosas tienden a mezclarse. La gente se apiña demasiado. A veces pienso que sería mejor marcharse del todo.

—¿Quién es tu madre?

—La que hace las tiendas. Enwa. ¿Está viva?

—Sí.

—Bien. —Inani se levantó—. Quédate aquí, ¿quieres? —Montó su cuernicurvo



—. Eres menos problemática de lo que esperaba. Volveré por la noche.

Se marchó. Ella durmió casi todo el día. Por la noche, Inani regresó. Se aparearon de nuevo. Él acampó cerca. Nia observó su hoguera un rato, luego se quedó dormida.

Al día siguiente él se marchó otra vez y regresó a última hora de la tarde. Se aparearon. Él regresó a su campamento. La noche era nublada. Había ráfagas de viento frío. Nia se acurrucó junto al fuego y tembló. Pasado un rato alzó la cabeza y vio a Inani a la luz de la hoguera, apenas visible.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

Él dio un paso adelante y le tendió algo. Una capa. Se agitaba al viento.

Nia se levantó.

—Gracias.

Aceptó la capa. Inani se quedó donde estaba. Por un momento Nia creyó que iba a hablar. No lo hizo. En cambio, realizó el gesto que significaba bueno, bien. Se dio la vuelta y se perdió en la oscuridad.

¡Qué extraño! Ella se arrebujó en la capa y se acostó.

A la mañana siguiente él se marchó de nuevo. Nia se quedó junto al árbol. Se sentía inquieta, pero no se atrevía a cabalgar. No sabía dónde terminaba el territorio de Inani. Si se perdía en el territorio de otro hombre, la reclamaría. Inani podría seguirla. Entonces habría una discusión. Ella había oído hablar de esas cosas. Normalmente, los dos hombres se amenazaban hasta que uno de ellos cedía y se marchaba. Pero a veces luchaban. La vieja Hua había visto morir a un hombre con un cuchillo clavado en el pecho. ¡Qué terrible! Pero también interesante. ¿Cómo sería ver una pelea que fuese en serio?

Inani volvió por la noche. Se aparearon. Esta vez él se quedó. Permaneció sentado al otro lado del fuego e hizo preguntas. ¿Cómo estaba Enwa? ¿Y sus hermanas? ¿Seguía vivo el viejo Niri?

—No.

Inani se rascó la cabeza.

—Bueno, era viejo. Me enseñó a tallar. ¿Puedo quedarme aquí esta noche?

Nia hizo el gesto de asentimiento.

Se despertó al amanecer. El aire era frío y tranquilo. Inani se había ido. Ella se incorporó, estirándose y gruñendo. La hoguera se había apagado. Junto a sus cenizas había dos objetos.

—¿Qué? —dijo en voz alta.

Se acercó y los examinó: una bolsa llena de sal y una caja. La caja estaba hecha de madera oscura y adornada con trozos de concha. La hizo girar, admirando el trabajo. Inani era un buen artesano.

Pasado un instante advirtió el significado de los objetos. Eran regalos de apareamiento. Esas cosas se ofrecían cuando el apareamiento había concluido. Inani había terminado con ella.

¿Tan pronto? Nia se sintió cohibida e insultada. ¿Había hecho algo mal? ¿O había

encontrado Inani a otra mujer en su territorio? Alguna a la que encontraba más atractiva.

Nia suspiró, luego guardó la caja y la bolsa de sal. Dejó sus regalos para Inani: un cuchillo, un cinturón y una pieza de tela azul. Él volvería más tarde y los encontraría. Ensilló el cuernicurvo. Estaba cansada y un poco decepcionada. Pero el celo había desaparecido. Eso estaba bien. Montó y regresó cabalgando a casa.

Cuando todas las mujeres regresaron al poblado, Nia preguntó si alguna había visto a Anasu. Ninguna lo había hecho.

—No te preocupes —dijo Hua—. Aparecerá. No es uno de los desafortunados.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

El viaje al norte fue difícil. Llovió. El rebaño, por delante de la aldea, aplastaba la tierra mojada, convirtiéndola en fango. Una y otra vez los carros se atascaban. Los temperamentos se acaloraban. Varios de los hombres mayores ensillaron sus cuernicurvos y se marcharon.

Hisu, el maestro arquero, era demasiado viejo para irse. Permaneció sentado en su carro y maldijo el destino.

Nia, que cabalgaba cerca, lo oyó decir:

—Tendría que haberme muerto hace años. —No le hablaba a nadie que ella pudiera ver—. En mi buena época, solo. De la manera adecuada. Ahora... ¡Oh, Señor de los Rebaños, qué final! ¡Vivir rodeado de mujeres!

En efecto, su aspecto era miserable. Acurrucado en una capa. Un sombrero ancho de cuero le cubría la cara para protegerse de la lluvia. Su pelaje, advirtió ella, era completamente gris.

Nia saludó. El maldijo. Ella continuó cabalgando.

Por fin llegaron a la Tierra de Verano. La mayoría de los hombres viejos regresó y se asentó como de costumbre en el borde del campamento. Pero dos no volvieron nunca.

—¡Dos idiotas! —dijo Hua—. ¿Por qué se fueron? Eran viejos. Podrían haberse comportado de manera razonable. ¿Lo hicieron? ¡No! Se marcharon corriendo como muchachitos locos. Y ahora algo los ha pillado.

Nia no dijo nada.

La lluvia cesó. El verano fue fresco y seco. Quedó claro que no estaba embarazada.

—No te preocupes —dijo Ti-antai—. Pasa a menudo. Tendrás un hijo el año que viene o al siguiente.

Nia hizo el gesto de reconocimiento. No estaba preocupada. Era feliz tal como estaba. Durante el día trabajaba en la fragua. Por la tarde Angai y ella salían a cabalgar o se sentaban junto al río a charlar. Angai lo decía casi todo. Era muy observadora y hacía comentarios agudos sobre la gente del poblado. A causa del tiempo seco había pocos insectos en el aire. Resultaba agradable sentarse y escuchar mientras el cielo cambiaba de color.

Su amiga era en efecto muy lista, pensaba Nia. Casi tan lista como Anasu.

Ese verano hubo un escándalo en el poblado. Lo protagonizaron Nuha, la herrera de bronce, y su hijo.

Él tenía dieciséis años y todos podían ver que había experimentado el cambio. Su pelaje era hirsuto, su cuerpo grueso y ancho. Actuaba de manera inquieta. Pero no dejó el poblado. Se quedaba en la tienda de su madre o trabajaba con ella en la fragua.

Las viejas hacían muecas y murmuraban.

—Esto es lo que pasa cuando una mujer no tiene hijas —dijo Hua—. No puede dejar ir a sus hijos. ¡Mirad cómo lo trata! No lo envía a aprender a manejar el arco o cualquier otra cosa que le sea útil. Le deja trabajar con los fuelles e incluso verter el bronce. ¡Aiya! Es terrible.

Nia no decía nada. Siempre le había caído bien Enshi. De niño era amistoso y charlatán, siempre contando historias y haciendo chistes. Incluso ahora era siempre amable. Nunca perdía los nervios, lo cual era extraño en un chico (o un hombre) de su edad.

Sin embargo, era mal arquero. Anasu se lo había dicho.

—También cabalga mal —le había contado su hermano—. No durará solo en la llanura.

Llegó el otoño. El poblado se preparó para ponerse en marcha. Enshi se marchó una mañana.

—¡Por fin! —dijo Hua—. Ahora puedo volver a hablar con su madre.

Estuvo fuera cinco días. Luego regresó, con aspecto cansado y sucio. Las aldeanas lo miraron con mala cara. Enshi las ignoró. Cabalgó hasta la tienda de su madre y desmontó.

Nuha, que era gorda y bajita, salió corriendo a abrazar a su hijo.

—Repugnante —dijo Suhai—. Que la Madre de las Madres le enseñe vergüenza a esa mujer.

—¿Estás maldiciéndola? —preguntó Nia—. Si es así, voy a hacer el gesto que espanta. ¿Quién sabe qué espíritu puede oír una maldición o lo que hará al respecto?

—¿Planeas convertirte en hechicera, hijastra mía?

—No.

Suhai vaciló, luego hizo el gesto que espanta.

—Bien —dijo Nia.

A la mañana siguiente, temprano, las ancianas fueron a ver a la hechicera. Llegaron hasta la entrada de su tienda y se quejaron. Nia oyó sus voces agudas y salió a ver. El día era brillante. El aire olía a humo de madera y a cuero y a la seca llanura del verano.

Nia vio a la hechicera cruzar el poblado. Llevaba una túnica con bordados rojos y un gran collar de bronce. ¡Hu! ¡Qué mujer tan impresionante!

Las viejas arpías trotaban tras ella. Nia observó.

Todas se detuvieron ante la tienda de Nuha.

—¡Enshi! —gritó la hechicera.

Al cabo de un momento, Enshi salió. Nia no podía ver su expresión.

—¿No tienes sentido de lo que está bien? —preguntó la hechicera en voz alta.

Enshi bajó la cabeza, luego la alzó. Murmuró algo que Nia no logró oír.

—Es hora de que te marches —dijo la hechicera.

Enshi hizo el gesto de asentimiento. Encogió los hombros. Parecía desanimado.

—Vete hoy. Y no vuelvas. Te has convertido en un incordio.

Enshi hizo el gesto de asentimiento por segunda vez, se dio la vuelta y entró en la tienda de su madre.

La hechicera se marchó. Pero las viejas se sentaron y esperaron.

Nia fue a la forja y trabajó sola. Más tarde, llegó Hua.

—Se ha ido —dijo—. Le dijimos que lo maldeciríamos si regresaba alguna vez.

—¿Sí? —dijo Nia. Se enderezó y se frotó el cuello—. Cómo me duele todo hoy.

El poblado se dirigió al sur. El clima continuó siendo seco. El rebaño levantaba una nube de polvo que llegaba casi hasta el cielo. Día tras día vieron la nube ante sí. Era de color marrón oscuro. «Anasu está allí —pensó Nia—, cabalgando en el polvo. Y Enshi también, pobre bufón».

Llegaron a la Tierra de Invierno. Normalmente acampaban al norte de la manada. Pero aquel año lo hicieron al sureste, hasta el Gran Lago Veloz. Ahora se encontraban en la zona este de sus pastos. Al otro lado del lago se extendían las tierras del Pueblo del Ámbar. Clavaron sus tiendas. La hechicera fue a visitar el Pueblo del Ámbar. Angai la acompañó, con otras nueve mujeres. Todas llevaban animales cargados de regalos.

Estuvieron fuera treinta días. El clima continuó siendo seco, aunque Hua no paraba de decir que se avecinaban las lluvias. Podía sentirlo en los huesos.

Cuando regresaron, trajeron regalos del Pueblo del Ámbar: ámbar, naturalmente, conchas de colores y cobre.

—¡Hu! ¡Qué experiencia! —dijo Angai—. Tuvimos que bordear el lago. Al otro lado hay marismas. Tras las marismas hay un río. Es ancho y profundo. Tuvimos que cruzarlo. Eso fue peligroso. Allí viven animales. Son como lagartos de río. Pero más grandes. Mucho más grandes. Mi madre dice que se comen cualquier cosa.

—¡Hu! —dijo Nia—. Cuéntame más.

—Construimos balsas. Así es como cruzamos el río. No vi a ninguno de esos animales. Los llaman buceadores o asesinos-del-agua-profunda.

—¡Aiya! —dijo Nia.

—Al otro lado del río está la tierra del Pueblo del Ámbar. —Angai hizo una pausa y frunció el ceño—. Tienen la misma altura que nosotras, pero son más anchas, y muchas están gordas. Su pelaje es oscuro. Su hechicera es enorme. Lleva un sombrero de plumas. Apenas podía entenderlas. Hablan muy raro. Sin embargo, son muy hospitalarias.

Y beben una clase de cerveza que nunca había probado. Nia, oí una historia que no me creo, pero ellas juran que es verdad.

Angai se detuvo para beber un poco de leche. Nia esperó.

—Dicen que al este hay un pueblo que se queda siempre en el mismo sitio. Nunca se mueve.

Nia hizo el gesto de asombro.

—Viven en casas de madera. Esas casas no pueden ser plegadas ni desmontadas. Son sólidas como cajas.

»La gente del Pueblo del Ámbar dice que viven cerca de un bosque.

Y sus hombres viven en el bosque. No pastorean sus animales como deben hacer los hombres. Cazan y pescan. Las mujeres no los aprecian mucho. Dicen que todos los hombres son salvajes y desagradables.

—¿El Pueblo del Ámbar dice eso?

—¡No! ¡No! El pueblo que nunca se mueve. De hecho, el Pueblo del Ámbar dice que algunas de las mujeres se niegan a aparearse con ellos.

Nia se rascó la cabeza.

—¿Cómo es posible?

—Cuando llega el celo de primavera, salen en pareja, dos mujeres juntas. Se aparean la una con la otra.

Nia permaneció un momento callada contemplando el fuego.

—¿Cómo producen niños?

—De la forma habitual. La gente del Pueblo del Ámbar dice que pocas mujeres se aparean con otras mujeres. La mayoría quiere hijos. Se aparean con hombres hasta que tienen tantos hijos como quieren.

Nia volvió a rascarse la cabeza.

—Es una historia muy extraña.

—Sí. Me gustaría ir a visitar a ese pueblo.

—¡Son pervertidos! —dijo Nia—. Y las del Pueblo del Ámbar unas mentirosas. Esa gente no existe. ¡Casas de madera! ¡Qué idea tan descabellada!

Angai pareció enfadada.

—No quiero seguir hablando de esto —dijo Nia—. Esta historia me inquieta.

El invierno fue frío. De noche, en el cielo, brillaban luces al norte. Eran verdes y blancas y amarillas.

—El fuego de invierno —dijo Hua—. Al norte llena el cielo. Aquí abajo no lo vemos con tanta frecuencia.

—Es mala suerte —dijo Ti-antai.

Nevó. Hubo una enfermedad con toses en el poblado. Varias personas murieron. La mayoría ancianos o niños muy pequeños.

Suhai pilló la enfermedad. Durante algún tiempo, en los días oscuros después del solsticio, todos creían que iba a morirse. Al final se recuperó, aunque despacio. El resto del invierno permaneció en su tienda. Nia y Ti-antai la cuidaron. A Nia no le

resultaba fácil verla, acurrucada junto al fuego. Su pelaje era más gris que marrón. Estaba esquelética y parecía desgraciada.

¿Por qué su garganta se contraía al ver a la anciana?, se preguntaba Nia. Ni siquiera le caía bien su madrastra.

Llegó por fin la primavera. Hizo frío y llovió. A Hua se le agarrotaron tanto las manos que no podía trabajar en la fragua.

—Este lugar está cargado de mala suerte —gimió.

—Creo que tienes razón —dijo Nia.

A los árboles les brotaron hojas de color celeste. Entre los juncos secos del lago se abrieron flores amarillas y anaranjadas. Otras, diminutas y blancas, aparecieron en las lindes de la llanura. Nia empezó a estar inquieta. «El celo de primavera», pensó. Empezó a hacer acopio de suministros.

—¿Por qué yo no siento el celo? —preguntó Angai.

—Eres más joven que yo.

Nia se agachó y contempló las cosas que había hecho en invierno: cuchillos largos y agujas, broches, limas y punzones. ¿Cuál era el regalo adecuado?

—Soy medio año más joven —dijo Angai—. Eso no es mucho.

—¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué sé yo? Pregúntaselo a tu madre.

Angai se marchó. Nia se dio cuenta de que estaba furiosa. Tendió la mano y tomó un cuchillo. Tenía buena hoja, de hierro forjado y templado. Serviría, pensó. Y agujas y un broche, y también (tal vez) cuero de la curtidora.

Se levantó. Ahora, comida para el viaje.

Esa noche soñó con Anasu y con cabalgar por la llanura. Se despertó, más inquieta que antes. Abrió la puerta de lona de la tienda y la amarró. Entró la luz del sol. El aire era tranquilo y suave. Olía a nueva vegetación. «Me marcharé hoy —pensó—, antes de que el celo se haga más fuerte. Cabalgaré hasta olvidar este terrible invierno». Se dio la vuelta y miró a Hua.

—Lo sé —dijo la anciana—. A veces desearía sentir todavía el celo. Luego me digo que debo de estar loca para querer una cosa así. En cualquier caso, ve.

Nia preparó sus alforjas y fue a buscar su cuernicurvo favorito. A mediodía ya estaba en marcha. Su cuernicurvo estaba inquieto y quería correr. Ella dejó que lo hiciera y, pasado un rato, aminoró la marcha hasta que se detuvo. Miró alrededor. Estaba sola. A derecha e izquierda, la llanura se extendía hasta el horizonte. Inspiró profundamente, luego resopló. Su cuernicurvo agitó las orejas.

¿Adónde quería ir? Al oeste no, decidió. Allí estaban el rebaño y los hombres maduros. No. Iría al sur, hacia las colinas donde se encontraban los hombres jóvenes. Miró al sol y luego su sombra. Entonces volvió su cuernicurvo hacia el sur.

Viajó durante tres días. El tiempo continuó despejado. No se encontró con nada ni con nadie aparte de los pájaros y las bestezuelas de la llanura. El celo fue en incremento. Casi era agradable. Empezó a preguntarse a qué tipo de hombre

encontraría ese año.

Al cuarto día se nubló y empezó a soplar viento. A mediodía llegó a las montañas del sur. Eran bajas, con muchos macizos de piedra. Había árboles en las colinas, algunos en flor. Aquí y allá en las laderas azules, había pinceladas de amarillo. Nia encontró la pista de un animal que seguía un arroyo. Llevaba al este. Siguió la pista, un poco inquieta. No estaba acostumbrada a sitios donde el cielo era estrecho.

—Oh, Madre de las Madres, cuida de mí —susurró.

Las ramas se agitaban sobre su cabeza. Las hojas crujían, un ruido fuerte, diferente al suave susurro de la vegetación cuando se movía en la llanura.

Rezó a la Señora de la Fragua.

—Llévame a salvo a casa, oh, sagrada.

Esa tarde encontró a un hombre. Estaba en la cima de una pequeña colina, sentado en un peñasco. No había ningún árbol cerca, solo matorrales de hojitas verdiazules. Su cuernicurvo pastaba en uno de ellos.

Nia detuvo al animal. Su corazón empezó a latir con fuerza.

—Me había parecido ver a una mujer. ¡Qué sorpresa! Nia, ¿eres tú?

Ella lo miró. Era marrón oscuro, de ojos grises. Un color muy extraño.

—¿Enshi? —Advirtió que su túnica estaba hecha jirones. Parecía delgado.

—¿Cómo está mi madre? ¿Y qué haces aquí? Las mujeres nunca llegan tan al sur.

Ella abrió la boca para contestar. Enshi se levantó, luego saltó del peñasco.

—Ya hablaremos más tarde. Hay un olor que surge de ti, Nia. No puedes imaginarte lo que me provoca —tendió una mano—. Vamos.

Su piel oscura brillaba a la luz. Ella advirtió, de repente, que era guapo. Desmontó y ató su cuernicurvo, y luego tomó su capa.

Se aproximaron a los matorrales y se aparearon allí. El suelo era de piedra. Las hojas tenían un fresco olor primaveral. En cuanto a Enshi, fue un poco torpe, pero perfectamente adecuado.

Cuando terminaron, él se tumbó de espaldas.

—¿De modo que es así? Esperaba más. Sin embargo... —La miró. Sus ojos grises estaban entrecerrados. Tendió una mano y la acarició—. ¡Qué pelaje tan suave! —Emitió un gruñido, cerró los ojos del todo y se quedó dormido.

Nia cubrió a ambos con la capa. Contempló los cuernicurvos, luego el cielo. El sol se había puesto pero las nubes seguían brillando, blancas y oro pálido. Se sentía adormilada y feliz.

¡Enshi, el bufón! Nunca hubiese imaginado aparearse con él. Para empezar, lo daba por muerto. ¿Quién iba a decir que sobreviviría al crudo invierno?

Enshi se despertó al anochecer. La miró.

—No ha sido un sueño. Si los espíritus han sido los responsables de esto, les doy las gracias.

La agarró. Volvieron a aparearse. Después se marcharon al valle cercano y acamparon. La noche fue fría, ventosa. Jirones de nubes cubrían el cielo. La hoguera

vacilaba.

—¿Qué estás haciendo tan lejos al sur? —dijo Enshi—. ¿Por qué no te encontró uno de los hombres mayores, antes de encontrar a Enshi?

Ella lo pensó un momento.

—Quería venir aquí. Quería encontrar a mi hermano Anasu. —Calló, sorprendida. ¿Era verdad? ¿Había ido a buscar a Anasu?

—¿Sí? —Enshi se la quedó mirando—. ¿Por qué?

Nia se rascó la cabeza.

—No lo sé. ¿Sabes dónde está?

Enshi hizo el gesto de afirmación.

—Él me proporciona sal. Lo hacía, al menos. El invierno fue duro y me parece que no tengo nada más que darle.

Nia abrió la boca.

Enshi la miró. Tenía los ojos entornados. Parecía pensativo, casi listo.

—Quieres que te diga dónde está. No lo haré. Si has venido hasta tan lejos para verlo, entonces es probable que continúes tu camino y me dejes aquí solo, sintiéndome estúpido. No voy a dejarte marchar, Nia. No hasta que se acabe la época de apareamiento.

—Desde luego, eres muy charlatán.

Enshi hizo el gesto de acuerdo.

—Recuerda, no he tenido a nadie con quien hablar en todo el invierno.

—¿Me dirás dónde está Anasu cuando se termine la época de apareamiento?

—Sí.

Nia hizo el gesto que significaba sea pues.

—Ahora, háblame de mi madre —dijo Enshi—. ¿Está bien? ¿Llora todavía por mí?

Nia pasó ocho días con Enshi. El clima continuó siendo frío y ventoso. De vez en cuando lloviznaba. En el campamento, resguardado por los árboles, mantenían una buena hoguera encendida. Se aparearon con frecuencia.

Cada mañana Enshi salía a cazar. Por la tarde volvía con hojas y raíces y los frutos más tiernos de las plantas de primavera. Dos veces trajo presas: un ave-de-suelo flaca debido al invierno y un constructor-de-montículos. El constructor-de-montículos era pequeño, pero gordo. O al menos no era flaco.

—Le ha ido mejor que a mí este invierno —dijo Enshi.

Nia desolló al animal, lo destripó y lo ensartó en una espeta. Se sentaron uno al lado del otro y lo vieron asarse.

—¡Hu! ¡Qué olor! Soñaba con el olor de la carne asada. Me despertaba y no encontraba más que nieve. ¡Qué decepción! Había ocasiones en que el tiempo era malo y no podía viajar. Empecé a mirar mi cuernicurvo y lo veía asado. Pero no, pensaba, no, Enshi. Morirás sin un animal que cabalgar. Entonces rezaba a los espíritus y el tiempo mejoraba. Me acercaba al rebaño y buscaba un cuernicurvo



demasiado débil para escapar y lo cazaba. La carne siempre estaba dura, sin grasa ninguna. Bueno, esos días se han acabado. ¿Por qué pensar en ellos?

Nia hizo girar la espeta. Mientras el otro lado del animal se asaba, se aparearon.

Al día siguiente Nia hizo una trampa para peces y la colocaron en el arroyo del valle. Esa noche comieron pescado relleno de hierbas.

—Qué buena cocinera eres —dijo Enshi—. Casi tan buena como mi madre.

Nia se molestó. Enshi estaba hablando siempre de su madre. No estaba bien. Un muchacho bien educado hablaba sobre sí mismo y sobre los ancianos que le enseñaban a ser un hombre. No iba por ahí hablando sin parar sobre su madre.

—¿Cómo está Anasu? —preguntó.

Enshi hizo el gesto que significaba ¿quién puede decirlo?

—Lo he visto dos veces. La primera intenté hablar con él y dijo: «No quiero conversación, Enshi. ¿Qué tienes que estés dispuesto a darme?» No quiso decir nada más. Saqué una de las copas de bronce de mi madre y la dejé en el suelo. Él sacó una bolsa de sal y me hizo señas para que me alejara. Cuando estuve lo bastante lejos, se acercó a recoger la copa y soltó su bolsa. Eso fue todo. Se marchó. Recogí la sal. La segunda vez que lo vi, no dijo nada. —Enshi calló un momento, luego continuó—: Es más amistoso que los otros hombres. Nunca me hace muecas ni me arroja armas.

Eso sonaba mal. ¿Estaría Anasu dispuesto a hablar con ella? No lo sabía.

La época de apareamiento terminó. Nia le dio a Enshi sus regalos. Él pareció incómodo.

—El invierno fue duro. Perdí la mayoría de mis regalos de despedida. Primero un matador-del-bosque encontró mi escondrijo y lo destrozó. Casi todo lo demás lo perdí esta primavera mientras cruzaba un río. Pero hago poemas. ¿Puedo dártelos?

—Sí.

Recitó nueve o diez. Ella solo recordó uno. Era sobre un árbol que había visto hacía unos cuantos días.

—Todas las ramas estaban desnudas y la corteza se desgajaba. Sin embargo, había retoños alrededor del árbol, creciendo en su base. Eran tan largos como mi brazo. Tenían hojas y flores. Me pareció que era importante. E hice un poema. Dice:

*Si tú no te rindes,  
viejo árbol,  
entonces yo tampoco  
me rendiré.*

—Ese me gusta —dijo Nia.

Él volvió a recitarlo.

—¿Es suficiente? ¿Hemos hecho un intercambio justo?

—¿Dónde está Anasu?

—Oh, sí. Sigue hasta que el camino se bifurca. Luego dirígete al sur. Encontrarás una gran piedra con marcas. La piedra es mágica y nadie la reclama como territorio. La gente va a ese lugar a intercambiar regalos. Espera junto a la piedra. Si Anasu está por allí cerca, acudirá.

—Gracias. Hemos hecho un intercambio justo.

Se despidieron. Nia ensilló su cuernicurvo, montó y se marchó. El día era soleado. Soplaba una leve brisa. Los pájaros cantaban. Se sentía feliz.

Al anoecer llegó a la piedra. Era alta y estrecha con líneas talladas. Apenas podía distinguirlas y no sabía lo que significaban. ¿Las había hecho la gente? Nadie, que ella supiera, marcaba líneas en las piedras.

Ató su cuernicurvo y encendió una hoguera. La noche era despejada. Se tumbó. Sobre ella se alzó la Luna Grande. Estaba llena en tres cuartos. La contempló un rato, luego se quedó dormida.

Por la mañana estudió la piedra. Las líneas representaban animales: cuernicurvos, principalmente. Pero había otro animal que no reconocía. Tenía un cuerpo grueso y cuernos cortos. ¿Qué era? Nia se rascó la cabeza. Había cazadores en la piedra: hombres con arcos. Rodeaban en círculo a los animales. A un lado había un hombre solo. Era más grande que los demás, y tenía cuernos. Eran cortos, como los cuernos del animal desconocido. ¿Quién era? Un espíritu de algún tipo, al parecer. Pero ninguno que ella conociera. El Señor de los Rebaños tenía largos cuernos curvos. El Espíritu del Cielo no tenía cuernos. Nia se rascó otra vez la cabeza. Luego preparó el desayuno.

A mediodía apareció Anasu. Cabalgó por el sendero hasta el claro donde se alzaba la piedra. Detuvo su cuernicurvo.

Nia se levantó.

—¡Hermano!

Él era más grande de lo que recordaba, y más ancho de pecho. Su pelaje era hirsuto y oscuro. Llevaba un kilt rojo, un cinturón ancho, un cuchillo con mango de plata.

—¿Nia? —dijo al cabo de un momento. La miró—. Has dejado atrás el celo. — Su voz áspera rezumaba decepción—. Alguien te ha tomado.

—¿Cómo se te ocurre decir eso? ¿Es que los hombres no pensáis en otra cosa que en el sexo?

Él se echó a reír. No era un sonido enteramente amistoso.

—En esta época del año pienso en poco más. Pienso que... si fuera valiente, iría al norte. Luego pienso que no soy lo bastante mayor para enfrentarme a esos hombres. ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella hizo el gesto de incertidumbre.

—Nunca has sabido lo que piensas. —Él desmontó—. ¿Quieres salir? Tengo.

—No. Quiero hablar. ¿Cómo estás? —Nia dio un paso hacia él.

Anasu alzó una mano.

—Quédate donde estás. No estoy acostumbrado a la gente.

Ella se detuvo.

Al cabo de un momento, Anasu dijo:

—Estoy bien. ¿No hay nada que quieras darme a cambio de sal?

Ella se quitó el cinturón.

—¿Quieres esto? Yo hice la hebilla. Es de oro mezclado con plata.

Él vaciló.

—Muy bien. —Se volvió hacia su alforja.

—No quiero sal. Quiero conversación.

Él se giró y la miró.

—¿Por qué?

—Hermano, cuando pienso en ti me siento sola.

Anasu se rascó la nuca. Entonces hizo el gesto que significaba que bueno o que estas cosas pasan.

—¿No hay forma de que podamos hablar?

Él permaneció un buen rato en silencio. Ella esperó.

—No creo que lo que quieres sean palabras —dijo él por fin—. Yo podría darte palabras, aunque me costaría. Ya no estoy acostumbrado a hablar mucho ni a decir lo que me pasa por la cabeza. Pero creo que quieres otra cosa. Creo que eres como la mujer de la vieja historia, cuyos hijos se convirtieron en pájaros. Dejó su tienda y se marchó a la llanura, tratando de encontrarlos. Pero nunca lo hizo, y al final murió y se convirtió en espíritu... Un espíritu malo, hambriento. —Hizo una pausa y frunció el ceño.

Nia abrió la boca.

Él alzó la mano.

—No. Espera. Quiero seguir la pista de mi propio pensamiento.

Ella esperó.

—Creo que quieres lo que se ha ido —dijo él por fin.

—No.

—Te conozco, hermana. Creo que tengo razón. En cualquier caso, no quiero seguir hablando. —Montó su cuernicurvo—. Sea lo que sea que intentas hacer, no quiero participar.

Hizo el gesto de despedida, volvió y se marchó cabalgando.

Nia cerró el puño y golpeó la piedra mágica. ¡Aiya! ¡Cómo dolía! Gimió, abrió la mano y se la palpó. Por lo que parecía no tenía ningún hueso roto. Pero tenía el dorso de la mano, donde no había pelaje, despellejado. Se lamió la rozadura, se sentó y se meció y gimió. No sirvió de nada. La mano siguió doliéndole y la pena no la abandonó, sólida como una piedra.

Por la tarde se levantó y encendió una hoguera. Toda la noche estuvo mirando las llamas y pensando en su infancia.

Por la mañana apagó el fuego y ensilló su cuernicurvo. No tenía sentido quedarse. Anasu no volvería. Siempre había sido testarudo. Se marchó al norte. El cielo estaba nublado. Soplaban un viento frío. Los pétalos de las flores revoloteaban sobre el camino. Eran amarillos o de un blanco amarillento.

Por la tarde empezó a llover. Se detuvo y acampó bajo un saliente. Se fue a dormir temprano. Despertó varias veces durante la noche.

Su hoguera seguía ardiendo. Al otro lado, Enshi estaba desplumando un pájaro.

Ella alzó la cabeza. Él hizo el gesto de saludo y luego alzó el pájaro. Era grande y gordo.

—Lo encontré en un nido. Tengo los huevos, si no se han roto. ¿Cómo estaba Anasu?

—No ha querido hablar conmigo. ¿Qué haces aquí?

—Estás en mi territorio, y me ha parecido que tendrías hambre. Además, me gustaría hablar un poco más.

—¿Por qué eres tan distinto de los demás hombres?

—No lo sé. —Él pareció avergonzado por un momento. Luego continuó desplumando el ave.

Nia se durmió.

Por la mañana, cocinaron el ave con sus propios huevos dentro. Comieron y Nia se dispuso a marchar.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Enshi.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero visitar a mi madre. He pensado que podrías enseñarme el camino hasta el poblado.

—Pero las ancianas te maldecirán.

—No si me dices dónde está la tienda de mi madre y me cuelo allí de noche. Las ancianas no lo sabrán nunca.

—Eso está mal.

—Tal vez. Pero he perdido todos mis regalos de despedida. No duraré otro invierno con lo que tengo. Pretendo vivir, si es posible. Y no me importa si hago unas cuantas cosas vergonzosas. ¿Quién sabe lo que sienten los espíritus de los muertos? Prefiero estar vivo y un poco avergonzado.

Nia lo miró un instante. Él estaba muy delgado y su túnica muy raída. Se frotó la mano, que todavía le dolía. Luego suspiró.

—Muy bien. Te ayudaré. Pero me parece que voy a lamentarlo.

Enshi ensilló su cuernicurvo. Cabalgaron juntos hacia el norte.

## LIXIA

Bajamos ocho, cada uno por su lado: tres al continente grande, que se extendía alrededor del polo sur del planeta, con muchas fisuras y bolsas de gas. El centro del continente era helado. Las costas eran verdes, verdiazules y amarillas: pradera y bosque y desierto, según la gente que analizaba los hologramas.

Otros cuatro fueron al continente pequeño, que se extendía al norte del ecuador. No tenía hielo que reseñar y casi ningún desierto, y estaba lleno de vegetación. Había montañas: una cordillera al oeste, a lo largo de la costa, y otros macizos menores al este y al sur. Nada impresionante, nada como las Rocosas o el Himalaya. Pero dos de las cordilleras eran volcánicas, según los planetólogos. Una estaba activa. La otra podía estarlo.

La última persona fue depositada en una de las muchas islas del archipiélago que describía una curva desde el gran continente hasta más allá del ecuador, casi hasta el continente pequeño.

Otras islas salpicaban el resto del planeta-océano. Eran diminutas y estaban muy distantes entre sí. Interesante para los biólogos, por supuesto. No hay como una isla para estudiar la evolución. Pero decidimos que no era el lugar adecuado para comenzar nosotros.

Me dirigí hacia la costa nordeste del continente septentrional. Iba equipada con una chaqueta vaquera y una camisa ligera de algodón. Mis botas eran de plástico, duras y flexibles. En el antebrazo derecho, bajo la piel, llevaba una fila de cápsulas que me proporcionaban vitaminas ausentes en el planeta. En el estómago transportaba cinco nuevos tipos de bacterias diseñadas para transformar las proteínas locales en aminoácidos que yo pudiera digerir.

Mi mochila contenía un radio, equipo médico, un poncho, otra camisa (exactamente igual que la puesta) y una muda de ropa interior. Un gran compartimento estaba lleno de bagatelas. Las bagatelas estaban hechas de materiales nativos. No queríamos introducir nada alienígena aparte de nosotros mismos.

Por último, tenía un medallón de metal gris, oscuro y plano, con piezas de cristal. Era una grabadora VA, prácticamente indestructible, según me habían dicho. No importaba lo que me sucediera a mí, sobreviviría.

Aterricé en una playa, junto a una sucesión de dunas. Eran altas y peladas, de color anaranjado rosáceo.

El bote que me había traído regresó al avión. Me dirigí tierra adentro, escalando una duna. Cuando llegué a la cima, oí un rugido y miré alrededor. El avión se movía sobre el agua. Brotaban chorros de agua, luego humo. Despegó. Las alas brillaron a la luz del sol. El avión siguió ganando altura. Al cabo de un minuto o dos desapareció.

Miré el cielo vacío y de repente me sentí muy sola. Empecé a bajar por el otro lado de la duna.

Al pie encontré un sendero. No era gran cosa. Estrecho y arenoso, llevaba hacia

un puñado de árboles.

¿Lo habían hecho personas? ¿Algún tipo de vida inteligente? Sabíamos que el planeta estaba habitado. Las imágenes por satélite habían mostrado poblados y rebaños cuyas migraciones, según nos habían dicho los zoólogos, eran demasiado ordenadas para ser enteramente naturales.

En cualquier caso, tenía delante un sendero. Decidí seguirlo. Me condujo entre árboles y colinas. A menudo, en las cimas de las colinas peladas, había solo matorrales de una planta parecida a hierba alta y amarilla. Las hojas eran duras, de bordes dentados. No era un organismo de aspecto agradable. ¿Se trataba de un planeta amistoso?

En las depresiones entre las colinas abundaban más los árboles. Eran pequeños y retorcidos, con hojitas oscuras y tronco espinoso de espinas largas y finas, como agujas. Otro organismo de aspecto desagradable. Empecé a recordar horripilantes historias de ciencia ficción. ¿Por qué había leído esas cosas? Los miembros mayores de mi familia me lo habían advertido: de la ciencia ficción no podía salir nada bueno.

No tenía sentido que me pusiera nerviosa, ni que pensara en el pasado. Era nueva en un lugar que no tenía ni idea de cómo era. Mi trabajo, por el momento, era observar. Más tarde, cuando tuviera un poco de información, podría pensar y recordar y comparar.

Al cabo de un kilómetro más o menos encontré un artefacto. Estaba en un hueco, en el centro de un claro. Las pendientes a su alrededor, estaban cubiertas de árboles. Me detuve. La cosa medía tres metros de altura y estaba hecha de largos y estrechos tablones de madera. Me recordó un gimnasio de la jungla o las estructuras rituales de los aborígenes del sur de California. Yo había pasado algún tiempo con ellos. En mis pechos y mis antebrazos tenía las cicatrices de su ceremonia de iniciación. Nunca había llegado a comprender por qué me había sometido a ella. Pero conservé las cicatrices. Me las había ganado y me recordaban (cada vez que me daba una ducha) que no tenía que implicarme demasiado en los sistemas de valores de otras personas.

Contemplé la estructura. Distinguí entonces los restos de un fuego en la base. Tres cosas grises colgaban de una de las barras inferiores. Me arrodillé y las examiné. Pescados o algo muy parecido. Una espeta para ahumar pescado. Alguien inteligente la había hecho. Yo era la primera persona de la Tierra en ver de cerca un artefacto alienígena... en ese planeta, al menos, y por lo que yo sabía.

Me quedé donde estaba varios minutos, contemplando los pedazos de madera. Eran nudosos y retorcidos. ¿No había madera mejor en la zona? Miré alrededor. Todos los árboles que tenía a la vista eran de ramas retorcidas. La estructura estaba atada con tiras de fibra. Rompí un pedazo y lo hice rodar entre mis dedos. Parecía una especie de materia vegetal. Tal vez corteza.

Algo hizo ruido a mi espalda. Me levanté despacio y me giré, tendiendo las manos y enseñando las palmas. El gesto significaba: «¿Ves? No llevo armas».

Algo estaba al borde del claro, a unos veinte metros de distancia. Un bípedo. Era

aproximadamente de mi altura, fornido y peludo. El pelaje era marrón oscuro, casi negro. La criatura tenía dos brazos, una cabeza y un rostro. Estaba demasiado lejos para distinguir los rasgos. Él o ella o ello llevaba un kilt y, en una mano, un cuchillo.

—Soy extremadamente pacífica. —Mantuve las manos a la vista y la voz baja y tranquila—. No pretendo hacer ningún daño.

La criatura dijo algo que yo, naturalmente, no comprendí. Pero no me gustó su tono. Era fuerte y tenía un matiz susurrante.

—No pretendo hacer ningún daño.

La criatura alzó el cuchillo y dio un paso adelante. Yo retrocedí.

—¿No podemos discutirlo? —Me concentré en mantener un tono amable y conciliador. No miré a la criatura a los ojos. En muchas especies, incluida la mía propia, una mirada directa era un desafío.

La criatura dio otro paso hacia mí. Decidí marcharme.

—Vale. Tú ganas. Adiós.

Retrocedí atravesando el claro. La criatura me siguió a medias, luego se detuvo junto al camino. Cuando llegué al borde del camino, me paré.

—¿Estás seguro?

La criatura alzó el cuchillo y gritó algo. Me di la vuelta y me marché rápidamente. La piel de la espalda me cosquilleaba. No podía quitarme de la cabeza la hoja de un cuchillo clavándose en ella.

Cuando llegué a la cima de la siguiente colina miré atrás. El sendero estaba desierto. No me seguía nada.

Muy bien. ¿Y ahora qué?

Tal vez la criatura que había encontrado fuese un ermitaño. Sin duda habría otros miembros de la especie amistosos o curiosos.

Seguí caminando, siempre tierra adentro. Empecé a oír ruidos: un zumbido producido, imaginé, por pseudoinsectos ocultos en los árboles. Cosas parecidas a pájaros volaban de rama en rama. Cuando descansaban, gemían o silbaban. Advertí, por primera vez, que el día era luminoso y cálido. Soplaba una leve brisa. Altos cúmulos cruzaban el cielo, de un profundo verdiazul. El aire olía a agua salada.

Me acordé de mi infancia en el estado libre de Hawái, en la isla de Kauai. Vivía en una casa grande, a cinco minutos del océano. Nueve padres cuidaron de mí y tuve una docena de hermanos con los que jugar. Tendría que haber sido una época feliz. Recordé la luz del sol, flores, caras amables, una playa blanca, agua azul y ninguna corriente. Pero yo había sido una niña hosca, siempre ansiosa por escabullirme.

Por la tarde recorrí un bosque neblinoso. Aquí los árboles eran altos y rectos. Su oscuro follaje impedía el paso de la luz. El aire, quieto y fresco, tenía un nuevo aroma: el aroma del bosque. Era fuerte y claro y no se parecía a nada que yo hubiera olido.

Me pareció que lo reconocería si lo volvía a oler, aunque no estaba enteramente segura. Era mucho más fácil recordar algo si tenía nombre y le correspondía una

descripción. Por el momento llamaría al aroma «diferente» y «agradable».

A última hora de la tarde encontré un poblado. Primero olí humo, luego vi casas ante mí, entre los árboles. No las distinguí con claridad. El bosque estaba demasiado lleno de sombras. Aquí y allá brillaban hogueras a través de una puerta o una ventana.

Me detuve y decidí qué iba a hacer. No tenía sentido que me quedara acechando. Si me sorprendían espiando tendría verdaderos problemas. Lo mejor (lo que había hecho en el sur de California y en Nueva Jersey) era que me presentara directamente.

La técnica no había funcionado en Nueva Jersey, por supuesto. La gente había tratado de sacrificarme a su dios, el Destructor de Ciudades. Decidí no pensar en ese incidente. Pasé otro minuto o dos haciendo acopio de valor. Luego entré en el poblado.

En el extrarradio había chozas pequeñas, de madera, muy dispersas, como si la gente que vivía en ellas no fuese demasiado amigable. Más adelante, los edificios, grandes y largos, estaban más juntos. Unos niños cubiertos solo por su pelaje corrían por la calle. Tres de ellos me vieron, se detuvieron y se quedaron mirándome con la boca abierta. Estaban muy cerca, así que les vi bien la cara: redonda, chata y peluda; tenía boca, nariz y un par de ojos amarillos.

—Hola —dije amablemente.

Los niños gritaron y salieron corriendo.

Continué caminando entre las casas. Varias veces pasé ante gente mayor. Adultos. Me miraron pero no dijeron nada. No hicieron ningún gesto amenazador.

Esto me llenó de esperanza. Llegué a un lugar despejado que parecía hallarse más o menos en el centro del poblado. Una plaza. Me senté y esperé. El sol se había puesto ya. Oscurecía. La gente se congregó hablando en voz baja alrededor de la plaza. Yo estaba sudando. Si había cometido un error, si no eran amistosos, iba a morir.

Alguien caminó hacia mí: una persona alta y delgada. Él o ella llevaba una túnica y muchos collares. Alguien importante. Un chamán o un jefezuelo.

Estaba, por supuesto, guiándome por parámetros terrestres.

Me levanté despacio y tendí las manos.

—Vengo en son de paz.

La persona me examinó. Por fin tendió las manos copiando mi gesto.

Y ahora ¿qué? Que decidiera el nativo. Esperé. Él o ella se quitó un collar y me lo ofreció. Lo acepté. Las cuentas eran de cobre, pequeños cilindros. Tenía un colgante: un pedazo de concha tallado en forma de pez.

Casi con toda certeza, aquello era un gesto amistoso.

—Gracias —me puse el collar. Ahora yo tendría que corresponder. Me solté la mochila de los hombros, me agaché y la abrí.

—Esto.

Me enderecé sosteniendo un collar de concha. Ese tipo concreto de concha (azul oscuro, lustrosa) se encontraba en el océano norte del planeta, alrededor de un



pequeño archipiélago que habíamos bautizado como Islas Vacías. Harrison Yee y yo habíamos recogido las conchas y las habíamos tallado usando técnicas que Harrison había aprendido en la Facultad de Antropología de la Universidad de Beijing.

La persona tomó mi regalo y me hizo un gesto, se dio la vuelta y se marchó. La seguí. Dejamos atrás una multitud que nos miraba. Tenía la camisa mojada de sudor.

Llegamos a una casa. La persona volvió a hacer un gesto. Entré y me encontré en una sala larga y grande. Un fuego ardía en el centro. Gracias a su luz vi paredes de madera y vigas de leño. El suelo era de tierra o barro.

Miré alrededor. No había muebles, pero sí montones de pieles en los rincones. En las paredes vi utensilios de cocina. Algunos eran de un metro de altura. Negros y pulidos, brillaban a la luz de la hoguera. El aire olía a humo de leña y a algo más: un aroma picante. Alcé la cabeza. Manojos de plantas colgaban de los alares. Hierbas, me dije. ¿Eran silvestres o cultivadas? ¿Se dedicaba a la agricultura esa gente? ¿A la alfarería? ¿Qué metales trabajaba, aparte del cobre?

Mi anfitrión me siguió. Lo miré o la miré. Ahora, a la luz de la hoguera, vi sus hombros encorvados, sus manos huesudas, el pelaje grisáceo. Era casi con toda certeza una persona mayor. Me miraba con ojos anaranjados. Los párpados eran gruesos; las pupilas, rendijas verticales.

Al cabo de un momento la persona habló.

—Lo siento. No conozco tu lenguaje.

Mi anfitrión acercó la mano y me tocó amablemente la cara. No había pelo en la palma de su mano. La piel era dura y seca.

—¡Hu!

Me peiné y me hice una cola en la nuca. La persona tocó mi cabeza, palpando el pelo, y luego tocó la melena que caía entre mis omóplatos.

—¡Tsa!

Llevé la mano a la parte posterior de mi cabeza, solté el pasador y sacudí la melena. El pelo se desparramó.

Mi anfitrión se quedó mirando. Él o ella asió varios mechones y tiró.

Soporté un instante el dolor.

—Eh —dije luego, y toqué, muy suavemente, la mano peluda.

La persona me soltó. El o ella volvió a hablar (¿era una disculpa?) y me señaló el fuego.

Aparecieron otras personas, vestidas con kilts o túnicas. Vi más collares de cobre y cinturones con hebilla metálica. El metal era amarillo, latón o bronce.

Los recién llegados extendieron pieles en el suelo. Mi anfitrión y yo nos sentamos. Alguien trajo un cuenco lleno de líquido. Mi anfitrión bebió y luego me ofreció el cuenco. Era de barro cocido, negro como las ollas y pulido. En el borde exterior tenía grabada una cenefa geométrica. El líquido que contenía era oscuro y olía fuerte.

Recordé lo que me habían dicho los bioquímicos. Probablemente podría comer lo

que comieran los nativos.

—Hay muchas cosas que no podrás metabolizar, naturalmente, ni siquiera con los bichos que te han administrado. Si te quedas allí durante mucho tiempo desarrollarás muchas carencias. Pero no creemos que te vayas a envenenar.

Alcé el cuenco y bebí.

El líquido estaba agrio además de fuerte. Muy sabroso. En Nueva Jersey había consumido cosas mucho peores.

—Gracias —dije, y le devolví el cuenco a mi anfitrión.

Él o ella movió una mano rápida y claramente. El gesto significaba algo. Los demás dijeron «ya» y «hu». Me pareció que estaban más relajados que antes.

En cualquier caso, extendieron más pieles. Más gente se sentó, hasta que quedé rodeada. El aire se llenó de su aroma polvoriento y peludo.

Llegó la comida. No estaba segura de qué era cada cosa. Comí despacio, con cuidado y lo menos posible. Pero comí. En la mayoría de las sociedades que conocía, era una grosería rechazar la comida. Un antropólogo tenía que tener la capacidad digestiva de una cabra.

La gente a mi alrededor empezó a hablar en voz baja. A menudo me miraban. Solo mi anfitrión guardaba silencio. Él o ella seguía tendiéndome nuevos platos, observándome para asegurarse de que comía.

Un plato era de pescado, de eso estaba casi segura. Otro me recordó el sabor de los tomates verdes aliñados. Un tercero tenía la textura del kasha y ningún sabor reconocible.

Los que me rodeaban eructaron y emitieron soniditos arrulladores. «Hu» y «ya». Yo hice lo mismo.

La comida continuó. Empecé a sentirme mareada. Algo que había ingerido tenía un efecto narcótico. La gente que me rodeaba empezó a mostrarse más ruidosa. Varios me tocaron la ropa o las manos o la cara.

Alguien sacó un instrumento parecido a una flauta. Alguien más empezó a golpear dos palos huecos. Tock-piit, tock-piit, seguía la música. Me recosté sobre un codo y contemplé al flautista. Él o ella llevaba una túnica amarilla y un par de brazaletes anchos de cobre. Los brazaletes destellaban mientras el músico se mecía marcando el compás. No me costaba seguir el ritmo. Era casi regular: un corazón con una leve arritmia.

La música cesó. Mi anfitrión se levantó y yo miré alrededor.

Había una nueva persona en la habitación, en la puerta abierta. Como mi anfitrión, llevaba túnica. ¿Un signo de posición? ¿O de edad? ¿Sexo, ocupación? La persona llevaba sombrero, el primero que yo veía, alto y puntiagudo, decorado con conchas.

Me levanté, tambaleándome un poco. Tardé un instante en enfocar la vista.

La persona recién llegada parecía ceñuda. Vi incomodidad en su postura estirada y tiesa, en los hombros echados hacia atrás, en los ojos entornados que me miraban

directamente. Él o ella llevaba un bastón. Del puño del bastón colgaban plumas que se agitaban..., pero no con el viento. Aquella persona estaba temblando. No supe si el movimiento era deliberado.

La persona dijo algo. Parecía furiosa.

Mi anfitrión replicó cortante.

La gente que me rodeaba empezó a levantarse y a retroceder. Aquello era una especie de conflicto de poder. Tuve la impresión de que yo estaba en medio.

La persona del bastón habló un poco más. Mi anfitrión cerró un puño y lo agitó y luego señaló la puerta. Eso lo entendí bastante bien: «¡Tú, tal-y-cual, fuera!»

La persona del bastón se la quedó mirando y se marchó. Uno a uno, los demás la siguieron hasta que solo quedaron tres: mi anfitrión, el que tocaba la flauta y una persona de pelaje marrón rojizo que brillaba como el cobre a la luz de la hoguera.

—¡Hu! —dijo mi anfitrión.

Los otros hicieron gestos que probablemente indicaban su acuerdo.

Me sentía cansada y mareada. Había tomado demasiado de algo, probablemente el líquido. Tendría que tener cuidado con la bebida en el futuro. Me froté la cara.

Mi anfitrión me miró, luego hizo un gesto. Recogí mi mochila. Él o ella me condujo al fondo de la habitación. Allí había un montón de pieles. Mi anfitrión volvió a señalar. Me tumbé.

—Bonita fiesta. Buenas noches.

Mi anfitrión se marchó. Coloqué mi mochila entre la pared y yo y me quedé dormida.

Me desperté con dolor de cabeza y desorientada, me senté, miré a mí alrededor y descubrí que estaba en un gran espacio interior. La luz entraba por un agujero situado encima de mí y por una puerta abierta. Era amarilla, del color de la luz del sol cuando cae la tarde. Pero yo estaba casi segura de que era por la mañana.

Una voz habló cerca. Me volví hacia el sonido. Era la persona vieja, mi anfitrión. Él o ella llevaba una túnica naranja oscuro y un ancho cinturón de cobre. Con una mano sostenía un palo de madera con incrustaciones de conchas. Tendía hacia mí la otra mano, la palma hacia fuera. Decidí que eso era un saludo. A estas alturas ya había recordado en qué situación me encontraba.

La persona mayor se acercó y se sentó. Él o ella volvió a hablar, suave y cortésmente.

Coloqué una mano sobre mi pecho y dije mi nombre.

—Lixia.

Al cabo de un momento, mi anfitrión dijo «Lisa», y me señaló.

—Lixia —repetí.

Mi anfitrión colocó una mano huesuda sobre su pecho.

—Nahusai.

Yo señalé.

—Nahusai.

La respuesta fue un gesto, un rápido movimiento ondulatorio con una mano. Tuve la corazonada de que significaba «sí».

Muy bien, pues. Ya conocía una palabra. Se refería a mi anfitrión. Pero ¿qué significaba? ¿Era un nombre o un título o un término genérico como «ser humano»?

El tiempo lo diría.

Entró una persona: el flautista. Él o ella llevaba la misma túnica que la noche anterior y los mismos brazaletes de cobre.

—Yohai —dijo mi anfitrión, y señaló.

El flautista nos miró.

Era un nombre. Estaba casi segura.

Yohai preparó el desayuno: gachas de color marrón grisáceo y sabor amargo. Me aprendí su nombre: atsua. Cuando terminamos de comer, Yohai se acercó a la puerta y señaló. Yo tomé mi mochila y lo seguí o la seguí por la casa. Había un espacio abierto en la parte de atrás, donde crecía vegetación. La mayor parte era azul con unas cuantas flores blancas o amarillas.

¿Era un huerto? No me lo parecía. Las plantas crecían de cualquier manera y tenían un aspecto descuidado. Eran un puñado de hierbajos.

En mitad del espacio abierto había un edificio del tamaño de una alacena. En cuanto me acerqué, supe qué era. Un excusado. Apestaba a perro muerto. Dudé un momento. Luego lo utilicé. Después pregunté cómo se llamaba.

—Hana —dijo Yohai. O tal vez hna. No estaba segura de haber oído una vocal en la primera sílaba.

Él o ella volvió a señalar. Lo seguí. Atravesamos la aldea. Las calles estaban llenas de niños. Solo encontramos unos pocos adultos. Los niños dejaron de jugar y me miraron. Los adultos fingieron que yo no existía. Tuve la sensación de que Yohai se inquietaba. Yo también estaba un poco inquieta. Pero el día era hermoso, soleado y cálido. Soplaban una leve brisa errática. Traía el olor del bosque y (muy débilmente) del océano. Aquel no era un día para preocupaciones. Intenté no preocuparme.

Llegamos a las afueras del poblado. Había jardines allí: zonas largas, estrechas y rectangulares entre las casas y el bosque. Cada una estaba rodeada por una valla de madera, lo bastante baja para poder ver lo que había al otro lado. Dentro de las parcelas trabajaba la gente, una o dos personas en cada huerto. Se movían entre hileras de plantas. Algunos arrancaban hierbajos. Otros recolectaban. Algunos regaban con jarras que parecían ánforas.

Eso respondió a una de mis preguntas. La sociedad era (hasta cierto punto, al menos) agrícola.

Entramos en un huerto. Al fondo había un árbol. Yohai me condujo hasta la sombra y señaló el suelo. Me senté.

Mi acompañante empezó a trabajar. Yo miré alrededor. Al este había un puñado de cúmulos. Esa noche habría tormenta. En el huerto de al lado había un bebé, diminuto y peludo, sentado bajo una planta. Mientras yo lo miraba, tendió una mano

y trató de agarrar una hoja. Pero la hoja estaba demasiado alta.

Un poco más allá un adulto vertía agua. Él o ella vació el recipiente, luego lo soltó, se enderezó y se dio la vuelta. Bajo la túnica noté el bulto de los pechos. Dos pechos. Era la primera persona que veía que no fuera de pecho plano. Claramente, era una madre que amamantaba.

La mujer me miró y luego hizo un gesto: un tajo vertical. Tuve la sensación de que era hostil. Aparté la mirada.

Al mediodía, Yohai se me acercó. Nos sentamos y comimos pan. El pan era plano y amargo. Después Yohai me enseñó varias palabras: pan, cielo, árbol.

Volvimos a la casa. Mi anfitrión estaba allí. Yohai se marchó. Me senté y aprendí más palabras. Más tarde oí los truenos. Empezó a llover: primero lluvia fina, luego un chaparrón. Mi anfitrión y yo cenamos lo mismo que habíamos tomado en el desayuno: atsua. Gachas grises. No comí mucho.

Después nos sentamos sin hablar. El sol se puso. La lluvia brillaba, iluminada por la hoguera, una cortina de plata en la puerta. Me apoyé contra un poste. Mi anfitrión se quedó junto a la hoguera. Él o ella se encorvó, acurrucado en la túnica naranja. Una mano se movía de vez en cuando. Retorcía un brazaletes o golpeaba el suelo. Era una persona con un problema serio y yo tenía la sensación de que el problema era yo. Yohai me había dado la impresión de valor nervioso, de alguien que recalca algo que quería hacer. «Mira lo que tenemos aquí. Mira a nuestra invitada. Mira a la persona de la que no nos avergonzamos». Ese había sido el mensaje transmitido cuando él o ella me llevó al huerto. ¿Qué estaba pasando exactamente? Decidí no especular. Tenía demasiada poca información y no podía estar segura de comprender nada sobre aquella gente.

Llovió más al día siguiente. Mi anfitrión y yo trabajamos en el vocabulario: objetos de la casa principalmente y algunos verbos comunes. Por la tarde Yohai descolgó un pequeño telar de la pared. Él o ella empezó a tejer una tira de tela. El hilo era blanco y azul. Yo observé. Yohai trabajaba con rapidez. Pronto distinguí el dibujo. Era geométrico, lleno de ángulos agudos. Me pareció hostil y demasiado intrincado. ¿Qué significaba? ¿Era bizantina aquella cultura? ¿O era paranoia mía?

Me levanté y empecé a hacer ejercicios de yoga. Mi anfitrión me miró con los ojos muy abiertos.

Me detuvo.

—Esto no es nada dañino ni malévolo —dije amablemente—. Lo hago para que no me duela la espalda y para mantener mi mente razonablemente tranquila.

Continué con mis ejercicios. Mi anfitrión observó. La lluvia menguó. Ahora lloviznaba.

—Discúlpame —recogí la mochila y me marché al excusado. Olía tan mal como siempre. Entré y me senté. Entonces saqué la radio y llamé a la nave.

—¿Sí? —dijo la radio. La voz era grave y un poco ronca. Estaba hablando con Edward Antoine Torbellino, autor de La sociedad americana nativa en la reserva y

pautas de supervivencia a finales del siglo veinte, antiguo profesor emérito de la Universidad de Duluth (renunció al cargo cuando salió de la Tierra) y durante muchos años mi colega en el Departamento de Estudios Interculturales.

—Aquí Lixia —le dije—. Llamo desde un excusado, así que voy a tener que ser rápida.

Eddie se echó a reír.

—Necesitaba un sitio privado.

—Muy bien —dijo Eddie.

Apoyé la radio en mis rodillas, saqué el medallón de la cadena y lo inserté en una ranura del aparato.

El pequeño ordenador del medallón se comunicó con el ordenador ligeramente más grande de la radio. Ese ordenador se comunicó con un ordenador situado a bordo de la nave. El proceso duró apenas un minuto. La radio pitó y saqué el medallón. Todo lo que el medallón había grabado (todo lo que me había sucedido en los dos últimos días) se encontraba ahora en el sistema de información de la nave.

Directorio: Primera Expedición Interestelar

Subdirectorio: Sigma Draconis II

Sub-subdirectorio: Informes de Campo-Soc. Ci

Nombre de Archivo: Li Lixia

—¿Hay algo más? —preguntó la radio.

—No.

—Muy bien. Otras tres personas han entablado contacto. Ningún problema hasta ahora. Pero ten cuidado y vuelve a llamar lo más pronto posible. Debería tener información directa dentro de un par de días.

Apagué la radio, la guardé y salí. Llovía con fuerza. Corrí hasta la casa.

El día siguiente amaneció despejado. Yohai y yo fuimos al huerto. El terreno estaba todavía mojado. Gotas de agua chispeaban en las hojas. Yohai me enseñó a arrancar matojos. Trabajamos toda la mañana. A mediodía descansamos bajo un árbol. En los otros jardines la gente se movía, hablaban unos con otros. Pero nadie vino a visitarnos. Interesante. Una vez más tuve la impresión de que estaban recalcando algo, y que Yohai no quería hacerlo. Mordí una verdura amarilla. Era jugosa y agridulce.

Por la noche me senté con Nahusai. Yohai se marchó, no supe adonde. Aprendí más verbos y un montón de preposiciones: la maldición de todo lenguaje, pero contenían toda la información. A. Hacia. De. Entre. Detrás.

Aprendí los nombres de varias plantas. Yohai me dijo que era una mujer. Pero no era madre. Cuando me lo dijo, pareció triste.

—¿Nahusai? —pregunté.

Ella hizo el gesto que significaba «sí».

—Madre —dijo, y se puso la mano en el pecho—. Madre mí.

Ajá. Una relación de parentesco. La primera. Empecé a considerar que estaba

llegando a alguna parte.

Al día siguiente Yohai me llevó al río. Corría entre los jardines y el bosque. En esa época del año (mediados de verano) el caudal era escaso. El agua corría entre piedras amarillas. Yohai chapoteó, le dio la vuelta a una piedra y agarró algo.

—¡Tsa!

Me tendió la cosa. De unos diez centímetros de largo, era verde y dura, con ocho patas. La sostuve torpemente. Movía las patas. De uno de sus extremos sobresalían dos largos tallos. ¿Eran ojos? ¿O antenas? Se movían de un lado a otro.

—Nosotros comemos —dijo Yohai.

—¿Ah, sí? —Hice el gesto que significaba inseguridad o confusión.

—Tú mira. —Yohai agarró la criatura y la metió en una olla—. Tú aquí —llamó.

Me quité las botas, me subí los pantalones y me metí en el río. Ella atrapó otra criatura. La lanzó a la olla.

—Tú.

Metí la mano en el agua y di la vuelta a una roca. Algo se escurrió entre mis dedos. Intenté agarrarlo y fallé.

—Maldición —encontré otra roca y lo intenté de nuevo.

Pasamos toda la mañana en el río. Yohai capturó unas veinte criaturas. Yo capturé dos.

Por fin ella salió del río. Me miró, sorprendida.

—¿Para qué sirvo? —dije en inglés—. Una pregunta interesante. Soy muy buena aprendiendo idiomas y bastante buena descubriendo lo que piensan otras personas. Aunque no siempre puedo explicar cómo sé lo que sé. ¿Te sirve de algo?

Yohai recogió la olla. Las cosas verdes estaban todavía vivas. Reptaban unas sobre otras, intentando escapar.

—Ven —llamó.

Recogí mis botas. Caminamos corriente abajo. Al cabo de unos minutos los jardines quedaron atrás y nos vimos rodeadas de árboles. El aire olía a lo-que-fuera: el aroma del bosque, fuerte y claro, para el que no tenía nombre.

Había rápidos en el río. Nada importante. El agua se arremolinaba en una serie de pequeñas cascadas. Aquí y allá vi un poco de espuma. Al pie de la última cascada había una laguna. El agua estaba tranquila y era profunda y verde.

Mi compañera soltó la olla que llevaba. Se quitó las sandalias y se sacó la túnica por la cabeza. Su cuerpo era hermoso, oscuro y esbelto. Me recordaba las nutrias y los osos y también mi propia especie. Era notablemente humanoide. La única diferencia remarcable era el pelaje. Los ojos eran un poco distintos, por supuesto. Las pupilas eran rendijas verticales. Los iris, amarillo pálido, llenaban los ojos. No se veía ningún blanco en ellos. En las manos tenía tres dedos y un pulgar. Sus pies tenían cuatro dedos. A excepción de esto y el pecho plano, se parecía a nuestra jefa de pilotos, Ivanova.

Ella me señaló.

—Tú. Lisha.

Me desnudé.

—¡Tsa! —me tocó el hombro desnudo—. ¿Qué?

Me quedé quieta. Ella me rodeó.

—¡Hu!

Sentí el contacto de su mano en el omóplato, muy suavemente. Me estremecí. Ella dio la vuelta y me miró el pecho. Para ser una mujer humana yo era muy plana. Con todo, mis pechos abultaban más que los suyos.

—¿Madre? ¿Tú? —preguntó.

—No.

Ella me miró directamente a los ojos. Tenía el ceño fruncido.

—¿Qué tú?

Le respondí en inglés.

—No puedo explicarlo, Yohai. Todavía no. No sé cómo decís «mundo» o «estrella» o «amigo». Pero no hay nada malo en mí. No soy peligrosa. No pretendo causar ningún daño.

Yohai se quedó mirándome durante un minuto más, luego se dio la vuelta y se zambulló en el estanque. Era una nadadora magnífica. La vi deslizarse por el agua verde con la gracia de una foca.

Me zambullí tras ella. Resbalé en la orilla y acabé dándome un barrigazo. Salí a la superficie tosiendo, avergonzada. Yohai soltó una especie de ladrido. ¿Una carcajada?

Nadé hasta el centro del río, me di la vuelta y floté. El agua estaba fría. Apenas había corriente. Un pájaro cruzaba el cielo, muy alto. ¡Ah!

Pasado un rato nadé hasta la orilla. Salí del agua y lavé mi ropa usando un par de piedras (había aprendido la técnica en California, con los aborígenes). Luego la colgué de un arbusto para que se secase.

Yohai se reunió conmigo, sacudiéndose el agua del pelaje. Nos sentamos juntas en la orilla. Ella tenía los ojos entrecerrados y su pelaje brillaba a la luz del sol. ¡Parecía tan cómoda! ¿Por qué no podía yo relajarme así? Tal vez me conviniera seguir otro curso de yoga.

Yohai se levantó y me dijo el nombre de las criaturas de la olla.

Esa noche aprendí a matar y quitar la concha a las criaturas. No me gustó. Pero lo hice. Yohai hirvió los restos. El resultado fue delicioso. Comí demasiado. Después me senté en el umbral. Los niños jugaban en la calle. Parecían jugar a pillarse. Los observé y me sentí más o menos contenta, aunque me hubiese apetecido un trago. Algo ligero y seco. Un vino blanco, tal vez.

A la mañana siguiente hice otra visita al excusado. Llamé a la nave y otra vez se puso Eddie.

—Tengo noticias para ti —dijo él—. Pero primero transmite tu información.

Metí el medallón en la radio y esperé. Había media docena de insectos en el excusado. Un par de ellos zumbaron alrededor de mi cabeza. Los espanté. La radio



pitó. Saqué el medallón.

—¿Algo más?

—Sí. Me alojo con dos personas. Nahusai y Yohai. Nadie las visita. Cuando Yohai y yo trabajamos en el huerto, nadie nos habla. Creo que el problema soy yo.

Hubo una pausa.

—¿Crees que la situación es peligrosa? ¿Quieres salir de ahí?

—No. Todavía no.

Otra pausa.

—Tu instinto suele ser excelente. Muy bien. Pero quiero que llames más a menudo.

—Lo intentaré. No será fácil. No hay mucha intimidad aquí.

—Haz lo que puedas. Ahora, para tu información: Harrison Yee fue expulsado de su poblado. Fueron amables, pero firmes. Sucedió después de que se diera un baño. Creemos que violó un tabú sobre el desnudo o la prohibición de lavarse en agua corriente o tal vez en ese río en concreto. Intenta averiguar cómo se baña tu gente antes de darte un baño.

—Ya me he dado un baño, Eddie.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En el río cercano.

—¿Sola?

—Con Yohai. La hija de mi anfitriona. Pareció un poco sorprendida cuando me vio desnuda. Al parecer no había advertido que no tengo pelo en ninguna parte. Bueno, casi en ninguna. En cualquier caso, no pasó nada.

—Eso es interesante. Por supuesto, Harrison no estaba cerca de ti. Sin embargo, el lenguaje que estás aprendiendo es similar al que estaba aprendiendo él antes de darse el baño.

—Él está en el otro extremo del continente.

—Ajá. Y tu lenguaje es casi idéntico al que está aprendiendo Derek. Él se encuentra costa abajo respecto a ti.

Un bicho aterrizó en mi cara. Intenté aplastarlo y fallé. La radio me resbaló de las rodillas.

—¡Maldición! —la agarré antes de que se colara por el agujero.

—¿Lixia?

—No pasa nada. ¿Qué significa todo eso?

—No lo sabemos. Pero tenemos algunas teorías. Puede que estéis aprendiendo un lenguaje comercial. O tal vez toda la gente con la que hemos contactado hasta el momento está relacionada, es parte de una migración reciente.

—¿Hasta qué punto es eso probable?

—No mucho. El lenguaje comercial es una posibilidad clara... O eso pensamos en este momento.

Corté la conexión y salí del excusado. Fuera, a un par de metros de distancia,

esperaba una persona. Él o ella llevaba túnica y un sombrero. La túnica estaba cubierta de bordados. El sombrero estaba decorado con conchas. Al instante supe quién era: la persona que había irrumpido en la fiesta de Nahusai.

—¿Sí? —dije en la lengua nativa.

Él o ella hizo un gesto (un tajo vertical), se dio media vuelta y se marchó.

Regresé a la casa un poco nerviosa. La persona irradiaba hostilidad. ¿Quién era? No podía preguntarlo. No sabía las palabras adecuadas.

Durante la siguiente media docena de días el cielo permaneció despejado. Hizo calor. Yohai y yo trabajamos en el huerto. Principalmente, traíamos agua del río: recipiente tras recipiente. Echábamos el agua en el terreno seco. Luego regresábamos al río. Volvíamos a llenar los recipientes. Volvíamos al huerto.

Me dolían los brazos. Me dolían los hombros. Sentía un dolor terrible en la nuca. Traté de recordar cómo me había metido en aquella situación. Tenía algo que ver con el romance del viaje interestelar. ¿O era con la búsqueda de conocimiento?

Por la tarde volvíamos a la casa y descansábamos. Por la noche Yohai se marchaba de vuelta al huerto o a algún otro lugar. Yo me quedaba con Nahusai. Ella seguía enseñándome el lenguaje. Empecé a comprender frases completas.

Nunca me dejaban sola, excepto cuando estaba en el excusado. No estaba segura de por qué. ¿Me temían Nahusai o Yohai? ¿O temían que alguien intentara hacerme daño?

No me sentía especialmente a salvo, ni siquiera en el excusado. Podía haber gente observando. La persona del sombrero desde luego lo había hecho. La gente podía darse cuenta si pasaba mucho tiempo allí dentro. Podrían decidir acercarse a escuchar. No entenderían mi conversación, pero sabrían que estaba hablando con alguien que no se hallaba presente.

Acabé llamando desde la casa una noche, cuando mis acompañantes se fueron a dormir temprano.

—¿Dónde demonios has estado? —preguntó Eddie.

Bajé el volumen y lo expliqué.

—Lixia, tienes que mantenerte en contacto. Nos estamos empezando a preocupar. Ivanova hablaba de ir a buscarte. ¿Puedes imaginarte lo que sería eso? Iría como el Séptimo de Caballería, y tendríamos que encontrar el modo de arreglar el lío que armaría.

—Vale —dije, y bajé un poco más el volumen. Al otro lado de la casa Yohai y Nahusai roncaban. Sonaban casi completamente humanas.

Eddie me contó las noticias. Harrison Yee había vuelto a la nave, igual que Antonio Nybo. Tony había estado en el archipiélago. Había descubierto varios sitios ceremoniales (rocas dispuestas en círculos y acantilados con pictogramas), pero no gente. Su isla estaba desierta.

—De interés arqueológico solamente —dijo Eddie—. Lo rescatamos.

Había otros cinco terrestres en el planeta todavía. Cuatro se encontraban en

poblados más o menos como el mío. El quinto, Gregory, se alojaba con una familia numerosa en las montañas del oeste.

—Cuidan rebaños y fabrican unos tejidos fantásticos, según dice Gregory.

—Ajá.

—No parece que haya ningún gran núcleo de población. Todavía no sabemos por qué. Ni siquiera tenemos ninguna teoría.

—Una situación desesperada —dije yo.

Eddie se echó a reír.

Yohai gruñó y se dio la vuelta.

—Tengo que irme —dije.

Al decimocuarto día de mi estancia en la aldea decidí que tenía que volver a llamar. Esperé hasta después de oscurecer y fui al excusado. La primera luna del planeta se alzaba. Colgaba sobre los tejados, naranja brillante, llena en tres cuartos. Dejé abierta la puerta del excusado. La luz de una luna entraba por ella. Podía ver lo bastante bien para manejar la radio.

Esa noche Eddie tenía una noticia nueva e interesante.

—Yvonne dice que no hay varones maduros en su poblado. Hay unos cuantos ancianos. Viven en la periferia de la aldea, dice, solos. Y hay niños..., niños varones. Pero no varones de edad intermedia.

Medité un instante.

—Conozco la palabra «niño», y he visto algunos niños jugando en la calle. Los más jóvenes no llevan ropa. Su sexo resulta evidente y constituye un interesante ejemplo de evolución paralela. Pero no conozco el término para «hombre». —Me mordí los labios un segundo o dos—. Déjame comprobarlo.

—Muy bien —dijo Eddie.

Desconecté, me colgué la radio al hombro y salí del excusado. La luna estaba directamente sobre mí. Era más pequeña que la tierra, pero más cercana, con un albedo mucho más alto. Iluminaba la zona que me rodeaba: el sendero de hierba, el excusado, y media docena de casas.

Eché a andar hacia la casa de Nahusai. Algo se movió en la oscuridad, junto a la pared.

—¿Sí? —llamé—. ¿Quién va?

Algo más se movió a mi derecha, cerca de una de las casas vecinas. Me volví. Había una persona. Él o ella llevaba túnica.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Soy Hakht —dijo una voz ronca. O tal vez la voz dijo «Akht». No estaba segura de la inicial aspirada.

Otras dos figuras emergieron de las sombras. Había media docena. Dos empuñaban palos. Formaron un círculo a mí alrededor, a buena distancia. Sin embargo, me bloqueaban el paso.

—Te oímos. Vas allí... —La figura de la túnica señaló el excusado—. Hablas.

Tú... —Él o ella dijo algo que no entendí. Parecía una acusación.

—No hago nada malo.

La persona hizo un gesto que significaba (estaba segura) «no» o «disiento».

—Tú eres un algo-algo. ¡Te lo digo, vete!

—No comprendo.

—¡Vete! —gritó la persona.

Miré alrededor. No se acercaba nadie. ¿Qué se suponía que era yo? ¿Un espíritu maligno? Avancé. La gente que tenía delante se apartó.

—Gracias —dije en inglés.

Detrás de mí, la persona de la túnica gritó:

—¡Algo! ¡Vete!

Rodeé la casa hasta la puerta principal y entré. Nahusai se había acostado. Yohai estaba sentada junto al fuego. Tejía usando su pequeño telar de mano. Alzó la cabeza.

—Una cosa mala —dije—. Una persona llamada Hakht o Akht.

—¡Tsa! —Yohai se irguió—. ¿Qué?

—Yo estaba en el excusado. Salí. Hakht estaba allí. Hakht dijo: «¡Vete!»

—¡Hu!

Yohai corrió junto a su madre y despertó a la anciana. Hablaron rápido en voz baja. Yo me mordí las uñas.

—¡Nahusai! —dijo una voz detrás de mí.

Era Hakht, por supuesto. Él o ella se encontraba en la puerta. Con una mano sujetaba el bastón. En la otra sostenía una maraca. La maraca estaba pintada de blanco. Del mango colgaban plumas negras.

—¿Qué es esto? —preguntó Nahusai.

Miré a la anciana. Ahora estaba de pie. Yohai le tendió un cinturón de plata. La anciana se alisó la túnica, tomó el cinturón y se lo puso. Después abrió una caja y sacó media docena de collares. Eran de plata, cobre, bronce y conchas. Se los puso. Yohai le tendió un bastón. Avanzó hacia nosotros, despacio, con dignidad, apoyándose en el bastón.

—Es de noche, hija de mi hermana —le dijo a Hakht. Hablaba con lentitud y claridad. Supe que quería que yo la entendiera—. ¿Por qué estás aquí?

Hakht agitó la maraca en dirección a mí.

—Esta se irá.

—No —respondió Nahusai.

—¡Ella es un algo! —dijo Hakht.

—No. ¿Qué te enseñé, hija de mi hermana? ¿Cómo reconocemos a un algo? —Nahusai alzó un dedo—. No les gusta comer. —Alzó un segundo dedo—. Nunca duermen. —Alzó un tercer dedo—. No se meten en el agua. ¿No es así?

Hakht frunció el ceño y luego hizo el gesto que significaba «sí».

Nahusai me señaló.

—Esta duerme. Come. —Mi anfitriona hizo un amplio gesto, indicando que

comía bastante—. Usa el excusado. Ha estado en el agua. Yohai lo vio. No es un algo. Dices una cosa mala, hija de mi hermana. No es cierto.

Hakht frunció el ceño. Abrió la boca para contestar.

Nahusai señaló la puerta.

—No hablaré de noche. Vete.

Al cabo de un instante, Hakht se dio media vuelta. Se marchó despacio, a regañadientes. Tenía la espalda rígida. La mano que sostenía la maraca se movió levemente. Olí un suave zumbido errático.

Cuando se hubo marchado, Yohai empezó a gemir.

—¡Tsa! —dijo la anciana.

Descubrí que estaba temblando. Me senté y estuve a punto de caerme mientras lo hacía. Nahusai y Yohai empezaron a hablar. Sus voces estaban llenas de tensión. No logré entender ni una palabra de la conversación.

¿Qué había sucedido? Hakht me había acusado de ser una especie de criatura sobrenatural. Un monstruo, un espíritu maligno, un fantasma. Nahusai había dicho que yo no tenía las características distintivas de lo que fuera que fuese. Habló como un médico, discutiendo los síntomas de una enfermedad. Debía de ser una maga o sacerdotisa, y Hakht debía de serlo también. Una especialista rival. En cualquier caso, Hakht se había marchado, frustrada por el momento. Pero yo estaba segura de que la disputa no había terminado. ¿Debía pedirle a Eddie que me sacara de allí? Me mordí una uña. Todavía no.

Mi anfitriona habló, con voz tranquila y clara. Lo que dijo parecía definitivo. Yohai hizo un gesto que no comprendí del todo. Pero me pareció que significaba «sea pues».

Nahusai suspiró. Apoyó el bastón contra la pared y se quitó las joyas. Parecía agotada.

—Lisha —era Yohai.

—¿Sí?

—Duerme. —Yohai señaló mi montón de pieles.

Obedecí, pero no conseguí dormir durante horas.

Yohai me sacudió al amanecer.

—Despierta. Come.

Me senté. El fuego ardía con fuerza. Una olla calentaba en él y mi anfitriona estaba sentada cerca.

—Ven —dijo Yohai—. Ahora.

Fui primero al excusado. Fuera hacía frío. Había rocío en el suelo y el cielo era de un color indeterminado. ¿Por qué estaba levantada a esa hora? Más problemas, decidí. Usé el excusado y regresé a la casa. Había agua en una gran tina, junto a la puerta. Me lavé y entré.

El desayuno fueron gachas. Parecía su comida favorita. Cuando terminamos de comer, mi anfitriona me miró. Su expresión era grave.

—Lisha. —Calló y frunció el ceño—. Hakht dice malas cosas. La gente escucha. Dice: «Sí. Lisha es un algo. Es mala».

Se detuvo de nuevo y contempló el fuego, y luego volvió a mirarme.

—Soy vieja. Saben que me iré... —Señaló el suelo. Bajo tierra, significaba ese gesto—. Yo hablo. Ellas no escuchan. Ve con Yohai.

—¿Adonde?

—A un buen lugar. Ve.

Guardé mis cosas y me colgué la mochila al hombro. Yohai se puso una sencilla túnica marrón y un cinturón de cuero. Del cinturón colgaba una vaina con un cuchillo. Tenía el mango de latón y cuerno.

—Ven —dijo Yohai.

Me detuve delante de Nahusai. No sabía decir gracias, pero conocía un gesto de agradecimiento. Me toqué el pecho y luego volví la palma de la mano hacia Nahusai.

Ella me devolvió el gesto.

Tendí un regalo: una caja de madera de una de las Islas Vacías, con incrustaciones de concha rosa y verde transparente, más bonitas que el nácar o la madreperla.

Nahusai aceptó la caja.

—Adiós —dije en inglés. Seguí a Yohai y salí por la puerta.

El sol empezaba a asomar. Lo vi al mirar al este: una franja de luz anaranjada por encima de un tejado. El cielo estaba despejado, la calle estaba vacía, a excepción de un ki amarillo, un ave doméstica parecida a una grulla que cazaba bichos en las hierbas que crecían en la pared de una casa. Lo asustamos. Se alejó y nosotras nos marchamos en la dirección opuesta.

Cuando el sol estaba ya alto nos encontrábamos en el bosque. A derecha e izquierda se alzaban troncos como columnas de una vieja catedral. Muy por encima de nosotras se extendían las ramas. Sus hojas oscuras ocultaban el sol. De vez en cuando llegábamos a un claro lleno de luz e insectos voladores. Tenían que estar incubando. ¿O estaba viendo una migración? En cualquier caso, todos los insectos eran iguales, sus cuerpos de un azul eléctrico, las alas transparentes e incoloras a excepción de dos manchas rojas.

Había un claro donde los insectos eran especialmente numerosos. Flotaban a nuestro alrededor. Uno se posó en mi brazo. Me detuve, hechizada. El bicho desplegó las alas. Conté ocho patas y dos antenas.

—Vamos —dijo Yohai.

Me apresuré. El insecto se marchó.

A mediodía llegamos a un edificio que se alzaba en un claro más grande que los anteriores. A su alrededor crecía la hierba y detrás corría un arroyo. Oí el sonido del agua.

—Este es el lugar —me dijo mi acompañante.

El edificio era pequeño y viejo. Un leño sostenía una pared. El techo era de cuero. Me pareció que no era el techo original, sino una reparación improvisada, hecha por

alguien que no era carpintero. A un lado había una segunda estructura. Un cobertizo. De allí salía humo. ¿Qué era? Obtuve mi respuesta un momento más tarde: el sonido de un martillo. Una fragua.

Mi acompañante avanzó hacia el sonido. La seguí. Nos detuvimos en la entrada del cobertizo y nos asomamos. Un fuego ardía en la forja. Una persona se inclinaba sobre un yunque de hierro. Había metal en el yunque, brillando amarillo. La persona alzó un martillo, lo descargó, lo alzó y volvió a descargarlo.

Yohai alzó una mano en un gesto de advertencia. «Espera», significaba ese gesto. Esperé.

Al cabo de un rato la persona soltó el martillo. Él o ella se enderezó, se estiró, gimió, y luego se volvió y nos vio.

—¡Hu!

Yohai dijo algo que no comprendí.

El herrero hizo un gesto.

Yohai habló un poco más. Yo estudié al herrero. Él o ella llevaba un delantal de cuero y sandalias. Nada más. Le eché un buen vistazo: hombros anchos, pecho fornido y brazos de aspecto poderoso. Se trataba de una criatura formidable. El pelaje que la cubría era marrón rojizo. Un color poco habitual. ¿No había alguien así en la fiesta, la noche de mi llegada? Yohai dejó de hablar.

El herrero hizo otro gesto y me miró.

—Soy Nia. Te quedarás aquí.

Hice el gesto de asentimiento.

Yohai me dijo algo. ¿Era adiós? Se dio media vuelta y se marchó, moviéndose rápidamente. En un minuto o dos hubo desaparecido.

—Siéntate —dijo Nia—. Yo... —Él o ella señaló el fuego.

—Comprendo.

Me senté en un rincón. Nia añadió carbón al fuego y empezó a manejar los fuelles: una bolsa grande, de cuero, con un mango. Nia alzaba y bajaba el mango. La bolsa se llenaba y se vaciaba. El fuego se avivó. Un rato después Nia puso con unas tenazas el metal en el fuego.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando.

Nia me dijo la palabra que significaba hierro y volvió al trabajo. Él o ella golpeó la pieza de hierro hasta aplanarla, y luego la calentó y la dobló para volver a aplanarla. Lo hizo una y otra vez. Me cansé de mirar.

Por la tarde, Nia dejó de trabajar. Él o ella suspiró y se desperezó.

—Comida.

—Sí —me levanté.

Fuimos al otro edificio. En el interior solo había una pila de pieles y un par de jarras. Nia se quitó el delantal, rebuscó entre las pieles y encontró una túnica. Se la puso.

—Toma. —Sacó pan de una jarra. La otra jarra estaba llena de líquido: el fuerte

narcótico que había bebido en la fiesta.

Nos sentamos en el umbral y comimos y bebimos.

—¿De dónde eres? —preguntó Nia. Con la boca llena de comida. No la entendí y tuvo que repetir la pregunta.

—De por aquí no —respondí.

—Yo soy del Pueblo de Hierro —dijo ella—. Está muy lejos. Allí —señaló hacia el sol—. ¿Tú?

Yo señalé en la dirección opuesta, hacia el este.

—Ya. —Bebió más líquido—. Esa gente es difícil de entender.

Se levantó y se acercó a la fragua.

Me quedé donde estaba hasta que oí el sonido del martillo de Nia. Entonces saqué la radio y llamé a Eddie.

—Debería sacarte de ahí —dijo él, cuando supo lo que había pasado.

—No.

—¿Por qué no?

—No creo que corra ningún peligro, y si es así... Eddie, todos sabíamos lo peligroso que podría ser esto. Podríamos haber enviado robots. Enviamos a personas porque queríamos lo que sea que las personas llevan consigo en una situación como esta. La perspectiva humana. Votamos por correr el riesgo. La mayoría fue clara.

Eddie guardó silencio.

—Quiero quedarme. Es mi perspectiva humana. Es el motivo por el que dejé la Tierra... No lo hice para sentarme en una sala de la maldita nave. Por fin puedo mantener una conversación y estoy empezando a aprender cómo manejan el hierro los nativos. Sabes que me interesa la tecnología.

Más silencio, seguido por fin de un suspiro.

—Me opuse a utilizar robots porque pensaba que serían más problemáticos que las personas. Muy bien. Quédate. Pero creo que te equivocas.

—¿En qué? ¿En la situación?

—No. En la tecnología. Es la típica perspectiva occidental. Crees que una herramienta es más importante que un sueño porque una herramienta puede medirse y un sueño no.

Hice un ruido indeterminado.

—Échales la culpa a los griegos —dijo él.

—¿Qué?

—Fueron ellos los que decidieron que la realidad era matemática. ¡Una locura! Un valor ético no es como un triángulo. Una visión religiosa no puede reducirse a una fórmula. Sin embargo, ambas cosas son reales. Ambas cosas son importantes.

—No hace falta que discutas conmigo. No conozco lo suficiente la filosofía occidental para defenderla. Y tengo que cortar la comunicación.

—Llámame mañana.

—Muy bien.



Nia volvió al anochecer. Dividió en dos su montón de pieles.

—Tú duermes aquí —señaló una pila.

Desperté al amanecer. Nia estaba levantada ya, poniéndose su delantal.

—Yohai dice que puedes aprender. Ven.

Fuimos a la fragua. Nia encendió el fuego y luego me enseñó a manejar los fuelles. Esa mañana forjó la hoja de una azada: terminaba en punta y tenía dos dientes en la parte posterior... para arrancar hierbas, decidí, aunque parecía que podía emplearse como arma.

No había visto ningún arma de verdad. Ninguna espada. Ninguna lanza. Ningún hacha ni palo de batalla. Nada que estuviera claramente diseñado para dañar a otra persona.

Eso era interesante. Tal vez los hombres (dondequiera que estuviesen) tuvieran las herramientas para matar.

A mediodía hicimos un alto y comimos. Le pregunté a Nia los nombres de varias cosas: la hoja de la azada, el martillo y todo eso. Ella frunció el ceño y me lo dijo. Tenía la sensación de que no iba a ser una maestra muy buena. Parecía lacónica por naturaleza.

Volvimos al trabajo. Empezaron a dolerme los brazos, luego la espalda y finalmente las piernas. El humo me picaba en los ojos y no me hacían mucha gracia las nubes de vapor que se levantaban cuando Nia metía la hoja al rojo vivo en un cubo de agua. Lo hizo dos veces. Finalmente, sacó la hoja. La examinó a la luz, e hizo el gesto que significaba «sí».

—¿Es buena? —pregunté.

—Sí. Haré otra.

Maldición. La hizo. Cuando terminó yo estaba exhausta. Salí y me tumbé en el suelo mientras ella apagaba el fuego y recogía sus herramientas. Era meticulosamente ordenada en su trabajo. Sin embargo, su casa era un caos. El día (advertí por primera vez) era luminoso y fresco. Un día precioso, ahora casi terminado. Decidí no llamar a Eddie. Era demasiado esfuerzo. Me fui a la cama.

Al día siguiente Nia fabricó alambre. Yo manejé los fuelles y aprendí una nueva frase:

—Bombee regularmente, idiota.

Por la noche nos sentamos en la casa de Nia y bebimos el fuerte líquido. Las dos nos emborrachamos un poco. Nia empezó a cantar para sí, golpeándose un muslo con una mano para marcar el compás. Tenía los ojos entornados. Parecía ensimismada.

Me apoyé contra la pared y observé el humo brotar del fuego. Aquello era un cambio a mejor, decidí. Nia era taciturna y nerviosa, pero no melancólica. Nahusai se pasaba mucho tiempo sentada y reflexionando, y Yohai casi siempre estaba ocupada. Eso me parecía inquietante.

Nia dejó de cantar. La miré. Se acostó. Un minuto más tarde roncaba. Una compañía muy descansada, me dije.

No sucedió gran cosa en los días siguientes. Ayudé a Nia en la fragua. Por la noche hablaba con Eddie.

—No hay ninguna duda respecto a tu lenguaje —me dijo una noche—. Es un batiburrillo, por eso resulta tan fácil de aprender.

»En el continente grande tienen un lenguaje comercial también... Uno distinto, que no tiene nada que ver con el tuyo. Yvonne y Santha lo están aprendiendo. Meiling está aprendiendo otro, un lenguaje local terriblemente complejo.

—¿Y Gregory? —pregunté.

—Otro lenguaje local, pero menos difícil. Oh, a Gregory le pasó algo interesante...

Esperé, expectante. Había descubierto que Eddie solía guardar la información realmente importante para el final de la conversación.

—Su pueblo descubrió que era varón. Le dijeron que se marchara. Preguntó por qué. La pregunta al parecer los dejó de piedra. No podían creer que lo preguntara. Pero al final se lo dijeron. En su sociedad los hombres viven solos, en las montañas. Cuidan los rebaños y nunca vuelven a las casas donde viven las mujeres. La idea es vergonzante. Gregory dice que no fue capaz de preguntar amablemente cómo procrean.

—¿Lo expulsaron entonces?

—No. Les dijo que no sabía vivir solo en las montañas. Tuvieron una larga discusión y luego decidieron dejar que se quedara en uno de los edificios de las afueras..., una especie de granero. Y allí está. «J'y suis, j'y reste», dice.

—¿Los hombres viven completamente solos?

—Según Gregory, sí. Las mujeres dicen que los hombres tienen mal temperamento. No les gusta la compañía.

—¿Ah, sí? Eso explica lo que le pasó a Harrison.

—Ajá. Advertí a Derek y Santha. Yvonne va a hablar con su anfitriona. Es la informadora ideal: una historiadora tribal que no para de hablar.

Hice el gesto de acuerdo, luego sonreí y dije:

—Sí.

—Habla con Nia. Pregúntale por los hombres de su sociedad.

Dije que lo haría, pero no lo hice. No era fácil hablar con Nia. A menudo se paraba a mitad de frase y se quedaba con la mirada perdida, o bien cambiaba de tema. Me dio la impresión de que llevaba mucho tiempo viviendo sola. Se había olvidado de mantener una conversación. Me concentré en sonsacarle información sobre la gramática. Las preguntas sobre sus costumbres podían esperar.

Una mañana Nia buscó entre las vigas de su casa. Sacó dos hachas.

—Ven —me dijo—. Vamos a traer madera.

Pasamos toda la mañana en el bosque. Nia taló un árbol, quizá de unos diez metros de altura. El tronco era recto. Las ramas estaban desnudas, a excepción de unas cuantas hojas mustias. El árbol estaba obviamente muerto y llevaba así algún

tiempo.

Cuando el árbol cayó, Nia me dijo:

—Hazlo pedazos.

—Haré lo que pueda.

Empecé a cortar. Nia se marchó. Cuando me detuve a frotarme las manos oí su hacha un poco más allá. Estaba talando otro árbol.

Al mediodía, descansamos.

—¿Para qué es esto? —pregunté.

—Carbón. —Masticaba un trozo de pan—. La madera ya está seca. Mañana la pondremos bajo tierra. Arderá durante nueve, diez días, lentamente, bajo tierra. Entonces será carbón. —Se levantó, se estiró y se frotó los muslos—. A trabajar.

Gruñí y empuñé mi hacha.

Unos cuantos minutos más tarde la ampolla de mi mano derecha reventó. Solté el hacha y me la miré. Sangraba. Necesitaba una cura. Regresé a la casa de Nia y abrí mi mochila. ¿Debía lavarme la herida? Decidí no hacerlo. Parecía limpia, y no sabía qué tipo de microbios vivían en los arroyos, sobre todo los arroyos cercanos a un poblado. En teoría nada de aquel planeta podría vivir a mi costa. Nuestro material genético era demasiado diferente. Ningún virusoide local podría usar mi ADN para replicarse. Ningún bacteroide local podría usar mis células para comer. A pesar de todo...

Saqué la lata de vendas y me coloqué un vendaje fino. Picaba. Sería por el desinfectante. Me senté y esperé a que el vendaje se secara. Era brillante y marrón oscuro: color carne, según rezaba la etiqueta de la lata, fabricado en la Confederación Surafricana.

—¡Nia! —llamó una voz.

Alcé la cabeza. Yohai salió del bosque caminando rápidamente.

—¿Dónde está Nia?

—Allí —señalé—. Se oye el sonido de su hacha.

—¡Malas noticias! Tengo que decírselo.

Yohai se marchó corriendo.

Valoré si seguirla, pero decidí no hacerlo. Guardé la lata de las vendas y arreglé un poco la casa. El desorden empezaba a volverme loca. Colgué la ropa de Nia y dispuse las pieles en las que dormíamos en dos montones ordenados. Cuando terminé, salí. No oía los golpes del hacha ni nada aparte del rumor de las hojas. El sol brillaba en el cielo, casi tan fuerte como nuestro sol. El aire era caliente. Me senté a la sombra de una pared y esperé. Al cabo de media hora, Nia y Yohai vinieron.

—Es hora de decirte lo que está pasando —dijo Nia.

—Me gustaría.

Ellas se sentaron. Nia colocó las dos hachas en el suelo y se rascó la nariz.

—Nahusai yace en cama. No puede levantarse. No puede comer. Hakht dice que tú has hecho esto. Hakht dice que hay que expulsarte, o Nahusai morirá y luego lo

hará otra gente. Harás canciones. Las canciones dañan. Robarán el aliento de la boca. Harán que la sangre del vientre se ponga dura como una piedra. —Nia miró a Yohai—. Es lo que tú dijiste.

Yohai hizo el gesto de asentimiento.

—Creo que Hakht hizo las canciones. Ella es la que está causando daño. Mi madre es vieja. No puede defenderse. Yo no tengo poder. La gente que ya no está aquí no habla conmigo. No puedo defender a mi madre.

Bueno, estaba bastante claro. Nahusai estaba enferma. Hakht me acusaba de haber hechizado a la anciana. Yo era una bruja... Según Hakht, al menos.

—¿Por qué hace esto Hakht?

—No puede esperar —me respondió Nia—. Quiere ser la mujer más importante del poblado. Lo será cuando Nahusai vaya... —Nia calló, palmeó el suelo—. Nahusai le enseñó. Nahusai dijo «esta es la única que vendrá después de mí». —Nia frunció el ceño. Pasado un instante, añadió—: Hay gente así.

Hice el gesto de acuerdo.

—Intenta ponerse en medio de todo. Si Nahusai dice sí a algo esta mujer dice que no. Nahusai te dio la bienvenida. Por eso Hakht dice que eres un demonio.

—Es verdad —dijo Yohai.

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—Solo se me ocurre una cosa —contestó Nia—. Debemos esperar. Si Nahusai mejora, Hakht tendrá que callar. Si no... —Nia hizo un gesto que no reconocí.

—¿Qué significa eso?

—¿Quién sabe?

Iba a repetir la pregunta cuando advertí que Nia la había contestado. El gesto (la mano extendida y luego ladeada de acá para allá) significaba «¿quién sabe?».

Nia se levantó.

—Yohai, vuelve a casa. Lisa y yo tendremos cuidado. Gracias por el aviso.

Yohai hizo el gesto de acuerdo. Se marchó. Esperé hasta que se perdió de vista y entonces miré a Nahusai.

—¿Crees que tiene razón?

—¿En qué sentido?

—¿Hakht ha provocado esto? ¿Ha hecho daño a Nahusai?

Nia frunció el ceño.

—No sé si las canciones hacen algo. O si la gente que ya no está aquí escucha a alguien. Pero una mujer como Hakht sabe poner cosas en la comida. Es una mala situación. —Cerró un puño y golpeó la pared sobre mí—. ¡Odio este lugar! Estoy cansada de los árboles oscuros. Estoy cansada de la gente. Siempre están contando historias unas de otras. Siempre están haciendo planes para perjudicarse. —Se inclinó y recogió un hacha y luego se marchó. Poco más tarde la oí talar otro árbol.

Pensé en llamar a Eddie, pero decidí no hacerlo. Diez contra uno a que quería que volviera a la nave. No me parecía que la situación fuera peligrosa y quería ver

qué pasaba.

Me dirigí a la orilla del arroyo para practicar mi tabla de yoga. Luego medité contemplando la corriente de agua. Al anochecer aparecieron los insectos: pequeños, como mosquitos. No picaban pero se me metían en la nariz y los ojos. Me levanté y regresé a la casa, sintiéndome relajada. Mi mente, normalmente ocupada y un poco ansiosa, parecía tan vacía y clara como el cielo. Me detuve ante la puerta y alcé la mirada. Una luna se alzaba sobre el bosque: una estrecha hoz menos de un cuarto. De inmediato me llené de una intensa alegría. En cualquier momento las cosas tendrían sentido. Vería la pauta en (o más allá de) los fenómenos observables. Comprendería el misterio de la vida, el secreto del universo.

Luego la sensación desapareció. La luna era solo una luna. Me encogí de hombros. Una vez más, no lo había conseguido. ¿Qué, de todas formas? En realidad no estaba segura de que aquellos momentos de cuasi-revelación significaran nada.

Entré y encontré a Nia preparando la cena: una papilla líquida con bayas. Sus movimientos eran bruscos y su cuerpo parecía tenso. Seguía enfadada. Decidí estarme callada. Comimos y nos fuimos a dormir.

Desperté al oír un sonido, un suave tum-ta-tum procedente del exterior. Un tambor.

—¿Nia? —llamé.

Ella se levantó de la cama. Un momento después abrió la puerta. Entró una luz gris. Nia se quedó en la puerta. Estaba desnuda y empuñaba un hacha.

Me levanté y me situé detrás de ella.

Faltaba poco para el amanecer. Había luz por el este. En el claro, ante la casa, ardían cinco antorchas. Fluctuaban con el viento, impresionantes, pero no iluminaban gran cosa. Vi formas oscuras y supe que tenían que ser personas. Pero no sabía quiénes eran ni cuántas había. ¿Veinticinco? ¿Treinta? Tal vez más.

Nia murmuró algo y cruzó el umbral. La seguí. Una persona avanzó hacia nosotros. Empuñaba una maraca y no dejaba de moverla continuamente. Hacía un ruido como de serpiente de cascabel enloquecida.

—Deja de hacer ese ruido —dijo Nia. Parecía furiosa.

—Muy bien —el sonido cesó—. Hemos venido por el demonio.

Reconocí la voz. Fuerte, áspera y arrogante, pertenecía a Hakht.

Nia miró alrededor.

—¿Qué significa esto? ¿Ha muerto Nahusai?

—Murió anoche. Yo estaba en mi casa haciendo una canción para alejar la mala suerte. Oí gritar a Yohai. Supe que la anciana había muerto.

—¿Y Yohai? —preguntó Nia—. ¿Está Yohai aquí?

El cielo empezaba a aclararse. Vi el gesto que hizo la hechicera. Significaba que no.

—Hay ceremonias que realizar. Ella las ha empezado. —Hakht alzó la voz. Estaba triunfante—. No te ayudaremos. Se lo dije, ella ha causado mala suerte. Ha

causado furia entre la gente que ya no está aquí. Lo he dicho, esto debe parar. Ella escuchó, oh, mujer del Pueblo de Hierro. Hará lo que yo digo. Ahora. —Hakht alzó una mano y señaló—. El demonio. Dámela.

—No.

Hakht dio un paso adelante. Nia alzó el hacha.

—Escúchame, hechicera. No siento ningún respeto por ti. No temo tu poder. —Nia hizo una pausa. Normalmente encogía los hombros, pero ahora se mantenía erguida—. ¡Todas vosotras, escuchad! He hecho algo que pocas mujeres hacen alguna vez. He matado a una persona. —Las aldeanas se agitaron un poco. Ninguna habló—. Al oeste de aquí, en la llanura, están los huesos de una persona que me hizo enfadar. Ni siquiera lo enterré. —Miró alrededor—. Estoy dispuesta a volver a hacerlo.

Hakht abrió la boca.

—¡Calla! ¡Déjame terminar!

Hakht cerró la boca. Tenía el ceño fruncido.

—No quiero quedarme aquí —continuó Nia—. Estoy cansada de la oscuridad bajo los árboles. Quiero volver a ver el cielo. Iré y me llevaré conmigo al demonio. No quedará nadie que se enfrente a ti, Hakht. Podrás ser feliz entonces. —Su desprecio era obvio—. Dame un día, hechicera. Márchate y vuelve mañana por la mañana. Me iré con el demonio, y nadie saldrá herido.

Hubo un largo silencio. Nia mantuvo su postura, muy recta, el hacha levantada. Hakht la miró y frunció el ceño. Por fin, dijo:

—Muy bien. Volveremos mañana.

Se dio media vuelta y se marchó. El resto de las aldeanas la siguió. En un par de minutos se perdieron de vista en el bosque.

Nia suspiró. Encogió los hombros. Dio un paso atrás y se apoyó en la pared de la casa.

—¿De verdad mataste a una persona?

Ella hizo el gesto de asentimiento.

—Estaba muy furiosa. —Contempló el bosque—. Me gustaría matar a Hakht, pero no estoy lo bastante furiosa. —Soltó el hacha—. Entra. Prepárate para marchar. Yo entraré en cuanto deje de temblar.

Entré y empaqueté. Al cabo de un rato Nia entró. Recalentó los restos de la cena. Comimos.

—Tal vez esto sea bueno —dijo—. Podría haberme quedado aquí hasta hacerme vieja. Ahora volveré a ver las llanuras. —Se levantó y sacó una bolsa de las vigas—. Tendré que dejar mi yunque y la mayor parte de mis herramientas. ¡Aiya!

Se marchó a la fragua. Fui a lavarme al arroyo. Cuando regresé, ella se estaba vistiendo. La bolsa yacía a sus pies. Estaba medio llena, y abultaba.

—¿Qué has empaquetado?

—Lo mínimo posible. Y nada demasiado grande. Las herramientas que uso no

son livianas. La bolsa va a resultar muy pesada después de un rato de llevarla. —Hizo una pausa y luego el gesto que significaba «sea pues»—. No estoy dispuesta a dejarlo todo.

Terminó de vestirse y dobló una capa de cuero. La guardó en la bolsa, junto con todo el pan que había en la casa. Diez hogazas.

—Vamos. Hakht podría cambiar de opinión.

Me tendió una de las hachas, empuñó la otra y se colgó la bolsa al hombro. Me cargué la mochila. Dejamos la casa.

El sol estaba alto. No había nubes en el cielo. Soplaban un viento fuerte.

—Un buen día —dijo Nia.

—¿Qué le pasará a Yohai?

—Obedecerá a Hakht. Le costará durante una temporada. Luego se acostumbrará. Y Hakht se volverá amistosa cuando vea que Yohai no hace nada contra sus deseos. Al final se llevarán bien. La pugna nunca fue entre ambas. Era entre Hakht y Nahusai. Es mi opinión, al menos.

Seguimos el sendero que conducía al poblado, caminando rápidamente, y llegamos al río antes de mediodía. Miré alrededor. Al otro lado del río había una valla baja de madera. Más allá había un huerto. Hojas azules brillaban a la luz del sol. No vi ninguna hortelana. Eso era extraño. La gente del poblado parecía pasarse buena parte de la mañana en sus huertos.

En la distancia sonó algo. Un instrumento musical. Tal vez un cuerno. Oí voces, gimiendo y chillando.

—Las ceremonias —dijo Nia—. Dan vueltas alrededor del poblado, haciendo ruido para espantar a Nahusai hasta la tierra lejana. —Nia frunció el ceño—. Mi pueblo no es así. No tememos a los muertos: solo a la muerte, que es desgraciada. Debe haber ceremonias, por supuesto.

El cuerno volvió a sonar. Más cerca. Nia se detuvo y escuchó, luego continuó.

—Las ceremonias espantan la mala suerte. Limpian el poblado. Pero nosotros no tememos a nuestros amigos y parientes simplemente porque esta cosa mala les haya sucedido. Son, deben ser... las mismas personas que antes. —Volvió a acomodarse la bolsa al hombro y echó a andar.

Pensé en preguntarle más sobre las ceremonias funerarias, pero ella avanzaba con rapidez. Tuve que apresurarme para alcanzarla, y no me sobraba mucho aliento.

## ENSHI

Seguimos un nuevo sendero río arriba. El sol iba por delante de nosotras..., o eso parecía, al menos. Viajábamos hacia el oeste.

A media tarde nos desviamos hacia otro sendero. Conducía al norte, a una zona de colinas bajas. El suelo era arenoso. Los árboles eran pequeños y retorcidos. Aquí y allá nos topábamos con macizos de piedra arenisca, amarillos o naranja oscuro. El sendero apenas se distinguía: una leve línea que serpenteaba entre rocas y árboles. Finalmente, al anochecer, llegamos a una cabaña de ramas largas apoyadas contra una roca y pieles tendidas sobre las ramas. De un agujero brotaba humo. ¡Qué triste habitáculo!

Nia se detuvo.

—Traemos regalos —llamó.

—Márchate —contestó una voz grave.

—Soy Nia, la herrera. ¿Quieres un cuchillo? Tiene una hoja afilada. El mango es de hueso. Muy bonito, creo.

Hubo un largo silencio.

—¿Qué regalo quieres?

—Necesito comida. Pescado ahumado, si tienes.

—Sí. —Se produjo otro largo silencio—. Deja el cuchillo. Márchate. Cuando el sol ya no esté, vuelve.

—Sí —dijo Nia.

Rebuscó en su bolsa y sacó un cuchillo, que depositó en el suelo. Luego dio media vuelta y se marchó. Yo la seguí.

Solo recorrimos un breve trecho. Nia soltó la bolsa.

—Esto es lo bastante lejos. No puede vernos aquí.

Me senté.

—¿Quién era?

—No sé su nombre.

—Es un... —Callé. No sabía cómo se decía hombre—. ¿Es en lo que se convierte un niño?

—Un hombre. Sí. ¿Quién más viviría aquí solo? Lo he visto otras veces. Es más amigable que la mayoría de los hombres.

—¿Llamas a esto amigable?

—Sí. Los hombres no tienen modales. Sus madres los educan mal y los viejos que deberían enseñarles a comportarse cuando dejan el poblado... Los viejos son hoscos y desagradables. Carecen de autorrespeto. Es mi opinión, al menos.

—¿Por qué dejan los hombres el poblado?

Nia me miró.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿Todos los hombres dejan el poblado?



—Sí. Por supuesto. —Nia frunció el ceño—. ¿Qué clase de persona eres? ¿Por qué preguntas una cosa así?

Pensé un momento.

—Vengo de muy lejos. Mi pueblo es distinto al vuestro. Cuán distinto, no lo sé. Tal vez las diferencias son pequeñas... Cosas en la superficie, como el pelaje que vosotros tenéis y yo no tengo. Tal vez las diferencias sean grandes. En cualquier caso, entre mi gente los hombres y las mujeres viven juntos.

Nia volvió a fruncir el ceño.

—¿Cómo puede ser? Después del cambio ningún hombre puede soportar estar con otra gente... Excepto en la época de apareamiento, por supuesto, y excepto Enshi.

—¿Enshi?

Nia miró el cielo.

—El sol casi se ha puesto. Podemos volver.

Regresamos a la choza. La luz de una hoguera se colaba por los huecos, entre las pieles. No vi a nadie, ni dentro ni fuera. El cuchillo había desaparecido. En su lugar había una cesta llena de pescado ahumado.

—¡Qué bueno! —dijo Nia—. Ahora no pasaremos hambre.

La cesta tenía tapa. Ella la cerró y luego lo guardó todo en su bolsa.

—Vamos. Regresaremos al río y buscaremos un sitio para acampar. A ese tipo no le gustará que nos quedemos aquí.

—Eso es cierto —dijo la voz grave—. Es un buen cuchillo, Nia.

Nia miró hacia la choza.

—El pescado huele bien. Gracias.

Nos marchamos. El cielo oscureció y las estrellas y una luna aparecieron: un punto de luz que se movía rápidamente desde el este del horizonte. Nos detuvimos en un hueco. Nia encendió una hoguera y comimos un par de pescados, duros y pringosos, con un fuerte olor a ahumado. No me gustó especialmente.

—¿Quién es Enshi? —pregunté.

Nia contempló el fuego. Había una expresión pensativa en su rostro. Por fin, alzó la mirada.

—Hice un poema sobre Enshi después de estar un año en su casa. Dice así:

*Estoy en este sitio oscuro,  
este bosque.*

*Él está en ese sitio oscuro,  
esa tumba.*

—¿Está muerto?

Nia hizo el gesto de afirmación.

—No hablaré de él. ¿De verdad que vuestros hombres viven con las mujeres?

—Sí.

—Qué extraño. ¿Está bien?

La palabra que empleó tenía varios significados: «habitual», «bien hecho», «moral».

—Eso creemos. Siempre hemos vivido así.

Nia soltó un sonido parecido a un ladrido.

—Si Hakht supiera esto, estaría segura de que eres un demonio. Naturalmente, su gente hace muchas cosas que no están bien.

—¿Qué? —pregunté.

Nia frunció el ceño, luego se rascó la nariz.

—No les gustan los hombres, ni siquiera sus hijos. «Un hijo es una boca», dicen. Quieren decir que un hijo es algo que come comida y es ruidoso y no hace nada útil.

—¡Hu! —dije yo.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

—Está muy mal hecho. Hay algo más... —Hizo una pausa—. No les gusta aparearse con hombres. A menudo, en la primavera, se van dos mujeres juntas. Se quedan en el bosque. Hacen cosas con las manos. —Nia se estremeció—. ¿Hace tu gente algo así?

—Algunos sí. Yo no.

—¿Crees que está bien?

Lo pensé durante un momento.

—Es común. No creo que sea malo.

Usé una palabra que significaba «inusitado», «inmoral», «mal hecho», o «hecho de una manera verdaderamente inepta».

Nia volvió a estremecerse.

—Yo lo hice una vez. Yohai no paraba de pedírmelo. Una primavera fui con ella. No sé por qué. No me gustó. Me sentí avergonzada. ¡Aiya! —Se detuvo un momento—. Ojalá tuviéramos algo de beber.

Al día siguiente volvimos al río. Continuamos hacia el oeste. El terreno era llano y estaba cubierto de bosques. El cielo estaba despejado y el río brillaba. Criaturas parecidas a pájaros revoloteaban de árbol en árbol, y otras cosas, invisibles para mí, se movían entre los matorrales. Vi una cuando se cruzó en nuestro camino: una concha de bronce de medio metro de largo con muchas patitas veloces. Dos enormes ojos facetados asomaban en la parte superior.

—¿Qué es? —pregunté cuando el animal desapareció.

—Se llama wahakh —dijo Nia—. Puede vivir en el agua y fuera de ella. La gente de por aquí dice que transmite mensajes de los espíritus, y a veces actúa como guía para las mujeres que van en viajes espirituales. Nunca lo comen, aunque está delicioso asado. —Hizo una pausa—. Lo dejaremos en paz.

Al anochecer llegamos a un lago. El agua era clara y de color verde oscuro. Había torbellinos en la orilla.

Nia miró alrededor.

—He estado aquí antes..., cuando vine al este, después de dejar a mi pueblo. Me acuerdo de que este lugar me recordó a un lago de mi país. El Gran Lago Veloz. ¡Aiya! ¡Cómo pasan los años!

Acampamos. Nia se pasó la noche contemplando el fuego. Yo me alejé y llamé a Eddie y le conté lo que había sucedido en los últimos días.

—Te gusta correr riesgos, ¿eh?

—Unos cuantos. No muchos.

—Esa hechicera loca puede haber decidido matarte.

—No lo creo probable. Me da la impresión de que esta gente no es violenta.

—Ajá. Díselo a Derek.

—¿Qué ha pasado?

—Decidió que tenía que decirle a la gente de su poblado que era un hombre..., para ver qué pasaba. Es, como recuerdas, enormemente curioso. Intentaron lapidarlo. Tuvo que agarrar su radio y echar a correr.

—¿Está bien?

—Sí. ¿Pero qué le habría pasado a otro, a alguien que no pudiera correr como él?

Pensé en eso durante un rato. Derek era un rubio alto del sur de California, un aborigen que se había pasado la infancia viajando a pie por el desierto. Cuanto tenía quince años hubo sequía. Fue caminando hasta una estación de comercio de la costa y dijo: «Estoy cansado de vivir así. Enseñadme otra cosa».

Lo enviaron al colegio y empezó a correr como deporte. Era bueno en las distancias cortas. En las distancias largas era imbatible.

—¿Dónde está? ¿En la nave?

—No. Se dirige al oeste. Dice que el país es agradable. Montañas, bosques, praderas. Hay animales de caza, muchos más que en California. Va a hacerse un arco.

Un mosquito pasó junto a mí. Traté de aplastarlo y fallé.

—¿Cómo está Gregory?

—Bien. Pero dice que su gente lo trata de manera distinta. Le hablan despacio y con firmeza, y le dan un montón de órdenes. Órdenes muy sencillas. Cree que han decidido que no es muy inteligente. ¿Qué otra explicación hay? No conoce la conducta adecuada y no puede cuidar de sí mismo.

Sonreí.

—Una cosa más —dijo Eddie.

Ajá, pensé. El cebo de hoy.

—¿Qué?

—Gregory dice que debe haber oro en las montañas. Su pueblo lleva un montón de joyas y la mayoría son de oro.

—¿Qué tiene eso de interesante?

—Los planetólogos piensan que puede ser importante. El planeta es más denso que la Tierra, y hay bastantes pruebas de actividad volcánica. Dicen que existen buenas probabilidades de encontrar metal cerca de la superficie. No solo oro: plata, cobre, platino, estaño, iridio, cromo, lo que quieras. —Su voz era peculiar: átona y cuidadosa.

—¿Qué está pasando?

—Aquí arriba la gente empieza a interesarse. Los miembros de la tripulación, principalmente. Creo que no tienen suficiente trabajo. Están hablando de posibilidades. Si el metal está aquí, y si es de buena calidad, y si está cerca de la superficie, tal vez incluso en la superficie, entonces podría explotarse.

Me mecí sobre mis talones y miré la radio. No podía verla, claro. La noche era demasiado oscura.

—¿Una colonia minera? ¿A dieciocho años-luz de casa? ¿Tienen idea de los costes de transporte?

—Están pensando en un centro manufacturero. Una colonia para construir naves.

—Nadie va a construir una nave en el fondo de un pozo gravitatorio, a menos que estés hablando del tipo de nave que surca el agua, y no creo que sea el caso.

—El montaje final podría hacerse en el espacio.

—Ja —dije.

—Hay problemas —continuó Eddie—. Todo el mundo admite que hay un montón de problemas, pero no dejan de hablar. Están absolutamente fascinados por la idea de todo ese metal.

No resultaba sorprendente. Nuestros antepasados habían explotado la Tierra. La mayor parte del metal y el carbón y el petróleo que era fácil de alcanzar había desaparecido, junto con otros recursos. Gran parte del agua. Gran parte del suelo. Cientos, no, miles, de especies de plantas y animales.

—He estado pensando en Cortés y en lo que sucedió cuando encontró oro en México —continuó Eddie.

—Te preocupas demasiado.

—Ajá. Apuesto que eso es lo que les dijo Moctezuma a sus consejeros.

Me froté los ojos y traté de pensar. Estaba agotada.

—Eddie, tengo que dormir.

—¿Ya es de noche allí abajo? Imagino que sí. Dulces sueños, Lixia.

Volví al campamento y me acosté. Las estrellas brillaban en el cielo. En algún lugar, allí arriba, había un satélite relé y, muy al sur, encima del océano, se encontraba la *I.S.S. Número Uno*. La imaginé, girando a la luz de la estrella primaria de aquel sistema, brillando un poquito: un enorme pedazo de hidruro de litio en forma de puro. La superficie estaba estropeada y descolorida. Más de la mitad de la masa se había perdido. El hidruro de litio había sido nuestro combustible además de nuestra principal protección contra la radiación.

En un extremo del puro había una serie de roscas metálicas y de cerámica. Eran

los magnetos que contenían y controlaban la reacción de fusión que impulsaba la nave. El otro extremo estaba pelado. Cuando dejamos la Tierra había un paraguas hecho de cermet, protección adicional contra la diminuta cantidad de materia entre las estrellas. Habíamos soltado el paraguas al dar la vuelta. Desde ese momento, el motor actuaba como protección, quemando cualquier residuo espacial que pudiera hallarse ante nosotros y convirtiéndolo en vapores iónicos, que los magnetos repelían.

Eso era: un sucio puro blanco y una serie de anillos, negros y pardos y grises. Los habitáculos eran invisibles, ocultos en el centro del puro: un cilindro de cerámica recubierto de sal.

Esa era la parte de la nave que yo conocía: las habitaciones y pasillos cubiertos de azulejos. Daban a la nave uno de sus muchos motes, mi favorito: el clíper de porcelana.

No tenía velas, naturalmente. Esa idea había sido abandonada pronto. Y no había mucha porcelana a bordo. El material de las paredes me recordaba el barro. Era oscuro y un poco áspero, de color naranja claro. En algunos sitios era vitrificado, normalmente blanco o azul.

Era un material hermoso: claro y duro y duradero, inmune a la corrosión, resistente al calor, un aislamiento excelente. Eddie estaba loco. No habíamos llegado a las estrellas en una lata de sardinas, sino en algo hecho de barro y sal. Ambas cosas abundaban allá de donde veníamos. No necesitábamos el metal de aquel planeta.

Durante los tres días que siguieron Nia y yo continuamos hacia el oeste. El terreno se fue elevando. Entramos en un cañón. Al fondo había un estrecho arroyo. En primavera debía de ser un río impresionante, pues corría por el centro de un amplio lecho. Incluso entonces el agua se movía rápidamente. Aquí y allá estaba salpicada de espuma.

Se alzaban acantilados a cada lado. Eran gris oscuro con motas con algo que chispeaba a la luz del sol. ¿Mica?

Vi un nuevo tipo de animal. Era diminuto y gris oscuro, del color de los acantilados. Su piel, su concha, brillaba como si estuviera moteada de mica. En la mayor parte del cañón el animal no abundaba. Pero en una zona había cientos de esas cositas. Inmóviles, eran invisibles. Las vi cuando se movían, destellando bajo mis pies, corriendo roca arriba para escapar de mí. Parecía que trozos de piedra cobraran vida convirtiéndose en... ¿qué? ¿Lagartos? No exactamente. Para empezar, tenían seis patas. En la Tierra eso los convertía en insectos. Pero no parecían insectos, y los insectos de aquel planeta tenían por lo visto al menos ocho patas.

—No sé lo que son —dijo Nia—. Y no sé por qué hay tantos. Este no es mi país. Hazme preguntas cuando llegemos a la llanura.

Hice el gesto de acuerdo.

Al final del tercer día, Nia dijo:

—Nos sigue una persona.

—¿Qué? —miré atrás.

El cañón estaba en sombras y no podía ver mucho más allá, pero hasta donde me alcanzaba la vista, el sendero estaba vacío.

Nia me agarró del brazo y tiró.

—Sigue. No dejes que sepa que lo sabemos.

Continuamos avanzando.

—Lo he visto dos veces hoy, esta mañana y hace un rato. Si quiere hacernos daño, lo hará esta noche.

—¿Daño?

—Hay hombres que se vuelven locos. Se vuelven violentos. Atacan a otras personas.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero algunos hombres, cuando experimentan el cambio, se vuelven como animales. No pueden controlarse. Y hay otros hombres que están bien hasta que llegan a viejos. Se debilitan. No pueden conseguir mujeres. Esto los enfurece. Conocí a uno así. No atacan a grandes grupos de mujeres, pero si una persona viaja sola o en pequeño grupo, de dos o tres... ¡eso es buscarse problemas! —Me miró—. Tenemos que encontrar un lugar para acampar.

Continuamos hasta llegar a un sitio donde el suelo del cañón era más ancho. El arroyo seguía su curso. Al otro lado la pared del cañón estaba rota. Había fisuras y grandes peñascos negros. Una cascada caía entre las rocas y había vegetación, y unos cuantos árboles pequeños.

—Acamparemos al otro lado del río —dijo Nia, se quitó las sandalias y las recogió.

La seguí hasta la orilla del arroyo. Ella miró atrás como si nada.

—Está cerca. Cree que la oscuridad lo ocultará. Pero tengo buenos ojos.

Se metió en el agua. La seguí. Como prometieron los de suministros, mis botas eran a prueba de agua.

A medio camino la corriente se volvía más profunda. El agua le llegó a Nia hasta las rodillas. Me detuve y pensé qué hacer. No podía quitarme las botas allí donde estaba, y no me gustaba la idea de volver por donde había venido. El sol se había puesto. El crepúsculo invadía el cañón. En algún lugar de las sombras estaba el hombre. No tenía ningún deseo de encontrármelo, sobre todo sola. Seguí avanzando. Las botas se me llenaron de agua.

Nia se hallaba ya al otro lado. Se inclinó y se frotó el pelaje de las piernas y luego golpeó el suelo con los pies. Salí del agua detrás de ella, me saqué las botas y les di la vuelta.

Nia dio un salto.

—¡Encima de mí no, idiota! ¡Acabo de secarme el pelaje!

—Lo siento. —Me quité los calcetines y los exprimí—. ¿Y ahora qué?

—Acamparemos aquí. —Señaló los peñascos—. El hombre tendrá que acercarse para vernos. Pienso esperarlo.

Había un hueco, un espacio vacío, entre las rocas. Soltamos nuestro equipaje. Con los últimos rayos de luz, recogimos leña.

—Ahora —dijo Nia en voz baja—, prepara la hoguera. Pero no la enciendas hasta que yo lo diga.

Mientras trabajaba, la oí moverse cerca de mí, invisible en la oscuridad, entre las rocas. El ruido que hacía cesó. Presté atención. Un pájaro canturreaba y podía oír el arroyo. Nada más.

A mi espalda, una voz susurró:

—Enciende la hoguera.

Saqué mi encendedor. Las hojas secas prendieron de inmediato. Las llamas amarillas brotaron entre las ramas. Pude ver. Al otro lado del hueco se encontraba la bolsa de Nia y algo que parecía una persona tendida en el suelo, envuelta en una capa o una manta. Pero Nia había hablado desde detrás de mí. Estaba segura de ello. Lo que había bajo la manta no era mi compañera.

—¿Ya te vas a dormir? —dije—. Muy bien. Buenas noches.

Puse otra rama en la hoguera. Tenía sed, pero me daba miedo acercarme al arroyo. Pensé en comer. El pan estaba seco, y el pescado salado. Si comía cualquiera de las dos cosas me entraría aún más sed. De todas formas, mi estómago estaba inquieto.

El fuego se redujo. Añadí más ramas. Tenía la sensación de que había alguien observándome. Sentía cosquillas en la espalda y estaba empezando a sudar. Me levanté, me despecé y miré alrededor, como si nada. No vi más que un montón de rocas. Me senté. Un guijarro saltó. Me levanté de nuevo. ¿Qué había sido eso? Presté atención, pero no escuché nada.

Me senté. Al cabo de un momento empecé a hacer mis ejercicios respiratorios. Inhalé y pensé en la sílaba so. Exhalé y pensé la sílaba hum. Gradualmente, me relajé. Advertí que era una noche agradable. El aire era frío y seco. El cielo estaba despejado. Las estrellas brillaban con fuerza. Una luna se alzaba sobre el borde del cañón: una punta rojiza de luz. Seguí respirando lenta y profundamente. So. Hum. So. Hum.

¡Un grito! Me puse en pie de un salto, mirando alrededor. Algo se movió tras un peñasco. Empuñé mi hacha y eché a correr.

Dos cuerpos se debatían en las sombras. Ambos eran oscuros, ambos peludos. No pude distinguirlos. Rodaron hasta perderse en la oscuridad. Una mano se alzó, empuñando un cuchillo. En la muñeca llevaba un ancho brazalete de cobre. Nia no llevaba joyas. Giré el hacha y la blandí para golpear con el plano el brazo del tipo. Hubo un gemido. La mano se abrió. El cuchillo cayó. Me aparté.

Rodaron de nuevo... casi hasta la hoguera. Nia estaba encima. Tenía un martillo en una mano. Con la otra buscó la garganta del tipo. Él se agarró a su túnica con las dos manos. Entonces arqueó la espalda y se agitó. Nia salió despedida. No podía

creerlo. ¿Cómo era tan fuerte aquel tipo? Nia cayó en la hoguera. Volaron chispas. Ramas ardientes se dispersaron por el suelo. Nia gritó.

El hombre se levantó y agarró una rama. Ardía de un extremo al otro. ¿Cómo podía cogerla? ¿Estaba loco? Se acercó. En efecto, parecía loco. Tenía la mirada fija y la boca completamente abierta. Aullaba.

Alcé mi hacha. Él atacó. Bloqueé el golpe. Noté su vibración por todo mi brazo, desde la muñeca hasta el hombro. Él retrocedió y volvió a alzar la rama. Seguía ardiendo. Él aullaba todavía.

La rama se acercó. Volví a bloquearla. Él la soltó. La rama encendida cayó y él agarró el mango de mi hacha, retorció y tiró. Perdí mi presa.

Él giró el hacha con un único movimiento rápido y la alzó por encima de su cabeza. Hacía un ruido parecido a un aviso de evacuación, un alarido agudo y regular.

No había tiempo para escapar. Él había alzado el hacha. La hoja brillaba. La bilis me subió a la garganta.

El grito cesó y el hombre gruñó, y entonces pareció sorprendido y cayó.

Nia se alzó tras él, una silueta contra la luz de la hoguera dispersa. Todavía empuñaba el martillo.

Inspiré profundamente.

—¿Cómo está? —preguntó ella—. Le he dado con todas mis fuerzas.

Me arrodillé y le palpé la garganta. No había pulso. ¿Era eso normal? No tenía ni idea. Coloqué una mano sobre su boca. No respiraba.

—¿Dónde le has golpeado?

—En la cabeza. Con esto. —Alzó el martillo.

Le palpé la nuca y encontré el sitio donde el cráneo había cedido. Aparté la mano. Tenía sangre en los dedos y algo más también, pegado a la punta de mi dedo medio. Algo duro y triangular, de bordes serrados. No podía ver el color, pero estaba segura de saber qué era. Un trozo de hueso. Me limpié la mano en el kilt del hombre y miré a Nia.

—Creo que lo has matado.

—¡Aiya! Otro. —Soltó el martillo y se frotó la cara—. Tengo que sentarme.

Me quedé de pie, tendiendo una mano. Ella avanzó tambaleándose hacia mí. La agarré pero era demasiado pesada. No pude sujetarla. Caí, aterricé sobre el muerto con Nia encima.

¡Maldición!

—¿Nia?

Ella no respondió. Empujé y me escabullí de entre los dos cuerpos peludos, me levanté e hice rodar a Nia. No fue fácil. Estaba inerte. Un peso muerto.

Le palpé la garganta. ¡Ah! Había pulso, fuerte y regular, tal vez un poco rápido. No podía estar segura. Me acerqué a la hoguera y encontré una rama que todavía ardía. ¿Qué iba mal? Su túnica estaba rota y por el borde humeaba. Pero no vi otras señales de quemaduras. Me agaché y le miré las manos. Tenía una palma hinchada.



Tal vez eso era una quemadura. Toqué la palma. Nia dio un respingo y gimió.

—¿Estás despierta?

Ella parpadeó.

—¿Dónde te duele?

Frunció el ceño.

—La mano y la pierna.

Palpé sus piernas. No había sangre. No encontré ninguna herida.

—El tobillo —me dijo.

Le toqué el tobillo. Ella volvió a dar un respingo. Presioné. Nia gimió. Algo iba mal. ¿Pero qué? ¿Cómo podía saber si tenía algo roto o dislocado? No sabía cómo tenía que ser un tobillo. No en ese planeta. No un tobillo que pertenecía a un alienígena. Pensé un momento. Siempre había simetría bilateral. Palpé su tobillo derecho y luego volví a palpar el izquierdo.

—Parecen iguales.

Nia frunció el ceño.

—Te lo parecen a ti. No a mí. ¿Qué tengo debajo?

—El hombre.

—¡Aiya! —Se apoyó en un codo—. Ayúdame.

—No quiero que te muevas.

—No quiero estar encima de un cadáver.

Fruncí el ceño, tratando de recordar mis conocimientos de primeros auxilios. ¿Sería conveniente moverla? Me costaba concentrarme, tal vez porque había ayudado a matar a alguien y el cadáver estaba justo ahí delante.

Nia se debatió hasta sentarse. Yo solté mi antorcha y la ayudé a apartarse del muerto.

—¿Tu espalda está bien? —pregunté—. ¿Te duele algo más? ¿Algún otro sitio?

—Ya te lo he dicho. La mano y la pierna. Nada más. Creo que voy a tenderme.

La ayudé. Se tumbó junto al muerto. Yo me levanté y lo agarré por los brazos. Era pesado, mucho más pesado que Nia, y estaba completamente flácido. Conseguí apartarlo un metro más o menos, y luego lo dejé y lo solté. Sus manos golpearon el suelo.

—Ya está. Ahí se queda.

—No me siento bien —dijo Nia.

Yo no creía que tuviera la pierna rota, pero no estaba segura. Sería mejor que se la entablillara. Y que le pusiera agua fría en la mano. Y necesitaba una manta. Podía estar conmocionada.

—Voy a necesitar tu olla.

—Tómala. ¡Qué hombre tan fuerte! He cometido un error. Pensé que sería viejo o muy joven. No soy tan lista como creo que soy.

Traje su capa y la cubrí y luego llevé la olla al arroyo, la llené de agua y la traje de vuelta.

—Mete la mano dentro. Te aliviará la quemadura. Voy a volver a encender la hoguera.

Ella hizo el gesto de asentimiento. Fui a recoger leña. Cuando el fuego ardía con fuerza, hice unas tablillas. Tenía una venda elástica en mi equipo de primeros auxilios. Como almohadilla utilicé mi camiseta y un par de calcetines de recambio.

—Espero que esto sea temporal —dije—. Necesito esos calcetines. ¿Cómo va la mano?

—Mejor, pero me duele el hombro.

Aparté la capa. El pelaje del hombro estaba oscuro. Lo toqué y me miré la mano. Tenía los dedos manchados de rojo.

—Otra herida. Ha hecho un buen trabajo.

—He sabido en cuanto lo he visto que tendría problemas. Pero era demasiado tarde para cambiar de plan. ¿Es grave la herida?

Con un trozo de gasa limpié la sangre.

—Es un pinchazo. Debió de alcanzarte con la punta del cuchillo.

Estudí el contenido de mi botiquín. ¿Qué podía utilizar? Ella no era humana. No tenía ni idea de cómo podría reaccionar a cualquier medicación humana.

Tuve breves y horribles fantasías sobre reacciones alérgicas, reacciones tóxicas, conmoción y muerte.

Pero había que taponar la herida. No me pareció que una venda pudiera hacerle ningún mal.

Saqué la lata.

—Esto te picará un poco —pulsé el botón.

—¡Aiya! —exclamó Nia.

La herida desapareció. En su lugar quedó un parchecito de plástico oscuro. El parche abultaba y de él asomaban puñados de pelo, cubiertos de plástico. «Idiota», me dije. Tendría que haber afeitado la zona.

Bueno, no lo había hecho y lo mejor sería dejar la herida en paz. Me mecí sobre mis talones.

—¿Algo más?

—No. —Ella sacó la mano de la olla, luego hizo una mueca—. Esto todavía me duele.

—Traeré más agua.

Fui al arroyo, llené de nuevo la olla y la traje de vuelta. Nia metió la mano en el agua. Tenía los ojos casi cerrados. Me dio la impresión de que estaba agotada. La cubrí con la capa.

—Gracias. —Su voz era pastosa. Cerró los ojos.

Alimenté el fuego, luego saqué el poncho de mi mochila. Era ligero e impermeable, con un forro térmico extraíble. No lo extraje. Me envolví en el poncho, me acosté y me dormí.

Desperté más tarde, sintiendo frío. El fuego casi se había apagado. Me levanté y

coloqué ramas sobre las ascuas. Las llamas brotaron. ¡Qué silencioso estaba el cañón! Podía calentar agua, pero nada más. En el cielo brillaban las estrellas. Reconocí la Osa Mayor. Tenía el aspecto que recordaba..., tal vez un poco más brillante. Eso sería debido al aire del cañón. Era seco y extremadamente claro.

Me acerqué a Nia. Seguía con la mano metida en la olla. En su cara había una expresión de dolor. Pero dormía, respirando de manera lenta y regular.

Le palpé la pierna. Había dejado de hincharse. El vendaje no era tenso. Gruñó cuando la toqué pero no se despertó. Me acerqué a mi mochila y saqué la radio.

Esta vez se puso Antonio Nybo. Otro norteamericano. Había un montón en el equipo de sociólogos, tal vez porque había muchas sociedades diferentes en Norteamérica. Tony era de algún lugar de la Confederación de Estados Hispanos. En ese momento no podía recordar exactamente de dónde. No de Florida. De Tejas, tal vez. O de Chicago. Había realizado la mayor parte de su trabajo en el sur de California, estudiando a los granjeros hispanos que volvían al desierto californiano e interactuaban, no siempre de manera sencilla, con los aborígenes.

—¡Lixia! ¿Cómo estás? —Su voz era ligera y agradable, con un poco de acento.

—He tenido un día interesante. —Se lo conté todo—. Ahora, al problema. No creo que tenga la pierna rota, pero no estoy segura. ¿Hay algún modo de saberlo sin hacer un escáner? —Se lo preguntaré al equipo médico. ¿Puedo llamarte?

—Sí.

Desconectó. Me levanté y me desperecé; luego me toqué la punta de los dedos de los pies cinco veces. Mi estómago rugía y recordé que no había cenado. Tomé un trozo de pan. Estaba rancio. Me lo comí, de todas formas.

Sonó la radio. La encendí.

—En primer lugar, dicen que necesitan más información. —Noté la sorna en la voz de Antonio—. También dicen que debería haber más hemorragia con una fractura... que con una luxación, quiero decir. Y las hemorragias producen hematoma... normalmente. ¿O han dicho a menudo? De todas formas, si el pie se le pone negro y azul en los próximos tres días, puede que tenga una fractura. Pero una mala torcedura podría producir también un hematoma.

—¿Qué me estás diciendo?

—Que la única manera de asegurarse es hacer un escáner. Los médicos sugieren bajar con el equipo necesario.

—Oh.

—Creen que deberían hacerlo —dijo Tony amablemente—. Y les encantaría, les encantaría de verdad, pillar a un nativo. Es interesante lo que uno descubre cuando hace una pregunta aparentemente simple. Los alienígenas no son lo bastante alienígenas.

—¿Qué?

—No me refiero a nivel celular. Cabe suponer que a ese nivel son igual que el resto de la vida del planeta. Los biólogos dicen que no hay ninguna duda de que los

organismos que hemos examinado son alienígenas y pertenecen a una línea evolutiva distinta. Por eso pueden decir, tan confiadamente, que no podemos pillar las enfermedades locales. Ni podemos contagiar nuestras enfermedades a nada del planeta. —Antonio hizo una pausa—. Podría interesarte saber que Eddie le pidió al equipo médico que comprobara doblemente este hecho.

—¿Por qué?

—Murió una nativa poco después de tu llegada al poblado.

—Ya le dije a Eddie de qué murió la mujer. Vejez, veneno o magia. No había nada fuera de lo común en su muerte.

Antonio se echó a reír.

—A Eddie le preocupaban los bichos que llevas en el estómago.

Los que fueron diseñados para metabolizar la comida local. El equipo de biólogos niega rotundamente que esos bichos puedan vivir fuera de un humano. Se ofendieron y hablaron de cómo la gente habla sin conocer, sobre todo los de ciencias sociales..., que, como todo el mundo sabe, no son ciencias verdaderas como la biología y la química.

—Oh.

—El problema no está a nivel celular. El problema es que los nativos se nos parecen. Según todas las teorías, no deberían parecérse nos. Deberíamos estar tratando con langostas inteligentes o árboles parlantes.

»Según los biólogos, los nativos son un ejemplo de evolución paralela..., como el tigre marsupial de dientes de sable de Suramérica. Pero nadie se siente realmente satisfecho con esta explicación. Necesitamos más información. Los del equipo médico quieren algunas muestras de tejidos y saber qué sucede en los niveles intermedios..., entre el organismo que se parece a nosotros y la bioquímica que es casi absolutamente alienígena. ¿Cómo son los órganos? ¿Los músculos y el esqueleto? ¿El sistema endocrino? ¿La química del cerebro? Quieren, en suma, meterse dentro de un nativo y echarle un buen vistazo. Voy a informar al comité de administración diaria.

—Muy bien.

—Mientras tanto, el equipo médico dice que trates la herida como una fractura.

—De acuerdo.

Apagué la radio.

—¿Lisa?

Era Nia. La miré. Estaba apoyada en un codo, mirándome. Sus ojos reflejaban la luz de la hoguera. Brillaban como el oro.

—Sí.

—¿Hay un demonio en la caja?

Le di un golpecito a la radio.

—¿Esto?

Nia hizo el gesto de afirmación.

—No.

—Entonces ¿cómo puede hablar?

—Buena pregunta. —Pensé durante un rato—. Es un medio para que la gente hable cuando está lejos. Mi amigo tiene una caja igual.

Cuando él habla, su voz sale por aquí. —Toqué de nuevo la radio—. Puedo responder hablándole a mi caja.

Nia frunció el ceño.

—El Pueblo del Cobre, el pueblo de Nahusai, tiene canciones de llamada. Cuando Nahusai quería algo, lluvia o sol o un fantasma, hacía un dibujo que representaba lo que quería. Entonces le cantaba al dibujo. Eso es lo que me dijo, al menos.

Hice el gesto de desacuerdo.

—Esto no es una ceremonia. Es una herramienta, como tu martillo.

—Hakht no te creería.

—¿Y ella qué sabe?

Nia ladró.

—Es verdad. Bueno, entonces, la caja es una herramienta..., aunque es un tipo de herramienta que no había visto nunca. Nunca había oído hablar de una herramienta así. —Hizo una pausa—. Parece útil. Voy a dormir otra vez.

Me desperté por la mañana antes que Nia. El cielo estaba despejado y había luz en el borde del cañón. Busqué un sitio entre las rocas e hice mis necesidades y luego fui al arroyo y me lavé. Al volver, pasé junto al hombre muerto. Yacía de espaldas, con los brazos extendidos por encima de la cabeza. Era grande... No alto, sino ancho y musculoso, con el pelaje hirsuto. Su kilt era marrón con bordados naranja, y su cinturón tenía una hebilla de cobre.

Tenía la boca abierta. Le vi los dientes, que eran amarillos, y la lengua, gruesa y oscura. Sus ojos, también abiertos, tenían los iris de color naranja.

Advertí que iba a tener que enterrarlo. Los insectos empezaban ya a congregarse. Maldición. No tenía ninguna pala. Miré a Nia. Todavía dormía. Me agaché a recoger una piedra y la coloqué junto al cadáver. Apestaba a orina. Pobre capullo. Vaya forma de morir. ¿Había alguna forma buena? Fui a buscar más piedras.

Los insectos zumbaron a mi alrededor. Las nubes cruzaban el estrecho cielo. Eran pequeñas y redondas, como bolas de algodón. Empezó a dolerme la espalda. Me raspé una mano con el filo de una piedra. La herida no era seria. Ni siquiera sangraba, pero me picaba.

Finalmente, el hombre desapareció de la vista, oculto por pedazos de roca. Suficiente. No tenía que hacerle un túmulo. Me enderecé. Las nubes habían desaparecido ya. La luz del sol se colaba en el cañón. Nia estaba sentada.

—Bien —dijo—. Su fantasma debería tener un hogar. De lo contrario, el viento se lo llevará y lo arrastrará por el cielo. No es un buen destino para nadie.

—¿Hay que celebrar alguna ceremonia?

—No. Si hubiese aquí una hechicera, cantaría. Eso alejaría la mala suerte. No

conozco las palabras adecuadas ni qué quemar en el fuego. —Frunció el ceño y se rascó la nariz—. Debería hacer algo. Le daré un cuchillo. Un regalo de despedida.

—Muy bien.

Desayunamos. Vendé la mano de Nia. No hablamos mucho. Nia parecía cansada y me puse a pensar en el hombre muerto bajo aquel montón de piedras.

A media mañana sonó mi radio.

—Tu caja —dijo Nia—. Quiere hablar contigo.

Conecté la radio.

—¿Sí?

—¿Lixia? Soy Antonio. He hablado con el comité diario.

—¿Ajá?

—Votaron que no. Y luego decidieron que no se trata de un problema administrativo sino de una cuestión política. No estuve en la reunión, pero debe haber alguien en el comité a quien molestó el resultado de la votación y que planteó lo de la cuestión política para tener otra oportunidad. —Asentí—. Así que la pregunta se trasladó al comité de toda la nave. Celebramos la reunión. Una sesión de emergencia, pero con un buen resultado de todas formas.

—¿Qué ocurrió?

—Eddie, naturalmente, está en contra de cualquier tipo de intervención. Ya conoces sus argumentos. No los repetiré. Ivanova estuvo de acuerdo.

—¿Sí?

—Según ella, decidimos no revelarnos a la gente de aquí hasta que supiéramos más sobre ellos. Hay buenos motivos para nuestra decisión: nuestra propia seguridad y el miedo a poner en peligro la cultura nativa por ignorancia. ¿Cómo sabemos qué tipo de información pueden manejar?

»Bien, según Ivanova, se nos pide que abandonemos un curso de acción cuidadosamente meditado, democráticamente decidido e históricamente importante. Por una fractura diminuta. Una posible fractura diminuta.

»Tendría una opinión diferente si uno de los nuestros corriera peligro. Pero la persona herida es nativa y la herida no es nada grave.

—Ja —dije yo.

—En cuanto a nuestros amigos de la República China... —Antonio hizo una pausa para ganar efecto.

—¿Sí?

—Dijeron que esto no habría sucedido nunca si los miembros del equipo de investigación hubieran sido entrenados adecuadamente.

—¿Qué significa eso?

—Tendríais que haber recibido un curso de medicina socialista. Acupuntura, hierbas e ideología marxista. Por lo que entiendo, se supone que tienes que llenar a tu acompañante de agujas y leerle párrafos seleccionados del Manifiesto comunista.

—¿A quién se le ocurrió esta maravillosa línea de argumentación?

—¿A quién crees? Es un viejo proverbio chino mantenido intacto por un anciano chino perfectamente conservado. El señor Fang.

Según los chinos era difícil ir a las estrellas sin hijos y una locura hacerlo sin gente de edad y experiencia. Los demás nos habíamos mantenido firmes respecto a los niños. No había ninguno en la nave. Pero habíamos aceptado a varias personas de más de sesenta años y a unos cuantos de más de setenta. El señor Fang estaba cerca de los ochenta. Era un hombre delgado con largo pelo blanco y densas cejas grises. Procedía de Zhendu, en Sichuan. Maestro artesano del mimbre y maestro jardinero, estaba a cargo de la sala principal del huerto de la nave. Allí cultivaba bambú, una docena o más de variedades. A lo largo de las paredes había arriates llenos de palmeras trepadoras, la materia prima para los muebles. La mayor parte de los muebles de la nave eran de bambú o de ratán. El señor Fang los reparaba cuando se rompían y fabricaba muebles nuevos cuando hacía falta.

Me caía bien. Me había pasado horas en su taller viéndolo trabajar. De vez en cuando hablaba de filosofía. Le gustaban especialmente los antiguos daoístas y Karl Marx.

—Respetan, al menos en teoría, la sabiduría de la gente. Eso es lo que importa, Lixia. Un filósofo que teme o desprecia al pueblo albergará ideas monstruosas.

—¿Cómo resultó la votación? —le pregunté a Tony.

—¿Qué esperabas? Hablamos durante horas y acabamos como al principio. Por el momento nos ceñiremos a la decisión original. No bajaremos al planeta..., excepto tal vez para ayudar a nuestra gente. Estás sola. El equipo médico no está contento.

—Ah, bien. —Me rasqué la cabeza—. ¿Qué hago ahora?

—Sigue tratando la herida como si fuera una fractura. Entablíllala. Que tu amiga no fuerce ese pie. El tiempo lo cura todo.

—Maravilloso. Si ese es todo el consejo que tienes que ofrecer, voy a desconectar.

—Buena suerte.

Apagué la radio y miré a Nia.

—¿Qué dice tu caja?

—Se supone que tienes que quedarte inmóvil hasta que sane tu tobillo.

Ella hizo una mueca.

—¿Cómo voy a hacer eso? Casi no tenemos comida y aquí no hay nada de comer. Tenemos que llegar a un poblado.

—¿Hay alguno cerca?

—Sí. A un día de aquí. Menos de un día. El Pueblo del Cobre de la Llanura vive allí. —Nia cerró un puño—. ¡Qué mala suerte! —Se golpeó el muslo, luego dio un respingo—. Podría caminar una distancia corta si tuviera un palo en el que apoyarme. Pero no podré caminar hasta el poblado. Y hay que escalar. El sendero sube en el sitio donde cae la cascada. —Fruunció el ceño—. Ve tú, Lisa. Dile a la gente del poblado lo que ha ocurrido. Pídele a su hechicera que venga y traiga medicinas. Le daré un

bonito regalo. Dile que soy herrera. Y buena, del Pueblo de Hierro. Puedo hacer un cuchillo que cortará cualquier cosa menos la piedra. —Pensó un momento—. Tampoco cortará el hierro. Pero sí todo lo demás.

—Okey.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Iré.

—¿Qué es esa palabra? ¿O...?

—Okey. Significa que de acuerdo.

—Okey —dijo Nia—. Ahora ve. Si caminas rápido, llegarás al poblado antes del anochecer. Vuelve mañana. Estaré bien hasta entonces.

Recogí la mochila y me marché. Al otro lado del río me detuve a secarme los pies. No podía ver a Nia, pero vi humo alzándose en nuestra hoguera y la tumba del hombre loco. Me pareció verla. Tal vez fuera solo un montón de piedras.

Me puse los calcetines y las botas, me di media vuelta y me marché.

El cañón tenía algo curioso. De lejos las paredes parecían peladas y el suelo era gris piedra. Pero de cerca vi flores e insectos de colores vivos. Los animales de seis patas habían desaparecido. Ahora vi criaturas que parecían aves o tal vez dinosaurios pequeñitos. Se alzaban sobre sus patas traseras y estaban cubiertos de plumas. Pero tenían brazos en vez de alas. Vi a uno cazar un bicho. Lo agarró con las garras y abrió la boca. Vi filas de dientes. Un momento después... \crunch\ El insecto desapareció.

El cazador ladeó la cabeza y me miró. Le devolví la mirada. La criatura tenía las plumas azules menos en el vientre y la garganta. El vientre era blanco. La garganta era amarillo azufre.

La criatura me siseó.

—¿Ah, sí? —dije.

La criatura escapó.

A mediodía me detuve a comer. En el aire las aves se dejaban llevar por el viento. Un pez saltó en el río. Descansé un rato y luego continué. El río se volvió más turbulento. El sendero empezó a subir y bajar, retorciéndose en torno a grandes macizos de roca grisácea y negra. Ante mí vi el fondo del cañón: una pared de piedra, resquebrajada, llena de grietas. El agua corría entre las grietas, apareciendo y desapareciendo. En lo alto la luz del sol iluminaba el agua. Chispeaba como plata. Más abajo, en la sombra, era gris. Al pie del acantilado había un estanque, semioculto por la bruma.

Incluso desde lejos oía el sonido del agua. Era un rugido grave y continuo.

Proseguí. El sendero continuaba al borde del estanque. En la pared del cañón que tenía cerca habían tallado dibujos en la roca: espirales y triángulos y figuras de animales.

¡Ajá!, pensé. Un lugar sagrado. Pero ¿dedicado a qué? Las espirales podían representar el sol. En la Tierra el triángulo era a menudo un símbolo de fertilidad o de sexualidad femenina. Los animales eran especies locales, o eso supuse. Un



cuadrúpedo con cuernos. Un bípedo con un cuello como de avestruz y brazos largos y estrechos. ¿Los adoraban o los cazaban? ¿O ambas cosas?

El viento me mojaba con el agua de la cascada. El sendero se volvió resbaladizo. Decidí concentrarme en mis pasos.

El sendero rodeaba una alta roca cubierta de pictogramas. Al otro lado había un hombre. No había duda respecto a su género. Estaba desnudo y su miembro masculino era lo bastante grande para resultar sospechoso. Bailaba, saltando de un pie a otro. Llevaba un palo con un par de cuernos de metal en el extremo, verdes por la corrosión. Cobre, casi con certeza. El hombre giraba y agitaba el palo, y luego giró y se encaró a mí. Ahora advertí que llevaba algo puesto. Una cadena de cuentas largas y redondas, azul brillante. Me recordaron las cuentas de loza fina de Egipto.

Dejó de bailar y me miró. Me quedé inmóvil, devolviéndole la mirada. Era de mi estatura, tal vez un poco más ancho, de pelaje marrón oscuro, hirsuto, y ojos grandes amarillo pálido.

Dijo algo que no comprendí.

—No conozco ese lenguaje —dije.

—Hablas la lengua de los regalos —contestó—. Debes de ser extranjera. Creía que eras un demonio, pero un demonio me hubiese comprendido. —Frunció el ceño—. Supongo que podrías ser un demonio de muy lejos. Un demonio de muy lejos podría no conocer el lenguaje de mi pueblo. ¿Eres uno?

—¿Un demonio? No. Soy una persona. Me llamo Lixia. ¿Quién eres tú?

Él pareció sorprendido.

—La Voz de la Cascada. ¿No has oído hablar de mí?

—No.

—Debes de ser de muy lejos.

—Sí.

—Hablo por el espíritu de la cascada. Es poderoso y lo sabe casi todo.

El hombre cantó:

*Sabe*

*lo que el pez dice*

*en el agua.*

*Sabe*

*lo que el pájaro dice*

*en el viento.*

*Sabe*

*lo que los demonios*

*dicen bajo tierra.*

*Los que se mueven,*

*los que se agitan,*

*los que envían el fuego...*

*Sabe*

*lo que se dicen*

*unos a otros.*

—La gente me hace preguntas. Les digo lo que oigo en el sonido del agua. — Saltó de un pie a otro, sin dejar de moverse. Luego perdió el equilibrio y aterrizó sobre ambos pies—. ¿Qué quieres? ¿Por qué estás aquí?

—Estaba viajando con una de tu pueblo. Está herida y busco ayuda.

El hombre frunció el ceño. Agitó el palo.

—Oh cascada, dime, dime qué hacer con esto —gritó.

Ladeó la cabeza y escuchó. Yo también lo intenté, pero no oí nada más que el rugido del agua.

—La cascada dice que probablemente estás diciendo la verdad. En cualquier caso, la cascada dice que da mala suerte causar problemas a los extranjeros o a la gente que pide ayuda. Por tanto, te ayudaré. Ven.

Se dio la vuelta y empezó a subir por el sendero. Vacilé un instante y luego lo seguí. No era buena idea discutir con un oráculo, sobre todo de una sociedad desconocida. Pronto estuvimos lejos del estanque. Miré hacia abajo y vi el agua agitándose. Parte de un arco iris brillaba débilmente en la bruma.

El sendero se internó en una grieta. Caminamos entre negras paredes de piedra. El agua goteaba. Había zonas de vegetación anaranjada en la roca. Una criatura caminaba entre aquellas manchas, a la altura de mi hombro. Se movía despacio y era color celeste, con al menos una docena de patas. Dos antenas sobresalían por delante, agitándose suavemente. Otras dos antenas sobresalían por detrás. También se agitaban suavemente. No le vi boca ni ojos.

Supuse que el animal se movía hacia delante, pero no tenía forma de asegurarlo. Pensé en atraparlo. Tal vez tuviera órganos visibles en la parte de abajo. Pero nunca me han gustado los animales con más de ocho patas.

Mi guía se movía con rapidez. Lo seguí, resbalando de vez en cuando en la piedra mojada.

Llegamos al final del pasadizo. Las paredes solo tenían un par de metros de altura. En lo alto crecían plantas. Vi hojas y tallos y flores.

La altura de las paredes se redujo aún más. Podía ver por encima de ellas, y por encima de la vegetación. Llegábamos a una llanura.

A un lado había un risco bajo salpicado de árboles. En cualquier otra dirección la tierra era llana y estaba cubierta de una planta con las hojas largas, estrechas y flexibles. La planta tenía un metro de altura aproximadamente. Su color variaba: verde y verdiazul, amarillo verdoso y gris plateado. No sabía qué significaban las diferencias de color. ¿Crecía más de un tipo de planta en la llanura? ¿Indicaba el

color variantes de una misma especie?

—Allí. —El hombre señaló el risco—. El río está allí. El sendero lo sigue. Sigue el sendero. Al anochecer llegarás a un poblado. Pregunta por la hechicera y dile que tienes un mensaje de la Voz de la Cascada. Dile que la cascada dice que le dé a esta persona lo que pide. Dile que no hay ningún mal en ello. Lo sé. La cascada me lo ha dicho.

Entonó:

*No receles de mí,  
oh, pueblo.  
Sé lo que sabe el río.*

*Sé los secretos  
descubiertos  
por la lluvia.*

Agitó su palo y danzó de lado, luego giró y señaló el sendero.

—¡Ve!

Fui. Cuando llegué a la cima del risco, miré atrás. Vi el sendero que serpenteaba entre la pseudohierba, pero no al hombre. Debía de haber regresado por el cañón a la cascada.

Bajé la pendiente hacia el río, que allí era ancho y poco profundo, a la sombra de árboles de oscuras hojas azules.

En medio del río había un brazo de grava. Media docena de criaturas descansaba allí: grandes cuadrúpedos sin pelo, con cola. Uno alzó la cabeza, me miró y croó una advertencia. Todos se levantaron y se metieron en el agua.

¿Lagartos, tal vez? El nombre les iba bien y me servía de etiqueta. Aunque no debía olvidar que esas criaturas no eran lagartos de verdad.

Llegué al poblado al anochecer. Desde la cima del promontorio al principio todo lo que pude ver fue una pared de troncos. De detrás de la pared salía humo. Fuegos de cocina. Un montón. En la pared había estandartes como los que llevaba el oráculo: palos largos que terminaban en cuernos de metal. Los cuernos brillaban rojos a la luz. Cobre pulido, supuse.

Recorrí el sendero hasta la puerta. Allí había una mujer contemplando la puesta de sol. Era oscura como los dos hombres del cañón e iba vestida con una túnica azul vivo.

—Ojalá bienvenida sea —dije.

La mujer se volvió.

—¿Quién eres?

—Una viajera. La Voz de la Cascada me ha dicho que viniera.

—¿Lo ha dicho? Entra. Llegas justo a tiempo.

Entramos. Ella cerró la puerta y colocó una barra que la bloqueaba.

—¡Ya está! —Se sacudió las manos—. Ven conmigo. Te llevaré a la hechicera.

La seguí por una calle estrecha que serpenteaba entre las casas octogonales, construidas con troncos. Los huecos entre los troncos habían sido rellenos con una planta amarilla velluda que parecía estar viva y en crecimiento. Los tejados eran cónicos, con un agujero en el centro para que escapara el humo. Yo no veía los agujeros, pero sí el humo, que brotaba de casi todas las casas. Los tejados estaban cubiertos de tierra, una forma excelente de aislamiento, en la que crecían plantas. Eran pequeñas y oscuras. Extendí una mano y corté una hoja. Era redonda, gruesa y carnosa. La aplasté. Rezumó agua. Una suculenta o algo muy parecido. Era probable que no ardiera, mejor. Sin duda salían chispas por el agujero para el humo. Si hubiesen caído sobre una planta seca esa gente hubiese tenido una pradera ardiendo encima de la cabeza. ¿Para qué servía la planta? ¿Era comestible? ¿La usaban como decoración?

La mujer se detuvo delante de una casa especialmente grande.

—¡Oh, hechicera, sal!

La puerta se abrió. Salió una mujer baja y gruesa, con una túnica larga llena de manchas. La túnica era blanca y las manchas se notaban mucho. Una mala elección para una desaliñada. Llevaba al menos media docena de collares. Algunos eran corrientes, de cuentas. Otros eran más elaborados, con cadenas y colgantes de campanitas y animales. Todos eran de cobre y todos estaban enmarañados. No me pareció posible que pudiera quitarse solo un collar.

—Esta extraña persona ha venido, oh, sagrada. Dice que tiene un mensaje de la Voz de la Cascada.

La hechicera me miró.

—¿Dónde está tu pelaje? ¿Has estado enferma?

—No. Vengo de muy lejos. Mi pueblo no tiene pelaje.

—¡Aiya! Esto es muy extraño. ¿Cuál es tu mensaje?

—La Voz de la Cascada dice que quiere que me ayudes.

—No.

—¿Qué?

—Ese hombre no podría haber dicho eso. No tiene querencias. No tiene opiniones. Es la Voz de la Cascada. Cuando habla, es la cascada la que habla. Por tanto, lo que dices está mal. No es el hombre quien quiere que te ayude. Es la cascada quien quiere que te ayude. —La otra mujer hizo un gesto de acuerdo—. ¿Qué necesitas? —preguntó la hechicera.

—Tengo una amiga herida. Está a un día de aquí..., al este, en el cañón. ¿Queréis ir a por ella?

La hechicera frunció el ceño y se rascó la barbilla. Luego hizo el gesto de asentimiento.

—Mañana.

Se dio media vuelta y entró en la casa. La puerta se cerró.

—¡Aiya! —dijo la otra mujer—. Esto es algo que no hace nunca. Nunca va a ver a la gente. Deben acudir a ella. Pero todo el mundo escucha la Voz de la Cascada. Y ese hombre era su hijo. Lo quería. Ven conmigo.

La seguí a otra casa de un solo ambiente. Sostenían el techo grandes columnas talladas y pintadas de rojo, blanco y marrón. Los motivos eran intrincados, de curvas que al parecer representaban animales. Aquí y allá vi rostros y manos con garras. Los rostros tenían ojos de cobre y lenguas de cobre que parecían surgir de la columna.

En el centro de la casa un fuego ardía en un agujero. Había tres personas sentadas a su alrededor. Eran niños crecidos. Jugaban. Uno arrojó un puñado de palos. Otro se agachó y miró la pauta.

—¡Aiya! ¡Qué suerte estás teniendo!

El tercero nos miró.

—¿Qué es esto?

—Una persona. Sé amable. Tráenos comida.

Nos sentamos.

—Yo soy Eshtanabai, la intermediaria. Es una suerte que estuviera en la puerta en vez de alguna mujer corriente.

—¿Eres qué?

Los niños nos trajeron cuencos de gachas y una jarra llena de líquido. El líquido estaba amargo. Las gachas apenas sabían a nada. Comimos y bebimos. Eshtanabai se explicó.

—Las personas se enfadan unas con otras. No se hablan. Se sientan en sus casas y se enfurruñan. Yo voy a cada persona. Escucho lo que dice. Digo: «Esta discusión no es buena. ¿No hay forma de acabarla? ¿Qué quieres? ¿Qué solución te satisfará?» Entonces voy de una a otra, de una a otra hasta que todo el mundo está de acuerdo en lo que debe hacerse. Es un trabajo duro. Da muchos dolores de cabeza.

—Me lo imagino.

—Alguien tiene que hacerlo. La hechicera es demasiado santa. La Voz de la Cascada no siempre tiene sentido. ¿Y cómo podría un hombre, incluso ese, zanjar una discusión?

Yo no tenía respuesta para esa pregunta. Terminamos de comer y me acosté, usando mi mochila como almohada. Uno de los niños añadió leños al fuego. Otro niño se puso a tocar una flauta. La melodía era suave y melancólica. Cerré los ojos y escuché. Al cabo de un rato me quedé dormida.

Me desperté en plena noche con un terrible dolor en el cuello. El fuego estaba casi apagado. A mi alrededor, en la oscuridad, se oía la respiración de mis compañeros dormidos. Me incorporé y me froté el cuello, luego me acosté de nuevo. Esta vez no utilicé la mochila como almohada. Cuando volví a despertarme era de día. La luz del sol entraba por la puerta abierta. Eshtanabai estaba sentada junto al

fuego. Los niños se habían ido.

—La hechicera ha dejado el poblado —me dijo—. Hay gente acompañándola. Traerán a tu amiga.

—Bien. ¿Cuándo?

—Mañana o pasado.

Desayuné, más gachas, y luego salí. El cielo estaba despejado y el aire era cálido. Olía a letrina. Decidí echar otro vistazo a la llanura. Encontré la puerta del poblado y la atravesé.

Un sendero rodeaba la aldea. Lo seguí. La llanura se extendía al sur y al este, casi perfectamente plana. Vi animales a lo lejos: puntos negros que se movían de vez en cuando. Hice visera con la mano, pero no pude distinguirlos.

En la parte norte de la aldea había jardines que parecían exactamente iguales que los de la aldea de Nahusai. Me detuve junto a uno.

Una mujer alzó la cabeza.

—Eres la extranjera.

—Sí.

—Sí que eres extraña.

Señalé a los animales de la llanura.

—¿Qué son?

Ella abrió mucho los ojos.

—¿No lo sabes?

Hice el gesto que significaba que no.

—¿Cómo puede alguien ser tan ignorante?

No dije nada. Al cabo de un momento, ella dijo:

—Son cuernicurvos. El grueso de la manada está al norte. En otoño los hombres los traen. Toda la llanura será negra entonces.

—¿Dónde están ahora los hombres?

Ella frunció el ceño.

—¿Es que no sabes nada? Están con el rebaño. ¿Dónde si no podrían estar?

—Gracias —dije, y me marché.

El día siguiente amaneció nublado. Me acerqué al río, llevándome la mochila. La coloqué al pie de un árbol y saqué la radio.

Se puso Eddie.

—¿Cómo está tu amiga? —preguntó.

—No lo sé. Fui a buscar ayuda y la ayuda ha ido a traerla. Descubriré cómo está hoy.

—¿Dónde te encuentras?

Describí el emplazamiento del poblado y le conté mi encuentro con la Voz de la Cascada.

—Eso sí que parece fascinante. —Guardó silencio un minuto o dos—. No sé mucho de oráculos. Eran importantes en Grecia, ¿no? —Sí.

—Tal vez debería leer un poco. ¿Cómo es el poblado?

Lo describí.

—Por lo que parece, todos los adultos son mujeres. Los hombres se hallan al norte, cuidando de un rebaño de animales. Son nómadas. Las mujeres se quedan. ¿Cómo está la nave?

—Igual que siempre. Recibimos un mensaje de la Tierra.

—¿Ah, sí? —Sentí el nerviosismo habitual—. ¿Algo interesante?

—Hay una nueva colonia espacial y los ucranianos están empezando a asentarse en el desierto, alrededor de lo que antes era Kiev. Y alguien ha inventado una práctica radio más rápida que la luz. Nos han enviado los planos.

Me mecí sobre mis talones. Ya no seguiríamos aislados. No tendríamos que esperar cuarenta años para obtener respuestas a nuestras preguntas.

—¿Cuánto tardará en construirse?

Eddie se echó a reír.

—Podemos construir el receptor. Los ingenieros están casi seguros de ello. Pero para enviar mensajes tenemos que poder generar una partícula nueva muy extraña y la máquina que la genera es grande.

—Mierda.

—Eso digo yo, exactamente. La partícula, te interesará saberlo, se llama *fred*. No en honor a Frederick Engels. En el mensaje lo dejaron bien claro. —Eddie hablaba en el tono que empleaba cuando describía una estupidez evidente—. Fue descubierta... no, teorizada, por dos personas más o menos al mismo tiempo. Todo lo referente a esta partícula sucede por pares, según el mensaje. La persona de Beijing quiso llamarla guanyón en honor a la diosa china de la misericordia Guan Yin. Al parecer la diosa se le apareció en un sueño, de pie en una flor de loto y sosteniendo la crucial ecuación escrita en un abanico.

»La persona de Santiago quiso llamar a la partícula pablón, en honor al poeta Pablo Neruda. No sé por qué. Tal vez se le ocurrió la ecuación en un sueño. Ninguno de los dos estuvo dispuesto a echarse atrás. Así que la partícula se llama fred. Siempre forma pareja con otra. La otra partícula se llama frieda.

—Supongo que es otro ejemplo de los caprichos de los físicos —dije.

—Ajá.

—¿Por qué enviaron los planos si no podemos usarlos?

—Para nuestra información y por si nos encontramos con un montón de metal y un montón de silicio y una sociedad industrial moderna. Estad preparados siempre, como dijo alguien. Frederick Engels, tal vez.

Me rasqué la nariz.

—¿Qué es lo que te molesta?

—¿Aparte del fred? Derek ha encontrado una roca de cobre. Mide un metro de diámetro y por lo visto es puro. Estaba a la orilla de un río. Allí, a plena vista. La gente anda diciendo que tal vez podamos encontrar los recursos para construir el

nuevo transmisor. Estáis descubriendo demasiadas cosas. ¿Por qué no os calláis?

—Vamos, Eddie. No podemos hacer eso. El secretismo es el enemigo de la democracia. ¿Hay alguna otra noticia?

—Derek se dirige también al norte. Está solo a cien kilómetros de ti. Le gustaría reunirse contigo. ¿Crees que tu amiga pondría pegasa a viajar con un hombre?

—Sí.

—Me lo temía.

Algo se movió en la periferia de mi visión.

—Tengo que irme.

Apagué la radio y la guardé en la mochila. Luego miré alrededor y distinguí un animal bípedo parecido al que había visto en el cañón. Sin embargo, se trataba de una nueva variedad. Era tan alto como yo y con la espalda azul oscuro. Su vientre era blanco lechoso, y tenía cresta: un puñado de largas plumas azules que brillaban a la luz del sol. El animal se alimentaba de un árbol lleno de bayas, extendiendo sus largos brazos y arrancándolas, puñado a puñado. Se las metía en la boca, las tragaba y buscaba más. Me levanté. El animal torció su largo cuello y me miró. Luego siguió comiendo. Había algo extrañamente humano en sus movimientos. No podía ser inteligente. Su cabeza encrestada era diminuta. A pesar de todo... la observé hasta que terminó de comer y se marchó. Entonces regresé al poblado.

Por la tarde la hechicera regresó. La vi entrar en la aldea. Llevaba una túnica azul y un sombrero de plumas. Cinco mujeres la seguían. Dos llevaban unas angarillas. Nia iba en ellas. Tenía los ojos cerrados y parecía dormida.

—No te preocupes —dijo Eshtanabai—. Nuestra hechicera curará a tu amiga.

—Eso espero.

—Llevad a la mujer a mi casa —ordenó la hechicera—. Voy a recoger hierbas.

Eshtanabai me tocó el brazo.

—Ven conmigo. La hechicera no querrá visitantes, excepto los espíritus sagrados. Y tú no querrás encontrártelos. No es seguro.

—Muy bien.

Pasé la noche en casa de Eshtanabai. Me sentía inquieta e incómoda. ¿Qué le estaba pasando a Nia? Me mordí las uñas y contemplé la hoguera. Eshtanabai jugaba con sus hijos. Pasado un rato salí al exterior. La aldea estaba tranquila, solo se oía el sonido de un tambor. ¿Era la hechicera? No lo sabía. Alcé la cabeza. El cielo estaba despejado y las estrellas resplandecían. Un viento fresco recorría la llanura. Era un planeta hermoso: puro y limpio y casi vacío. Nosotros llevábamos trabajando en nuestro propio planeta más de un siglo cuando la nave zarpó, y el trabajo continuó. Otros dos siglos habían transcurrido. Todavía había cicatrices por todas partes: montañas despojadas, páramos envenenados, amplias extensiones de tierra estéril, al menos para los humanos... Erosionada, llena de sal o seca, sin agua, agotada en el siglo XX.

¿Qué pensaba la gente de entonces? Habían dejado a sus descendientes casi sin



agua y con montañas de uranio. ¿Qué clase de herencia era esa? ¿Cómo pensaban que iban a sobrevivir?

Nos las habíamos apañado sin demasiada ayuda suya. Era sorprendente cuánta gente habíamos podido salvar. Cuando pensaba en la Tierra, pensaba en multitudes. Solo el océano estaba realmente vacío, y los casquetes polares y las tierras destruidas.

Al contemplar el cielo estrellado experimenté una terrible sensación de pérdida.

No es que le pusiera pegas a mi sociedad. Era sana, decente, humana, la mejor sociedad que había conocido la Tierra. Pero era también enormemente compleja. Nada era fácil. Nada era simple. Por primera vez la historia era un proceso consciente. Por primera vez la gente daba deliberadamente forma a su vida, sabedora de lo que hacía.

Discutíamos cada tema. Votábamos. Nos comprometíamos. Formábamos facciones y coaliciones. Pensábamos (siempre) en la justicia y el bienestar, en las consecuencias de lo que hacíamos, en el futuro.

El tambor cesó. La brisa cambió. Ahora pude oler las hogueras de las casas. Decidí entrar.

Por la mañana fui a casa de la hechicera.

Eshtanabai me acompañó.

—Oh, sagrada —exclamó—. La persona sin pelo ha venido de visita.

La puerta se abrió y la hechicera se asomó.

—Tu amiga está enferma. Arde. Puedo sentir el calor en sitios donde su pelaje es fino. Y está débil. Pero la curaré. No temas.

—¿Puedo pasar?

La hechicera frunció el ceño, entonces hizo el gesto de asentimiento y abrió más la puerta.

El fuego estaba apagado. La única luz entraba por el agujero para la salida del humo: un rayo dorado que caía e iluminaba una vieja cesta, ajada y deforme. Todo lo demás en la casa quedaba oculto por las sombras. Vi montones de cosas, pero no distinguía qué eran.

—¿Nia? —miré alrededor.

Uno de los montones se movió y levantó una mano. Me acerqué. Era Nia, envuelta en una manta.

—¿Cómo te encuentras?

—Me encuentro fatal. Siéntate. Hazme compañía.

Miré a la hechicera. Ella hizo el gesto de asentimiento. Me senté.

Nia cerró los ojos. Durante un rato permaneció callada.

—¿Es buena la hechicera? ¿Lo sabes? —preguntó.

—Parecen tenerla en mucha estima.

—Bien. Tal vez viva. —Abrió los ojos—. Enshi vino a mí anoche. Es mala suerte soñar con los muertos. Pero no me amenazó. Bromeó y me contó cómo es vivir en el cielo. No está mal, dijo, aunque tiene hambre de vez en cuando. Siempre fue mal

cazador. Incluso cuando los animales acudían a él, seguía fallando el tiro. ¡Qué hombre tan inútil! Pero contaba buenas historias y su temperamento era maravilloso. Nunca se enfadaba. —Cerró los ojos. Yo esperé. Los volvió a abrir—. Hicimos algo horrible.

Miré alrededor. La hechicera estaba en el umbral, hablando con Eshtanabai. Estaba demasiado lejos para oír.

Nia alzó la cabeza y miró a las dos mujeres. Luego se tumbó de nuevo.

—No te lo contaré. Aquí no. No estoy loca. Estoy cansada. Quiero dormir.

La dejé y pasé el día deambulando por el poblado, viendo a los niños jugar en las calles y hablando con madres y abuelas. Eran gente amable y amistosa. Una herrera del cobre me enseñó cómo trabajaba el metal. Una anciana me contó cómo fue creado el mundo a partir de una semilla que dejó caer el pájaro que vive en el árbol del sol. Por la noche cené con Eshtanabai.

—Tu amiga se pondrá bien. Me lo ha dicho la hechicera. La hechicera dice que tu amiga es herrera. Le ha prometido un cuchillo. —Hice el gesto de afirmación, seguido por el de acuerdo—. ¿Es del Pueblo de Hierro?

—Sí.

—Viven al oeste de nosotros, más allá del Pueblo del Ámbar. Hemos oído decir que son fieros.

—No lo sé.

—El Pueblo del Ámbar dice que pelean mucho y que cuando dan un regalo se aseguran de que el regalo que reciben a cambio sea igual de bueno.

Hice el gesto que significaba «tal vez» o «si tú lo dices».

Al día siguiente volví a ver a Nia. Un fuego ardía en el agujero de la hoguera y la casa de la hechicera estaba llena de humo aromático. Mi amiga estaba sentada, con la espalda apoyada contra un poste. Me senté. La hechicera se marchó y cerró la puerta.

—Se lo he pedido —dijo Nia—. He tenido otro sueño. Vi a Hua, la mujer que me crio. Murió antes de que nadie supiera lo que yo había hecho. Pero ahora lo sabe. Está enfadada. Ha dicho palabras afiladas. ¡Aiya! ¡Cómo cortaron!

»Le he dicho que lo que hice no era asunto suyo. Y de todas formas, lo que hice no fue nada malo. Y ella ha dicho: “Todo el mundo estará de acuerdo conmigo. Fue malo.” “Le contaré la historia a Lisa. Ella es de muy lejos. Sabe cómo se hacen las cosas en lugares distintos. Que ella decida si lo que hice fue malo o no”, he contestado. Entonces me he despertado.

Nia me miró. Me resultó difícil leer la expresión de su cara. Pero me pareció cansada y triste.

—Cuéntame tu historia, si quieres —dije.

Nia frunció el ceño y se rascó la nariz. Luego comenzó. Hasta entonces yo pensaba que era silenciosa. Nunca había dicho gran cosa. Pero habló con fluidez. Debía de haber practicado la historia. La imaginé contándola... contándosela a sí misma, probablemente. Debía haberla repasado una y otra vez, tratando de

encontrarle sentido a lo que había sucedido.

—El primer error fue este: ayudé a Enshi a reunirse con su madre. No sé por qué. Siempre fue bueno con las palabras. Siempre podía conseguir que lo que quería pareciera justo y razonable.

»Lo conduje a la aldea..., de noche, por supuesto, y esperé fuera de la tienda. Su madre y él hablaron. Ella le dio regalos. Había perdido los que le había dado antes. Eso era típico de él. Cuando terminó, fui con él hasta las afueras del poblado. Entonces cometí el siguiente error. —Nia cerró un puño y golpeó el suelo—. Quiso venir de nuevo. Estaba solo en la llanura. Dijo que se moriría allí, a menos que tuviera algo que anhelar. El cálido fuego de la tienda de su madre, buena comida y ropa nueva. ¡Qué buen hablador era! Accedí a ayudarlo. —Nia se frotó la cara—. ¡Qué idiota fui!

»Su madre empezó a quejarse de sus vecinas. Dijo que había demasiado ruido en el poblado. Estaba cansada del olor de la cocina de sus vecinas. Había demasiada basura. Había demasiados insectos. Empezó a apartar su tienda de las demás. Lo habían planeado juntos. Ahora a él le resultaba más fácil encontrar su tienda y era menos probable que la gente lo viera.

»Pero seguían necesitando que sus mensajes entraran y salieran del poblado. Necesitaban a alguien que vigilara cuando él venía. Lo hice durante todo el verano y el otoño. En invierno él no podría ir al poblado. La gente hubiese visto las huellas en la nieve. Salí a buscarlo con comida y una capa nueva, una capa gruesa de piel. En primavera nos encontrábamos y nos apareábamos. Eso fue en las colinas. Los hombres jóvenes están ahí. Él tenía el peor territorio. Todo era de piedra, arriba y abajo. Allí no había nada que comer. Sin embargo, yo acudía a verlo. —Golpeó el suelo por segunda vez—. Tal vez Hua tiene razón. Tal vez soy una pervertida.

Yo no dije nada. Nia continuó.

—Él no tenía nada que mereciera la pena. Recogía cosas: plumas de un matorral o piedras que brillaban al sol. Hacía poesía. ¿Qué clase de regalo es ese? ¡Era un hombre inútil! —Se detuvo un momento. Parecía aturdida—. Cuando estaba con él, sentía... No sé cómo llamar a la sensación. Sentía como si hubiera encontrado un nuevo pariente, una hermana o una madre. Alguien con quien sentarme por las noches, alguien con quien chismorrear. Me sentía contenta. Cuando se acababa la época del celo, me quedaba. Me gustaba estar allí. Me quedé otros diez días. Entonces volví a casa, y la gente me preguntó qué había pasado. Dije que mi cuernicurvo se había quedado cojo. Tuve que volver caminando casi todo el camino, les dije. Ahora era una mentirosa. —Fruunció el ceño—. ¿Qué ocurrió a continuación? Nos fuimos al norte y establecimos nuestras tiendas en el país de verano. La vieja Hua se lastimó. Se quemó trabajando en su forja. La quemadura no sanó. La pierna empezó a pudrirsele. Al final, se murió.

»Todo el mundo dijo que se murió como debe hacerlo una mujer: sin quejarse ni hacer mucho ruido. Los espíritus estaban contentos con ella. Eso es lo que la gente

dijo. A mí me resultó difícil aceptarlo. Cuando estuvo enterrada, la hechicera celebró ceremonias de purificación y ceremonias para espantar la mala suerte.

—¿Por qué? —pregunté.

Nia pareció sorprendida.

—Toda muerte es desafortunada, y Hua había muerto inesperadamente. Era vieja pero fuerte, y se había quemado muchas veces. Las quemaduras siempre habían sanado.

Hice el gesto que significaba «comprendo» o «ya veo».

—La mala suerte continuó —dijo Nia—. Al principio no lo parecía. El verano fue bueno. Hubo las lluvias justas. Los ríos estaban llenos de peces y los matorrales tenían tantas bayas que sus ramas se curvaban hasta tocar el suelo. Teníamos comida de sobra. Al final del verano la gente volvió a la aldea del oeste. Traían estaño y pieles blancas. Una persona enfermó. Luego murió. Después murió nuestra hechicera. Yo enfermé y también enfermó Nuha. Era la madre de Enshi. Se volvió loca y gritó: «¡Enshi! ¡Enshi!» Luego pidió a los espíritus que la perdonaran. Dijo que era culpa mía. Su hijo nunca hubiese hecho nada malo. Yo lo había hecho comportarse de manera vergonzosa. Había enfurecido a los espíritus. Prometió a todo el mundo que, si moría, no se marcharía. Su fantasma se quedaría en la aldea y encontraría el modo de vengarse de mí.

»Se murió. Yo me recuperé, aunque durante algún tiempo pensé que también iba a morirme. Cuando pude levantarme y moverme, las ancianas de la aldea me pidieron que me marchara.

»Aiya! ¡Fue duro! Les pedí que me permitieran quedarme. Les supliqué. Pero ellas dijeron: “Vete.”

»Fui en busca de Enshi y los dos nos marchamos al sur hasta que llegamos a las Montañas del Hierro. Están a medio camino entre la Tierra de Verano y el Hogar de Invierno. El suelo es allí rojo. Los arroyos y ríos son marrones como el óxido. Cada año algunas mujeres van allí y extraen hierro. Se quedan hasta el otoño, sacando hierro y convirtiéndolo en barras. Luego regresan a la aldea. Cuando llegamos a las montañas, las mujeres se preparaban para marcharse. Nos escondimos entre los matorrales. Ellas cargaron sus carretas. Por fin se marcharon.

»Encontramos un refugio a la entrada de la mina. Estaba construido con madera y piedra, y la mujer que lo había levantado había dejado algunas herramientas. Encontramos un hacha y un pico y una pala. También había un yunque..., uno grande, demasiado pesado para llevarlo.

»Nos quedamos allí el invierno. Casi nos morimos de hambre. Yo llevaba un hijo dentro, pero murió y salió como sangre. Enshi pensó que su madre era la responsable. Le suplicó que se fuera, luego le dijo: “¡Hiéreme a mí! ¡Hiéreme a mí! Soy yo quien actuó de manera vergonzosa.”

Nia dejó de hablar. Cambié de postura y me froté las piernas. Se me estaban quedando dormidas

—En primavera nos internamos en las montañas. Las mujeres regresaron. Les robamos. Enshi era bueno en eso. O al menos era mejor que yo.

»Encontramos un río lleno de peces... En las montañas, lejos de todos los demás. Había un acantilado cercano, rojo de hierro. Hice trampas para capturar peces. Enshi aprendió a extraer hierro. Construimos un refugio y yo creé una fragua. Nuha nos dejó en paz. —Nia frunció el ceño—. No me sentía especialmente avergonzada. Algunos días me parecía que lo que hacíamos estaba bien. ¿Qué me ocurría?

Hice el gesto que significaba «sin comentarios».

—Ese invierno tuvimos comida en abundancia. Al final del invierno tuve una hija. Le puse el nombre de Hua. A Enshi le gustó. La abrazaba y hablaba con ella. En ocasiones lo hacía enfadar, pero no gritaba ni le pegaba. La soltaba y se iba a pasear. Estaba loco, sin duda.

Giré la mano, diciéndole «tal vez sí y tal vez no».

—Tengo la garganta seca. ¿Quieres traerme algo de beber? —Señaló. Me levanté y le llevé una jarra de agua. Dio un gran sorbo—. ¡Aiya! ¡Qué buena! ¿Qué estaba diciendo?

—Que tuviste una hija.

—Dos. El otro fue un niño. Anasu. Nació en el tercer invierno que pasamos en las montañas. Para entonces estaba acostumbrada ya a estar sola, a no ver más que a Enshi y los niños. Me gustaba. Me sigue gustando. Se habla demasiado en un poblado. Demasiados chismes. Demasiadas discusiones. Pero en las montañas no. Allí hay paz. De vez en cuando Enshi se volvía inquieto y se marchaba. A veces yo hacía lo mismo. Creo que me gustaban más esos momentos. Subía hasta que no había nada más que el cielo sobre mí. A mis pies había acantilados rojos y profundos barrancos rojos. Había árboles también, altos y con hojas del mismo color del cielo. Yo estaba por encima de todas las cosas. Me sentaba y escuchaba el viento. Entonces me sentía feliz.

«Después tenía que bajar y ayudar a Enshi con los niños.

»Esto continuó durante cinco inviernos. Entonces, en primavera, llegó el loco. Llegó cabalgando una mañana. Su cuernicurvo estaba tan delgado que se le podían contar todas las costillas. En cuanto al hombre, era greñudo y gris. Le faltaba un ojo. Su aspecto era terrible.

»Yo estaba en la forja, trabajando un trozo de hierro para hacer un pico. Enshi cazaba. Y los niños... no recuerdo dónde estaban. Cerca de mí, supongo.

»Oí una voz. Era grave y áspera: “¿Estás preparada, mujer?”

»Alcé la cabeza. El desmontó y se acercó. “¿Es el momento?”, preguntó.

»“No, ¿qué estás haciendo aquí?”, dije yo.

»Él se detuvo y ladeó la cabeza. Recuerdo eso y la expresión de su único ojo. Estaba loco. Eso les sucede a los hombres viejos. Pierden sus territorios. Los hombres más jóvenes los espantan. Pero no se rinden. Se niegan a volver al poblado. Van por ahí solos, vagabundeando. No tienen ningún sitio. Se olvidan de las reglas y las

costumbres. Son peligrosos.

»Yo agarré con fuerza mi martillo.

»Él dijo: “Pronto. Dentro de un día o dos. Lo noto. Yo solía tener cinco, seis mujeres en una estación. ¡Aiya! Los regalos que me traían y el olor de sus cuerpos.”

«“Márchate. No te quiero aquí.”

«“Puedo esperar, ya he esperado mucho tiempo. Me quedaré.”

«Entonces vi a Enshi detrás del hombre, con el arco en la mano. Dijo: “No, esta mujer es mía. Márchate.”

»El hombre viejo se volvió. “¡Pobre debilucho! ¿Crees que puedes enfrentarte a mí? Me he enfrentado a hombres que te doblaban en tamaño. Fueron ellos quienes bajaron la cabeza. Fueron ellos quienes se dieron la vuelta.”

»Enshi alzó su arco. Ya tenía una flecha preparada. Tiró de la cuerda. “Te mataré, viejo. Te atravesaré la garganta con una flecha.”

»El viejo dijo: “Esto es ridículo. ¿No sabes cómo se hacen las cosas? Ningún hombre de verdad usa una flecha con otro hombre. Un cuchillo es el arma adecuada. Un palo también vale. Pero nada que mate de lejos. Una confrontación verdadera es de cerca.”

»Enshi habló en respuesta. “No me importa cuáles son las reglas. Esta mujer es mía. Haré lo que tenga que hacer para conservarla.”

Nia hizo una pausa. Parecía pensativa.

—Yo alcé mi martillo y dije: “A mí tampoco me importan las reglas. Si te acercas a mí, te mataré, viejo. Créeme. Digo la verdad.”» ¿Qué más hay que decir? El viejo retrocedió y se fue. Un día más tarde empezó el celo. Enshi y yo estuvimos juntos durante tres días. Creo que así fue. Tal vez cuatro días. Una mañana me desperté. La luz entraba por la puerta de nuestro refugio. Enshi estaba cerca de mí. El viejo estaba sobre él. Lo vi clavarle el cuchillo en la garganta. Anasu gritó. Me levanté, pero era demasiado tarde. El viejo estaba completamente loco y era fuerte a la manera en que los locos lo son a veces. Era mucho más fuerte que yo, y no soy débil. Me tumbó y me clavó su pene. Intenté soltarme. Me golpeó. El cuchillo que empuñaba me cortó el hombro. Todavía tengo la cicatriz. Los niños lloraban. Los dos. El viejo rugía. Lo mordí. Me volvió a golpear. —Nia frunció el ceño—. Sueño con eso a veces. Hay sangre en mi boca. Hay sangre en el suelo. Siento al viejo encima de mí y dentro de mí. Oigo a los niños llorar. Sé, en mi sueño, que Enshi está muerto. Al cabo de un rato me despierto.

»Pero entonces no me desperté. El viejo se quedó hasta que pasó el celo. Eso fueron cinco o seis días. Nos apareamos una y otra vez. —Cerró los puños—. Cuando no nos apareábamos, me tenía atada. No era estúpido, aunque estaba loco. Sabía que yo tomaría a los niños y escaparía. Dijo que la loca era yo. Ninguna mujer corriente le hubiese dicho que se fuera. Ninguna mujer normal hubiese luchado con él». Los niños empezaron a tener hambre. Lloraban. Él me desató entonces, para que pudiera darles de comer. Pero no me dejó enterrar a Enshi. Sacó a Enshi del refugio y lo dejó

allí tirado, ante la puerta. Hacía calor. Enshi se hinchó. Empezó a apestar. Vinieron bichos y pájaros. Cuando la puerta del refugio estaba abierta, los veía comer. Hua no paraba de decir: “¿Qué pasa? ¿Qué le ha pasado a Enshi?”

»Le dije que se callara. Iba a hacer enfadar al viejo.

»¿Qué más podría decir? Dos hombres se habían encontrado en la época del apareamiento. Uno mató al otro. Esto no sucedía a menudo, pero no estaba mal. ¿Por qué pensaba que estaba mal? ¿Por qué odiaba al viejo? Tenía derecho a aparearse conmigo. Había ganado, aunque tal vez no de manera enteramente justa.

»Era malo que Enshi no estuviera enterrado. Era malo que los niños estuvieran allí. Era malo que me atara. Pero no era malo que se echara encima de mí y me metiera su pene. ¿Por qué lo odiaba por eso? No era malo.

Nia dejó de hablar. Yo esperé. Notaba en la boca un sabor amargo, y no sabía qué decir.

—El celo terminó y él se marchó. Enterré a Enshi. Alimenté a mis hijos y los limpié y los consolé. Luego ensillé a nuestros animales.

»Me llevé a los niños. No podía hacer otra cosa. A Anasu lo llevaba en brazos. Hua cabalgaba el cuernicurvo de Enshi. Tuve que atarla a la silla. Seguimos la pista del viejo. Tardamos dos días en alcanzarlo.

»Lo encontré al pie de las colinas, al borde de la llanura. Había encendido una hoguera en el último bosquecillo previo a la llanura. ¡Aiya! ¡Recuerdo lo que sentí cuando vi su humo retorciéndose en el cielo!

»Até los cuernicurvos. Bajé a los niños al suelo y le dije a Hua que cuidara de su hermano. Les dije que no lloraran, que volvería pronto, y bajé la colina. Ahora tenía un arma. Un arco. El que había pertenecido a Enshi. Recuerdo la hora del día. El atardecer. El cielo estaba naranja. El fuego del viejo ardía entre los árboles. Me arrastré. Lo vi acurrucado junto al fuego. —Nia hizo una pausa—. Le disparé en la espalda. Él gritó y cayó. Volví a dispararle.

»¿Qué más hay que decir? Me aseguré de que estuviera muerto. Luego apagué su fuego y volví con mis hijos. Se habían mantenido callados..., ocultos en un matorral como un par de crías de cuernicurvo. ¡Aiya! ¡Qué buenos habían sido! Los alabé y les di de comer.

»Más tarde me dirigí al norte, al poblado. Dejé a los niños con Angai. Ahora era ya la hechicera. Me dijo que los criaría bien. Yo no podía. Me dirigí al este y acabé donde me encontraste..., en el poblado de Nahusai.

Nia se echó hacia atrás y cerró los ojos. Debía de haber perdido peso en los últimos días. Su cara parecía más delgada que de costumbre, y los huesos eran fáciles de distinguir incluso bajo el pelaje. Su mandíbula era grande. Su frente redonda y baja. Tenía gruesos pómulos y ninguna depresión entre la nariz y la frente. Todo era recto, ancho y plano. Abrió los ojos y parpadeó.

—Decidamos entre nosotras. ¿Tiene razón Hua? ¿Soy una perversa?

Alcé la mirada, buscando inspiración. El agujero para la salida del humo estaba

oscuro. Había algo allí arriba, bloqueando la luz.

¿Qué demonios...? Me levanté.

La cosa se movió. La luz del sol entró. Pude ver el cielo.

—Ahora vuelvo —le dije a Nia. Salí y rodeé la casa.

Como todos los techos de la aldea, este estaba cubierto de vegetación. Las hojitas redondas brillaban a la luz y había flores anaranjadas. Alrededor de las flores revoloteaban los insectos. Tenían alas amarillas. Hacia la mitad del techo se encontraba la hechicera. Llevaba la túnica recogida y pude verle las piernas, huesudas y velludas, con grandes rodillas.

—Has estado escuchando desde el agujero. Has oído lo que decía Nia.

—Mis ojos son malos, pero mis oídos son los mejores de la aldea. ¡Aiya! ¡Qué narración tan repugnante! Debería hacerlos marchar hoy. —Se acercó al borde del tejado y se sentó—. Ayúdame.

Tendí la mano. Cayó en mis brazos. La suya era liviana yapestaba. Era una mezcla de aromas, decidí mientras la soltaba. Pelo, almizcle y mal aliento. La vieja necesitaba un dentista. Di un paso atrás.

—La Voz de la Cascada dijo que os ayudara. Eso he hecho. ¡Ese loco! ¿Por qué no creció bien y fue a reunirse con sus hermanos? ¡Él no, el lunático! Tenía que oír voces y ver cosas en sueños. Voy a verlo. Él danza y farfulla. Desnudo. Pillará un mal resfriado algún invierno y se morirá. ¿Sabes lo que te digo? Es difícil ser madre. ¡Ahora márchate! Esa mujer está débil. Necesita descansar.

Abrí la boca.

—No le diré lo que he oído. ¡Vete! ¡Fuera!

Di media vuelta y me marché. Detrás de mí la hechicera murmuraba. Oí las palabras «perversión» y «repugnante». Luego dijo en voz alta:

—¿Por qué me pasan estas cosas?

Seguí caminando hasta llegar a la casa de Eshtanabai. Ella estaba sentada en el umbral, apoyada contra la jamba, con aspecto soñoliento y feliz.

Me detuve. Ella me miró.

—¿Cómo está tu amiga?

—Mejor. Dime, ¿cómo es la hechicera?

—Vieja y extraña. Mucha gente dice que su mente ya no es lo que era. Pero todavía recuerda las ceremonias. Habla del pasado. Las viejas siempre lo hacen. Y se preocupa por sus hijos. No por las hijas. Ellas están en la aldea. Sabe cómo les va. Se preocupa por los hijos. Tuvo cinco y todos vivieron lo suficiente para experimentar el cambio. Cuatro están allá, en el norte, si es que no se han muerto ya. Al quinto, el más joven, ya lo conoces. Fue fruto de su último apareamiento, cuando ya se estaba haciendo vieja. Tal vez por eso se convirtió en oráculo. Las viejas tienen hijos extraños. Es bien sabido. ¿Por qué lo preguntas?

Hice el gesto que puede significar algo o nada, el gesto de incertidumbre.

—No es una gran respuesta. —Eshtanabai se levantó—. Pasa. Tengo bara. —Se



trataba del alcohol nativo. O, al menos, del estupefaciente nativo en forma líquida—. Nos emborracharemos. No tengo otra cosa que hacer hoy. —Se metió en casa.

La seguí. ¿Por qué no? Nos sentamos junto al fuego. Era un montón de carbones. Vi un diminuto brillo rojo bajo el montón. Un hilillo de humo brotaba hacia arriba, retorciéndose y danzando en el rayo de luz que entraba por el agujero del techo. Eshtanabai llenó dos cuencos y me dio uno. Bebí. El líquido era amargo y me ardió en la boca. Tosí, luego tragué.

—Bebe más —dijo ella. Apuró su cuenco, luego lo volvió a llenar—. Escucha. —Se inclinó hacia delante—. Creo que te preocupa la hechicera. Es una buena mujer. Vieja y extraña, pero buena. Pero no todo lo que sale de su boca es sagrado. Solo un oráculo es sagrado todo el tiempo, y esa es una carga terrible. La mayoría de los oráculos mueren jóvenes. Bebe más. Te hará bien. Es duro estar sentada esperando a que alguien que quieres se mejore.

Bebí el resto del bara.

Eshtanabai sirvió más.

—La hechicera es santa a menudo. Pero en ocasiones es una vieja tonta que habla de sus hijos. Intentamos ser amables. El año pasado expulsamos a un muchacho y ella se emborrachó. No cantó las canciones adecuadas, las canciones que le dicen al muchacho «¡Sé valiente! ¡Estás haciendo lo que se espera de ti!». Cantó la canción de la mujer que se apareó con el viento. Esa canción no es apropiada.

—¿De qué trata?

—¿No la conoces? Es una historia muy antigua. Sucedió hace mucho tiempo, cuando vivíamos como el Pueblo del Ámbar. Nuestras casas eran tiendas. Seguíamos al rebaño. Había una mujer que salió en la época de apareamientos. Hubo una terrible tormenta ese año. Los cuernicurvos salieron en estampida y los hombres los siguieron. Como resultado, esta mujer no encontró ningún hombre. Su celo terminó. Regresó al poblado. Al cabo de cierto tiempo quedó claro que estaba embarazada. En el invierno tuvo una hija. Era hija del viento. Nadie podía ver al bebé y era difícil de abrazar. Cuando tenía hambre, iba a que su madre la amamantara. Entonces la madre supo, al tocarla, que el bebé era una niña y que estaba cubierta de suave pelaje. Pero casi todo el tiempo la niña era inquieta. Corría por la tienda de su madre. Corría por el poblado. Un día corrió por la llanura. Nunca regresó. Su madre sabía que eso sucedería. Hizo una canción para la niña antes de que se marchara. Dice así:

*¡Hola!  
mi pequeña.  
¡Hola!  
mi hija del viento.*

*Ahora giras  
en mi tienda.*

*Ahora haces  
que se agiten los tapices.*

*Pronto te marcharás  
a la ancha llanura  
para siempre.*

»Esta es la canción que cantó la anciana cuando expulsamos al muchacho del poblado. Todo el mundo se enfadó, sobre todo la madre del niño. Una mujer tiene muchos rituales en su vida. Un hombre tiene uno: la ceremonia de la partida. Y la vieja la había estropeado. La convirtió en una ocasión triste. Pero ¿qué podemos hacer? Es difícil encontrar una hechicera. Esta es excelente. Puede curar casi cualquier tipo de enfermedad. Y los espíritus envían lluvia para nuestros huertos cuando ella se lo pide. *Bebe un poco más.*

Bebimos. Eshtanabai me habló de la antigua hechicera, la que había antes de la que tenían ahora. Era muy avariciosa.

—¡Aiya! Tenía una casa llena de cosas. Cuanto más envejecía, más quería. Pedía más de lo que valían las ceremonias. Se lo dábamos. Teníamos que hacerlo. Nadie quiere la mala suerte ni la furia de los espíritus. Pero los espíritus se enfadaron de todas formas. Las ceremonias no funcionaron.

—¿Por qué?

Eshtanabai frunció el ceño.

—Porque dábamos demasiado. Mira. Lleno tu taza. Soy generosa. La lleno hasta el borde. Es un regalo adecuado. Tienes suficiente. Te hace feliz. Sé que tú me darás algo a cambio. Eso me hace feliz. Pero si sigo sirviendo y el bara rebosa el cuenco, te mojará la mano y manchará tus ropas o el suelo, y eso no es adecuado. Es un insulto y un estropicio.

»Un regalo es una unión. Pero solo un tonto ata una cuerda fuerte a un trozo de hilo. Hay que atar semejantes, de lo contrario el hilo se zafará o se romperá.

—¿Estás segura?

Eshtanabai parpadeó.

—Sé que los espíritus no escuchaban a esa mujer. Sus rituales no nos consiguieron nada. Encontramos una nueva hechicera..., una que hace lo que es adecuado y que da lo que es adecuado, aunque está medio loca y habla de sus hijos. Déjame que te lo demuestre otra vez. —Sirvió más líquido—. Hasta el borde y nada más. ¿Qué me darás tú, oh, sin pelo?

De mi mochila saqué un collar y se lo di. Ella me dio más bara. Le regalé un brazalete de madera nativa con dientes incrustados de un tipo de pez nativo. Lo había hecho Derek. Era un artesano maravilloso. Ya estaba atardeciendo. El cielo era rosanaranjado. Una de las lunas había salido: un brillante punto de luz. Estaban ocurriendo demasiadas cosas, me dije, y yo no tenía el control. Oh, bien. Me dirigí al

fondo de la casa y me desplomé en un montón de pieles.

Por la mañana, volví a la casa de la hechicera. Nia estaba sentada comiendo un cuenco de gachas.

—¿Por qué tienes problemas para caminar? —me preguntó.

—Hice una estupidez. ¡Oh, mi cabeza! —me senté.

—No volviste ayer.

—La hechicera me dijo que necesitabas descanso. —Nia parecía borrosa. Me froté los ojos.

—No me diste una respuesta. —Nia soltó su cuenco. Había un pegote de gachas en el fondo. Lo recogió con un dedo y se lo metió en la boca—. ¿Tengo razón yo? ¿O tiene razón Hua?

—¿Qué?

—¿Soy una perversa?

Me froté la nuca.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Puedo decirte una cosa: la gente tiene costumbres diferentes. Hay lugares donde los hombres y las mujeres viven juntos, como tú y Enshi. Hay lugares donde la gente diría que lo que te hizo el viejo fue terrible.

—¡Hu! —dijo Nia—. ¿Dónde están esos lugares?

—Muy lejos de aquí.

—Tal vez algún día vaya a un sitio como ese.

No dije nada. Mi dolor de cabeza empeoraba y no podía concentrarme.

Nia se rascó la nariz.

—Pero tal vez no me guste un sitio así.

—Tal vez no.

Por la tarde fui al río. El calor era sofocante. El aire estaba lleno de insectos. Llamé a Eddie y le conté la historia de Enshi.

—Interesante. Parece que han inventado la monogamia. Nia y Enshi, quiero decir.

—Y el viejo inventó la violación.

—Ajá. —Él no dijo nada durante unos segundos. La violación era un tema que ponía nerviosos a la mayoría de los hombres. Finalmente, continuó—: Hemos hecho otra exploración por satélite. No hay ciudades. Ni una. Según Tony, esto tiene sentido. Los hombres no pueden sobrevivir en una zona urbana. Y tienen que estar cerca de las mujeres. De lo contrario aparearse sería difícil, tal vez imposible. Toda la especie está atascada en un estado de desarrollo preurbano. Siempre lo estará.

Un insecto se me coló por la nariz. Bufé y tosí. Un segundo insecto se me metió en la boca. Lo escupí.

—Eddie, no puedo quedarme aquí. Está todo lleno de insectos.

—Muy bien. Harrison dice que preguntes por la guerra. No cree que exista en el planeta.

—De acuerdo.

Corrí a la aldea. La puerta estaba cerrada. Tuve que gritar y llamar a golpes a la

puerta hasta que vino alguien y me dejó pasar.

Al día siguiente hablé con Eshtanabai. Nunca había oído hablar de violencia organizada.

—¿Cómo podría suceder una cosa así? A veces, cuando dos hombres se encuentran, los dos se niegan a agachar la mirada. Entonces luchan. Y hay mujeres locas que se pelean con sus vecinas. Pero nadie luchará nunca con una mujer peleona. Y nadie peleará nunca con un hombre.

Vaya, me dije. Me hallaba en un planeta sin guerras ni ciudades ni amor sexual. ¿Esto era bueno o malo? No lo sabía.

Eshtanabai tendió un cuenco.

—Toma bara. Bebamos y hablemos de algo que tenga sentido.

Después de un rato, pregunté:

—¿Por qué tenéis murallas alrededor de vuestro poblado?

—Hay animales en la llanura. Asesinos. Siguen al rebaño. Y cuando el rebaño se dirige al sur, acechan. Buscan cualquier cosa que puedan comer. Basura. Niños. La muralla es para mantenerlos a raya.

—¡Aiya!

—Además, nos gustan las murallas. Nos sentimos más cómodos cuando miramos alrededor y vemos que estamos rodeados.

Eso tenía sentido. Yo había crecido en una isla. El amplio océano no me molestaba, pero nunca me había sentido completamente feliz en mitad de la llanura americana. Era demasiado grande. No me sentía cómoda en una tierra que se extendía, aparentemente, sin límite.

Hablamos de otras cosas. Conseguí permanecer más o menos sobria. Eshtanabai se achispó. ¿Tenía un problema con la bebida? Si era así, ¿por qué? ¿La tensión de ser una intermediaria? ¿O había algún otro problema, psicológico o físico, sobre el que yo no sabía nada?

Dormimos. Me desperté al amanecer. Nia vino a visitarme, cojeando y apoyándose en un bastón.

—Estoy lista para marcharme. Este lugar me inquieta y la hechicera me mira muy raro.

—Apenas puedes andar —dije.

—Sé arreglármelas. No quiero quedarme aquí mucho más.

Se marchó cojeando. Me dirigí a la casa de al lado. Allí había una anciana que sabía todo lo que había que saber de parentescos. O eso me había dicho mi anfitriona.

Por la tarde, Nia regresó. Yo estaba sentada fuera, junto a la anciana, que explicaba las obligaciones entre hermanas y las hijas de las hermanas.

Nia se detuvo y se apoyó en su bastón, un burdo trozo de madera. Todavía conservaba la corteza y un nudo en la parte superior.

—Nos vamos mañana. Le di mis herramientas a la herrera del cobre. Ella me dio dos cuernicurvos. Podemos cabalgar.

La anciana frunció el ceño.

—Me estás interrumpiendo. Estaba a punto de explicar quién le da los regalos a un muchacho cuando está listo para marcharse del poblado. Esta persona sin pelo es sorprendente. No sabe nada de nada. Pero está dispuesta a escuchar y no interrumpe.

Nia emitió un ladrido.

—Me voy. Pero prepárate, Lisa. Quiero marcharme al amanecer.

Se alejó cojeando.

La anciana terminó su explicación. Le di un collar de cuentas de madera. La madera procedía de una isla del océano occidental, un lugar frío y lluvioso que me recordaba Ecotopía, en Norteamérica. Era (la madera, no Ecotopía) roja y tenía un grano fino, lleno de círculos y nudos. La superficie pulida brillaba.

—¡Aiya! —dijo la anciana—. Esto impresionará a todo el mundo. —Se puso el collar.

Volví a casa de Eshtanabai. Mi anfitriona estaba fuera: trabajando en su huerto, supuse. Me senté. Al cabo de un rato regresó.

—Os marcháis.

Hice el gesto de asentimiento.

—Bien.

—¿Qué?

—La hechicera está furiosa. Si os quedáis, habrá pelea... Una pelea mala. No hay nada peor que una hechicera furiosa.

—Supongo que tienes razón. —Reflexioné un momento—. ¿Qué le pasó a la antigua hechicera? ¿La avariciosa? Debió de enfurecerse cuando se enteró de que alguien la había sustituido.

—Se enfureció. Pero no tenía ningún poder. Los espíritus habían dejado de escucharla. Se marchó a la llanura. Lo más probable es que muriera. O que encontrara otro poblado. —Eshtanabai no parecía sentir el más mínimo interés.

Eran un pueblo frío. ¿Se debía al hecho de que no amaban como lo hacíamos nosotros? Entonces recordé a Hakht y a Nia. Ninguna de las dos era fría.

—Esta noche comeremos bien —dijo Eshtanabai—. Peces del río y un ave gorda. Mañana os daré comida para el viaje.

—Gracias.

Sí que comimos bien. El pescado estaba relleno de verduras y asado. Con el ave se preparó un guiso. Bebimos mucho bar a. La gente venía a visitarnos y a mirarme. La anciana de la casa de al lado alardeó de brazalete. Uno de los hijos de Eshtanabai tocó una flauta. Otro un tambor. De inmediato Eshtanabai dio un salto. Tomó una rama del fuego y la hizo girar por encima de su cabeza. Luego salió corriendo de la casa. Los demás la seguimos. En la calle, mi anfitriona bailaba, girando y agitando su antorcha. Las otras mujeres gritaban «¡Hola!». Los dos niños seguían tocando la flauta y el tambor. Eshtanabai cantó en una lengua que yo no comprendía. Se movía adelante y atrás. Las otras mujeres hacían gestos de acuerdo y afirmación.

¿Qué estaba pasando? Miré a mí alrededor. Nia estaba apoyada contra la pared de una casa. Con los brazos cruzados, fruncía el ceño.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—No puedo decirte las palabras, pero sé lo que significan. Está alardeando. Dice: «Soy sabia. Soy prudente. Puedo zanjar todas las discusiones». Les está diciendo: «Soy generosa. Habéis comido mi comida. He encontrado un modo de deshacerme de estas extrañas, que han inquietado a todo el mundo. Mirad todo el bien que hago por vosotras». Esto es lo que está diciendo.

Era un discurso político. Observé con interés. Aparecieron más antorchas. Todos bailaban ahora, excepto Nia y yo. Los niños se encaramaron a los tejados de las casas. Saltaban entre el follaje y gritaban. Eshtanabai continuó su cántico.

—El Pueblo del Cobre siempre ha sido así —dijo Nia al cabo de un rato—. Siempre hacen demasiado ruido. Me voy a la cama.

Se marchó cojeando.

La fiesta terminó una hora más tarde. Acabaron con toda la comida y la bebida. Eshtanabai había dicho todo lo que tenía que decir. Todos nos fuimos a dormir. Al amanecer Nia vino y me sacudió. Yo gruñí y me di la vuelta.

—Vamos —dijo Nia.

Fui dando tumbos al excusado. Cuando regresé, Eshtanabai estaba levantada. Recogí mis pertenencias. Ella me dio una bolsa de comida.

—Adiós, sin pelo.

Respondí con el gesto de despedida, seguido del gesto de gratitud.

—Vamos —dijo Nia.

La seguí. En ese momento el aire era frío, pero tenía el aspecto de una mañana de verano en Minnesota o Wisconsin. El día sería caluroso. Nia me condujo a través de la aldea. No llevaba el bastón y le costaba trabajo caminar. Al final, la ayudé. Llegamos a la puerta. Ella la abrió. Salimos. Al este se alzaba el sol, oculto por el poblado. Su luz llenaba el cielo. Había dos animales atados junto a la puerta: cuadrúpedos... y herbívoros, de eso estaba casi segura. Tenían patas largas y pecho ancho. Sus colas eran como de ciervo. Sus cuernos eran estrechos y curvos como los de los antílopes. Uno sacudió la cabeza y bufó. El otro golpeó el suelo con una pata.

—Esto son cuernicurvos —dijo Nia—. Están en bastante buena forma, aunque uno se está haciendo viejo. No puedo decir mucho sobre las sillas. Deberían durar hasta que llegemos adondequiera que vayamos.

Desató un animal y montó. Yo vacilé, luego desaté el otro animal. Se movió.

—Espera un momento —dije. Puse un pie en el estribo, me agarré a la silla y me aupé. El animal volvió a moverse, avanzando un paso y agitando la cabeza. De algún modo conseguí agarrarme a la silla, pero se me cayó la bolsa de comida.

—No sabes cabalgar —dijo Nia.

—No muy bien.

Ella pasó la pierna por encima de la silla y desmontó, de una manera tan sencilla

y relajada como si estuviera bajando una acera. Cuando llegó al suelo, dio un respingo y gimió. Murmuró para sí y recogió la bolsa. Un momento más tarde volvió a montar a su animal.

—Va a ser un viaje largo —me dijo.

## DEREK

Vadeamos el río. Al otro lado Nia encontró un sendero. Lo seguimos hasta el promontorio y más allá, hasta la llanura. Delante de nosotros el camino se perdía en el horizonte.

—¿Quién lo hizo? —pregunté.

—Las mujeres. Las que llevan regalos al Pueblo del Ámbar y traen regalos de vuelta.

Nia agitó las riendas. Su animal avanzó. Mi bestia lo siguió y yo cambié de postura, intentando acomodarme.

El día cumplió su promesa de calor. Nuestros animales se dirigieron hacia el oeste. Nia guardó silencio y yo me pasé el tiempo mirando. No había mucho que ver. La llanura carecía prácticamente de rasgos distintivos. El cielo estaba despejado. No vi más animales que insectos.

A mediodía nos detuvimos y desmontamos. Hice estiramientos, luego bebí agua del odre de Nia. Estaba caliente y tenía un sabor raro.

—¿Cómo estás? —preguntó Nia.

—Dolorida. Pero puedo continuar.

—Eso es bueno. —Ella bebió y se secó la boca con el dorso de la mano—. A mí también me duele. Hace años que no cabalgo. Nos detendremos temprano esta noche.

Nos detuvimos al atardecer junto a una colina baja. Desmonté y me desperecé y gruñí.

—Cuidaré de los animales —dijo Nia.

—¿Estás segura?

Nia hizo el gesto de afirmación.

—Es evidente que tú no sabes nada de cuernicurvos.

Hice el gesto de acuerdo y subí a la colina. En el cielo un único pájaro trazaba lentamente un amplio círculo. Hice mis ejercicios, luego medité. Estaba tan dolorida que apenas pude adoptar la postura del semiloto.

Nia terminó con los animales y se alejó. Regresó con los brazos llenos de una cosa redonda y gris que se desmoronaba.

—Excrementos —me dijo—. De la primavera, cuando pasaron los rebaños.

Encendió una hoguera con los excrementos como combustible. Cenamos: pan y un trozo de carne que parecía y sabía a cuero. Cuando terminamos, nos quedamos sentadas contemplando el fuego.

Le pregunté por su tobillo.

—Duele. Igual que mis otras heridas. —Hizo una pausa—. He estado peor. Sobreviviré.

La palabra que empleó significaba «durar», «mantenerse», «ser útil», «no gastarse».

—Bien. —Contemplé la colina. No me parecía natural sino artificial. ¿Qué estaba



haciendo allí sola en mitad de la llanura?—. ¿De dónde sale esto? —pregunté.

—No lo sé. No lo construyeron los animales. Es demasiado grande. Tal vez lo hicieron mujeres. O demonios. Los espíritus no construyen.

No parecía interesada. ¿Carecía su gente de sentido de la historia?

¿O estaba cansada?

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Nia frunció el ceño.

—¿Hay un sitio al que quieras ir?

—A otro poblado. Quiero aprender más palabras y costumbres.

—La gente del oeste viaja, y sus poblados están ahora al norte. Pero si seguimos adelante deberíamos encontrarnos con el Pueblo de Hierro cuando vaya hacia el sur.

—Hizo una pausa—. Se me ha ocurrido que me gustaría ver a mis hijos.

—Esa gente te expulsó. ¿No es probable que vuelvan a hacerlo?

—Podrían hacerlo, si fuera sola. Pero tú eres una extraña. ¿Qué podría ser más extraño? Y saben, mejor que el Pueblo del Cobre, lo que se debe a los extraños.

—¿Qué?

Ella pareció sorprendida.

—Comida. Un sitio donde dormir. Ayuda, si es necesaria. Historias y regalos. No está bien expulsar a un extraño, a menos que sea violento.

—¿Pero está bien expulsar a un miembro del poblado?

—Sí. ¿Qué daño puede venir de alguien que está de paso? Si un viajero tiene ideas raras, es de esperar. Si se comporta de manera extraña, pronto se marchará. Pero si un aldeano es pervertido o peleón o está loco... ¡Hu! ¡Eso es un problema serio!

Maravilloso razonamiento. Sonreí.

—Estás enseñando los dientes —dijo Nia—. ¿Estás enfadada?

—No. Mi gente muestra los dientes cuando está feliz.

—¡Aiya! ¡El Pueblo de Hierro desde luego nos dejará entrar!

El siguiente día fue como el anterior, y el tercero igual que el segundo. El tiempo siguió cálido y despejado. La llanura continuó plana y cubierta con pseudohierba, que no había cambiado tampoco. Medía aproximadamente un metro de altura, era verde y verdiazul y amarilla. La forma animal dominante eran los insectos. Aleteaban y zumbaban a nuestro alrededor.

¿Cómo decía el chiste? Un obispo le preguntó a un biólogo: «¿Qué te han enseñado tus estudios sobre el Creador?» «Que siente un amor inexplicable por los insectos», repuso el biólogo.

Al cabo de cuatro días nos topamos con un nuevo tipo de vegetación: una planta verde brillante que parecía hierba o pseudohierba, pero de cinco metros de altura. Formaba una pared que se extendía al norte y al sur hasta donde alcanzaba la vista.

—Allí hay agua —dijo Nia—. Esta planta crece a la orilla de los ríos.

Seguimos la barrera, camino del norte. No había forma de franquearla. Los tallos crecían demasiado juntos, y las hojas tenían los bordes afilados.

—Cortan —dijo Nia—. Esto es lo que quería. —Detuvo su animal y señaló—. Un sendero.

Desmontamos. Gemí, como de costumbre, pero el dolor menguaba. Nia se internó en el sendero. Yo la imité, guiando mi animal, que me empujaba. Debía de haber oído agua.

—¡Quieto! —Golpeé el morro de la criatura. Bufó.

—Calla —dijo Nia—. Nunca se sabe qué puede estar esperándote en un río.

La vegetación terminó. Nos encontrábamos en la orilla del río. Delante de nosotras un estrecho hilillo se perdía en un amplio lecho arenoso. Al otro lado había más hierba monstruosa. Corriente abajo había un estanque.

—¡Aiya! —dijo Nia.

Había un hombre en el estanque. Iba desnudo y no tenía pelaje. Su piel era marrón. Su largo pelo era rubio. En la espalda lucía un tatuaje: un complejo diseño geométrico. Representaba las fuerzas cósmicas que rodean la Ballena Gris y están en ella. La ballena, o más bien el dibujo de la ballena, era el tótem de su logia. Tal vez debería usar su terminología: era el mandala de su econicho.

Sostenía una caña de pescar y lanzaba con su habitual habilidad.

—Tengo una pregunta para ti —dijo Nia—. ¿Sabes qué es esto?

—Una persona. Un amigo mío.

Él miró alrededor, recogió el sedal, y luego avanzó hasta la orilla. Su barba y su vello púbico eran castaño rojizos. En el pecho y los brazos tenía cicatrices de iniciación. La caña que llevaba era artesana, larga, extremadamente larga y sin carrete.

—¿Cómo es? —pregunté en inglés.

—¿La caña? No muy buena —sonrió—. Pero tengo peces. —Soltó la caña—. Tú eres Nia —dijo en el lenguaje de los regalos—. Yo soy Derek. Mi tribu son los angelinos. La casa a la que pertenezco es la casa de... el gran pez —dijo tras una breve vacilación—. El nombre que me doy es El-que-lucha-en-el-mar. Y será mejor que te lo diga: soy un hombre.

—Eso pensaba —dijo Nia—. Aunque es difícil estar segura cuando se trata con gente tan diferente. ¿Eres santo? ¿Como la Voz de la Cascada? ¿Por eso estás desnudo?

—No. Ahora vuelvo.

Se marchó, moviéndose rápidamente, y se perdió de vista un minuto.

Nia me miró.

—La verdad es que no creía que hubiera otra gente como tú. Pensaba que eras algo peculiar, como pasa con los jóvenes jaguares de vez en cuando. Tienen cinco patas o dos cabezas. Los matamos, y la hechicera realiza ceremonias para espantar la mala suerte.

Derek regresó vistiendo unos vaqueros, con el pelo recogido y atado en la nuca. Llevaba un collar de conchas y trozos de hueso y metal igual que el que yo llevaba:

una grabadora AV.

Como de costumbre, tenía un aspecto hermoso y bárbaro. Era doctor en antropología y catedrático de la Universidad de San Francisco, de permiso en ese momento, naturalmente. Un permiso bastante largo. No volvería hasta al cabo de otros ciento veinte años, como mínimo.

—Ahora, a por el pescado. —Se acercó al río y recogió un sedal con cinco o seis peces: largos, estrechos, plateados. Los alzó. Los peces se retorcieron y colearon—. Vosotras cuidad de vuestros animales. Yo cuidaré de los míos.

—Bien —dijo Nia.

Para cuando regresamos, Derek estaba terminando de destripar el último pescado. Una hoguera ardía junto a él. El resto de los pescados estaban ordenados en una roca, limpios ya.

—Tenemos dos opciones —dijo—. Podemos asarlos a la espeta o envolverlos en hojas húmedas y cocerlos en las brasas.

—¿Qué es más rápido?

Él sonrió.

—Asarlos. Id a cortar los palos.

Nos dimos la vuelta y regresamos a la hierba monstruosa.

—Da muchas órdenes —dijo Nia—. ¿Quién se cree que es? ¿Una hechicera?

—Tiene una cátedra. Eso le da confianza —respondí. Sentí un retortijón de envidia. Mi propio historial académico era bastante menos distinguido. El trabajo que había dejado no era fijo.

—¿Qué es eso? ¿Esa palabra que has dicho?

—Cátedra. Significa que, lo que tiene, puede conservarlo.

—Es como los grandes hombres entre mi gente —dijo Nia—. Conservan sus territorios y nadie puede obligarlos a dejarlos... hasta que son viejos.

—Supongo que así es.

Regresamos junto a la hoguera con palos. Derek asó el pescado. Comimos.

—No podías estar aquí —dije después.

—Me sentía solo y, por lo que Eddie me contó de Nia, pensé que podría tolerar a un hombre.

—Puede ser —dijo Nia—. Pero tú no te pareces a Enshi, y él fue el único hombre con el que pasé el tiempo.

Miré a Nia. Empezó a lamerse la palma de la mano, saboreando los restos de la grasa de pescado.

—Si te molesta, le diré que se vaya.

Ella alzó la cabeza.

—No. Quiero aprender cómo captura los peces. Ahora voy a lavarme.

Se levantó y se quitó el cinturón. Luego se despojó de la túnica. Desnuda, se marchó al río. Se arrodilló y se soltó las sandalias. Su piel brillaba como el cobre, y se movía con tanta facilidad como Derek. No. Me equivocaba. Sus movimientos eran

más poderosos y menos graciosos. Se levantó, se quitó las sandalias y se metió en el agua.

Mi compañero se frotó la nariz, que se le estaba despellejando un poco.

—Pensaba, por lo que dijo antes, que la desnudez no era completamente adecuada. ¿O eso se aplica solo a los hombres? O tal vez es adecuado desnudarse para bañarse, no importa quién esté cerca.

—En caso de duda, pregunta.

—Buena idea —se levantó—. La imaginaba como una vieja dura. Una Madre Coraje. Es preciosa. —La siguió a la orilla del río.

«Oh, no», pensé. Derek tenía fama de donjuán en San Francisco. El Amante Interestelar. Había pasado por la nave como una llama devoradora. Incluso había rumores sobre él e Ivanova, aunque esa combinación me parecía altamente improbable. Él no estaba dispuesto a confirmar los rumores, y yo desde luego no tenía valor para preguntárselo a ella.

Una noche, después de que hiciéramos el amor, le pregunté por qué era tan promiscuo. «La culpa —me dijo—. Los de mi pueblo nos casamos jóvenes. Tuve una esposa. Tenía tal vez trece años, delgada como un junco, con largo pelo castaño. Sus ojos eran azules. La dejé cuando dejé a mi pueblo. Nunca la traicionaré. Nunca me asentaré con una mujer del exterior».

Nia estaba sumergida hasta la cintura y se frotaba los brazos. Él la llamó. No entendí lo que dijo. Ella respondió. Empezaron a hablar. Ella se acercó a la orilla. Gracias al cielo era pleno verano. La época de apareamientos había quedado atrás. Nia no podía estar interesada en Derek. Sin embargo, decidí reunirme con ellos.

—Mi pueblo piensa que es vergonzoso ir sin ropa —oí decir a Nia—. Pero a las mujeres del poblado de Nahuai les gusta nadar. Se lavan con frecuencia. Dicen que la única vergüenza es estar desnuda cuando hay un hombre delante. O incluso un niño, pues crecen y se convierten en hombres. Pero yo hago las cosas a mi modo —dijo esto de modo desafiante—. No hago caso a las opiniones de las viejas. Hago lo que creo que está bien.

Derek sonrió, y entonces hizo el gesto de acuerdo. Nia se apartó y empezó a lavarse la espalda.

Más tarde, él le enseñó a usar una caña de pescar. Nia no capturó nada. Cenamos carne seca. Cayó la noche. Vimos estrellas fugaces.

—Vienen en esta época del año —dijo Nia—. Las llamamos las Flechas del Verano.

Derek echó más leña en la hoguera. Me fui a dormir y soñé con él. Estábamos en uno de los camarotes recreativos de la nave. Las paredes eran de un blanco amarillento. Derek estaba desnudo y se reía. Su pene estaba erecto. Tendió las manos hacia mí. Desperté. A mi derecha, Nia roncaba, y Derek estaba al otro lado de la hoguera. Pude oír su respiración lenta y profunda. Permanecí tendida un rato, contemplando el cielo nocturno. Luego me quedé dormida.

Por la mañana Derek fue a pescar. Como anzuelo utilizó un insecto local. Parecía una oruga: gorda y verde con un montón de patas. Había cientos de criaturas en el río. Se alimentaban de la hierba monstruosa. Los peces se alimentaban de ellas. Nosotros nos alimentábamos de los peces.

—Y así comprendemos la gran cadena de la vida —dijo Derek mientras terminaba su pescado.

Nia parecía desconcertada. Él había hablado en inglés.

—La naturaleza roja en dientes y garras —continuó él—. Es un verso de Tennyson. También dijo que nos alzamos sobre las piedras resbaladizas de nuestros yoes muertos para llegar a cotas más elevadas —me sonrió—. A mí me fascinaba la historia de Occidente, sobre todo la historia de las sociedades industriales. Fue entonces cuando dejé a mi pueblo. Pensaba que ahí había un secreto, en Marx y Tennyson y las grandes máquinas. Más tarde decidí que mi pueblo tenía razón. Es mejor estar cerca de la ballena gris y del cactus peyote. Pero a esas alturas ya estaba acostumbrado a las comodidades. ¿Qué hacemos ahora, Lixia?

—Seguir viajando hacia el oeste. Hay gente en la llanura. Nómadas. Nia dice que puede encontrarlos por nosotros. Pretendo hacer tanto trabajo de campo como sea posible. Quiero mi nombre en todo el informe preliminar.

Él sonrió.

—¿Es esto ambición en la pequeña Lixia?

—Sé lo que soy. Una recopiladora de hechos de primera fila. Pero nunca he sido buena con la mierda académica. Los análisis. Jugar con la teoría. Si alguna vez voy a llegar a alguna parte, será sobre la base del trabajo de campo que haga aquí.

—Tal vez. No hay ninguna duda sobre tu habilidad para recopilar hechos. Puedes aprender un lenguaje más rápido que nadie.

—Aparte de Gregory.

Él hizo el gesto con el que reconocía que yo podía tener razón.

—Pero mira cómo hablas. Dices «mierda académica» y «jugar con la teoría». Esto demuestra que eres un poco tendenciosa. La negativa a teorizar es, en sí misma, una posición teórica, amor mío. Por desgracia para ti, no es una postura popular. ¿Dónde estaríamos sin nuestros sistemas, nuestras jerarquías de información, nuestros análisis, nuestros argumentos y nuestra moral? —Se levantó y se desperezó—. Esos animales vuestros no parecen más veloces que los caballos. Puedo seguirlos. —Apagó el fuego con arena y recogió sus pertenencias: su mochila y su sedal, enrollado, un arco y media docena de flechas.

—¿Hiciste tú el arco?

—Por supuesto. —Se miró los pies—. No puedo correr así.

Se quitó las botas y los calcetines.

—Toma. —Me los dio.

—Si vas a viajar sin zapatos —dijo Nia—, sigue el sendero o, si estás fuera de él, mira dónde pones los pies. Hay plantas que pican en la llanura. No pises nada que

parezca fuera de lo corriente.

—Siempre un buen consejo —dijo Derek. Hizo el gesto de gratitud.

Ensilamos. Até mis pertenencias y las de Derek en mi animal. Nia y yo montamos. Cruzamos el río. Al otro lado encontramos un sendero que serpenteaba entre la hierba monstruosa. Pronto estuvimos de nuevo en la llanura. Se extendía al oeste y al norte y al sur, sin interrupción.

Al principio Derek trató de caminar junto a nosotras, pero el sendero era demasiado estrecho. Se adelantó. Llevaba el pelo suelto y ondeaba al viento. Igual que el faldón de su camisa. Se movía fácil, confiadamente. Parecía feliz y relajado.

—Este hombre es extraño —dijo Nia. Me miró. Hice el gesto de acuerdo—. ¿Así son vuestros hombres?

—No. Él es algo especial. Nos inquieta a la mayoría.

—¡Hu!

La tierra cambió. Ahora era ondulada. A menudo, en la distancia, veía grupos de hierba monstruosa: alta y verde brillante, como un bosquecillo. Más tarde acampamos en un claro. Derek y Nia fueron a recoger excrementos. Yo cuidé de los animales. Estaban inquietos... Decidí que tenían sed.

—¿Por qué no vamos a uno de esos bosquecillos? —le pregunté a Nia cuando regresó—. Me dijiste que crecen cerca del agua.

—Hay un animal. El asesino-de-la-llanura. Está esperando cerca del agua. Cuando los cuernicurvos se acercan a beber, salta sobre ellos.

—Oh. —Pensé un instante—. Por eso estabas inquieta cuando nos hemos acercado al río.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

—Sabía que no se podía evitar el río. Teníamos que cruzarlo. Pero tenía miedo del animal.

Después de cenar llamé a la nave. Respondió Eddie.

—¿Por qué está aquí Derek?

Eddie se echó a reír.

—Lo conseguí, ¿eh? Por tres motivos, Lixia. Es un trabajador de campo de primera línea y estaba desperdiciando el tiempo allí solo. —Hizo una pausa—. Nia es nuestra informadora más extraña. Queremos una segunda evaluación suya y de su información. Ese es el motivo número dos. Finalmente, tú no llamas con la frecuencia necesaria. Derek está ahí para controlarlos a ti y a Nia.

—¿Ah, sí?

—Ajá. Careces de responsabilidad social. Si fuera chino, estaría molesto contigo. Me mordí un lado del pulgar.

—¿De veras?

—Ajá. Hablando de nuestros camaradas del Lejano Oriente, hay un montón de carteles en la Pared de la Democracia.

Se refería a uno de los pasillos principales de la zona de habitáculos. Los chinos

lo habían dividido con tablonces de corcho y le habían puesto ese nombre. Decían que era necesario para la expresión adecuada de la voluntad de las masas.

¿Qué tenían de malo los ordenadores?, habíamos preguntado los demás.

Los ordenadores aislaban a la gente, cada uno delante de una pantallita. La pared unía a la gente. Podían discutir lo que leían. Podían mirar alrededor y ver cómo reaccionaban sus vecinos. Podían decir quién estaba escuchando.

Los ordenadores recalcaban el pensamiento y la lógica lineales. La pared, como los ideogramas chinos, usaba formas lineales y no lineales para organizar la información: pauta además de secuencia, espacio además de tiempo. Cuando se miraba la pared, se usaba todo el cerebro humano.

Además, era tradicional. Los seres humanos siempre habían escrito y dibujado en las paredes.

Era difícil rebatir eso, y la pared tenía cierto encanto desmañado. No había manera de saber qué iba a colgar la gente: un dibujo gracioso, un poemita estúpido, una máscara de cartón-piedra. «Se busca... compañero para ajedrez». Y un montón de discusiones políticas. Era una forma. Es una forma de llegar a gente a la que nunca se le hubiese ocurrido participar en ninguna de las redes de debate político.

—Lu Jiang la fontanera tiene una teoría, y la ha colgado —continuó Eddie—. Es la siguiente: si la información que ahora tenemos es correcta, todas las sociedades nativas están atascadas en un estadio preurbano. Por lo que sabemos, es imposible el desarrollo de una tecnología avanzada fuera de las ciudades. Sin tecnología avanzada, no puede haber proletariado. Sin proletariado, no puede haber revolución socialista. Por tanto, argumenta, los desafortunados habitantes de este planeta nunca podrán alcanzar una sociedad socialista. Naturalmente, la han criticado por subestimar el papel del campesinado en la consecución del socialismo.

—Me parece maravilloso.

—Es peligroso, Lixia. La gente está empezando a decir que si Jiang tiene razón, entonces tal vez deberíamos entablar contacto con los nativos del planeta... Contacto formal, diciéndoles quiénes somos. Tal vez ofrecerles nuestra tecnología. Si no lo hacemos, los condenamos a una existencia sin posibilidad de progreso. Seguirán como están eternamente.

Me froté la nariz.

Él continuó.

—Lo que veo que va a pasar es lo siguiente: una alianza entre los altruistas y los tecnólogos. Los amantes de las personas y los amantes de las máquinas. Ambos decidirán que tenemos que abrirnos al planeta.

—Eddie, eso es buscarse problemas.

—Escúchame. Mi abuelo era un hombre-medicina. Veía las cosas antes de que las vieran los demás. Y te digo que ahora mismo yo tengo su habilidad. Puedo verlo como una visión: las minas y las refinerías y los proletarios velludos, fichando cada mañana.

Decidí dejar de hablar. Eddie se estaba cabreando y yo no quería formar parte de uno de sus cabreos.

—Voy a desconectar. Quiero hacer mis ejercicios.

—Muy bien. Dile a Derek que llame. No. Pensándolo bien, no te molestes. El se acuerda siempre.

Apagué la radio e hice mis ejercicios. Después medité, fijando la mirada en el horizonte oriental. Allí el cielo era de un profundo azul transparente con un matiz verdoso. Más arriba, donde el azul se volvía más claro y un poco más verde, brillaba un punto de luz. El planeta A. Me concentré en mi respiración. Dentro. Fuera. So. Hum.

—¿Consiguiendo ser una con el universo? —dijo Derek detrás de mí.

Me torcí, luego me di la vuelta. El se hallaba más o menos a un metro de distancia. Se había acercado sin hacer ruido. Sonreía.

—¿Quieres peyote? He traído un poco.

—Me parece que habíamos acordado que nada de narcóticos en la superficie del planeta. A menos, naturalmente, que nos los proporcionaran los nativos.

—Primero, el peyote es un alucinógeno. Y segundo, es necesario para la práctica de mi religión.

—¿El comité estuvo de acuerdo contigo?

—¿Cuál? La nave está llena de comités.

Abrí la boca. Él alzó una mano.

—Tienes razón. No me dieron permiso.

—¿Qué es esto? ¿Algún tipo de rebelión infantil?

—Me cansan las reglas. Imagino que no quieres peyote.

—No.

—¿Y un poco de sexo? He visto que tienes muy buen aspecto aquí abajo. Creo que es algo que tiene que ver con la luz. En la nave nada tiene buena pinta. Pero aquí... —Indicó con una mano el cielo que oscurecía.

Lo pensé un momento.

—Muy bien.

Se sentó junto a mí y me rodeó con un brazo.

Fue, como yo recordaba, muy bueno. Lento. Derek procedía de una sociedad cazadora y recolectora. Conocía el valor de la paciencia y el trabajo lento y cuidadoso. Sabía cómo usar las manos. Sabía qué decir y cuándo. ¿Hay un placer igual a ver, u oír, o sentir a un artesano realmente bueno en su trabajo?

Terminamos desnudos en la pseudohierba. Él se colocó encima de mí y me penetró.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo Nia—. ¿No os dais cuenta de que estamos en pleno verano? Nadie se aparea en esta época del año.

—Márchate, Nia —dijo Derek—. Te lo explicaremos más tarde.

—Muy bien. Pero sí que sois raros.



Derek alzó la cabeza.

—Se ha ido. ¿Por dónde iba yo?

Me eché a reír.

Después, permanecimos tumbados un rato en la vegetación. Me sentía maravillosamente. Había pasado sola demasiado tiempo. ¿Cuántos días? ¿Cuarenta y siete? ¿Cuarenta y ocho? Tendría que preguntárselo a Eddie. Había perdido la cuenta.

Derek se levantó y empezó a vestirse. Seguí su ejemplo. Cayó un meteorito. Volvimos al campamento. Nia estaba sentada junto al fuego, que era tenue y tenía un aroma peculiar. Los excrementos no ardían igual que la madera. Alzó la cabeza.

—¿Habéis terminado de aparearos?

—Sí.

—Sois unos pervertidos.

—Es posible. —Derek se sentó.

Nia contempló el suelo.

—Tengo mala suerte. Dondequiera que voy, me encuentro con gente que hace las cosas mal.

Derek sonrió.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es hacer las cosas bien? ¿Son las viejas las que dicen lo que está mal? Nos dijiste que no te importan sus opiniones.

—Eso es verdad. Pero todo el mundo sabe que la gente siente el celo en primavera. Solo los enfermos lo sienten en otra época.

—Nosotros no somos gente corriente, Nia. Tienes que comprenderlo. Somos más extraños de lo que crees. Pero no somos malos. Y no hay nada malo en nuestra salud.

—Me hacéis sentir incómoda. Voy a dar un paseo —se levantó y se marchó cojeando. Un minuto después se perdió de vista en la oscuridad.

Me senté. Derek frunció el ceño.

—¿Está de verdad molesta? —Hice el gesto de incertidumbre—. Eso es una gran ayuda.

Esperamos durante una hora o así. Nia no regresó. Al final, me quedé dormida. Me desperté al amanecer. Nia estaba junto a mí, acostada, envuelta en su capa, roncando suavemente.

Nos levantamos al alba y continuamos nuestro viaje al oeste. El tiempo siguió igual: cálido y brillante. La tierra continuó siendo ondulada. Al norte se alzaba una cordillera de montañas bajas y redondeadas. Sobre ella flotaban las nubes.

—Esa es la Tierra del Humo —nos dijo Nia—. Es un lugar sagrado. Allí el agua borbotea como el agua de una olla. Sale humo de las grietas en la roca.

—¿Ah, sí?

Nia hizo el gesto de afirmación.

Poco después del mediodía Derek se detuvo. Se encontraba en lo alto de un promontorio. Cabalgamos hasta él.

—Hay alguien detrás de nosotros —dijo.

—Un hombre —respondió Nia—. Ninguna mujer viaja sola —ladró—. No. No digo la verdad. Yo he viajado sola. Pero normalmente las mujeres van juntas. —Miró hacia atrás—. No lo veo. Debes de tener buenos ojos.

—Sí.

Nia se hizo pantalla con una mano y miró de nuevo.

—Te creeré. Alguien tendrá que quedarse despierto por la noche. Si el hombre ha decidido acercarse, lo hará entonces.

Continuamos. A esa hora ya había nubes por todo el cielo, pequeñas e hinchadas, dispuestas en filas. La tierra estaba moteada de sombras. Aquí y allá vi macizos de roca oscura. ¿Basalto? Según los planetólogos, las rocas del planeta eran prácticamente idénticas a las de la Tierra.

Las colinas al norte estaban más cerca que antes. Nia no paraba de mirarlas.

—No me gusta la Tierra del Humo. Hay demonios allí.

—Oh.

Por la tarde acampamos cerca de la cima de una colina, bajo una gran masa rocosa. Era negra y áspera. Volcánica. A nuestros pies se extendía un valle lleno de matorrales. Sus hojas eran de un amarillo verdoso. Bajamos y buscamos leña seca. Nia encendió una hoguera. Iluminó la cara oscura de la roca y los cuerpos de mis acompañantes: Derek, esbelto y suave y marrón; Nia, ancha y peluda.

Comimos. Derek se levantó.

—Yo haré la primera guardia. —Miró alrededor—. Tiene que haber una buena vista desde allí arriba.

Se acercó a la roca y empezó a escalar, rápidamente y sin vacilación.

Nia lo observó.

—¿Todo lo hace bien?

—Hay veces en que pienso que sí.

—No te gusta.

—No mucho.

—¿Por qué no?

—Porque lo hace todo bien. Para mí nada es fácil. Lo envidia.

Nia frunció el ceño y contempló el fuego.

—Yo tenía un hermano así. Anasu. Hacía todo lo que se esperaba de él, y lo hacía mejor que la mayoría. Ahora es un gran hombre. Estoy segura. No era de los que se quedan en las colinas con los hombres jóvenes, con los hombres como Enshi. Ahora tendrá un territorio cercano a la aldea y muchas mujeres en la estación para aparearse.

—Nia se rascó la nariz—. Había otra. Angai. Una amiga mía. Era difícil llevarse bien con ella cuando era joven. No le gustaba a la gente. Pero le fue bien. Es la hechicera de mi poblado. Tiene a mis hijos. —Alzó la cabeza. Miré directamente a sus ojos anaranjados—. No comprendo qué me ha pasado. Pero sí sé una cosa: es malo sentir envidia. Le pasaba a Hakht. Ardía en ella como el fuego bajo tierra. La convertía en algo repugnante. No envidiaré a otras personas. —Se levantó y fue a coger su capa—.

Ahora voy a dormir.

Se acostó. Me quedé despierta. La luna grande era visible al oeste: alta y medio llena, de un brillante amarillo limón. Iluminaba las nubes nuevas. Eran grandes e hinchadas. ¿Un nuevo cambio climático? Me entró sueño. Mi mente vagaba de un tema a otro: envidia, luego el hermano de Nia. ¿Cómo era? ¿Cómo era tener un hermano en su cultura? Recordé a los miembros más jóvenes de mi familia. León. Clarissa. Charlie. Maia. Mark. Fumiko.

Fumiko era la más joven de todos. Cuando me marché estaba terminando los estudios universitarios, preparándose para su año o años de viaje. Yo me había marchado pronto, a los veinte años. Dejé los estudios y me fui a la Isla Grande a cortar caña de azúcar. Luego conseguí llegar a Asia en uno de los nuevos cargueros. Cociné y aprendí a manejar el ordenador que controlaba las velas. Eso fue fácil. El ordenador funcionaba casi solo. Pero estuve a punto de volverme loca, cocinando en la diminuta cocina mientras todo a mi alrededor se movía.

Bueno, eso fue hace mucho tiempo y en otro planeta. Saqué mi poncho y me dispuse a dormir.

Me despertó un grito ululante: agudo, extraño, inhumano. Un momento más tarde, me levanté. No sabía cómo había llegado a esa postura. Al otro lado del fuego se encontraba Nia. También estaba de pie. Tenía los ojos muy abiertos y el cuchillo en la mano.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

—No lo sé.

Me di cuenta de que yo sí que lo sabía y de que me había equivocado. El sonido no era inhumano. Era el grito de batalla de un aborigen californiano. Miré alrededor.

—¿Derek?

De la oscuridad llegó otro sonido, un grito de miedo en la lengua de los regalos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Un demonio!

Me di la vuelta y corrí colina abajo. Nia me siguió. Nos abrimos paso a través de la pseudohierba. Bajo nosotras, la voz repetía:

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Deja de resistirte! —gritó Derek.

Los vi, una masa confusa, apenas visible a la luz de la luna. Me detuve. Dos cuerpos rodaban de un lado a otro. Derek estaba encima. Vi su pelo rubio ondeando. La persona de abajo gritó:

—¡Ayudadme!

—Si eres pacífico, deja de resistirte —dijo Nia—. La otra persona no te hará daño. No es un demonio.

—¿No? —El cuerpo de abajo dejó de moverse—. ¿Estás segura?

Derek se quitó de encima y lo levantó o la levantó.

—¡Aiya! ¡Qué cosas! ¿Estás absolutamente segura de que este ser no es un demonio?

—Sí —respondió Nia—. ¿Quién eres tú?

—Soy la Voz de la Cascada.

—¡No puede ser! He oído hablar de él. Se pasa la vida junto a la cascada. Cuando muera y la gente encuentre su cuerpo, lo arrojarán al río. Sus huesos yacerán entre las rocas, al pie de la cascada.

—Eso es cierto. ¿No podemos hablar junto al fuego? Tengo miedo de estar aquí en la oscuridad. ¿Y no puede este ser de fuertes manos soltarme?

—¿Lixia? —preguntó Derek.

—Está bien. Suéltalo.

Subimos la colina. Cuando llegamos a la hoguera miré al oráculo. Esta vez iba vestido con un kilt andrajoso. No pude distinguir el color. Gris o marrón. Llevaba un collar: cuentas de oro y grandes e irregulares trozos de turquesa. La turquesa era azul y verdiazul. El collar era magnífico. El hombre se frotó los brazos.

—¡Hu! ¡Qué fuerza tiene este ser! —Miró a Derek—. ¡Otro sin pelo! ¿Qué le está pasando al mundo?

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Derek.

—¿No podemos sentarnos? Estoy cansado. He caminado durante días. Me duelen los pies y tengo tanta sed que apenas puedo hablar.

Nia le acercó el odre de agua. Él bebió y luego se sentó.

—¡Aiya! Eso está mejor. ¿Tenéis algo de comer?

Nia le dio un trozo de pan. Él se lo comió.

—¿Por qué nos has estado siguiendo? —preguntó Derek.

—Es una larga historia. Siéntate. Sentaos todos. Pero no demasiado cerca. No estoy acostumbrado a la gente.

Nos sentamos. El hombre tomó otro sorbo de agua. Entonces me miró.

—Tú eres la que conocí.

—Sí.

—Fuiste al poblado. Después de eso mi madre vino con otras mujeres. Ella, mi madre, trajo comida y una nueva manta, una manta bonita, gruesa, suave. Me dijo que no cuidaba de mí mismo. Que me helaría en invierno. Le dije: «Vieja, estás tan loca como yo. No te preocupes por mí. Pertenezco a la cascada. La cascada cuidará de mí». Ella me dio una medicina que es buena para la garganta y para la sensación de pesadez en el pecho. Luego se fue. Volvió con esa. —Señaló a Nia—. Después de que todas se fueran, tuve un sueño. El Espíritu de la Cascada vino a mí. Era como una persona, pero gris como la plata, y yo no podía distinguir si era masculino o femenino. Me dijo: “Algo importante está sucediendo y tiene que ver con la persona sin pelo. Sigue a esa persona. Vigila a esa persona. Escucha lo que dice esa persona.”

»Yo traté de discutir: “Pertenezco a este lugar. La Voz de la Cascada nunca deja este sitio.” El espíritu empezó a enfadarse. “Tú eres mi voz. No me repliques.” Entonces empecé a temblar. El espíritu continuó: “No pertenezco a un solo lugar, aunque me gustan este cañón y esta cascada. En cuanto a ti, perteneces adonde yo te

diga. ¡Ahora ve! Y no discutas. Recuerda de quién eres la voz.”

«Desperté. ¿Qué podía hacer? Solo lo que me decía el espíritu. Fui a la aldea. Tú estabas dentro. Esperé. Comí lo que pude encontrar. Cuando la gente se acercaba me escondía en los matorrales. Finalmente saliste y te seguí hasta la llanura.

»¡Qué viaje! Duró... ¿cuántos días? Cinco o seis. No logré veros. Pero sabía que seguíais el sendero. Al cabo de un día o así se me rompieron las sandalias. Las tiré las dos. Empezaban a dolerme los pies y tenía hambre. Arranqué la raíz de la espinosa planta rukha. Me dio agua y comida, pero me clavé las espinas en los dedos.

»Al cabo de cuatro días llegué a un río. ¡Hu! ¡Qué placer! Bebí agua y recogí insectos. Hice una hoguera y los tosté. ¡Qué dulces! ¡Qué deliciosos! Comí hasta enfermarme, y luego descansé y después crucé el río.

»La siguiente noche fue terrible. —Calló un instante y se estremeció—. Estaba tendido en la llanura... Solo, sin capa para cubrirme. Vino un animal. Oí el sonido de su respiración. ¡Oo-ha! ¡Oo-ha! Podía olerlo. Apestaba a carne podrida. Rondaba a mi alrededor. Olisqueaba y hacía un sonido zumbante. Pensé: “Sé lo que es. Es un asesino-de-la-llanura y va a comerme.” No me moví. Estaba demasiado asustado.

»La criatura me rodeó una segunda vez, zumbando todo el tiempo. La sentí. ¡Aiya! —Se estremeció y parpadeó—. Sentí que agarraba una de mis piernas entre sus dientes. Me levantó la pierna, luego la soltó. Dejé caer la pierna como si ya estuviera muerto. El espíritu debió de guiarme. El espíritu debió de decirme lo que hacer.

Nia se inclinó hacia delante.

—He oído hablar de eso. Te atacan si te mueves. O si huelen sangre. Pero si una persona permanece inmóvil, la dejan en paz.

El oráculo frunció el ceño.

—Es mi historia. Déjame terminarla.

—Okey —dijo Nia.

—¿Qué?

—Sigue.

—Después el animal se marchó. Me quedé donde estaba y le di las gracias al espíritu. Por la mañana me miré la pierna. No había sangre. El animal no había roto la piel. ¡Aiya! ¡Qué suerte!

Derek hizo el gesto de acuerdo.

—Me levanté y continué. ¿Qué más podía hacer? Me apresuré. Tenía miedo de pasar otra noche solo en la llanura. El sol se puso. Vi vuestro fuego brillando en la oscuridad. Me acerqué y esa persona —señaló a Derek— me saltó encima. Pensé, me las estoy viendo con un demonio. Voy a morir y solo espero que el Espíritu de la Casada esté feliz con este giro de los acontecimientos.

»Pero no morí y aquí estoy. Este es el final de mi historia.

—¿Quién es este tipo? —preguntó Derek en inglés.

—Es un oráculo. Lo conocí después de que Nia se lastimara. Su madre es la

hechicera del Pueblo del Cobre de la Llanura. Creo que está un poco loco, aunque no estoy segura. ¿Cómo se juzga la locura de una cultura alienígena?

—¿Y cómo se distingue entre locura y santidad? —Derek cambió a la lengua de los regalos—. ¿Y ahora qué? ¿Quieres viajar con nosotros?

—Sí. Por supuesto. Es la voluntad del espíritu. Ahora voy a dormir. Podéis discutir si me queréis como compañero o no. Pero os lo advierto: no importa lo que decidáis, os seguiré.

Se levantó y se apartó de la hoguera hasta donde empezaba la oscuridad. Se tumbó, de espaldas a la llanura y se enroscó en posición fetal. Al cabo de un momento movió un brazo de modo que le cubrió la cara.

—Desde luego, el mundo está cambiando —dijo Nia—. Conozco a gente que se aparea en verano y ahora aparece un hombre santo que está dispuesto a dejar su sagrado emplazamiento y viajar con gente corriente. No. —Nos miró a Derek y a mí—. No quiero decir gente corriente. Quiero decir, gente que no es santa.

—Bien —dijo Derek en inglés—. ¿Viaja con nosotros?

—¿Por qué no? —Miré a Nia y hablé en la lengua de los regalos—. ¿Qué piensas de él?

—No podemos dejarlo solo en la llanura. Está tan indefenso como un niño o una anciana. Aún más, es santo. Si lo abandonamos, los espíritus se enfadarán. De eso no hay duda. Tiene que venir con nosotros.

Derek asintió y se levantó.

—Voy a seguir con la guardia. Duerme un poco, Lixia. Te despertaré más tarde.

Me despertó después de medianoche y monté la guardia. Hacía frío y todo estaba tranquilo a excepción del ruido de los insectos en la pseudohierba. Hacia el amanecer desperté a Nia. Ella se levantó y yo volví a dormir.

Por la mañana continuamos nuestro camino. Nia y el oráculo cabalgaban. Derek y yo caminábamos. El sendero serpenteaba entre las montañas. Había muchas rocas: acantilados y macizos y peñascos, negros y ásperos. Los valles estaban cubiertos de hierba. De vez en cuando veíamos una bandada de bípedos: los pseudodinosaurios. La mayoría medía un metro de altura y era de un vivo azul turquesa.

—Es un planeta hermoso —dijo Derek mientras caminaba a mi lado.

—Sí.

—¿Cómo decía ese verso de Donne? «¡Oh, mi América, mi tierra recién hallada!» Naturalmente, estaba hablando de una mujer. Una nueva amante.

*Agarra mis manos vagabundas, y suéltalas,  
delante, detrás, entre, encima, abajo.  
¡Oh, mi América! Mi tierra recién hallada,  
mi reino, más seguro cuando lo dirige un hombre.  
Mi mina de piedras preciosas, mi imperio.  
Cuán bendito soy al haberte descubierto.*

—Derek, ¿cómo te las apañas para ser tan culto?

Él me miró, sonriendo.

—Trabajo duro, mi amor. Y mucha inteligencia.

—Oh. Vale.

Él se echó a reír.

—De todas formas, me siento como debió de sentirse Colón. O el fornido Cortés, allí de pie en su pico de Darién. ¡Qué descubrimiento! ¡Qué planeta! —Agitó una mano, abarcando en su gesto las montañas y el cielo verdiazul. Un pseudodinosaurio chilló y escapó.

Nia miró hacia atrás.

—¿Qué pasa?

—Nada. A Derek le gusta este país.

—A mí no.

—¿Por qué no?

Ella se detuvo y miró alrededor.

—No lo recuerdo. He hecho un giro equivocado en alguna parte. Este no es el sendero que quería.

El oráculo hizo un gesto que significaba «no os preocupéis».

—El espíritu nos guiará.

—Ojalá.

Por la tarde el cielo se nubló. Al oscurecer empezó a llover: un fino aguacero. Acampamos en un bosquecillo. Derek abatió a un pseudodinosaurio. Nia lo limpió. La Voz de la Cascada y yo fuimos a buscar leña.

Después de cenar llamé a la nave. Respondió un ordenador. Tenía una fría y agradable voz femenina con un ligero acento ruso.

—No hay ningún humano disponible en este momento —dijo—. Puede informarme a mí.

Así lo hice.

El ordenador me dio las gracias y dijo que la información sería transmitida a las personas adecuadas.

—Soy un programa de nivel seis —explicó—. Mi inteligencia es una fabricación y (¿quiero decir o?) una ilusión. Por tanto no soy una persona, según la actual definición del término.

—¿Te importa? —pregunté.

—Esa no es una pregunta con significado, al menos cuando se refiere a mí. No pienso ni siento. Hago lo que me dicen que haga.

Me pareció detectar un sarcasmo en la voz cortés y modulada. Pero eso era bastante improbable. ¿Por qué querría nadie dotar de sarcasmo a un programa de nivel seis?

Apagué la radio, me acosté y escuché la lluvia golpeando las hojas sobre mí.

Amaneció nublado.

—Cabalga tú hoy, Lisa —dijo Nia—. Quiero averiguar cómo está mi tobillo.

—Todavía me duelen los pies —dijo el oráculo—. Están cubiertos de ampollas.

Derek se echó a reír.

—No te preocupes. Puedes usar el otro cuernicurvo.

Empezó a llover y la bruma ocultaba las distancias. Viajamos a través de una manta gris, subiendo una larga cuesta. A eso de mediodía llegamos a la cima. Había una zona rasa, luego una pendiente. Nos encontrábamos en la entrada de un valle. Detuve mi animal. El suelo del valle era visible a pesar de la bruma. El terreno era pelado y naranja brillante.

Derek arrugó la nariz.

—Huevos podridos o azufre. Creo que podemos deducir que hay actividad geotérmica. —Hablaban una mezcla de inglés y la lengua de los regalos. Yo podía entenderlo todo, pero nuestros acompañantes parecían desconcertados.

—No sé de qué tipo de actividad hablas —dijo Nia al cabo de un rato—. Pero no me gusta el aspecto de este valle. Ni su olor tampoco.

Derek miró hacia un lado.

—No te preocupes. No vamos a bajar. El sendero continúa por el borde.

Seguimos el sendero. Dejó de llover. Las nubes se alzaron. Pude ver el valle con claridad. Era poco profundo y más o menos circular. Todo el suelo estaba brillantemente coloreado: naranja, rojizo y amarillo. Aquí y allá se elevaban columnas de humo blanco. Vapor. Las columnas se movían impulsadas por el viento. En el centro del valle había un lago, redondo y oscuro. Derek no paraba de mirarlo.

—Hay algo que no encaja. El lago es peculiar.

—Puedo creerlo —dijo Nia—. Esta tierra es peculiar. —Usó la misma palabra que Derek. Significaba «inusitado», «inesperado», «malo». Un instante después, continuó—: No recuerdo nada de esto. Estoy segura de que seguimos el sendero equivocado, aunque no sé cómo es posible. Tengo buena memoria y buen sentido de la dirección. Nunca me pierdo.

Me giré en la silla. Ella caminaba junto a mí. Tenía los pies llenos de barro y su pelaje estaba mojado. La túnica se le pegaba al cuerpo.

—¿Qué vamos a hacer?

Nía hizo el gesto de incertidumbre.

—Continuar —dijo el oráculo a mi espalda—. El Espíritu de la Cascada se encargará de que lleguemos al lugar adecuado.

—¡Qué consuelo! —dijo Derek.

Llegamos por fin a un lugar que descendía hacia el valle. Una pendiente llevaba hacia el suelo naranja y amarillo. La cima de la pendiente estaba cubierta de vegetación: pequeños matorrales y un montón de pseudohierba. Más allá, era terreno pelado. Una línea oscura serpenteaba por él: otro sendero, más estrecho que el



nuestro, menos usado, que conducía al valle.

Derek se paró. Yo detuve mi animal.

El oráculo se colocó junto a mí.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Creo que deberíamos acampar.

—¿Aquí? —pregunté yo.

Derek hizo el gesto de afirmación.

Miré alrededor. A un lado se hallaba la pendiente. Al otro un macizo de roca, negro, enorme. El sendero principal seguía más allá. No había otra cosa. No había otra madera que la de los pequeños matorrales, y ni rastro de agua.

—¿Por qué? —pregunté.

—No vamos a bajar de este saliente antes del anochecer, y no he visto ningún lugar mejor que este.

—Tiene razón —dijo Nia—. Esa roca tiene un saliente. Debería protegernos, si llueve, y hay forraje para los animales. Admito que me gustaría un poco de agua fresca. El agua de nuestros odres se está poniendo rancia. Pero cuando una persona viaja sin su aldea, debe tomar lo que pueda.

—Y estar agradecido por ello —dijo el oráculo.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

Desmonté. El oráculo hizo lo mismo. Me estiré tanto como pude, y luego me doblé. Apenas pude tocar el suelo. Lo rocé con la punta de los dedos y me enderecé, inspirando al mismo tiempo. ¡Más ejercicio! Aquella expedición no era ninguna excusa para volverse perezosa.

—Él quiere bajar al valle —dijo el oráculo.

Miré a Derek, que estaba contemplando el paisaje. El cielo se despejaba. La luz del sol contorneaba las nubes y los colores del valle eran aún más vivos que antes.

—¿Por qué? —pregunté.

Derek se dio la vuelta. Yo conocía esa expresión: las cejas alzadas y la sonrisa torcida. Planeaba algo que era o frívolo o peligroso. Y quería mi aprobación. El encanto había hecho acto de presencia. No tenía ni idea de cómo lo conseguía, pero era tan dramático como una bengala que empieza a brillar. Su sonrisa aumentó.

—¡Derek, para! ¡Apágalo!

—¿Qué?

—La belleza masculina, el encanto, el atractivo sexual. —Me había pasado al inglés. Nia empezó a fruncir el ceño.

—Quiero echarle un vistazo a ese lago —dijo Derek. Hablaba la lengua de los regalos. Su voz era baja y tranquila. Una voz razonable. La voz de la cordura—. Creo que puedo llegar hasta allí y volver antes de que la luz se vaya del todo.

—Lo dudo, y creo que estás loco si lo intentas. Esa zona es muy activa. El suelo probablemente está caliente, y puede que no sea firme. Puede ser una corteza que cubra algo feo. Podrías hundirte. Podrías acabar en la sopa, y lo digo de manera más

literal que metafórica.

—Hablad nuestro lenguaje —dijo Nia—. Me interesa esta discusión.

—Vale. Le estoy diciendo a Derek que no baje al valle.

—No cambiarás de opinión —dijo el oráculo.

Derek se echó a reír.

—Tiene razón. Déjalo, Lixia. No tiene sentido discutir. Voy a hacerlo.

Hice el gesto que significaba «sea pues».

—Llévate las botas.

—¿Por qué? Me muevo más rápido descalzo.

—Ya te lo he dicho. Creo que el suelo está caliente.

Me incliné a un lado, levantando un brazo. Con el otro brazo, me estiré hacia el tobillo, luego cerré los ojos, concentrándome en mi respiración. Dentro. Fuera. So. Hum. «Oh, joya del loto».

Me enderecé y abrí los ojos. Derek se había puesto en marcha: una pequeña figura oscura que se abría paso entre la pseudohierba, a buena distancia ya. Detrás y bajo él se encontraba el valle.

Nia desensilló los cuernicurvos. Encendimos una hoguera bajo el saliente. Cenamos los restos de pseudodinosaurio.

—¿Por qué se ha ido? —preguntó Nia.

—No tengo ni idea. Hace estas cosas. No a menudo. —Hice una pausa. Iba a decir que la mayor parte de las veces jugaba según las reglas. Pero no conocía la palabra nativa para «jugar», así que dije—: La mayor parte de las veces hace lo que se espera.

Nia terminó un trozo de carne. Lanzó el hueso al fuego.

—Todos los hombres están locos, de un modo u otro.

El oráculo hizo el gesto de acuerdo.

Contemplé el cielo del atardecer. La luna grande había salido ya. Ahora estaba más que medio llena, y parecía... ¿qué? Las tres cuartas partes de nuestra luna cuando se veía desde la línea del cielo de Duluth una noche de verano.

¿Por qué no sabía cómo se decía «jugar»? Miré a Nia.

—¿Cuál es la palabra que usan los niños cuando arrojan una pelota?

—Se llama «tontear».

Bueno, sí. Tenía sentido. Era uno de sus significados en inglés. Pero también tenía otros. Pensé en Hamlet y el triple juego, pero no estaba completamente seguro de qué era el triple juego. Y el juego de espadas. Hamlet y Laertes, por ejemplo. Y los músicos tocando sus instrumentos. Lo que necesitaba era el D.E.O. Eddie tenía acceso a los ordenadores de lenguaje. Conecté la radio.

Otra vez se puso el ordenador. El mismo programa que antes. Reconocí el acento y el tono de distante cortesía. Había más estática que de costumbre. La fría voz llegaba a través de un chisporroteo constante y débil, como fuego.

Pedí una definición de «jugar».

—Un momento —dijo el ordenador.

Oí los ruidos habituales que hacían los ordenadores al trabajar: un bip, seguido de una serie de trinos y luego un tono parecido a una campana. Una nueva voz (otro programa) me dijo lo que significaba play en inglés.

Esta voz era masculina y tenía acento chino.

Cuando terminó, le di las gracias y apagué la radio.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó el oráculo.

Nia se inclinó hacia delante.

—Lisa me habló de ello. Es una forma de hablar con gente que está más allá del horizonte.

—Oh. Yo pensaba que podría ser un instrumento musical. Hace muchos tipos distintos de ruido, y algunos son agradables.

—¿Qué hacéis con un instrumento musical? —pregunté.

El oráculo frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Cuál es la palabra para usarlo. Para hacer que haga ruido.

—Oh. Nakhtu.

—Eso es en su lenguaje —dijo Nia—. En el lenguaje de los regalos es nahu.

—¿Es igual que tontear? —pregunté.

—No. Por supuesto que no. Los niños tontean. Las personas adultas son sensatas. O, si no son sensatas, están locas, que es distinto de ser tonto.

—Oh. —Miré al fuego, luego la luna. Los alienígenas tenían instrumentos musicales. Tenían ceremonias. Bailaban. Sabía que eran capaces de competir. Piensa en Hakht y Nahusai. ¿Jugaban como lo hacíamos nosotros? La agresión ritual y la competición eran absolutamente fundamentales en las culturas occidentales. Los asiáticos tenían la ópera y el kabuki y las artes marciales. Todo el mundo jugaba al fútbol. ¿Necesitaba esta gente jugar tanto como nosotros? Había tanta tensión en la sociedad humana, tanta agresión frustrada. Incluso ahora que la antigua sociedad (la sociedad de la avaricia y la privación) había desaparecido.

Un momento. No todas las sociedades humanas estaban llenas de tensión. Recordé a los aborígenes californianos. Eran tranquilos, consciente y deliberadamente. La tranquilidad era el fundamento de su religión. Era un signo de iluminación. El aborígene ideal era tranquilo y sereno. Mantenía un perfil bajo, cercano a la Madre Tierra.

Pensé en Derek. Su tranquilidad era fingida. Bajo la superficie era como una morsa macho. Sabía lo que quería y luchaba por conseguirlo. ¿Sabía cómo era de niño? ¿Había dejado por eso a su pueblo? Habría sido un fracaso, frustrado y furioso, entre gente que podía permanecer sentada durante horas contemplando un cóndor en el cielo y sintiéndose feliz.

—Ahí está todo —me había dicho uno de ellos, una bruja que llevaba un taparrabos y un montón de tatuajes—. La Madre Tierra y el Padre Cielo, las cosas

que viven..., las plantas y los animales. Todos los antiguos misterios de los que hablaron los profetas. Alce Negro y el Buda. Jesús y Madre Caridad. Todos nos dicen lo mismo. No importa cuánto te esfuerces y luches, nunca saldrás vivo de este mundo. Entonces, ¿por qué esforzarse? ¿Por qué luchar? Haz lo que tengas que hacer. Toma lo que necesites. Sé agradecido y tranquilo.

«Vale», le dije a ese viejo recuerdo. Cerré los ojos y la vi: el rostro arrugado y los pechos caídos y aplastados. Había una luna creciente en su frente. Entre sus pechos un colgante: un hacha doble de concha. Una vieja sabia. ¿La conocía Derek? Probablemente no. Su tribu era distinta. Eran gente de las montañas, los bernardinios.

Comí otro trozo de carne y luego me fui a dormir. Me desperté en plena noche. La luna había desaparecido. El cielo estaba lleno de estrellas. Me senté. El fuego era un montón de brasas que aún brillaba un poco. Miré alrededor. Nia estaba a mi lado, roncando. Más lejos vi otro cuerpo. El oráculo seguramente.

Al otro lado del fuego había una tercera persona de pie, alta y pálida.

—¿Derek?

—Acabo de regresar —dijo en voz baja—. Tenías razón. El suelo está caliente. Pude notarlo a través de las botas.

—¿Algún problema?

—No..., excepto algo curioso. Cuando volvía, la luna se estaba poniendo. Justo cuando se perdía de vista vi un destello. Creo que la luna ha entrado en erupción.

Pensé un momento.

—Es posible, ¿no? Los planetólogos dijeron que hay pruebas de que ha estado activa recientemente.

—La erupción tiene que ser grande —dijo Derek—. Verdaderamente grande, si he podido verla.

—Tienes razón.

Pensé un instante. ¿Podría ser esa la causa por la que no había contactado con Eddie? Nadie en su sano juicio querría perderse una erupción importante.

—Más problemas para los planetólogos.

—Ajá. —Derek se echó a reír—. Los pobres idiotas. Les está bien empleado. Elaboraron todas sus teorías basándose en un solo sistema.

—Usaron lo que tenían, Derek.

—Quiero dormir. Te contaré el resto mañana.

—Muy bien.

Me acosté. El viento había cambiado. Llegaba desde el valle, trayendo el olor a azufre. Pensé en la luna, que tenía atmósfera. Había un montón de azufre en ella, que yo recordara. Allí tenía que apestar de veras.

Los planetólogos no se habían alegrado al ver los primeros hologramas de larga distancia. La luna era demasiado grande, nos dijeron. Todas las mejores teorías decían que la Tierra era una anomalía. Los planetas pequeños no tenían lunas. O si las tenían, las lunas eran diminutas: pedazos de basura espacial capturada.

La nave se acercó más. Los planetólogos descubrieron que la superficie de la luna era relativamente lisa.

El sistema estaba lleno de basura. El planeta tenía otras doce lunas, todas ellas claramente planetoides capturados. La luna grande debería haber estado cubierta de cráteres producidos por los impactos. En cambio, había en ella grandes llanuras de origen volcánico y algunas montañas impresionantes, también de origen volcánico.

La luna era activa, y las mejores teorías decían que los planetas pequeños no tenían lunas activas.

Lo que significaba que los planetólogos tenían que empezar a elaborar nuevas teorías. Yo había oído un par de ellas. Una se refería al influjo de las mareas. La otra postulaba una composición realmente extraña para el cuerpo en cuestión. Estaban demasiado lejos de mi experiencia para que tuviera una opinión. Simplemente me gustaba la extrañeza de la luna.

Desperté al amanecer, me levanté y fui a buscar un sitio donde orinar. Luego hice mis ejercicios, acabando con la salutación al sol. Lo cronometré perfectamente. Cuando terminé, el sol se alzaba entero, redondo y escarlata, justo por encima del borde oriental del valle.

Nia y el oráculo despertaron. Derek fue el último en levantarse. Se desperezó y gruñó, y luego se puso en pie. Comimos. Nia fue a ensillar los cuernicurvos. El oráculo la siguió.

Derek bostezó.

—Café. Eso es lo que necesito.

—¿Qué encontraste?

—El lago es de lodo. Lodo caliente. Hierve. Es una visión interesante. Aparecen burbujas en la superficie. Se hacen más y más grandes y entonces... pssht. Desaparecen.

Explotan. —Bostezó de nuevo—. El olor a azufre es realmente ofensivo. Y hay palos en el borde.

—¿Qué?

—Palos de madera. De unos diez centímetros de grosor y unos tres metros de altura. Están decorados con plumas y trozos de tela. Algunos tienen cuernos de cobre en el extremo superior. Muy corroídos. Los gases del lago deben de ser la causa.

»Supongo que el lago tiene algún tipo de significado religioso, ¿no crees? Encontré esto en la orilla.

Se subió una manga y mostró un brazalete. Se lo quitó y me lo entregó. Era de oro, ancho y pesado. Lo hice girar y vi un dibujo, repetido cuatro veces: un cuernicurvo con otro animal atacándolo, clavándole sus garras y mordiéndolo. ¿Qué era? El cuerpo era estilizado, como el de una pantera. La cabeza, larga y estrecha, con grandes orejas, y la cola terminaba en un borlón.

—¿Nia?

Ella se acercó.

—¿Qué es esto?

Tomó el brazalete.

—¡Hu! ¡Es bueno! Una de mi pueblo lo hizo. Nadie más podría hacer un trabajo de esta calidad.

—¿Qué animal es el que está encima?

—Un asesino-de-la-llanura. —Nia ladeó el brazalete para ver mejor el dibujo—. Un asesino-de-las-montañas es más pequeño y tiene escamas además de pelo. Me pregunto cómo llegó esto aquí. ¿Dónde lo encontraste?

—Derek lo encontró en el valle, junto al lago.

—Entonces es una ofrenda. Un regalo a los demonios del fuego. No deberías habértelo llevado. —Le tendió el brazalete a Derek.

—¿Ah, no? —Él se lo puso.

—Veo que vas a quedártelo. —Nia hizo el gesto que significaba «sea pues»—. Creo que cometes un error. —Se dio la vuelta y se marchó.

Derek sonrió, se bajó la manga y se la abrochó.

—Hay veces en que creo que estás loco —le dije.

—No. Solo un poco tocado. De todas formas, no creo en demonios de fuego. —Miró el valle—. Y menos mal que no lo hago. Mi propia protección está demasiado lejos. La Ballena Gris no puede ayudarme aquí.

El sendero seguía hacia el sur, alejándose del borde del valle. Una vez más viajamos entre montañas. El día estaba nublado y el sol era un brillante disco blanco. Con la luz difusa no había sombras. Yo estaba bastante segura de que nos dirigíamos al oeste, pero no hubiese apostado por ello. Creía, además, que estábamos ascendiendo, pero tampoco hubiese apostado por eso. El sendero subía y bajaba.

Gradualmente las pendientes de las colinas se hicieron más suaves. Los valles se hicieron más amplios y menos profundos. Los arbustos y árboles, los pocos que había, desaparecieron.

—Nuh —dijo Nia, satisfecha—. Llegamos a la llanura.

Entramos en un nuevo valle. Un arroyo corría por el centro, y una manada de animales se alimentaba en la orilla. Eran bípedos, una nueva especie, más grandes y más pesados que ningún otro animal que yo hubiera visto antes. Solo dos permanecían alzados sobre sus patas traseras. Vigías, tal vez. El resto, con las patas delanteras en el suelo y la cabeza gacha, comía.

—Deben de ser más eficientes que nuestros dinosaurios —dijo Derek—. Tienen competencia por parte de los mamíferos. ¿O serán mamiloides? No comprendo cómo consiguen sobrevivir.

—Hay, o hubo, un montón de aves extrañas en la Tierra. Avestruces. Emús. Casuarios. ¿Y el dinornis y el gran alca? Sobrevivieron en la era de los mamíferos. De hecho, creo que evolucionaron en la era de los mamíferos.

Él negó con la cabeza.

—Evolucionaron a partir de aves corrientes para llenar nichos ecológicos

específicos: en islas, al menos en dos casos. El dinornis vivía en Islandia. Estas criaturas están por todas partes. Obviamente compiten con éxito. Y no creo que en sus orígenes fueran aves. Parecen reptiles, si esa palabra tiene algún significado aquí.

—Tienen plumas, y estoy dispuesta a apostar que son de sangre caliente.

—Igual que los dinosaurios. De sangre caliente, quiero decir.

Uno de los animales erguidos rugió. Los otros retrocedieron y se perdieron corriente abajo. Tenían un paso curioso, una carrera torpe, aunque cubrieron un montón de terreno. Cuando llegamos al fondo del valle, habían desaparecido.

Entre el mediodía y la tarde advertí que las montañas habían terminado. Nos encontrábamos en una ondulada llanura cubierta de pseudohierba. Se agitaba con el viento cambiando de color a medida que las hojas se volvían verde, verdiazul, pardo y gris.

Algo despuntó en el horizonte, al norte. Me cubrí los ojos y observé. La cosa era casi del mismo color que el cielo y estaba tan lejos que apenas la distinguía. Un cono, ancho en su base. Faltaba la parte superior del cono, la punta. En su lugar había un corte horizontal. El borde de un cráter.

Me di la vuelta y esperé a Nia, que cabalgaba un poco retrasada con respecto a mí. El oráculo también venía cabalgando detrás.

—¿Qué es eso? —pregunté, señalando.

Ella miró y detuvo su animal.

—No lo había visto nunca. Pero he oído hablar de ello. Es Hani Akhar. La Gran Montaña. El hogar de la Señora de la Fragua.

El oráculo nos alcanzó. Miró al norte.

—Sí. Eso es. Puedo sentirlo incluso a esta distancia. Es un lugar muy sagrado. Peligroso también. Ese espíritu no es siempre amistoso.

—Estamos siguiendo claramente un sendero equivocado —dijo Nia—. Estamos al norte de donde quiero estar.

—Acabaremos en el lugar adecuado —respondió el oráculo—. No importa la ruta que sigamos.

Nia se rascó la nariz.

—No se puede discutir con una persona santa. Siempre están seguros de que saben más que nosotros. Y si decimos que no ellos dicen que los espíritus han hablado.

Me adelanté. No me gustaba estar en el suelo cerca de los cuernicurvos. Eran demasiado grandes, y la montura de Nia era a veces inquieta e incluso desagradable. Desde luego no quería seguir a los animales. Era un incordio tener que ir cuidando de no pisar mierda.

Esa tarde acampamos junto a un estanque pantanoso. Derek y Nia se fueron a cazar. Volvieron al anochecer, con las manos vacías. Comimos pan rancio y bebimos agua del lago. Tenía un sabor raro.

—Agua de pantano —dijo Derek—. He bebido cosas peores en California.

—¿En el desierto? —pregunté yo.

—Principalmente. Pero también en Berkeley. Un par de personas de mi departamento tienen un gusto verdaderamente espantoso en cuestión de vinos. Y eran gente importante. Tenía que asistir a sus fiestas.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Nia.

—De una bebida como el bara —contesté.

—¿Sabe desagradable?

—A veces —dijo Derek.

Se apartó, llevándose la radio. Me quedé con los dos nativos junto al fuego.

La luna grande había salido y estaba más que medio llena. La miré, tratando de ver pruebas de erupciones volcánicas, pero las nubes la velaban y difuminaban sus bordes.

Miré a los nativos.

—¿Sucede algo extraño alguna vez con la luna grande?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nia.

Pensé un momento, tratando de dilucidar cómo describir algo que no había visto.

—¿Aparecen puntos brillantes alguna vez en ella? ¿Aparecen cosas en el borde, como una nubecilla de vapor o una lengua de fuego?

Nia hizo el gesto de asentimiento.

—Pero no es extraño.

—¿Qué significa? —pregunté.

—Nada que yo sepa. —Frunció el ceño, pensando—. Hay gente al oeste que ha descubierto una forma de mirar al sol sin lastimarse los ojos. Según ellos el sol no es liso y pulido como creemos que es. Dicen que tiene manchas. Las manchas son negras. Reptan como insectos. Cuando aparecen las manchas, un montón, significa que el tiempo va a ser malo.

—Nunca he oído esa historia —dijo el oráculo—. Pero sé lo que significa cuando una mancha aparece en la luna.

Hice el gesto de interrogación.

—Significa que la Madre de las Madres no ha estado vigilando su olla.

—¿Qué?

—Las viejas dicen que la luna grande es una olla de cocina. Pertenece a la Madre de las Madres. A veces se olvida de vigilarla y hierve. Entonces vemos lo que tú has descrito. Las viejas dicen que significa que habrá hambre en invierno. —Hizo una pausa—. Mi madre dice que las viejas se equivocan. Durante muchos años ha llevado un cordón por la luna. Cada vez que sucede algo allí arriba, ata un nudo. Y tiene otros cordones que usa para seguir la cuenta del tiempo. Lluvia. Nieve. Un viento fuerte. Sequía. Tiene un cordón para cada tipo de tiempo. No hay ninguna relación entre lo que sucede en la luna y lo que sucede en la llanura. Esa es su opinión. Yo creo que tiene razón.

—¡Huh! —dijo Nia—. Nunca he oído la historia de la luna. Si no es cierta, no la



repetiré.

—La parte de la olla probablemente es cierta —dijo el oráculo—. Mi madre no dijo nada al respecto. No todo lo que sucede en el mundo de los espíritus tiene efecto sobre nuestro mundo.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

Derek volvió. Lo miré.

—¿Contactaste con Eddie?

—Sí. ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Había estática anoche, y llevo un par de días hablando con los ordenadores.

—Eddie no ha mencionado la estática —se sentó, doblándose con facilidad—. Ni los ordenadores. Pero ha estado en una de las grandes salas de holovisión. La luna está en erupción. Y la erupción es grande. Nos estamos perdiendo un gran espectáculo.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Nia.

—La luna —dije—. Está hirviendo.

Ella miró al cielo.

—Lástima que el cielo esté nublado.

Al día siguiente Nia dijo que quería caminar.

—Me siento inquieta otra vez. Si el tobillo empieza a molestarme, te pediré que desmontes.

—Muy bien —respondí.

El oráculo, como siempre, cabalgaba. De vez en cuando pasábamos pequeños pantanos o estanques medio secos. El cielo estaba brumoso. Hani Akhar apenas resultaba visible.

Más tarde llegamos a lo alto de un promontorio. A nuestros pies había un lago. Era mucho más grande que los otros que habíamos visto, de forma irregular y lleno de islas diminutas. Los bordes eran pantanosos. En la orilla crecía a puñados la hierba monstruosa.

—Conozco este lugar, aunque no he estado aquí nunca —dijo Nia—. Es el Lago de los Insectos y las Piedras. Estamos en la tierra del Pueblo del Ámbar. Vienen aquí en otoño, camino del sur. Pescan y cazan aves y realizan ceremonias en honor de la montaña.

El oráculo hizo el gesto de acuerdo.

—Otro lugar sagrado.

Descendimos. El cielo estaba claro al oeste. Pasamos un bosquecillo de hierba monstruosa. El lago se hallaba apenas a unos metros de distancia. Los juncos se movían con el viento. El agua destellaba. Algo rugió. Estaba justo delante de mí, alejándose de los juncos, retrocediendo. ¡Dios mío! ¡Tenía tres metros de altura! Su boca estaba abierta. Tendió los antebrazos hacia mí, sacando las garras. ¡Otro rugido! El animal que yo montaba sacudió la cabeza. Las riendas se me escaparon de las manos. El cuernicurvo se encabritó, y tuve que soltar los estribos. Un momento

después choqué contra el suelo. La sacudida fue terrible. Grité. Luego me puse en pie.

—Retrocede —dijo Derek—. Despacio. No lo asustes.

Di un paso atrás. Derek estaba a mi lado. Yo no podía ver a Nia ni al oráculo ni a mi cuernicurvo. El pseudodinosaurio volvió a rugir. Pero no se movió. Ahora, por primera vez, lo vi claramente. Tres metros de altura. ¡Demonios! Parecían más bien cuatro. Tenía un vientre rosa chillón y una cresta de plumas amarillas. Sus brazos y hombros eran de un oscuro gris azulado.

La criatura dio otro paso, siseó. La boca abierta estaba llena de dientes. Dientes romos. Era herbívora. Pero las garras eran largas y afiladas. ¿Para excavar? ¿Luchaba? Ladeó la cabeza. Un ojo diminuto y brillante me miró.

—Sigue moviéndote —dijo Derek. Su voz era baja y firme—. Un pasito cada vez.

Vi a Nia al otro lado, con un cuchillo en la mano. Un arma inútil contra ese monstruo. Emitió otro sonido. Un gemido. ¿Qué significaba?

Algo se movía detrás, procedente del lago. Otro monstruo. Parpadeé, tratando de ver contra el sol. Era más pequeño que la bestia que se enfrentaba a nosotros e iba a cuatro patas. Su espalda era gris.

—La hembra —dijo Derek.

El otro bicho giró la cabeza y arrancó un junco. Lo masticó con un fuerte ruido aplastante. De su boca colgaban trozos de junco. Otros tres animales aparecieron detrás de la hembra. Eran pequeños, del tamaño aproximado de un San Bernardo. Dos corrieron a cuatro patas tras su madre. El tercero daba torpes saltitos.

—Bueno, ¿qué te parece? —dijo Derek.

Seguimos retrocediendo, alejándonos del enfurecido macho. ¿Dónde estaba el oráculo? No podía verlo.

La madre se marchó. Las crías la siguieron. Por fin se perdieron de vista, ocultas por la hierba monstruosa. El macho siseó y luego se dio la vuelta y se marchó tras su familia. Empezó a dolerme el hombro. Se me doblaron las rodillas. Me senté.

—Muy interesante —dijo Derek—. Se preocupan por sus retoños. Eso explica por qué pueden sobrevivir en competencia con los pseudomamíferos. Los mamiloides. Necesitamos un vocabulario nuevo. ¡Oh, Santa Unidad! Creía que iba a mearme en los pantalones.

—¡Hu! —dijo Nia. Guardó su cuchillo—. Espero que el hombre loco esté bien. Su cuernicurvo escapó. La última vez que lo vi seguía montado.

—Oh, Dios mío, Derek. Nuestro equipo. Las radios.

Él se echó a reír.

—En los cuernicurvos. Allí —señaló la llanura—. ¿Estás bien?

—Me duele el hombro una barbaridad y me he mordido la lengua. No sé cuándo.

Él me examinó.

—No tienes dislocado el hombro. Tu lengua sigue ahí. Creo que te pondrás bien.

—Se dio la vuelta y contempló la llanura—. Voy por el equipo. Solía cazar caballos

en California. Los cuernicurvos no son mucho más rápidos. Los alcanzaré. —Me miró—. Acampad por aquí. Os encontraré.

—Derek... —empecé a decir.

Él se marchó.

—¡Derek! —grité.

No se volvió.

—Es muy extraño —dijo Nia.

—Sí. —Lo estuve mirando hasta que se perdió de vista. Luego me volví hacia Nia—. Bueno, vamos a buscar un sitio para acampar.

## INAHOO LI

Seguimos el sendero a lo largo de la orilla hasta que llegamos a un bosquecillo de hierba monstruosa. Nia cortó unas ramas y las trenzó para convertirlas en cestas, trampas para peces.

—Puede que no funcione. Es más fácil capturar peces en el río —dijo, y metió las trampas en el agua.

Después exploramos el bosquecillo. Nia encontró un grupo de plantas que crecían en la parte oriental. Sus raíces eran comestibles. Yo recogí leña. Cocinamos las raíces. Eran crujientes y casi completamente insípidas.

—Son buenas en un guiso con carne. Solas... —Nia hizo el gesto que significaba «el resto es obvio».

—Mejor que nada.

Hizo el gesto de acuerdo.

Cayó la noche. El viento cambió, procedente ahora del lago. De inmediato el bosquecillo se llenó de insectos.

—¡Mordedores! —dijo Nia.

Me di una palmada en el cuello.

—Tienes razón.

Nos acurrucamos junto al fuego. El humo nos protegió un poco. Me picaron por segunda vez, en la muñeca. A Nia la picaron una vez, en la palma de la mano, donde no tenía pelo.

—¡Hu! —dijo una palmada—. Bueno, tengo a la criatura. No molestará a otra persona. ¿Cómo puedes soportarlo, Lisa? No tienes pelo. Pueden morderte en todas partes.

El humo se me había metido en los ojos y lagrimeaba. Los lugares donde los insectos me habían alcanzado me picaban.

—No me gusta. —Me rasqué una picadura—. Pero ¿qué puedo hacer? No puedo desarrollar pelo. Y de todas formas, me las he visto en peores situaciones. Vivía en Minnesota.

—¿Dónde?

—Una tierra con muchos lagos y muchos insectos. —Hice una pausa y presté atención. Los insectos zumbaban alrededor de mis oídos. Había un montón. Tendrían que haberme picado más. Tal vez yo no olía bien. Tal vez eran solo los insectos valientes, o los estúpidos, los que decidían probarme.

—¡Aiya! —Nia se golpeó la frente—. ¡Otro!

Agité el humo ante mi cara.

—¿Pueden picarte a través del pelaje?

—Solo en unos cuantos lugares, donde es fino. Alrededor de los ojos o en el hueco del codo.

El viento cambió de nuevo y espantó a los insectos. Nos acostamos. No teníamos

nada para taparnos. La capa de Nia se había quedado con el resto de nuestro equipaje, allá en la llanura. Igual que mi poncho. Pero la noche era templada y yo estaba agotada. Me enrosqué y me quedé dormida al momento.

Me desperté temprano. Las nubes habían desaparecido y el cielo era de un verdiazul brillante. Los pájaros hacían ruido en el follaje. Nia roncaba junto a las ascuas de la hoguera.

Me levanté, gruñendo. Tenía todo el cuerpo entumecido y me dolía bastante el hombro. Me lo froté, mirando alrededor. No había viento. El lago estaba tranquilo. En el agua, tras los juncos, se deslizaba una canoa.

—¡Nia!

Ella se puso en pie de un salto. Señalé. Nia gritó y agitó los brazos. La canoa viró. Un momento después se perdió de vista entre los juncos. Corrimos a la orilla.

—¿Quién puede ser? —pregunté.

—No lo sé. Una mujer. Del Pueblo del Ámbar.

La proa se abrió paso entre los cañaverales. Un bote, de factura burda. Se deslizó hacia nosotras. La mujer que iba atrás alzó la pala del agua y luego levantó una mano y se cubrió los ojos.

—¿Estoy viendo cosas? ¿Una de vosotras no tiene pelo?

—Sí —dije yo.

La canoa llegó a la orilla. La mujer se bajó. Era más alta que yo, y delgada, con pelaje marrón oscuro. Su cara era ancha y chata. Sus ojos eran naranja oscuro, casi rojos. Llevaba una túnica amarillo pálido decorada con tiras de bordados. El dibujo era intrincado y geométrico, hecho en varios tonos de azul. Su cinturón era azul, y llevaba un cuchillo largo en una vaina de cuero también azul.

—¿Naciste así? —preguntó—. ¿O has estado enferma?

—Es mi forma natural de ser.

Empleé la palabra que significaba «usual» o «adecuada».

Ella me miró de arriba abajo.

—Natural, ¿eh? ¿Y tú? —Se volvió hacia Nia—. ¿Quién eres? ¿Y por qué viajas con una rareza?

—Soy una mujer del Pueblo de Hierro. Nia, la herrera.

La nueva mujer frunció el ceño.

—Me resulta familiar ese nombre.

—Es bastante corriente.

La mujer no cambió de expresión.

—¿Cuál es tu nombre? —continuó Nia.

—Toohala Inahooli. Pertenezco al Pueblo del Ámbar y al Clan de las Hacedoras de Cuerdas. Ahora mismo, tengo una posición de gran prestigio. Soy la guardiana de la torre del clan.

Nia hizo el gesto de reconocimiento.

—¿Qué es una torre del clan?

Ella me miró con mala cara.

—¿De dónde vienes? ¿No sabes que cada clan del Pueblo del Ámbar construye una torre en honor a su Primera Antepasada? Hacemos torres lo más altas posibles. Las cubrimos con adornos y realizamos ceremonias delante para impresionar a los otros clanes y hacer que se sientan pequeños y envidiosos.

¡Un nuevo tipo de artefacto! Reflexioné un momento.

—¿Puedo ver la torre?

—Sí. Por supuesto. ¿De qué sirve una torre si la gente no se impresiona con ella? ¿Y cómo puede la gente impresionarse a menos que venga a verla? Pero te lo advierto: nuestra magia es poderosa. Si hay algo demoníaco en ti, lo sentirás.

—No. No soy demoníaca.

—No podemos ir —dijo Nia—. Deragu... —Hizo una pausa—. No puedo decir el nombre.

—Derek —dije yo.

—Derag nos dijo que esperaríamos.

La mujer frunció el ceño.

—¿Quién es esa persona? El nombre me parece masculino.

—La persona es una mujer —dijo Nia—. Viene del mismo lugar que Lisa. Hablan un lenguaje que no se parece a ningún lenguaje de la llanura. Las terminaciones son diferentes.

Inahooli hizo el gesto que significaba que comprendía lo que se estaba diciendo.

Nia continuó.

—Nuestros cuernicurvos se escaparon. Ella, esta persona, Derag, ha ido a buscarlos.

Inahooli repitió el gesto de comprensión.

—Quédate tú aquí —dije yo—. Si viene Derek, dile dónde estoy. Ella comprenderá.

Nia hizo el gesto que significaba que no.

—¿Por qué no?

Nia se rascó la nuca. Tal vez la habían picado allí, aunque, que yo recordara, el pelaje era bastante grueso.

—Escuchad —dijo Inahooli—. Me marcharé. Vosotras dos podéis discutir. Tal vez esa —señaló a Nia— tenga algo malo que decir de mí. —Se acercó a la orilla.

—Muy bien —dije—. ¿Cuál es el problema? ¿Crees que la mujer es peligrosa?

—No. Pero creo que ha oído hablar de mí. Cuando mi pueblo se enteró de lo mío y Enshi, causó un gran revuelo. El Pueblo del Ámbar pudo haberse enterado. Comerciarán con nosotros.

—Quiero ver la torre. ¿Has oído hablar de esas cosas?

—Sí. El Pueblo del Ámbar no es como el mío. Nosotras somos parientes del Pueblo de la Piel y el Estaño. Lo sabemos. Las llamamos «familiares». Y creo que tal vez estemos relacionadas con el Pueblo del Cobre. Su lenguaje no es difícil de

aprender. Pero el Pueblo del Ámbar... Su lenguaje es difícil y sus costumbres son peculiares. Alardean mucho. Cada clan trata de vencer a los otros construyendo torres y bailando. No lo comprendo.

—Voy a ir —dije—. Puedo estar de vuelta esta noche.

Nia hizo el gesto que significaba «sea pues».

—No les digas que viajamos con hombres. No creo que lo comprendan.

—Muy bien. —Llamé a Inahooli. Se volvió—. Voy a ir contigo.

—Bien. Esto será un acontecimiento notable. Ninguna guardiana le ha mostrado jamás nuestra torre a una persona sin pelo.

Apartamos la canoa de la orilla y nos subimos a ella. Inahooli empezó a remar. En cuestión de un minuto o dos Nia desapareció, oculta por las plantas que yo llamaba juncos. Se bamboleaban sobre nosotras, altos y de un gris azulado oscuro. La mayoría de los tallos terminaba en un puñado de hojas, pero aquí y allá veía una cabeza redonda, oscura, encorvada. ¿La flor de la planta? No lo sabía.

Salimos a la corriente. Ante nosotros había islas. Eran pequeñas, de apenas unos metros de diámetro, de suave piedra volcánica que había adquirido formas muy extrañas. Una parecía un champiñón. Otra, alta y estrecha, me recordó a una mujer humana con túnica. Una tercera isla era un arco. Una cuarta, una catedral en miniatura. Gótico tardío, decidí. La catedral tenía un montón de torres.

Nos deslizamos entre las islas. Miré hacia abajo. El agua era clara. Un pez apareció, luego se giró y desapareció. ¡Qué planeta! De inmediato me sentí horrorizada ante la idea de volver a casa.

«Basta —me dije—. No pienses en la Tierra. Concéntrate en el presente. Disfruta de lo que tienes ahora».

Miré hacia delante. Había otra isla a la vista: larga y baja, rodeada de juncos. En un extremo había una construcción, de veinte metros de alto, calculé, hecha de burdo entramado. De ella colgaban estandartes, flácidos en este momento. A medida que íbamos acercándonos vi otros tipos de adornos: puñados de plumas y largas ristras de conchas.

—La torre de las Hacedoras de Cuerdas.

Rodeamos la isla. Al otro lado había una playa. Desembarcamos y varamos la canoa en la grava. Inahooli me condujo hacia la torre. La isla era rocosa y casi pelada, con manchas dispersas de vegetación: pseudomusgos naranja y pseudolíquenes marrones y una planta de hojas grises que me llegaba hasta la pantorrilla. Solo había dos objetos artificiales: la torre y una tienda de oscura tela marrón.

—Esta es mi casa —dijo Inahooli—. Cada primavera venimos aquí. El clan reconstruye la torre y celebra las ceremonias para santificarla. Después lanzamos los dados y una de nosotras es elegida como guardiana. Todo el verano esa mujer se queda junto a la torre. La vigila y se asegura de que no le suceda nada. En otoño la tribu regresa. El clan invita a todo el mundo a una gran danza. Comemos. Tocamos música.

Alardeamos sobre nuestras antepasadas. Si todo va bien, los otros clanes se sienten cohibidos. Después de eso nos dirigimos al sur, a la Tierra de Invierno. El Clan de las Aves de Tierra da su baile allí. Normalmente lo hacen mal. Por algún motivo nunca han sido buenas alardeando. Y de todas formas, ¿de qué tienen que alardear? Su antepasada es una miserable ave de tierra que solo hizo una cosa de importancia. —¿Qué?

—Robó el fuego al Espíritu del Cielo y se lo dio a la gente del mundo. Todo eso está muy bien. Nos sentimos agradecidos en pleno invierno, cuando la nieve es profunda y el viento sopla y todo eso. Pero nuestra antepasada salvó a todos los seres vivos.

—¿Ah, sí?

Llegamos a la tienda. La torre se hallaba solo a diez metros de distancia. Cerca del pie había una fila de máscaras colgadas del entramado. Eran ovaladas, con agujeros redondos para los ojos. Cada una estaba pintada de un color distintivo: rojo, amarillo, negro, blanco.

—¿Qué representan? —señalé.

—La negra es la Hacedora de Cuerdas. La amarilla es el Tramposo. La roja es la Señora de la Lragua. Y la blanca es la Vieja del Norte.

—Háblame de ellos.

Inahooli me miró de arriba abajo. Era una mirada calculadora, la expresión de una narradora de historias que acaba de recibir una invitación.

—Muy bien. Pero no puedo usar las máscaras. Tienen que quedarse donde están hasta la gran danza. Siéntate. Contaré la historia lo más breve y sencillamente posible.

Me senté delante de la tienda. Inahooli se sentó frente a mí. En el cielo, mientras sobrevolaba el lago, un pájaro silbó.

—Esta es la historia del peine de marfil —me contó—. En el lejano norte hay una anciana. Su tienda está en el cielo. Las paredes de la tienda están hechas de luz y cuelgan en pliegues de los postes de la tienda, que están hechos de los huesos del monstruomundo original. Cómo llegaron al cielo es otra historia, que no tengo tiempo de contar. La anciana tiene un peine, que está hecho con uno de los dientes del monstruo. Es de marfil, tan blanco como la nieve. Lo usa para peinar su pelaje. Cuando lo hace, saca criaturas que caen al suelo y desaparecen, pues caen a través del suelo al mundo. Todos los animales del mundo cobran vida de esta forma.

»Cuando la anciana peina el lado izquierdo de su cuerpo, los animales que salen son buenos y útiles: los cuernicurvos que cuidamos, las aves que cazamos y comemos. Cuando peina el lado derecho de su cuerpo, los animales que salen son dañinos: lagartos con mordedura venenosa e insectos que pican. La gente del mundo le canta a la anciana, alabándola y pidiéndole ayuda. Esta es una de sus canciones:



*Abuela, sé generosa.  
Peina el lado izquierdo de tu cuerpo.  
Entonces seremos prósperos.  
Entonces seremos felices.  
Nuestros hijos engordarán  
en nuestras tiendas junto al fuego.*

*Abuela, sé compasiva.  
No peines el lado derecho de tu cuerpo.  
Deja los lagartos donde están.  
No nos envíes  
los insectos que muerden y pican.*

»En el lejano sur hay un hombre joven. Es alto y guapo. Sus ojos son amarillos como el fuego. Nadie está seguro de quién es su madre. Algunas personas dicen que es el Gran Espíritu, la Madre de las Madres. Otras personas dicen que es un demonio de fuego.

»El joven se llama el Tramposo. Es uno de los que acude a los hombres en invierno, cuando guardan el rebaño. Cada hombre se sienta solo bajo una tienda que se hace extendiendo una capa sobre las ramas de un arbusto o un árbol. La nieve le cae encima. La hoguera que tiene delante es débil. El hombre se sienta y tiembla, acurrucándose. Entonces llega el Tramposo. Su voz es como el viento. Dice: “¿Por qué haces esto? ¿Por qué sufres por las ingratas mujeres de la aldea? Olvida a tu madre. Olvida a tus hermanas. Olvida a los hijos e hijas que podrías tener. Vete a las montañas y vive como un animal sin obligaciones, satisfaciéndote solo.”

»La mayoría de los hombres ignora la voz. Pero algunos escuchan. Se vuelven locos y dejan el rebaño, y se marchan a las montañas. Nadie los ve más.

»El Tramposo es el mismo que acude a las mujeres en primavera, cuando es la época de los apareamientos. Tiene el aspecto del mejor de los hombres, grande y fuerte y confiado. Establece su territorio cerca de la aldea. Ningún hombre se atreve a enfrentarse a él. Cuando las mujeres salen llenas de celo, se encuentran con él. Algunas de ellas lo conocen. Cada mujer que se aparee con él piensa: “¡Qué padre tan excelente! Mi hijo será fuerte y lleno de recursos. Y guapo también.”

»Pero el apareamiento no produce ningún hijo. Si nacen niños, son enfermizos y de mal temperamento. Solo causan problemas.

»Así suele ser. Pero nunca se puede confiar en el Tramposo, ni siquiera en el mal que hace. De vez en cuando una mujer se aparee con él y la hija que resulta es como su padre, grande y fuerte y confiada: una verdadera heroína.

»Una de esas fue mi antepasada, la Hacedora de Cuerdas. Pero primero debo contar cómo el Tramposo robó el peine de marfil.

«Estaba en el lejano norte, helado y hambriento. No había nada alrededor más que

la ancha llanura cubierta de nieve. Pasado un tiempo llegó a la tienda de la anciana. Brillaba sobre él, blanca y amarilla y verde. Se quitó sus zapatos para la nieve y los sacudió en un banco de nieve. Luego se encaramó al cielo. Entró en la tienda. La anciana estaba allí, sentada en el suelo. Su pelaje estaba gris por la edad. Se estaba peinando con el peine de marfil.

»El Tramposo se sentó. Observó ansioso. La anciana se pasaba el peine por el pelaje de su antebrazo izquierdo. Salieron animales. Eran pequeños y oscuros. La anciana sacudió el peine. Los animales cayeron. Cuando llegaron al suelo, se desvanecieron. Iban al mundo, a las profundas madrigueras de los constructores de montículos.

«“Abuela —dijo el Tramposo—. Dame algunos de tus animales. Tengo hambre, y parecen deliciosos.”

«La anciana lo miró. “Sé quién eres. El Tramposo. El Que Dice Mentiras.” Sacudió el peine y atrapó en el aire uno de los animales. Permaneció sentado en su mano. Su naricita se retorció. Sus bigotes temblaban. Miró al Tramposo con brillantes ojos oscuros. “Estos animales son parte de mí. Se los doy a la gente que me trata con respeto. Pero tú, oh, Maligno, usas mal todo aquello de lo que te apoderas. No hay en ti respeto alguno. No te daré nada.” Volvió la mano. El animal cayó al suelo. Desapareció.

«El Tramposo rechinó los dientes. “Abuela, ten piedad.”

»“No —dijo la anciana—. Por lo que a mí respecta, puedes morirte de hambre. Y que te sirva de lección.” Se dio la vuelta y le dio la espalda al Tramposo.

»Él se levantó de un salto. “¡Lo lamentarás, vieja bruja!” Salió corriendo de la tienda. Bajó del cielo y se sentó junto a sus zapatos para la nieve en un montón de nieve. Allí esperó hasta que la anciana se fue a dormir. El sonido de sus ronquidos llenó la llanura. El Tramposo volvió a subir. Se coló en la tienda. Las paredes brillaban como siempre y la tienda estaba llena de una luz pálida y fluctuante. Vio a la anciana acostada. A su lado estaba el peine de marfil. Lo tomó.

»“Pero ¿dónde voy a esconderlo? —se preguntó—. Cuando los espíritus se enteren de que ha desaparecido, buscarán por todo el mundo. ¿Qué sitio es seguro?”

»Entonces tuvo una idea. Se hizo pequeño (y al peine también) y se metió dentro de la vagina de la anciana. Ella gimió y se rascó pero no se despertó.

»“No es el lugar más agradable en el que he estado —dijo el Tramposo—. Me gustaría que hubiera más luz y un poco menos de humedad. Pero a nadie se le ocurrirá buscarme aquí.”

»La anciana se despertó y fue a tomar su peine. No estaba. Soltó un grito. Por todo el mundo, los espíritus se levantaron de un salto. “¿Qué pasa? —exclamaron—. ¿Qué ocurre?”

«Entonces comenzó la búsqueda. Arriba y abajo, adelante y atrás, dentro y fuera. Los espíritus buscaron por todas partes. Pero no encontraron el peine.

»“¿Qué voy a hacer? —dijo la anciana—. El peine es insustituible. No hay otro

igual, y sin él no puedo peinar mi pelaje.”

»Los espíritus no tuvieron ninguna respuesta.

«Llegó la primavera. Apareció la vegetación. Las montañas y la llanura se volvieron azules. La gente del mundo advirtió que algo iba mal. En cada aldea, acudieron a la hechicera.

«“¿Qué está pasando? —preguntaron—. Los peces se agitan en el río como hacen cada año, pero nadie ha visto ningún pececillo. Los pájaros construyen nidos como de costumbre. Los nidos están vacíos. En cuanto a los animales, los constructores de montículos, hinchan las bolsas de sus cuellos. Gritan y gimen y siguen adelante. Pero no producen ningún joven.”

«Las hechiceras comieron plantas narcóticas. Danzaron y tuvieron visiones. Dijeron: “El Tramposo ha robado el peine de marfil. Sin él, ningún animal más cobrará vida. Todos moriremos de hambre por causa de esa malévola persona.”

»Toda la gente lloró. Se golpearon el pecho y los muslos. Rezaron a los espíritus. Pero ¿qué podían hacer los espíritus?

»Ahora la historia pasa a la Hacedora de Cuerdas. Era una mujer del Pueblo del Ámbar. Era grande, de pelaje brillante. Sus ojos eran amarillos como el fuego. Sus brazos eran fuertes y sus dedos tenaces. La mayoría de la gente creía que era hija del Tramposo. Tenía su aspecto.

»Su habilidad era hacer cuerdas de cuero. Era muy talentosa en eso. Sus cuerdas eran finas y flexibles. No cedían. Eran difíciles de romper y duraban años.

»En cualquier caso, llegó la época de los apareamientos. Las mujeres del Pueblo del Ámbar sintieron crecer en ellas el celo de la primavera. Pero ese año no tenían ganas de salir a la llanura. “¿De qué sirve salir de la aldea? —decían—. ¿Por qué molestarnos en buscar a un hombre? Los hijos que concibamos morirán de hambre.”

»Pero el celo se hizo más fuerte. Cada mujer empaquetó los regalos que había hecho durante el invierno. Cada mujer ensilló un cuernicurvo y salió cabalgando a la llanura. La Hacedora de Cuerdas fue una de ellas. En sus alforjas había una cuerda larga y hermosa. Era su regalo de apareamiento.

»Ahora la historia vuelve al Tramposo. A esas alturas, se inquietaba. No había nada que hacer dentro de la vagina de la anciana. Sabía que era primavera. Quería salir al mundo y tenderle una buena trampa a alguien. Esperó hasta que la anciana se quedó dormida y salió. Dejó el peine. Se dirigió al sur. Al cabo del tiempo llegó a la tierra del Pueblo del Ámbar. Encontró un territorio cercano a la aldea. Allí había un hombre ya: un hombre grande con muchas cicatrices. El Tramposo se le acercó y le dijo: “Será mejor que te vayas.”

«“¿Estás loco? —dijo el otro hombre—. Yo llegué aquí primero. Y además, soy más grande que tú.”

»El Tramposo se estiró hasta que fue más alto que el hombre grande. Lo miró. Sus ojos amarillos brillaban como el fuego.

»“Bueno, si te pones así”, dijo el hombre grande. Montó en su cuernicurvo y se

marchó.

»El Tramposo lo insultó. El hombre grande no se volvió.

«Después el Tramposo se sentó a esperar. Pasó un día y luego otro.

Al tercer día una mujer apareció. Era la Hacedora de Cuerdas. El Tramposo se sintió satisfecho. Era una mujer impresionante. Una persona a la que merecía la pena engañar.

«En cuanto a la Hacedora de Cuerdas, le gustó lo que vio: un hombre grande y fuerte. El estaba de pie en la llanura, con los pies separados y los hombros echados hacia atrás. Su pelaje era tupido y brillante. Llevaba una hermosa túnica cubierta de bordados. En sus brazos había brazaletes de plata. Eran anchos y brillantes.

»Cuando ella se acercó, advirtió que él tenía un aroma peculiar. “Bueno, nadie es perfecto”, se dijo.

»Cuando alcanzó al hombre, desmontó. Se tumbaron en el suelo y se aparearon. Después, ella dijo: “Tengo una mala noticia.”

»“¿Ah, sí?”, dijo el Tramposo.

»“La Anciana del Norte ha perdido su peine. Por eso no puede peinar su pelaje y no vendrán más animales al mundo.”

»“¿Y qué?”

»“Si tenemos un hijo, morirá de hambre.”

»“¿Y qué? No es asunto mío. Mientras pueda aparearme, me doy por satisfecho. ¿A quién le importa lo que salga de lo que hemos hecho juntos?”

»“A mí me importa. Y de todas formas, si esta situación continúa, todos moriremos. Pues ¿cómo podemos vivir sin los cuernicurvos y los pájaros del aire y los peces de los ríos?”

»“Si tú quieres morir, adelante, hazlo. No me preocupa. Pretendo seguir viviendo, no importa lo que le pase al resto del mundo.” El Tramposo se dio la vuelta y se puso a dormir.

»La Hacedora de Cuerdas lo miró. Su pelaje brillaba como el cobre y todo su cuerpo resplandecía. Se dio cuenta de que no se trataba de un hombre corriente. Era un espíritu. Un espíritu desagradable. El Tramposo.

»Con su cuerda lo ató. Luego esperó. El despertó y trató de desperezarse. No pudo. “¿Qué es esto?”, exclamó.

»“Estás atrapado —dijo la Hacedora de Cuerdas—. Y no te soltaré hasta que me des el peine de marfil.”

»El Tramposo rechinó los dientes. Se agitó y rodó. Un talón golpeó el suelo e hizo un agujero. Brotó agua y formó un lago. El lago está todavía allí. Es ancho y poco profundo y está lleno de piedras y juncos. Se llama el Lago del Tramposo o el Lago de los Insectos y las Piedras.

»La cuerda no se rompió. El Tramposo continuó debatiéndose. Se apartó rodando de la Hacedora de Cuerdas. Golpeó la tierra con sus manos atadas. Hizo otro agujero, más grande que el primero. Salió barro caliente que burbujeó alrededor del

Tramposo. Hervía como un pájaro en la olla. Su magia era poderosa. No recibió ningún daño. La cuerda, sin embargo, no pudo sobrevivir al calor y la humedad. Empezó a ceder. El Tramposo se liberó. Se incorporó de un salto y gritó:

*¡Soy el Tramposo,  
oh, mujer idiota!  
No pueden retenerme.  
No conozco ninguna obligación.*

*¡Soy el Tramposo,  
oh, mujer idiota!  
Nadie puede contenerme.  
Nadie me puede parar.*

»Después echó a correr por la llanura. Se fue al norte, de vuelta a su escondite. La Hacedora de Cuerdas lo vio marchar. Se mordió los labios y cerró los puños. “Es un gran espíritu y puede que sea mi pariente. Pero no le dejaré salirse con la suya.”

»Montó en su cuernicurvo y cabalgó hacia el norte. Viajó durante mucho tiempo y tuvo muchas aventuras. Pero no tengo tiempo de contarlas.

»Por fin llegó al lugar donde vivía la anciana. Era verano. La llanura estaba amarilla. Los ríos eran poco caudalosos. La Hacedora de Cuerdas desmontó. Ató su animal. Luego subió al cielo.

»“Abuela —llamó—. ¿Quieres dejarme pasar? He venido de muy lejos para verte.”

»“Pasa —dijo la anciana—. Pero no puedo ayudarte. He perdido mi peine. No tengo nada que dar.”

»La Hacedora de Cuerdas entró en la tienda. La anciana estaba allí, sentada en el suelo. Iba desnuda y se rascaba el vientre con las dos manos. “Me estoy volviendo loca” —dijo—. Mi pelaje está lleno de animales y no puedo sacarlos. Puedo sentirlos arrastrarse por los pliegues de mi vientre. Puedo sentirlos en mis sobacos. Puedo sentirlos en mi espalda. Nieta, te lo suplico. ¡Sé amable conmigo! Ráscame entre los omóplatos.”

»La Hacedora de Cuerdas le rascó la espalda. La anciana siguió quejándose: “Incluso puedo sentirlos dentro de mi vagina, aunque no tengo pelaje ahí. Se agitan de vez en cuando y me hacen cosquillas. ¡Oh! ¡Es terrible!”

»La Hacedora de Cuerdas frunció el ceño. Recordó cómo olía el Tramposo. De inmediato reconoció su escondite. “¿Pero cómo lo sacaré? —se preguntó—. ¿Y cómo lo atraparé y lo sujetaré, cuando esté fuera?”

»Decidió irse a dormir. Se acostó y cerró los ojos. La anciana se sentó a su lado, rascándose. Pronto la Hacedora de Cuerdas empezó a soñar. Tres espíritus la

visitaron. Uno era una mujer de mediana edad con una gran barriga y pechos enormes. Llevaba una larga túnica cubierta de bordados.

»El siguiente espíritu era un hombre. Su pelaje era verdiazul y tenía alas en vez de brazos. Llevaba un kilt del mismo color que su pelaje. La hebilla de su cinturón era redonda y estaba hecha de oro. Resplandecía.

»El tercer espíritu era una mujer joven. Era grande y musculosa. Llevaba un martillo y un delantal de cuero. Sus ojos eran anaranjados.

»La Hacedora de Cuerdas los reconoció. La primera era la Madre de las Madres. El segundo era el Espíritu del Cielo. Y la tercera era la Señora de la Fragua, que viven en Hani Akhar, el gran volcán.

»“Oh, sagrados —dijo la Hacedora de Cuerdas—. ¡Ayudadme! Sé dónde está el Tramposo. Pero necesito un modo de sacarlo de su escondite. Y cuando esté fuera, intentará escaparse. Necesito un modo de capturarlo.”

»El Espíritu del Cielo habló primero: “Yo vigilaré. Si intenta escapar, veré dónde va. No podrá encontrar un nuevo escondite.”

»La Señora de la Fragua habló a continuación: “Yo haré una cuerda de hierro, forjada con magia para que no se rompa nunca. Se cerrará sola y podrá moverse. El Tramposo no escapará de ella.”

»La Madre de las Madres habló la última: “Yo sé cómo sacar al Tramposo de su escondite.” Se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído a la Hacedora de Cuerdas.

»Por la mañana la Hacedora de Cuerdas despertó. Había una cuerda enroscada a su lado. Era de color gris oscuro y tenía una textura peculiar, como las escamas de un lagarto. La Hacedora de Cuerdas le echó un vistazo. Estaba hecha de muchos diminutos eslabones de hierro unidos unos con otros.

»“Buenos días, abuela —le dijo a la Anciana del Norte—. He tenido una idea. Dijiste que la vagina te cosquilleaba, aunque no tiene pelaje.”

»La anciana hizo el gesto de acuerdo.

»“No creo que haya un animal ahí dentro. Creo que necesitas sexo.”

»“¡Estás loca! —exclamó la anciana—. No es el momento del año. Y además, soy demasiado vieja para sentir el celo.”

»“Recuerda —dijo la Hacedora de Cuerdas—. Una mujer no envejece fácilmente. La sensación de celo no desaparece de golpe. A menudo una mujer se vuelve irritable e insegura. Su conducta cambia de día a día. Siente celo en momentos equivocados. En el momento adecuado, en primavera, no siente nada. No comprende qué está pasando... Igual que una muchacha joven cuando se convierte en mujer. Creo que esto es lo que te ha pasado.”

»“¡No!”, exclamó la anciana.

»“En todo caso, prueba con el sexo. Iré a buscarte un hombre joven. Si tengo razón, y lo que sientes es el celo (un poco tarde, lo admito), entonces el joven responderá ante ti. Y tal vez te sientas mejor después.”

»La Hacedora de Cuerdas se levantó y salió de la tienda. Se llevó consigo la cuerda de hierro.

»El Tramposo se enteró de todo esto. Se inquietó. “Si esa mujer loca puede encontrar a un hombre dispuesto a aparearse con esta vieja chocha..., bueno, mi posición no será cómoda. Es probable que me den una sacudida terrible. Será mejor que salga de aquí.”

»Esperó hasta que fue de noche y la anciana estaba ya roncando. Entonces salió. Con el peine en la mano, fue hacia la puerta. Salió de la tienda. La Hacedora de Cuerdas estaba esperando allí. La luna grande iluminaba el cielo y la llanura. Iluminó también al hombre cuando salió por la puerta.

»“¡Se acabó, espíritu desagradable!”, exclamó la mujer. Lanzó la cuerda de hierro.

»La cuerda se retorció en el aire. Se enroscó alrededor del Tramposo, que tropezó y cayó. El peine escapó de su mano. La Hacedora de Cuerdas lo recogió. En cuanto al Tramposo, cayó del cielo y aterrizó en la llanura. Se revolvió de un lado a otro. Gritó. Se debatió. Pero la cuerda no se rompía. Al cabo de un rato, se rindió. Se quedó quieto, respirando con dificultad.

»Tres espíritus aparecieron a su alrededor. Los miró. “Sé que sois responsables de esto.”

»“Sí —dijo la Madre de las Madres—. Este es el final de todos tus malévolos trucos. Vamos a llevarte lejos de aquí y a arrojarte al océano. No causarás más problemas.”

»“No estéis tan seguros”, dijo el Tramposo.

»Lo levantaron y lo llevaron por los aires. Lo soltaron en medio del océano. Cayó al agua. Se hundió más y más hondo. Por fin alcanzó el fondo. ¡Aiya! ¡Era un sitio oscuro y frío! Los peces de las profundidades le mordisquearon los pies. Él se retorció y trató de gritar. En cambio, tragó agua. Pero no podía ahogarse. Su vida era eterna. Se quedó allí más años de los que podemos contar. Entregó su naturaleza al océano, que se volvió caprichoso e indigno de confianza. Al final, se liberó. Pero esa es otra historia.

»En cuanto a la Hacedora de Cuerdas, regresó a la tienda. Despertó a la anciana y le devolvió el peine.

»“¡Oh! ¡Esto es maravilloso!”, exclamó la anciana. Empezó a peinar su pelaje. Salieron animales, a centenares. Cayeron del cielo y llenaron la tierra. Toda la gente se regocijó.

Inahooli dejó de hablar. Yo descruce las piernas y me levanté. Ya era mediodía. Con la luz del sol, el aire era cálido y quieto. Yo estaba sudando.

—Bien —dijo Inahooli—. ¿Estás impresionada? ¿Crees que mi antepasada es grande?

—Sí —respondí. Me volví y contemplé la torre. Un dios tramposo, como Anansi la Araña y Coyote y el Conejo B’rer. Había otras extrañas similitudes. La Anciana del

Norte me recordaba a un personaje de la mitología esquimal. ¿Acaso existía un arquetipo universal? ¿Encontraríamos los mismos personajes planeta tras planeta? Imaginé un inconsciente colectivo que se extendía a través (o quizá subyacía por) toda la galaxia. ¡Qué idea! Pero me movía demasiado rápido. No tenía datos suficientes. Me desperecé—. Tengo que irme.

—¡No! No te vayas. Tengo otras historias.

Hice el gesto de rechazo amable, seguido por el gesto de extremo pesar.

—Nía está esperando.

Ella se levantó, frunciendo el ceño.

—Hay algo en ese nombre... —Abrió mucho los ojos—. ¡Lo recuerdo! Nia la Herrera. La mujer que amó a un hombre. —Empleó la palabra que significaba «afecto familiar», el amor entre hermanas o entre una madre y sus hijas—. Nos hablaron de ella en el Pueblo de Hierro. Dijeron que el hombre murió, pero que ella seguía en la llanura. Una mujer grande con la mirada de la mala suerte. Nos advirtieron. Dijeron: «Si se acerca al poblado, dejad que se quede solo el tiempo que sea decente. Luego decidle que se marche. Si la dejáis quedarse, agriará la leche en vuestros cuencos. Hará que vuestros fuegos se apaguen».

—Nia no hace ningún daño —dije. Mantuve la voz tranquila y baja. Una voz confiada. La voz de la cordura.

Inahooli guardó silencio, todavía con el ceño fruncido, obviamente reflexionando.

—No ha renunciado a su extraña conducta. Cuando mencionó a vuestra compañera no usó ninguna terminación de vuestra lengua. Tú dijiste el nombre de manera distinta. No comprendí. Ella le dio al nombre una terminación de su propio lenguaje o del lenguaje de los regalos. En cualquier caso, es una terminación masculina. Vuestro amigo es un hombre.

Abrí la boca. ¿Qué podía decir? No me gustaba mentir y no creía que Inahooli fuera a creerse ninguna mentira que le contara.

—Será mejor que me marche.

Ella me observó con los ojos entornados.

—¿Qué eres? ¿Por qué viajas con una mujer así? ¿Y con un hombre?

—Ya te lo he dicho, soy corriente. Entre mi gente, al menos.

Ella hizo el gesto de desacuerdo, moviendo la mano enfáticamente.

—He conocido al Pueblo de Hierro y al Pueblo del Cobre y al Pueblo de la Piel y el Estaño. Nadie es realmente diferente. No en las cosas que son importantes. Creo que eres un demonio.

¿Cómo se razona con un fanático religioso? Lo pensé durante un momento.

—Recuerda lo que has dicho antes de venir aquí. La torre es mágica. Si soy un demonio, ¿por qué no me ha pasado nada?

Ella se volvió a mirar el entramado. En lo alto, un par de estandartes se movían lánguidamente. Un par de plumas aleteaban. Debía de estar levantándose brisa, aunque yo no podía sentirla.



Inahooli hizo el gesto de acuerdo.

—Sí que he dicho eso.

—Y yo estoy bien.

Hubo una pausa. Entonces Inahooli habló. Su voz fue lenta al principio. Obviamente, estaba pensando en voz alta.

—Tienes razón. La torre tendría que haberte hecho daño. No te lo ha hecho. —Se volvió hacia mí—. Has vencido nuestra magia. La torre es algo.

Yo no conocía la palabra, pero pude deducir su significado. La torre estaba contaminada, desacralizada. Había perdido su poder.

—Yo te he traído aquí —dijo Inahooli—. Yo soy la guardiana. Esto destruirá mi reputación. —Sacó su cuchillo.

—Escúchame.

Me agarró por el brazo y alzó el cuchillo. Me retorció y descargué una patada que la alcanzó en la entrepierna. Fue una buena patada. Ella retrocedió. Eché a correr.

Llegué a la canoa, pero ella me seguía de cerca. No había tiempo para botar aquella maldita cosa. Agarré un remo y me volví para enfrentarme a Inahooli.

—¿No podemos hablar?

—¡No! —Se abalanzó sobre mí. Le di con la pala en el hombro. Ella gritó y dejó caer el cuchillo—. ¡Escúchame! ¡No quiero hacerte ningún daño!

Ella agarró el cuchillo con la otra mano.

—¿Cómo podemos usar la torre? Las máscaras están estropeadas. La magia ha desaparecido.

Se lanzó a la izquierda. Mi izquierda. Me volví y alcé el remo. El cuchillo destelló. Giré. Inahooli dio un salto atrás.

—¡Te alcancé, demonio! —gritó.

—¿Qué?

—¿No ves la sangre en el suelo?

Bajé la mirada y solo vi la playa rocosa. No había sangre. Algo se movió en la periferia de mi visión. Inahooli. Se lanzaba contra mí de nuevo con el cuchillo levantado. Agité el remo arriba y abajo. La golpeé en el estómago. Ella gruñó y se dobló por la mitad. Descargué el remo contra la parte posterior de su cabeza.

Cayó. Recogí el cuchillo y lo lancé a los juncos, y luego me volví a mirarla. Yacía boca abajo, inmóvil.

Me arrodillé y le palpé el cuello, luego pasé la mano por su nuca. El pulso era fuerte y regular. Su cabeza parecía sólida como una roca. ¡Bien! Pero no iba a ponerme a cuidarla. Lo más probable era que intentara matarme otra vez. Empujé la canoa hasta el agua, salté dentro y remé para alejarme de la isla. ¡Las cosas que hacía para conseguir un mito!

Después de haber dejado bien atrás los juncos, advertí que me pasaba algo en el brazo izquierdo. Recogí el remo y eché un vistazo. Tenía la camisa rasgada desde el codo a la muñeca. La sangre goteaba sobre la madera oscura de la canoa y sobre mis

pantalones vaqueros.

—Maldición.

Me quité la camisa y torcí el brazo, tratando de ver el corte. Sentí un retortijón de dolor en el hombro. El corte era largo y poco profundo. Un arañazo. Nada de lo que preocuparse. Sangraba bien, lo que reducía el riesgo de infección. No es que una infección fuera probable, a menos que fuera por algo que hubiera traído conmigo. Me envolví el brazo con la camisa y até las mangas. Luego seguí remando.

Sopló una brisa uniforme y ligera. Las olas salpicaban contra la canoa. Empezó a dolerme el brazo. El hombro también. Me concentré en la respiración: dentro y fuera, marcando el ritmo con el movimiento de mis brazos mientras alzaba el remo y lo llevaba hacia delante, lo metía en el agua y empujaba hacia atrás.

Por delante de mí se extendía la orilla. ¿Dónde podría desembarcar? Me cubrí los ojos. Había una figura en la orilla, sobre los juncos. No. Dos figuras. Me saludaron. Hice virar la canoa y remé hacia allí. En un momento se perdieron de vista. Los juncos se alzaban sobre mí, sus cabezas hinchadas oscilando, y no tenía espacio para moverme. Empleé el remo, golpeé el fondo y empujé. La canoa se abrió paso entre la vegetación hacia una zona de agua despejada. Nia y Derek saltaron al agua y me empujaron hasta la orilla.

—¿Dónde está Inahooli? —preguntó Nia.

Me levanté. La canoa se agitó bajo mis pies. Derek me agarró del brazo.

—¡No!

Me soltó.

—¿Qué es esto? —Mostró su mano. La palma estaba roja.

—Sangre —pisé la tierra seca, me senté y me desmayé.

Cuando recuperé el conocimiento, estaba de espaldas, mirando el follaje. Las largas y estrechas hojas de la hierba monstruosa brillaban, recortadas por la luz del sol.

—¿Puedes entenderme? —dijo Derek.

—Sí. Por supuesto. —Volví la cabeza. Él estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. Iba desnudo de cintura para arriba, y vi el brazalete en su brazo. La ancha banda de oro. No paraba de enfocarse y desenfocarse.

—¿Qué ha pasado?

—La mujer. Inahooli.

—Nia me ha hablado de ella. ¿Qué ha hecho?

—Ha creído que yo era un demonio. Que le daba mala suerte a su... —hice una pausa, tratando de pensar la palabra adecuada— artefacto. El que está protegiendo. Me persiguió con un cuchillo. La golpeé. Derek, está viva. ¿Y si viene a por mí?

Él sonrió brevemente.

—Yo me ocuparé de eso. Descansa.

—Muy bien. —Cerré los ojos, los volví a abrir—. Los cuernicurvos.

—Encontré uno. La Voz de la Cascada consiguió permanecer montado. No sé

cómo. Lo dejó correr hasta que se agotó. No tuvo más remedio, me dijo. Al final tuvo que pararse. Él lo calmó y lo dejó descansar. Luego dio la vuelta. Lo encontré al anochecer. Acampamos en la llanura. Y por la mañana... —Hizo un gesto que no reconocí.

—¿Qué es eso?

—¿Qué?

—El gesto con la mano.

Él sonrió.

—Es un gesto humano, Lixia. Significa, aproximadamente, «olvídalo» o «por qué molestarse» o «ya puedes imaginarte el resto». —Oh.

—Hemos llegado aquí a media mañana, después de que te marcharas.

—Oh. —Cerré los ojos, entonces recordé algo más—. Las radios.

Derek se echó a reír.

—Están en el otro cuernicurvo. El que no encontré.

—Mierda.

—Ajá. He pensado que debería asegurarme de que la Voz de la Cascada vuelva al estanque. Nia saldrá mañana en el animal que tenemos. Es mejor jinete que yo, y este es su planeta. Con suerte, encontrará las radios. Y yo me aseguraré de que como-se llame, la mujer que te ha herido...

—Inahooli.

—Me aseguraré de que no cause más problemas.

—¿Qué significa eso?

Él sonrió.

—Nada dramático. Me quedaré aquí y mantendré los ojos abiertos. Ahora, duérmete.

Derek se marchó. Estaba preocupada. ¿Y si Nia no podía encontrar el otro animal? Estaríamos solos por primera vez. Realmente solos en un planeta alienígena. Podrían pasar días antes de que la gente de a bordo advirtiera que algo iba mal. ¿Qué harían entonces? ¿Cómo nos encontrarían? Traté de pensaren señales. Una hoguera enorme. Eso sería lo mejor. Pero ¿podríamos hacer una que fuera lo bastante grande? ¿Y sabrían ellos que la habíamos encendido nosotros?

Me quedé dormida y tuve pesadillas. Inahooli me perseguía. Yo corría por un largo pasillo entre paredes de cerámica. Entonces el pasillo desapareció. Estaba en la llanura. Me di la vuelta y vi una muralla de fuego avanzando hacia mí. ¡Un incendio en la hierba! Corrí. Pero era muy difícil. La hierba era alta y tupida. No paraba de resbalar. El fuego ganaba terreno.

Me caí, rodé y abrí los ojos. El humo se arremolinaba sobre mí. Me incorporé, horrorizada.

Oh, sí. La hoguera del campamento. Ardía a tres metros de distancia. Mis acompañantes estaban sentados alrededor. Tras ellos se extendían el lago y el sol poniente. Caía la tarde. Me dolía el brazo, la cabeza me martilleaba y sentía la

garganta seca.

—¿Hay algo de beber?

Ellos me miraron.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Nia.

—Tengo sed.

Nia me trajo una esfera verde con un agujero en la parte superior: algo parecido a una calabaza o tal vez un coco. ¿Dónde la había encontrado? La tomé y bebí. El líquido estaba fresco y tenía un sabor fuerte. ¿A qué sabía? ¿A cítrico? No del todo. Volví a beber.

—¿Puedes hablar ahora? —preguntó Derek—. ¿Qué estaba protegiendo la mujer? ¿Y por qué decidió que eras un demonio?

Miré a Nia, que estaba agachada a mi lado.

—Tenías razón. Tu pueblo ha hablado de ti. Inahooli recordaba a Nia la Herrera. La mujer que amó a un hombre.

Nia frunció el ceño.

—Hay veces en que pienso que mi pueblo habla demasiado. ¿No tienen nada mejor que hacer?

—Y ha deducido que Derek es un hombre.

—Porque usé la terminación masculina de su nombre.

—Sí.

Se levantó y cerró el puño, y luego se golpeó el muslo.

—Soy igual que mis parientes. Mi lengua sube y baja como un estandarte al viento, y no pienso. —Abrió la mano e hizo el gesto que significaba «sea pues».

—Uno de nosotros debería quedarse despierto esta noche y montar guardia. Esa mujer probablemente está un poco loca. Ha pasado sola demasiado tiempo, y ha estado demasiado cerca de algo sagrado. Puede venir por Lisa.

Derek hizo el gesto de acuerdo.

—La he golpeado bien fuerte —dije—. A mi entender seguirá todavía —hice una pausa tratando de encontrar la palabra adecuada en la lengua de los regalos—... dormida. O tal vez esté muerta.

Derek contempló el agua.

—Tal vez. No tengo intención de ir a comprobarlo. La isla es sagrada. Ella ha dejado muy claro que no nos quiere allí. Y por regla general, no me inmiscuyo en el karma de los demás. Ella decidió invitarte a la isla y decidió intentar matarte. Si esas decisiones acaban en su muerte..., bueno. —Hizo una pausa y empleó el mismo gesto que Nia había empleado un minuto antes. «Eso es lo que hay», decía el gesto.

El oráculo se inclinó hacia delante.

—No sé qué hiciste en el pasado, Nia, y no sé por qué tu pueblo cuenta historias sobre ti. Pero esta situación no es culpa tuya.

—¿Por qué no?

El oráculo señaló a Derek.

—Él entró en el valle de los demonios. Se llevó el brazalete. Ahora los demonios están enfadados. Están causando todos estos problemas... El shuwabara y la mujer furiosa.

¿Shuwabara? ¿Era ese el nombre del animal que había asustado a nuestros cuernicurvos?

El oráculo se levantó. Tendió la mano.

—Dame el brazalete.

Derek frunció el ceño.

—Hazlo —dije yo en inglés—. Ya tenemos suficientes problemas.

Derek se quitó el brazalete. El oráculo se lo puso en el brazo.

—¿Qué vas a hacer con él? —pregunté.

—El espíritu me lo dirá.

El oráculo se despojó de su túnica. Se quedó desnudo, a excepción del brazalete y el collar. Su oscuro pelaje brillaba. Las joyas resplandecían. En conjunto, era impresionante. Arrojó la túnica al suelo.

—Voy a ir yo solo. Danzaré hasta entrar en frenesí. Entonces, tal vez, el espíritu venga a mí.

Se alejó camino del lago.

—¿Crees que volverá? —preguntó Derek.

—No.

—Maldición. —Se echó a reír y se encogió de hombros—. Oh, bueno.

Nia preparó la cena: pescado destripado y relleno de hierbas, y luego envuelto en hojas y asado en las brasas. Estaba delicioso, pero yo me encontraba demasiado cansada para tener hambre. Comí medio pescado y me acosté. El sol se había puesto. Las nubes se movían en el cielo. Eran altas y brumosas, doradas con las últimas luces del día. Mis compañeros hablaban en voz baja. Los pájaros emitían suaves ruidos nocturnos. Cerré los ojos.

Cuando desperté, el sol había vuelto a salir. ¿Quién había montado guardia? ¿Se había acordado Derek? Me puse en pie, gimiendo. Un cuerpo (oscuro y peludo) estaba tendido junto a la hoguera. El oráculo. Dormido. No había ni rastro de Derek ni de Nia ni del cuernicurvo. Recorrí el bosquecillo. El animal, decididamente, había desaparecido. Nia debió de marcharse en cuanto hubo luz. Contemplé la llanura, protegiéndome los ojos contra el sol. Nada. Regresé. El oráculo se había dado media vuelta. Tenía los brazos sobre la cara. Roncaba.

Bajé hasta el lago. Los pájaros aleteaban en los cañaverales. En la orilla había dos canoas. Me detuve, aterrorizada. No estaba en condiciones de enfrentarme a Inahooli. ¿Le había hecho algo a Derek? Necesitaba un arma. Un remo ya me había funcionado. Me acerqué a las canoas.

Inahooli estaba dentro de una de ellas. Desnuda, con los pies atados con una tira de tela amarilla y otro trozo de tela del mismo color de mordaza. Tenía las manos a la espalda. No vi cómo estaban atadas. Me miró.

Me reí, aliviada. No la había matado.

—Debes de haberte encontrado con Derek.

Ella gruñó.

—Creo que no te quitaré la mordaza. Me gustaría saber dónde está Derek. Pero supongo que no me lo dirías, aunque lo supieras.

Inahooli gruñó y se retorció. ¿Había alguna posibilidad de que pudiera soltarse? Por supuesto que no. Derek la había amarrado. Me pregunté si alguna vez cometería un error grave.

—Tengo que irme. Volveré más tarde.

Inahooli gruñó por segunda vez.

Encontré a Derek un poco más allá, en una playa de grava negra. Había una abertura en los cañaverales. Un canal, de dos o tres metros de ancho, conducía al lago. Un pájaro flotaba en el canal. Tenía un aspecto perfectamente corriente.

—Tiene dientes —dijo Derek.

Llevaba el largo pelo mojado y zonas húmedas en la camisa, que se remetiÓ en los pantalones. Luego me sonrió.

—¿Un baño matutino? —pregunté.

—Ajá. —Se abrochó una de las mangas. Vi un destello justo antes de que cerrara el tejido. Tenía algo metálico en el brazo.

—He encontrado a Inahooli. ¿Qué ha pasado?

—Nia se fue a dormir, y yo me fui a observar al oráculo. Nunca pases por alto un ritual —me dijo—. Ha hecho exactamente lo que decía que iba a hacer. Danzar y cantar y agitar una rama, todo bajo una luna llena en tres cuartos y en clara erupción. Se distingue la columna de humo sobre el borde. Empieza en la parte iluminada y luego se curva hasta la parte de la luna que sigue todavía en sombra. Un espectáculo fenomenal.

»No he comprendido lo que estaba diciendo el oráculo. No usaba la lengua de los regalos. Pero lo he grabado todo.

—¿Qué ha hecho con el brazalete?

—Lo ha arrojado al lago. Ese fue el final de la ceremonia. Ha vuelto al campamento. He dado un paseo y he mantenido los ojos bien abiertos. Suponía que estaría cansado después de tantos saltos. Tú estabas herida, y Nia tenía que levantarse temprano. Solo quedaba yo para hacer la guardia, y quería seguir contemplando la luna. —Se abrochó la parte delantera de la camisa—. La mujer ha llegado dos horas más tarde. No. Más bien tres. La luna estaba todavía en el cielo. Ha venido en la segunda canoa. Supongo que eso es obvio. No la he visto, ni la he oído desembarcar. Es una dama muy silenciosa. Pero ha despertado a un pájaro al atravesar los juncos, y el pájaro ha silbado.

»Yo he esperado en las sombras. El fuego, nuestro fuego, estaba ardiendo. Ella se ha acercado. Sabía que lo haría. Cuando ha llegado al bosquecillo, le he saltado encima. —Sonrió—. Es fuerte además de silenciosa. Pero yo tenía la ventaja de la

sorpresa. Después de dejarla inconsciente, la he arrastrado hasta la canoa y la he atado. No tenía cuerdas. He desgarrado su túnica y la he utilizado. Tengo hambre. Volvamos al campamento.

Caminamos por la orilla. Derek continuó:

—Nia se ha marchado al amanecer. No le he dicho nada de como-se-llame. Sería otra cosa por la que preocuparse, y ya parecía bastante melancólica. Nia, quiero decir. Supongo que no es una persona madrugadora.

—¿Qué vamos a hacer con Inahooli?

—Retenerla hasta que regrese Nia, y luego soltarla, pero solo cuando estemos listos para marcharnos. No nos seguirá. Tiene que vigilar su torre.

—Me pregunto si la estamos volviendo loca.

—¿Qué? —Se detuvo y me miró.

—Me pareció vulnerable, aunque es difícil juzgar a una persona de otra cultura. Tal vez todas son así: fanfarronas y a la defensiva. En cualquier caso, su autoestima está relacionada con la torre y su puesto como guardiana. Ahora ha fracasado. Estoy segura de que piensa que la torre se ha malogrado, y no creo que sea capaz de aceptar su fracaso. No creo que tenga la... ¿cómo llamarlo? Flexibilidad de espíritu.

Derek hizo el gesto de duda.

—Creo que subestimas a esa mujer. Su tecnología es primitiva... Lo que tú llamas primitivo, al menos. Pero no creo que sea simple. Sé que Nia no lo es. Y el oráculo es tan complejo que no sé cómo tratarlo. Lo más probable es que esta mujer... He olvidado otra vez su nombre.

—Inahooli.

—Lo más probable es que haga lo que yo haría en su lugar.

—¿Qué? —Eché de nuevo a andar.

Derek mantuvo el ritmo.

—Mentiría. Fingiría que no ha sucedido nada. Cuando llegara mi pueblo, diría: «Todo va bien».

Fruncí el ceño. Derek me miró, luego continuó.

—Cada sociedad tiene sus cánones de conducta, y en cada sociedad la gente incumple esos cánones. La realidad y la fragilidad humana se interponen en el buen camino. Bueno, no puedes ignorar los cánones, y no puedes hacer que todo el mundo en la sociedad vaya por ahí entonando un mea culpa. Así que inventas la hipocresía. Está presente en cada sociedad que he estudiado. Estoy seguro de que existe en este planeta.

—Tal vez.

Nos apartamos de la orilla y nos dirigimos al bosquecillo.

—Piensa en mi pueblo —dijo Derek—. Para ellos hay dos cualidades importantes: la tranquilidad y la sinceridad. Bueno, ¿qué haces cuando la sinceridad crea una situación desagradable? —Hizo una pausa. Yo no dije nada—. En primer lugar, intentas evitar el problema. Comes un poco de peyote. Te concentras en las

pautas cósmicas. Eso es lo importante, después de todo... Toda esa energía brotando de las estrellas y alzándose del suelo.

El mundo está cargado de la grandeza de Dios.

Destellará, como el resplandor de una chapa; se convierte en grandeza, como el manar del aceite aplastado...

»Y así sucesivamente. Si no puedes escapar del problema, si vuelves al aquí y ahora y entonces mientes. Lo cual es deshonesto e hipócrita, pero natural y humano, y mantiene la tranquilidad.

Llegamos al campamento. El oráculo estaba despierto, alimentando el fuego. Nos miró.

—¿Nia se ha ido?

—Sí —respondió Derek—. Y vino esa mujer. Inahooli. Está junto al agua. La he atado.

—Nuestra suerte está cambiando. Nia encontrará al cuernicurvo y todo saldrá como se suponía que tenía que salir. Mi espíritu me lo ha prometido.

Derek hizo el gesto que significaba que había oído lo dicho pero que reservaba su valoración.

Más tarde los tres nos encaminamos hacia la canoa. Inahooli estaba en la misma posición que antes. Tenía la cabeza vuelta y los ojos cerrados contra el resplandor del sol.

La miré un instante.

—Esto no va a funcionar —dije en inglés—. Nia podría estar fuera días enteros. No podemos mantener así a esta mujer.

Ella abrió los ojos, frunció el ceño y los entornó.

—Es incómodo. Es humillante. Y antidemocrático. ¿Qué derecho tenemos a privarla de su libertad?

—Tenemos derecho a protegernos —dijo Derek.

—Bueno, tal vez. En cualquier caso, esto no es práctico. ¿Cómo va a comer? ¿O a hacer sus necesidades? No podemos dejarla tendida en sus propios excrementos como un personaje de novela de la vieja sociedad.

El oráculo se inclinó sobre Inahooli. Le aflojó la mordaza.

—Demonio —dijo ella.

—No. Soy un hombre santo. Un oráculo. Sirvo al Espíritu de la Cascada, que es grande y poderoso y capaz de manejar cualquier tipo de mal.

Una palabra interesante, aquella. «Mal», un nombre abstracto. En su lengua era un adjetivo unido a un sustantivo que significaba «cosa». El adjetivo significaba «malo», como si se refiriera al mal gusto. También significaba «desafortunado» o «peculiar».

—Eres un demonio —dijo la mujer—. Viajas con demonios.

—No son demonios. Son personas sin pelo.

—Uno de ellos es un macho. Y tú eres un hombre. —El oráculo hizo el gesto de



acuerdo—. Todo el mundo sabe que los hombres son solitarios por naturaleza y tienen mal temperamento y no están dispuestos a compartir nada con otros hombres. Pero tú viajas con ese. —Indicó a Derek con un movimiento de cabeza—. Tienes que ser un demonio o un monstruo.

—Estás pensando mal —dijo el oráculo.

De nuevo la misma palabra, la que significaba «malo» o «maligno» o «extraño».

El oráculo se enderezó.

—Has estado sola demasiado tiempo. No es natural que una mujer permanezca sola en una isla.

—Soy la guardiana. Y esa, la mujer, ha causado daño a mi torre.

—¿Cómo? —preguntó la Voz de la Cascada.

—Vino a la isla. Se sentó a la sombra de la torre.

—No, no lo hice. Era mediodía. No había ninguna sombra. Justo bajo la torre, tal vez, pero no donde yo estaba.

—Estuviste en la isla. La gente mala, la gente que es desafortunada, no puede ir a un sitio sagrado. No hasta que ha participado en una ceremonia de purificación. Pero no hay forma de purificar a un demonio.

—Dijiste que si fuera un demonio, la torre me dañaría. No fui dañada. ¿Cómo puedo ser un demonio?

La mujer cerró los ojos un momento, frunciendo el ceño. Entonces me miró.

—Explicué esto antes. Eres un demonio. Puedo verlo ahora. Tienes que ser un demonio. ¿Quién si no viajaría con hombres? ¿Y con una mujer como Nia? La magia de la torre debería haberte destruido. O, como mínimo, haberte causado un terrible dolor. Pero estás bien. Por tanto, es la torre la que ha sido dañada. ¡Y yo soy la guardiana! ¿Cómo podré explicarlo?

—Este argumento es como un pez que se muerde la cola. Si Lixia es un demonio, la torre la dañará. La torre no la daña, y eso significa que es un demonio.

Hice el gesto de desacuerdo.

—No has entendido el argumento.

—Ayúdame a sentarme —dijo la mujer—. No puedo hablar así.

El oráculo la sujetó por las hombros. Tiró de ella hasta sentarla. Ella gruñó y se retorció, moviendo la parte superior de su cuerpo de lado a lado.

—Tengo los brazos entumecidos. No siento nada. ¿Y cómo puedo hablar sin usar las manos?

El oráculo me miró.

—Libérala. Pero solo las manos.

—Necesito un cuchillo —dijo él.

Derek le dio uno.

El oráculo cortó.

—¿Están libres? —preguntó la mujer—. No puedo moverlas.

—Están libres.

Se inclinó hacia delante. Sus brazos cayeron y sus manos chocaron contra los lados de la canoa.

—¡No siento nada! ¡No puedo hacerlos funcionar!

—Tienes los brazos dormidos —dijo Derek. Le colocó las manos en los muslos. Luego empezó a frotarle un brazo.

—¡Aiya! ¡Duele! ¡Pica!

Derek siguió frotando.

—¿Lixia?

—Sí.

—Explica el argumento. El que no entiendo. Y tú —dijo a Inahooli—, recuerda que tienes los pies atados. No intentes ninguna tontería.

Inahooli frunció el ceño.

—No hay tiempo para chistes. Y además, no soy buena con los chistes. Todo el mundo lo dice.

—El problema es Nia —dije—. Yo soy un demonio porque viajo con ella. Y contigo y el oráculo.

La mujer alzó el brazo. Cerró el puño, luego lo abrió e hizo el gesto de acuerdo. Entonces empezó a frotarse el otro brazo. Derek se levantó y retrocedió.

—Si yo soy un demonio, entonces la torre es mi enemiga. Si la magia de la torre no me daña, entonces mi magia tiene que haber dañado la torre. Un elegante razonamiento —añadí en inglés—. No le veo ningún fallo.

—Esto es una estupidez —dijo el oráculo—. Habláis y habláis, y no resolvéis nada. Todos pensáis mal y más que eso. —Alzó una mano para recalcar lo que decía—. Estáis tonteando con palabras. Sois como niños con piedras brillantes. Arrojáis las palabras. Las ponéis en fila. ¡Aiya! ¡Qué bonito! ¿Pero qué significan? —Rodeó la canoa, luego se dio la vuelta y nos miró—. ¡Escuchadme, todos vosotros! En mi pueblo hay una mujer a la que llaman la intermediaria. Cuando hay una discusión, va a ver a las mujeres que están implicadas. Hace preguntas. Cada mujer dice su parte de la discusión. Entonces la intermediaria se queda sola. Piensa en todo lo que ha oído. Rebusca entre las historias y descarta todo lo que parece malicioso o estúpido. Cuando la gente discute, empieza a reflexionar. El recuerdo de la discusión permanece en su cabeza. Es como comida que ha sido almacenada todo el invierno: medio podrida y llena de bichos. Y es difícil distinguir lo bueno de la basura.

»Pero la intermediaria aprende a darles la vuelta a las ideas. Sabe cómo encontrar los puntos flacos y los pequeños agujeros donde se han colado los bichos. Descarta todas las malas ideas. Lo que queda es el verdadero motivo de la discusión. Una vez que lo sabe, puede empezar a zanjarla.

Hizo una pausa. Inahooli abrió la boca. El alzó la mano, la palma hacia delante. El gesto significaba «alto» o «espera». Era idéntico al gesto humano.

—A veces la intermediaria no encuentra ningún buen motivo para las discusiones. Sigue buscando. ¿Hay una vecina maliciosa que ha estado contando mentiras o

propagando chismes? ¿Han hecho algo las mujeres de la discusión que sea desafortunado o pueda causar furia en la tierra de los espíritus o en el resto del poblado? La intermediaria sigue buscando hasta que encuentra un buen motivo para la discusión. Ahora... —Se tocó el pecho, luego estiró el brazo, moviéndolo hacia el lado. No reconocí el gesto. Tenía un aspecto formal, como los de los oradores profesionales. Tal vez fuese un gesto reservado para ocasiones especiales: fiestas y ceremonias religiosas—. He estado pensando en el motivo de esta discusión. Todo lo que habéis dicho es estúpido. Y no tenemos vecinas que cuenten mentiras y propaguen chismes. Por tanto, la causa de esta discusión es mágica.

Inahooli frunció el ceño.

—Estás hablando demasiado. Me estoy confundiendo. Todo era sencillo y claro antes de que vosotros llegarais.

El oráculo miró a Derek.

—Creía que esto sucedía a causa del brazalete. Pero lo devolví y realicé una ceremonia propicia.

Agarré el brazo de Derek y le subí la manga. El se apartó de mí. Demasiado tarde. El puño de la camisa estaba abierto y lo que llevaba en la muñeca quedó a la vista. Era el brazalete, naturalmente. La luz del sol lo alcanzó. El metal destelló.

—Te vigiló anoche —le dije al oráculo—. Vio dónde lo arrojaste. Esta mañana ha ido a nadar. Derek nunca se rinde. Por eso tiene la cátedra.

—¿Qué? —preguntó el oráculo.

—Es difícil de explicar.

Derek se quitó el brazalete.

—Muy bien. Tú ganas, Lixia. —Le lanzó el brazalete al oráculo—. Deshazte de él. Lixia puede vigilarme para asegurarse de que no te vigilo.

—¿Qué es esto? —preguntó Inahooli.

La Voz de la Cascada respondió:

—Este —señaló a Derek—, se quedó el brazalete, y no tenía derecho. Fue un regalo a un espíritu o un demonio, quienquiera que habite la tierra del barro hirviente que se encuentra al este de aquí.

—Pertenece al Tramposo. —La mujer miró a Derek—. Eres muy desafortunado. Él no olvida. Y es muy difícil librarse de él.

—¿Veis? —dijo el oráculo—. Siempre hay un buen motivo para todo. Este —alzó el brazalete—, es el motivo de nuestra discusión.

—¿Lo crees? —le preguntó Derek a la mujer.

Ella hizo una mueca.

—No. El Tramposo está enfadado contigo. Pero yo soy quien tiene la mala suerte. Eso no parece justo. —Cerró los ojos y apretó los labios. Todos esperamos. Al cabo de un minuto, abrió los ojos—. ¡El Clan del Ave de Tierra!

—¿Qué? —dijo Derek.

—Su ceremonia sigue a la nuestra, y siempre los abrumamos. Nuestra torre

siempre es más alta y más hermosa. Nuestras bailarinas y cuentacuentos tienen más habilidad. Sé que sienten envidia, y la nueva hechicera nació en su clan..., aunque ahora, por supuesto, pertenece al Clan de la Primera Maga. Pero una mujer no olvida lo que aprendió de niña en la tienda de su madre. ¡Sí! —Hizo el gesto de afirmación—. Ha realizado algún tipo de magia y ha hecho que esto suceda. —Miró al oráculo—. Tenías razón en lo de las vecinas maliciosas. Tendría que haberlo pensado antes. A la torre no le pasa nada malo. Ella me volvió loca con la magia y me hizo pensar que la torre estaba arruinada.

—¿Y el brazalete? —dijo el oráculo.

—Sin duda eso causará mala suerte, pero no a mí. No, esto es debido al Clan del Ave de Tierra. —Guardó silencio, reflexionando.

—Dijiste que el pájaro de tierra robó el fuego del cielo.

Ella me miró, luego hizo el gesto de acuerdo.

—¿Viste la luna anoche? Está ardiendo. ¿Puede eso tener algo que ver con lo que está pasando aquí? ¿Podría ser un presagio? ¿Un signo de magia?

—No. —Hizo una pausa—. Sí. Tal vez. Nunca he sido buena con los presagios. Otra tiene que explicarlos. Yo nunca comprendo lo que significan. Tengo que regresar a la torre. Si la hechicera está intentando volverme loca, entonces debo tratar de ser corriente. Tengo que volver a mi conducta habitual. Tengo que hacer lo que se supone que debo hacer. —Con la mano tiró de la tela que le sujetaba los pies—. ¡Ayudadme! No puedo quedarme aquí. ¿Quién sabe lo que le estará sucediendo a la torre?

El oráculo la liberó. Ella se puso de rodillas, luego intentó apoyarse en un pie. No pudo.

—Mis tobillos no responden.

—Al demonio con eso —dijo Derek. Agarró a la mujer por debajo de los brazos y la aupó—. Agárrate a mí. —La sacó de la canoa—. ¿Puedes permanecer de pie?

—No.

Él la rodeó con un brazo.

—Apóyate en mí. Intenta caminar.

Ella se tambaleó hacia delante.

—Muy bien. Continúa.

Caminaron adelante y atrás. Yo me quedé mirando, tratando de entender lo que había sucedido. ¿De qué habíamos estado hablando? ¿Qué habíamos resuelto?

Al cabo de un rato ella pudo andar sola. Hizo el gesto que implicaba el fin de algo y luego el gesto de gratitud.

—Me marchó. Hay que proteger la torre. Y si estáis dispuestos a seguir mi consejo, libaos del brazalete. Devolvédselo al Tramposo, o de lo contrario os causará muchos problemas.

Empujó una de las canoas hasta el agua, saltó al interior y empezó a remar. En un par de minutos desapareció de la vista entre los cañaverales.

—Voy a esconder el brazalete —dijo el oráculo—. Lixia, vigila tú a ese hombre.

No es de fiar.

El oráculo se marchó.

Yo miré a Derek.

Él sonrió y se encogió de hombros.

—Parece que me estoy ganando mala fama.

—Ajá. Y te la mereces. Siempre he oído decir que eres de primera fila en el campo. Bueno, si esto es un ejemplo...

Él empezó a fruncir el ceño, uniendo sus tupidas cejas rubias.

—Interferiste con una ceremonia. Robaste algo que es mágico o, al menos, es posesión de un ser mágico. ¿Estás chalado? ¿Cómo pudiste arriesgar tu relación con el oráculo? Es un informador excelente. ¿Crees que gente así crece en los árboles?

—Nunca lo habría sabido de no ser por ti. Decidiste que era el momento de una gran revelación.

Me lo pensé un momento.

—Es cierto.

—Debería estar enfadado contigo, Lixia. He perdido un artilugio valioso y voy a tener que pasar un montón de tiempo convenciendo al oráculo de que no soy, la mayor parte de las veces, un ladrón. Bueno... —Hizo el gesto que significaba «sea pues»—. Hablaré con él. Y no soy rencoroso. ¿Qué te parece si lo olvidamos?

Me eché a reír. Era un tipo magnífico. Después de todo lo que había hecho, estaba dispuesto a perdonarme a mí.

—Muy bien. ¿Quieres estrecharla? —dijo tendiéndome la mano. Nos dimos un apretón.

»Me está entrando hambre —dijo Derek—. ¿Qué te parece si comprobamos las trampas para peces?

Hice el gesto de acuerdo. Nos internamos en el agua. Las trampas estaban vacías, aunque algo les había hecho una visita. El cebo había desaparecido.

—Maldición —dije.

Regresamos a la orilla con las trampas.

El oráculo bajó a la playa. Tenía las manos vacías. Se había deshecho del brazalete.

—¿No hay pescado?

—Ni mucho ni poco.

—¡Aiya! —Se rascó la nariz—. Tendríamos que haberle preguntado a esa mujer loca si tenía algo que compartir. Bueno, he visto plantas comestibles. Las recogeremos.

Derek sacudió la cabeza e hizo el gesto que significaba que no.

—Id vosotros dos. Es hora de que empiece a pensar en cazar. Buscaré madera. Tal vez pueda fabricarme un arco nuevo o una lanza.

Me fui con el oráculo. Arrancamos raíces y recogimos bayas. Él me fue contando historias sobre los diversos tipos de vegetación: cómo obtenía su color la raíz de

sangre y por qué la hoja de sol siempre se giraba hacia el sol y por qué ningún hombre debía comer ninguna parte de la parra bubaia, aunque a las mujeres les encantaba.

Por la tarde regresamos al campamento. Derek estaba allí con una larga vara de madera.

—Una lanza —dijo.

Asamos las raíces de sangre. Eran de color naranja claro cuando las pusimos al fuego. Cuando las sacamos se habían vuelto de un rojo oscuro. Tenían un sabor dulce y una textura carnosa, como una patata con sabor de pimienta roja. No estaba mal. Pero les hacía falta mantequilla.

Derek le quitó la corteza a su vara de madera y la pulió con un cuchillo para eliminar irregularidades que yo ni siquiera veía. Luego se sentó y trenzó la corteza hasta convertirla en una cuerda.

—Este hombre es habilidoso —dijo el oráculo—. Aunque no tiene pelo, conoce las cosas que tiene que conocer un hombre.

Derek lo miró y sonrió, y luego continuó su trabajo.

—Aunque no comprendo por qué le gusta enseñar los dientes —dijo el oráculo—. Lo hace una y otra vez.

—Es una expresión de placer o felicidad —dije yo.

—Oh.

Llegó la noche. El viento llegaba desde el lago y nos traía insectos: una nueva variedad, diminuta y numerosa.

Maldije y agité las manos.

—Ignóralos —dijo Derek.

Me acerqué más al fuego. El humo giraba a mi alrededor, y los insectos me dejaron en paz. Pero ahora, naturalmente, me lagrimeaban los ojos. Miré al oráculo.

—¿A ti no te molestan?

—Sí. Pero no se puede hacer nada. En un lago como este siempre hay insectos. Y estos no pican. Es lo mejor que cabe esperar. —Abrió la boca de par en par y vi sus caninos, largos y afilados. No era extraño que los de su especie no expresaran su felicidad sonriendo. Aquellos dientes resultaban amenazadores—. ¿Vamos a montar guardia?

—¿Derek? —pregunté yo.

—Sí. No estoy seguro de haber hecho lo adecuado al dejar ir a esa mujer. Me da repelús. No me gusta su aura.

—No podíamos tenerla atada durante días —dije—. Además, ahora tiene un verdadero problema que afrontar. Sus enemigas del Clan del Ave de Tierra. —Sonreí.

El oráculo se acostó. Yo observé a Derek. Hizo una incisión en un extremo de la madera e insertó en ella el cuchillo, con la hoja asomando. Luego envolvió con la cuerda la hendidura y el cuchillo.

—Burdo pero efectivo. Espero.

Siguió enrollando y anudando. Yo eché más ramas al fuego. Luego me acosté.

Me desperté. Algo me picaba en la mano. Un mosquito. Lo aplasté. En el mismo instante recordé que posiblemente no sería un mosquito. Miré el fuego. Era un montón de brasas que ardía tenuemente, sin humear demasiado. Al oeste, sobre el lago, brillaba la luna grande. Estaba casi llena. Entorné los ojos y me pareció ver una línea sobre el borde superior. Era curva como un asa; subía y rebasaba el perfil y luego caía: de la luz a la sombra. Derek tenía mejor vista que yo. Para mí, apenas era visible.

—¡Maldición! —Otro bicho me picó en el cuello. Busqué madera a mi alrededor. No había. No podía avivar el fuego.

Me acosté y me puse el brazo sobre la cara, intentando protegérmela. Los insectos zumbaban a mi alrededor. No me picaban a menudo, pero el sonido y la expectación me mantuvieron despierta. Al final me rendí. Era hora de pasear. Tal vez encontrara una tienda abierta las veinticuatro horas que vendiera un repelente de insectos o uno de esos sombreros con un velo mosquitero.

Me encaminé hacia los juncos. El viento seguía soplando. Las hojas se agitaban y el bosquecillo estaba lleno de sombras en movimiento. Aquí y allá, un rayo de luz de luna penetraba el follaje, y yo podía distinguir una rama o un tallo de hierba monstruosa. Pero vi muy poco aparte de la luna encima de mí y el lago iluminado de amarillo. Una noche preciosa, de no ser por los bichos.

Cuando estaba a cierta distancia del campamento, a treinta metros como mucho, unas manos me agarraron por el cuello. Traté de gritar y no pude. Las manos apretaron, ahogándome. Las agarré. No pude aflojar la tenaza.

—Hu —dijo la persona que tenía detrás. Era un sonido grave, profundo, satisfecho. Se giró, obligándome a dar media vuelta, y golpeó mi cuerpo contra algo duro.

Me soltó. Un momento después estaba en el suelo, boca abajo y con la cara apretada contra algo lleno de bultos. ¿Una raíz? ¿La base de un árbol?

Me puso de espaldas. Yo me quedé quieta. Tal vez él o ella pensara que estaba muerta. Se inclinó. Oí algo pesado respirando y luego olí el aliento de la persona.

«Halitosis», pensé.

Más respiración entrecortada. Tuve la sensación de que la persona iba a tocarme.

Alguien gritó cerca.

La persona se irguió. Un momento más tarde desapareció.

Me dolía la garganta. El hombro y el brazo también. Inhalé despacio y con cuidado. De momento, bien. Mis pulmones parecían funcionar. Exhalé y luego me levanté apoyándome en un codo. No tenía roto el cuello.

Giré la cabeza y sentí un retortijón de dolor. El campamento. ¿Dónde estaba? Vi un tenue brillo rojo. El fuego. Me puse de rodillas. Al hacerlo una figura saltó ante el resplandor, momentáneamente visible. Luego desapareció.

¿Qué?

Había algo junto a mí. Lo toqué. Hierba monstruosa. Un tallo grande y liso. Seguramente había chocado con eso cuando mi atacante me había obligado a girarme. Me habían agarrado y golpeado contra un árbol, como un humano golpea un zapato contra un poste para limpiar el barro seco.

¡Aiya! Me puse en pie, agarrándome al tallo de hierba monstruosa. Durante un instante me sentí mareada. Cerré los ojos y traté de respirar despacio.

—¡Monstruo! —Era un grito. Inahooli. Aquella lunática.

Abrí los ojos. Junto al fuego luchaban dos figuras. Estaban en el suelo, rodando una y otra vez. No distinguí quiénes eran.

Empecé a caminar. Podía, aunque estuviera mareada. La hoguera, y las dos figuras, se enfocaban y desenfocaban.

—¡Ayúdame! —exclamó alguien.

Era el oráculo. Estaba peleando. ¿Pero dónde estaba Derek? Llegué al campamento y miré alrededor. Allí estaba. A tres metros de distancia. Yacía de espaldas, medio cuerpo iluminado por la luna y medio cuerpo en sombras. Tenía el pelo suelto y caído hacia delante. Largo, claro y enmarañado, le cubría casi toda la cara. Me agaché y se lo aparté. Tenía los ojos cerrados. Había sangre alrededor de su nariz y su boca.

—¡Ayuda! —gritó de nuevo el oráculo.

Vi la lanza de Derek cerca, en el suelo. La hoja brillaba débilmente a la luz de la luna. Debió de soltarla cuando Inahooli lo sorprendió. La recogí y rodeé la hoguera, moviéndome con cuidado. Me fallaba el sentido del equilibrio.

Inahooli estaba encima. Tenía que ser ella. Llevaba otra túnica, clara, con muchos bordados. El oráculo no tenía nada parecido. Estaba montada a horcajadas sobre él, las manos sobre su cara. Me pareció que le metía los pulgares en los ojos. El oráculo gritó. Alcé la lanza y se la clavé en la espalda.

Ella gritó. De furia, no de dolor. Se retorció, tratando de ver quién le había hecho aquello. Solté la lanza. El oráculo empujó. Ella desmontó. Un momento más tarde el oráculo se puso en pie. Ella se quedó en el suelo, de costado, gimiendo, empezando a sentir el dolor.

—¿Estás bien? —preguntó el oráculo.

—No. Mira a ver cómo está Derek.

Me arrodillé junto a la mujer. La hoja del cuchillo le había atravesado el torso por la parte inferior, bajo las costillas. ¿Qué había alcanzado? No tenía ni idea. No había mucha sangre. ¿Debía intentar sacar la lanza? ¿O eso aumentaría la hemorragia? La vista se me nubló. Alcé la cabeza y respiré aire fresco. Inahooli se movía, tratando de encontrar una postura cómoda.

—Quédate quieta —dije.

—Demonio.

Le tomé la muñeca y traté de hallarle el pulso. Ella apartó el brazo.



—Déjame en paz. —Hizo una mueca—. ¡Aiya! ¡El dolor! —Cerró los ojos y apretó los labios.

La agarré de nuevo por la muñeca. Esta vez no se zafó. Encontré el pulso. Pero ahora ¿cómo iba a medirlo? No en pulsaciones por minuto. No tenía modo de medir el tiempo. Y no sabía qué era normal para su gente. ¿Cincuenta pulsaciones por minuto? ¿Setenta? ¿Un centenar? Tendría que comparar su pulso con el de otro nativo.

—¿Oráculo?

—Un momentito —dijo Derek en inglés.

Miré alrededor. Estaba de pie, agarrándose al oráculo con una mano. Con la otra se frotaba la frente.

—¡Oh!

—¿Conmoción? —pregunté.

—Tal vez. Pero recuerdo lo que ha sucedido. Creo que lo recuerdo. Eso contradice el hecho de que tenga conmoción. Tal vez sea mejor que compruebes el tamaño de mis pupilas.

—De acuerdo.

—Hablad en una lengua que yo comprenda —dijo el oráculo.

Derek hizo el gesto de asentimiento.

—Estaba comprobando el bosquecillo, trazando un círculo, asegurándome de que todo estuviera bien.

»Cuando he vuelto al campamento, tú te habías ido, Lixia. Te he llamado, pero no he obtenido ninguna respuesta. Me he preocupado... un poco, no lo suficiente. Tenía a Inahooli por una idiota. No la creía capaz de sorprenderme. He ido a buscarte.

»Me he topado con Inahooli. —Parecía sorprendido, como si no comprendiera que aquello pudiera haberle sucedido a Derek Guerrero del Mar, catedrático—. No la he visto venir. Salida de la nada me ha quitado la lanza. La ha agarrado, ha tirado y se ha esfumado. La ha usado de porra para darme en la cara. —Se palpó la nariz—. Espero que no esté rota.

—¿De ahí viene la sangre?

—¿Qué sangre? —Se frotó por debajo de la nariz, luego se miró la mano—. Oh. Esa sangre. Eso creo. Lo que no comprendo es... ¿por qué no me ha apuñalado?

—Iba a hacerlo —dijo el oráculo—. Después de que cayeras. Pero has gritado antes de que te golpeará. Me he despertado y he visto lo que estaba pasando. La he alcanzado antes de que usara la lanza contra ti. He saltado sobre su espalda y le he mordido el hombro. Eso la ha hecho soltar la lanza.

Inahooli gruñó. Yo le estaba sujetando la muñeca todavía. Su pulso parecía más lento que antes.

—Oráculo, ven aquí. Quiero averiguar a qué ritmo late tu corazón.

—¿Por qué?

Lo pensé un instante. ¿Cómo iba a explicárselo?

—Cuando alguien de mi pueblo está enfermo, su corazón late distinto.

—¿Distinto de qué?

—De como lo hace cuando está bien. Y una persona sabia, una persona hábil con las curaciones, puede escuchar su corazón o palpar cómo late y saber si la mujer está muy enferma o no.

—Eso lo sé —dijo el oráculo—. Recuerda, mi madre es hechicera. Me enseñó unas cuantas cosas cuando vivía en su casa. Pero yo no he sido herido. ¿Por qué quieres saber cómo está mi corazón?

—Para comparar. —Señalé a Inahooli con mi mano libre—. No sé cómo deberían ser los latidos de su corazón. No sé qué es lo adecuado para tu gente.

El oráculo miró a Dcrek.

—¿Puedes mantenerte en pie tú solo?

—Creo que sí. —Derek se soltó.

El oráculo se acercó a Inahooli. Se agachó y le cogió la muñeca que yo estaba sujetando.

—No pertenecemos al mismo pueblo, Inahooli y yo. Pero todos los corazones laten de la misma forma. —Hizo una pausa, ladeando la cabeza, el ceño fruncido—. Va un poco demasiado rápido, pero recuerda que ha estado peleando. —Soltó la muñeca—. Sacaremos la lanza y vendaremos la herida. Aunque soy un hombre y ella está loca, no puedo marcharme y dejarla en este estado.

Inahooli abrió los ojos.

—Todos sois demonios.

—No hables —dijo el oráculo. Le agarró la túnica por la parte que había roto la lanza y tiró suavemente. El tejido se rasgó. En un par de segundos la túnica se desprendió entera. Me la dio—. Rómpela en tiras.

Hice lo que me pedía. No fue fácil. Me tropezaba con el bordado. Por fortuna, tengo incisivos afilados. Mordí los hilos, y luego seguí rasgando.

—Necesitamos más tela —dijo el oráculo cuando terminé.

¿Qué teníamos? Mi camisa y la de Derek. Miré a mi camarada. Todavía estaba de pie, pero no se nos había acercado. Se tambaleaba. Tenía peor aspecto que yo. Me desabroché la camisa y me la quité.

El oráculo se me quedó mirando.

—¿Qué es eso que llevas en el pecho?

¿Cómo se le explica a un alienígena lo que es un sujetador? Tiré de la camisa. Había un hilo débil. Se rasgó.

—Te lo diré más tarde.

Derek se acercó a nosotros. Tropezó una vez.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—Bien. Mareado y confuso. La verdad es que no esperaba que volviera. Solo estaba siendo cauteloso. ¿Por qué lo ha hecho?

Terminé de romper la camisa y luego hice el gesto de incertidumbre.

El oráculo agarró la lanza. Empezó a tirar. Inahooli jadeó.

—Terminará pronto —le dijo. Me miró—. Ten preparada la venda.

Tiró de nuevo. La lanza salió. Vi la hoja, cubierta de sangre oscura. El oráculo soltó el arma y se inclinó hacia delante y miró la herida.

—Está sangrando, pero despacio. Es un flujo, no un caudal. Es buena señal. Dame la tela.

Le tendí un pedazo de túnica. Él la convirtió en un apósito y la colocó sobre la herida. Usó el resto de la tela, los preciosos bordados de tela nativa y mi camisa vaquera para vendarla.

Un insecto me picó en el hombro desnudo. Lo aplasté.

—Madera —dijo Derek—. Hay un árbol... Supongo que lo podríamos llamar árbol. Es seco y no está lejos de aquí. Vamos.

Nos internamos en el oscuro bosquecillo. Derek encontró su pieza de hierba monstruosa: un enorme tallo caído. Yacía iluminado por la luna. Algo crecía en él, algo análogo a un hongo. Parecía coral, delicado y retorcido. Ramas pálidas se dividían y volvían a dividirse. O bien eran transparentes o brillaban con luz propia. No sabía qué. Pero tenía un resplandor opaco. Me quedé mirándolo. Otro insecto me picó, esta vez en el brazo.

—Démonos prisa —dije.

Recogimos madera y la llevamos al campamento. Derek volvió a encender el fuego. Cuando ardía con fuerza, comprobé sus ojos. Sus pupilas tenían el mismo tamaño. No sufría conmoción.

Me acerqué al oráculo.

—¿Cómo está?

—Sus latidos son más lentos. Pero no me gusta cómo respira. La hermana de mi madre hacía un ruido igual cuando tuvo la enfermedad de la tos. No sobrevivió.

La escuché. El oráculo tenía razón. Inahooli parecía congestionada, como si tuviera un mal resfriado o neumonía.

—Me ha dicho que tenía frío. La he cubierto con la capa de Nia. ¡Aiya! ¡Menos mal que Nia la dejó aquí!

—Si no lo consigues, recuerda que fue en defensa propia —dijo Derek en inglés.

—Tendría que haberla herido en la cabeza, o haberle dado una patada. Distraerla, para que el oráculo hubiera tenido una oportunidad para escapar. ¿Tienes idea de lo que implica esto para mi karma?

—Ya os lo dije antes —intervino el oráculo—. Hablad una lengua que yo pueda comprender.

—Esto traerá mala suerte —dije—. Hacer esto, herir a otra persona es actuar como un animal, sin motivo ni compasión. Las personas, las verdaderas personas, no se hacen daño unas a otras.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Derek—. Y si es así, ¿qué hay del hombre del cañón? Está muerto, y por lo que sé, tú ayudaste.

—No pretendía matarlo, y no descargué el golpe fatal. Lo hizo Nia. No sé qué le pasó por la cabeza. En cualquier caso, es su problema, no el mío. Trato de no imponer mi código ético a la gente que estudio. A ella... Yo le he clavado la hoja. Así que es mi problema y mi karma. Y no estoy segura del todo de lo que pretendía. Tal vez quería matar a Inahooli. No esperaba convertirme en un buda, pero pensaba que haría algo mejor que esto.

—¿Qué es un buda? —preguntó el oráculo.

—Una persona que comprende lo que pasa. O tal vez una persona que no comprende lo que pasa y no le importa.

—Eso no tiene sentido.

Inahooli gruñó y se movió, inquieta. Abrió los ojos, pero no nos miró. Tenía la mirada perdida.

Derek se inclinó hacia delante.

—¿Inahooli? ¿Puedes oír lo que digo?

Ella me miró a mí.

—Creía que cuando llegara el otoño sería una mujer importante.

—¿Por qué has vuelto?

Movió levemente la cabeza. Lo miró a los ojos.

—¿Crees que os he creído? ¿Esas historias locas? Sabía que erais demonios.

—¿Quieres decir que estabas fingiendo? —dijo yo—. ¿La historia de la hechicera era mentira?

—Un truco. —Ella replegó los labios, mostrando los dientes. No era una sonrisa—. Sois demonios muy estúpidos. —Hizo una pausa e inspiró y espiró. Entornó los ojos—. El dolor es terrible. —Miró al oráculo—. ¿Sobreviviré a esto?

—No lo sé.

Ella parpadeó.

—¡Aiya! ¡La suerte que he tenido!

—¿Qué esperabas si atacas a la gente en la oscuridad y tratas de hacerle daño? ¿Qué espíritu aprobará una conducta como esa?

—Estaba furiosa.

El oráculo frunció el ceño.

—Eso no es excusa. Cuando yo me enfurezco, tiro piedras o doy saltos y grito o, si estoy muy furioso, compongo una canción desagradable y la canto lo más fuerte que puedo. Esa es la forma adecuada de enfurecerse. No está bien atacar a la gente. Eso solo lo hacen los hombres locos.

—Traté de dar saltos. No sirvió. Había demasiada furia. —Inaho— oli frunció el ceño—. Era como el lago de barro hirviente... dentro de mí, en mis entrañas, ardiendo y explotando.

—Bicarbonato sódico —dijo Derek en inglés.

—Calla —repliqué.

—No podía soportar la furia. Tenía que hacer algo grande. —Cerró los ojos un

momento, luego los abrió—. No voy a seguir hablando. Duele. Es demasiada molestia. —Volvió a cerrar los ojos.

Me estremecí. Derek echó más madera al fuego. Las llamas crecieron.

—Arde demasiado rápido. No creo que dure hasta mañana. —Me miró—. Tienes frío, ¿verdad?

Hice el gesto de acuerdo.

—Y los insectos me la tienen jurada. Deben de haber decidido que huelo a comida.

El se desabrochó la camisa y se la quitó.

—Toma.

—¿Qué vas a hacer?

—Ponerme en marcha. —Miró el lago—. La luna todavía está alta. Creo que tengo tiempo. Quédate aquí, Lixia. —Se perdió en la oscuridad.

Abrí la boca para llamarlo, luego decidí que qué diablos. Me puse la camisa.

—¿Adonde va? —preguntó el oráculo.

Hice el gesto que significaba «¿quién sabe?».

—Desde luego se mueve rápido cuando decide que tiene que hacer algo.

—Sí.

Inahooli gimió y se mordió los labios. El oráculo le tomó la muñeca.

—El pulso se debilita. Creo que se va a morir.

Ella abrió los ojos. Sus pupilas se habían dilatado, y apenas pude ver sus iris. Había un poco de naranja en las comisuras, pero el centro de cada ojo era oscuro.

—No.

—Sí —dijo el oráculo—. Yo no miento.

Cerró los ojos y se concentró en respirar. Cada vez se le hacía más difícil. ¡Qué extraño! Ver a una persona debatirse por hacer algo tan fácil y corriente como tomar aire.

Me levanté y avivé el fuego. Luego volví y me senté. Presté atención. Cada inhalación era un jadeo. Cuando exhalaba, yo oía un silbido. El aire salía a través de algún tipo de obstrucción. Un líquido. Sangre. Seguramente la había alcanzado en un pulmón cuando la atravesé con la lanza.

Continuó así durante una hora aproximadamente. Me levanté una vez y eché más leña al fuego, y luego me quedé de pie contemplando las llamas. El aire caliente se alzaba a mi alrededor. Me había desaparecido la carne de gallina, y la sensibilidad había vuelto a mis manos. ¡Qué extraño! Tener tanto frío. Era, después de todo, verano. Pero la noche era fresca y soplabla viento. Los insectos se habían marchado. El viento debía de haberlos espantado.

Volví junto a Inahooli. Me senté y escuché. Su respiración era entrecortada. El sonido era áspero y desesperado. Hacia el amanecer se volvió errático. Había pausas, como si se durmiera y despertara: la respiración se detenía un momento cuando despertaba. Pero en realidad no estaba despierta de verdad. Me froté las manos. Las

tenía entumecidas de frío. El oráculo permanecía sentado, en silencio.

Al amanecer, la respiración cesó. El oráculo le palpó la muñeca y luego el cuello.

—No hay latido. —Se levantó—. ¡Aiya! Estoy entumecido. —Se estiró y bostezó, luego se frotó los brazos—. Tengo los pies dormidos. —Saltó de un pie a otro.

Me levanté y me despecé. Me dolían el cuello y el hombro, y sentía molestias menores por todo el cuerpo: tirones, agujetas, zonas entumecidas.

Miré a Inahooli. Podía ver su postura, incluso bajo la manta. Yacía de lado, las rodillas encogidas y los brazos doblados contra el pecho. Tenía la cabeza encogida hacia delante y la barbilla gacha. No podía verle la cara.

Yo era una asesina. De verdad esta vez, no una mera cómplice. Miré hacia el este. La luz roja brillaba entre dos tallos de hierba monstruosa. Estaba saliendo el sol.

El oráculo dejó de saltar.

—Es buen momento para una canción. Se me ocurrió una mientras la velaba.

Señaló a Inahooli y luego cantó, empleando la lengua de los regalos. Pude entender casi toda la canción. Más tarde él me explicó los versos que no comprendí.

*¡Aiya! ¡Hai-aiya!  
¡Qué situación!  
Ni siquiera tú, Inahooli,  
te mereces  
terminar así.*

*¿Dónde están tus hermanas?  
Ellas deberían llorarte,  
meciéndose y gimiendo  
a la entrada de tu casa.*

*¿Dónde están tus primas?  
Ellas deberían velarte,  
trayendo regalos  
para enterrarlos en tu tumba.*

*¡Aiya! ¡Hai-aiya!  
¡Qué situación!  
Ni siquiera tú, Inahooli,  
te mereces  
terminar así.*

Se detuvo un instante, frunció el ceño y se rascó la nuca.

—Hay un verso más —dijo—. Acabo de oírlo en mi mente. Dame un momento

para preparar las palabras.

Se mordió el pulgar, y luego cantó:

*Es una muerte de hombre  
morir sin regalos.*

*Es una muerte de hombre  
morir en la llanura.*

El sol terminó de salir. Derek se acercó desde el lago. Llevaba un par de alforjas.

—¿Dónde has estado?

—En la isla, la que tú visitaste. —Soltó las bolsas y abrió una—. Te cambio mi camisa por esto.

Sacó una túnica. Era color crema con bordados azules y rojos.

Me desabroché la camisa de Derek.

—¿Tienes algo para Inahooli? Me gustaría recuperar la capa de Nia. No me parece adecuado que se la quede.

Él miró el cuerpo.

—¿Muerta?

—Sí.

Abrió la otra bolsa y sacó una capa. Era marrón óxido con un reborde amarillo. El oráculo retiró la capa de Nia de Inahooli. Vi brevemente el cuerpo, desnudo, de pelaje oscuro y con la venda de tela vaquera. Entonces desapareció de la vista.

—Había comida en la isla —dijo Derek—. Carne seca y fruta. He llenado una bolsa.

—Esto tiene que estar mal, Derek. Estamos robando a los muertos.

Él se puso de rodillas y apoyó las manos en los muslos. Durante unos instantes permaneció en esa postura, los brazos entrelazados, la cabeza un poco gacha, contemplando el cadáver bajo la capa marrón óxido.

—Escúchame, Inahooli. Tomamos esas cosas porque las necesitamos. Tenemos frío. Tenemos hambre. Dos de nosotros hemos viajado más lejos de lo que puedas imaginar, y tal vez nunca regresemos a casa. Créeme, no hacemos esto por malicia ni furia ni ninguna mala emoción, sino por necesidad. Te prometo que usaremos con respeto lo que tomamos. No seremos desagradecidos, y desde luego no lo utilizaremos como excusa para hacer un viaje de fuerza.

»Pasó lo que pasó según el girar de la rueda. Acéptalo, Inahooli. No te enfades con nosotros.

Se levantó y regresó junto a mí.

—¿Viaje de fuerza? —pregunté.

—Pugna por el poder —dijo en inglés—. No se me ocurre otra forma de expresarlo. —Volvió al lenguaje de los regalos—. Me gustaría recuperar mi camisa.

Se la di. Él me tendió la túnica a cambio. Me la pasé por la cabeza.

El tejido era suave y cálido, como lana fina. Tenía un aroma peludo, el olor de los alienígenas.

—Traeré la comida —dijo Derek—. Después de comer, podremos enterrarla.

Cavamos una fosa en la arena, junto al lago, usando los remos como palas. Derek y el oráculo llevaron a Inahooli a la tumba. Duro trabajo. Jadearon y gruñeron y casi se les cayó una vez. Yo llevé la capa, lo que resultó fácil. La colocaron en la fosa. La cubrí con la capa.

—Esperadme —dijo el oráculo. Se metió en la fosa.

Me froté el hombro, luego miré a Derek. Se había lavado la cara, pero seguía teniendo un aspecto horrible. Tenía la nariz roja e hinchada y un ojo casi cerrado. Por encima del ojo, en la frente, tenía una magulladura.

—¿Por qué ese responso a Inahooli? ¿Para tranquilizar al oráculo?

Él asintió.

—Y a mí. Nunca hay que tomar algo sin dar una explicación ni matar sin pedir una disculpa.

—¿Tan civilizado eres?

Él sonrió.

—No mucho.

El oráculo regresó. Traía comida: una tira de carne seca y un puñado de bayas frescas. Las colocó en la tumba, junto a Inahooli. Luego se desabrochó el collar de oro y turquesa y lo depositó junto a la comida.

—Tal vez se enfurezca menos si le hacemos regalos. Aunque lo dudo. Es de las que no olvidan su resquemor. ¡Qué mala forma de ser!

Apilamos arena sobre Inahooli, luego buscamos rocas y las colocamos encima de la arena. Cuando terminamos, el oráculo dijo:

—Deberíamos realizar ceremonias de aversión y purificación. Pero no soy hechicera. No conozco las ceremonias que ejecutan las mujeres santas. Ni siquiera conozco las ceremonias que los hombres aprenden después de dejar el poblado. Todo lo que sé es lo que la cascada me ha dicho.

Cantó:

*¡Oh, sagrado!*

*¡Oh, ser de poder!*

*¿Por qué no me ayudas?*

*¿Qué debo hacer ahora?*

*¡Oh, sagrado!*

*¡Oh, ser de poder!*

*¿Por qué no me ayudas?*

*¡Dime qué hacer!*



Ladeó la cabeza y prestó atención. Soplaban el viento. Los juncos se agitaban. El agua lamía la orilla.

—Todo lo que puedo oír es: «Date un baño». Tal vez podamos lavar todo lo que ha sucedido en los últimos días.

Derek hizo el gesto de acuerdo. Los dos se desnudaron y se metieron en el agua. Se lavaron junto a los cañaverales, luego nadaron. A mí me preocupaba el corte del brazo. No quería mojármelo. Y no me parecía que mi hombro estuviera preparado para nadar. Me quité las botas y me arremangué los vaqueros y chapoteé en la orilla, buscando conchas y piedras pulidas. Las piedras no resultaron interesantes: negras como de piedra pómez, redondeadas por el desgaste u ovaladas. Las conchas eran preciosas: espirales diminutas, lavanda claro o rosa. Recogí una docena y luego regresé a la playa. Deposité las conchas sobre la tumba. Un gesto ridículo. ¿Qué sentido tenía el regalo? Yo no creía en la otra vida, así que no era un intento de sobornar la furia de Inahooli. Y no era suficiente para sobornar mi sentido de la responsabilidad.

—Asesina —dije en voz alta.

Ese estado de ánimo era peligroso. Me negué a caer en él. ¿Por qué hacerlo? La culpa no era parte de mi herencia. Los mayores de mi familia la habían desaprobado. Hay que reconocer los errores y aceptarlos y trabajar para evitar las conductas que conducen a ellos. Pero la culpa no es productiva.

—La vida es un proceso —decía Theresa. Era una de mis comadres, una técnico médica especializada en psicología. La mitad del año trabajaba en un barco minero de las profundidades, el Pacific Aurora, cerca de Pearl Harbor. La otra mitad del año ayudaba a criar a los miembros jóvenes de la familia—. Nosotros mismos nos hacemos y nos deshacemos, respondiendo a los cambios internos y externos. Pero la culpa es estática, como lo son las ideas y emociones relacionadas con ella: el pecado, por ejemplo, el pesar, y tal vez la vergüenza. Aunque no estoy segura del efecto de la vergüenza. Pero los otros te anclan en el pasado. Te sujetan de modo que no puedes moverte libremente en el presente.

»Imagina la culpa como una banda de hierro apretada alrededor de algo que está creciendo: el tronco de un árbol, el cuello de un niño. Tarde o temprano, sucederá una de dos cosas. Si la banda no se rompe, el crecimiento será deforme.

«Comprométete a cambiar, Lixia, a vivir en el presente, a hacer y rehacer quien eres. Hazlo lo mejor que puedas. Comprende lo que haces. Y no te sientas culpable.

«Buen consejo», le dije al recuerdo de Theresa. Recogí mis botas y me encaminé hacia nuestro campamento.

## INZARA

El oráculo se fue a recoger raíces y bayas. Derek fue a buscar leña y yo me quedé examinando las pertenencias de Inahooli. Dos túnicas, tres contando la que yo llevaba puesta, una capa de cuero, un par de sandalias y un cuchillo. Todas las túnicas tenían bordados geométricos. La capa tenía un cierre, similar a un imperdible, hecho de bronce y recubierto de plata. La plata se estaba gastando.

—¡Lixia! —gritó Derek.

Solté la capa y corrí por el bosquecillo. Él se encontraba en el perímetro, al este.

—¡Allí! —señaló.

En la llanura había un jinete. Cabalgaba un cuernicurvo. Distinguí los largos cuernos arqueados del animal. Un segundo animal, otro cuernicurvo, seguía al primero.

—¿Nia? —pregunté.

—Eso creo.

El jinete se acercó. Reconocí los anchos hombros y la manera en que cabalgaba: fácilmente, con comodidad, encogiéndose un poco en la silla.

—Tenemos que llamar a Eddie inmediatamente —dije.

Derek me miró.

—¿Quieres que hable yo? Soy mejor político que tú, y tenemos que dar algunas explicaciones. La desafortunada muerte de una líder religiosa nativa.

—Muy bien.

Ella nos alcanzó y desmontó.

—Bueno, lo encontré —señaló al cuernicurvo—. Y la carga. Tengo hambre. ¿Hay comida?

—Sí —respondí.

—Yo cuidaré de los animales —dijo Derek. Tendió la mano. Nia le entregó las riendas.

—¿De dónde has sacado esa túnica? ¿Y qué le ha pasado a su cara? —Nia señaló a Derek.

—Inahooli regresó.

—¡Aiya!

—Nos atacó por la noche. Tuvimos que matarla. Tuve que matarla.

—¿Tú? —Nia se me quedó mirando, los ojos muy abiertos.

—Sí.

Guardó silencio un rato. Por fin, dijo:

—Toda muerte inesperada es mala. Una muerte como esta, en una pelea, es peor que otras. El fantasma de la persona muerta sin duda estará furioso. Es probable que haya mala suerte. Cuando lleguemos a un lugar donde tengan hechicera, pediremos una ceremonia para aplacar a Inahooli o expulsarla. Sería mejor que hiciéramos también algo por el hombre del cañón. Aunque no tiene tanta importancia cuando un

hombre muere de repente. —Frunció el ceño—. ¿Enterrasteis a Inahooli?

—Sí.

—¿Con regalos?

—Sí. El oráculo le dio su collar.

—Bien. Tal vez no haya mala suerte. —Nia parecía dudarlo—. La mujer estaba loca y era peligrosa. Ella se lo buscó. Los espíritus no nos echarán la culpa, y los fantasmas no suelen viajar grandes distancias. Cuando nos marchemos de aquí, deberíamos estar a salvo.

Nia hizo el gesto que significaba «lo espero, lo deseo».

Regresamos al campamento. Saqué comida: carne y fruta secas. Nia comió.

—¡Hu! Me moría de hambre en la llanura. —Se echó hacia atrás y suspiró—. ¿La comida es de la mujer?

Hice el gesto de reconocimiento.

—Derek se lo explicó.

Ella miró el trozo de fruta que tenía en la mano. Después de un instante, se lo metió en la boca.

—Pensé al respecto mientras buscaba el cuernicurvo. Pensé, al principio, que yo era responsable de lo que estaba pasando. Pero no puede ser. —Terminó de masticar y tragó, luego se rascó la nariz—. La mayor parte de las veces, la mala suerte viene por algo que es inesperado o peculiar. Bueno, he hecho cosas extrañas y he tenido mi ración de mala suerte. Pero en este caso era Inahooli quien se comportaba extrañamente. Llegamos a su tierra. Éramos extranjeros. Pero no nos dio la bienvenida. En cambio, trató de matarnos. Todo el mundo sabe que las mujeres no pelean con desconocidos. Eso es una conducta masculina.

—¿Las mujeres nunca pelean con desconocidos? —pregunté.

—De vez en cuando. Hakht lo hizo. Es una mala persona. —Nia lo dijo con convicción—. E Inahooli lo hizo. Estaba loca. Y yo maté al viejo que mató a Enshi. Pero las mujeres corrientes, las mujeres que se respetan a sí mismas, solo discuten con gente que conocen. Parientes y vecinas cercanas. Es la forma adecuada de tener una discusión. —Nia comió más fruta—. No hay forma de estar segura de quién es una desconocida o qué te sucederá si le causas problemas.

Tenía sentido. La gente de aquel planeta no conocía la guerra ni, por lo que yo sabía, ningún tipo de delincuencia organizada. Cuando veían a un desconocido (a una mujer desconocida, al menos) no tenían que preguntarse: «¿Es esta persona una ladrona? ¿Una asesina? ¿Alguien que nos hará daño?» Podían en cambio esperar con placer los regalos y las historias que la desconocida traería.

La agresión y el intercambio estaban completamente dissociados, o al menos eso parecía. Qué distinto de la Tierra. La vieja Tierra, al menos, donde había sido legítimo decir: «La propiedad es robo».

Derek llegó al campamento con dos bolsas.

—¿Qué pasó? —preguntó Nia—. ¿Cómo murió Inahooli?

Él soltó las bolsas y se lo contó. Fue un buen informe, breve y expresivo, con un montón de gestos.

—Mi suerte fue mala ayer —dijo al final—. Pero la suya fue mucho peor. Si las cosas hubieran ido un poco más despacio, si ella hubiera tenido un poco más de tiempo, Inahooli nos habría matado a los tres. Tal vez el Tramposo decidió que ya había sufrido bastante.

—¿Quién es el Tramposo? —preguntó Nia—. ¿Y por qué quiere que Derek sufra?

—¿Recuerdas el brazalete que encontró? —pregunté.

—Sí.

—Pertenece a un espíritu llamado el Tramposo. Inahooli le dijo a Derek que sin duda el Tramposo estaba furioso y le causaría mucho pesar.

—Ah —dijo Nia.

—Conozco a ese espíritu —dijo Derek—. Entre mi gente se llama Coyote.

—No estoy completamente segura de eso, Derek. El Coyote es sibilino, pero no es mala persona. Tengo la impresión de que el Tramposo es maligno. Egoísta y malvado. Es como Loki.

—Una vez más, no sé de qué estáis hablando —dijo Nia.

—No te preocupes por eso. Lixia tiene la costumbre de andarse por las ramas. Piensa demasiado, y su pensamiento se dispara en todas las direcciones posibles.

Le hice un corte de mangas.

—¿Es ese un gesto que usa vuestro pueblo? —preguntó Nia.

—Sí. Es un gesto de falta de respeto.

—¡Ah! Déjame verlo otra vez.

Repetí el gesto. Nia me imitó.

—Pensaba que vosotros no teníais gestos. Es bueno saber que no sois completamente extraños. —Miró a Derek—. ¿Ha terminado tu historia?

Él hizo el gesto de afirmación.

—¡Hu! Ojalá esto no hubiera sucedido. Pero ha pasado. —Hizo el gesto que significaba «sea pues»—. Nos iremos mañana. Quiero marcharme de aquí, antes de que su fantasma consiga liberarse de su cuerpo.

—De acuerdo —dijo Derek.

El oráculo volvió con bayas. Cenamos. Derek llamó a la nave.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Eddie—. ¿Dónde demonios habéis estado?

—Nos encontramos con algunos animales de la fauna local. Cuatro metros de altura y garras. Nuestros animales salieron de estampida y los perdimos. Se llevaron nuestras radios. —Derek alzó la cabeza. Yo lo estaba mirando. Igual que Nia y el oráculo—. ¿Has conseguido aprender la lengua nativa, Eddie?

—No. ¿Por qué?

—Tengo a dos nativos aquí, y creo que se están preguntando qué es lo que digo.

—¿Les habéis dicho lo que son las radios?

—Sí.

—Ibamos a intentar mantener a los nativos ignorantes de nuestra tecnología —dijo Eddie. Habló lenta y claramente, con voz modulada—. Era parte de nuestra política de no interferencia.

—Eddie, no ha sido posible. No podíamos seguir escabulléndonos en la oscuridad: «Perdonadme, voy a llevarme esta caja y a hacer un pis. Volveré dentro de media hora. Oh, por cierto, hablo solo mientras orino, así que si oís voces en la noche, no os preocupéis».

—Esto se vuelve cada vez más complicado —dijo Eddie. Hizo una pausa—. ¿Hay algo de lo que informar?

—Sí —dijo Derek—. Una nativa nos atacó. Está muerta.

—¿Qué?

Derek contó la historia. Cuando terminó, Eddie dijo:

—Quiero ver qué captaron vuestras grabadoras. Transmite la información.

Derek se quitó el medallón y lo insertó en la radio. Me miró.

—Siempre se me olvidan los medallones.

—No te preocupes, Derek. Puedes hablar y librarte de cualquier cosa. —Me quité mi medallón y se lo lancé—. Envía esto también.

Un par de minutos más tarde Eddie volvió a ponerse.

—Nos pondremos en contacto con vosotros después de examinar vuestra información. Os lo advierto, esto no me hace ninguna gracia. Voy a preguntarle a Lysenko si hay algún lugar cercano a vosotros donde pueda aterrizar.

Lysenko era el piloto más veterano de la nave: un hombre con un apellido desafortunado. Los biólogos se reían de él.

—¿Vas a sacarnos de aquí? —preguntó Derek.

—Quiero esa opinión. Pregúntales a Nia y al oráculo si saben de algún sitio. Un lecho de lago seco es lo mejor. Un lago con agua podría ser, si es lo bastante profundo.

—De acuerdo.

—Y tratad de no meteros en líos mientras tanto.

Derek apagó la radio. Se levantó y se estiró. Noté la tensión en su cuerpo.

—Un problema con Eddie... Nació para estar sentado en un despacho. Puede organizar, supervisar, analizar y criticar, pero no sabe cómo se trabaja sobre el terreno.

—¿Qué dice vuestra caja? —preguntó Nia—. ¿Por qué está enfadado Derek?

Me levanté.

—Explícaselo tú, Derek. Estoy harta de hablar de Inahooli.

Me acerqué hasta el borde de la llanura. Se extendía ante mí, oscura y sin rasgos. En lo alto, el cielo estaba lleno de estrellas. Escuché los ruidos nocturnos: roces en las ramas y un grave zumbido en la pseudohierba. Pensé en mi carrera. Existía la posibilidad de que estuviera arruinada ya. ¿Quién confiaría en mí después de aquello? Sobre todo si Eddie y los demás miembros del comité sociocientífico decidían que

me había pasado de la raya. Adjuntarían una sanción a mi historial o insistirían en que me sometiera a crítica de grupo.

Esa sí que era una idea desagradable. Había visto a un grupo en acción una vez. Entablé amistad con un hombre en el largo viaje para salir del sistema solar, antes de irnos a dormir. Un maestro cocinero de China. Tenía la personalidad melancólica que una asocia con los artistas, y un rostro extraordinario: pálido y liso, como una máscara tallada en jade blanco. Su pelo era negro, largo y tupido y lustroso. Cuando cocinaba, se lo recogía en un gorrito. Pero cuando se sentaba a hablar con los amigos, le caía alrededor de la cara y le llegaba a los hombros. Tal vez me enamoré un poco de él. Sin duda estaba enamorada de su iguana mu shu.

Se despertó en el borde de ese sistema y se dio cuenta, finalmente, de lo que había hecho. Había dejado su familia, su hogar, su sociedad, su planeta. Cuando regresara, todo habría cambiado.

Cayó en una depresión, lo cual no era sorprendente. La mayoría de nosotros se deprimía en un momento u otro. Pero De era un verdadero experto en depresión. Se deprimía del mismo modo que cocinaba: con habilidad y pasión.

Empezó a beber, cosa que le causó problemas en el trabajo.

La mayoría de sus colegas eran chinos, e insistieron en una crítica de grupo. Acudí a prestar apoyo moral... a De, no a los críticos. Nos reunimos en una salita con paredes verde celedón. De se sentó de cara a veinte personas: trabajadores de las cocinas en su mayoría, unas cuantas personas que conocía de fuera del trabajo y unos pocos prácticamente desconocidos. La reunión estaba abierta a todo el mundo, y todo el mundo podía hablar. Había que escuchar la voz de las masas.

Los trabajadores de las cocinas hablaron por turno. De había perdido mucho trabajo, obligando a los demás a cubrirlo. Se había negado a aceptar consejos y críticas constructivas. Su actitud era negativa. Había discutido decisiones tomadas democráticamente. Había mentido sobre su afición a la bebida.

Intervino alguien de su dormitorio. De regresaba a las tantas y hacía mucho ruido, despertando a los demás. Una vez vomitó en el pasillo, justo ante el camarote de quien hablaba.

Otra persona, una rubia con acento escandinavo, se levantó y habló de los males de la bebida. Otro par de personas se levantó y discutió con ella. El problema no era el alcohol, era la falta de un programa recreativo decente. Era el culto occidental al individualismo. Era la miserable actuación del equipo psicológico.

De permaneció sentado, escuchando. Su cara estaba más pálida que de costumbre. Había sombras oscuras bajo sus ojos. Parecía agotado y desgraciado. Por fin, cuando todos terminaron, se levantó. Pidió disculpas a sus colegas, a la gente de la nave y a toda la raza humana. Prometió enmendar sus costumbres, llegar pronto al trabajo y someterse a terapia. Finalmente le dio las gracias a todo el mundo de la sala por su preocupación y sus buenos consejos. Me pareció sincero. Mi familia había estado en occidente demasiado tiempo: yo nunca comprendería de verdad a los chinos.

El nutricionista jefe se levantó y alabó a De por su nueva actitud, constructiva y cooperadora. La reunión terminó. Fui a buscar una copa.

«Nunca», pensé. Nunca me sometería a una crítica de grupo. No estaba segura de qué haría si el comité insistía en ello. No podía dimitir ni podían despedirme. No tan lejos de la Tierra. Lo más probable, si se producía una crisis, era que me relevaran de mis deberes y me enviaran al comité a cargo del mantenimiento no-mecánico. Limpiaría paredes o sustituiría azulejos rotos hasta que llegara la hora de salir del sistema.

Una vez más, pensaba con demasiada antelación. «¡Basta!», me dije, y regresé al campamento. Derek estaba sentado junto al fuego, las rodillas alzadas, rodeándolas con los brazos.

—¿Bien?

Me miró y sonrió.

—El oráculo se ha ofrecido a hablar con Eddie y explicar que no es malo matar en defensa propia. Parece que cree que Eddie es una especie de idiota. Y Nia dice que hay un río entre el país del Pueblo del Ámbar y su país, la tierra del Pueblo de Hierro. En un punto dado el río se convierte en un lago largo y estrecho. El lago es profundo y no hay islas. Podría ser un sitio seguro para aterrizar.

—¿A qué distancia se encuentra?

—No está segura. A nueve o diez días, cree.

—¿Vamos a ir? —pregunté.

Él hizo el gesto de afirmación.

—Hará feliz a Eddie, y está camino del pueblo de Nia.

El sol me despertó al iluminar el bosquecillo. Una línea gris de humo se enroscaba en el claro, moviéndose lánguidamente. El oráculo estaba agachado junto a la hoguera. Limpiaba pescado.

—Has vuelto a colocar las trampas —dije.

—Sí, y hemos tenido suerte. Esto es un pezverde. Está delicioso, sobre todo asado. Ve y realiza tu ceremonia de la mañana.

Le obedecí y me puse a practicar yoga junto al lago. Todavía me sentía entumecida. Pero por lo que parecía no había sufrido ninguna lesión importante.

Cuando regresé al campamento, Nia estaba poniéndose una de las túnicas de Inahooli. Era azul oscuro, con triángulos naranja bordados. Se puso su propio cinturón y su cuchillo con el mango de hueso y la vaina de cuero oscuro. Después tiró del borde de la túnica y se la alisó en torno al pecho.

—¡Hu! ¡Esto está mejor! Hay algo que decir sobre las ropas nuevas de colores brillantes y ningún aroma.

Comimos y levantamos el campamento. Seguimos el sendero que bordeaba el lago y luego bajamos a la llanura. Al oeste y al sur había nubes. Eran altas, rizadas y finas, dispuestas en manojos. Al norte el cielo estaba despejado. Pude distinguir Hani Akhar.

Pensé en el Clíper de Porcelana: pasillos y habitaciones pequeñas y demasiada gente. Ni ciclo ni viento ni pájaros, excepto en el aviario. Tal vez debiera echar a correr, arrojar mi radio y mi grabadora VA y desaparecer en la espesura. Era una forma de evitar la crítica de grupo..., a menos que, por supuesto, me capturasen.

Contemplé la llanura. Estaba casi vacía, o lo parecía al menos. Unos cuantos insectos naranja revoloteaban sobre la pseudohierba. Unos cuantos pájaros surcaban el cielo. A lo lejos vi un rebaño de animales. Eran puntos negros que se movían a través de la vegetación amarilla y verde. No tenía ni idea de lo que eran.

La tierra era demasiado vasta y demasiado extraña. Yo no podía darle la espalda a mi civilización y vivir completamente sola sin esperanza o ayuda de mi gente.

Esa noche acampamos en la cima de una colina baja. No había a la vista más que pseudohierba. Comimos la comida de ínahooli. Eddie no llamó.

—¿Deberíamos llamarlo? —pregunté.

Derek hizo el gesto que significaba que no.

—No tenemos que ir en busca de problemas. Nos encontrarán, lo queramos o no.

Hice el gesto de acuerdo.

En plena noche empezó a llover. Los truenos rugían y los relámpagos restallaban. Nos acurrucamos bajo nuestras capas y ponchos y nos mojamos.

Por la mañana la lluvia había cesado, pero el aire continuaba siendo húmedo, y la vegetación de la llanura estaba perlada de agua. Se inclinaba sobre el estrecho sendero. Derek y yo la atravesamos, mojándonos por segunda vez. Los nativos, que cabalgaban detrás, parecían más cómodos, pero no mucho.

—Viene una persona —dijo Nia.

Miré hacia delante. El sendero era una línea oscura que serpenteaba entre la vegetación. Apareció un cuernicurvo. Una persona cabalgaba el animal.

—Un hombre —dijo Nia—. Viaja solo.

—No —dijo Derek—. Hay alguien más... a lo lejos. —Señaló al norte.

Miré y vi un punto bajar por una pendiente.

—¿Por qué no van juntos?

—No lo sé —respondió Nia—. Tal vez los dos son hombres.

El sendero caía en un hueco y perdí de vista a los jinetes, aunque solo unos minutos. Llegamos a un leve promontorio. En mitad del sendero había un cuernicurvo: un animal grande, pardo, con una mancha blanca en el pecho. Sus cuernos eran tan negros y brillantes como la obsidiana.

Derek y yo nos detuvimos. Los dos nativos detuvieron a sus animales, uno a cada lado. Miré al jinete del cuernicurvo.

Un varón, casi con toda certeza. Era ancho y alto, con la piel oscura e hirsuta. Su túnica era igual que la que yo llevaba: color crema con bordados geométricos. En los brazos llevaba gruesos brazaletes de oro, y un collar de oro y ámbar al cuello.

Nos miró con calma y luego habló en la lengua de los regalos.

—Veo que habéis conocido a mi hermana —su voz era grave y suave.



—Inahooli —dijo Derek.

El hombre hizo el gesto de asentimiento.

—Yo soy Toohala Inzara del Clan de los Hacedores de Cuerdas y el Pueblo del Ámbar. —Señaló al norte—. Mi hermano Tzoon está lejos, en aquella dirección. No he visto a mi hermano Ara desde hace un par de días. Pero está en alguna parte, probablemente al sur. ¿Cómo se encuentra nuestra hermana?

—Todo lo bien que cabría esperar —dijo Derek—. Lleva sola mucho tiempo.

El hombre hizo el gesto de reconocimiento.

—Siempre ha sido nerviosa y difícil de tratar. Esperaba que su temperamento mejorara, ahora que por fin ha conseguido algo importante. Pero no ha sido así.

—No.

—¡Aiya! ¡Qué persona tan difícil! Si no os importa, me marchó. No me gusta estar con tanta gente. Y dos de vosotros, he de decirlo, tenéis un aspecto muy extraño. Eso me incomoda aún más. —Nos examinó de nuevo—. Lástima que Ara no os viera. Él es el curioso.

Apartó a su animal del sendero y nos rodeó.

Derek echó a andar, más rápido que antes. Los demás lo seguimos. Al cabo de un rato, dijo:

—Va a visitar a Inahooli. ¿Es posible?

—Ninguno de mi pueblo haría una cosa así —respondió Nia—. Aunque yo fui a buscar a mi hermano hace años.

—Yo visito a mi madre de vez en cuando —dijo el oráculo—. Pero yo soy sagrado y además estoy un poco loco. Un hombre corriente no iría a buscar a sus parientes.

—Este hombre puede no ser corriente —dijo Derek—. Llegará al lago mañana por la tarde y encontrará la tumba. ¿Qué hará entonces?

Nia hizo el gesto de incertidumbre.

—No lo sé.

—Era enorme —dije yo—. ¿Son tan grandes la mayoría de vuestros hombres?

—No —contestó Nia.

—Gracias a Dios —dijo Derek—. Empezaba a pensar que tendría que vérmelas con tres hermanos del tamaño de gorilas y explicarles lo que le ha pasado a la hermana.

—¿Grandes como qué? —preguntó Nia.

—Gorilas. Son parientes nuestros, pero mucho más grandes que nosotros. —Derek seguía andando rápidamente—. Irá un par de días retrasado cuando comience.

—¿De qué estás hablando? —pregunté.

—Inzara. Si decide perseguirnos. Tal vez tres días, si tenemos suerte y pasa algún tiempo en el lago. Nia, ¿a qué velocidad puede viajar un cuernicurvo?

—El Pueblo del Ambar sigue los rebaños. Comprenden a los animales y tienen paciencia. Sabrá que no puede presionar demasiado a su cuernicurvo. Lo más

probable es que siga un paso que sea el doble que el nuestro.

—Odiaba este tipo de problemas. Bob tiene el doble de frutas que Alice, que es la mitad de alta que Krishna. ¿Cuántos días pasarán hasta que Inzara nos alcance?

—¿De qué está hablando? —preguntó el oráculo.

—De nada importante. —Reflexioné un momento—. Tardará dos días, Derek. Deberíamos empezar a preocuparnos pasado mañana por la noche. No, al día siguiente.

—Muy bien. Vamos a movernos lo más rápido que podamos. Tal vez el río esté más cerca de lo que creemos.

—¿Tienes miedo?

—Sí, por supuesto —respondió en inglés—. Si matamos a más nativos, vamos a acabar en la nave... limpiando letrinas, probablemente. O tal vez limpiando las jaulas de los laboratorios. De cualquier forma, habremos terminado aquí abajo para siempre. —Me miró—. Fuerzo mucho los límites, y me muevo al filo de lo permisible. Pero no tengo ninguna intención de crearme problemas serios.

—¿Por qué fuerzas los límites?

Derek se echó a reír.

—Para demostrar que puedo.

Viajamos hasta el atardecer, y luego acampamos. Las nubes se desgajaron y la luna grande brilló sobre nosotros. Empezaba su cuarto menguante. Derek la contempló.

—La erupción debe haber terminado.

—Ajá. —Saqué mi última camisa humana y la examiné. Un poco sucia y con un desgarrón. Decidí ponérmela.

—Es demasiado tarde —dijo Derek—. Ese hombre ya ha visto la túnica de Inahooli.

—Sin embargo... —Me puse la camisa y guardé la túnica de Inahooli tras doblarla.

Sonó mi radio. La conecté.

—Primero la buena noticia —dijo Eddie—. El comité ha decidido aprobar, con pesar, tu acción en relación a Inahooli. No tenías otra elección. Tal vez si no hubieras estado medio inconsciente, podrías haber ideado otro modo de detenerla. Pero fue culpa suya que no estuvieras en condiciones de pensar. Su karma se lo buscó. No debería haber ningún incremento en tu carga kármica, al menos en opinión del comité. —Noté cierto desdén en su voz. Eddie no tenía nada en contra de las religiones asiáticas... si se mantenían en su sitio, no era un comité encargado de establecer la política de los equipos científicos—. No quedará ninguna mancha en tu historial.

Sentí que mi cuerpo se relajaba. Solté un suspiro y me froté la nuca.

—Muy bien. ¿Cuál es la mala noticia?

—Son tres. Derek recibió una reprimenda por esa tontería del brazalete.

Miré a Derek. Él se encogió de hombros.

—Sin embargo, eso no va a frenar a nadie con su lista de publicaciones. La segunda mala noticia es que el comité ha decidido recomendar un debate en toda la nave sobre nuestra política con los nativos.

—¿No-intervención? —pregunté.

—Ajá. —Eddie parecía sombrío—. Quieren retomar la cuestión. Me gustaría que estuvierais aquí, o al menos me gustaría tener esa opción. Y eso me lleva a la tercera mala noticia. Lysenko ha repasado toda la información que tenemos sobre vuestra zona del continente. El lugar más cercano donde está dispuesto a aterrizar es al oeste de donde os encontráis. Es un río que se ensancha hasta convertirse en un lago. Dice que no es ideal, pero sí posible.

—¿A qué distancia? —pregunté.

—Según nuestra mejor estimación, a ocho días. Voy a intentar retrasar la primera reunión del comité de toda la nave.

—Eso no es lo peor de todo. Eddie.

—¿Ah, no? ¿Qué es?

—Nos hemos encontrado con un nativo hoy. El hermano de Inahooli. Va a visitar a su hermana.

—¿Sabe que la habéis visto?

—Yo llevaba una túnica que perteneció a Inahooli. Nia también.

Ha reconocido la ropa. Eso no le ha molestado. Los nativos siempre están intercambiando regalos. Pero cuando encuentre la tumba...

—Oh, maldición.

—Y tiene dos hermanos. Viajan juntos o, al menos, en la misma dirección. Puede que tengamos a tres nativos grandes y furiosos persiguiéndonos.

Eddie guardó silencio un par de minutos.

—¿Qué pensáis hacer?

—Correr como alma que lleva el diablo y esperar que no nos sigan —respondió Derek.

—Supongo que es lo mejor. El comité tiene razón en una cosa. Ha habido demasiados incidentes. No comprendo por qué. —Se quejó Eddie.

—No estáis pensando —dijo Derek—. Considera la gente que ha tenido problemas. Yo. Harrison. Gregory. Todos hombres. Nos topamos con el mismo problema: el papel social de los varones adultos. No sé cómo consiguió Santha evitar los problemas. ¿Permite su pueblo que haya hombres en su aldea?

—Es una historia interesante —dijo Eddie—. Pero muy larga, y los diagramas ayudan mucho. Ya te hablaré de Santha cuando vuelvas aquí arriba.

—Muy bien —dijo Derek.

—No estoy seguro de que tu explicación sirva. ¿Y Lixia? ¿Por qué ha tenido tantos problemas?

—Recuerda sus compañeros de viaje. Dos hombres y una mujer que tiene

reputación de perversión.

Se produjo un momento de silencio.

—Tienes razón, ¿no? Ha sido error mío. Tendría que haber sacado a Lixia después del fiasco en el primer poblado y reasignarla, tal vez a otro continente.

Derek hizo el gesto de incertidumbre.

—No sé —dijo—. No me atraen las elucubraciones. Y no me gustan palabras como «debería».

—Bueno, hacedlo lo mejor que podáis. Lysenko os estará esperando cuando lleguéis al lago.

Derek apagó la radio.

—¿Te has dado cuenta de lo mucho que usa Eddie la primera persona del singular? Por la manera en que habla, es como si él tomara las decisiones y la responsabilidad, sin ninguna ayuda del resto del comité.

»Yo, mi, me, conmigo... Cada uno un signo de peligro.

»Eso es lo que solían decirnos los brujos. Escuchad esas palabras, decían. Si una persona las dice demasiado a menudo o con demasiado énfasis, entonces se está hundiendo en el pozo del yo. Y esa es una situación peligrosa. Podéis estar delante de un ambicioso o un loco que busca el poder.

Hice el gesto de reconocimiento. No quería discutir las teorías sociales de los aborígenes californianos..., no en inglés y delante de Nia y el oráculo. Era una falta de educación. Miré a Nia.

—Nuestro amigo, el que tiene la voz en la caja, está preocupado por los muchos problemas que nos hemos encontrado.

—Nunca es fácil viajar —dijo el oráculo—. Lo sé. Una de mis hermanas es una gran viajera. Ha estado tan al norte como los hombres y se encontró con el Pueblo de Hierro en sus tierras de verano. Ha estado también al sur y ha visto el océano y ha recibido regalos de la gente que vive allí: el Pueblo de la Espina de Pez y el Pueblo del Tinte Verde Oscuro. Mi madre me ha contado sus aventuras. ¡Qué relato! —Se mordió una uña—. ¿Qué espera tu amigo?

—Buena pregunta. No estoy muy segura.

Durante los tres días siguientes viajamos lo más rápido posible. No sucedió gran cosa. El cielo estuvo despejado en su mayor parte, y la tierra ondulaba suavemente. Vimos animales en la distancia: manadas de bípedos pastando y una vez a un animal solitario que según Nia era un asesino-de-la-llanura.

—Un macho. ¿Ves lo grande que es y cómo se mueve?

—Nia, esa cosa es un punto negro para mí. Pensaba que podría ser una persona.

—¡Qué ojos tienes! Es evidente que es un asesino, un macho. Una hembra viajaría con sus crías. Las crías tendrían hambre y ella sería peligrosa. Pero un macho no supone un gran problema.

—¡Lo que tú digas! —intervino el oráculo—. Yo sé lo contrario.

—Estabas solo y no tenías fuego.

—Haremos uno esta noche —dijo el oráculo.

Esto fue hacia la mitad del tercer día. Para entonces ya estábamos todos inquietos, mirando atrás y a nuestro alrededor.

Nos detuvimos pronto en lo alto de un promontorio más elevado que las otras colinas. Derek miró hacia el este.

—Nada —dijo—. No puedo verlos. Sin embargo, vamos a montar guardia. Y no quiero arriesgarme a encender un fuego.

—Tenemos que hacerlo —respondió Nia—. Hay cosas peores que los hombres. No quiero acostarme en la oscuridad y esperar a que llegue un asesino de la llanura.

—Muy bien —dijo Derek.

Encendimos la hoguera y nos acurrucamos a su alrededor. Derek se encargó de la primera guardia. Yo permanecí sentada, preocupada. Finalmente, cuando no pude soportar más la preocupación, llamé a Eddie.

—¿Algún rastro de los tres hermanos? —preguntó.

—No. Y no quiero pensar en ellos. ¿Cómo van las cosas en la nave?

—No muy bien. Meiling se pasó a la oposición.

—¿Qué?

—Ha archivado un informe contra la no-intervención. Los nativos no son tontos, según ella. Tienen ojos para ver y mentes para pensar. Saben que ella es algo completamente diferente, algo completamente fuera de su experiencia y de la experiencia de sus antepasados. La gente sin pelo no se menciona en las historias sobre la creación.

»El conocimiento, en sí mismo, es una intervención. Nuestra presencia cambia la manera en que los nativos ven el mundo. Según ella, no hay manera de estudiar a esta gente sin causar cambios.

—El Principio de Incertidumbre de Heisenberg.

—Eso me han dicho. No soy experto en la historia de la ciencia. Y no creo que sea posible aplicar las leyes de la física a la conducta de la gente. Esto es como el darwinismo social. Una teoría estúpida y peligrosa.

»Meiling dice que la política de no-intervención solo sirve para una cosa, para complicarles la vida a los trabajadores de campo. No pueden intercambiar información con los nativos, ni ofrecer ayuda. Simple ayuda médica, por ejemplo.

—Yo lo he hecho —dije—. Cuando Nia resultó herida.

—Lo sé. Pero fue solo a una persona, y Nia y tú estabais solas. No es que te colocarás como doctora de la aldea. Meiling quiere hacerlo. Tiene formación médica y trabajó en el Tíbet. Le dijimos que no. Todavía está furiosa.

Pensé en Meiling: delgada y apasionada, una persona que tenía problemas con mantenerse al margen. La pasividad no era para ella. No tenía ningún interés en las ideas de Lao Zi o Buda. Procedía de la segunda gran tradición de China, la de Mao Zi y Men Zi y el maestro Kong. La tradición de la responsabilidad social.

—Tiene cierta razón —dijo Eddie—. Sé que la no-intervención lo dificulta todo.

Y tal vez sea una farsa. Tal vez no hay manera de evitar cambiar este planeta. Pero la política nos hace ir despacio. Si la abandonamos o incluso empezamos a modificarla, entonces será solo cuestión de tiempo (y no mucho tiempo) antes de que este planeta se parezca a América en el siglo XIX. Los nativos estarán hasta las trancas de exploradores y prospectores y misioneros marxistas.

—Eddie, te preocupas aún más que yo.

—No voy a decir que esperemos a ver. Voy a hacer todo lo que pueda para asegurarme de que mis predicciones no se hagan realidad.

—Buenas noches, Eddie.

Medité un rato contemplando el fuego. Luego me quedé dormida, sentada en la posición del semiloto. Finalmente, Derek me despertó.

—Tu turno. No he visto a nadie.

Hice guardia hasta medianoche. No sucedió nada. Cayeron meteoritos y un insecto salió de la oscuridad. Revoloteó sobre el fuego con sus enormes alas pálidas. Un momento después desapareció.

Desperté a Nia. Se levantó, gruñendo en voz baja.

—He visto un insecto así de grande. —Separé las manos unos cuarenta centímetros—. ¿Es posible?

Ella frunció el ceño.

—¿Y por eso me despiertas?

—No. Es tu turno de montar guardia. ¿Podría haber sido así de grande el bicho?

—Sí. —Nia se despezó y bostezó—. Vete a dormir, Li-sa. No me apetece hablar.

Hice lo que me decía.

La mañana fue espléndida. Por encima de nosotros y al este el cielo estaba despejado. Al oeste estaba lleno de nubes. Eran cirros.

—Nuevo clima —dijo Nia.

Ensilamos los animales y continuamos nuestro viaje. Yo cabalgué, igual que el oráculo.

Las nubes se extendían al este, cubriendo el cielo. A media mañana el sol brillaba a través de una bruma blanca. Derek seguía mirando atrás.

—Tal vez hayan decidido olvidar todo el asunto —dijo por fin. No hablaba con mucha convicción.

A mediodía llegamos a un valle. Nos detuvimos en el macizo rocoso, ante él. El macizo era bajo. El valle era poco profundo y no especialmente ancho. Un río corría por su centro, marrón y lento. La hierba monstruosa crecía en las orillas. Una nueva variedad. Las hojas eran completamente azules. Las pendientes del valle estaban cubiertas de la habitual vegetación amarilla. Aquí y allá vi manchas rojas de una planta que no reconocí.

El sendero descendía hasta el valle. Lo seguimos. Vi animales: una manada o un rebaño de cuadrúpedos. Eran pequeñitos, de no más de un metro de altura, y tímidos.

En cuanto nos acercamos salieron corriendo a grandes saltos, como hacen las gacelas. Eran marrones con franjas blancas en la espalda, y parecían velludos.

—¿Qué son? —preguntó Derek.

—Espaldas plateadas —dijo Nia—. En invierno se vuelven completamente blancos y su piel es cálida y gruesa. Algunas personas los cuidan. El Pueblo de la Piel y el Estaño, por ejemplo. Pero nosotros, el Pueblo de Hierro, creemos que causan más problemas de lo que merece la pena afrontar. No conservan los cuernos, sino que los mudan cada otoño y les crecen otros nuevos en primavera. Mientras les salen los cuernos, los animales son irritables y difíciles de manejar. Los frotan contra todo lo que encuentran: los postes de las tiendas y las ruedas de las carretas e incluso los trípodes que usamos para colgar los cacharros de cocina.

El sendero continuaba a lo largo del río. Bípedos de largos cuellos pastaban las hojas de hierba monstruosa. Eran de casi el mismo color que la hierba. En las sombras, entre las hojas azules, costaba distinguirlos. A menudo yo no veía a uno hasta que se movía, extendiendo un brazo fino y delgado para tomar comida o retorciendo el cuello y ladeando la cabecita para mirarnos. Y yo no tenía ni idea de cuántos eran. ¿Dos? ¿Tres? ¿Una docena?

—No tenemos que preocuparnos por los asesinos-de-la-llanura —dijo Nia—. Hay demasiados animales alrededor. No son listas, estas criaturas, pero no se quedarían quietas si vieran devorar a uno de los suyos.

Continuamos siguiendo el curso del río toda la tarde. Gradualmente este se ensanchó, volviéndose cada vez menos profundo. Habíabancos de arena y zonas de cañaverales. El sendero se acabó. Nos detuvimos.

Nia contempló el río.

—Este es el vado. —Se protegió los ojos—. Hay un hombre al otro lado, en las sombras. Nos está observando.

Derek imitó su gesto.

—Tienes razón. ¡Maldición!

—Ese es mi hermano Tazoon —dijo una voz tras nosotros.

Miré alrededor. Un hombre se encontraba a cinco metros de distancia, junto a un tallo de hierba monstruosa. Inzara. Reconocí la túnica.

—Y ese es Ara —señaló a un hombre que apareció en el sendero que acabábamos de recorrer. Era tan grande como Inzara. Su túnica era azul, cubierta de bordados. Llevaba un cinturón de eslabones de cobre y un cuchillo en una vaina de cuero azul. Sus botas eran de cuero azul. En una muñeca llevaba una docena de brazaletes de hilo de cobre. Movié ligeramente las manos, haciendo un gesto a su hermano. Oí sonar los brazaletes.

—¿Qué queréis? —preguntó Derek.

—Matasteis a Inahooli —dijo Inzara—. La desenterramos. Había una herida profunda en su espalda.

Derek no dijo nada.

Al cabo de un instante, Nia intervino.

—Sí. Lo hicimos. ¿Qué ocurre?

—Queremos una explicación.

—La ceremonia para honrar a los Hacedores de Cuerdas está arruinada —dijo Ara—. Nosotros somos hombres. No nos importan estas cosas tanto como a las mujeres. Pero no es bueno ver avergonzado el clan de nuestra madre.

—Inahooli será conocida como la guardiana que fracasó —dijo Inzara—. Su fantasma estará furioso. Nunca fue fácil de tratar. Ahora, ¿quién sabe qué hará? Tendrá que haber ceremonias de aversión y ceremonias de purificación.

—Y ceremonias para alejar la furia de Inahooli y de nuestra antepasada la Hacedora de Cuerdas —continuó Ara—. Es una mala situación. Queremos saber cómo se produjo.

—Muy bien —dijo Nia—. Os lo contaremos. ¿Quiere escuchar el otro, el que está al otro lado del río?

—Sí. —Inzara agitó los brazos y gritó.

El tercer hermano apareció unos minutos más tarde tras salir de un bosquecillo. Guiaba dos cuernicurvos con las sillas vacías. Vadearon el río, salpicando agua en los bajíos. Cuando llegaron a nuestro lado, detuvo su animal.

—¿Bien? —Su voz era tan grave como la de Inzara, pero mucho más brusca.

—Ata los animales —dijo Inzara.

Nia nos miró al oráculo y a mí.

—Bajad, vosotros dos.

Desmontamos. Nia empuñó nuestras riendas y condujo nuestros animales al bosquecillo más cercano. El tercer hombre cabalgó tras ella.

Volvieron juntos, pero caminando un poco distanciados. Ambos parecían cautelosos. Nia era una mujer grande. El hombre la hacía parecer pequeña. Era tan enorme como sus hermanos. Llevaba un kilt de tela verde oscuro y un cinturón amarillo. La hebilla era de plata. Sus botas eran de cuero verde. En su ancho pecho llevaba un collar. Se enredaba en su pelo hirsuto y quedaba semioculto. Distinguí cuentas de plata, largas y estrechas, alternándose con perlas redondas de ámbar, amarillas como la mantequilla.

Inzara lo señaló.

—Este es, como os decía, mi hermano Tzoon.

El hombre nos miró y gruñó.

—¡Hu!

—¿Quiénes sois? —preguntó Ara. Había permanecido al norte de nosotros, en el sendero. Inzara se hallaba un poco al sur, cerca de la orilla del río. El tercer hermano se encontraba al este, al borde del bosquecillo. Estábamos rodeados. Atrapados.

Nia se rascó la nariz.

—¿Me contestarás a una pregunta? Luego te diré quiénes somos.

Inzara hizo el gesto de asentimiento.



—¿Por qué viajáis juntos?

—No somos hombres corrientes —contestó Inzara—. Nacimos juntos, los tres en un mismo parto.

—¡Aiya! —dijo el oráculo.

—¡Hu! —exclamó Nia.

—Nadie en nuestra aldea había visto jamás una cosa igual. Dos niños a la vez, sí. Eso ha sucedido, pero no a menudo. Normalmente los niños son pequeños y débiles. Mueren. Pero tres... Eso era inaudito. Y todos éramos grandes y sanos. La gente decía que nuestra madre debía de haberse encontrado al Tramposo en la llanura. Teníamos que ser desafortunados. Ninguna mujer podía amamantar a tres hijos. Uno de nosotros, al menos, tendría que morir.

Ara continuó la historia:

—Nuestra madre dijo que todos éramos bebés hermosos. No podía decidir a quién dejar en la llanura para que lo encontraran los carroñeros. Quiso conservarnos a todos. A nuestra madre nunca le gustó el despilfarro.

El tercer hermano, Tzoon, hizo el gesto de acuerdo.

Ara continuó:

—Nuestra madre le llevó regalos a la hechicera: una cuerda larga y buena y un trozo de tela cubierta de bordados.

—Y una olla hecha por el Pueblo de Hierro —dijo Inzara—. Nunca fue de las que guardaban las cosas escondidas en su tienda. Conocía la importancia de regalar.

Ara hizo el gesto de reconocimiento.

—Le pidió a la hechicera que ejecutara la ceremonia de la interpretación. Eso duró tres días. Nuestra madre nos amamantó lo mejor que pudo. Al segundo día de la ceremonia, cuando la hechicera estaba en profundo trance, nuestra tía Iatzi perdió a su bebé.

—Siempre había estado enfermo —añadió Inzara.

Una vez más Ara hizo el gesto de reconocimiento.

—Era su primer hijo. Ahora su tienda estaba vacía y tenía leche de sobra. Se ofreció a ayudar a nuestra madre.

—Nuestra madre dijo que eso demostraba que no éramos desafortunados. De hecho, teníamos más suerte que la mayoría, ya que lo que necesitábamos nos venía.

—Cuando la hechicera despertó —dijo Inzara—, le dijo a la gente de la aldea que había subido al cielo y había visto a la Hacedora de Cuerdas, la Madre de las Madres y el Señor de los Rebaños. Le dijeron: «Estos niños nos pertenecen y los mantendremos tal como veamos adecuado. Si queremos que vivan, vivirán. Si decidimos que es la hora de que mueran... juntos o por separado, veréis los resultados. No interfiráis y no presumáis de comprender nuestras intenciones». Ese fue el final de su visión.

»¿Qué más hay que decir? Cuando éramos niños, nos gustaba estar juntos. Casi nunca discutíamos. Había gente en la aldea que decía que solo teníamos un espíritu

entre los tres. Tal vez tenían razón. No lo sabemos. Hay diferencias entre nosotros. Tzoon es silencioso. Ara es curioso. Yo soy extrañamente equilibrado. Pero es cierto que somos tan íntimos como hermanas, y cada uno de nosotros sabe lo que están pensando los otros. Realizamos el cambio exactamente al mismo tiempo.

—Ni siquiera entonces peleamos —dijo Ara—, aunque Tzoon se volvió más silencioso que antes.

Miré al tercer hermano. Él frunció el ceño.

—En la Tierra de Verano y cuando el rebaño está en marcha, permanecemos juntos. Nos gusta mirar alrededor y ver a un hermano en la distancia. Y nos gusta reunirnos de vez en cuando para compartir comida y charlar. Inzara y yo hablamos. Tzoon escucha.

—En primavera nos separamos —dijo el tercer hermano.

Inzara hizo el gesto de acuerdo.

—No sabemos qué sucedería entonces. ¿Y si una mujer saliera de la aldea llena de celo y dos de nosotros la viéramos? ¿Pelearíamos? ¡Eso sería terrible!

—Nos aseguramos de que nuestros territorios disten suficientemente entre sí y estén igual de cerca de la aldea —dijo Ara—. Esto se ha vuelto difícil en los últimos años. Todos somos hombres grandes y los territorios que tenemos ahora están casi en el poblado.

—Dejamos que los otros hombres, hombres a quienes podríamos vencer, se interpongan entre nosotros —continuó Inzara—. De esa forma perdemos algunas mujeres. Pero nuestra madre siempre decía: «Con la avaricia no se gana nada».

—Ahora —dijo Tzoon—. Decidnos quiénes sois.

Nia nos fue señalando y dio nuestros nombres. Se identificó la última.

—Tú eres la mujer que amó a un hombre —dijo Inzara.

Nia hizo el gesto de reconocimiento.

—Y ahora viajas con otro hombre. —Señaló al oráculo—. Y con dos personas que casi no tienen pelo.

—Sí.

—¿De qué sexo son estas personas?

—Una es una mujer. El otro es un hombre.

—¡Aiya! —dijo Inzara.

Tzoon hizo el gesto que significaba «no importa».

—Esto no es asunto nuestro. Si quieren arriesgarse a tener mala suerte... Bueno, allá ellos. No pertenecen a nuestro poblado.

Ara hizo el gesto de reconocimiento.

—Nuestra preocupación es Inahooli. ¿Cómo murió?

Nia se frotó la nuca.

—No es fácil de explicar.

Tzoon frunció el ceño.

Ella lo miró, luego a sus hermanos.

—Primero, nos encontramos con un shuwabara. Un macho con una familia que proteger. Asustó a nuestros cuernicurvos, que se escaparon. Nos quedamos atascados en la orilla del Lago de los Insectos y las Piedras. Es importante que lo sepáis. No teníamos forma de escapar de Inahooli después de que se volviera loca.

—Ah —dijo Inzara.

—La primera vez que vino, Li-sa y yo estábamos solas. Quería alardear de su torre, y Li-sa sentía curiosidad. Es una persona peculiar, siempre hace preguntas, como una niña pequeña, y señala las cosas y las abre y pregunta y pregunta. ¡Aiya!

Ara frunció el ceño.

—Cualquier cosa puede ser llevada demasiado lejos. Pero no hay nada malo en ser curioso.

—Li-sa fue a ver la torre —continuó Nia—. Entonces Inahooli decidió que era un demonio y sacó un cuchillo. Trató de matar a Li-sa. Pero Li-sa se escapó.

—¿Por que creyó que era un demonio? —Ara me señaló.

Nia hizo una pausa, frunciendo el ceño. Se mordió la uña.

—Inahooli recordó quién soy. Y pensó que una persona sin pelo que viaja con una pervertida tenía que ser un demonio.

—Eso tiene sentido —dijo Tzoon.

Inzara hizo el gesto de desacuerdo.

—La torre está protegida. La hechicera realizó ceremonias en primavera después de que fuera construida. Hay magia por toda ella, tejida en cada trozo de cuerda y cada pieza de madera.

—¿La protege la magia contra todo? —pregunté.

—No. Por supuesto que no. Un viento fuerte puede derribarla, y el granizo puede romper los estandartes. Los animales pueden morderla o encaramarse y causar daños. Pero la torre debería estar a salvo de los demonios. Si esa —me señaló— pudo acercarse a la torre, no es un demonio. Aunque podría ser otra cosa desafortunada. Una persona necesitada de purificación, por ejemplo.

—No —dijo Nia—. Inahooli fue tajante. Li-sa era un demonio. Inahooli decidió que la torre estaba estropeada. Li-sa le había quitado todo su poder. Vino a nuestro campamento de noche, planeando desquitarse de algún modo. Ese —señaló a Derek—, la vio llegar. Luchó con Inahooli y venció. La ató y tratamos de hablar con ella. Ellos, los otros, trataron de hablar con ella. Yo estaba en la llanura, buscando nuestros cuernicurvos.

—Yo contaré esta parte —dijo el oráculo—. Hablamos y hablamos, tratando de convencerla de que no le habíamos hecho nada a su torre. Comprendo estas cosas. Soy oráculo, y el hombre más santo entre el Pueblo del Cobre de la Llanura.

—¡Aiya! —dijo Inzara.

—Los oráculos no viajan —dijo Ara—. ¿Por qué estás aquí?

—Mi espíritu me dijo que fuera con esta gente. Son importantes de un modo u otro.

Ara nos miró a Derek y a mí. Hizo el gesto de duda y luego el gesto de reconocimiento. Juntos significaban «si tú lo dices».

El oráculo continuó.

—Al final Inahooli decidió que la causa de todos sus problemas era vuestra hechicera. Había hechizado a Inahooli y le había hecho creer que la torre estaba estropeada.

Tzoon gruñó.

—Nunca me gustó la hechicera. La recuerdo de cuando era una niña pequeña. Siempre hablando. Siempre dándoselas de lista.

Inzara frunció el ceño.

—¿Por qué haría la hechicera una cosa así?

—Inahooli dijo que pertenecía al Clan del Ave de Tierra, y que son rivales de vuestro clan.

—Nos dijo —añadí yo—, que la luna grande estaba implicada.

Inzara me miró, con el ceño fruncido.

—¿La luna? ¿Cómo?

—Entonces estaba hirviendo.

—Lo sabemos —dijo Ara—. La vimos, pero eso no tiene nada que ver con hacer o deshacer torres. Eso significa que vamos a tener escasez de comida en invierno.

—Lo dicen las ancianas —añadió Tzoon.

Inzara hizo el gesto de desacuerdo.

—Inahooli no estaba diciendo la verdad. La luna no tenía nada que ver con lo que estaba pasando, y nuestra hechicera es la hija de la antigua hechicera. Una hija verdadera, nacida del cuerpo de la anciana. Siempre ha pertenecido al Clan de la Primera Maga.

—La madre de la antigua hechicera nació en el Clan del Ave de Tierra —dijo Ara—. Fue adoptada por la hechicera de aquella época, que solo tuvo hijos. Algunas personas dicen que ella, la madre de la antigua hechicera, favorecía más de lo debido al Clan del Ave de Tierra. Pero eso fue hace tres generaciones.

—Bueno —dijo el oráculo—. Inahooli estaba mintiendo. La creímos y la dejamos marchar. Regresó de noche y nos atacó. En mi opinión estaba loca. Luchó sin preocuparle lo que sucediera. Casi ganó. Pero una de nosotros consiguió apuñalarla antes de que nos matara a todos. Eso es lo que intentaba hacer.

—Esa es toda la historia —dijo Nia.

Se produjo un momento de silencio. Los tres hermanos tenían el ceño fruncido.

—¿Bien? —dijo Tzoon por fin—. ¿Están diciendo la verdad?

Inzara hizo el gesto de afirmación.

—Parece típico de Inahooli. En el fondo, siempre creyó que las cosas le irían mal. Buscaba la mala suerte. Cuando esa llegó —señaló a Nia—, debió de pensar: esto es. Lo que he estado esperando. Lo que me hará fracasar.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté.

—Tengo sed —respondió Inzara—. Bebamos en el río y luego sentémonos. Os hablaré de Inahooli.

—Muy bien —dijo Nia.

Los tres hermanos bebieron, arrodillándose uno a uno al borde del río. Mientras uno bebía, los otros dos montaban guardia, mirándonos a nosotros y mirando el bosquecillo de hierba monstruosa del otro lado del río. Tzoon fue el último en beber. Se levantó y se secó la boca.

—¡Hu!

Inzara se apartó de la orilla. Se sentó con la espalda contra un tallo de hierba monstruosa, extendió las piernas y se frotó un muslo.

—Ha sido una dura cabalgada desde el lago. Tuvimos que volver a enterrar a Inahooli y hacerlo bien, con canciones y regalos de despedida. Todo eso llevó tiempo.

Ara se sentó en la periferia del bosquecillo, no lejos de Inzara, en la posición del semiloto.

—No pudimos realizar la ceremonia completa. Para eso es necesaria una hechicera. Pero realizamos las partes que pudimos recordar de cuando éramos niños en el poblado.

—Cuenta la historia —dijo el tercer hermano.

Permaneció de pie en la orilla. ¿Qué altura tenía, por cierto? Medía más de dos metros. A la luz del sol su piel era marrón oscuro en vez de negra. Había zonas rojizas en su pelaje. Tenía los ojos parcialmente cerrados. Las pupilas se habían contraído hasta convertirse en líneas. Los iris eran de un amarillo pálido.

Inzara señaló el suelo y los cuatro nos sentamos, frente a él y Ara. Tzoon estaba detrás. No había forma de vigilarlo a él y a sus hermanos al mismo tiempo. Si algo iba mal, si los hermanos se enfurecían, caería sobre nosotros antes de que pudiéramos levantarnos y darnos la vuelta.

—Inahooli fue la primera que nació —dijo Inzara—. La hija mayor. Debería haber sido la hija más importante. Pero nosotros vinimos después, y éramos mágicos.

—Ah —comentó Nia.

Inzara hizo el gesto de afirmación.

—Todo el mundo nos miraba. Todo el mundo hablaba de nosotros. Éramos los importantes.

—Yo solía preguntarme por qué parecía desgraciada —dijo Ara—. Pero no podía preguntárselo. Nunca fue fácil hablar con ella. Era más callada que él. —Ara señaló a Tzoon—. Y tenía mal genio. O bien no decía nada o gritaba y saltaba arriba y abajo.

—Yo nunca advertí que fuera desgraciada —dijo Inzara—. Pero tengo que reconocer que nunca le presté demasiada atención. Era feliz con mis hermanos y nuestra madre e Iatzi.

Detrás de nosotros, Tzoon gruñó. Mostrando su acuerdo, decidí.

—Encontré de nuevo a Inahooli hace dos primaveras —continuó Inzara—, por primera vez desde que dejamos el poblado. Yo tenía un territorio cercano a la aldea,

entre dos hombres que se hacían viejos. Ya no tenían fuerzas para enfrentarse a mí, ni a Ara ni a Tzoon. Pero los dejábamos, para que estuviéramos a salvo unos de otros.

»La primera mujer que vino a mi territorio fue Inahooli. Tenía buen aspecto. Era una mujer impresionante. Y me alegré de verla. Era mi hermana, después de todo. Habíamos compartido la misma tienda y el mismo fuego. Pensé: “Esto es buena suerte. Podré preguntarle por nuestra madre y por Iatzi.”

»Pero en el momento en que me vio, se puso furiosa. “¿Nunca me podré librar de ti?”, me gritó. Me quedé sorprendido.

»Nos apareamos...

—¿Por qué? —pregunté yo—. ¿Por qué os apareasteis, si estaba furiosa contigo?

—Porque eso es lo que hacen un hombre y una mujer cuando se encuentran en la época de apareamiento. —Lo dijo lentamente, con claridad, como si le hablara a una niña—. A menos, por supuesto, que sean madre e hijo.

Un tabú contra el incesto, supuse. ¿Por qué? Tal vez para proteger a los muchachos jóvenes de sus madres. ¿Era eso posible? O tal vez para permitir a los hombres una relación que no fuera sexual.

—Continúa —dijo Ara—. Cuenta el resto.

—Después de que nos apareáramos, le pregunté por qué estaba furiosa. Dijo que yo era hijo del Tramoso, nacido para causar problemas. Había esperado y esperado el cambio. Nos había dado, a los tres, bellos regalos y nos había despedido. Por fin, se dijo, salía de las sombras y pasaba a la luz. Nos habíamos marchado. Estaba libre de nosotros. Pero no podíamos dejarla en paz. Cada primavera, decía Inahooli, las mujeres preguntaban: «¿Quién se ha apareado con Inzara y Ara y Tzoon? ¿Están bien? ¿Sobrevivieron al invierno? ¿Son tan afortunados como han sido siempre?»

—¡Hu!

Miré a Tzoon. Sus ojos estaban casi completamente cerrados y parecía tan satisfecho como un gato al sol. No había nada malo en eso, me dije. A todo el mundo le gusta que lo alaben.

—Su suerte, me dijo, siempre había sido mala —continuó Inzara—. Sus hijos eran corrientes. No tenía ninguna habilidad especial. Nadie la respetaba. No tenía amigas.

»Le dije que no era culpa mía. Entonces me golpeó. Pensé que me iba a hacer enfadar. Saqué un regalo. “Márchate de aquí —le dije—. Si sigues sintiendo el celo, vete al este. Allí está el viejo Hoopatoo. No es muy bueno en las confrontaciones, pero debería poder aparearse.”

»Ella me dio un regalo y se marchó. No volví a verla hasta que abrí su tumba.

Inzara hizo un momento de pausa.

—La primavera siguiente pregunté a las mujeres, las mujeres que vinieron a mí, cómo le iba a Inahooli. Se había quedado embarazada, dijeron. Su hijo había nacido demasiado pronto. Murió. Eso fue una mala noticia. Pero había noticias buenas. El clan la había elegido guardiana de la torre. Era una mujer difícil, me dijeron, pero

impresionante. Fuerte y voluntariosa, y su familia era respetada por todo el mundo. Una buena elección como guardianas, dijeron todas las mujeres.

»Yo pensé: «Ahora tendrá prestigio. Dejará de sentirse envidiosa.» —Nos miró—. No me gusta estar mal con nadie... excepto con otros hombres, por supuesto. E incluso entonces no me gusta una pelea seria. Todo está bien, por lo que a mí respecta, mientras ellos retrocedan.

Ara hizo el gesto de acuerdo. Detrás de mí, Tzoon gruñó.

—Ningún hombre ve nunca las ceremonias delante de una torre del clan —continuó Inzara—, no a menos que sea muy viejo y haya pasado un segundo cambio y haya decidido volver al poblado. Pero de vez en cuando, los hombres van a ver la torre, normalmente después de que las ceremonias hayan terminado y la torre haya sido abandonada. La mayoría de las veces la torre ha resultado dañada de un modo u otro y las máscaras sagradas han desaparecido. Siempre son destruidas después de la gran danza. Pensé: «Quiero ver esta torre, la torre de nuestra hermana, cuando es nueva». Hablé con mis hermanos. Decidieron venir conmigo. Cabalgamos al sur por delante del rebaño.

—No nos perdimos nada —dijo Ara—. En verano, al norte, no importa qué tipo de territorio tiene un hombre. Algunas zonas son más cómodas que otras. Este verano, por ejemplo, tuve una parte de río llena de peces y un macizo rocoso donde crecían bayas. ¡Un buen territorio! Lo disfruté, sobre todo las bayas. Eran tan grandes como el extremo de mi pulgar, y jugosas. Pero no nos costó demasiado marcharnos y dejarlo todo a ese gordo tonto de Oopai. Sabía que aparecería en el momento en que nos marcháramos.

—No importa —dijo Tzoon—. Cuando el rebaño llegue a la Tierra de Invierno, estaremos allí. Entonces Oopai podrá recordar sus bayas. Nosotros seremos quienes estén cerca del poblado.

Ara hizo el gesto de acuerdo.

—En cualquier caso —dijo Inzara—, cabalgamos hasta el Lago de los Insectos y las Piedras. Encontramos a nuestra hermana y vinimos detrás de vosotros.

Ara repitió el gesto de acuerdo. Durante un instante reinó el silencio. ¿Y ahora qué? ¿Qué iban a hacer? Miré a los dos hermanos que tenía delante. Sus caras, oscuras y velludas, no me decían nada. Me giré y miré a Tzoon. Tenía fruncido el ceño y se rascaba la frente, que era ancha, baja, cubierta de pelo. Los arcos occipitales eran prominentes, los ojos hundidos, la nariz chata, los pómulos anchos. Un Neanderthal casi perfecto. Había visto gente como él en los dioramas de los museos. No, me equivocaba. Su mandíbula no era tan gruesa como la de la gente de los museos, y su frente, aunque baja, no retrocedía. Por su aspecto, tenía bastante cerebro en la parte frontal. Lo que quiera que eso significara en su especie.

Gruñó e hizo el gesto que significaba «sea pues». Después echó a andar, alejándose del río.

Ara se levantó y se desperezó. Un momento más tarde Inzara se levantó.

Todos nos levantamos, los cuatro.

—¿Y ahora qué? —preguntó Derek.

—Tenemos la explicación que queríamos —contestó Inzara—. No nos importa estar cerca unos de otros, pero vosotros nos incomodáis. Nos marcharemos. Al este de aquí, vimos huellas. Una manada de shu-wabara. Tzoon es un buen arquero y Ara no es malo. Mataremos un animal, uno joven, gordo y tierno, y lo asaremos.

—Bien —dijo Tzoon.

—Lo comeremos y luego cabalgaremos al sur y esperaremos en la Tierra de Invierno a que llegue el rebaño —dijo Ara.

Condujeron sus animales hasta el sendero, montaron y se acomodaron en las sillas. Como Nia, parecían relajados y cómodos. Empuñaron las riendas, hicieron girar a sus animales y se marcharon cabalgando. Al principio iban juntos, pero al cabo de un momento Tzoon se apartó del sendero para adentrarse en el bosquecillo. Lo perdí de vista. Un minuto o dos más tarde Ara metió a su animal en el bosque y, como su hermano, desapareció. Inzara continuó solo. El sendero se curvaba. Rodeó la curva y se perdió.

Derek resopló.

—Gracias a la Santa Unidad o a la rueda del destino o a lo que sea responsable. Odio admitirlo, pero esos tres me asustaban.

—¿Por qué? —preguntó el oráculo—. No estaban locos. Solo los locos luchan cuando no hay nada que ganar..., ni territorio ni mujeres.

Nia hizo el gesto de reconocimiento.

—Son hombres grandes. Esos rara vez se vuelven locos. Conocen su propia fuerza. Tienen lo mejor, y saben que pueden conservarlo. Son los hombres jóvenes de las colinas los que se vuelven locos de frustración. O los viejos que han perdido sus territorios.

—Me olvidaba —dijo una voz.

Dio un respingo. Igual que todos los demás. Nos giramos, los cuatro.

Un cuernicurvo salió del bosquecillo. El jinete vestía de azul. Ara. El hermano curioso. Frenó a su animal y nos miró.

—¿Sí? —dijo Derek—. ¿Qué ocurre?

—Vosotros dos. Los sin pelo. ¿Qué sois?

—Personas —contesté yo—. Venimos de muy lejos. En nuestra tierra, toda la gente es más o menos como nosotros.

—¿Sin pelo?

—Solo en la cabeza. Y un poco en otros sitios.

—¿Dónde?

—Bajo los brazos y entre las piernas.

—¡Aiya! Debéis de tener frío en invierno.

—Llevamos más ropa que vosotros —dije—. En verano nos lo quitamos casi todo, y probablemente estamos más cómodos que vosotros.



Nia hizo el gesto de desacuerdo.

—En verano no tenéis protección contra los insectos que muerden o pican.

Pensé un momento.

—Tenemos ungüentos con aromas que no gustan a los insectos. Nos rociamos con ellos y los insectos se marchan.

—Parece asqueroso —dijo Ara—. El pelo habría sido mejor. Y más bonito, también. El espíritu que os hizo no pensaba lo que hacía.

—Eso pasa a menudo —dijo el oráculo—. Los espíritus son muy poderosos, pero no son siempre listos.

Ara hizo el gesto de acuerdo.

—Tienes razón en eso. Mira al Tramposo. Se las da de listo. Va por ahí poniendo trampas y diciendo mentiras. ¿Y qué pasa? Cae en sus propias trampas la mitad de las veces, y sus mentiras se vuelven tan complicadas que no puede seguirles la pista. Eso no es ser listo. Es ser estúpido-listo. —Hizo una pausa—. ¿Cuál es el nombre de tu pueblo?

—Humanos —dije yo.

Él repitió la palabra.

—¿Qué significa?

—Personas.

Ara frunció el ceño.

—¿Pero qué clase de personas? ¿Qué lleváis con vosotros cuando viajáis? ¿Cuál es vuestro don?

—En ocasiones nos llamamos a nosotros mismos Homo sapiens, que significa el Pueblo de la Sabiduría.

—¡Aiya! ¡Eso sí que es un don! ¿Traéis algo con vosotros? Dime algo sabio.

Derek guardó silencio un momento. Por fin pareció satisfecho. Se le había ocurrido algo.

—Si te digo algo sabio, entonces tendrás un regalo mío. Pero yo no tendré nada tuyo. Así que te habré dado algo por nada, lo cual no es sabio.

—Ah —dijo Ara. Se rascó la cabeza—. Demuestras ser sabio al no decirme nada. ¿Es eso lo que intentas decir?

Derek hizo el gesto de acuerdo.

Ara hizo el gesto que significaba que no.

—Tu respuesta no es sabia. Es estúpido-lista. Piensas igual que el Tramposo. Le preocupa que lo engañen. Pierde el tiempo buscando trucos y mentiras cuando no hay ninguno. «Esas ramas junto al camino esconden una trampa —dice—. Un agujero profundo o una horca atada a un árbol. No soy tonto. Atravesaré el campo». Y deja el camino seguro, transitado por la gente, y se pierde en los páramos o cae en un pantano. Si eso es lo mejor que puedes ofrecer, no creo que tu pueblo sea el Pueblo de la Sabiduría.

Miré a Derek. Tenía la cara roja. Abrió la boca, luego la cerró. No iba a discutir

con Ara. Normal. Ara era muy grande y no especialmente amable. Inzara era el que le seguía la corriente a la gente. A Ara no parecía importarle.

—La mayor parte de las veces —dije—, nos llamamos igual que la tierra donde vivimos. Derek es angelino, porque su pueblo vive cerca de un sitio llamado Los Ángeles. Yo soy hawaiana. Soy de una isla llamada Hawai.

Eso no era exactamente cierto. Soy de la isla de Kauai. Pero no sabía qué palabra usaban para describir un grupo de islas. ¿Bandada?

¿Rebaño? ¿Montón? ¿Disposición? ¿Reunión? Como carecía de palabra, no podía decir que era del archipiélago de Hawai.

Ara volvió a fruncir el ceño.

—Tenéis un montón de nombres. ¿No podéis decidir qué sois?

—No.

—Ah. Bien, si me encuentro a más gente sin pelo, le preguntaré un nombre. Tal vez tengan mejor respuesta que vosotros. —Volvió grupas y se perdió por el camino.

—Me gustaba mi respuesta —dijo Derek—. Supongo que esta gente no aprecia el ingenio.

Usó la palabra inglesa. ¿Cuál era la palabra nativa para «ingenio»? No la sabía.

Nia trajo los cuernicurvos. Montamos todos, Nia detrás del oráculo, Derek detrás de mí. De esa forma cruzamos el río. En el punto más profundo el agua llegó hasta el vientre de nuestros animales. Tuve que levantar los pies para mantenerlos secos. Derek no se molestó. Como de costumbre iba descalzo. El agua le sentaba bien, dijo.

En la orilla opuesta Nia y Derek desmontaron. Encontramos el sendero. Se dirigía al suroeste. Lo seguimos.

## SEGUNDA PARTE

## NAJIN

Esa noche acampamos en un bosquecillo, junto al río. Comimos lo que nos quedaba.

—Mañana cazaré —dijo Nia.

Derek hizo el gesto de asentimiento y luego el gesto de inclusión. Los dos juntos significaban: «Yo también cazaré».

Pensé en llamar a la nave. Pero estaba cansada y deprimida y no me apetecía conversar con Eddie.

Llovió durante la noche. Me desperté y oí el suave golpeteo sobre el follaje, a mi alrededor. No pudo ser una lluvia muy intensa. No caló las hojas. Estuve escuchando durante un rato y luego me volví a dormir.

Por la mañana había cesado de llover. Pero el cielo permaneció nublado. Nia y Derek se fueron a cazar. El oráculo y yo continuamos por el sendero. A nuestra derecha había bosquecillos de hierba monstruosa. A la izquierda corría el río. Se extendía sobre piedras amarillas y lechos de cañaverales púrpura oscuro. Había aves encaramadas en los juncos, haciendo ruidos borboteantes.

Pensé en desayunar. Mi estómago gruñó, igual que los pájaros.

—Cuéntame una historia.

—¿De qué tipo? —preguntó el oráculo.

—Una historia importante. Una historia de algo que importe.

—Te hablaré de la luna.

—¿Cuál?

—La luna grande. No siempre estuvo ahí arriba en el cielo. Antes estaba aquí abajo, en tierra. La Madre de las Madres la tenía. Era su olla. La olla podía llenarse sola. No necesitaba ayuda de nadie.

Pensé en pedirle que me contara una historia diferente.

—La gente podía comer y comer. Cuando la olla estaba vacía, la gente se sentaba y esperaba. Al ratito la olla estaba llena de nuevo, hasta el borde. Tenía gachas por la mañana. Por la noche contenía un sabroso guiso de carne. La Madre de las Madres alimentaba a todo el mundo que tenía hambre. Todos los que necesitaban comida podían acudir a ella.

Demasiado tarde. Se estaba enrollando con la historia. Sería una falta de educación pedirle que lo dejara. Mi estómago emitió otro sonido borboteante.

—Pero la gente se volvió perezosa y avariciosa. Pensaron que si una aldea tenía la olla, nadie en la aldea tendría que trabajar jamás. Así que los catorce tipos de pueblos que conozco enviaron emisarias a la Madre. Cada una dijo: «Danos tu olla, pues entonces mi pueblo será feliz para siempre».

»La Madre dijo que no. Las emisarias se enfadaron. Se marcharon juntas y conferenciaron.

»“Robaremos la olla, todas juntas. Cuando la tengamos, la sortearemos. Quien saque la pajita más corta podrá llevarse la olla a casa y conservarla durante un año. Al

final de ese año debe entregar la olla a quien saque la segunda pajita más corta. La compartiremos de este modo. Todas las aldeas tendrán un buen año, uno cada catorce.”

«Robaron la olla. No fue difícil. La Madre de las Madres no sospechó nada. Luego hicieron el sorteo y empezaron los problemas. Las mujeres con pajitas cortas fueron felices. Las mujeres con pajitas largas se pusieron furiosas. Empezaron a discutir y a gritar. Incluso se golpearon.

»El ruido atrajo al Espíritu del Cielo, que estaba sobre ellas. Bajó y agarró la olla y se la llevó..., aunque no sé cómo lo hizo, ya que tiene alas en vez de brazos. Tal vez agarró la olla con los pies. Hay mujeres que dicen que sus pies son garras como las patas de un ave de caza.

«Entonces la Madre de las Madres dijo: “Mirad lo que provoca ser avariciosas. Voy a poner mi olla en un sitio seguro y voy a castigaros a todas, para que, en el futuro, las mujeres se lo piensen dos veces antes de molestar a los espíritus.”

«Puso su olla en el cielo nocturno. Se convirtió en la luna. Y puso a las emisarias allí también: “Vuestro castigo será que vuestra misión nunca quedará completa. Deambularéis por el cielo eternamente, incapaces de conseguir mi olla e incapaces de volver a casa. Los pueblos del mundo aprenderán a ser menos avariciosos y a tratar a los espíritus con más consideración.”

»Esas mujeres se convirtieron en las pequeñas luces que recorren el cielo de noche. Las llamamos las Vagabundas o las Ladronas o las Mujeres Sin Respeto.

Las lunas pequeñas, deduje. Los planetoides capturados. Una explicación muy bonita, aunque nosotros solo habíamos contado doce lunas pequeñas.

—Dices que había catorce emisarias. Pero yo solo he visto doce luces.

—Eso es verdad.

—¿Qué pasó con las otras dos?

—Esa es otra historia, y no creo que un hombre deba contarla a una mujer.

—Oh.

—No es decente. —El oráculo usó la forma de la palabra que significaba «bien hecho», «equilibrado» o «apropiado».

—Oh —dije yo.

Cabalgamos en silencio. Por fin, el oráculo dijo:

—Se me olvidó una cosa de la historia de la olla. Si miras al cielo, verás la olla vaciarse más y más cada noche. Y después, noche tras noche, la verás volver a llenarse.

—¿Quién come de ella?

—No se sabe bien. Tal vez sean los grandes espíritus, y tal vez la gente que muere. Deben de ir a alguna parte y cuando llegan allí tienen que comer.

Hice el gesto de incertidumbre seguido del gesto de acuerdo. Eso significaba que estaba de acuerdo, pero no demasiado.

—Ahora tengo hambre —dijo el oráculo—. Tendría que haber contado otra

historia.

—¿Quieres hacerlo? Estoy dispuesta a escuchar.

—Ahora no. Tal vez Nia vuelva pronto.

No lo hizo. Al cabo de un rato empezó a llover: un fino aguacero. Nos refugiamos en un bosquecillo. La lluvia arreció. Las gotas de agua se abrían paso a través del follaje sobre nuestras cabezas.

—En días como este, me acuerdo de la casa de mi madre —dijo el oráculo.

—¿Sí?

El hizo el gesto de afirmación.

—Recuerdo que siempre estaba seca, incluso cuando del cielo caía lluvia como un río, como la cascada que habita mi espíritu. ¡Aiya! ¡Era cómoda! La tela cubría el agujero para el humo, y el fuego ardía bajo. Las gotas de lluvia siseaban. El humo se enroscaba sobre sí mismo bajo el techo..., como lagartos cuando se aparean a finales de primavera. —Hizo una pausa—. Cuando terminaba de enroscarse, el humo se deslizaba por las aberturas de la tela..., como hacen los lagartos macho cuando terminan con sus hembras y están ansiosos por marcharse pero también están cansados.

¡Qué discurso! Era sorprendente lo bien que podía hablar la gente en una cultura sin libros ni holovisión. Nosotros, que valorábamos la palabra escrita y la imagen proyectada, hablábamos con gruñidos y evitábamos las metáforas en lo posible.

Miré al oráculo. Tenía los hombros encogidos contra la lluvia. La túnica se le pegaba al cuerpo. El tejido era tan fino que casi no ofrecía ninguna protección. Pobre tipo.

Se me ocurrió una cosa. ¿Por qué esa gente no usaba pantalones? Cabalgaban. En la Tierra, durante la mayor parte de nuestra historia, los pantalones han estado relacionados con cabalgar caballos. Las culturas que viajaban a caballo usaban pantalones. Otras culturas no.

La regla no se aplicaba en China. Todo el mundo usaba y había usado allí pantalones, pero poca gente montaba a caballo.

Yo tenía la idea de que los pantalones chinos procedían de Asia Central. Si así era, ahí estaba mi relación con los caballos.

Había otra excepción a la regla: los indios de las llanuras norteamericanas. No usaban pantalones. Pero no tuvieron mucho tiempo caballos antes de ser superados por la «civilización» blanca. Tal vez hubiesen acabado por usar pantalones con el tiempo. Y usaban calzas.

Miré de nuevo al oráculo. Su pelaje era una protección, por supuesto, pero sin duda no para sus órganos sexuales. Me di cuenta de que me hallaba ante la pregunta inevitable. ¿Qué lleva debajo del kilt? O de la túnica, como podría ser el caso. Rebusqué en mi vocabulario, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Ha dejado de llover —dijo el oráculo. Tocó su animal en el hombro y este salió al sendero. El mío lo siguió. Tal vez fuese mejor que Derek hiciera esa pregunta.

El resto de la mañana lo pasé reflexionando sobre taparrabos y pantalones cortos y de ciclista y sobre el problema de la fertilidad masculina. Si solo se apareaban una vez al año no podían permitirse una alta tasa de esterilidad. Tal vez ese era el motivo por el que no llevaban pantalones. Pero los hombres tenían que ir incómodos.

Derek y Nia regresaron a primera hora de la tarde. Trajeron comida: un bípedo azul. Era pequeño: un cachorrillo, una cría o un pollo.

Nos detuvimos y acampamos. Se puso a llover otra vez. Derek y yo fuimos a buscar madera seca. Le hice mis preguntas sobre la ropa.

El se echó a reír.

—Supongo que tendría que habértelo dicho. Se lo pregunté al oráculo hace tiempo. Algunos hombres no llevan nada. Otros llevan algo que parece una cinta. Y hay gente al sur que lleva calzones en vez de kilt. No sabe qué se ponen debajo.

—Una cinta debería tener algún efecto sobre la fertilidad.

—No he visto la prenda en cuestión —dijo Derek—. No sé si la llevan muy apretada, y no tenemos tanta información sobre la fisiología de esta gente. Por lo que sabemos, esas cosas que tiene el oráculo no son testículos. Tal vez guarda los espermatozoides en las orejas.

Hice el gesto que significaba negativo.

—Les molestaría para escuchar. Pero... —hice el gesto de acuerdo—. Tenemos que investigar más.

El sonrió.

—Creo que te dejaré este problema concreto —añadí.

—Muy bien. Ahí hay un artículo probable: «Diferencias de la ropa interior de las especies alienígenas humanoides». El título no me convence del todo. No es lo bastante pomposo. Pero es un comienzo.

—¿Siempre empiezas con un título?

—El título es muy importante, Lixia, mi amor. Y será mejor que encontremos esa madera antes de que la lluvia arrecie.

Cuando regresamos al campamento, Nia había terminado de limpiar el bípedo. Parecía menos alienígena sin plumas, aunque no supe bien qué me recordaba. ¿Un conejo? ¿Un mono? Lo asamos. Tenía un sabor suave, como a pollo.

Después de cenar Derek llamó a la nave. Respondió uno de los ordenadores. Tenía voz femenina y un suave acento caribeño. Eddie estaba ocupado, nos dijo. Pasaría nuestra llamada a Antonio. Hubo unos cuantos sonidos tintineantes, una serie entera, y luego un pitido.

—¿Dónde está Eddie? —preguntó Derek.

—En una reunión —respondió Tony—. Esbozando un manifiesto.

—¿Ah, sí? ¿Sobre qué?

—¿Tú qué crees? Sobre la no-intervención.

—Seamos breves —dije yo—. Los nativos están aquí y no se sienten cómodos cuando hablamos una lengua que no entienden.

—Muy bien —respondió Tony—. Dadme vuestro informe.

Derek le contó lo de los tres hermanos.

Tony guardó silencio durante un rato.

—Habéis tenido suerte —dijo por fin—. Hemos tenido suerte. Si esos hombres se hubieran enfadado, aquí estaríamos discutiendo cómo recoger los pedazos. Y Eddie estaría diciendo que no deberíamos intervenir.

—Sí —dijo Derek—. ¿Tienes alguna información sobre el encuentro?

—Ajá. Continudad vuestro camino. El río que estáis siguiendo es un afluente de otro mucho más grande. Cuando lleguéis a él, al río grande, quiero decir, id corriente abajo. El lago está al sur, a unos ochenta kilómetros. El avión aterrizará allí, aunque a Lysenko sigue sin hacerle gracia. Sigue pidiendo una llanura salina. Le hemos dicho que los mendigos no pueden escoger. Él dice que no hay mendigos en una sociedad socialista.

—¿Qué? —dije yo.

—Supongo que bromeaba. El humor no siempre cruza las fronteras culturales.

—Voy a apagar la radio —dijo Derek.

—Buenas noches.

Derek pulsó el interruptor. Bostezó.

—Se acabó por hoy. Tal vez mañana deje de llover.

No fue así. Viajamos a través de la llovizna y la bruma. Me dolía el cuerpo: principalmente el hombro y el brazo, pero también heridas mucho más antiguas: un par de luxaciones y el tobillo que me había roto en la Estación Finlandia cuando iba a reunirme con la expedición interestelar. Mi primera vez en un L-5, mi primera experiencia con baja-g, y decidí probar la forma local de baile.

El valle se estrechó. Empecé a ver macizos rocosos. Eran amarillos y estaban erosionados. Piedra caliza, casi con certeza. Habíamos dejado atrás la zona de actividad volcánica.

La mayoría de las rocas se alzaba sobre nosotros. Las pendientes más bajas del valle estaban cubiertas de vegetación. Ya no había hierba monstruosa, sino árboles de verdad. La corteza era áspera y gris, las hojas eran redondas y verdes.

—El otoño no tardará en llegar —dijo Nia—. Ya han cambiado de color.

—¿Se quedarán de ese color? —pregunté.

Ella hizo el gesto de afirmación.

—Algunos árboles se vuelven amarillos después de ponerse verdes, pero los de este tipo ya no cambian. Las hojas serán verdes cuando caigan.

—Aiya —dije yo.

Más tarde llegamos a un lugar donde el valle era muy estrecho y el sendero pasaba al pie de un acantilado. Había un saliente. No. Una cueva poco profunda.

Desmontamos y guiamos nuestros animales por una breve pendiente que llegaba hasta la cueva. Había cenizas en el suelo y trozos de madera quemada.

—Lo que pensaba. Nos quedaremos aquí esta noche. —Nia miró a Derek—. Trae



madera.

Derek hizo el gesto de asentimiento. Se marchó. Nosotros desensillamos los cuernicurvos y los llevamos al río a beber, y luego lo atamos en un lugar donde pudieran pastar. Uno de los animales cojeaba un poco. Nia se agachó y examinó un casco.

—¡Lixia! —me llamó el oráculo—. ¡Ven aquí!

Entré en la cueva. La boca medía unos quince metros de anchura y diez de altura, pero se estrechaba rápidamente y el cielo cayó hasta que tuve que agachar la cabeza. El oráculo se encontraba donde la cueva terminaba o parecía terminar. Mientras me aproximaba a él noté un viento frío: aire que venía hacia mí.

—Esto es un lugar sagrado. —Se hizo a un lado y señaló. Vi la abertura: un metro de altura y medio metro de anchura. El viento salía de allí—. El pelo de mi espalda se levanta y tengo una sensación inquieta en el estómago. Esto es decididamente un lugar que pertenece a los espíritus.

—¿Podemos quedarnos aquí?

—Creo que sí. No sentí nada en la parte delantera de la cueva.

Miré el agujero. Cuando tuviéramos una hoguera encendida podría hacer una antorcha.

—¿Está prohibido entrar?

—No lo sé. Los espíritus de esta tierra no son como los que conozco.

Regresarnos a la boca de la cueva. Nia estaba allí, chorreando.

—¡Aiya! ¡Qué día! —Se frotó los brazos y los hombros—. Ese casco parece bien. El animal está cansado y no quiere viajar con un tiempo como este. ¿Y quién quiere? O está fingiendo o hay una vieja herida que no consigo ver.

Derek salió del bosque con los brazos cargados de ramas. Subió corriendo la pendiente, resbalando un par de veces en el lodo, llegó a la cueva y dijo:

—Todo esto estaba seco cuando lo he recogido. Ahora... no lo sé.

—Lo averiguaré —dijo Nia.

Encendió una hoguera. Le conté a Derek lo del lugar sagrado.

—Después de cenar iremos a echar un vistazo —dijo él.

Nia alzó la cabeza.

—¿Es que no aprendes? Recuerda lo que pasó la última vez que sentiste curiosidad por algo sagrado. Esa loca casi nos mató.

—¿No tienes curiosidad por nada? —preguntó Derek.

—No. —Nia se meció sobre sus talones—. He aprendido más sobre lugares extraños de lo que quiero saber.

—¿Y sobre personas extrañas?

Nia frunció el ceño.

—Me gusta Li-sa. Me alegro de haberla conocido. Estaba cansada de vivir en el bosque y nunca me gustó realmente el Pueblo del Cobre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el oráculo.

—No me refiero a tu pueblo. No tengo nada contra ellos. Pero no me gustaba el Pueblo del Cobre del Bosque.

—¡Ellos! —dijo el oráculo—. Son peculiares.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

—Fue bueno que Li-sa viniera y yo tuviera que marcharme. Podría haberme quedado allí toda la vida. ¡Eso hubiese sido terrible!

El oráculo hizo el gesto de reconocimiento.

—¿Y yo? —preguntó Derek.

—No he decidido si me gustas —dijo Nia.

—¿No? —Derek parecía herido.

—Iré al fondo de la cueva —dijo el oráculo—. Estoy acostumbrado a los lugares sagrados y mi espíritu me protegerá. —Rebuscó en una de las alforjas y encontró un pedazo de carne. Bípido asado frío. Tomó un bocado.

—Yo no —dijo Nia—. No tengo ningún espíritu que me proteja y los lugares sagrados siempre me han inquietado. Pero es bueno que tú vayas. Puedes asegurarte de que Deragu no haga nada indebido.

El oráculo masticó, incapaz de hablar. Pero con una mano hizo el gesto que significaba: «¿Por qué crees que voy a hacer esto?»

Terminamos el bípido, cogimos ramas y las encendimos. Derek abrió la marcha hasta el fondo de la cueva. Las sombras se movían a nuestro alrededor. Nuestras antorchas flameaban y se agitaban con el viento que entraba por el agujero. Derek se agachó.

—Es estrecho. Creo que podré conseguirlo. —Se puso de lado y se metió en el agujero con dificultad. Su antorcha fue lo último en desaparecer.

El oráculo y yo esperamos. Yo estaba bastante tranquila, o eso me parecía, pero el oráculo estaba inquieto. Un tipo nervioso. Me mordí una uña.

—Se ensancha —dijo Derek. Su voz resonó—. Mucho.

El oráculo se agachó.

—Veo su antorcha. Voy a entrar. —Se perdió de vista. Un minuto o dos más tarde, dijo—: ¡Aiya!

Miré la entrada de la cueva. El fuego ardía con fuerza. Nia estaba sentada junto a él, encogida, una sombra oscura. Más allá caía una brillante cortina de lluvia.

Me puse de rodillas, recordando que había explorado cuevas en la facultad y había descubierto que era levemente claustrofóbica. La claustrofobia empeoraba con la oscuridad.

Allí no había oscuridad. La antorcha ardía ante mí. El humo que me venía hacia la cara me daba ganas de toser o estornudar. Con la cabeza rocé el techo y los hombros se me rasparon contra la piedra áspera y húmeda.

—Rápido —llamó Derek—. Tienes que ver...

El pasadizo se ensanchó. Sentí el espacio sobre mí y me levanté, alzando mi antorcha. No había nada visible excepto el suelo cubierto por una película de agua y

brillando tenuemente y dos puntos de luz en la distancia, las antorchas que llevaban mis camaradas.

—Aquí —dijo Derek.

Me dirigí hacia el sonido de su voz.

Estaba junto a una pared, con la antorcha bien alta. La pared era de piedra caliza amarilla, cubierta de agua. Había pinturas en ella. Animales. Eran rojos y anaranjados, azul oscuro, grises y marrones. Reconocí a la criatura que nos había atacado junto al lago y los bípedos azules. La cena.

Había personas moviéndose entre los animales. Figuras toscas, hechas sin detalle, aunque los animales estaban cuidadosamente reproducidos. Las personas llevaban lanzas y arcos.

—Magia para cazar —dijo Derek. Caminó a lo largo de la pared.

Vi más animales: aves. Parecían grandes. Las patas eran gruesas, los cuernos redondos y sólidos. Tenían el cuello robusto, la cabeza grande, la boca llena de dientes.

—¿Has visto lo que falta? —preguntó Derek—. Cuernicurvos y espaldas plateadas. Los animales que consideramos mamíferos. —Habló la lengua de los regalos, pero dijo la última palabra en inglés.

Hice el gesto de reconocimiento. Seguimos andando. Había más aves grandes y pseudodinosaurios. Las figuras no se parecían a ninguna otra muestra de arte que yo hubiera visto en el planeta, que a menudo era intrincado y abstracto, un arte de cenefas decorativas. Estas figuras eran sencillas y realistas. Parecían vivas..., menos las personas, que parecía como si hubieran sido dibujadas por niños.

Derek señaló la pintura de un lagarto. Tenía la cola larga y escamas a lo largo de la espalda y pies palmípedos. Era enorme, al menos en comparación con los animales que lo rodeaban. El lagarto y los cazadores estaban pintados en negro. Había vetas rojas en el lagarto. Heridas, casi con toda seguridad. Del animal surgían lanzas pintadas.

Derek miró al oráculo.

—¿Qué es esto?

—No lo sé. Nunca he visto un animal así. Tal vez sea un monstruo.

—¿Por qué no hay cuernicurvos?

—No lo sé. —El oráculo hizo una pausa—. Este lugar es muy antiguo. Puedo sentir a los espíritus que viven aquí, pero no sé quiénes son. Son viejos y tienen hambre. Puedo sentirlo. ¡Aiya! ¡Su hambre! ¡Es como un viento en mitad del invierno!

Derek se volvió y miró al oráculo.

—¿De qué tienen hambre?

—No lo sé. Hay muchas cosas que les gustan a los espíritus. Buena comida. Buena ropa. Bordados. El trabajo de los herreros. A algunos les gustan las flores y las ramas de hojas. A otros les gusta la sangre.

—¡Hu! —dijo Derek. Continuó mirando la pared.

Había más pinturas, unas encima de otras: lagartos y aves y pseu-dodinosaurios. No reconocí la mayoría de las especies. Casi todas tenían lanzas clavadas.

—Tendremos que preguntar a los biólogos —dijo Derek—. Mira. Este pájaro tiene brazos.

Los brazos eran diminutos y terminaban en garras. El animal era decididamente un pájaro. Tenía pico y el cuerpo cubierto de plumas, marcadas con suaves trazos de pintura marrón rojizo. Tenía una cola de plumas muy distinta a la cola larga y estrecha del lagarto o el dinosaurio.

—Qué extraño —dije.

El oráculo se había colocado en el centro de la cueva.

—Venid aquí.

Se hallaba junto a un círculo de piedras de unos veinte metros de diámetro. Las piedras estaban pintadas de rojo, y había cráneos entre ellas. Algunos tenían pico y otros fauces de dientes irregulares. Todos estaban pintados de rojo. Todos encarados hacia el centro del círculo.

En el centro había una zona de oscuridad. El suelo de piedra estaba descolorido.

—Ahora lo sé —dijo el oráculo—. Estos espíritus son de los que les gusta la sangre. Toma esto.

Me tendió la antorcha y avanzó hacia el círculo.

—Ten cuidado —dijo Derek.

El oráculo entró en la zona de oscuridad. Se apoyó en una rodilla, luego se volvió y nos miró. Vi el brillo de sus ojos.

—Venid aquí. Voy a necesitar luz.

—¿Es seguro? —preguntó Derek.

—¿Entrar en el círculo? No lo sé. Pero no tendría que preocuparte, Deraku. Eres intrépido cuando se trata de espíritus. Estás dispuesto a robar lo que les pertenece.

—Tal vez haya aprendido algo. —Derek miró la oscuridad que nos rodeaba—. Y tal vez este lugar sea diferente. Tal vez esos espíritus sean más aterradores que el Tramposo.

—Creo que puedes tener razón —dijo el oráculo—. Hablaré por ti.

Pasamos por encima de las piedras rojas y nos acercamos. Había sacado el cuchillo y estaba probando la hoja con el pulgar.

—Es demasiado romo. —Volvió a envainar el cuchillo y luego tendió la mano—. Dame tu cuchillo, Deraku.

Derek sacó su cuchillo.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—Calla —dijo el oráculo—. Y mantén las antorchas de modo que la luz caiga sobre mí.

Tomó el cuchillo de Derek y probó la hoja.

—Bien.

La depositó en el suelo y luego apoyó el brazo derecho en la rodilla, la palma hacia arriba. La piel de la palma era lampiña y negra. Vi callosidades en las bases de sus dedos. Eran gris oscuro. El oráculo se palpó a lo largo del brazo. Luego empuñó el cuchillo. Era zurdo, como la mayoría de la gente que había visto en el planeta.

Hizo un pequeño ruido, un gemido, y giró levemente el brazo. Entonces cortó bajo el codo. Llevó la hoja hacia la muñeca. El movimiento fue lento y cuidadoso. Imaginé que un cirujano se movería así. Yo sabía lo que hacía un buen practicante cuando colocaba una intravenosa. Llegó a la muñeca y alzó la hoja. Había sangre a lo largo del filo.

—¡Aiya! —limpió la hoja en el pelaje de su pierna y le devolvió el cuchillo a Derek.

Derek guardó el cuchillo. Yo miré al oráculo. Seguía en la misma posición, el brazo apoyado en la rodilla. Observaba el corte. La sangre manchaba su piel. Resbalaba hasta la palma de su mano y goteaba en el suelo.

—¿Has hecho esto a menudo? —preguntó Derek.

El oráculo alzó la cabeza.

—No. A mi espíritu le gustan la cerveza y las cosas de metal. No siente ningún interés por la sangre. No creo que me gustara hablar con espíritus como estos.

Derek hizo el gesto de acuerdo. El oráculo se apretó el brazo, forzando a salir la sangre. Pensé en las antiguas ceremonias norteamericanas: los bailarines del sol de las llanuras del Medio Oeste y los sacerdotes de México que se clavaban espinas en la lengua. No era la costumbre de mis antepasados. No la comprendía.

A estas alturas ya había un charquito de sangre en el suelo de la cueva. Brillaba a la luz de las antorchas.

—Suficiente —dijo el oráculo—. Puede que todavía tengan hambre, pero no tengo mucha. Lo comprenderán, creo.

Se levantó. Derek soltó su antorcha. Se quitó la camisa y vendó con ella el brazo del oráculo.

—Muy bien —dijo, y recogió la antorcha—. Vámonos de aquí.

El oráculo tropezó un par de veces al cruzar la cueva.

—¿Podrás conseguirlo solo? —preguntó Derek.

—¿Por la abertura? Sí.

Dejamos las antorchas en la cueva y salimos arrastrándonos: primero Derek, luego el oráculo. Yo la última. Fui palpando la piedra húmeda. Por delante de mí, en la oscuridad, el oráculo suspiraba y gemía. El corte debía de haber sido más profundo de lo que yo había advertido.

El túnel terminó. Me levanté y vi la hoguera, ardiendo brillante delante de la cortina de lluvia. Nia se levantó y miró hacia nosotros.

—¿Estáis bien?

—La Voz de la Cascada está herido —respondió Derek.

—¡Aiya! ¡Ese hombre loco!

El oráculo gimió y se tambaleó.

Derek lo agarró.

—Lixia, trae tu botiquín médico. —Ayudó al peludo hombre a sentarse en el suelo, cerca de la hoguera.

—¡Aiya! —dijo el oráculo—. No me siento bien del todo.

Derek desató la camisa. El tejido, algodón azul, estaba manchado de sangre, que parecía negra a la luz de la hoguera.

—Va a ser difícil sacar estas manchas. —Derek soltó la camisa. Miró la herida—. No es grave. Sangra bien. No es profunda.

—Si tú lo dices. No me gusta la sangre. Nunca me ha gustado.

Derek abrió el botiquín. Limpió la herida, luego ajustó la boquilla de la lata de vendas.

—Debería afeitar el brazo —dijo en inglés—. Pero no sé cómo hacerlo sin que se metan pelos en la herida. Voy a hacer el vendaje lo más estrecho posible —añadió.

El oráculo soltó un suave gemido.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Nia.

—Sí. No sé cómo decirlo. Hay personas que sienten el dolor más que otras.

—Lo sé —dijo Nia.

—Creo que él es una de ellas.

—Es mi dolor —dijo el oráculo—. ¿Cómo podéis saber cómo es?

—Es cierto —dijo Derek. Se meció sobre los talones—. He terminado.

El oráculo movió el brazo.

—¿Es buena tu medicina? ¿Impedirá que mi brazo se pudra?

—Sí.

El oráculo hizo el gesto que significaba aprobación o satisfacción.

Derek cerró el botiquín.

—No puedo permanecer sentado —dijo el oráculo, y se acostó.

Nia tendió su capa sobre él.

—Bien, bien —dijo el oráculo.

Eché más leña al fuego. Sopló una ráfaga de viento que trajo gotas de lluvia. Me salpicaron. El fuego saltó. Me estremecí.

—¿Qué había ahí dentro? —preguntó Nia.

—Una cueva. Había animales de colores en las paredes.

Nia frunció el ceño.

—¿De colores?

—Como los animales que las personas bordan en los trozos de tela.

—Las personas no —dijo Nia—. Los hombres. Ellos son quienes bordan.

—Ah. Los animales son... —Intenté dar con la palabra adecuada. ¿Cómo se decía «pintura» en el lenguaje de los regalos?—. Están hechos con colores como los que se usan para teñir. Los colores se ponen en la piedra, no en tejidos.

Nia frunció el ceño.

—Creo que estás intentando decir que hay atmi ahí dentro.

—¿Atmi?

—Como esto.

Dibujó una figura en la arena. Era una figura tosca: un cuadrúpedo con dos largos cuernos curvados. Un cuernicurvo. Atmi significaba dibujo.

Hice el gesto de acuerdo.

—He visto esas cosas antes. En las montañas, al sur de aquí. No sé quiénes eran las personas que las hicieron. Nosotros no dibujamos en piedra. No cortamos la piedra tampoco..., solo la madera y el metal. Pero esa gente lo hacía. He visto un acantilado cubierto de grabados.

Derek se inclinó hacia delante.

—¿Qué clase de animales dibujaba esa gente? ¿Los reconociste?

Nia hizo el gesto que significaba que no.

—A algunos los conocía. Otros eran extraños. Tal vez espíritus animales. O tal vez esa gente venía de otro lugar. Como el lugar de donde sois vosotros, donde toda la gente carece de pelo. Sin duda debe haber animales extraños en vuestro país. ¿Todos son sin pelo como vosotros?

—No —respondí—. La mayoría tiene pelo o escamas o plumas.

—Aiya. Creo que me voy a dormir —se tumbó cerca del fuego.

Derek y yo nos quedamos despiertos. La respiración de Nia cambió, volviéndose lenta y regular. El oráculo gruñó, luego bufó. Nia emitía un sonido ronroneante. Un ronquido.

—Interesante —dijo Derek. Habló en inglés—. La fauna debe haber cambiado, y de un modo dramático, y ella no tiene ni idea de que un cambio de esa magnitud sea posible. Comprende el concepto de distancia, pero no el de tiempo. —Hizo una breve pausa—. No imagino una sociedad humana contemporánea sin sentido de la historia. Mi pueblo sabe cómo era California antes del Gran Terremoto. Creen que han escapado de la historia y han vuelto a las verdades eternas. Pero conocen la historia pasada del sur de California y la que sigue desarrollándose en la mayor parte del mundo. No sé si me explico. Estoy cansado y nunca he sido bueno pensando en cosas abstractas.

—Creía que eras bueno en todo, Derek.

Él pareció sorprendido, luego complacido. Se rio.

—No. Tengo mis limitaciones, aunque no me gusta pensar en ellas. Será mejor que durmamos.

Me desperté con la luz del sol brillando en la pared de la caverna, y me di la vuelta. Allí estaba: la primaria del planeta, justo por encima del promontorio, al otro lado del río. No había ninguna nube cercana y era tan brillante que tuve que apartar la mirada.

¡Un día como aquel exigía la salutación al sol!

—Han ido a pescar —dijo el oráculo.

Miré alrededor. Estaba sentado junto a las cenizas del fuego.

—¿Derek y Nia?

Él hizo el gesto de asentimiento.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele el brazo. He dormido mal.

—Oh. —Me levanté e hice una flexión lateral. Me sentó bien. Hice otra, doblándome hacia el otro lado. Luego me toqué los dedos de los pies.

—Los espíritus acudieron a mí.

Me enderecé.

—Se parecían a los animales de la pared de la cueva.

—Oh.

—Me hablaron. Sus voces eran como las voces de las personas, pero no entendí su lenguaje. —Hizo una pausa—. Hablaban muy fuerte. Creo que estaban enfadados. Pero no sé si me estaban amenazando o trataban de advertirme de algo. Puede que estuvieran enfadados, porque no comprendí. Fue un mal sueño.

Lo más probable era que tuviera razón.

—Tengo que salir.

—De acuerdo —dijo el oráculo.

Derek y Nia no estaban a la vista. En cambio vi pájaros. Revoloteaban en los arbustos y cañaverales. Volaban de árbol en árbol. Un ave larga y delgada acechaba en la otra orilla, buscando algo de comer en los bajíos.

Hice mi tabla de yoga. Cuando terminé, el sol iluminaba casi todo el valle. Regresé a la cueva. Derek y el oráculo estaban sentados junto al fuego. El oráculo estaba comiendo. Derek se lamía los dedos con aspecto satisfecho.

—¿Dónde está Nia?

—Ensillando los animales. ¿Quieres algo de comer?

Hice el gesto de reconocimiento. Él sacó algo del fuego.

Hojas, quemadas y negras. Las desenrolló con un par de rápidos movimientos.

—¡Tachán! —Dentro había un trozo de pescado, humeante y oloroso—. No tiene espinas, que yo sepa —dijo en la lengua de los regalos—. Come.

Estaba delicioso, y no tenía espinas.

—¿Te ha contado el oráculo su sueño?

—Sí. Podría no significar nada. Le han pasado muchas cosas y está dolorido. Ojalá pudiera darle una aspirina. A veces los sueños no significan nada. A veces un puro es solo un puro. Sin embargo... Es un oráculo y este es un lugar sagrado.

—Derek, eres un salvaje supersticioso.

—Llámame como quieras, amor, y yo te recordaré que tengo una cátedra y tú no.

—Que te jodan —dije yo.

Él hizo el gesto de acuerdo con reservas.

Me eché a reír.

—Ahí viene Nía —dijo—. Apaguemos el fuego.



Viajamos hacia el suroeste siguiendo el río. El cielo permaneció despejado. El día se fue calentando gradualmente. El oráculo cabalgaba ante mí. Lo vi removerse en la silla y cambiar de postura, tratando de encontrar otra más cómoda.

Nos detuvimos a media mañana. Derek hizo un cabestrillo con su camisa manchada de sangre. El oráculo se lo puso y suspiró.

—¡Aiya! Esto está mejor.

El valle se ensanchó. El río se convirtió en marismas. En ocasiones no veía el agua, solo los cañaverales, altos y púrpura, moviéndose suavemente con la leve brisa.

Los pájaros callaron como hacían en la Tierra por la tarde, y me asaltó la melancolía: la Tierra, Hawai, mi familia. Todos habían muerto ya, menos Charlie, un hermanastro que se había hecho congelar. Sentía curiosidad por el futuro, me dijo en su último mensaje. Estaría allí para darme la bienvenida.

El oráculo resbaló. Azucé mi cuernicurvo y lo agarré cuando empezaba a caer.

—¡Derek!

El oráculo se enderezó.

—Solo estoy cansado.

Derek nos alcanzó. Entre los dos bajamos al oráculo al suelo.

—Hemos ido bastante lejos —dijo Nia. Miró alrededor—. Este no es un buen lugar para parar. Pero tampoco es malo.

Nos encontrábamos en una zona despejada. Un prado. La mayor parte de la vegetación era baja, amarillenta por el verano. Había solo una excepción, verdaderamente peculiar: una planta que tenía sus dos buenos metros de alto. Salpicaba el prado. Vi al menos una docena. La mitad inferior de la planta era un macizo de hojas grandes, irregulares, polvorientas. Un tallo crecía de las hojas hasta terminar en un puñado de flores. Las flores eran naranja, extraordinariamente chillonas. Parecía que brillaran.

Una planta de aspecto extraño. Nada atractiva.

—¿Estás dormida? —preguntó Derek—. Baja.

Desmonté.

El oráculo se sentó en el suelo. Encogió los hombros y agachó la cabeza.

—Nia, encárgate de los animales. Lixia, trae leña. Yo cuidaré del oráculo.

No me importó mucho que se pusiera a dar órdenes. Por otro lado, no tenía ningún plan mejor. Crucé el prado. Los insectos zumbaban y chirriaban a mi alrededor. El sol me calentaba la cabeza y los hombros. El aire tenía el aroma dulce de las flores naranja.

Insectos de alas anaranjadas revoloteaban a su alrededor, se posaban, levantaban el vuelo. No siempre era posible distinguir qué era un insecto y qué una flor. Era extraño, ver una flor desplegarse y despegar de pronto y cruzar el aire tranquilo hasta otra planta.

Llegué al otro lado del prado. Allí había árboles. Recogí ramas, moviéndome despacio, adormecida por el calor.

Cuando regresé, el oráculo estaba tumbado a la sombra de una flor. Derek se hallaba sentado junto a él, con las piernas cruzadas, sujetando la radio.

—Maldición, Eddie —decía—. Tengo a una persona enferma. Necesito hablar con alguien del equipo médico.

—Lo hemos acordado —respondió la radio—. Ninguna intervención más de ningún tipo hasta que hayamos discutido nuestra política.

Solté mis ramas y caí de rodillas.

—Esto es ridículo, Eddie.

Solo la estática interrumpió el silencio.

—He de admitirlo: creo que hemos manejado esto muy mal. Aunque no estoy seguro de cómo llevar a cabo una política para algo que no ha sucedido nunca. Creíamos tener una. Yo lo creía. Pero lo que yo entiendo por no-intervención no es lo que vosotros entendéis. Y todo el mundo parece tener una idea diferente de cuándo es legítimo forzar los límites. Por el momento, sin embargo, no vamos a intervenir en absoluto. ¿Tenéis alguna idea de cuándo vais a llegar al lago?

—Eso depende de lo enfermo que esté el oráculo —respondió Derek.

La radio crepitó. Finalmente, Eddie dijo:

—Llámame cuando tengas una idea mejor de cuál es su estado. No creo que podamos ayudar. Pero no es decisión mía. Comunicaré al comité de administración diaria lo que está pasando.

—Gracias —dijo Derek. Apagó la radio.

—¿Crees que de verdad vamos a necesitar consejo? Ya nos hemos ocupado de las heridas de dos nativos.

—En el caso de Inahooli, no con mucho éxito. —Hice el gesto de acuerdo apenado—. No. No creo que sea necesario que el equipo médico intervenga en esto. Es una herida leve. Pero es un modo de comprobar lo que está pasando allá arriba. Me incomoda cuando estoy en el campo demasiado tiempo. Una vez volví de un viaje a la Luna y encontré que el gilipollas más grande del departamento tenía un despacho que yo quería. Estaba en una esquina. Cuatro ventanales y un panorama cojonudo. Si hubiera estado en Berkeley, lo hubiese impedido. ¡De eso no hay ninguna duda! Pero estuve fuera de contacto. Había cosas que debería haber sabido y no supe.

Todavía parecía enfadado, aunque había perdido el despacho hacía más de cien años.

—¿Qué crees que pasará? —pregunté.

—Creo que conseguiremos hablar con el equipo médico. Recuerda quiénes trabajan en el comité de administración diaria. Dos biólogos y tres miembros de la tripulación.

—Eso no es mayoría.

—Los chinos suelen votar en bloque, y creo que estarán a favor de la intervención..., tanto en general como en este caso particular. Recuerda la teoría de

Jiang la fontanera. Es nuestro deber revolucionario rescatar a este pueblo desgraciado de su inmovilismo.

Lo consideré un momento y luego hice el gesto de incertidumbre.

—Debería tomarle la temperatura al oráculo —dijo Derek. Miró mi montón de ramas—. Y tú deberías traer más madera.

Regresé por segunda vez y me encontré al oráculo dormido.

—No hay signos de infección —dijo Derek—. Su temperatura es casi la misma que la de Nia. Lo más probable es que le hayan afectado el calor, y el viaje, y tal vez algún tipo de reacción a lo de anoche. El trato con los espíritus requiere un montón de energía. Los hechiceros y los brujos a menudo se sienten enfermos durante varios días después de hacerlo.

—Entonces no necesitamos ayuda de la nave.

—No. Pero no voy a decírselo. Si estás buscando a Nia, se ha llevado mi arco y ha ido de caza.

El sol se ponía tras la pared del valle cuando Nia regresó con un lagarto. Uno grande, de metro y medio de largo. Destripó al animal y lo desolló. Lo asamos. La carne era oscura y sabía bastante a pescado.

El cielo amaneció despejado. Hice mis ejercicios de yoga, acabando con la salutación al sol. El oráculo me observaba.

—¿Qué tipo de ceremonia es esa?

—Doy la bienvenida al sol y lo alabo.

—Ah. No he podido decidir en qué crees.

Era demasiado temprano para hablar de religión.

—¿Cómo te encuentras?

—He dormido bien. No he tenido sueños. Me duele menos el brazo. Creo que es bueno que dejáramos la cueva. Creo que si nos hubiéramos quedado habría enfermado más. Esos espíritus tienen mucha hambre y no estoy seguro de que mi regalo fuera suficiente para ellos. Pero no son espíritus viajeros. No me han seguido.

Comimos más lagarto, frío esta vez, ensillamos los cuernicurvos y nos pusimos en marcha.

El valle siguió ensanchándose. Poco después de mediodía miré alrededor y vi que los macizos rocosos habían desaparecido. Me giré en la silla y miré atrás. Allí estaban: una pared amarilla, iluminada por el sol, extendiéndose al sureste hasta donde alcanzaba la vista. Habíamos llegado al valle siguiendo nuestro pequeño afluente. Nos encontrábamos en el valle del gran río, recorriendo un bosque. Varios árboles habían caído y muchos más se inclinaban en peligrosos ángulos. Había zonas de color en los troncos: azul claro, verde claro y amarillo. Esas manchas eran organismos, decidí. Lo más probable era que se alimentaran de tejido muerto. Era una llanura de aluvión provocada por la riada. Seguramente morían un montón de árboles en los años de crecida.

Más tarde llegamos a una gran laguna o un ensanchamiento del río. No supe qué

era. Flotaba espuma azul brillante y había flores naranja que me recordaron el loto. Nuestro sendero se acercaba al agua. Como máximo nos hallábamos a diez metros de distancia, viajando entre el bosque y la ribera.

Ante nosotros un animal chapoteaba en los bajíos. Era bípedo, de una especie que no habíamos visto antes, muy alto y muy grácil. Era pardo o gris claro. Tenía el habitual cuello largo y la cabeza diminuta. Se inclinaba y arrancaba flores, metiéndose en la boca los pétalos naranja y los tallos azules.

La escena tenía una extraña belleza: el agua oscura, las flores chillonas, el bípedo moviéndose cuidadosa y delicadamente, como una bailarina, la larga cola en alto para que no tocara la superficie del agua.

—Allí —señaló Derek. A lo lejos, el agua se movía levemente. Las flores subían y caían. Vi ondas, luego una cabeza. Era un lagarto, pero mucho más grande que ningún otro lagarto que hubiéramos visto hasta entonces.

—Aiya —dijo el oráculo.

La cabeza se sumergió. Atisé una larga espalda con una hilera de escamas, luego una cola, luego nada más que una onda que avanzaba hacia la orilla. ¿Era ciego el bípedo? Quise gritar.

El animal se metió otro puñado de flores en la boca.

—Ahora —dijo Derek.

El lagarto atacó. Su cuerpo enorme y oscuro surgió del agua. El bípedo chilló y cayó. Los pájaros echaron a volar de los árboles y matorrales de la orilla.

Frené a mi cuernicurvo. Los cuerpos rodaron en el agua. Vi una espalda oscura, una cola larga, el vientre blanco del bípedo.

Los pájaros revoloteaban sobre mí, gritando sus advertencias. Hubo otro grito. ¡Dios! ¡Qué sonido!

Mi cuernicurvo se estremeció. Sujeté con más fuerza las riendas.

Nia estaba junto a mí. No la había visto venir. Agarró la brida de mi animal.

—Cálmate —dijo—. Cálmate. —Su mano libre acarició el peludo cuello marrón.

Miré de nuevo el agua. La lucha había terminado. Todavía vi el vientre blanco del bípedo flotando justo bajo la superficie. Permaneció un momento inmóvil. Luego se sacudió... y volvió a sacudirse. Se movía hacia la orilla. No. Lo movían. El lagarto lo estaba empujando. Vi la espalda escamosa. La cabeza roma se alzó. Las mandíbulas sujetaban con fuerza una fina pata.

—Aiya —dijo el oráculo—. Nunca había visto un animal así.

—Ni yo —dijo Nia—. Aunque he oído que hay lagartos grandes en el río.

—Ni esos excrementos —dijo Derek—. Continuemos. Quiero alejarme de esa cosa de atrás mientras está todavía entretenida.

Nia soltó la brida de mi animal. Lo azucé. El cuernicurvo avanzó.

Nuestro sendero rodeaba la laguna, guiándonos hacia el lagarto, que había salido completamente del agua. Arrastró su presa hasta la orilla y luego miró alrededor. ¡Dios, qué feo era! La piel oscura estaba llena de arrugas y bultos. Las escamas que

le recubrían la espalda estaban dobladas y rotas. Le faltaban algunas. Esos animales debían de luchar. Había manchas en el pesado cuerpo: un montón, gris claro. Un parásito, decidí, una especie de enfermedad de la piel.

El lagarto nos miró, luego volvió a agarrar el bípedo y lo sacó completamente del agua. Lo soltó y alzó la cabeza, mirándonos de nuevo.

Estábamos a veinte metros de él y no teníamos más remedio que pasar a su lado. Seguimos avanzando, sin hablar. Mi cuernicurvo meneaba las orejas. Ante mí, el otro cuernicurvo parecía igual de nervioso. Agitaba la cola, un signo de advertencia. Nia permaneció junto a mí, con una mano en la brida de mi animal.

El lagarto agachó la cabeza y empujó con el morro al bípedo, para dejarlo vientre arriba. Luego lo mordió.

Ya no nos prestó más atención. Un par de veces me giré en la silla y miré atrás. La primera vez la cabeza del lagarto estaba gacha. La segunda, alzada. Trozos de carne colgaban de las fauces y un gran pedazo de tripa se le enroscaba en el morro.

Me estremecí. Mi cuernicurvo bufó. El sendero nos llevó al bosque. Me volví una última vez. La laguna había desaparecido de la vista.

—¿Qué tamaño tenía esa cosa? —pregunté.

—El cuerpo era del mismo tamaño que Derek —respondió Nia.

—Dos metros más la cola —respondió Derek en inglés.

—¡Hu! —exclamé.

El oráculo hizo el gesto de acuerdo.

Poco antes del anochecer llegamos a la orilla del río. El bosque terminaba de repente. Ante nosotros se extendía una ancha masa de agua. ¿Qué distancia había hasta el otro lado? ¿Un kilómetro? Estaba moteado de islas bajas. Algunas estaban peladas: bancos de lodo o de arena. Otras estaban cubiertas de vegetación. El agua corría suavemente, brillando a la luz del sol ya casi oculto.

—No había visto esto desde hace muchos inviernos —nos dijo Nia—. Crucé el río en invierno, al norte de aquí. Estaba congelado. Es la mejor época para cruzar.

—Yo nunca lo había visto —dijo el oráculo—. Sí que es grande.

Descansamos un rato. El sol se puso. Los pájaros volaron sobre nosotros, de regreso al nido.

—Estoy cansado —dijo el oráculo—. Acampemos.

—Aquí no —respondió Nia.

—¿Por qué no? —pregunté.

Ella señaló al norte. Una línea de humo se alzaba en el cielo.

—Pasaremos la noche con esa gente..., si son mujeres. Si es un hombre, es mejor saberlo ahora, antes de dormir.

Nos dirigimos hacia el humo, bordeando el río. Distinguí una casa. No. Una tienda semiesférica. La puerta daba al río. Delante de la puerta había una hoguera, brillante en el crepúsculo.

Nia se detuvo y gritó:

—¡Vienen personas!

No hubo ninguna respuesta.

—¿Hay alguien en casa?

Una figura salió de la tienda. Él o ella se detuvo junto a la hoguera, miró hacia nosotros y frunció el ceño, tratando de ver en la oscuridad.

—Puedo oírte, pero no puedo distinguir lo que sois. —La figura hizo el gesto que significaba «venid aquí».

Desmonté. El oráculo hizo lo mismo. Se tambaleó y Derek lo rodeó con un brazo. Nia sujetó las riendas de los animales. Los demás avanzamos hacia la luz.

—¡Atcha! —dijo la persona—. ¡Sí que sois extraños!

—Somos viajeros —dijo Derek—. Nuestro amigo está enfermo. Necesitamos un lugar donde pasar la noche.

La persona guardó silencio. Me quedé mirándolo o mirándola. Había llegado a un punto en que normalmente adivinaba a qué género pertenecía un nativo. Esa persona me desconcertaba. La voz era grave. El cuerpo era ancho y sólido. Eso era propio de un varón. Pero el pelaje era el pelaje de una mujer: liso y suave, de un brillo aterciopelado.

La persona llevaba una túnica amarilla bordada en las mangas y los bajos. La hebilla de su cinturón era de plata. Llevaba brazaletes de oro y bronce.

Un hombre, casi con toda seguridad. Les encantaban los adornos. Y sin embargo yo no había visto nunca a un hombre con un pelaje semejante.

—Podéis quedaros aquí —dijo la persona.

Derek hizo el gesto de gratitud.

—Tengo que decíroslo. No voy a compartir mi tienda. Es pequeña. Me he acostumbrado a vivir sin nadie. Pero tengo mantas de sobra y suficiente comida para todos. Quiero saber de vosotros. Nunca he visto a personas tan desnudas.

Derek ayudó al oráculo a sentarse, luego se irguió. Por una vez iba adecuadamente vestido, con vaqueros y camisa. Los vaqueros estaban sucios; la camisa, rasgada; las botas, medio rotas.

—Al principio pensé que erais personas que han perdido la piel —dijo la persona—. Hay dos malas enfermedades en las marismas al sur de aquí. Una hace que la persona tiemble hasta que muere. La otra hace que el pelo se le caiga a mechones. Esa no suele matar. ¡Pero desde luego avergüenza! —Él o ella frunció el ceño—. Ahora veo que no tenéis cuerpo de persona. Estáis demasiado delgados. Vuestros brazos y piernas son demasiado largos. La forma en que os movéis no me parece adecuada. ¿Qué sois?

El oráculo alzó la cabeza.

—He viajado con ellos durante muchos días. Son extraños de mirar, pero no son demonios. Ni son monstruos como los que los niños sagrados expulsaron del mundo hace mucho tiempo.

—Esa es una historia que no conozco —dijo la persona—. O al menos no me

resulta familiar. ¿De dónde venís?

—Mi pueblo vive al este de aquí. Son el Pueblo del Cobre de la Llanura. Yo soy su oráculo. Viajo con esta gente —nos señaló a Derek y a mí—, porque mi espíritu me lo dijo.

»La otra persona que nos acompaña, la mujer que está de pie en la oscuridad, se crio entre el Pueblo de Hierro.

—Atcha —la persona miró a Nia—. Muchos de tu pueblo vienen aquí. Los ayudo a cruzar el río. ¿Cómo te llamas?

Nia no dijo nada.

—Estás avergonzada —dijo la persona de amarillo—. Puedo comprenderlo. Viajas con personas muy peculiares. Te diré una cosa: no me importa. Todo el mundo debe venir a verme, incluso quienes prefieren esconderse y mantener en secreto lo que hacen. He visto a hombres que viajan juntos. He visto mujeres a las que les gusta viajar solas. Las llevo de una orilla del río a la otra. Mantengo cerrada la boca. No critico.

—Mi nombre es Nia. No estoy avergonzada por estas personas.

La persona nos volvió a mirar.

—He de decir que son extrañas. Me llamo Tanajin. Crecí al sur de aquí. Mi pueblo, el pueblo que me crio, vive en las marismas donde el Gran Río desemboca en la llanura de agua salada. Su don es el cuero, que se hace con la piel de umazi, unos lagartos más grandes que ninguna otra cosa que se encuentre en el río.

—¡Aiya! —dijo el oráculo.

—Yo soy Lixia. Este es Derek. Mi pueblo son los hawaianos. El suyo son los angelinos.

—Él es un hombre. —Tanajin miró a Derek—. No me había dado cuenta. ¿Tú eres una mujer?

Hice el gesto de asentimiento.

—Bienvenidos. Atad vuestros animales detrás de mi tienda. Allí estarán a salvo. Los lagartos no salen del agua para cazar y a los asesinos del bosque no les gusta dejar las sombras de los árboles.

Nia hizo el gesto de reconocimiento. Se llevó los animales. Derek la siguió.

Había una gran piedra plana junto a la hoguera. Tanajin la empujó hacia las llamas, luego, con un palo, esparció carbones alrededor de la piedra. Una superficie para cocinar. Él o ella hizo el gesto que significaba «un momentito» y entró en la tienda.

—¿Es un hombre o una mujer? —le pregunté al oráculo.

—Una mujer. ¿No lo notas?

—No. Y el nombre no tiene una terminación que yo reconozca.

—Me he acostumbrado a ti —dijo él—. Se me olvida que no eres nada corriente. Hacen falta otras personas para recordármelo.

Tanajin salió de la tienda trayendo algo que colocó sobre la piedra de cocinar.

Me incliné hacia delante.

—Es pan —alzó la pieza superior del montón. Era plana y redonda, como una tortita.

—No conozco ese pan —dijo el oráculo.

—Lo hago con las raíces de la planta talina. Crece en las marismas. La gente del sur lo come. Y yo añado la harina que me dan los viajeros cuando los hago cruzar el río.

—¿Tienes un bote? —pregunté.

—Una balsa. La gente de la llanura insiste en llevarse sus animales a todas partes. No puedo llevar un cuernicurvo en canoa..., ni siquiera en una canoa grande, como las que usan los hombres de las marismas. No tienen otro hogar, ni tiendas como las que llevan los hombres en la llanura y clavan cuando acampan. Cuando llueve los hombres de las marismas clavan un par de lanzas, tienden una piel de umazi sobre ellas, y ese es su refugio.

—Parece incómodo —dijo el oráculo.

—No es malo. Viví así cuando vine río arriba. Pero cuando decidí asentarme aquí, me hice una tienda. A una mujer le gusta un hogar que no se mueva.

Se levantó y regresó a la tienda. Esta vez sacó un cuenco y una sartén. La sartén era poco profunda, con un mango largo. Parecía de hierro. La puso en la piedra junto al montón de pan. Colocó el cuenco en el suelo. Estaba lleno de un líquido blancuzco.

—Encontré huevos junto al río esta mañana. Alguna lagarta idiota hizo su nido en el momento equivocado del año. Si las crías hubieran salido del cascarón, habrían muerto.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—¡Mira las hojas! Están cambiando de color. —Dio un golpecito al cuenco—. Para cuando estos jovencitos estuvieran listos para salir del cascarón, su madre se habría ido. No habría habido nadie para protegerlos. Nadie para cuidarlos.

Los lagartos eran cariñosos. Curioso, no lo parecían.

—¿Dónde va la madre?

—Al sur, siguiendo el río. Todos los grandes lo hacen. Siguen su camino hasta que encuentran un lugar donde el agua no se congela. Muchos acaban en las marismas. Los umazi se los comen y se vuelven gordos y lentos, y entonces es posible cazar a los umazi.

—¡Aiya! —dijo el oráculo.

—¿Y los pequeños? ¿Van al sur?

Tanjin hizo el gesto que significaba que no.

—Cavan agujeros en el barro, al borde del río. Se enroscan y se van a dormir y despiertan en primavera. Haces muchas preguntas.

Hice el gesto de reconocimiento.

—¿Te importa?

—Si no quiero responderte, no lo haré. —Vació el cuenco en la sartén. El líquido



empezó a borbotear.

Derek y Nia salieron de la oscuridad, con nuestras bolsas al hombro. Derek soltó las que llevaba.

—Creo que voy a echarle otro vistazo a tu brazo.

—Bien —respondió el oráculo—. Duele y no estoy completamente seguro de que tu magia funcione aquí junto al río. Los espíritus no pueden ser los mismos que en tu país o en el mío. Tanajin no sabe nada de los niños sagrados.

—Ni yo tampoco —dije.

—Más tarde —cortó Derek. Sacó el equipo médico.

El líquido de la sartén burbujeaba. Tanajin se sacó una cuchara del cinturón. Levantó los bordes de lo que fuera que estaba cocinando. ¿Huevos revueltos? ¿Una tortilla? El líquido de la parte superior se deslizó hacia abajo. Usando la mano libre, hizo el gesto de satisfacción.

—¿Cómo llegaste aquí? —pregunté—. ¿Por qué dejaste tu hogar?

—Es una larga historia. No me gusta contarla. —Miró a Nia—. ¿Te gusta a ti explicar cómo llegaste tan lejos del poblado de tu gente?

—No.

Tanajin se levantó.

—Necesito traer otra cosa. Échale un ojo a los huevos.

Cuando se marchó, Nia dijo:

—No sé qué tengo que mirar. ¿Qué se supone que están haciendo los huevos?

Me acerqué al fuego. Ahora vi claramente la sartén. El mango estaba reforzado con metal gris: un dibujo de dos criaturas con largos cuerpos que se enroscaban una a la otra como lazos en una trenza. Se aferraban con sus garras. Sus cabezas se enfrentaban cerca de la sartén, las bocas abiertas y casi tocándose, las lenguas enroscadas entre filas de afilados dientes. ¿Qué eran? ¿Los umazi? Tanajin había dejado la cuchara. La usé para levantar los bordes de la tortilla. Estaba casi hecha.

—Parece que la herida ha sangrado un poco —dijo Derek—. Pero no es nada serio. No hay señales de putrefacción.

—Bien —dijo el oráculo—. No quiero morir.

—No hay muchos que quieran —comentó Nia.

El oráculo flexionó el brazo. Derek le había puesto un nuevo vendaje.

—Sigue doliendo. Espero no encontrarme con más espíritus como los de aquella cueva. No me gusta dar sangre.

Los huevos parecían hechos. Aparté la sartén del fuego, luego la solté y agité la mano al aire.

—¡Ay!

—Tendría que habértelo dicho —dijo Tanajin—. El mango se calienta. Dame la cuchara.

Se arrodilló y partió la tortilla en cuatro, luego colocó en un trozo de pan un cuarto de tortilla y lo dobló. Un bocadillo de tortilla. Me lo tendió.

—La jarra que hay en el suelo está llena de cerveza. La hice yo. No es tan buena como la cerveza que traen los viajeros. Vivir sola tiene desventajas.

Aparté la jarra del fuego. El pan que sostenía estaba caliente y blando. Parecía grasiento. Di un bocado. Era grasiento... y sabroso. Los huevos tenían un sabor fuerte. ¿Como a qué? A pescado, tal vez. La cerveza estaba amarga. Me gustó.

Mis camaradas recibieron sus bocadillos. Comimos y bebimos. Tanajin nos observó.

Cuando terminamos, Nia dijo:

—Hay un lago al sur. —Tanajin hizo el gesto de reconocimiento—. Necesitamos ir allí.

Tanajin frunció el ceño.

—No es fácil. El sendero cruza el río. Lleva del país del Pueblo del Ámbar, al país de tu pueblo, Nia. Antes de que yo llegara, los viajeros tenían que acampar a la orilla del río y talar árboles. Hacían balsas para llegar al otro lado y luego dejaban las balsas para que se pudrieran. ¡Un despilfarro de buena madera!

»Y no sabían qué hacer una vez que estaban en el agua. Se los llevaba la corriente. Los pillaban los remolinos. Los lagartos los perseguían. Me enteré de todo eso.

»Pensé: “Aquí hay algo que puedo hacer y que es útil. Aquí hay un regalo que la gente apreciará.”

»No hay sendero que siga el río. El camino es duro. Hay pantanos y marismas. Tardaréis muchos días.

—Tenemos que llegar allí pronto —dijo Derek.

—No puede ser.

Derek se inclinó hacia delante.

—Esto es importante. Vamos a reunirnos con gente. Hemos prometido estar allí.

Tanajin bebió cerveza. Me tendió la jarra, luego se abrazó las rodillas y contempló el fuego.

—Podría llevaros río abajo en mi balsa. Pero la perdería. La corriente es demasiado fuerte. No podría volver a traer la balsa río arriba. Y hay un sitio donde el agua cae rápidamente. Podrías ir en barca, pero no estoy segura de que en una balsa pudierais conseguirlo. —Hizo una pausa—. Dejadme pensar. Tal vez por la mañana sepa qué hacer. —Se levantó—. Os dije que tenía mantas. Están apiladas ante mi puerta. Descansad bien.

Tanajin entró en la tienda. Tomé una manta. Estaba demasiado agotada para examinarla, aunque advertí, una vez tapada con ella, que era pesada y cálida.

—¿Lixia?

Era Derek.

¿Sí?

—He llamado a la nave.

Alcé la cabeza. Él estaba sentado junto al fuego. La luz rojiza recortaba uno de

sus pámulos y hacía brillar un ojo.

—¿Sí? —dije.

—No vamos a conseguir hablar con un médico.

—¿Qué? Es lo que dijiste. Tenías razón.

—Ajá. —Sonrió. Vi que su boca se curvaba en una mueca—. Iva-nova decidió que su postura resultaría debilitada si votaban cualquier tipo de intervención antes de la gran reunión. Y los chinos se abstuvieron. Todos.

—¿Por qué?

—A mí no me lo preguntes. No tengo ni idea.

—¿Te importa mucho?

—Lixia, nunca llegarás a ninguna parte hasta que comprendas la importancia de la política.

—Ya —dije, y me acosté.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—Han recogido a Gregory. No estaba aprendiendo lo suficiente, sentado solo en su cabaña, y la cabaña apestaba, y la comida era horrible. Somos las únicas personas que quedan en este continente.

—¿Eddie sigue queriendo que nos marchemos?

—Quiere tener esa opción. Si su bando gana, pretende poner en cuarentena el planeta.

—Mierda.

Derek sonrió.

—Yvonne va a unirse a su facción en la gran lucha. Santha y Mei-ling van a quedarse donde están, por el momento.

—Ya —repetí.

Me desperté al amanecer, me levanté y me despecé, y luego caminé hasta la orilla, donde encontré unos matorrales, oriné y me lavé las manos en el río. Había una bandada de pájaros en la isla más cercana, posados en los árboles. Eran grandes y blancos. No paraban de moverse, pasando de un árbol a otro o dejando la isla para sobrevolar el río. Uno pasó por encima de mí. Volaba lo bastante alto para ser iluminado por el sol. ¡Qué espléndido era! ¡Qué blanco!

Regresé al campamento. Derek había salido. A comprobar el estado de los animales, probablemente. El oráculo yacía envuelto en su manta. Nia rebuscaba en una de sus alforjas y Tanajin estaba sentada junto al fuego. Había un trípode de metal sobre las llamas. Una olla colgaba de él. Me asomé. Gachas grises.

—He pensado en vuestra necesidad —dijo Tanajin.

Hice el gesto que significaba «continúa».

—No hay forma rápida de pasar por las marismas. Os lo dije antes. No hay forma segura tampoco. A los grandes lagartos les gusta tomar el sol en las orillas del río y cazan en los bajíos. En esta época del año están hambrientos. Saben que deben comer

bien antes de empezar el viaje al sur.

»Hay otros animales peligrosos. Los asesinos-del-bosque. Los pequeños mathadi. No son más grandes que mi mano. Pero su mordedura es venenosa. Debéis continuar por el río.

—¿Cómo?

—Hay un hombre que vive cerca de aquí. Como yo, procede del sur. Era un gran cazador de umazi. Conoce el río... Todo. Después de que comamos, haré una gran hoguera y le haré señales. Si está en esta zona, vendrá. Tal vez os lleve al lago.

Hice el gesto de gratitud. Ella removi6 otra vez las gachas.

—Tendréis que dejar los animales aquí. No cabrán en el bote.

Hice el gesto que significaba «no importa».

—¿Te gustaría? Te debemos un regalo a cambio de tu ayuda.

Tanajin frunci6 el ceño.

—No viajo por tierra. No una gran distancia. Puedo caminar a cualquier parte que quiera visitar.

Nia se acerc6. Parecía enfadada.

—¿Qué estás diciendo Li-sa? ¿Cómo puedes ofrecer los animales a esta mujer?

Alcé la cabeza, sorprendida.

—Ha encontrado un modo de llevarnos al lago.

—Os reuniréis con vuestros amigos y os marcharéis con ellos. Ese es tu plan, ¿no?

—No estoy segura. Tal vez.

—Si lo haces, ¿qué pasará conmigo? ¿Y con el oráculo? ¿Qué pasará con nosotros? Nos quedaremos solos en mitad de la llanura. —Se agachó y me miró—. No quiero ir con el Pueblo del Ámbar. No creo que el Pueblo de Hierro me acepte. ¡Necesitamos esos animales! Vamos a tener que recorrer una gran distancia antes de encontrar a alguien que nos ofrezca hospitalidad durante el invierno.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Tanajin.

—Hemos tenido mala suerte —dijo Nia, cortante.

—Peor que la mayoría, por lo que parece —respondió Tanajin. Tomó un cuenco y lo llenó de gachas—. He oído de gente que hace que un poblado se enfurezca con ella. ¡Pero dos! ¡Esto es extraordinario!

—No había pensado —le dije a Nia—. Tienes razón. Necesitaréis los cuernicurvos. Tendremos que encontrar otro regalo para Tanajin. —Hice una pausa—. No tienes que venir con nosotros hasta el lago. Podrías quedarte aquí.

—¿Es eso lo que quieres?

—No. Quiero que vengas. No será fácil dejaros a ti o al oráculo. No quiero hacerlo.

Nia hizo el gesto de asentimiento.

—Iré con vosotros el resto del camino. Hasta que encontréis a vuestros amigos.

Miré a Tanajin.

—¿Cuidarás de los animales hasta que Nia y el oráculo regresen?

Ella me tendió el cuenco de gachas y luego hizo el gesto de asentimiento.

Yo hice el gesto de gratitud y probé las gachas. Tenían una textura grumosa. El sabor era dulce y almendrado. No estaba mal.

—Hay cerveza para beber —dijo Tanajin—. Comeremos y luego encenderé la hoguera.

Nia despertó al oráculo. Derek regresó. Le expliqué nuestro plan entre bocados de gachas.

Él hizo el gesto de acuerdo y después miró a Tanajin.

—¿Hasta qué punto es seguro el río? Necesito darme un baño.

—La corriente es fuerte aquí. A los lagartos en realidad no les gustan las aguas rápidas. No es probable que cacen en esta zona. Puedes meterte en el río, pero quédate cerca de la orilla y mantén los ojos abiertos. Esos animales no siempre hacen lo que se espera.

—Okey —dijo Derek.

Tanajin frunció el ceño.

—De acuerdo —dijo Derek en el lenguaje de los regalos.

—Iré contigo. —Me levanté.

—Necesitáis un algo —dijo Tanajin.

—¿Qué? —preguntó Derek.

—Dejadme que os lo enseñe.

Tanajin se levantó y entró en la tienda. Salió con un objeto del tamaño de una pelota de béisbol.

—Esto.

Tomé el objeto. Era amarillo y parecía aceitoso.

—Nosotros no tenemos nada igual —dije.

—No es extraño que vayáis sucios y apestéis.

—No tenemos nada parecido ahora —contestó Derek—. Lo tenemos en casa. Y lo usamos.

—Bien, usadlo ahora —dijo Tanajin.

Fuimos río arriba hasta perder de vista la tienda, nos desnudamos y nos metimos en el agua. Estaba tibia, casi a la misma temperatura que la cerveza nativa de Tanajin. Incluso cerca de la orilla noté la corriente. Me agaché hasta que el agua me cubrió, luego me incorporé y me froté con la bola amarilla. Produjo espuma. ¡Maravilloso!

Derek tendió la mano.

—Yo también.

—Un momentito. —Me enjaboné y me froté el pelo. Él se me quedó mirando, con el agua por la cintura, las manos en las caderas—. La impaciencia en un monumento —dije.

—¿Qué?

—Es una cita, pero no la digo bien.

—Shakespeare. Noche de epifanía. «Se sentaba como Paciencia en un monumento, sonriendo a la pena». No recuerdo el acto ni la escena, pero lo dice Viola hablando con el duque, sobre sí misma, por supuesto, aunque el duque no lo sabe. Dame el jabón.

Se lo tendí. Él se enjabonó. Yo me enjuagué. ¿Había algo mejor que lavarse? Sobre todo después de viajar tanto. Recuperé el jabón y volví a utilizarlo.

—Creo que podríamos usar esto para lavar nuestra ropa —dijo Derek—. He llegado a un punto en que no quiero estar a barlovento de mí mismo.

Un tronco pasó flotando. Había un lagarto posado en él. Uno pequeño, de no más de un metro de largo. Volvió la cabeza y nos miró, luego infló el saco de su garganta. ¡Ca-roak!

—Lo mismo digo.

Regresamos a la orilla, lavamos nuestra ropa y la extendimos sobre la arena para que se secase. El aire estaba casi inmóvil. El día empezaba a caldearse. Nos sentamos uno al lado del otro. Miré a Derek. Su pelo volvía a ser rubio. Su piel había regresado a su color habitual: marrón y marrón rojizo. Estaba atractivo.

—Los antiguos santos tenían razón —dijo—. Los que no se bañaban. Estar sucio es incompatible con el sexo. No estoy seguro de cuál es la relación exacta, y no es así para todo el mundo, por supuesto. Pero desde luego lo es para mí. —Hizo el gesto de consulta.

Respondí con el gesto de acuerdo y el de asentimiento.

Hicimos el amor en la arena, luego nos volvimos a meter en el río y nos lavamos. Nos sentamos de nuevo. Él se inclinó sobre mí y me besó la oreja.

—Aristóteles no tenía razón. «Todos los animales se entristecen después del sexo». Yo tiendo a sentirme meloso y sentimental después de echar un polvo. —Sonrió—. Y complaciente, como si hubiéramos hecho algo fuera de lo común. Un truco de cartas mejor de lo normal, o un ensayo realmente inteligente.

—No sabía que hicieras trucos con cartas.

—En este momento no. Dejé mi baraja en la nave.

Miré río abajo. Una gruesa columna de humo se alzaba en el cielo. La señal de fuego.

—Pero puedo demostrar que soy inteligente —dijo Derek.

—¿Ah, sí?

—Había alguien en la tienda cuando llegamos anoche. Escondido. Creo que era un hombre.

—¿Cómo lo sabes?

—Pisadas. Grandes. Entrando y saliendo. Las que estaban más cerca de la tienda estaban borradas. Pero encontré otras más allá. Bien claras. Unas eran recientes. Las que se marchaban. Apuesto a que se fue después de que nos durmiéramos. —Derek hizo una pausa—. No por delante. Eso me habría despertado. Separó dos pieles de la parte trasera de la tienda.

Pensé un momento.

—¿Crees que es el hombre al que está haciendo señales?

—Lo más probable. No quería que viésemos que estaba siendo amistosa con un hombre. Aunque yo sea un hombre y el oráculo también. Esta gente es cuidadosa.

Comprobé la ropa. Todavía estaba húmeda.

—Acabo de darme cuenta esta mañana... Es posible que nuestro viaje casi haya terminado. No veremos más a Nia ni al oráculo dentro de un par de días. —Él hizo el gesto de reconocimiento—. No me importó dejar ese pueblo de Nueva Jersey. Esa gente era repugnante. Apenas conseguí salir con vida. Pero todas las otras veces que he terminado un estudio, ha sido doloroso. Un poco, al menos. Entrar y salir de las vidas de otras personas.

—Yo suelo estar listo para marcharme —dijo Derek—. Empiezo a pensar en mi casa de Berkeley. Mis libros. Mi agua corriente. La cocina con todo lo que necesito. Y todas las mujeres hermosas que se pueden encontrar en la universidad. —Hizo una pausa—. Más tarde, cuando vuelvo, echo de menos a la gente que estaba estudiando. —Sonrió—. En la comodidad de mi casa.

Comprobé de nuevo la ropa. Hablamos sobre gente que habíamos estudiado y sobre la que habíamos conocido como amigos y colegas en la Tierra. Una conversación irregular, llena de pausas. Hicimos el amor por segunda vez y nos lavamos de nuevo en el río tibio. El día seguía caldeándose. Aparecieron nubes al oeste.

A eso de mediodía Nia vino a buscarnos.

—El hombre ha llegado. Debe vivir cerca de aquí. Está dispuesto a llevarnos al lago. Pero quiere salir ahora. Dice que habrá una tormenta por la tarde. Quiere estar a buena distancia río abajo para entonces.

Nos pusimos la ropa interior y sacudimos la arena del resto de nuestras prendas, hicimos un petate con ellas y regresamos al campamento.

Había una canoa en la orilla. Un esquife. De buen tamaño. Resultaba sorprendente que un solo hombre necesitara un bote tan grande. La proa era alta. La parte superior era la cabeza de un animal, profusamente tallada. Los ojos estaban grabados con conchas. Tenía la boca abierta y dientes de verdad, triangulares y blancos. Todos eran del mismo tamaño, sin especialización. Probablemente los dientes de un pez o un reptil o un ave muy grande. El dueño de la canoa no estaba a la vista.

—Está dentro de la tienda —dijo el oráculo—. Hablando con Ta-najin. Son una pareja extraña.

—Será mejor que nos pongamos la camisa —dijo Derek—. Hace sol. Nos quemaremos.

—De acuerdo.

Guardamos los vaqueros y el resto de nuestras pertenencias.

—He hablado con Tanajin esta mañana y le he dicho que soy herrera —nos contó

Nia—. Tiene herramientas aquí, se las dejó un viajero. Dice que hay un agujero en el fondo de su mejor olla, y Ulzai, el hombre, tiene un cuchillo que ya no tiene filo. Y hay otros trabajos que hacer.

—No soy muy útil en una fragua —dijo el oráculo—. Pero conozco historias y mis sueños son útiles.

Reciprocidad. Un regalo siempre debe ser correspondido. ¿Qué podríamos nosotros darles a Nia y al oráculo a cambio de su ayuda?

Tanajin salió de la tienda con un saco de cuero y una gran jarra de metal.

—Comida —dijo.

El hombre salió tras ella. No era alto, pero sí ancho y fornido. Su pelaje era hirsuto, lo que le hacía parecer más grande de lo que era. Cojeaba claramente. Había una zona de pelo blanco en su piel. ¿Una cicatriz? Volvió la cabeza, examinándonos. Dos líneas de pelaje blanco corrían por un lado de su cara. La línea inferior tocaba la comisura de su boca y el labio se torcía. Le vi la roja membrana mucosa.

Tenía los ojos rojos. Sus pupilas estaban contraídas y eran tan estrechas que no pude verlas. Los ojos no mostraban ninguna expresión. ¡Qué extraño!

—Sí que sois diferentes —dijo. Su voz era grave y áspera—. Tanajin dice que no habéis estado enfermos.

Derek hizo el gesto de afirmación.

—Soy Ulzai.

Llevaba un kilt de tela marrón. Su cinturón era de cuero, con una hebilla de metal amarillo. Latón, probablemente. Un largo cuchillo colgaba de su costado. La vaina era de cuero y latón o bronce. El mango, de plata pulida. Iba descalzo. No llevaba ninguna joya. Era el hombre de aspecto más sencillo que yo había visto en el planeta. En todos los sentidos. Sin adornos y feo.

—Meted todas vuestras cosas en la canoa. ¿Alguno de vosotros sabe remar?

—Yo —dije.

—Yo iré en la popa. Tú siéntate en la proa. Estos otros irán en medio —miró a Derek, Nia y el oráculo—. El bote irá muy cargado. Tal vez sea una tontería llevar a tanta gente. Pero sé lo que me hago en el agua, y siempre he tenido suerte allí. ¡Escuchadme! ¡Estaos quietos! Si os movéis, el bote puede volcar.

—Okey —dijo Derek.

—¿Qué? —preguntó Ulzai.

—Esa palabra significa «sí» —dijo el oráculo.

Cargamos la barca y la empujamos al agua. Nia y el oráculo subieron torpemente a ella.

—¡Cuidado! —dijo Ulzai.

Derek lo hizo un poco mejor.

Ulzai y yo hicimos girar el bote, luego subimos.

—Tú, al menos, sabes subir a una barca —dijo el hombre peludo—. Dime tu nombre.



—Lixia.

—Li-zha —repitió.

—Adiós —dijo Tanajin.

Encontré mi remo. Era casi igual que los que había utilizado en el norte de Minnesota.

—A trabajar —dijo Ulzai.

Metí el remo en el agua. Mi primer golpe fue hueco.

—¿Es eso lo mejor que sabes hacer?

—Dame tiempo. Hace muchos años que no practico esto, y no recordaré cómo hacerlo si me incomodas.

Él emitió un sonido parecido a un ladrido.

—Muy bien.

La embarcación se internó en el río. Miré atrás una vez y vi a Tanajin de pie en la orilla: una figura alta, inmóvil, de espaldas a su tienda. De la hoguera surgía humo. Todavía era denso y oscuro.

—No mires atrás —dijo Ulzai.

Volví la cabeza y me concentré en remar.

## ULZAI

Pasado un rato, Ulzai dijo:

—Estás empezando a cansarte. Dale el remo al hombre sin pelo. Yo lo vigilaré y le diré lo que hace mal. Tú mira el río por si hay troncos a la deriva.

Derek tomó el remo. Yo me froté el hombro herido y miré alrededor.

Nos encontrábamos en el canal principal: una ancha extensión de agua, vacía a excepción de algún resto a la deriva: una rama, una hoja, una maraña de vegetación, un árbol.

A mi izquierda se extendía la costa oriental, cubierta de bosque. La pared del valle se alzaba en la distancia. No había cambiado: una fila de macizos de suave roca tremendamente erosionada, amarillo pálido a la luz del sol.

A mi derecha había islas y bancos de arena y marismas. La mayoría de las islas estaban cubiertas de árboles. No pude distinguir la orilla. No había ninguna línea clara entre el suelo sólido y el agua, ninguna manera de distinguir una isla grande de la ribera.

Más allá de las marismas y el bosque se alzaba otra hilera de promontorios rocosos que marcaban el lado occidental del valle. Por aquí debía de haber corrido mucha agua en el pasado. ¿Era prueba de una glaciación? Una pregunta para los paleontólogos. Me pregunté si alguna vez bajarían allí, si llegarían a ver aquel valle.

Por la tarde Nia abrió la bolsa de comida y nos tendió piezas de pan. Bebimos cerveza amarga.

—Ahí está nuestra tormenta —anunció Derek.

Miré al oeste. Las nubes se arremolinaban sobre las montañas: cúmulonimbos, altos y grisáceos. Otras nubes, altas y finas, se extendían hasta la mitad del cielo. El sol brillaba a través de ellas, sin que apenas se notara.

—Vuelve a tomar el remo, mujer sin pelo —dijo Ulzai—. Vamos a necesitar toda la habilidad que tengas.

Seguí sus órdenes. Empezó a levantarse viento y el río se agitó.

—Vira —dijo Ulzai.

—¿Hacia dónde?

—Esa isla de delante. La grande.

Remamos hacia ella. Había restos a la deriva amontonados río arriba: ramas grises y raíces, troncos gastados por el agua. Los sorteamos y llegamos a una playita arenosa. Salí del bote. Al oeste retumbaron los truenos.

—Empuja el bote a tierra —dijo Ulzai.

Descargamos el bote, lo sacamos del agua y lo llevamos hasta la linde del bosque.

A esas alturas el cielo estaba oscuro. Ulzai hizo el gesto que significaba «venid conmigo». Recogimos nuestros suministros y lo seguimos al bosque. Por encima de nosotros el follaje se agitaba con el viento. El aire olía a tierra húmeda y a lluvia inminente.

Llegamos a un claro. Había un estanque en el centro, de unos tres metros de diámetro, claro y poco profundo. Distinguí hojas en el fondo. Del año anterior, tal vez. Eran de color amarillo oscuro o gris. Una planta azul oscuro crecía en los bordes del estanque; insectos naranja revoloteaban sobre la superficie.

Al borde del claro había un entoldado grande de cuero, tendido entre cuatro árboles. Todos los restos del suelo del bosque habían sido limpiados debajo, y en el centro del terreno pelado se alzaba una pila de leña.

—Este es mi hogar —dijo Ulzai.

—Espartano —comentó Derek en inglés.

Restalló un trueno. Yo di un brinco. Las gotas de lluvia golpearon el dosel del bosque.

Ulzai hizo un gesto.

Nos acurrucamos bajo el toldo y la lluvia empezó a arreciar. Tamborileaba sobre el toldo, caía goteando por los bordes de cuero y caía al claro como... ¿qué? Una cortina gris. Un torrente montañoso. Me acurruqué, las manos alrededor de las rodillas. El viento me soplaba agua en la cara. Los relámpagos destellaban. Sonaron más truenos.

—Esto no durará —dijo Derek.

—Espero que no —contesté yo.

Más relámpagos. Más truenos. No había pausa entre ellos. Un relámpago cayó cerca. Me estremecí, no de miedo. El aire era frío y me estaba mojando. Nia estaba más cerca que yo del borde del toldo. Ya tenía la túnica pegada al cuerpo. Su piel estaba empapada y tenía aspecto de sombría paciencia.

—Ha llovido mucho este verano —dijo el oráculo—. Me pregunto quién es el responsable.

—Una cosa he aprendido desde que vine al río —comentó Ulzai—. Aquí el tiempo nunca es de fiar. Parece como si hubiera muchos espíritus diferentes que participaran en la creación del clima. No se llevan bien. Se niegan a trabajar juntos, y eso explica por qué hay tantas clases de clima aquí y por qué está cambiando siempre.

Miré a Nia. Ella fruncía el ceño.

—Tú creciste en la llanura, Nia. ¿Tiene razón en lo del clima?

—No conozco las causas del clima aquí, pero en la tierra de mi pueblo... —Hizo una pausa. Empezó a granizar. El granizo rebotaba y rodaba. Unas cuantas bolas cayeron bajo el toldo. Tenían el tamaño de bolas de chicle—. Todo viene de la Madre de las Madres —dijo Nia—. Todos los espíritus son sus hijos y ella se ha apareado con un montón de ellos. Este tipo de conducta sería completamente equivocada en las personas. Si un hombre encuentra a su madre en la época de aparearse, se apartan lo más rápido posible. Pero los espíritus son distintos. ¿Y con quién más podría ella aparearse, la Grande? Todos los espíritus surgieron de su cuerpo. —Nia se frotó el pelaje de la frente, librándose de un poco de agua—. Se apareó con el Espíritu del

Cielo. Tuvieron cuatro hijas en un solo parto. Cada una de un color distinto. Cuando crecieron, se separaron de su madre y se fueron en las cuatro direcciones. La hija amarillo pálido se asentó en el este. La hija naranja oscuro se asentó en el oeste. La hija negra se convirtió en el norte. La última hija era verdiazul como su padre. Se convirtió en el sur.

—Es una historia que no he oído nunca —dijo Ulzai.

El oráculo hizo el gesto de reconocimiento.

El granizo se acumuló, volviendo el suelo blanco. Nia continuó.

—El Espíritu del Cielo visitó a cada hija por turnos, y cada una de las mujeres dio a luz a un hijo. Fueron los cuatro vientos. Crecieron y se hicieron fieros y peleones. Todos reclamaron la tierra en las cuatro direcciones. Ninguno quiso echarse atrás. Lucharon por la tierra, sin cesar nunca, y la vida se volvió imposible para todo el mundo. Incluso los demonios empezaron a quejarse. Vivían bajo tierra, pero les gustaba salir de vez en cuando y causar problemas. ¿Cómo podrían hacerlo ahora? No tenían ni idea de lo que encontrarían. Una riada para apagar sus fuegos. Una nevada en mitad del verano. Granizo como este, o una lluvia fuerte.

»Por fin la Madre de las Madres decidió intervenir. Llamó a los cuatro primos. Ellos se presentaron ante ella. ¡Tuvo que ser un espectáculo! Cada uno era de un color distinto, y cada uno era tan alto como una nube. El viento del este era amarillo como su madre. El viento del oeste era anaranjado como el fuego. El viento del sur era del color del cielo, y el viento del norte era negro hierro.

»Se alzaron sobre su abuela y se miraron con mala cara.

»«Niños traviesos —dijo ella—. ¿Por qué no podéis dejar de pelear?»

»El viento del norte le respondió. Su voz era grave y vibrante. El aliento que surgía de su boca era frío. “Todos somos hombres grandes. Ninguno de nosotros está dispuesto a echarse atrás. ¿Cómo podemos permitir que otro hombre tenga la tierra de en medio? Cada uno de nosotros quiere a las mujeres. Cada uno de nosotros quiere los animales.”

»«¡Mirad alrededor! —dijo la Madre de las Madres—. Habéis destruido todo lo que queríais tener. Vuestras inundaciones han arrasado las aldeas. Vuestras súbitas heladas han matado la vegetación. Los animales han huido. Los demonios hablan de marcharse. ¿Qué queda por lo que pelear?»

»Los cuatro primos miraron alrededor. Su abuela estaba diciendo la verdad. La llanura era marrón y negra. Allí no vivía nada ya. Ni personas. Ni animales. Ni vegetación.

»«Y dejadme que os diga otra cosa —dijo la anciana, la Grande—. Mientras habéis estado peleando aquí, otros espíritus han estado visitando a vuestras madres. Ahora tenéis hermanas que casi son adultas.”

»«¿De verdad? Entonces me iré a casa”, dijo el viento del sur. Su aliento era cálido y seco. Olía como la llanura en verano. ¡Aiya! ¡Qué aroma! ¡Qué dulce y agradable!

»“No —dijo la Madre de las Madres—. No os dejaré aparearos con vuestras hermanas.”

»“¿Por qué no?”, preguntó el viento del este.

»“Ya ha habido demasiado de eso. Si continúa, pronto los niños que nazcan parecerán monstruos o demonios.”

»“Pero ¿qué vamos a hacer? —preguntó el viento del oeste—. No esperarás que vivamos sin sexo.”

»“No —dijo la Madre de las Madres—. A la hora de aparearse, cada uno de vosotros dejará su territorio y se irá en otra dirección, el norte al sur y el oeste al este, hasta que encontréis a vuestras primas o a otras mujeres o incluso a demonios femeninos. ¡Apareaos con ellas! ¡Pero recordad esto! Yo hablo por la tierra de en medio. No os pertenece a ninguno. Cuando la crucéis, viajad con cuidado. Tratadlo todo con respeto. No causéis problemas. No causéis daños.”

»Los cuatro primos frunció el ceño.

»“¿Y si no accedemos a hacer eso?”, preguntó el viento del norte.

»“Entonces me enfrentaré a vosotros, y no creas que no puedo.” De inmediato la anciana aumentó de tamaño, hasta que su cabeza casi tocó el cielo. El sol brilló por encima de su hombro izquierdo.

»Los cuatro primos alzaron la mirada. Se quedaron boquiabiertos. Se cubrieron los ojos. Vieron a su padre, el Espíritu del Cielo. Flotaba sobre la anciana. El sol era la hebilla de su cinturón. Sus alas se extendían de una punta a la otra del horizonte. Los miró. Su cara era verdiazul. Sus ojos destellaban de furia.

»Ellos se asustaron. “Muy bien —dijeron—. Haremos lo que nos sugieres.”

»“Bien”, dijo el Espíritu del Cielo.

»Ese es el final de la historia —dijo Nia—. Los cuatro vientos dejaron de luchar. El clima se volvió menos violento. La gente que se había marchado regresó a la tierra de en medio. Lo mismo hicieron los animales.

»Pero en primavera, en la época de apareamiento, los cuatro primos viajan por la tierra buscando mujeres, y por eso el tiempo es malo en primavera.

Hizo una pausa. Yo miré al techo. El granizo había cesado. Todavía llovía copiosamente.

—Ahora no es primavera —dijo Ulzai—. Tu historia no explica este tiempo.

—Los primos son inquietos y rebeldes —contestó Nia—. Recorren las fronteras de la tierra de en medio. Intentan ser cuidadosos, pero a veces se encuentran. Entonces gritan y gesticulan. Los relámpagos destellan. Hay truenos y granizo. Pero no luchan como hacían antes. En cambio, se retiran y se marchan. No causan ningún daño irreparable.

Ulzai emitió aquel sonido parecido a un ladrido.

—He visto nubes negras que se alzaban hasta el cielo. Saltaban sobre la llanura como bailarinas vestidas con túnicas negras. He visto dos y tres y cuatro..., todas al mismo tiempo, una en cada dirección, danzando en el horizonte. Creo que esas nubes

pueden causar daño. ¿Y qué hay del granizo que aplasta la vegetación? ¿De los vientos que arrancan árboles? ¿De las tormentas de hielo? Incluso el calor del verano puede causar daño. He estado al aire libre y he sentido el calor como un puñetazo en la cabeza y en el estómago. Esos hombres no han cumplido su promesa. Todavía están luchando, y esta tierra es un mal lugar para las personas.

Nia parecía enfadada.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó el oráculo.

—La lluvia cesa —dijo Ulzai—. Y me estoy poniendo nervioso. Puede que vosotros estéis acostumbrados a estar con otras personas. Yo no. —Se levantó y salió de debajo del toldo—. ¡Quedaos aquí! ¡Ahora vuelvo!

Se internó en el bosque. Su cojera parecía más acusada que antes. El clima, probablemente.

—Ha tenido algún tipo de problema —dijo el oráculo—. Igual que la mujer. ¿Por qué si no habrían abandonado su hogar?

—¿La gente no se marcha por otro motivo? —preguntó Derek.

—No actúes como si fueras estúpido —dijo Nia—. Sabes que hay viajeros que llevan regalos de un poblado a otro. Y hombres a los que les gusta vagabundear. Y mujeres como Inahooli, que se marchan de casa por motivos religiosos. Pero el oráculo tiene razón. Esas dos personas han hecho algo malo. Lo noto. Está dejando de llover.

Se levantó y salió al claro, se detuvo y miró al cielo.

—Escampará. ¡Hu! Estoy mojada. —Se pasó la mano por el brazo, tratando de enjugar el agua de su pelaje.

La mayor parte de las veces, los nativos me recordaban a los osos, pero había algo gatuno en Nia en aquel momento. Hizo una mueca y se frotó el otro brazo.

—¡Aiya! —Se quitó la túnica y la escurrió, quedándose desnuda en medio del claro—. No voy a quedarme en este lugar. Es demasiado húmedo. Que el hombre me encuentre, si cree que es importante.

Se marchó, llevándose su túnica.

Ulzai se había dirigido tierra adentro. Nia regresó a la orilla.

—Se marchan en todas direcciones, como los cuatro espíritus —dijo Derek.

El oráculo abrió la bolsa que nos había dado Tanajin.

—Yo no voy a ninguna parte.

Sacó una fruta amarilla del tamaño de una pelota de z-ge. Al menos, yo estaba bastante seguro de que era una fruta. La mordió. Brotó jugo. El oráculo se limpió la mandíbula y se lamió los dedos sin dejar de masticar.

Derek sacó la radio.

—Nia tiene razón. Tendría que haber viento y luz junto al río, si las nubes se levantan. Creo que voy a hablar con Eddie. Y cuando acabe, me iré a pescar.

Se marchó. El oráculo siguió comiendo. Un rayo de luz alcanzó el estanque. Resplandeció.

—Volverá a hacer calor —dijo el oráculo.

Hice el gesto de acuerdo. El aire era húmedo. Aparecieron nubes de diminutos insectos. Sobre el estanque, a la luz del sol, brillaban como motas de polvo. En las sombras del bosque eran invisibles. Pero los sentí picoteándome la cara. Bufé y agité las manos.

—Ve —dijo el oráculo—. Puedo ver que te estás enfadando. Si el hombre regresa y quiere saber dónde están todos, se lo diré.

—De acuerdo.

Me marché al río, moviéndome lentamente y mirando alrededor. Los árboles eran altos, los troncos rectos y estrechos, la corteza gris. El follaje, alto sobre mi cabeza, era azul. Aquí y allá brillaban unas pocas hojas, alcanzadas por la luz del sol, como trozos de cristal azul de una ventana.

Seguramente había más de un sendero. El que seguí me condujo a un lugar que no recordaba. Unos cuantos árboles muertos se alzaban entre especímenes de una planta sin hojas. Los tallos, retorcidos y verdes, se agitaban con el viento.

Podía volver y tratar de encontrar el sendero que debería haber tomado, pero ¿cómo lo reconocería? Bajé la cabeza. Mi sombra señalaba al sendero. Me dirigía al este. Habíamos desembarcado en la orilla oriental de la isla. Era mejor continuar.

El sendero se volvió fangoso. Las plantas se hicieron más altas: de un metro y medio, de dos metros. El agua chispeaba entre la vegetación. Me encontraba en una ciénaga. Era hora de rendirse. Me di la vuelta.

Había un lagarto en el sendero, a diez metros de distancia. No muy grande. Calculé que mediría dos metros de largo, con cola y todo. El animal alzó la cabeza, la volvió y me miró con un brillante ojo negro.

Oh, demonios.

Abrió la boca. Vi dientes entrecortados. Asomó la lengua, gruesa y negra.

Me quedé quieta.

La piel del animal era marrón con solo unas pocas arrugas, y las escamas de la espalda se hallaban en buen estado. Ese amigo era relativamente joven. No había sufrido el tiempo y la violencia. ¿Era peligroso?

Abrió más la boca. Sacó la lengua. ¿Qué estaba haciendo? ¿Saboreando el aire? ¿Saboreando mi aroma? ¿Averiguando si yo era comestible?

No quería avanzar hacia el animal. No quería darle la espalda tampoco. Había marismas a cada lado. Empecé a sudar.

El largo cuerpo se revolvió. Un momento más tarde el animal se marchó, perdiéndose de vista entre los juncos.

Solté un suspiro. Ulzai apareció cojeando por el sendero de barro, con una lanza en una mano.

—Os he dicho que os estuvierais quietos. He vuelto y no había nadie más que el hombrecito. He salido a buscaros. ¿Qué descubro? ¡Tu pista en dirección contraria! ¿Estás loca? ¿O simplemente eres tonta?

—Soy tonta.

Él ladró.

—Es bueno que sepas lo que eres. Mucha gente no lo sabe. Este sendero lleva a un pantano. Hay lagartos.

—Lo sé. Acabo de ver uno. En el sendero donde tú estás ahora.

Él miró el lodo que tenía delante.

—Ya veo. No era grande. Un animal de ese tamaño no ataca a una persona adulta. No has corrido peligro. Vamos.

Cuando llegamos al río la mitad occidental del cielo estaba despejada. El sol brillaba con fuerza. Nia había extendido su túnica sobre la canoa. Estaba tendida en la arena, cubriéndose los ojos con un brazo. Derek estaba sentado cerca.

—He estado observando el río. Hay peces grandes. Creo que haré una caña de pescar.

—¿Una qué? —preguntó Ulzai.

La palabra que Derek había empleado significaba, en la lengua común, palo de tienda o palo de estandarte.

—¿Qué crees que he dicho? —preguntó Derek.

—Que quieres hacer una tienda para peces. O bien... —Ulzai frunció el ceño—, que quieres alzar un estandarte con un pez en lo alto. ¿Es ese el animal de tu linaje?

—Mi animal vive en agua salada. Parece un pez, pero no lo es. Se llama «ballena». —Ulzai gruñó—. Lo que quería decir es que... voy a ir a pescar. Uso un palo.

—Eso hace —dijo Nia—. Yo lo he visto.

Ulzai pareció interesado.

—En las marismas las mujeres usan redes para capturar pescados. Los hombres usan lanzas. Y cuando fui río arriba, conocí a gente que usa cestas y paredes hechas con ramas entretejidas. Las paredes guían a los peces hasta una trampa. Las cestas son la trampa. Pero nunca he oído de nadie que use el palo de una tienda.

Derek se levantó.

—Necesito una rama. Tiene que ser larga y recta y flexible. ¿Puedes buscarme algo así?

Ulzai hizo el gesto de afirmación.

—Cuida la radio, ¿quieres?

—Sí. ¿Qué ha dicho Eddie?

—El avión vendrá pasado mañana. Eddie espera que estemos en el lago dentro de tres días. Podrá retrasar la gran discusión hasta entonces. Quiere que participemos... No en persona, por supuesto. Estaremos en cuarentena. Pero podremos dirigirnos a las masas por holovisión. Supone que vamos a respaldarlo. Vamos a tener que tomar una decisión, Lixia. ¿De qué parte estamos?

Hice el gesto de incertidumbre.

—Hablas demasiado —dijo Ulzai—. Y demasiadas de las palabras que usas son



extrañas. Vamos.

—A Ulzai le gusta decirle a la gente lo que tiene que hacer —dijo Nia. Bostezó—. ¡Aiya! Se está cómodo al sol. Creo que voy a dormir.

Contemplé el río. Nia empezó a roncar. Las nubes siguieron moviéndose hacia el este hasta que casi todo el cielo quedó despejado.

Los dos hombres regresaron. Derek traía su rama y un trozo de sedal.

—¿Cómo está el oráculo? —pregunté.

—Cansado. Le duele el brazo. Se ha comido toda la fruta.

—¡Hu!

—Ajá.

Derek ató el sedal al palo, y luego le amarró un anzuelo. Arrancó el trozo sobrante de sedal y lo escupió, luego se agachó y lo recogió.

—No podemos dejar recuerdos de una cultura superior.

Se metió el trozo de sedal en el bolsillo de la camisa y luego rebuscó en el otro bolsillo y sacó un gusano. Era gordo y amarillo. Enganchó al animal. Se rebulló. Yo aparté la mirada.

Advertí que Ulzai lo observaba todo con interés. Nia seguía roncando.

Derek buscó de nuevo en su bolsillo y sacó un peso de plomo, que colgó del sedal.

—Por fortuna, este es un planeta rico en metales. Si pierdo el peso, no es probable que influya en el curso de la historia. Pero será mejor no perder el sedal. La Unidad sabe qué pasaría si estos salvajes descubrieran el polipropileno.

Ulzai frunció el ceño.

—Solo comprendo la mitad de lo que dices.

—Siempre hablan así —dijo Nia. Se sentó. Su pelaje estaba seco. Brillaba con un tono marrón rojizo, como el cobre—. Me irrita. Se lo he dicho. Siguen igual que antes.

—Voy a la playa —dijo Derek—. Hay una corriente que parece interesante cerca de la orilla. Al alcance de esta maldita caña, creo. Ojalá hubiera traído una caña plegable y un buen carrete. Podría haber ideado un modo de traérmelo —miró a Ulzai—. Puede que tenga que meterme en el agua. ¿Va a ser peligroso?

—No. Los lagartos no vienen a este lado de la isla. No a menudo, al menos. Les gustan las aguas lentas. El fondo del río es profundo aquí y la corriente, rápida. Ten cuidado. Si capturas algo con tu palo de tienda, entierra las tripas. Nunca dejes nada ensangrentado en el río. Los lagartos saborearán la sangre y vendrán.

—Okey —dijo Derek.

—¿Y mi lagarto? —pregunté—. El que he visto. Estaba en este lado de la isla.

—Estaba en tierra —respondió Ulzai—. Cuando vuelva al agua, encontrará un lugar donde el fondo sea poco profundo y la corriente apenas se mueva. Conozco a estos animales. No tienen el valor de los umazi.

Derek nos dejó y se fue a la orilla. Se detuvo y miró el río, la cabeza ladeada,

considerando algo para mí invisible, la corriente, y entró en el agua y agitó la larga caña. Lanzó el sedal. Lo recogió un poco y luego se quedó inmóvil. Los demás nos lo quedamos mirando. No sucedió nada.

—Sabe cómo quedarse quieto —dijo Ulzai por fin—. Todos los buenos cazadores lo hacen.

Nia hizo el gesto de acuerdo, se levantó y se puso la túnica, la que había pertenecido a Inahooli. Estaba arrugada y manchada. Todos íbamos bastante desastrados.

—Atcha —dijo Ulzai.

El palo se curvaba. Derek se lo había cambiado de mano y ahora lo sujetaba con fuerza. El palo se curvó más. Avanzó un poco.

—Ten cuidado —llamó Ulzai.

El pez iba a escaparse.

¡No! Salió del agua delante de Derek: un cuerpo largo y oscuro que se retorció en el aire y cayó de nuevo en el río. ¡Splash! El palo volvió a curvarse.

—Un pez de buen tamaño —dijo Ulzai—. Pero no merece la pena. Los de esa especie están llenos de espinas. Y el sabor... —Eízo el gesto que significaba «podría ser peor».

Derek alzó el palo. El pez debía de estar subiendo. ¡Sí! Saltó de nuevo, brillando a la luz, y cayó. Derek bajó el palo. El pez corrió hacia el centro del río. El sedal brilló, visible durante un momento. Vi la tensión en él. Derek se volvió, haciendo que el pez trazara un círculo, guiándolo hacia la orilla.

—Esto es interesante —dijo Ulzai—. Pero no creo que sea una buena forma de atrapar peces. Se tarda mucho, es obvio. Y el pez podría escaparse... Incluso ahora, después de todo el esfuerzo que ha hecho para capturarlo.

—Hummm —dije yo.

El pez estaba en los bajíos. Derek sonrió. Un instante después dijo:

—Maldición.

El sedal era invisible en ese momento. El pez también. Pero vi ondas en zigzag en la superficie del agua, creadas por el sedal cuando entraba en el agua. Se alejaba de la orilla. El pez había vuelto a girarse.

Derek corrió hasta que alcanzó el extremo del sedal y luego empezó a tirar de él por segunda vez. Estaba sudando. Su cara brillaba y había manchas oscuras en su camisa.

—He visto eso en algunos animales —dijo Ulzai—. Sale agua de su piel cuando hace calor o cuando han hecho algún tipo de esfuerzo grande.

—Sí —dije yo.

—Sí que sois extraños. ¿Qué significa? ¿Que está trabajando? —Sí.

—Cuando un hombre emplea una lanza, sabe de inmediato si tiene el pez o no. Puede que tenga que esperar un rato largo antes de tener posibilidad de golpear, pero no tiene que trabajar tan duro como está trabajando este hombre.

Estaba escuchando a un pescador natural de hielo. ¿Qué podía decirle a una persona así? Nunca entendería el placer que sentía Derek al luchar contra el pez. Aunque no parecía placer en este momento.

El pez salió a la superficie. La espalda oscura brilló. Atisbé una aleta dorsal irregular. Se zambulló y volvió a salir a la superficie.

—Vamos, chico —dijo Derek. Alzó el palo y dio un paso atrás—. Eso es. Te prometo que seré agradecido. Te haré todo tipo de alabanzas. No lo lamentarás cuando vengas a mí.

El pez se rebulló. Derek dio otro paso hacia la orilla.

—Eso es —repitió.

El pez flotaba justo bajo la superficie del agua. Pude verlo: una forma larga y estrecha como un puro o un torpedo. Estaba casi inmóvil.

Derek avanzó mano sobre mano por el palo, hasta que llegó a la punta. La soltó y se agarró al sedal. El pez se debatió débilmente. Derek tiró y lo agarró con los dedos tras las agallas. El animal se agitó. Tenía medio metro de largo, el vientre pardo y la espalda marrón oscuro. Las aletas eran espinosas y la boca estaba llena de dientes. Derek sacó el anzuelo. Sonreía.

—Otro capítulo para el libro que planeo escribir. El mejor pescador de la galaxia. Creo que mentiré sobre el peso del bicho.

—Ulzai dice que ese tipo de pescado no es muy sabroso. Y que tiene un montón de espinas.

—Maldición —Derek alzó aún más el pez—. Prometí que lo alabaría.

—Podrías volver a tirarlo al agua.

—Está agotado. Acabo de causarle un montón de daño en las agallas. Si lo suelto, morirá. He aumentado mi carga kármica, y no tendré cena. —Sacudió la cabeza—. Mientras no sea venenoso, voy a comérmelo.

—No es venenoso —dijo Ulzai.

—Bien. Cuida de la caña, ¿quieres, Lixia? Tengo que matar a este amigo.

—De acuerdo.

Caminó playa arriba. Fui a recuperar la caña. Cuando lo hice, el pez estaba ya muerto.

Regresamos al claro. Derek asó el pescado. Tenía más espinas que una perca del norte y aún menos sabor. Derek se lo comió casi todo. Los demás nos contentamos con pan y carne seca.

Cuando terminamos, Derek dijo:

—Le he dicho al pescado que lo alabaría. Es una promesa que hay que cumplir. Era guapo. Luchó bien. Me quitó el hambre. Recordaré qué aspecto tenía al saltar del agua. Y con el tiempo —sonrió—, olvidaré a qué sabía.

Ulzai hizo el gesto de acuerdo.

—Una buena alabanza —dijo el oráculo—. Y más de lo que esperaba de ti. La mayor parte del tiempo pareces carecer de respeto.

—Soy una persona intrincada —dijo Derek. Usó un adjetivo que normalmente se aplicaba a los bordados o los trabajos en metal. Por lo que yo había deducido, tenía dos acepciones. Significaba o bien un impresionante logro técnico o algo que era rebuscado y demasiado ornamentado.

Nia me despertó al alba del día siguiente. Al cabo de un rato habíamos vuelto al río.

Derek y Ulzai remaban. Yo contemplaba las aguas. Dejamos atrás islas y bancos de arena y un montón de basura flotante. Las nubes aparecieron poco después de mediodía. Cúmulos. Se alzaban a través de la bruma veraniega.

—Otra tormenta —dijo Ulzai—. Conozco un lugar en la orilla oriental. Un arroyo desemboca en el río. Hay una cueva.

—¡Aiya! —dijo el oráculo.

—¿Hay espíritus en la cueva? —preguntó Nía.

—Nunca he visto ninguno. He acampado allí muchas veces.

—De acuerdo —dijo Derek.

El río giraba hacia el lado oriental del valle y el canal principal corría casi directamente al pie de los promontorios. La ribera era empinada y estaba cubierta de matorrales verdes y amarillos. Por encima del follaje se alzaba una pared de piedra.

Ulzai señaló. Vi un hueco en el acantilado. Un arroyo emergía de los matorrales que crecían bajo el hueco: una fina película de agua que corría sobre las rocas amarillas, y luego se desvanecía en el río.

Desembarcamos al sur del arroyo, descargamos la barca y la arrastramos hasta la orilla.

Los pájaros revoloteaban sobre nuestras cabezas, chillando.

—Cuánto trabajo —dije.

Derek hizo el gesto de asentimiento.

—Uno de los muchos motivos por los que no estoy completamente enamorado de la tecnología preindustrial. Aunque hay mucha gente en la Tierra capaz de hacer una barca mejor que esta usando métodos tradicionales. Tal vez el problema en este caso sea la falta de materiales adecuados. Tal vez deberíamos introducir el abedul.

—Aluminio —dije yo—. Las plantas me asustan más que las fábricas.

—Otra vez lo estáis haciendo —se quejó el oráculo—. Usáis palabras que no conocemos.

Hice el gesto que significaba «lo siento».

—Vamos —dijo Ulzai.

Recogimos nuestras bolsas y lo seguimos orilla arriba. El arroyo corría junto a nosotros por una cañada llena de matorrales. No podía ver el agua. La oía: un leve borboteo. Los pájaros siguieron chillando. Alcé la cabeza. Una bandada perseguía a un pájaro solitario que pertenecía obviamente a una especie distinta. El pájaro que huía tenía el tamaño de una gaviota. Los miembros de la bandada eran, comparativamente, diminutos.

El pájaro grande huyó hacia el acantilado. Los pájaros pequeños lo siguieron, chillando.

Tropecé.

—Mira por dónde vas —dijo Derek, detrás de mí—, o acabarás en el barranco.

Llegamos al acantilado. Crecían enredaderas que colgaban a la entrada de la cueva, así que no la vi hasta que Ulzai se abrió paso a través de un muro verde y desapareció. Lo seguimos a un espacio poco profundo, de cinco metros como máximo. Miré alrededor. No había ningún agujero oscuro, ningún signo de una cueva interior. Solté las bolsas que llevaba.

—Hay que traer leña —dijo Ulzai—. Antes de que llueva.

Nia tenía razón. Le gustaba dar órdenes. Una lástima que estuviera en un planeta donde los hombres no tenían ninguna posibilidad de organizar nada. Habría sido un líder natural para un equipo de socorro.

Salimos. El sol había desaparecido tras una muralla de nubes. El valle estaba oscuro y el cielo se ensombrecía rápidamente a medida que las nubes se extendían.

Recogí un montón de leña y regresé a la cueva. Ulzai había vuelto ya. Había encendido una hoguera, justo en la entrada. El humo se filtraba entre las hojas de las enredaderas, que se agitaban. Se estaba levantando viento.

—Será peor que ayer —dijo Ulzai—. Mirad al cielo por el oeste. Tiene un color entre verde y negro. —Colocó otra rama en el fuego, luego alzó la cabeza, frunciendo el ceño—. El peor tiempo es en primavera. Nia tiene razón en eso. En esta época del año no es probable que veamos a las bailarinas negras. Las nubes que saltan y giran.

Tornados. Yo había visto uno el primer año que viví en Minnesota. Todavía tenía pesadillas con la maldita cosa. Me asustaban más que los tsunamis o los volcanes. Tal vez porque eran impredecibles.

Derek y el oráculo entraron. Dejaron caer su leña junto a la mía, al fondo de la cueva.

—Hace un tiempo horrible ahí fuera —dijo el oráculo. Se frotó el cuello—. ¡Aiya! Estoy cansado.

—¿Cómo va tu brazo?

—Ese no es el problema. Ahora es mi barriga. Estuvo rugiendo toda la noche. No he podido dormir y todavía me siento incómodo.

—La fruta —dijo Derek—. Me preguntaba si te afectaría.

Nia regresó.

—Ha empezado a llover. Gotas grandes. Cuando golpean la roca dejan una marca tan ancha como mi mano.

Añadió su leña al montón y se sentó.

—Ha pasado mucho tiempo desde que estuve por última vez en la llanura. Y normalmente en esta época del año estaría al norte de aquí, con el rebaño y la aldea. Creo, no estoy segura, que las tormentas son peores en el río.

—No lo creo —dijo Ulzai—. Pero tampoco estoy seguro. No he pasado mucho

tiempo en la llanura. —Hizo una pausa—. Hay una pregunta que quería hacer.

—¿Sí? —dijo Derek.

—No quiero preguntarte a ti. —Ulzai miró a Nia—. Tanajin me dijo que eras herrera.

Nia vaciló, luego hizo el gesto de afirmación.

—Dijo que pertenecías al Pueblo de Hierro.

—Sí. —Hizo una pausa—. Pertenecía.

—¿Eres la mujer de la que oímos hablar?

Nia no dijo nada.

—Era herrera y pertenecía al Pueblo de Hierro. No recuerdo su nombre. No estoy seguro de que Tanajin me lo dijera siquiera. Pero me contó la historia.

—¿Qué historia? —preguntó Nia.

—La de la mujer que amó a un hombre. El Pueblo de Hierro la cuenta. Y también el Pueblo del Ámbar y el Pueblo de la Piel y el Estaño. ¡Es una mujer famosa! ¿Eres tú?

—¿Pretendes causar problemas? —preguntó Nia.

—No. ¿Por qué crees que accedí a ayudaros? Tanajin es la mujer de la barca. Yo no. —Calló un momento—. ¿Crees que es fácil para mí pasar tres días con otras personas? ¡Sois tantos! Y esos dos son peculiares. —Nos miró a Derek y a mí.

Nia emitió un ladrido.

—Hay una mujer al este de aquí. Creyó reconocerme. Trató de matarme.

—Cuando Tanajin se enteró de tu historia, me dijo: «No estamos solos. No somos las primeras personas que hacen esto». —Ulzai frunció el ceño—. No estoy completamente de acuerdo con ella. En la historia que cuentan de ti, elegiste tratar a un hombre como a una hermana o una prima. No fue un accidente. Decidiste deliberadamente hacer algo ofensivo.

La cueva estaba ya oscura, a excepción de la luz proyectada por la hoguera. Fluctuaba en las paredes. Los ojos de las personas que había a mi alrededor brillaban: rojos, anaranjados, amarillos y lo más sorprendente, azules. Los truenos rugían en el exterior. Llovía.

—No discutiré una historia que se ha contado una y otra vez —dijo Nia—. Que la gente crea lo que quiera creer.

—Fue diferente con nosotros. —Ulzai miró alrededor—. He traído una jarra de cerveza.

Derek la encontró y se la entregó. Ulzai bebió.

—Nunca le he contado a nadie la historia. No quiero ser famoso en la llanura.

Nia volvió a ladrar. Ulzai le pasó la jarra. Ella bebió.

Ulzai se inclinó hacia delante, mirándola, ignorándonos a los demás.

—No es cierto que a los hombres les guste estar callados. Aprendemos a estarlo. ¿Con quién se puede hablar en las marismas? Los espíritus. Los lagartos. Los muertos que deambulan de noche. Es posible verlos. Son luces tenues en los estanques. Nunca

hablan. Ni los espíritus. O si lo hacen —miró al oráculo—, yo no puedo oírlos. No soy santo.

—Yo sí —dijo el oráculo.

—Tanajin me dijo... —Ulzai contempló el fuego. Después de un instante se frotó la cara, pasándose la mano por las líneas de pelaje blanco—. He guardado para mí la historia invierno tras invierno. Es como una piedra en mi vientre. Es como un sabor malo en mi boca. Duele como una herida antigua en la época de las lluvias. No lo comprendo. No veo qué más podríamos haber hecho.

Nia suspiró.

—Cuéntalo, entonces. Te lo advierto. No servirá de nada. Las palabras son menos útiles de lo que piensas.

—Tal vez.

—¿Puedo tomar un poco de cerveza? —dijo el oráculo.

—¿Y tu estómago? —preguntó Derek.

—La cerveza es buena para la digestión.

Nia le entregó la jarra.

Ulzai se rascó la cabeza.

—Es una larga historia.

—Tienes tiempo —lo instó Derek—. Esa tormenta no va a terminar pronto.

—Vosotros dos. —Nos miró a Derek y a mí—. Guardad silencio por lo que vais a oír. Y tú también, oh, hombre santo.

Hicimos el gesto de acuerdo, los tres.

—Primero, tengo que hablaros del Pueblo del Cuero. Yo pertenecía a él. Igual que Tanajin. Viven en las marismas, cerca de donde el Gran Río se une a la llanura de agua salada. Sus casas no son como las que he visto en otras partes. La marisma es llana y cuando el río sube, la tierra se inunda. Toda. La gente construye sus casas encima de entramados de madera. No sé cómo describir esos entramados. Parecen como los entramados que la gente usa para secar la tela o el pescado. Pero son mucho más grandes y más sólidos. Sobre cada entramado hay una plataforma. Sobre la plataforma, una casa. Las paredes están hechas de juncos y ramas trenzadas. El techo está hecho de manojos de juncos. Los manojos son gruesos. Ni siquiera la lluvia más pesada puede atravesarlos. —Hizo una pequeña pausa, los ojos entrecerrados, recordando—. No hay árboles en la marisma, solo juncos..., aunque pueden ser más altos que un hombre. Las casas se alzan sobre los juncos. Son más altas que ninguna otra cosa. Un hombre puede alzar la cabeza y verlas, incluso en la distancia. De noche se distinguen los fuegos para cocinar en las plataformas.

Derek se inclinó hacia delante.

—Si no hay árboles, ¿de dónde sacáis la madera para las casas?

—El río la trae. Cuando el río llega a las marismas, se expande. El agua se mueve entonces lentamente. El río suelta todo lo que trae. Hay bancos de arena a la entrada de las marismas y una gran cantidad de madera embalsada. Ocupa casi todo el río y

es tan larga que un hombre puede remar durante días, corriente arriba, y no ver nunca el final de toda esa madera. Hay más árboles juntos de los que nadie podría contar. La mayoría están gastados por el agua. Han perdido su corteza. Son grises como la arena. Son blancos como el hueso. Pero no están podridos. Pueden ser utilizados.

—¡Aiya! —dijo el oráculo.

Ulzai contempló el fuego, frunció el ceño.

—Ahora he olvidado lo que iba a decir.

—Estabas hablando de tu pueblo —dije.

Él hizo el gesto de reconocimiento.

—Las mujeres viven en las casas, por encima de los juncos. Los hombres viven en barcas. Eso es lo que cada niño recibe cuando es hora de que deje la casa de su madre: una barca con una proa tallada y unos remos, un cuchillo para desollar y una capa de piel de lagarto. Esos cuatro regalos son siempre iguales.

»El niño los recibe. Se despide de su madre y de sus otros parientes. Se marcha remando. No regresa hasta que ha matado un lagarto. Uno grande. Un umazi.

—¿A qué te refieres cuando dices que regresa? —preguntó Nia.

—Sé que la gente de la llanura no aprobaría nuestra conducta. Nuestro don es el cuero. Los hombres cazan los umazi y les quitan la piel.

»Pero la piel no sirve para nada, a menos que esté curtida, y las mujeres la curten. Ellas son las que tienen las grandes tinas de madera y hierro. Ellas son las que tienen la orina. ¿De dónde podría sacar un hombre orina suficiente para llenar una tina para curtir? ¿Y dónde guardaría la tina? No en su canoa ni en las islas, que a menudo están cubiertas de agua.

»Cuando un hombre mata un umazi, le lleva la piel a su madre o a una hermana si la madre está muerta.

—Nunca había oído nada semejante —dijo el oráculo.

—Se hace decentemente. El hombre espera hasta que la luna grande está llena. Entonces, de noche, va a la casa de su madre. Amarra su barca. Sube a la plataforma. Ella está dentro. Las ventanas están cubiertas. La puerta está cerrada. Ella no hace ningún ruido.

»Él entrega su regalo. La piel sin curtir del umazi. Recoge los regalos que ella ha dejado para él ante la puerta. Se marcha. No se dicen nada. No se ven el uno a la otra.

»Esto debe hacerse. De lo contrario no tenemos cuero, y somos el Pueblo del Cuero.

—¡Hu! —dijo Nia.

—¿Eso hiciste? —preguntó el oráculo.

Ulzai hizo el gesto de asentimiento.

—Hasta que murió mi madre. Mis hermanas habían muerto ya. No tenía primas. Así es como empezó.

—¿Como empezó el qué? —preguntó Derek.

—Soy un buen cazador. Ningún hombre mataba más umazi que yo. Mi madre



tenía más pieles de las que podía manejar. Regalaba la mitad de las que yo le traía.

»A veces de noche yo llevaba mi barca al canal principal. Flotaba bajo las casas en la oscuridad. Oía a las mujeres cantar. Ellas alababan mi habilidad y su generosidad. Tienes que comprender, era bueno escuchar.

—No deberías haber estado allí —dijo Nia.

—Me gustan las alabanzas. Ella murió. Yo no tenía parientes cercanos en el poblado. No había nadie a quien llevarle mis pieles. Para mí eran inútiles. Toda mi habilidad como cazador era inútil.

—¡Aiya! —dijo Derek.

—Trae más leña —dijo Ulzai.

Derek obedeció. Ulzai puso dos ramas en el fuego y observó hasta que prendieron. Yo presté atención. Seguía lloviendo.

Él alzó la cabeza.

—A veces, cuando sucede una cosa como esta, el hombre, el cazador, deja de cazar. Se interna en las marismas y vive de la pesca. Se vuelve salvaje. Se olvida de hablar. He visto a hombres así en la época de apareamiento. Intentan volver a la fuerza a la zona cercana al poblado. Me he enfrentado a dos o tres. No gritan insultos como los hombres corrientes. Gruñen y rugen. Apartan los labios y muestran los dientes. Uno alzó su lanza, como si planeara usarla contra mí. Al final no lo hizo. Emitió un sonido extraño, como un gemido, y se marchó corriendo.

Ulzai añadió ramas al fuego.

—Otros hombres buscan otra mujer. Tal vez una prima lejana que no tenga hermanos. Tal vez una anciana que haya vivido más que sus parientes.

»Pero no es fácil llegar a un acuerdo. Las dos personas no pueden hablar. No pueden mirarse. La mujer no sabe quién la visita, dejando pieles de lagarto. No tiene ni idea de qué regalos darle. Una madre lo sabría. Una hermana también.

»A menudo la mujer tiene miedo. La gente del poblado chismorrea cuando una persona que no tiene parientes prepara una tina para curtir. Hacen preguntas. Tienen ideas. Nunca es bueno atraer el interés de tus vecinas.

—Eso es cierto —dijo Nia.

—Yo no estaba dispuesto a renunciar a la caza. No quería convertirme en un loco. Iba al poblado las noches oscuras. Detenía mi barca bajo las casas. Escuchaba a las mujeres hablar. Nadie me oía. Nadie me veía. Soy bueno en lo que hago.

»Me enteré de que algo les había pasado a los hermanos de Tana-jin. Habían dejado de acudir a su casa. Ella no tenía nada que curtir. Decidí visitarla.

Ulzai se levantó y alzó las enredaderas de la entrada de la cueva. El agua goteó de las hojas. Vi que seguía lloviendo.

—Me estoy cansando de contar esta historia. Sigue y sigue. Tal vez el silencio sea mejor.

—Déjalo si quieres —dijo Nia.

Yo mantuve la boca cerrada, aunque quería oír el resto de la historia. Derek

frunció el ceño.

—Terminaré —dijo Ulzai. Se sentó—. Dejé una piel. La vez siguiente que la luna estuvo llena, regresé. Ella había dejado regalos ante su puerta. Comida y una jarra de cerveza y un cuchillo. El mango era de madera negra repujada de plata. No era del tamaño adecuado para mi mano.

Hice el gesto que indicaba compasión o pesar.

—Después de eso acudí cada luna llena. Le llevé muchas pieles. Eran grandes y en buen estado. Ella regaló muchas. Pero no oí a las mujeres cantar en alabanza suya. Y no siempre me gustaban los regalos que me hacía.

»Me dio sandalias hechas de piel de lagarto. Eran demasiado pequeñas. Me dio tela para un kilt. Era verde oscuro, cubierta de bordados rojos y amarillos. A la mayoría de los hombres le hubiese gustado. Pero a mí me gustan las cosas sencillas.

—¿Por qué? —preguntó el oráculo.

—Así es como soy. —Hizo una pausa—. No hay nada bonito en mí. Nunca lo ha habido. Me hice esto cuando era niño. —Tocó el pelaje blanco de su cara—. Me caí de la plataforma de la casa de mi madre. Un lagarto me atacó. Suele haber pocos bajo las casas del poblado. Nunca son grandes. Los umazi no viven de la basura. Pero en ese momento el lagarto me pareció bastante grande. Grité cuando me mordió. Mi madre se zambulló con un cuchillo. Mató al lagarto... y yo me quedé con esto. —Se tocó la cara por segunda vez—. Y esto. —Tocó el pelaje blanco de su pierna.

—Tuvo que ser toda una experiencia —dijo Nia.

Ulzai hizo el gesto de acuerdo.

—Dame la cerveza.

Le tendí la jarra. Bebió.

—Decidí hablar con Tanajin. Pero no en el poblado. Tenía miedo de que las ancianas lo descubrieran. Las oí hablar encima de sus plataformas. Eran como madres cazando alimañas en el pelo de sus hijos.

Iban a la caza de malas ideas. Querían saber algo malo sobre Tanajin. Yo no sabía por qué.

»Esperé hasta la época de apareamiento. Me escondí en los juncos cerca de su casa. Cuando se marchó a los páramos, la seguí.

»La encontré, pero no fui el primero. Había un hombre con ella. Me enfrenté a él. Se enfureció. Luchamos. Lo derroté, aunque no fue fácil. Se escapó corriendo y yo hablé con Tanajin. Le mostré el tamaño de mis manos y pies. Le dije el tipo de ropa que me gustaba. Le dije que siempre usaba el tipo de lanza que tiene hoja aserrada.

—¿Te apareaste con ella? —preguntó Derek.

Ulzai hizo el gesto de asentimiento.

—Pero no sucedió nada. Ella no tuvo ningún hijo. Ese fue el primer error que cometí.

—¿Qué? —preguntó Derek—. ¿El apareamiento?

Ulzai frunció el ceño.

—No. Seguirla. Hablar con ella. Antes de eso, ella era nada. Una sombra en las sombras de la casa. Se convirtió en otra cosa. Una persona. Sabía qué aspecto tenía. Conocía el sonido de su voz. En ocasiones, cuando estaba en las marismas o sentado en la plataforma delante de su casa, pensaba en ella. Abría la boca. Pensaba en hablar. Entonces me mordía la lengua. —Se levantó de nuevo—. Está dejando de llover. Voy a salir. —Se abrió paso entre las enredaderas.

—Interesante —dijo Derek en inglés—. Qué difícil es mantener las barreras entre las personas.

—¿Eso crees?

—Tal vez quiero decir lo contrario. Ulzai tiene razón. Es hora de caminar.

Se marchó. Miré a Nia. Su rostro oscuro no mostraba ninguna expresión.

—El mundo está lleno de gente extraña —dijo el oráculo—. Y de historias que nunca hubiese esperado oír. Tal vez por eso el espíritu me dijo que viajara. Voy a beber más cerveza.

Decidí salir.

Ulzai tenía razón: había dejado de llover. Al oeste, más allá del río, las nubes empezaban a separarse. Miré alrededor. Derek y Ulzai no estaban a la vista. Caminé por el acantilado hasta encontrar un lugar por donde escalar. Subí tan alto que pude ver el valle.

Canales serpenteantes. Islas. Marismas. El bosque al otro lado del río. Rayos de luz abriéndose paso entre las nubes. Donde tocaban el bosque, este era verde brillante o amarillo.

El viento era fresco y olía a vegetación húmeda. Me senté y me apoyé contra una roca. Una bandada de pájaros se arremolinaba sobre el río. Doscientos o trescientos. Estaban demasiado lejos, a esa distancia eran simples puntos. Me pregunté qué estaban haciendo. ¿Preparándose para volar al sur? Había visto a los pájaros hacerlo en la Tierra. Se congregaban y revoloteaban juntos, practicando la migración. Luego, un día, en octubre o noviembre, te dabas cuenta de que se habían ido.

Bueno, demonios, no debía de ser fácil volar al sur. Comprendía que tuvieran que practicar. Los pájaros que tenía delante se marcharon. Permanecí sentada un rato más, luego bajé del acantilado.

Derek llegó desde el río. Llevaba una caña de pescar y una sarta de peces. Eran pequeños, al menos en comparación con el que había capturado el día anterior, redondos y gruesos y de vientre amarillo chillón.

—Espero que sean comestibles —dijo.

Regresamos a la cueva, y Derek alzó la sarta.

—¿Cómo están estos?

—Deliciosos —dijo Nia—. Pero no son fáciles de limpiar. Yo lo haré. Tú podrías estropearlos.

—Adelante.

Nia limpió los pescados y los asamos. Ulzai regresó. Cuando alzó las

enredaderas, entró la luz del sol. El cielo tras él estaba despejado y brillante.

—¿Vas a terminar tu historia? —preguntó Derek.

—Sí. —Dejó caer las enredaderas. Volvieron las sombras—. Pero primero comeré. ¿Los has capturado tú?

Derek hizo el gesto de asentimiento.

—Tu palo es bueno para algo.

Derek hizo el gesto de gratitud.

Ulzai comió y se tomó el resto de la cerveza. Eructó.

—No queda mucho que contar. Le llevé más pieles a Tanajin. Los regalos que ella me hizo fueron mejores que antes. Cacé para ella todo el verano. Ella regaló muchas pieles. Pero las mujeres no alabaron su generosidad. O si lo hicieron, fue a regañadientes. Las oí. Decían: “¿Qué derecho tenía a ser próspera una mujer sin parientes?”

»Llegó el invierno. Fue más cálido que de costumbre. Pocos lagartos llegaron por el río desde el norte. Los umazi tenían hambre. El hambre los volvía irritables y estaban más dispuestos a luchar. Murieron algunos hombres y otros se rindieron. Cazaron peces en vez de umazi. Yo continué. Llevaba mis pieles a la aldea cuando la luna estaba llena. Nunca fallaba.

Alzó la cabeza. Pude ver su orgullo.

—Tanajin fue generosa. Lo he dicho antes. Continuó regalando pieles. De noche, cuando la luna era oscura, yo iba al poblado a escuchar.

Nia frunció el ceño.

—Sigo diciendo que estaba mal.

—¿No has hecho nada peor, mujer del Pueblo de Hierro?

—He hecho muchas cosas que son peores. —La voz de ella sonó fría.

—Oía a las mujeres del poblado. Se sentaban ante sus casas y conversaban. No alababan a Tanajin. Decían: “¿Quién la está ayudando, a esta mujer sin hermanos? ¿Quién le trae hermosas pieles cuando las demás no recibimos nada?”

»Decían: “Ni siquiera Ulzai era capaz de matar tantos umazi. Y era el mejor de los cazadores. Tanajin recibe ayuda que no es corriente. Tal vez un espíritu roba la suerte de nuestros hijos y hermanos.”

»Yo quise gritarles: “¡Idiotas, soy yo quien está ayudando a Tanajin! ¡Ulzai el cazador! ¡No soy ningún espíritu!” Pero no podía decir nada.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

—Eso es lo que pasa cuando escuchas en secreto. Oyes cosas que no quieres oír. Tienes que morderte la lengua.

Ulzai pareció enfadado.

—No me critiques.

Durante un segundo o dos Nia permaneció inmóvil. Luego hizo el gesto de acuerdo seguido del gesto de disculpa.

Ulzai hizo el gesto de reconocimiento.

—Me marché y volví de nuevo. Oí más chismes maliciosos. Decían que era peligroso acercarse de noche a la casa de Tanajin. Un umazi gigante esperaba en el agua oscura bajo la plataforma. Un pájaro blanco se posaba en su tejado.

—Aiya —dijo el oráculo.

—Oí a un niño hablar. No era muy mayor. Lo noté por el sonido de su voz. Decía que se asomó desde la casa de su madre una noche cuando la luna estaba llena. Había un hombre en el canal, de pie en un bote, llevándolo con una pértiga hacia la casa de Tanajin. El bote estaba lleno de pieles de lagarto. El hombre alzó la mirada, dijo el niño. Sus ojos brillaban como chispas de fuego. Abrió la boca. La boca estaba vacía. El hombre no tenía lengua. Era Ulzai, dijo el niño. Era yo, y estaba muerto. Tanajin había hecho magia y me había sacado del lugar donde yacía en las frías aguas de la marisma. Ahora trabajaba para ella.

»Estaba mintiendo. Quise llamarlo mentiroso. “Soy Ulzai —quise gritar—. Estoy vivo y uso un remo, no una pértiga.”

—¡Hu! —dijo Derek.

—No sé por qué sucedió nada de esto. ¿Por qué alababan a mi madre? ¿Por qué decían cosas malas sobre Tanajin? ¿Lo sabes tú? —le preguntó a Nia.

—No.

—Me enfurecí. Decidí no matar más umazi. Me fui a las marismas lejanas y viví de la pesca. Llegaron los fríos. Cayeron las lluvias. Pillé la enfermedad de los temblores. La había tenido antes. La mayoría de los hombres la pilla después de vivir algún tiempo en las marismas. —Hizo una pausa—. Esta vez era mala. Me puse demasiado enfermo para pescar. Luego me puse demasiado enfermo para comer. Permanecí tendido en mi bote bajo mi capa de piel de umazi bien curtida. Llovía. Yo temblaba y soñaba.

»Los grandes lagartos vinieron nadando de las marismas. Formaron un círculo a mi alrededor. Hablaron. “¿Por qué has renunciado a nosotros? ¿Hay algo más espléndido que un umazi? ¡Mira nuestros afilados dientes! ¡Mira nuestras garras! Somos grandes y aterradores. ¿Encontrarás alguna vez una presa más digna?”

»Traté de responder. Los dientes me castañeaban y no pude hablar.

»“Te has vuelto cobarde, Ulzai. Usas tu lanza con peces pequeños. Temes las voces de las mujeres. Estás aquí tendido esperando morir de la enfermedad de los temblores. Nosotros somos tu muerte. No esta miserable enfermedad. Te alcanzaremos un día, pero solo si nos cazas. ¡Levántate! Rema hasta el poblado. Acude a Tanajin. Ella te ayudará. Y cuando estés bien, ven por nosotros.”

»Se marcharon nadando, y yo me levanté. Apenas podía permanecer sentado. El mundo se movía en círculo a mi alrededor y quise tumbarme, pero no pude. Los umazi me habían dicho lo que tenía que hacer.

»Remé hasta el poblado. Llegué durante el día, aunque no me di cuenta. El mundo me parecía oscuro. Llegué a la casa de Tanajin. Amarré mi bote, pero no pude subir.

»Ella bajó. Le dije que los lagartos me habían dicho que acudiera a ella. Eran mi muerte. No podía morir de nada más. Ellos me lo habían dicho.

»Tanajin me ayudó a subir la escalera. Me ayudó a entrar en la casa y me hizo una cama... allí, dentro de las paredes de su casa. Me cuidó hasta que me recuperé de la enfermedad.

»Este es el final de la historia. No pudimos quedarnos en el poblado. Las ancianas ya sabían quién había ayudado a Tanajin. ¡Ulzai el cazador! No había ninguna magia. Ningún mal espíritu. —Abrió las manos—. Solo Ulzai. Ulzai, que no había muerto. Que venía al poblado.

»Se enfurecieron por eso. Yo tendría que haber muerto en las marismas. Tanajin debería haberme dejado en el bote.

Tendió una mano hacia la jarra de cerveza.

—Está vacía —dijo Derek.

Ulzai hizo el gesto de pesar.

—Tanajin recogió sus cosas. Cargamos mi bote. Nos marchamos juntos.

—¿Por qué? —preguntó Nia.

—Tanajin necesitaba ayuda. No sabía nada de la vida fuera del poblado. Y yo estaba furioso. Ya no me importaban las opiniones de los demás. Había hecho todo lo posible por obtener las alabanzas de esas mujeres. Incluso estaba dispuesto a morir solo en las marismas hasta que los umazi hablaron conmigo.

»Decidí que a partir de entonces ayudaría a la gente que me ayudara. Y no escucharía a nadie. —Hizo una pausa—. Tanajin compuso un poema:

*Voy a dejar  
estas marismas.  
Me marchó muy lejos.*

*Nunca volveré  
a oíros,  
mujeres del poblado.  
Haciendo ruido  
como los pájaros  
en los altos juncos.*

Hizo el gesto que significaba «sea pues» o «ha terminado».

Los demás guardamos silencio.

Ulzai se levantó.

—Voy a salir otra vez. Puede que regrese esta noche. Puede que no.

Salió de la cueva.

Derek cambió de postura, alzó una rodilla y apoyó un brazo en ella. En este

momento tenía el pelo suelto. Le caía sobre los hombros y tenía un rizo entre los ojos. Se lo apartó, luego se rascó la barbilla.

—Lo primero que voy a hacer cuando volvamos es deshacerme de este pelo.

—¡Pero tienes tan poco! —dijo Nia.

Tenía una uña rota. Me la mordí.

—No comprendo la historia.

—No hay que comprender nada —dijo Derek.

—¿Por qué no aprecian las mujeres del poblado a Tanajin?

—Hay mujeres así —dijo Nia—. No encajan. Tal vez les gusta pelear o les gusta mantenerse apartadas de otras personas.

»Tuve una amiga cuando era joven. Angai. Era la hija de la hechicera y tenía una lengua afilada. Casi nadie la apreciaba. Hablaban de ella, aunque no cuando yo estaba cerca.

—¿Qué le sucedió? —pregunté—. ¿Acabó como Tanajin?

Nia hizo el gesto que significaba que no.

—Su madre murió. Se convirtió en hechicera. Ya te he hablado de ella. Estoy segura.

—No lo recuerdo. ¿Fuiste tú una persona como Tanajin?

—No. Yo era corriente. La gente no hablaba de mí. —Frunció el ceño—. Creo que no lo hacía. No hasta que descubrieron lo de Enshi. Entonces todo cambió.

Parecía incómoda. Cambié de tema. Hablamos del clima y luego del río. Ulzai no regresó. El fuego se fue reduciendo hasta convertirse en un montón de brasas. Un fino hilillo de humo todavía brotaba, enroscándose en las hojas. Me acosté, escuchando a los demás. Sus voces se volvieron más suaves y más distantes, hasta que por fin sus palabras perdieron significado.

Derek me despertó por la mañana.

—Vamos. Ulzai dice que va a ser un día largo.

Me di la vuelta y gemí. El aire parecía húmedo. Me dolían los brazos. Salí a orinar.

El valle estaba cubierto de niebla. El río era invisible. Los matorrales, incluso los que tenía delante, eran tenues e incoloros. No era un día para hacer la salutación al sol. Hice algunos estiramientos, luego volví a la cueva. Nadie se había molestado en volver a encender la hoguera. La cueva estaba oscura y cálida. Olía a cuerpos peludos. Un aroma reconfortante.

Recogimos las cosas.

—¿Cómo podemos viajar? —preguntó Nia—. He estado fuera. El aire es como el pelo del vientre de un cuernicurvo. No vamos a poder ver nada.

—Conozco el río —dijo Ulzai—. Podemos viajar medio día antes de alcanzar algo imprevisto o peligroso. Y la niebla habrá desaparecido para entonces. El aire se despejará cuando llegemos al lugar donde cae el agua.

—¿Estás seguro? —preguntó el oráculo.

—Sí. Vamos. Y tened cuidado.

Nos abrimos paso entre la niebla. Ulzai primero. La roca por la que bajamos estaba resbaladiza. Apenas se veía nada: la tenue figura de Ulzai, unos cuantos arbustos en sombras. Rocé uno. Las hojas estaban cubiertas de gotas de humedad. No muy lejos, el arroyo borboteaba.

—¡Ay! —gritó alguien.

Me volví y vi a Nia y a Derek. El oráculo había desaparecido.

—¿Qué ha pasado?

Nia hizo el gesto de incertidumbre.

—El maldito idiota se ha caído por el barranco —contestó Derek.

—Socorro —dijo el oráculo. Su voz parecía lejana, aunque tenía que estar cerca.

Derek se asomó al barranco.

—No puedo verlo. ¡Oráculo! ¡Habla otra vez!

—Socorro.

—Justo aquí abajo.

Derek soltó las bolsas que llevaba, se quitó las botas y los calcetines y bajó al barranco.

—¿Qué está pasando? —preguntó Ulzai delante de mí.

—El oráculo se ha caído al barranco.

—¡Qué hombre tan torpe!

Hice el gesto de acuerdo.

—Lo tengo —dijo Derek—. ¿Puedes tenerte en pie?

—No lo sé.

—Inténtalo.

Hubo un momento de silencio.

—¡Aiya! ¡Me duele el tobillo!

Ulzai bufó. Yo me acerqué al borde del barranco y me asomé. Había sombras allí abajo: rocas y ramas apenas visibles a través de la niebla.

—Vamos —dijo Derek—. Te ayudaré a escalar.

Las ramas se movieron. Aparecieron dos figuras: una pálida y humana, la otra oscura y sólida y alienígena. Me arrodillé y tendí una mano. El oráculo la agarró. Tiré. Derek empujó. Lo sacamos de allí.

—¿Cómo me ha podido pasar una cosa así? —preguntó el oráculo.

—No nos lo preguntes a nosotros —dijo Derek. Se arrodilló junto al oráculo, que estaba sentado, y palpó el tobillo del hombre, que gimió—. No noto nada raro y no parece que te duela mucho.

—Ya estás otra vez —dijo el oráculo—. Estás midiendo el dolor que siente otra persona. ¿Cómo puedes hacerlo? ¿Qué clase de magia tienes?

—No gritas cuando hago esto —dijo Derek. Apretó.

El oráculo jadeó.

—Gritaré, si eso es lo que quieres. Déjame respirar profundamente primero.



—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Ulzai—. Si el tobillo está roto, el hombre lo descubrirá. El dolor empeorará y el tobillo se volverá más grande. Si está bien, lo averiguará también. ¡Vamos!

Derek ayudó al oráculo a levantarse. El hombrecillo gimió, pero pudo apoyarse en el pie herido. Cojeó pendiente abajo, ayudado por Derek. Nia y yo llevamos las bolsas.

La niebla se alzaba un poco. Vi la ribera del río. El agua gris lamía suavemente una playa de arena gris. El centro del río era de una blancura impenetrable.

Empujamos el bote al agua. El oráculo subió, se sentó y gimió. Los demás lo seguimos: Derek en la proa y Nia tras él. Yo acabé entre el oráculo y Ulzai. No era un sitio especialmente cómodo. Era muy consciente de que tenía a Ulzai detrás: enorme y peludo y formidable. Algo afilado y duro me oprimía el muslo. Me cambié de postura y miré. Era la hoja de una lanza de hierro, larga y aserrada. Yacía en el fondo del bote, junto con otra lanza y la caña de pescar de Derek. Había estado cerca de sentarme en la punta.

El bote se apartó de la orilla.

Me eché hacia atrás, tratando de apartarme de la hoja de la lanza.

—No hagas eso —dijo Ulzai—. Necesito espacio para remar.

Me eché hacia delante.

—Bien.

Viajamos a través de la niebla toda la mañana. El aire estaba quieto y no había otro sonido que el golpeteo de los remos. El silencio nos afectaba. Apenas hablábamos y nos movíamos con cuidado, tratando de hacer el menor ruido posible. El oráculo era la excepción. Gemía de vez en cuando y cambiaba de postura. Me parecía que favorecía su brazo herido.

—Estamos llegando al lugar donde el río cae —dijo Ulzai—. La niebla ha durado más de lo que esperaba. Intento decidir si quiero continuar o no. El bote va sobrecargado. Podría haber problemas y no quiero encontrármelos de repente.

El oráculo se movió de nuevo, tratando de encontrar una postura cómoda. Apoyaba su brazo herido en la borda de la barca. Lo alzó. Vi la sangre gotear en el agua.

Me incliné hacia delante y le agarré el brazo. Él se retorció. El bote se agitó.

—Quieto —dije.

El vendaje se había abierto. El borde de la venda estaba rojo de sangre. La sangre empapaba el pelaje. Un oscuro reguero de sangre corría por dentro de la canoa. Me asomé. El bote volvió a agitarse.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ulzai.

Una segunda pista de sangre corría por fuera de la canoa, en el agua.

—Sangre —dije—. ¿No dijiste que era peligroso dejar sangre en el agua?

—Sí.

—El oráculo está sangrando.

—Ven aquí —dijo Ulzai—. Toma mi remo.

Obedecí. Ulzai se levantó y pasó por encima de mí. Me acurruqué en la popa. Ulzai recogió una lanza. Se enderezó, mirando alrededor.

—Todavía nada. Pero tú, hombre santo, mantén el brazo dentro del bote. No quiero más sangre en el agua.

El oráculo se apretó la mano contra el pecho. Tenía los hombros encogidos. Me dio la impresión de que estaba asustado. Bueno, yo también.

Ulzai volvió a hablar.

—No les gusta esta parte del río. El agua se mueve demasiado rápido. No vienen aquí excepto en la época de la migración, y no ha empezado todavía.

—Bien —dijo Derek.

—Si hay alguno por aquí, si unos pocos han decidido ir al sur pronto, adelantándose a los demás... probablemente están cerca de la orilla. O detrás de nosotros. Río arriba. Continuaremos. Presta atención a la corriente. Es fuerte y se hará más fuerte. Síguela. Hay rocas al oeste. Cuidado con ellas, y mira al este de vez en cuando. Si ves algo oscuro en el agua, grita. Será un lagarto.

—De acuerdo —dije.

Ulzai tenía razón. La corriente era fuerte. Sentí el agua resistirse cada vez que hundía mi remo. El bote aceleró. Ulzai iba de pie delante de mí, sin ningún problema para mantener el equilibrio. Tenía el brazo alzado, la lanza preparada. Miraba alrededor, prestando especial atención al agua detrás de nosotros. Esa debía de ser la zona de verdadero peligro.

—Rocas —dijo Nia—. Delante.

—Ve al este —instruyó Ulzai—. Estás demasiado lejos.

Cambié el remo y lo hundí en el agua, tratando de hacer virar el bote. Lo que necesitaba de verdad era el tipo de barca que había utilizado en la Tierra. ¡Ah, el aluminio!

La barca empezó a girar. Me sentí aliviada.

Ulzai resopló. Alcé la cabeza. Él miraba más allá. Lo imité. Había algo en el agua. Una cabeza oscura. Enorme. Debía de tener el doble de tamaño que el animal del estanque.

—Umazi —dijo el oráculo.

—No mires atrás —dijo Ulzai—. Sigue remando. Y esperad problemas por delante. Yo me encargaré de esto.

Remé. Al cabo de un momento, Ulzai dijo:

—No es un umazi. La forma de la cabeza es distinta. Y no es lo bastante grande.

—¡Aiya! —exclamó el oráculo.

La corriente se hizo más fuerte. Había espuma en el agua, ante nosotros. Al oeste una forma oscura surgió de la niebla. Una roca, no una isla. Habíamos llegado a los rápidos y todavía estábamos demasiado lejos.

—El lagarto se detendrá ahora —dijo Ulzai—. Odian el agua rápida.

Yo también, lo cual hacía que tuviera algo en común con el lagarto. No lo suficiente como para entablar amistad con él.

—Tiene hambre. O está loco —dijo Ulzai—. Tendría que haberse parado.

—¿No lo ha hecho? —pregunté.

—Se está acercando.

—Mierda —dije en inglés.

Ulzai arrojó la lanza.

Algo rugió y me volví a mirar. El animal estaba detrás de nosotros. ¡Dios mío, casi nos había alcanzado! El enorme cuerpo se retorció. Vi un vientre pálido y una espalda oscura y espinosa. La lanza de Ulzai sobresalía de la espalda como una espina más, larga y estrecha. El animal abrió la boca. Dientes y más dientes. Volvió a rugir.

Seguramente dejé de remar, aunque no era consciente de haberlo hecho. El bote se agitó, giró, lo capturó un remolino y avanzó de lado en la corriente.

—¡Tonta! —gritó Ulzai—. Te he dicho...

El bote volcó. Caí en las aguas frías y veloces. Un momento después el río caía.

Me debatí. La boca se me llenó de agua. El río me tragó. No luché. Hacerlo me hubiese matado. La regla era seguir la corriente. Al final, saldría a la superficie. Esa regla valía para nadar en el océano.

¡Dios, era difícil no debatirse! Me dolían los pulmones y algo le estaba pasando a mi cerebro. Una sensación de presión. Un oscurecimiento.

El río volvió a caer. Giré. ¡Aiya! ¡Maldición!

La corriente perdió fuerza. Pude nadar. Arriba. Arriba. Atravesé la superficie, escupí e inhalé.

¡Ah!

Flotaba. El río me llevaba. Respiré. Me dolían los brazos y el hombro y los pulmones.

Pero estaba viva. Alcé la cabeza y vi niebla. El agua a mi alrededor era gris. Ondeaba levemente. Delante de mí se alzaban árboles: sombras, apenas visibles. Una isla. Estaba demasiado agotada para seguir nadando. Dejé que la corriente me llevara hacia los árboles.

Había madera flotando río arriba. Una gran maraña. Ramas y raíces se extendían hacia el agua. Iba a pasar junto a ella. Di unas cuantas brazadas: cuatro o cinco, no podría haber dado más, me agarré a una raíz y aguanté. La corriente tiró de mí. Respiré. Dentro. Fuera. So. Hum. Gradualmente los latidos de mi corazón se calmaron. Ya no me dolían tanto los pulmones.

El dolor de mis brazos empeoraba. Iba a soltarme. Cerré los ojos y recé a Guangin, diosa de la piedad, bodhisattva compasivo. «Sácame de esta con vida».

Ella, de pie en su flor de loto, sonrió e hizo un gesto tranquilizador.

Me aupé mano sobre mano a la maraña de madera y me quedé allí. Las ramas me mantenían a medias fuera del agua. ¡Aiya! Me relajé. Solté los brazos y mis manos

cayeron al río. Descansé durante tal vez una hora.

La niebla se dispersó. Delante de mí el río brillaba azul, marrón y verde. Un pájaro, uno grande, surcaba el agua. Se hundía y salía a la superficie, luego se hundía y volvía a salir. No pude ver si había capturado algo.

Por fin salí completamente del agua. Empecé a escalar por la maraña de raíces y ramas hacia la orilla de la isla.

## LIXIA

Cuando llegué a la orilla estaba otra vez agotada. Me senté en una playa de pálida arena gris. Delante de mí tenía la madera flotante: una pared blanca y gris que ocultaba el río. Miré atrás: árboles y matorrales.

Al cabo de un rato, pensé: «¿Y los demás?»

Había visto a Derek haciendo largos en la gran piscina de la nave. Era bueno en el agua, casi tan bueno como yo, que había crecido junto al océano. Podía no saber tanto como yo sobre aguas turbulentas, pero había sobrevivido a un montón de situaciones realmente desagradables.

En cuanto a los nativos... no tenía ni idea de si alguno de ellos sabía nadar. El río podría haberlos vencido. Una idea terrible. Me estremecí, aunque el sol calentaba y tenía la ropa casi seca.

Decidí hacer inventario. ¿Qué tenía? Una camisa vaquera. Pantalones. Ropa interior. Mis botas habían desaparecido. Me quedaba un calcetín. Busqué en los bolsillos y encontré un encendedor que no funcionaba. Tal vez el agua se lo había cargado. Lo probaría más tarde. Una navaja plegable. Una piedra redonda y gris con un fósil. Un poco de hilacha.

Eso era todo, a excepción del grabador AV colgado del cuello. Lo toqué. Estaba caliente. Había un transmisor pequeñito ahí dentro que emitía una señal de rastreo. No llegaba lejos, pero en la nave sabían aproximadamente dónde me encontraba. Si decidían buscarme, me encontrarían. Todo lo que tenía que hacer era permanecer con vida y esperar que vinieran en mi busca.

Para encontrarme rápido, tendrían que utilizar máquinas: lanchas o aviones. Traté de imaginar a Eddie accediendo a una búsqueda como esa. Era poco probable. Pero él no era la única persona a bordo de la nave.

Me quité el calcetín que me quedaba, lo doblé y me lo guardé en un bolsillo, luego me puse en pie y me quité la arena de la ropa. Hora de ir a explorar.

Recorrí el perímetro de la isla, manteniéndome lo más cerca posible de la orilla. No encontré ningún sendero: buena señal. Eso significaba que no había ningún animal grande en la isla. También significaba que tendría que abrirme paso a través de la vegetación. Subí troncos y pasé por debajo de ramas de árboles. Había enredaderas por todas partes formando lianas casi tropicales. Los insectos zumbaban a mi alrededor. No picaban.

Un par de veces me topé con follaje demasiado denso para atravesarlo. Llegué al río, chapoteando en aguas poco profundas. Diminutos peces corrían ante mí.

Cuando había recorrido media isla, me corté en el pie. No estaba segura de con qué: una piedra afilada o la concha de un animal del río. El corte no era profundo, pero sangraba. Me mantuve apartada del agua a partir de entonces.

Cuando regresé al punto de partida había caído la tarde. Las sombras se extendían sobre la playa, alcanzando la maraña de madera a la deriva.

Me senté. ¿Qué había aprendido?

La isla estaba bajo los rápidos. Había podido verlos mientras atravesaba los matorrales de la parte norte.

Al oeste había otras islas. El agua estaba tranquila allí y la orilla del río lejana. Ni siquiera estaba segura de haberla visto. Aquella línea difusa podía ser una marisma o aún más islas cuyos bordes se confundían con la bruma veraniega.

Al este se encontraba el brazo principal del río. El agua parecía profunda. La corriente era veloz. Se estrellaba contra la isla formando un banco empinado, casi vertical, sobre el que crecían árboles. Sus raíces se extendían en el aire, buscando arena que había desaparecido, y muchos se inclinaban sobre el agua. Unos cuantos habían caído. El río pasaba de largo, tirando de sus hojas amarillas.

El canal no era especialmente ancho. Podría nadar hasta la tierra firme. Pero no ese día. Estaba cansada y el corte del pie no había dejado de sangrarme. No quería encontrarme con otro lagarto. Una buena noche de sueño y podría cruzar el río. Tal vez encontrara gente. Nía. Derek. El oráculo. Ulzai.

«Oh, bodhisattva compasiva, salva a esa gente».

Me acerqué a la orilla del río, recogí agua, y bebí. Tenía un sabor extraño, pero no era probable que me matara, y ya había tragado bastante. Bebí un poco más, luego me acerqué al bosque y me senté, apoyándome en un árbol.

Los insectos me despertaron. Zumbaban en mis oídos y reptaban por mi cara. Un par me picó. Los espanté. No sirvió de nada. Volvieron y me picaron otra vez. Me levanté y caminé por la playa. El cielo estaba cubierto de estrellas. Distinguí claramente la Vía Láctea: un amplio y brillante lazo de luz. Un meteoro cayó al este. ¡Qué noche tan hermosa!

Excepto por los insectos. Me siguieron. Eran mucho peor que antes. ¿Por qué? ¿Había encontrado por fin una especie a la que le gustaba el olor de los humanos? ¿O había empezado a oler como los nativos? Llevaba más de sesenta días comiendo su comida.

Llegué a la orilla del río y me asomé. Podía zambullirme. Los insectos no me picarían bajo el agua. Pero allí había lagartos.

Me di la vuelta y regresé por donde había venido. Tenía que haber algo que pudiese hacer. Cubrirme con algo. Descubrir un modo de encender una hoguera.

Recordé una frase de un profesor de la universidad: «Recordadlo siempre, en una sociedad con tecnología preindustrial, todo es más lento de lo que creéis. Todo implica más trabajo. Y casi siempre hay muchos más insectos».

Otro meteoro cayó: uno grande, al sur. Tenía la cabeza blanca y una cola larga y rojiza. Empecé a notar una sensación extraña en la boca del estómago. ¿O era en la entrepierna? Una molestia. No. Más que eso, un dolor.

¡Calambres menstruales! No podía creerlo. Llevaba en el brazo una cápsula que se suponía que liberaba hormonas a un ritmo constante ciento ochenta días. Estaba a salvo durante medio año. Nada de dolores. Nada de calambres. Nada de sangre.

Bueno, tal vez manchar un poco. Nos habían advertido de eso. El nivel hormonal era lo más bajo posible.

¿Qué había fallado? ¿Estaba mal la cápsula? Tal vez fuese debido al estrés. Habían pasado muchas cosas en los últimos días. La tensión podía hacer estragos en el sistema endocrino.

Seguí caminando. El dolor empeoró y los insectos continuaron siguiéndome y picándome.

Sabía lo que tenía que hacer. Con una manta y una taza de té con whisky meterme en la cama de mi cabaña. Arrebujarme en la manta y tomarme el té. Escuchar música. Irme a dormir. Desgraciadamente...

Al amanecer empezó la riada. Los calambres cesaron. Los insectos se volvieron menos activos. Me senté. Salió el sol y los últimos insectos se marcharon. Me tumbé de espaldas y me cubrí la cara con una mano.

Soñé. En mi sueño había una torre que se parecía a la de Inahooli en el patio delantero, en Hawai, rodeada de Plumería en flor.

Yo estaba sentada cerca de la torre a la sombra de un árbol, hablando con alguien, discutiendo. Al principio no tenía ni idea de quién era esa persona. Luego advertí que era muy pequeña y que me llegaba hasta las rodillas. Fue cambiando mientras hablaba, encogiéndose, luego aumentando, después encogiéndose de nuevo. Su forma cambiaba también, además de su tamaño. En ocasiones parecía un ser humano diminuto. En otros momentos era una personita peluda. Lo más extraño de todo era que a veces parecía un insecto, alzado sobre seis patas, que agitara ante mí un par de antebrazos. Siempre era marrón y brillante, del color de una cucaracha. No distinguí su sexo.

Tenía una vocecita aguda y chillona.

—Soy el Pequeño Espíritu Insecto. Acudo a la gente cuando empieza a tomarse a sí misma demasiado en serio. Creen que son grandes. Yo los reduzco de tamaño.

Esto me enfureció. Traté de hablar, pero no pude enfocar las ideas.

—Soy la piedra bajo tu pie —continuó la persona—. Soy el insecto que te pica en el culo. Soy el pedo que viene cuando te presentan al importante catedrático de visita. Soy dolores menstruales y diarrea.

Yo me fui enfureciendo más.

—Mis herramientas son trucos y mentiras, malentendidos y accidentes. Todo lo que es estúpido e indigno sucede por mi causa. ¡Eh! ¡Soy importante!

Traté de agarrar a la persona. Se escabulló y me quedé sola, sintiéndome feliz.

—Eso no sirve de nada —dijo una voz.

Alcé la cabeza. La persona estaba sobre mí, sentada en una rama, rodeada de blancas flores de Plumería. Agitaba sus antenas. Su cuerpo oscuro brillaba.

—El oráculo pensará que esto ha sucedido por culpa de los espíritus de la cueva. Ulzai pensará que ha sido por los umazi. Nia se sentirá culpable y furiosa, como si ella fuera la responsable. Y tú pensarás que el bote volcó por ningún motivo.

»Lo hice yo. ¡Eh! ¡Soy importante, aunque soy pequeño!

La persona extendió las alas y se marchó, haciendo un sonido chirriante. Pasó ante la torre y desapareció en el cielo verdiazul.

Me desperté. Era media mañana y me encontraba bajo un cielo sin nubes del color del cielo de mi sueño. Me sentí confundida durante un momento. ¿Dónde estaba? En Hawai no. Ni en Minnesota. Me senté y recordé. Estaba a dieciocho años-luz de casa. Me picaba la piel. Me miré los brazos. Los tenía llenos de ronchas.

—No te dejes llevar por el pánico —dije después de un momento en que el pánico me venció—. Son picaduras de insectos, y los mosquitos de Minnesota te las han hecho mucho peores.

Mi voz sonaba tranquila. Eso fue un consuelo. Me levanté. La ropa se me quedó pegada. Sudor, principalmente. Había una mancha oscura en la entrepierna de mis vaqueros. Sudor y sangre.

Lo primero que había que hacer era darse un baño, y luego lavar la ropa y practicar yoga.

Caminé hacia la playa hasta dejar atrás la muralla de madera a la deriva. Entonces cavé un agujero en la arena, cerca del agua. Fue un trabajo lento. No tenía otras herramientas que las manos y un pedazo de madera.

Cuando el agujero fue lo bastante grande, abrí un canal hasta el río. El agua entró. Me desnudé y me arrodillé en el charquito arenoso y me lavé, usando mi único calcetín como manopla.

Después, puse la ropa en remojo y practiqué yoga, terminando con la meditación y contemplando el río con ojos entrecerrados. La luz se reflejaba en el agua marrón verdosa. «Oh, tú, joya del loto».

Escurrí la ropa y la extendí en la arena para que se secase, me senté y examiné mis herramientas. Esta vez el encendedor brilló. Lo probé en mi trozo de madera, que ardió. Eso resolvía dos problemas. Los insectos y cómo hacer señales a otra gente.

Puse a un lado el encendedor y examiné la navaja. La hoja, de acero inoxidable, medía diez centímetros de largo. Afilada. Podría usarla para cortar comida.

No tenía ninguna intención de intentar cruzar el río hasta que dejara de menstruar, lo cual significaba que estaría atrapada en la isla al menos cuatro días. ¿Qué iba a comer?

Podía ayunar, por supuesto. Lo había hecho antes. Pero podía acabar demasiado débil para nadar y buscar comida era una ocupación. Una vez leí un libro de Leona Field, una de las líderes de la Segunda Revolución Americana. Líder era un término equivocado. Leona era anarquista; no creía en los líderes. Había pasado gran parte de su vida esperando, entrando y saliendo de la cárcel. Su consejo era: planea el siguiente paso, sé paciente, mantente ocupada. Decidí seguirlo.

¿Qué había disponible? Peces en el río. Los árboles estaban llenos de pájaros y había visto un animal pequeño del tamaño de una ardilla. Era peludo y arborícola, con una cola larga que parecía prensil. El animal abundaba en la isla.



No tenía modo de capturar pájaros o los animales peludos. Podría hacer una trampa para peces. Había observado a Nia.

Había plantas. Me preocupaban un poco. Los organismos que no podían correr a menudo confiaban en el veneno para protegerse.

Podría recolectar algunos especímenes y probarlos comiendo pequeñas cantidades.

Había insectos. Las larvas eran una fuente de proteínas. No me parecía que fueran venenosas.

¿Y otros animales aparte de los peces? ¿Algo parecido a almejas o marisco? No sabía muchas cosas de aquel planeta.

Era hora de explorar un poco más. Usé el calcetín húmedo para lavarme las piernas, pensando, mientras lo hacía, que iba a tener que buscar algo que usar como compresa. Aquello era terriblemente poco higiénico y tal vez peligroso. No me gustaba la idea de dejar un reguero de sangre. Lavé el calcetín y lo puse a secar, me puse las bragas y la camisa, y me encaminé hacia el bosque.

Durante las dos horas siguientes alcé ramas caídas y di la vuelta a un montón de piedras, recogí hojas y arranqué raíces. Hacía calor entre los árboles. Al cabo de un rato me quité la camisa y la convertí en bolsa. El sudor me corría por la espalda y entre los pechos. Los insectos zumbaban a mi alrededor. Solo unos pocos me picaron. No sabía por qué. Tal vez había solo una especie que pensaba que yo era comestible, y esa especie salía de noche. Tal vez... Al infierno. No iba a formular teorías.

Encontré un matorral cubierto de bayas púrpura redondas. Los pájaros salieron volando en cuanto me acerqué. El suelo estaba cubierto de excrementos blancos y púrpura. Eso parecía indicar que las bayas eran comestibles.

Una rama muerta resultó ser el hogar de muchas larvas amarillas. Las añadí a mi bolsa. Se retorcieron entre las bayas.

Otra rama muerta no tenía vida animal, pero la corteza interior era blanda y se desprendía fácilmente en láminas. Seguramente podría convertirla en compresa absorbente. La rama fue a parar con las larvas y las bayas.

Me pasé media hora observando a los animales arborícolas. Silbaban y parloteaban y me tiraban cosas. Ramas, principalmente. Me quedé donde estaba, observándolos, esperando que me arrojaran algo útil. Uno lo hizo por fin. Una fruta a medio comer. La recogí.

En algún lugar de la isla había un árbol que daba una fruta ovalada, azul índigo y comestible. Guardé la fruta en mi bolsa, añadí unas cuantas muestras de vida vegetal y regresé a la orilla.

Mi ropa estaba casi seca. Volví a lavarme y lavé la ropa interior. Luego fabriqué una compresa de corteza. El resultado no fue demasiado elegante y no tenía forma de sujetarla a mis bragas. Una de las mayores de mi familia me lo había dicho una y otra vez: «Nunca vayas a ninguna parte sin al menos dos imperdibles».

Allí estaba yo, a años-luz de casa, en un planeta de otro sistema solar,

demostrando que Perdita tenía razón.

Me puse los vaqueros y metí la compresa dentro. Con suerte, se mantendría en su sitio.

Saqué la fruta índigo (las larvas estaban todavía vivas) y corté la parte mordida por el animal arborícola. Comí el resto. Estaba esponjosa y dulce. No sabía mal, aunque prefería la fruta un poco menos madura.

¿Y ahora qué? Me estaba entrando hambre, pero no lo suficiente para comerme las larvas. Debía encontrarles un uso. Hubiese sido un desperdicio dejarlas morir. Si no iban a servir de cena, entonces tendrían que servir de cebo.

Miré al cielo. Todavía había mucha luz. Tendría tiempo de hacer una trampa para peces. Había visto una planta en el centro de la isla que tal vez me sirviera.

Dejé mi bolsa llena de gusanos a la sombra y volví al bosque.

Había una ligera depresión en el centro de la isla. El terreno era pantanoso y la principal forma de vegetación era algo que parecía un junco. Cada planta constaba de un único tallo púrpura de poco más de dos metros de altura. En el extremo de cada tallo había una cresta de fibras magenta... Tan fina y liviana era como una telaraña.

Corté una docena de tallos. Mientras lo hacía, las plantas se estremecieron y las fibras magenta se soltaron.

A medio terminar, advertí que todas las plantas estaban perdiendo sus fibras, incluso las que no había tocado y aquellas a las que no me había acercado. Algunas fibras revolotearon hasta caer al suelo. La mayoría se perdió flotando, girando y retorciéndose con corrientes de aire que yo no podía sentir. Unas cuantas aterrizaron sobre mí. Eran como hilo. Me las quité de encima y terminé de cortar. Cuando acabé, el bosquecillo entero estaba pelado.

No había forma de saber lo que había captado mi grabadora, colgada y oscilando en el extremo de la cadena. Describí en voz alta lo que había pasado.

—Mi suposición es que las fibras son flores o tal vez esporas que viajan por el aire. Las plantas las liberan cuando están heridas. De algún modo, las plantas están conectadas. Herir a una es herirlas a todas. Si me equivoco y las fibras son un medio de protección, tal vez este mensaje sirva de advertencia.

Me llevé los tallos a la playa.

Ahora cuerda. Decidí emplear el calcetín. Estaba hecho de un hilo bastante fuerte, una combinación de algodón y fibra sintética, no tan absorbente como el algodón pero mucho más duradera. El calcetín no tenía agujeros a pesar de todos los viajes que había hecho.

Hice mi trampa, deteniéndome de vez en cuando para cerrar los ojos y visualizar a Nia trabajando, doblando y sujetando ramas. Ella tenía dedos mañosos con el dorso cubierto de pelo marrón. Palmas peladas y oscuras. Antebrazos musculosos. Su voz, grave y lenta, explicaba lo que estaba haciendo.

¡Cómo echaba de menos a esa gente!

Añadí una piedra como contrapeso, tal como ella me había dicho, y luego los

gusanos. Se movían menos ya. Me metí en el río. En esa zona, delante de mi playa, era poco profundo. Había una calita protegida por una maraña de madera a la deriva. Donde la madera se detenía, el fondo del río se hundía. El agua pasaba de ser transparente a convertirse en un oscuro marrón verdoso y opaco. Un escalón. Coloqué allí mi trampa, junto al escalón, y cerca de la maraña de madera.

Regresé, examinando el agua. Había un rastro en la arena. Lo seguí. Donde terminaba, cavé. ¡Aiya! ¡Algo duro! Lo saqué. Un cono gris lleno de tentáculos rosados. Los tentáculos se agitaban frenéticos.

Arrojé a la criatura a la playa y continué cazando. Encontré media docena de animales. Pulpo ermitaño, lo llamé. Las conchas variaban de tamaño, entre los cinco y los diez centímetros. Los animales me parecían comestibles. Más que los gusanos y las diversas plantas que había recogido.

El sol estaba ya bajo en el cielo. Mi playa estaba en sombras. Recogí leña para la hoguera. Salieron las estrellas. Envolví en hojas un pulpo ermitaño y lo asé en las brasas. Chisporroteó pero no chilló, cosa que agradecí. Estaba dispuesta a matar animales y comerlos. Aceptaba esa suma a mi carga kármica. Pero no me gustaba que mis víctimas fueran ruidosas.

Retiré del fuego el puñado de hojas y las deslié. La concha estaba todavía gris. Los tentáculos se habían vuelto de un hermoso rojo cereza. Abrí la navaja y saqué el animal de la concha. El cuerpo tenía forma de cono y estaba moteado de rojo y naranja. Olisqueé. No olía a nada en particular. Lo abrí. No había nada repulsivo dentro. Ninguna tripa llena de caca negra. Ninguna bolsa de tinta o veneno. Ningún hueso ni espina.

—Allá vamos.

Me lo comí. Estaba gomoso y sabía picante. Me gustó.

Pensé en cocinar otro animal, pero decidí esperar a ver si el primero me mataba.

Una dura decisión. Mi estómago rugió. Podía comer algunas bayas. No. Una cosa cada vez. Si enfermaba, quería saber qué evitar en el futuro.

De la oscuridad surgieron insectos. Puse más leña en el fuego y me cambié de posición para estar dentro del humo. Los insectos me dejaron en paz.

Después de una hora o así miré el resto de los animales. Sus tentáculos se agitaban débilmente. Se estaban muriendo. Si eran como el marisco de la Tierra, sufrirían mucho. Y yo tenía mucha hambre. Decidí correr el riesgo. Los envolví y los puse en las brasas. Chisporrotearon.

¿Cómo podía pedirle al bodhisattva compasión cuando no sentía nada por aquellos pequeños seres excepto una culpa inefectiva? ¿Y qué demonios me pasaba? ¿Estaba revertiendo? Era una persona moderna, una nativa de Hawai. No sabía nada de las creencias religiosas de los antiguos chinos, excepto lo que había leído en los libros o había oído cuando hice un estudio sobre la comunidad china de Melbourne. Entonces ¿por qué le rezaba al bodhisattva? ¿Y por qué me preocupaba lo que les sucediera a aquellos bichos? Añadí más leña al fuego.

Comí el resto del pulpo ermitaño, luego le dije a la grabadora lo que había hecho y me fui a dormir. Me desperté por la mañana, sintiéndome perfectamente bien.

Otro día espectacular. Hice una visita a un leño del bosque y, mientras lo hacía, añoré los cuartos de baño de la nave. Me lavé al borde del río. Comí bayas. Recogí madera y me hice una nueva compresa. Me puse la maldita cosa y enterré la anterior. Luego fui a ver mi trampa para peces. La saqué.

Tenía algo dentro. No era un pez.

Estaba sentado en el centro de la trampa, con las patas dobladas. Las conté: diez. Cada pata, larga y estrecha, se doblaba tres veces. El cuerpo era redondo y duro, con rayas y puntos marrones. Tenía una cabeza en un extremo, con mandíbulas y ojos. Las mandíbulas chasqueaban. Los ojos me miraban. Conté. El animal tenía seis, cuatro grandes y dos pequeños, todos facetados. Lo que tenía delante era una araña grande de caparazón duro. Una araña con demasiadas patas.

Click. Click.

Yo quería un pecesito sabroso.

—De acuerdo —dije—. ¿Eres comestible? ¿Cómo te cocino? Click.

Podía estar delicioso, tan bueno como el pulpo ermitaño. Las patas dobladas se movían levemente. Los ojos me miraban. Yo estaba, por supuesto, leyendo una expresión en los ojos, que parecían perlas negras y que, en realidad, no expresaban nada. Las mandíbulas chasqueaban. Abrí la trampa y la sacudí.

El animal cayó al agua y desapareció. Llevé la trampa de vuelta a la orilla y la dejé. Luego regresé a la calita. Di un paseo buscando rastros en la arena y encontré tres pulpos ermitaños. El desayuno.

Después fui a explorar el bosque. Encontré más larvas y una planta que parecía familiar. Tenía hojas azules rizadas y una raíz gruesa. Estaba segura de que Nia había recogido plantas como esa. La raíz se cocía, que yo recordara. Era pastosa e insípida, pero llenaba. Arranqué nueve o diez.

Los animales arborícolas hacían ruido encima de mí. Arrojaron más ramas. Esperé otra pieza de fruta. No hubo suerte. Acabé por renunciar y regresé a la orilla, volví a poner cebo en mi trampa y recogí madera. Empezaba a estar un poco aburrida. Iba a quedarme en esa isla otros tres o cuatro días. No iba a morirme de hambre y necesitaba un refugio. ¿Qué iba a hacer?

Me rasqué, ausente. Podía buscar un repelente de insectos natural. Podía practicar mi caligrafía en la arena. Podía dormir mucho. Podía negociar con los espíritus: Guan Yin y la Madre de las Madres o el extraño espíritu pequeñito que había aparecido en mi sueño.

¿Para pedirles qué? Que me salvaran a mí y salvaran a mis amigos.

Podía pensar en lo que iba a hacer cuando cruzara el río. Había bosques. Tanajin había mencionado un animal llamado el asesino-del-bosque. No me apetecía encontrármelos. ¿Y los lagartos? Eran migratorios. No les gustaban las aguas rápidas. Tal vez pasaban a tierra cuando llegaban a los rápidos. Los imaginé, enormes y

oscuros y peligrosos, moviéndose a través de las sombras del bosque.

¿A qué velocidad se movían en tierra? ¿Los superaría yo?

Podía encender una hoguera para hacer señales. Si mis amigos estaban vivos, la verían.

Decidí encender la hoguera, pero ya no ese día. El sol se estaba poniendo. Cuando hubiera recogido suficiente madera, sería de noche. Ese sería el proyecto de la mañana siguiente.

Comprobé de nuevo la trampa. Estaba vacía. Busqué pulpos ermitaños. No encontré ninguno. La cena tendría que ser de raíces. Las lavé en el río y las asé en mi fuego.

El sol se puso. Me comí las raíces. No sabían a nada. Las describí (y a la criatura que había encontrado en mi trampa) para mi grabador. Luego me fui a dormir.

Me desperté con indigestión. El fuego era un montón de brasas. Las estrellas llenaban el cielo. Y tenía un verdadero ataque de gases.

¡Aquellas malditas raíces! Seguramente me había confundido y no eran las mismas que había encontrado Nia. Avivé la hoguera y me senté junto a ella, esperando que el dolor cediera o empeorara.

Si salía con vida, iba a ponerle nombre a ese lugar. Si era necesario me plantaría ante los miembros del equipo de cartografía mientras obtenían información. Lo más probable era que la llamara la Isla de los Pequeños Insectos, aunque también me gustaba la Isla de los Pequeños Agravios. Sonaba bien. Imaginé a la gente del futuro buscando el nombre y diciendo: «Aquí tiene que haber una historia. ¿Cuáles fueron los agravios? ¿Y quién fue la persona agraviada?»

El dolor cesó por fin. Volví a dormirme.

La siguiente mañana fue soleada con un poco de bruma, fresca de momento. Saqué mi trampa.

¡Ah! Tenía un pez. Era grande y naranja con una aleta dorsal azul oscuro y tentáculos largos, estrechos y celestes alrededor de su boca. Se movían despacio, palpando el aire o tal vez saboreándolo.

—Eres feo —dije.

El pez abrió la boca y croó.

—Lo mismo dices de mí, ¿eh?

El pez volvió a croar.

No estaba especialmente hambrienta, no después de una noche de indigestión. El pez esperaba. Volví a meter la trampa en el agua y regresé a la orilla.

Me pasé la mañana recogiendo leña. A mediodía estaba empapada en sudor y un poco temblorosa por el calor. El cielo estaba lleno de nubes altas, apenas visibles a través de la bruma. Los árboles de mi playa permanecían inmóviles. Iba a haber tormenta, pero no pronto. Encendí la señal de fuego.

Prendió lentamente. Añadí hojas secas y pedazos de corteza. Las llamas lamieron las ramas blancas y retorcidas. Surgió humo. El calor era intenso. Me eché atrás y

miré alrededor. El cielo estaba despejado a excepción de las nubes y la bruma.

Nadie más hacía señales.

«Sé paciente», me dije. Añadí más madera.

Mantuve el fuego encendido casi toda la tarde. Llegaron más nubes. Empezó a soplar viento. Mi columna de humo iba hacia los lados en vez de hacia arriba. Fui, saqué mi pez, lo maté, y lo cocí en las brasas al borde del fuego.

Había olas en el río ahora. Al oeste sonaban truenos. Me comí el pescado. Sabía a barro. Tendría que haberlo mantenido con vida durante tres días en agua limpia o bien ahumarlo. Era lo que se hacía con las carpas. Me lamí los dedos. Cayeron las primeras gotas de lluvia, siseando en mi fuego. Me dirigí al refugio de los árboles.

Los relámpagos restallaban. Los truenos retumbaban. La lluvia caía en cortinas que barrían el río, hinchándose con el viento. Me acurrugué bajo un arbusto. El agua goteaba entre el follaje, formando charcos en el suelo.

Por fin la tormenta se desplazó al este. Dejó de llover. Salí de debajo de mi arbusto, me quité la ropa, la exprimí y fui a mirar mi hoguera. Estaba empapada. No había forma de volver a encenderla. Al día siguiente, tal vez.

Pero al día siguiente todo seguía húmedo y me lo pasé buscando comida. Los pulpos ermitaños habían desaparecido. Encontré nuevas larvas y el árbol de la fruta índigo. El árbol tenía el tronco recto y la fruta estaba alta. Eso no era ningún problema. Las ramas estaban llenas de animales. Esperé. Los animales se inquietaron. Trinaban y silbaban.

—Lo mismo os digo.

Arrojaron fruta. La recogí. Emitieron más ruidos furiosos.

—Vosotros más.

Volví a colocar cebo en mi trampa y encendí mi hoguera para cocinar, y luego me fabriqué otra compresa. El flujo casi había cesado. Podría dejar la isla al cabo de un día o dos.

Almorcé pescado frío. Como postre, una pieza de fruta. Me pasé la tarde descansando. Al anochecer volví a comprobar la trampa. Nada. La metí en el agua y escuché un ruido. Alcé la cabeza. Pájaros. Estaban tan alto que no pude distinguir ningún detalle. Eran numerosos. La bandada se extendía de norte a sur hasta donde me alcanzaba la vista en cada dirección. Se movía constantemente, ensanchándose, estrechándose, a veces rompiéndose, luego volviéndose a formar. Había miles de pájaros allá arriba. Tal vez millones. Se llamaban unos a otros mientras volaban. Su grito era agudo y chirriante, claramente audible a pesar de la distancia. Continuaba y continuaba. Nunca había visto tantos pájaros.

Logré ver el final de la bandada. Unos cuantos rezagados seguían a todos los demás. Un centenar aquí. Doscientos allá. Volando al sur, gritando: «Eh, esperadnos».

Luego el cielo se vació. Regresé a la orilla.

Una migración de otoño. Los lagartos se dirigían al sur por el río.

Los pájaros, por el aire. ¡Pero eran tantos! Recordé lo que había leído sobre

América antes de la llegada de la civilización. Manadas de búfalos que cubrían la pradera. Bandadas de pájaros que oscurecían el cielo a mediodía.

Me rasqué la cabeza. Me picaba. Necesitaba jabón y una ducha.

El día siguiente fue claro y luminoso. Rehice la hoguera de señales. Esta vez el fuego prendió. A mediodía comprobé mi trampa. Los gusanos habían desaparecido. Algo se los había comido y luego se había marchado. Fui de nuevo a buscar comida, siguiendo el perímetro de la isla. Encontré unos cuantos peces muertos. Llevaban algún tiempo muertos, y no me parecieron atractivos. En el extremo sur de la isla encontré a un animal. Un bípedo. Estaba en la playa, casi en el agua. Muerto, pero desde hacía poco tiempo. Medía menos de un metro. Sus plumas eran verdiazules, el color del cielo, y tenía una larga cresta roja. Los brazos terminaban en delicadas garras. Las patas traseras estaban diseñadas para correr. La boca abierta estaba llena de dientes. Un precioso depredador. ¿Qué comía? ¿Grandes gusanos voladores? O tal vez pequeñas criaturas peludas.

Me lo llevé a la hoguera y lo abrí. Lo enterré casi todo, pero usé un par de trozos como cebo para mi trampa.

Después me senté a contemplar el río, buscando lagartos. No vi ninguno. Podría haber sido seguro cruzar a nado.

Por la tarde vi una columna de humo al este. Río abajo. Me levanté y le sonreí a aquella estrecha línea, como el trazo de un lápiz. Tenía compañía. Esperaría un día más. Mantendría mi fuego encendido. Si nadie venía a mí, iría río abajo.

Me pregunté brevemente quién había encendido aquel fuego. ¿Mis camaradas o alguien más? Un cazador solitario. Un grupo de mujeres de viaje. Comerciantes del Pueblo del Ámbar.

No tenía sentido hacer conjeturas. No tenía ninguna información. Practiqué yoga, luego medité contemplando el humo.

Cené una pieza de fruta. Dormí mal, molesta por la indigestión.

Amaneció nublado. Pude sentir la lluvia en el aire. ¡Maldición! Miré hacia el este. No había ni rastro del otro fuego. Tal vez lo habían dejado apagarse durante la noche. Tal vez el humo era invisible contra el cielo gris.

Comprobé mi trampa, estaba vacía otra vez. Desenterré el bípedo y usé otro trozo como cebo. Luego comprobé mi compresa. No había rastro de sangre. Tenía que poder cruzar el río. Me quité la compresa, la enterré y volví a encender mi hoguera.

A media mañana empezó a llover. Una lluvia fina y brumosa. Mi fuego seguía ardiendo, pero ¿quién iba a verlo? La orilla oriental del río estaba en penumbra. Maldije a quienquiera que estuviese a cargo del clima. Los cuatro vientos. ¡Esos hombres indomables! Recé a Guan Yin, aunque no recordaba que tuviera nada que ver con la meteorología, y le pedí a la Madre de las Madres que enderezara a sus nietos.

—Y haz algo con el Pequeño Espíritu Insecto, si puedes.

Tal vez me estuviera volviendo un poco loca. Normalmente no hablaba con los

espíritus. Mi estómago rugía. Decidí que la fruta era el problema. Necesitaba carne o verdura. Bebí un poco de agua y comprobé mi trampa. El cebo seguía allí.

A mediodía el barco apareció: una lancha con cabina y motor de buen tamaño. Se movía lentamente río arriba, bajo la lluvia.

Me puse los vaqueros y recogí mis pertenencias: la navaja, el encendedor, mi calcetín medio deshecho. Tenía que apagar el fuego. Pero ¿cómo? Era bastante grande. Dejaría que se ocuparan de eso los otros. Bajé a la orilla, agité los brazos y grité.

La persona que iba en la popa agitó los brazos en respuesta. El barco viró hacia mí. Me metí en el agua.

La persona iba vestida de verde oliva. Un miembro de la tripulación. En teoría no había uniformes en la nave. Pero los tripulantes tendían a vestir igual: pantalones vaqueros verde oliva y jersey verde oliva, gorra con visera verde oliva o negra.

Avancé chapoteando justo hasta el borde del escalón. El barco se acercó, cada vez más lentamente. Ivanova. Reconocí su cuerpo ancho y cuadrado. Me estaba rescatando la piloto principal de la 7.5.5. Número Uno.

Alguien más salió de la cabina, más alto y más ancho que Ivanova, con chaqueta y pantalones vaqueros. Su camisa era roja. El pelo largo y negro, suelto, se agitaba sobre sus hombros. Edward Antoine Torbellino.

El barco se detuvo junto a mí. Eddie tendió una mano y me aupó a bordo. Me abrazó.

—¡Lixia! ¿Estás bien?

—Sí —me abracé a él. Estaba temblando y sentía las rodillas flojas.

—Métela dentro —dijo Ivanova. Su voz, como siempre, me pilló por sorpresa. Tenía un tono contralto, más propio de una actriz o una cantante.

—Dile a Agopian que salga. Tenemos que hacer algo con esa hoguera.

Un momento después estaba dentro de la cabina. Había una alfombra bajo mis pies descalzos. Eddie me ayudó a sentarme. Me eché atrás y sentí el tejido a través de la camisa; una textura áspera, probablemente hecha a mano.

Me apoyé en los reposabrazos del sillón. Palpé los tubos metálicos de debajo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que me había sentado así, recta, no en el suelo, en una silla con respaldo? No lo recordaba.

Eddie se inclinó sobre mí, con aspecto preocupado. Había otras personas detrás de él. Una tripulante con rostro de Asia Central. Un tripulante que parecía vagamente de Oriente Medio. Un hombre alto y rubio con unos pantalones azul celeste.

El hombre rubio sonrió e hizo el gesto que significaba «bienvenida».

Derek.

Eddie les habló a los tripulantes y estos se marcharon.

—¿Estás bien? —preguntó Derek.

—Sí. Eddie, no pongas esa cara.

—Lo siento.



Se sentaron. Miré a Derek.

—¿Cómo estás? ¿Qué sucedió? ¿Sabes lo que les pasó a los demás?

Él hizo el gesto que significaba falta de conocimiento.

—Me encontré solo. Supongo que tú también.

—Sí.

—Perdí el bote en cuanto volcó y me agarré a un árbol que corría en los rápidos —sonrió—. Allí estaba, en mitad del agua blanca, agarrado a un maldito tronco y preguntándome qué hacer a continuación. No vi a nadie. No tenía ni idea de lo que les había pasado a los demás.

—¿Qué hiciste?

—No era un buen lugar para nadar. Estaba seguro de eso. Y no tenía ninguna experiencia nadando en rápidos. Me encaramé al tronco y salí flotando de los rápidos.

Hice el gesto que significaba «bien» o «astuto».

—Eso pensaba, hasta que descubrí lo difícil que es guiar un árbol. Sobre todo ese. Estaba muy mal diseñado para la navegación. Puede que fuera perfecto para su función anterior. —Derek miró a Eddie—. Ya te contaré el resto más tarde.

Eddie se inclinó hacia delante.

—¿Seguro que estás bien, Lixia?

—No me duele nada. No tengo heridas. Estoy cansada y querré comer muy pronto, pero no en este momento.

—De acuerdo —se levantó—. Tengo que hablar con Ivanova. Hay que tomar decisiones y ella lo hará por su cuenta si no salgo pronto. Derek, cuida de Lixia.

—Tus deseos son órdenes.

—Déjate de chorradas.

Eddie salió de la cabina. Miré alrededor y vi paredes curvas y ventanas ovaladas. La alfombra del suelo era de color neutro: gris o pardo. Todos los muebles parecían plegables o desmontables o convertibles en otra cosa. Los sofás adosados a las paredes, por ejemplo. Obviamente se convertían en camas. Las mesitas que había entre ellos se plegaban en las paredes. Nuestros sillones tenían goznes. Estaba en una casa para nómadas. Se me ocurrió que me pasaba la vida viajando.

—Tengo órdenes —dijo Derek—. ¿Qué necesitas? ¿Qué quieres?

—Todavía nada. Dame un minuto.

Él hizo el gesto de reconocimiento.

Cerré los ojos. Pasó el tiempo. El sonido del motor cambió. Abrí los ojos y me puse de pie. El barco se alejaba de mi isla. La playa, mi playa, estaba vacía. Había habido gente allí. Vi sus pisadas en la arena, y mi fuego estaba cubierto de espuma amarilla. La espuma se disolvía con la lluvia, goteando de las ramas y formando un charco de agua amarillenta. Goterones de espuma flotaban en el charco.

¡Qué feo!

Pasamos ante la maraña de madera a la deriva, dirigiéndonos corriente arriba hacia los rápidos.

—¿Adonde vamos?

Derek hizo el gesto que indicaba falta de conocimiento.

El hombre bajito, Agopian, entró en la cabina. Cerró la puerta.

—Ivanova me ha pedido que te cuide. Está debatiendo con Eddie.

—¿Sobre qué?

—Sobre si buscar a vuestros acompañantes. Eddie dice que no, como era de esperar. Ivanova dice que un cosmonauta no se niega a buscar a gente que podría estar viva y en dificultades. En el espacio solo nos tenemos unos a otros. ¿Qué puedo hacer por ti?

Tomé una decisión.

—Comida.

—No tenemos una cocina propiamente dicha. Puedo ofrecerte un bocadillo.

—De acuerdo.

Cruzó la cabina, de popa a proa, y atravesó otra puerta. Se encendió una luz y lo vi agachado, buscando en algo: una unidad refrigeradora.

—Tenemos ensalada de huevo, caviar, cebolla y tomate, y algo que dice ser hígado de pollo en pan negro ruso.

Hice el gesto de duda. Él pareció sorprendido.

—¿Qué es eso de «dice ser»?

—Soy armenio y los armenios tenemos buena memoria. Recuerdo el sabor del pan negro ruso. Hemos renunciado a muchas cosas para ir a las estrellas.

Cierto. Hice el gesto de reconocimiento.

—¿Qué quieres? —preguntó Agopian.

—La ensalada de huevo. Sin pan negro.

—Pan de centeno. No es maravilloso, pero sí pasable. ¿Quieres agua mineral o cerveza? También tenemos agua local, destilada y libre de todo lo que pudiera ser perjudicial.

—Agua mineral.

Él sacó la comida. El bocadillo estaba envuelto en papel. El agua venía en una botella de cristal. «Por favor, devuelvan a reciclaje» estaba impreso en un lado. Había una pastilla en el fondo.

Abrí la botella. El agua burbujeó. Bebí un poco, luego desenvolví el bocadillo y di un bocado. Estaba delicioso. Me obligué a comer despacio, deteniéndome tras cada bocado a beber agua, que sabía muy levemente a fruta cítrica.

—¿Derek? —dijo Agopian.

—Para mí nada.

El tripulante volvió a la cocina y regresó con otra botella. Esta era ámbar en vez de transparente. Probablemente contenía cerveza. Se sentó y abrió la botella. Durante un rato, después de eso, permanecimos en silencio. Yo comía. Derek parecía cansado, contento con no hacer nada. Agopian bebía su cerveza.

—Por supuesto, tiene ventajas —dijo por fin.

—¿Qué? —preguntó Derek.

—Ir a las estrellas. Cuando era niño, tenía dos ambiciones. Formar parte de una revolución y caminar por otro planeta a la luz de otro sol. He conseguido una ambición, y dependiendo de cómo definamos revolución, puede que consiga la otra. Conocer a esta gente, a los nativos de aquí, va a cambiar nuestra historia.

Terminé el bocadillo y me lamí los dedos, luego hice el gesto de acuerdo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Agopian.

—Sí. Desde luego. Estoy de acuerdo contigo —dijo Derek.

—Tu inglés es excelente —dije yo.

Él asintió.

—Estuve en Detroit dos años, casi tres, estudiando en la Facultad de Historia del Trabajo.

—¿Eres historiador? ¿Y perteneces a la tripulación?

—Tengo un título de... ¿Cuál sería la traducción adecuada? ¿Ciencia informática? ¿Teoría de ordenadores? Ingeniería informática no. Sé trabajar con las máquinas y sé mucho de cómo interactúan con los humanos. No sé qué sucede dentro de ellas.

«También soy licenciado en historia y tengo un certificado que dice que soy competente en astronavegación.

—Es un oficial político —dijo Derek.

—Ese puesto no existe en la I.S.S. Uno. Soy miembro del equipo de astronavegación.

Derek hizo el gesto de amable falta de convicción.

—Imagino lo que significa eso —dijo Agopian. Me miró—. Fui oficial político. Tres años a bordo del Alexandra Kollontai, un carguero que cubre la ruta entre la Estación de Tránsito Uno y las colonias L-5. Será mejor que use el tiempo pasado. Cubría la ruta. Ya deben de haberlo reciclado.

Hizo una pausa un momento. Estaba pensando en el paso del tiempo, algo que todos hacíamos en la expedición.

—Pero ya no soy oficial político.

—Da clases de teoría marxista —dijo Derek—. Y sobre la historia de la lucha de clases.

—En mi tiempo libre —dijo Agopian—. No es obligatorio asistir.

—Muchos miembros de la tripulación asisten.

—¿Por qué no iban a hacerlo? No es ningún crimen estudiar las ideas de Karl Marx. No en este siglo y en esta nave.

Traté de pensar en un modo de cambiar de tema. No se me ocurrió nada. El barco empezó a agitarse. Agopian se levantó y se asomó a una ventana.

—Estamos rodeando el extremo norte de tu isla, Lixia. Cruzamos la corriente y estamos un poco demasiado cerca de los rápidos. Me gustan las naves que atraviesan el espacio. Estas cositas que viajan por el agua me ponen nervioso. Pero Ivanova es

buenas.

Eddie entró, agachándose para pasar por la puerta. Era demasiado baja para él y casi demasiado estrecha.

—Vamos a ir a buscar a Nia y el oráculo.

—Bien —dijo Derek.

Eddie se encogió de hombros.

—Me estoy acostumbrando a perder en las discusiones. Me siento como los viejos jefes y hechiceros que decían a los europeos: «Estáis cometiendo un error. No podéis tratar así a la Tierra». Ellos tenían razón. Solo que hicieron falta doscientos años para que todos lo vieran.

—Está enfadado —dijo Derek.

—Claro que lo estoy. —Eddie entró en la cocina y sacó una botella de agua mineral—. Vamos a cruzar el río y a pasar a la zona oeste... Despacio. No llegaremos al campamento hasta la noche.

Abrió la botella y se sentó, estirando las piernas. Se tomó el agua mineral de dos sorbos. Dejó la botella.

Yo no quería sumarme a su furia ni al jueguito que Derek estaba jugando con Agopian. Me picaba la cabeza.

—Necesito una ducha.

—Tenemos una ducha portátil —dijo Agopian—. Pero no podemos colocarla a bordo de la nave.

—El barco —dijo Derek.

—¿Tenéis un cuarto de baño? ¿Y una esponja?

—Frente a la cocina. Hay todo lo que necesites.

Hice el gesto de gratitud, me levanté y entré en el cuarto de baño.

La taza ocupaba la mitad. Había un armarito en la pared de enfrente. Lo abrí y, como Agopian había prometido, encontré todo lo que necesitaba: jabón en un tarro, un cepillo de dientes, un peine, una pila de monos de trabajo perfectamente doblados, una esponja. La esponja era auténtica y en otro tiempo había estado viva, probablemente en la nave.

El jabón era de menta. La etiqueta decía que servía para el cuerpo, el pelo, los dientes y la ropa, pero que no debía ingerirse.

Me desnudé y me lavé, cosa que no fue fácil en un espacio tan reducido. Cuando terminé había agua por todas partes. Me cepillé los dientes y me peiné, me sequé y sequé también la habitación, y luego le sonreí a mi reflejo. No estaba mal, aunque un poco delgada y demasiado pálida. Necesitaba maquillaje y un par de pendientes.

¡Ah, sí! Y ropa. Me puse un mono, talla pequeña, azul, el color de la paz y la unidad. No era mi color favorito, pero la otra única opción era verde oliva.

Eso fue todo. Devolví el lavabo a la pared, sobre la taza, apagué el ventilador y salí a la cabina principal. Los tres hombres me miraron. Era curioso sentir de nuevo la tensión entre hombres y mujeres.

—¿Qué hago con mi ropa vieja?

—¿Quieres recuperarla? —preguntó Agopian.

—No.

—Hay una caja de reciclado en la cocina. Ponía allí.

Lo hice.

—Voy a salir a cubierta. Aquí se está demasiado... —vacilé.

—Apretujado —dijo Derek.

Hice el gesto de acuerdo y abrí la puerta.

Seguía lloviendo. Un toldo protegía la cubierta. Ivanova estaba sentada en una silla alta que le permitía ver por encima del techo de la cabina, las manos apoyadas en el timón. Eran unas manos anchas y de dedos romos, de aspecto fuerte, incluso en descanso. Un limpiapara-brisas barría la ventana ante ella. Snick. Pausa. Snick.

Ivanova me miró, asintió y luego miró a la tripulante.

—Esta es Li Lixia del equipo sociológico. Lixia, te presento a Ta-tiana Valikhanova.

—Del equipo de mantenimiento de transportes auxiliares —dijo la mujer.

Nos dimos la mano. Miré alrededor. El barco había virado y se dirigía al sur. La orilla occidental quedaba a mi derecha, baja y gris, una mezcla de bosque y marisma. Había islas a mi izquierda: puñados de árboles surgiendo del agua.

—Mira a ver si hay humo —dijo Ivanova—. Fue así como os localizamos a Derek y a ti.

—¿Con esta lluvia?\*

—El tiempo no ayuda, desde luego.

Hice el gesto de acuerdo.

El barco continuó río abajo. Al cabo de un rato Tatiana habló en ruso. Ivanova giró el timón. El barco viró hacia una isla larga cubierta de matorrales. Había manchas blancas en los matorrales, que se convirtieron en una bandada de pájaros. Echaron a volar mientras nos aproximábamos. Tatiana escrutó la isla con sus binoculares.

—Nada —dijo en inglés.

El barco volvió a virar, saliendo al canal. La lluvia arreciaba. Las gotas de lluvia golpeaban la superficie del agua y la orilla apenas era visible.

—Qué tiempo más malo —dije.

—Lo intentaremos de nuevo dentro de dos o tres días —contestó Ivanova—. Viajaremos en esta dirección. El poblado más cercano está al norte de aquí, en un afluente de este río.

La miré.

—¿Vas a visitar un poblado?

—Sí.

—Debes de haber ganado en la reunión.

—¿El problema de la intervención? Sí.

—¿Qué pasó?

Ivanova se echó a reír.

—¿Qué esperabas? Derek y tú habíais desaparecido. No podíamos contactar con vosotros por radio. La gente quería buscaros. Eddie dijo que no. Era demasiado arriesgado. El precedente era demasiado peligroso. Teníamos que plegarnos a esa ridícula... ¿Cómo la llamáis?

Fruncí el ceño, contemplando la ribera. Ahora era una línea gris.

—¿Te refieres a la política de no-intervención?

—No. A un término inventado por escritores americanos, creo. Primera algo.

Sonreí.

—Primera Directriz.

—Agopian me habló de eso. Tiene un montón de información sobre América y la ciencia ficción.

—Así que decidisteis buscarnos. Créeme, lo agradezco. Pero ¿por qué el poblado? ¿Por qué vais allí?

—Eddie dijo que no. Yo dije, la tripulación dijo, que es una locura. No podemos dejar a gente en problemas. No podemos dejar morir a otros humanos. Eddie seguía insistiendo en el peligro del precedente. No lo comprendo. Soy del Distrito Nacional Chukotka. ¿Sabes dónde está?

—No.

—En Siberia, lo más al este y al norte que puede estarse sin dejar de pertenecer a Asia. La mayoría de mis antepasados eran rusos. Pero nadie en Siberia es enteramente una cosa. Tengo antepasados que fueron chukchi e inuit. Sé lo que les pasó a los Pueblos Pequeños, los nativos originales, para bien y para mal. Lo aprendimos en el colegio.

»Eso ya pasó. No podemos deshacerlo y no podemos detener la historia. Solo podemos actuar con más cuidado, con más tino, con más respeto y menos avaricia. — Hizo una pausa—. Solo podemos actuar como socialistas.

Pensé un momento.

—No comprendo qué tiene eso que ver con estar aquí.

—Fue un punto muerto —dijo Tatiana—. Nadie quería dejaros en el planeta. Pero había un montón de gente en la nave que era de Asia y África y Latinoamérica. Recuerdan las historias que aprendieron en el colegio. La camarada Ivanova es de Siberia. Yo soy de Kazajistán. De la R.S.S. kazají. Sé lo que le pasó a nuestra buena tierra de pastos cuando llegaron los rusos, los rusos soviéticos.

—¿Qué?

—Se la cargaron. Desapareció. Nuestros rebaños tuvieron que pastar en tierra seca, el desierto o las montañas. —La mujer alzó sus binoculares—. Camarada, ¿puedes acercarnos a la orilla?

—Sí.

Ivanova giró el timón. El barco viró hacia la marisma bajo la lluvia: juncos grises,

doblados bajo el peso del agua. Se movían suavemente con el viento.

—Como dice Tatiana, fue un punto muerto. Nos quedamos allí mirándonos. Hasta que los chinos dijeron que no era problema nuestro.

Miré a Ivanova, sorprendida.

—Dijeron que el planeta no nos pertenece. Y que no es nuestra historia lo que tenemos cambiar. Dijeron, el señor Fang dijo, que consultáramos con los nativos. Que les preguntáramos si querían que estuviéramos aquí. —Ivanova hizo una pausa—. Por eso vamos al poblado.

—¿Un poblado va a decidir por todo el planeta?

—No. Por supuesto que no. Vamos a ir al poblado más cercano para explicar quiénes somos y por qué hemos entrado en su territorio. Para preguntarles si podemos quedarnos. Si dicen que no, pediremos disculpas y nos marcharemos. Si dicen que sí...

—Hay algo en la ribera —dijo Tatiana.

El barco redujo la marcha. Distinguí lo que Tatiana indicaba. Yacía en un banco de lodo, enteramente fuera del agua. Un objeto largo, estrecho y oscuro. ¿Un lagarto?

—Una barca —dijo Tatiana.

—¿Qué? —Tendí la mano. Ella me entregó los binoculares. Tenía razón—. Volcamos cerca de la orilla este. ¿Cómo pudo llegar aquí?

—Desde luego, la corriente no pudo traerla —dijo Ivanova.

El barco frenó su marcha cerca de la orilla. Ivanova habló en ruso. Tatiana entró en la cabina. El barco se detuvo. Eddie salió a cubierta, seguido de Agopian.

—¿Qué profundidad? —preguntó Eddie.

Ivanova miró los instrumentos que tenía delante.

—Poco más de un metro.

Eddie saltó por la borda y se dirigió a la orilla.

—¿Camarada? —preguntó Agopian.

—Quédate aquí. A menos que quieras ir.

—Claro que quiero. Es sin duda un artefacto... hecho por alienígenas. Me gustaría tocarlo. Ya estoy mojado.

Ivanova se echó a reír. Agopian fue tras Eddie. Yo alcé de nuevo los binoculares. Eddie había llegado a la barca. Calculé el tamaño. Era demasiado pequeña. Eddie tocó la madera. Agopian lo alcanzó, los hombros encogidos contra la lluvia, los pantalones empapados hasta la cintura. Hablaron. Si hubieran sido nativos, los habría entendido. Pero los gestos que hacían no tenían ningún significado claro. Agopian señaló. Eddie sacudió la cabeza. Miraron alrededor. Agopian sacó una cámara. Tomó fotos de la barca. Eddie regresó.

—No es nuestra barca —le dije a Ivanova.

—¿No?

—Demasiado pequeña. Y hay algo más. La forma de la proa.

Eddie volvió a subir a bordo.

—Es vieja. La madera está podrida. Hay plantas creciendo dentro. —Miró a Agopian. El hombrecito seguía tomando fotos—. No hay pisadas en la orilla. Yo diría que embarrancó, tal vez en primavera. Este río debe desbordarse. No creo que fuera nueva entonces. Parece que lleva años en el río.

—No hay muchas posibilidades de encontrarlos, ¿no? —pregunté.

—No.

—Deberían haber estado en el lado este del río —dijo Ivanova—. Cerca del canal principal, como Derek y tú. —Hizo una pausa, luego gritó—: ¡Camarada!

Me sobresalté.

Eddie sonrió.

—Ya ves cómo han ido las cosas en la nave. Tiene un vozarrón.

—Casi nunca te grito —dijo Ivanova.

Agopian regresó. Eddie lo ayudó a subir a bordo.

—No es gran cosa —dijo—. Pero es un artefacto. —Había un tono extraño en su voz—. No son producto de nuestra imaginación.

—¿Quiénes? —preguntó Eddie.

—Los alienígenas. Los nativos. Otras personas. Vida sentiente. —Se rio—. Y yo estoy aquí. —Se miró los pantalones—. Voy a tener que cambiarme de ropa.

Eddie asintió. El barco empezó a moverse, dirigiéndose hacia aguas más profundas. Los hombres entraron en la cabina.

Me quedé junto a Ivanova. El barco aumentó de velocidad. La lluvia arreció. Las islas y la ribera se convirtieron en sombras tenues. El agua caía sobre el cristal y golpeaba la cubierta desprotegida que teníamos detrás. El viento se colaba por debajo del toldo. Me alcanzó. Temblé.

—Ve dentro, camarada. No sé qué enfermedades pueden pillarse en este planeta, pero sean las que sean, estás pidiendo contraerías. Estás agotada. No has comido bien desde hace días. Y ahora te estás mojando y pasas frío. Dale los binoculares a Tatiana. No creo que pueda ver nada. Pero no se renuncia cuando hay vidas en juego.

Entré. Derek estaba tumbado en un sillón, las piernas estiradas, los hombros contra el respaldo. No era la forma en que solía sentarse. Parecía agotado. Los otros estaban sentados a su alrededor, bebiendo té y hablando en voz baja. Las luces brillaban, amarillo pálido.

Tatiana alzó la mirada.

—¿Ella quiere que vaya?

—Sí.

Le entregué los binoculares. Se marchó. Me senté en un sofá, sintiéndome desorientada. Tal vez era la luz. Tan pálida y firme. Tan extraña. No se parecía en nada a la luz de las hogueras. Me froté el cuello. Los otros me miraron, luego continuaron con su conversación. Tenía algo que ver con un concierto en la nave. Un compositor que estaba usando elementos de música nativa sacados de nuestros informes. Eddie pensaba que era una obra superficial. A Agopian le parecía



interesante. Derek hacía preguntas de vez en cuando.

Me tumbé y cerré los ojos. Alguien me cubrió con una manta.

—Casi hemos llegado al campamento —dijo Derek.

Me senté. Las luces estaban apagadas. La cabina estaba vacía, a excepción de nosotros dos.

—Ha dejado de llover —dijo—. Salgamos.

Me levanté, me desperecé y lo seguí a cubierta. Tatiana estaba al timón. Los otros tres se apoyaban contra la amura de popa. El largo pelo de Eddie se agitaba al viento. Tras ellos se veía el valle fluvial, lleno de bosques oscuros. El cielo era de un gris hierro. Al oeste, a mi derecha, estaba despejado. Rayos de luz atravesaban las nubes y tocaban el río. No. El lago. Se extendía a nuestro alrededor, ancho y gris plateado. Los pájaros surcaban las aguas revueltas. Miré a mi izquierda. Apenas pude distinguir la ribera oriental.

—Es más grande de lo que esperaba.

—Probablemente tenías en mente algo terrestre —dijo Eddie—. Se notaba en tus informes: intentabas hacer de este mundo una segunda Tierra. No solo te pasa a ti. Les pasa a todos los trabajadores de campo. Todo lo comparan con algo de casa. La mayoría de las comparaciones resultan equivocadas, falsas. Este lugar es alienígena. No pertenecemos a este sitio.

—Eso aún no ha sido determinado —dijo Ivanova.

El barco viró hacia la orilla occidental. Estaba cerca y los acantilados se veían con claridad. Eran altos y estaban erosionados, rematados por bosques y cortados por profundos barrancos.

—Es un planeta hermoso —dijo Agopian—. La tierra debía de ser así, antes de que los capitalistas se apoderaran de ella.

—Ya —dijo Eddie.

Había cúpulas en la orilla: pardas y azul claro, blanco cremoso, verdosas. Delante de ellas, un embarcadero se prolongaba hasta el lago. Flotaba, largo y articulado, moviéndose arriba y abajo sección por sección mientras lo lamían las olas.

Salió gente de los edificios. Corrieron hacia el embarcadero. ¡Cuántos!

—Eddie —dijo Derek.

—Sí.

—No creo que tengamos energía para ningún tipo de celebración.

—Déjame a mí.

El motor se detuvo. Oí el agua y el viento. Los pájaros chillaban. Voces humanas hablaban. No las comprendí. Eddie hizo un gesto. La gente se volvió y regresó al campamento.

Desembarcamos y Agopian se encargó de amarrar el barco. Eddie regresó, acompañado por una persona: una mujer alta y esbelta. Su piel era marrón oscuro. El pelo, ondulado, le llegaba hasta los hombros. Su mono era de color rojo terracota.

—Es Liberation Minh. Es miembro del equipo médico.

—Es un placer. —Nos dimos la mano—. Vamos a hacer un examen preliminar. No tardaré mucho. Ya os examinaremos a fondo cuando estéis en la nave. Por ahora... lo único que necesitamos son unas cuantas muestras. Unas cuantas pruebas.

Se volvió y nos guió. Derek y yo la seguimos.

—Hemos encontrado parásitos en vuestros colegas. Unos cuantos gusanos o criaturas gusanoides. Varios microbios. Ninguno hace nada, pero lo intentan. Si fueran más grandes, hablaríamos de valor y determinación.

Su acento era africano. Eso me sorprendió. Hubiera apostado a que procedía de las Américas. Aquel nombre y el color. Tal vez sus padres eran americanos.

—También tenían señales de desnutrición. Nuestros microbios, los que se suponía que os ayudarían a metabolizar la flora y fauna nativas, no funcionaron tan bien como esperábamos.

Llegamos al final del embarcadero. Los vehículos habían recorrido el suelo pantanoso, aplastando la vegetación y dejando profundos surcos. Vi una máquina: una escaladora con ruedas enormes. Estaba aparcada junto a una cúpula.

—Eso es todo, aparte del leve envenenamiento por metal —dijo Liberation Minh—. La corteza del planeta es rica en metales.

Oh, qué bien. Nuestros microbios estaban fallando, otros microbios habían aparecido y nos estaban envenenando quién sabía qué. Zinc. Cobre. Manganeso. Plomo.

La seguimos a una cúpula azul grisáceo. Dentro había una alfombra gris claro. Ventanas hexagonales daban al lago. Había habitaciones llenas de equipo médico. Entré en una y apareció un técnico, alto, de rostro aguileño.

—Por favor, desnúdese, a menos que se sienta incómoda con la desnudez o delante de hombres.

—No. —Me puse una bata. Él me conectó unas máquinas. Emitieron los ruidos habituales. Por su parte, él emitió la clase de ruidos habituales durante un reconocimiento médico.

—No hay problemas ahí. Ni ahí. Parece estar... ¿Cómo es la expresión? Sana como una manzana. No sé si eso se refiere al color de los europeos sanos. Si es así, se trata de otro ejemplo de racismo. ¡Qué difícil es eliminar esas cosas del lenguaje!

Hubo más ruidos, mecánicos y humanos.

—No veo ningún problema —dijo por fin—. Excepto su peso. Ha bajado un poco y nunca es bueno estar demasiado delgada. Trate de comer un poco más hasta que su peso vuelva a ser el debido.

—De acuerdo.

—Y el problema con la menstruación. ¡Eso sí que es interesante! Lo remitiré al comité adecuado, junto con los resultados de sus pruebas. El cuarto de baño está ahí al lado. Por favor, lea las instrucciones en el monitor y sígalas al pie de la letra. Gracias por su paciencia. —Me dedicó una deslumbrante sonrisa blanca—. Y bienvenida. ¡Dios es grande!

Se marchó. Yo encontré el cuarto de baño, seguí las instrucciones, me vestí y salí al pasillo. Ya era de noche. Cuando me asomé a las ventanas, solo vi mi propio reflejo y el brillo de las luces del corredor. Llegué a una habitación con sillas. Derek y Eddie estaban sentados allí. Los dos parecían cansados.

—¿Cómo estás? —le pregunté a Derek.

—Algunos arañazos y magulladuras. Una mordedura fea. Pero por lo demás, bien.

—¿Una mordedura fea?

—Ya te lo contaré más tarde.

Miré a Eddie.

—¿Y ahora qué?

—Se te ha asignado la cúpula número cinco. Te llevaré allí. En la cúpula tres, la grande, están las habitaciones comunales y el comedor.

—Esta noche no. Solo quiero dormir.

—Sí —dijo Derek.

—De acuerdo. —Eddie se puso de pie.

Salimos. El cielo se había despejado. Las estrellas brillaban en lo alto. Al este vi un planeta. Era amarillo y tan brillante que proyectaba reflejos: una línea amarilla que apenas oscilaba. El agua debía de estar tranquila. El aire estaba quieto. Caminamos entre edificios y maquinaria. El metal brillaba tenuemente a la luz que salía de las ventanas.

Eddie se detuvo y abrió una puerta. Lo seguimos hasta un pasillo hecho de paneles amarillos. En las paredes había lámparas en forma de flor. Sus tallos eran de cerámica. Sus pétalos, de metal esmerilado. Una alfombra celeste cubría el suelo. Sentí su textura a través de las zapatillas. Suave. Nuestros pies no hicieron ningún ruido mientras seguíamos a Eddie.

—Aquí.

Abrió otra puerta. Una luz se encendió. Vi un dormitorio: paredes azules y una alfombra beis claro. Había una ventana hexagonal sobre la cama. La ventana se situaba en un ángulo, en una pared que se curvaba.

—Esta es la tuya, Lixia.

Hice el gesto de gratitud.

—Derek estará en la de al lado. El cuarto de baño está al fondo del pasillo. Puedo traerte comida, si tienes hambre.

—No.

La cama tenía una colcha: un dibujo floral blanco, azul oscuro y pardo. Parecía reconfortante. ¿Cuál era la palabra adecuada? Acogedor. Como en casa.

—Buenas noches —dijo Eddie.

Me dejaron. Reduje la intensidad de la luz y me acosté. La cama era blanda. La colcha era fresca y suave. Pensé en meterme debajo, pero no conseguí hacer el esfuerzo. Cerré los ojos.

Me desperté en la oscuridad. Sobre mí se hallaba la ventana. Las estrellas ardían en el exterior. Había alguien en la habitación. No estaba segura de cómo lo sabía, pero así era. ¿Dónde estaba la luz? No recordaba haberla apagado. Extendí la mano con cuidado, palpando la pared. Sin duda tenía que haber un interruptor.

—Relájate —dijo Derek—. Soy yo. —Su voz llegaba desde el suelo.

—¿Qué demonios haces?

—La cama era demasiado blanda y me sentía solo. Quería algo familiar.

—Oh.

—Huelen raro, Lixia. Creo que la diferencia está en la dieta. Y la falta de pelo.

—Podría ser.

—Y hay algo en el aire de estos edificios. No está bien. Apenas se mueve.

—Si quieres dormir en el suelo, a mí me parece bien.

—Gracias.

—¿Qué te ocurrió, Derek? Cuando llegaste al banco de arena.

Él se echó a reír.

—Poca cosa. La tierra más cercana era un pantano. Lo crucé a nado. Pensé que podría encontrar un sendero. Me picó un bicho.

—¿Te referieres a la mordedura?

—Más o menos. Era una especie de lagarto. Ni siquiera tenía la longitud de mi antebrazo. De colores vivos e intrépido. Pensé que aquellos colores tenían que significar algo, y que tenía que haber un motivo para la intrepidez del animal. O bien asustaba a otros animales o sabía fatal.

»Decidí que no podía correr riesgos. Tenía que abrir la herida y dejarla sangrar. No llevaba cuchillo. Lo había perdido. No quería perder el tiempo buscando algo afilado. —Hizo una pausa—. Tuve que morder la herida.

—¿Qué?

—Tuve suerte de que estuviera en un sitio a mi alcance. Si el animal me hubiera mordido en el culo, probablemente estaría muerto. Conseguí que sangrara libremente, y chupé todo lo que pude. Pero me puse la mar de enfermo. El animal era venenoso.

—¿Dónde la tienes?

—¿La herida? En el brazo, justo sobre el brazalete. Me pregunto si tal vez el brillo atrajo al animal... o lo enfureció.

—¿El brazalete?

—El que perteneció al Tramposo. Seguí al oráculo y encontré el sitio donde lo arrojó al lago.

—Lo recuperaste una segunda vez.

—Ajá.

—¿Lo tienes todavía?

—Ya no. No me gusta que me persigan, ni siquiera un espíritu. Pero han pasado demasiadas cosas malas. Lo arrojé al río. Le pedí disculpas al Tramposo. Le dije que encontraría un modo de compensarlo. —Hizo una pausa—. Después de recuperarme,

decidí quedarme donde estaba. Me dolía el brazo. No estaba seguro de poder nadar. Y no quería volver al pantano. Supuse que sería mejor esperar a que me rescataran o a sentirme un poco mejor. Recogí leña y encendí una hoguera. Estoy cansado, Lixia.

—Buenas noches.

Su respiración cambió casi de inmediato, volviéndose profunda y regular y lenta. Se había quedado dormido.

Seguí su ejemplo.

Soñé que estaba de vuelta en la nave, en un pasillo. Las paredes estaban hechas de azulejos de cerámica, rojo sangre y vidriosos. Derek estaba en el pasillo. Bailaba. Tenía en la muñeca el brazalete de oro. Brillaba con fuerza. Derek cantaba en la lengua de los regalos:

Soy el Tramposo, oh, mujer tonta.

Lo que quiero, lo tomo.

Lo que tomo, lo conservo.

## EDDIE

La luz del sol se filtró por la ventana. Gruñí y me senté en la cama. Derek se había marchado. Había dejado una almohada en el suelo. El forro era marrón y gris: un dibujo de golondrinas en vuelo.

Recogí mi ropa y fui al cuarto de baño, que había sido utilizado: había vapor en el espejo y dos toallas húmedas. Las habían colgado, no demasiado bien. Las alisé, abrí la ducha y me metí en ella. ¡Ah! ¡Los sencillos placeres de la civilización! El chorro caliente me golpeó en la cabeza y en la espalda. El jabón olía a limón. Había una manopla colgando de un gancho. La mojé y me froté.

El agua se cortó. Pulsé el botón que la conectaba de nuevo.

—Si desea más agua, espere un minuto —dijo una voz—, luego pulse el botón de encendido. Pero recuerde, ya ha usado su dosis diaria.

—Hay un lago entero ahí fuera. Un río tan grande como el Misi-sipí. Y el agua está limpia.

La ducha no respondió. Pulsé de nuevo el botón, aunque me sentí culpable de hacerlo..., como se suponía que tenía que sentirme. El agua regresó y me lavé el pelo.

Cuando terminé me vestí y recorrí la cúpula. Encontré pruebas de ocupación en casi todas las habitaciones: camas deshechas y prendas de vestir. En una mesa había un collar, antiguo y de coral. La luz del sol lo hacía brillar.

En otra habitación había un libro. Lo encendí. El título apareció en la pantalla: *À la Recherche du Temps Perdu*, de Marcel Proust. Mi francés era casi inexistente. Apagué el libro y lo dejé donde lo había encontrado. Luego salí de la cúpula.

El día era luminoso y ventoso. El lago resplandecía. Las nubes surcaban el cielo. Eddie me esperaba. Llevaba una camisa de flores, verde oscuro y roja, el pelo trenzado y los vaqueros metidos por dentro de botas altas de cuero. Llevaba gafas de sol. Las lentes eran verde dorado y altamente reflectantes. No pude verle los ojos.

—Buenos días, Lixia. He querido asegurarme de que encontraras el comedor.

—Gracias.

Nos dirigimos hacia la cúpula más grande.

—¿Cómo has dormido?

—Bien. ¿Dónde puedo encontrar ropa nueva?

—Cúpula número uno. Todo es material estándar. Lo siento. A nadie se le ocurrió traer nada de tu camarote.

—No esperabais encontrarme.

Él se echó a reír.

—Tal vez. Hemos tenido un montón de problemas y sentado un montón de precedentes, y tal vez tengas razón. Tal vez no creíamos que Derek y tú estuvierais con vida.

—Es una suerte que vinierais de todas formas.

Eddie no respondió. Lo miré. Tenía el ceño fruncido. Supe en qué estaba pensando. No era una suerte para la gente del planeta.

El comedor estaba casi vacío. Un miembro de la tripulación leía sentado, con una taza de té en la mesa, ante sí. Una mujer recogía platos y los amontonaba. Era grande, de color rojizo. Su ropa, un par de vaqueros y una camisa blanca, no me reveló nada sobre su ocupación.

Eddie me llevó hasta la mesa donde había que servirse. Un hombrecito ponía donuts en un plato. Su pelo era largo y rubio, cubierto por una redecilla, y sus ropas blancas, de cocina.

—Llegan tarde —dijo—. Los huevos se han acabado.

—¿Qué queda? —preguntó Eddie.

—Tallarines y salchichas. Tenemos tres tipos de salchichas. —Señaló una unidad calentadora—. Estas son de pollo, relativamente picantes. Las de la siguiente unidad son de iguana. Están suaves. Las del fondo son de soja. No las recomiendo, a menos que de verdad les preocupe su karma. No se mató a ningún animal para hacerlas, y eso es lo mejor que puedo decir. —Hizo una pausa y contempló la mesa—. Es decir, excepto los donuts, que han salido bastante bien hoy.

Me serví una salchicha de pollo, un donut y una jarra con café. Eddie eligió tallarines y té.

Nos sentamos a una mesa junto a una pared compuesta por ventanas hexagonales. Fuera se veía el lago. Entorné los ojos. Dos objetos flotaban allí, a lo lejos. Eran difíciles de distinguir entre el reflejo de las olas. Me cubrí los ojos. Los objetos eran largos y oscuros.

—Los aviones cohete —dijo Eddie.

Me serví café y bebí.

—Ivanova me contó un poco de lo que sucedió en la reunión. Pero no puedo decir que lo entendiera.

—Ojalá Derek y tú hubierais vuelto a tiempo. Ojalá no hubierais desaparecido. Estaba intentando argumentar un principio mientras Ivanova recitaba el Código del Espacio. No se abandona a un camarada en peligro. Causó un verdadero impacto. —Hizo una pausa y enrolló los tallarines en el tenedor—. ¿Sabías que en el siglo siguiente a la conquista de México, el noventa por ciento de la población nativa murió? La población de Perú cayó en un noventa y cinco por ciento. Tres millones de personas desaparecieron de las islas del Caribe. —Comió tallarines, masticándolos con cuidado—. Murieron en las minas y las plantaciones. Los enviaron como esclavos a Europa. La enfermedad se los llevó. La guerra y las ejecuciones. El hambre. Hay una cita de un escritor de la época que he memorizado: «¿Quién de los nacidos en generaciones futuras creará esto? Yo mismo, que lo vi, apenas puedo creer que sea posible».

Yo comí mientras él hablaba. La salchicha no estaba verdaderamente picante. El donut estaba excelente.

—Eddie, eso fue hace cientos de años. No creerás en serio que va a suceder otra vez algo igual.

Él hizo una pausa, luego suspiró.

—No lo sé. Pero he estado escuchando las conversaciones en la nave. —Comió otro bocado de tallarines, luego tomó una botella de aceite caliente de Sichuan, que estaba en la mesa junto con otros condimentos. Roció su plato de aceite—. Todo el mundo quiere bajar a la superficie del planeta. No. Eso no es completamente verdad. Hay astrónomos a quienes no les importa, y algunos paleontólogos que quieren examinar los otros planetas del sistema. Pero son las excepciones. Los biólogos se están volviendo locos.

—¿Qué esperabas? Esa gente ha recorrido dieciocho con dos años-luz para estudiar la vida en este planeta.

—Lo sé. —Comió más tallarines—. Esto está mejor. Te digo lo que he oído. La mayoría de la gente de la nave habla de la investigación que planea hacer, una vez que baje aquí.

Bebí más café. Eddie no era un pensador lineal de los que pasaban de A a B y luego a C. A veces, cuando lo escuchaba, me recordaba un telar. La pauta emergía poco a poco mientras la lanzadera iba de un lado a otro. Si esperaba lo suficiente, entendería su argumento.

—Eso no es lo que me molesta, aunque me pregunto qué hará esa gente si los nativos dicen: “No. No os queremos. Marchaos a casa.” Lo que me molesta es la especulación. Es especialmente mala entre los miembros de la tripulación.

»Hay muchas discusiones sobre la viabilidad del comercio interestelar. ¿Qué es tan valioso, y tan único, que merezca la pena de trasladar de estrella en estrella? ¿Y qué mantendría su valor durante ciento veinte años? La mayoría de la gente piensa que la vida y el arte.

—Eddie, se ha hablado de esto durante siglos.

—Hay gente en la nave ideando modelos económicos. Los economistas, naturalmente. Nunca tendríamos que haberlos traído. Están ejecutando a través de los modelos todo lo que se les ocurre. ¿Merece la pena enviar iridio? ¿O platino? ¿O cobre? ¿Y si aplicamos mejoras a nuestra tecnología? ¿Naves que viajen mucho más rápido o usen mucha menos energía?

»¿Y la gente? Piensa en el conocimiento y la habilidad que contiene casi cualquier cerebro humano. ¿Por qué enviar arte a la Tierra? Envía al artista.

»Y cuando enviemos muestras de la vida de aquí, o de cualquier parte, a la Tierra, deberíamos enviar a la gente que entiende esa vida. Los granjeros y cazadores y domadores de animales. Las ancianas que conocen las hierbas medicinales.

»¿Cómo si no podemos saber lo que tendremos cuando cultivemos un organismo? ¿Cómo podremos cuidarlo? ¿Y usarlo?

Me serví más café.

—La nave está llena de gente a quien le gusta jugar con las ideas. Y como has



señalado antes, la tripulación no tiene mucho que hacer en este momento. Ni los científicos sociales. Creo que te estás tomando todo esto demasiado en serio.

—Tal vez. —Él terminó de comer—. Hay problemas con todos los modelos. Por ejemplo, ¿cómo podemos enviar gente a un viaje que durará ciento veinte años? No a los humanos. A los nativos que puede que no comprendan la naturaleza del viaje.

»Nadie tiene una respuesta a eso, aunque algunos tripulantes aventuran que seguramente habrá nativos a quienes guste viajar y no les importe no regresar a casa.

—Hummm.

El hizo el gesto de acuerdo.

—¡Eddie! Estás aprendiendo.

El repitió el gesto y luego continuó.

—Supongamos que sea rentable enviar iridio o platino. ¿Quién va a extraerlo? ¿Y a refinarlo? Vamos a tener que establecer una colonia de buen tamaño. Tal vez los nativos nos ayuden. Tal vez nosotros les enseñemos nuestra tecnología.

»Hay gente que dice que es una locura pensar en trasladar materias primas..., incluso materias primas que hayan sido procesadas al menos parcialmente, como lingotes de metal. Dicen, ¿por qué no construir aquí las fábricas y tener un producto terminado? Por ejemplo, ¿por qué no construir naves? Podríamos llenarlas con artículos, con vida y arte, y enviarlos a la Tierra. O podríamos continuar desde aquí y encontrar otros planetas en otros sistemas.

»Como puedes imaginar, este plan requeriría una colonia enorme. O un montón de ayuda de los nativos. Tendríamos que llevarlos a la era industrial. —Apartó el plato—. Y esto nos lleva a la camarada Lu Jiang. ¿La recuerdas?

Hice el gesto de indecisión, luego añadí:

—No estoy segura.

—Es la mujer que piensa que los nativos están atrapados en su estadio histórico actual. No pueden congregarse en ciudades porque los hombres son solitarios. Las mujeres necesitan a los hombres durante la época de apareamiento y tal vez en otras ocasiones. En la mayoría de las sociedades que hemos estudiado, los hombres son importantes económicamente. Al menos en cierto grado.

Hizo una pausa, frunciendo el ceño, intentando claramente poner en orden sus ideas.

—No es probable que desarrollen el tipo de comercio y artesanía que conduce al capitalismo industrial. Sin capitalismo industrial, no puede haber revolución. Esta gente será siempre tribal. A menos que los ayudemos, nunca podrán desarrollar una sociedad socialista. Según la camarada Jiang, nuestro deber es ayudarlos.

—Me está empezando a doler la cabeza.

—Yo llevo así días —Eddie se levantó—. Vamos.

Llevamos nuestros platos a la mesa de reciclaje y los dejamos allí, luego salimos al lago. La playa era de grava. Por ella corrían pequeños pajarillos que se detenían de vez en cuando a picotear. ¿Qué era lo que encontraban, si encontraban algo?

¿Animales pequeños? ¿Restos traídos por la corriente?

—¿Comprendes por qué creo que fue peligroso bajar, incluso para encontraros?

—Creo que sí.

—Dije en la reunión que si hacíamos esto ahora, si os buscábamos, tendríamos que hacerlo de nuevo. Habría otro buen motivo, y luego otro.

»Dije que tendríamos que poner un límite. Teníamos que imponer una regla inquebrantable.

Yo estaba furiosa con Eddie, por supuesto. Cualquiera lo hubiese estado. Había estado dispuesto a dejarnos morir por una teoría... y para defender a un puñado de gente que no conocía contra un peligro que podía ser imaginario. Resultaba demasiado abstracto para mí. Pensé en mí misma cuando estaba en la isla y en Derek en su banco de arena. Podríamos haber muerto. Fácilmente.

—La asamblea no te escuchó.

—No. Estaban ansiosos y escucharon a Ivanova hacer su discurso sobre el Código del Espacio.

—¿Por qué viniste en esta expedición si no querías encontrarte con los alienígenas?

—Esperaba que fueran tan condenadamente diferentes que no pudiéramos hacernos daño unos a otros. Pensaba que si aquí había gente y era vulnerable, tenía que haber alguien en la nave con buena memoria. Alguien que estuviera dispuesto a defenderlos. —Contempló el brillante lago—. Eddie, el héroe galáctico. El hombre que intentó salvar a su pueblo... cuatrocientos años después del hecho y a más de dieciocho años-luz de casa.

Me miró. Las gafas eran transparentes en el comedor. Ahora de nuevo como de metal pulido.

Guardé silencio.

—Ya me he cabreado. Creo que daré un paseo.

—Muy bien.

Eché a andar playa abajo. Yo fui a buscar la cúpula número uno.

Estaba vacía: no había otros clientes ni esforzados dependientes, nada aparte de un ordenador en una mesa, junto a la puerta. Tecleé una petición de ropa y me respondió con un mapa. Pasillo dos, estantes uno al nueve. «Por favor, recuerde introducir sus selecciones —añadió en luminosas letras amarillas—. Sin esta información no podemos cargarlo en su cuenta».

Recogí mi ropa y volví a mi habitación. Mi cama estaba hecha. Había una nota en la almohada, de Derek.

«Recuerda siempre: el orden va parejo al celo revolucionario».

Arrugué la nota y la tiré a la papelera de reciclaje, luego me puse un par de vaqueros, una vistosa camisa rosa, botas altas, un cinturón de piel de lagarto. Necesitaba joyas. El ordenador no tenía ninguna, cosa que no era de extrañar. Si querías joyas en la nave, no tecleabas en el departamento de suministros. Tecleabas

arte y artefactos o ibas a intercambio personal.

El resto de la ropa fue a parar a un armario. Decidí dar un paseo... No al sur, hacia donde había ido Eddie. Al norte, siguiendo la orilla.

La playa era estrecha en esa dirección. Los matorrales crecían casi al borde del agua. Había macizos de roca.

Al cabo de un rato miré atrás. Vi el embarcadero y los aviones, pero no las cúpulas. La vegetación las ocultaba. Encontré un trozo de piedra rocosa y me senté. Los pájaros correteaban por la orilla. Eran como los que había visto antes: pequeños y marrones. Corredores, no voladores. Uno se detuvo y extendió las alas. Tenía garras en la punta y las articulaciones.

—¿Li-sa? —dijo una voz.

Me volví.

Allí estaba Nia. Tenía la túnica desgarrada, el pelaje oscuro. Su aspecto era terrible.

Salté de la roca y me abracé a ella con fuerza. Ella se envaró, luego me devolvió el abrazo.

—¡Estás viva!

—¡Los dos lo estamos! —dijo otra voz.

La solté y di un paso atrás.

—¿Quién eres?

—Yo —respondió el oráculo.

Su kilt estaba en peor estado que la túnica de Nia. Era un harapo gris que apenas cubría su zona púbica.

—¿Y Ulzai?

Nia hizo el gesto que significaba falta de conocimiento.

—Nos agarramos al bote después de que volcara. Flotó panza arriba y nos llevó a través de los rápidos. ¡Aiya! ¡Qué experiencia!

—No sé nadar —dijo el oráculo—. Pero mi espíritu cuidó de mí, como siempre. Y de Nia también.

Nia hizo el gesto de gratitud. El oráculo respondió con el gesto de reconocimiento.

Yo hice el gesto que pedía más información.

—El bote fue río abajo —dijo Nia—. Nos agarramos. Todo el día. Por fin llegó a aguas poco profundas. Pudimos ponernos en pie.

—Apenas —apuntó el oráculo—. Tenía las piernas como cuerdas. ¡Aiya!

Nia lo miró, frunciendo un poco el ceño.

—Empujamos el bote hasta la orilla y descansamos, y luego miré alrededor. Estábamos en una isla. Era grande, cubierta de matorrales. No había agua..., excepto la del río, que sabía a barro. Y no mucha comida.

»Decidimos continuar río abajo. Encontré ramas que servirían como remos. Voy a sentarme.

Hice el gesto de acuerdo. Los dos nativos se sentaron en el suelo. Los imité.

—No fue un viaje fácil —dijo el oráculo—. Las ramas no eran buenos remos.

—Tal vez deberíamos habernos quedado donde estábamos. Pero pensé que vuestros amigos iban a estar en el lago. Podríamos decirles lo que había sucedido. Tal vez ellos sabrían cómo encontraros. —Nia hizo una pausa y se rascó la cabeza—. Pasamos tres días viajando por el río. El primer día permanecemos cerca de la ribera. Luego, entrada la tarde, vimos un lagarto. Uno grande, tendido en la orilla. No se interesó por nosotros, pero nos asustamos. Remamos hasta el centro del río.

«Encontramos una isla con árboles y acampamos. Yo estaba segura de que los lagartos no podrían subir hasta allí.

«Continuamos al día siguiente. Por la tarde llegamos al lago. Acampamos en la orilla oriental. Había algo en el agua, a lo lejos. Bajo y oscuro. Pensamos que era una isla.

»De noche brillaron luces en aquello y había más luces en la orilla. Pensé: “Esos son los amigos de Li-sa. Vamos a tener que cruzar el lago.”

»A la mañana siguiente pasó algo inesperado.

Nia hizo una pausa.

—Algo cayó del cielo —dijo el oráculo—. Hizo mucho ruido. Corrimos y nos escondimos. Cuando el ruido cesó, regresamos. Había dos islas en el lago.

—He oído hablar de piedras que caen del cielo —dijo Nia—. Pero las piedras no flotan. «Esto es nuevo», pensé. Y grande.

Nia me miró con firmeza.

—No me gustó, Li-sa. Empecé a sentirme inquieta. Pensé: «Está pasando algo que no comprendo, y es algo grande».

—Después de eso, tuvimos cuidado —dijo el oráculo.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

—Estábamos en el sitio donde el río entraba en el lago. Esperamos hasta el anochecer y cruzamos. No fue fácil. Nos llevaba la corriente. Pero lo conseguimos. Escondimos el bote. Entonces viajamos por el bosque bajo el acantilado. No había ningún sendero. Tuvimos que subir y bajar por las rocas. Tuvimos que abrirnos paso a través de la vegetación. ¡Aiya!

«Llegamos al poblado. El que pertenece a tu gente. Nos escondimos. —Hizo una breve pausa—. Esta es la parte difícil de la historia.

—Decidimos no entrar —dijo el oráculo—. No de inmediato. Queríamos estar seguros de que el poblado realmente pertenecía a tu gente. Nos quedamos en el bosque y observamos. Vimos. —El oráculo hizo una pausa—. En el lago había barcos que se movían solos. Iban de un lado a otro entre las islas y la orilla. Había otras cosas. Carros. La gente iba en ellos. Los carros se movían igual que los barcos, sin nadie. Y los carros hacían ruido. Rugían como los asesinos-del-bosque. Gruñían como osubai. Nos dimos cuenta de que estaban hechos de metal. Supimos que no estaban vivos. Pero ¿cómo se movían? ¿Y por qué hacían tanto ruido?

—Tendríamos que haber entrado en el campamento —dijo Nia—. Sabíamos que eran tus parientes. Vestían ropa como la tuya y no tenían pelo. Era mi responsabilidad decirles lo que os había pasado a Deragu y a ti. —Enderezó los hombros y me miró directamente—. No pude hacerlo, Li-sa. Aunque pudieras estar en apuros. Aunque esta gente pudiera haberte ayudado. Tuve miedo.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis observando?

—Un día —contestó el oráculo—. Y parte de otro. Entonces llegaste con Deraku, en uno de los barcos que se mueven aunque la gente no hace nada. Os vimos bajar. Vimos a tus parientes saludarte.

—Eso fue un alivio —dijo Nia.

—Esta mañana te hemos visto marcharte sola. Te hemos seguido. —El oráculo hizo el gesto que significaba «se acabó» o «la historia está completa».

—Probablemente yo hubiese hecho lo mismo —dije—. Esconderme y observar. Sé que mi gente es extraña. Pero en el campamento no hay nada de lo que preocuparse. ¿Estáis dispuestos a venir conmigo?

—Sí —respondió el oráculo—. No he oído nada nuevo de mi espíritu. Y he venido para eso. Para conocer a tu pueblo que no tiene pelo.

Nia hizo el gesto de acuerdo y con reservas.

Regresamos al campamento.

—Me preocupa Ulzai —dije.

—Estará bien —contestó el oráculo—. Los umazi le prometieron que lo matarían, y él nos dijo que no hay umazi aquí al norte. Por tanto, está a salvo.

Buen razonamiento, si creías en los mensajes de los espíritus.

—¿Por qué os asustó el campamento? —pregunté—. No os asustó mi caja de voces.

—Tu radio —dijo Nia, pronunciando la palabra cuidadosa y casi correctamente—. Esa cosa es pequeña. Te lo dije, no tengo miedo de las cosas nuevas si son pequeñas. Y si no hay demasiadas. —Hizo una pausa—. Y tú eres amiga mía. No conozco a esta gente.

Llegamos al embarcadero. Había un barco amarrado, tal vez el que nos había traído, con un par de personas alrededor. Me miraron a mí y miraron a los nativos, y luego se quedaron inmóviles, observando.

Llegamos al campamento.

—¿Tenéis hambre?

—Sí —dijo el oráculo.

—Os traeré comida.

Me encaminé a la cúpula grande. Ellos me siguieron, de cerca.

Había un escalador aparcado en la entrada de la cúpula. No era el mismo que yo había visto antes. Hubiese reconocido la gran muesca en su costado. ¿Cómo habían conseguido hacer eso en tan solo unos días? Un hombre sacaba de la parte trasera una caja con la etiqueta «FRÁGIL». Se detuvo, con la caja en el aire, y nos miró

boquiabierto.

—¡Brian! —dije—. ¿Cómo estás?

—Son alienígenas.

—Sería más adecuado decir que los alienígenas somos nosotros. Ellos son nativos.

Le sonrió a Nia.

—Esta persona muestra los dientes igual que hace siempre De-ragu.

—Significa que es amistoso.

—¿Es un hombre? —preguntó Nia.

Hice el gesto de afirmación.

—¿Cuáles son los signos? No es más grande que tú, y no distingo si su pelo es diferente del tuyo. Los dos tenéis muy poco.

—La textura del pelo no importa. Pero la localización sí. Solo los hombres tienen pelo en la parte inferior de la cara. Pero no todos los hombres lo tienen. Su voz es más grave que la mía, y sus hombros son más anchos. Esos son los signos.

Nia frunció el ceño.

—No noto mucha diferencia en vuestras voces, y los dos me parecéis delgados. —Hizo el gesto que significaba «sea pues»—. Dile al hombre que es mi deseo ser amistosa.

—De acuerdo. Si Nia pudiera sonreír, lo haría —dije en inglés—. Pero en su pueblo sonreír no es un acto de amistad. Y, por lo que he podido averiguar, no tienen una expresión comparable.

—Mierda —dijo Brian—. ¿Significa eso que he hecho algo inadecuado?

—No. Ella ha estado conmigo y con Derek, quien, como recordarás, sonríe mucho.

—Sí. Lo recuerdo. La famosa sonrisita del Guerrero del Mar. Dile que me alegro de conocerla. Dile que hoy es un gran día.

—Lo haré.

Entramos en la cúpula. La zona de entrada tenía una alfombra: marrón claro, de un tejido compacto. El oráculo se detuvo y frotó el pie descalzo contra ella.

—¿Esto es un regalo que ofrece tu gente? ¿O procede de otro poblado?

Lo más probable era que la alfombra procediera de la Tierra.

—Viene de otro poblado, de muy lejos de aquí.

—La gente de la llanura, mi pueblo y el de Lixia, hace alfombras que son más suaves y tienen dibujos con muchos colores. Esta no es gran cosa.

—Sé que estás loco —dijo Nia—, pero tendrías que recordar algo sobre los buenos modales. No está bien criticar las cosas que tienen otras personas.

—Me habría callado si esto lo hubiera hecho el pueblo de Lixia.

Recorrimos el vestíbulo. El comedor estaba vacío. Conduje a mis acompañantes a la cocina, que también estaba vacía. La luz del sol entraba por las altas ventanas y todo brillaba, incluso la mesa de madera para cortar, que acababan de lavar. El

personal de cocinas debía de haberse marchado hacía unos minutos.

Miré alrededor.

—Tiene que haber comida en alguna parte.

Derek entró por la puerta.

—Dicen que... Menos mal. Nia, ¿puedo abrazarte?

Nia pareció sorprendida, luego hizo el gesto de asentimiento.

Él le dio un rápido abrazo.

—Pero a mí no —dijo el oráculo—. Soy un hombre, aunque esté loco. No me gusta que me toquen.

—Muy bien. —Derek me miró—. Todo el mundo va por ahí gritando: «Vienen los nativos, vienen los nativos». Le dije a Agopian que fuera a buscar al personal de cocinas.

—Bien. ¿Y Eddie?

—Lo estamos buscando.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Nia.

Agopian entró con el hombrecito rubio. Ahora llevaba vaqueros y el pelo suelto, corto hasta la base del cuello, y de ahí hasta casi su cintura.

—Gloria bendita —dijo.

—Tienen hambre.

Él asintió.

—Bocadillos. Y tenemos una sopa de lentejas bastante buena.

Miré a Derek.

—¿Crees que será seguro que coman nuestra comida?

—Una pregunta interesante, y una pregunta que no quiero responder por mi cuenta. Será mejor buscar a un biólogo.

—Me gustaría saber qué estáis diciendo —dijo Nia.

—Estamos tratando de decidir si podéis comer nuestra comida.

—¿Por qué no?

—¿Podrías salir de mi cocina? —dijo el hombre rubio—. Tenemos estrictas normas sanitarias.

—¿Indica prejuicios esa observación? —recalqué.

—Por supuesto. Tengo prejuicios contra la suciedad y contra muchos microorganismos. Ahora, por favor, salid.

Regresamos al comedor. Derek se marchó con Agopian, y yo me senté a la mesa. Nia y el oráculo siguieron mi ejemplo. Parecían nerviosos. Yo no recordé haber visto una silla en ninguna casa nativa.

—Tu gente es ruidosa —dijo Nia.

Hice el gesto de acuerdo.

El oráculo miró por la ventana.

—Corren mucho.

—Solo cuando llegan extranjeros o cuando ocurre algo que no es habitual.

—¡Hu!

El rubio llegó con una jarra y dos vasos.

—Es el agua local. Ha sido analizada y luego destilada. Debería ser segura para todo el mundo.

Dejó los vasos sobre la mesa y los llenó.

—Aquí tienen.

Entregó un vaso a Nia y otro al oráculo.

Ellos fruncieron el ceño. Nia soltó su vaso. Lo tocó suavemente.

—¿Qué es esto? Parece hielo, pero no está frío.

—Se llama «cristal». No se derrite, y no se puede comer. Se rompe fácilmente. Si se rompe, los bordes están afilados.

Había hielo flotando en el vaso. Un cubito. Ella lo tocó.

—¿Es más cri... más de lo mismo?

Hice el gesto de negación.

—Eso es hielo.

—¿Por qué tiene forma de caja? ¿Por qué tiene un agujero en el centro?

—¿Y por qué está en nuestra agua? —preguntó el oráculo.

—A mi gente le gusta que el agua esté fría, y por eso le echan hielo. El hielo es como una caja porque... —vacilé—. Nosotros lo hacemos. Lo fabricamos como metal en un molde, y el molde es cuadrado por todos los lados.

—¡Aiya!

Nia tomó el vaso y trató de beber. El agua le corrió por la barbilla y goteó por su ajada túnica.

—¡Esta taza no está bien hecha!

—Es posible.

El oráculo lo intentó. Como Nia, derramó gran cantidad de agua. Estaban nerviosos, los dos. No me costaba imaginar por qué. Estaban allí sentados rodeados de magos sin pelo, tratando de entablar conversación mientras sus estómagos rugían de hambre.

Terminaron de beber el agua. El oráculo sacó un cubito de hielo de su vaso. Lo sostuvo en la palma, mirándolo. Entonces hurgó con un dedo.

—Es hielo.

Se lo metió en la boca. Oí un crujido.

—Puedes hacer eso con el hielo —dije—. Pero no con el cristal.

El oráculo hizo el gesto que indicaba comprensión. Derek regresó, acompañado por una mujer que era tan alta como él, negra como el carbón. Llevaba un mono amarillo chillón y un par de pendientes realmente sorprendentes. Dos enormes discos de metal. Cuando se acercó, le vi los ojos. Los iris eran plateados, del mismo color que los pendientes, sin pupilas.

Lentes de contacto, por supuesto. No era una moda terrestre. Ella pertenecía a una de las colonias L-5, o a la Luna o a Marte.



Traía un bolsa en una mano. Al cabo de un momento advertí que la bolsa se movía. Dentro había algo vivo. La mujer miró a Nia y al oráculo.

—Bien, sí que son alienígenas. De eso no cabe duda.

—Según Marina, deberían poder comer nuestra comida —dijo Derek.

—El problema no es que seamos venenosos unos para otros —dijo la mujer—. El problema es que los miembros de un sistema no pueden metabolizar la comida que viene de otro sistema. Si esta gente come nuestra comida una temporada, va a acabar aquejada de algunas enfermedades carenciales realmente terribles. Pero una o dos comidas no tienen por qué hacerles daño.

Hizo una pausa.

—Sin embargo, no recomiendo que les demos nuestra comida. —Metió la mano en la bolsa y sacó un pez que se agitó en su palma—. Pregúntales a tus amigos si es comestible.

Lo hice. Nia hizo el gesto de afirmación. Marina le entregó el pescado al hombre rubio.

—Ásalo. No le añadas nada. Ni mantequilla ni sal.

—Muy bien —contestó el hombre. Se marchó a la cocina.

Marina se sentó.

—Siempre hay alergias, y reacciones impredecibles de un tipo u otro. No queremos matar a los primeros alienígenas que encontramos.

—No —dije yo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Nia.

—El hombrecito va a cocinar el pescado. La mujer que acaba de llegar dice que es posible que nuestra comida pueda hacerlos daño.

—¡Aiya! —dijo el oráculo—. Esta es una experiencia extraña.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

La mujer negra se presentó. Se llamaba Marina a la Vista del Olimpo, y procedía de Marte. Era bióloga. Su especialidad era la taxonomía. Se había pasado años clasificando la vida fósil de su planeta.

—Llegó a ser deprimente. ¡Todas aquellas criaturitas maravillosas! Tan extrañas como cualquier cosa que tuvimos en la Tierra durante el Precámbrico. Y todas desaparecidas. Todo muerto. El planeta estaba muerto excepto por nosotros. Ya puedes comprender por qué aproveché la oportunidad de unirme a la expedición.

Nia parecía irritada.

—Es difícil estar con gente que no entiende el lenguaje de los regalos.

Hice el gesto de acuerdo. El hombre rubio volvió con dos platos de pescado a la parrilla.

—Ha sido difícil —dijo—. Ni siquiera lo he podido aliñar.

Nia y el oráculo comieron rápida y limpiamente con las manos. Los demás tratamos de no mirarlos.

Cuando terminaron, Nia dijo:

—Voy al bosque. Si puedo encontrar el tipo adecuado de madera, haré una trampa. Tenía miedo de acercarme al lago, porque tu gente parecía estar por todas partes. Pero ahora tengo menos miedo. Y si no puedo comer vuestra comida, tendré que encontrar comida para mí.

Hice el gesto de asentimiento.

—¡Tantas cosas nuevas! ¿Cómo salgo de esta casa?

La conduje a la puerta.

—Volveré al anocheecer.

Se dio la vuelta y se encaminó hacia el bosque atravesando el campamento. La gente la miraba. Yo regresé al comedor.

—Me gustaría dormir —dijo el oráculo.

—Muy bien —respondió Derek.

Se marcharon. El hombre rubio estaba apilando los platos y los vasos.

—Van a tener que aprender a recoger ellos solos.

—No es probable que usen mucho el comedor.

—Tal vez no. —Entró en la cocina.

Miré a Marina.

—Tengo que ir a darle de comer a una cosa fea-desagradable —dijo. —¿Qué?

—Estoy recogiendo especímenes y todavía no he empezado a ponerles nombres en latín. Ha sido un día sorprendente. Hasta luego.

Se marchó. Me quedé allí un rato, sola, pensando: «Están vivos». Luego salí.

El viento soplaba del sureste, dispersando las nubes. A media tarde el cielo se despejó. Localicé la cúpula de biología. Era amarillo pálido y estaba llena de cajas. La mayoría de las cajas estaban llenas. Los pájaros piaban. Los bípedos trinaban. La cosa fea-desagradable gruñía y rugía.

—¿Qué es? —pregunté.

—Me imagino que es un príncipe con algún tipo de maldición —respondió Marina—. ¡Mira esas verrugas! ¡Mira esas cerdas!

La criatura caminaba, haciendo chasquear las zarpas. Estaba diseñada para cavar y tenía un morro largo y estrecho. No era muy distinta a un oso hormiguero. La criatura tenía un montón de dientes.

—Ya veo qué tiene de fea.

—Pero ¿en qué es desagradable? Vomita cuando se pone nerviosa. Creo que es un mecanismo de defensa. Me deja fuera de combate.

—¿Qué es?

—Una pregunta interesante. —Marina se sentó en una esquina de la mesa. Junto a ella había una jaula llena de pequeños lagartos con franjas amarillas y rosa vivo. Los lagartos se encaramaron por los lados de la caja y colgaron desde lo alto—. Vamos, vamos, pequeños. No pretendía asustaros.

Los lagartos dejaron de moverse. Colgaron boca abajo, petrificados. Tuve la sensación de que creían ser invisibles.

—¿Recuerdas la cueva que encontrasteis justo antes de llegar al valle del río?

La miré, sorprendida.

—Sí.

Ella sonrió.

—He visto los informes. Había pinturas en las paredes. Personas y bípedos y algunos lagartos bastante grandes, pero ningún... no estoy segura de cómo llamarlos... ningún pseudomamífero. O mamaloide. Ningún bicho peludo.

«Creemos que cabe la posibilidad de que los dos continentes hayan permanecido separados mucho tiempo y hayan desarrollado dos ecologías diferentes.

»Hay aves en el continente grande. Podrían haber volado hasta allí. Y un montón de animales parecidos a los mamíferos. Pero no bípedos.

»Este continente está lleno de aves y bípedos y animales que nos recuerdan a los lagartos. Pero no hay muchos animales con pelo. La mayoría son pequeños o, si no son pequeños, están domesticados.

—Vinieron con la gente —dije yo—. Y la gente vino del continente grande.

—Exacto. Eso es lo que pensamos. Pero trabajamos casi sin ningún dato.

«Creemos que las pinturas que visteis se hicieron después de que llegaran las primeras personas pero antes de que tuvieran mucho efecto sobre la fauna local. Tal vez las primeras personas llegaron antes de la domesticación de los animales. O tal vez tenían barcas demasiado pequeñas para traer muchas cosas. Como decía, casi no tenemos datos.

«Lo cual nos lleva a feo-desagradable. —Lo señaló.

El animal ronroneó, luego bostezó, mostrando filas de dientes puntiagudos. Una lengua negra se enroscó. ¿Qué comía?

—Carne cruda y hojas —dijo Marina—. Es omnívoro.

—¿Sabes leer la mente?

—Puedo hacer una deducción obvia. —Volvió a señalar—. Es demasiado grande para haberse escondido en una barca, o una balsa, o lo que sea que utilizaran para llegar hasta aquí. Y no se me ocurre ningún motivo para que nadie trajera una cosa así en un viaje por el océano. Y no se parece en nada a los mamaloideos que he visto.

Hice el gesto de duda.

—Será mejor que hables en inglés.

—¿No lo hago?

—No. Para empezar, no tiene tetas. No encuentro ninguna evidencia de que amamante. Los animales del continente grande lo hacen. En otro sentido, tiene vestigios de escamas. Están ocultas entre las verrugas y las cerdas.

—¿De veras?

Eché otro vistazo al animal. Era difícil adivinar qué era. ¿Un perezoso? ¿Un comehormigas espinoso? No. ¿Y un lagarto peludo? Tal vez. ¿O un cruce entre un puma y un sapo?

Nada encajaba. Era su propia clase de criatura.

—¿Crees que pondrá huevos?

—Tal vez. No lo sabré hasta que lo abra.

Decidí no pensar en eso.

—¿De dónde crees que procede?

—No tengo ni idea. Tal vez evolucionó aquí. Tal vez vino de una de las islas. Tal vez sea del continente grande. Puede que haya cambiado después de llegar aquí, encontró un nicho ecológico vacío y creció para ocuparlo.

»En la nave hemos vivido un puro infierno. Hemos tenido demasiadas preguntas y demasiada poca información. Nos hemos quedado allí sentados urdiendo teorías descabelladas, como un puñado de arañas a quienes hubieran dado un alucinógeno.

—Marina se levantó—. Bueno, eso se acabó. Voy a salir a comprobar mis trampas. —Sonrió—. Es sorprendente. No tengo ni idea de lo que voy a encontrar.

Me quedé contemplando los animales. Todos tenían el aspecto levemente miserable de las criaturas enjauladas. Tal vez estaba extrapolando. No me hubiese gustado estar en su lugar. Tal vez a ellos no les importaba.

El feo-desagradable me miró, luego continuó caminando un poco más. ¿Se estaba poniendo nervioso? Decidí marcharme.

Ahora había dos barcos en el embarcadero y la gente descargaba cajas. Fui a ayudar.

Terminamos aproximadamente cuando el sol se ponía. Los acantilados del río proyectaban largas sombras sobre el campamento. El lago seguía brillando, reflejando el cielo verdiazul. La gente a la que había ayudado me dio las gracias. Regresé a mi cúpula y encontré a Derek en el pasillo, ante mi habitación. Iba vestido con unos pantalones vaqueros blancos. Los pantalones estaban empapados. No llevaba nada más.

—Acabo de presentarle al oráculo el agua fría y el agua caliente. Será mejor que eche otro vistazo. Podría ahogarse. Ve a la cúpula de suministros. Trae pantalones medianos y una camisa. No puede seguir llevando esos harapos.

—De acuerdo. —Me di la vuelta y regresé por donde había venido.

Cuando volví el oráculo había salido del cuarto de baño. Caminaba por el pasillo con una toalla de flores. Una de nuestras compañeras de la cúpula (una mujer asiática) lo observaba. Parecía divertida.

—¿Dónde está Derek? —pregunté.

—En la habitación del agua. ¿Me has traído algo para ponerme?

—Sí. Entra aquí. —Lo conduje hasta mi habitación. La mujer sacudió la cabeza y se dedicó a lo suyo.

Lo ayudé a ponerse los pantalones cortos. Eran azul Tierra con un montón de bolsillos. La camisa era de algodón, de manga corta: una camiseta, en realidad, amarilla y con el nombre de la expedición en caracteres chinos rojos. Necesitó ayuda también con eso.

Cuando la pugna terminó, di un paso atrás y lo miré. Tenía la bragueta cerrada. Su

pelaje estaba solo un poco desordenado.

Entonces llegó Derek.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó el oráculo—. ¿Impresionante? ¿Es así como se supone que un hombre tiene que vestir entre vuestra gente?

—Sí.

—Mira detrás —dije yo.

Él se dio media vuelta y se encontró con un espejo.

—¡Aiya! ¡Qué grande! Ni siquiera mi madre la hechicera tenía un lo-que-sea tan grande como este.

Observó su reflejo, frunciendo el ceño, mostrando luego los dientes. Se sacó un resto de algo de entre los incisivos superiores.

—Espero que Nia regrese pronto. Tengo hambre. Es difícil darse un baño como lo hacéis vosotros.

—Puedes volver a repetirlo —dijo Derek.

—No —respondió el oráculo—. Una vez es suficiente. Ahora quiero salir. Vuestras casas son demasiado pequeñas. Me siento como si las paredes me apretujasen. —Unió las manos para ilustrarlo.

—Llévatelo tú —dijo Derek—. Quiero cambiarme de ropa y echar una cabezada.

—De acuerdo.

Las luces del campamento se habían encendido ya. Brillaban encima de las puertas y en lo alto de postes de metal. Un escalador recorría el terreno irregular. Alguien me llamó. Sonreí y saludé, sin reconocer la voz.

Terminamos en el embarcadero. También había luces allí: pequeñas luces brillantes que iluminaban nuestros pies y la superficie del muelle. No estaba completamente segura de su composición. ¿Cer-met? ¿Fibra de vidrio? Algo gris y áspero. Se agitaba bajo nuestro peso. Los segmentos se alzaban y caían cada vez que llegaba una ola.

Alrededor de las luces zumbaban los insectos. Todos eran del mismo tipo: cuerpos verdes y estrechos y enormes alas transparentes. Las alas resplandecían.

—Casi estoy dispuesto a comérmelos —dijo el oráculo.

Contemplé la playa. Una persona surgió de la oscuridad, trayendo una sarta de pescados.

—¿Nia? —llamé.

—¡Li-sa! Necesito un cuchillo.

Palpé en mi bolsillo.

—Tengo uno.

—He encontrado un lugar donde acampar. Una cueva. —Se volvió y señaló hacia el acantilado, que era visible solamente como una zona de oscuridad entre las luces del campamento y las estrellas—. Hay agua y leña seca.

—Puedes quedarte con nosotros.

Ella hizo el gesto que significaba «gracias, pero no».

—Entonces ¿puedo ir con vosotros?

—¿Por qué?

Vacilé. ¿Cómo explicarlo? El día había sido demasiado atareado. Había recibido demasiada información. Necesitaba paz y tranquilidad. Un entorno familiar.

—Ven —dijo el oráculo—. No necesitamos saber por qué.

Atravesamos el campamento, manteniéndonos en las sombras, y subimos el acantilado. Allí debía de haber un sendero. No pude verlo.

Seguí el sonido que hacía Nia, abriéndose paso entre las ramas, saltando por encima de las rocas. Detrás de mí, el oráculo jadeaba sin aliento. Yo también jadeaba.

—Este es el lugar —dijo Nia.

Me detuve.

—Quédate donde estás, Li-sa. Sé que tus ojos son casi inútiles en la oscuridad.

Obedecí.

—¡Aiya! —se quejó el oráculo—. ¡Qué escalada! No me gusta cómo quedan estas ropas. Son demasiado ceñidas.

Apareció una llama. Distinguí a Nia, agachada y soplando. La llama se hizo más brillante. Ella giró sobre sus talones y tomó un puñado de ramas. Con cuidado, una a una, las colocó en el fuego, que ardía en el centro de un claro. A un lado estaba el acantilado del río, alzándose en perpendicular y casi pelado de vegetación. Distinguí la cueva. Era muy poco profunda: un saliente, en realidad.

El resto del claro estaba rodeado de pequeños arbustos. Por los troncos y las ramas crecían enredaderas. Árboles enteros estaban cubiertos o envueltos. Las hojas de las enredaderas eran púrpura.

—Dame tu cuchillo —dijo Nia.

Desplegué la navaja y se la entregué. Ella limpió el pescado y lo envolvió en hojas, y luego lo colocó sobre las brasas al borde de la hoguera.

—Hay agua cerca. Me olvidé de pedir algo donde ponerla.

—No tengo sed —dije, y me senté.

—¿Qué pasará ahora, Li-sa? ¿Se marchará tu gente y te llevará con ellos?

—Todavía no. —Me abracé las rodillas. Miré la hoguera y pensé que ella debió de conseguir conservar su equipo para encender fuego después de que la canoa volcara. ¿O se las había apañado para encontrar piedras que funcionaban tan bien como su pedernal y su acero?—. Quieren intercambiar regalos. Dicen que hay un poblado al noroeste de aquí, en un río pequeño que desemboca en el río grande. Planean ir allí y preguntarle a la gente si pueden quedarse en este país, al menos durante un tiempo.

Nia guardó silencio. Yo me quedé mirándola.

—¿Crees que dirán que no?

—No sé qué dirán.

—Me parece que nos dijiste que tu pueblo vive en el lado oeste del río —dijo el oráculo.

—Sí.

Volví a mirarla. La frente baja y ancha estaba arrugada, y sus arcos ciliares parecían más prominentes que de costumbre. Sus ojos quedaban ocultos en la sombra.

—¿Pertenece el poblado al Pueblo de Hierro, Nia? —pregunté.

—Eso creo. Debería. Este es su país.

—¿Qué pasará si te encuentran aquí?

—Ya te lo dije antes. Me tratarán como tratan a todos los extranjeros.

—No hay ninguna posibilidad de que seas... —vacilé, y luego empleé una palabra que significaba dañada por accidente. No parecía haber una palabra que significara ser dañada o herida intencionadamente, a menos que usara las palabras que describían las peleas de los hombres.

Ella pareció sorprendida.

—No. No están locas. No son el pueblo cuyo don es la estupidez.

—¿Qué?

—¿Conoces esa historia? —dijo el oráculo—. Siempre me ha gustado.

Lo miré.

—¿De qué trata?

Nia usó un palo para sacar el pescado del fuego. Se escupió en los dedos y luego desenvolvió las hojas.

—¡Hu! ¡Está caliente!

—¿Ya está el pescado? —preguntó el oráculo.

Nia hizo el gesto de asentimiento.

—Bien —el oráculo se acercó al fuego.

Comieron.

Cuando terminaron y se lamían los dedos, dije:

—Contadme la historia.

Nia hizo el gesto de pregunta.

—El pueblo cuyo don es la estupidez.

—Sí —dijo el oráculo—. Cuéntala.

—En el lejano norte vive un pueblo —dijo Nia.

—No —corrigió el oráculo—. Vive en el oeste.

Nia pareció enfadarse.

—Te dejaré que la cuentes como quieras —dijo el oráculo—. Aunque estés equivocada.

Nia hizo el gesto que significaba «sea pues».

—En el lejano norte vive un pueblo. Lo hacen todo al revés. Los hombres se quedan en casa. Cuidan a los hijos. Las mujeres pastorean y cazan.

—Eso sí que está bien —dijo el oráculo.

—Son personas estúpidas y torpes. Atan a sus animales dentro de sus tiendas. Viven fuera bajo el cielo. La lluvia les cae encima. La nieve se amontona a su

alrededor. El viento gime y aúlla en sus oídos.

El oráculo hizo el gesto de acuerdo, seguido del gesto de satisfacción.

—Cuando tratan de cocinar una comida, encienden el fuego dentro de la olla, y cuando está ardiendo bien, apilan la carne alrededor de la olla, contra el metal caliente. Todo se hace estúpidamente. Hay muchas historias sobre las formas en que se aparean mal. No parecen capaces de recordar dónde va cada cosa.

El oráculo se inclinó hacia delante.

—Hay una historia sobre un hombre. Llegó la época de apareamiento y salió de la aldea. Encontró una olla en la llanura. Alguien, otro idiota, la había dejado allí. Estaba bien hecha y era bonita. Brillaba a la luz del sol.

»Qué hermosa eres —le dijo a la olla—. No buscaré más.

»Se apareó con la olla, y luego regresó a su poblado.

»Más tarde se enfadó cuando la olla no fue al poblado a llevarle a los hijos para que los criara. Salió y la encontró, allí donde la había dejado. “¿Dónde están mis hijos, cosa estúpida? ¿Dónde están mis hermosas y fuertes hijas?”

»Le dio una patada a la olla y la volcó. Por dentro estaba roja de óxido.

»E1 hombre cayó de rodillas. “¡Oh, olla! ¡Oh, olla! ¡Has abortado? ¿Ha sido culpa mía? ¿Mató mi furia a mis hijos?”

El oráculo se detuvo.

—¿Es ese el final de la historia? —pregunté.

—No sé ninguna más.

—Nunca he oído esa —dijo Nia.

—Hasta ahora —respondió el oráculo.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

—La historia que sé es de una mujer que se confundió en la época de aparearse. En vez de esperar a que un hombre saliera del poblado y fuera al territorio que ella vigilaba, esta mujer encontró un osupa. Se apareó con él. No sé por qué el animal accedió. Tal vez los animales son también estúpidos en ese país.

»Pasó el tiempo. La mujer tuvo un hijo. El hijo estaba cubierto de plumas y tenía cola.

»Qué niño tan bonito —dijo la mujer—. No es nada corriente.

»E1 niño creció. No aprendía las artes de los hombres. En cambio, se iba a cazar a la llanura. Corría más rápido que ninguna persona ordinaria. Capturaba animalillos con sus garras y dientes.

»Mi hijo es especial —decía la mujer—. Nadie ha visto a un niño como este. Alardeaba ante las otras mujeres cuando las encontraba. Ellas se enfadaron, porque tenían hijos corrientes, que hacían lo que se esperaba de ellos.

»“Todas queremos hijos poco corrientes”, dijeron.

»Llegó el siguiente apareamiento, y todas se aparearon con animales.

—No conozco esta historia —dijo el oráculo—. Creo que es repugnante.

Nia pareció preocupada.



—Si no te gusta, aléjate para no oírla —dije yo—. Quiero oír el final.

El oráculo se levantó, luego volvió a sentarse.

—La historia es repugnante, pero soy curioso.

—No estaba pensando —dijo Nia—. He pasado demasiado tiempo con gente extraña. Esta no es una historia para un hombre.

—Nia, no puedes parar ahora.

—Sí que puedo.

Miré al oráculo.

—Vete.

Él frunció el ceño.

—¿Tengo que hacerlo?

Hice el gesto de asentimiento.

Se levantó, reacio, y se alejó un poco, hasta sentarse de espaldas a nosotros mirando la oscuridad.

Me volví hacia Nia.

—No hay mucho más. Todas las mujeres tuvieron hijos peculiares. Algunos eran como aves de tierra. Otros como cuernicurvos. Una mujer se apareó con un asesino-de-la-llanura. No sé cómo lo consiguió. Su hija estaba hecha completamente de dientes y garras.

»Ninguno de esos hijos quería entrar en el poblado. Se quedaban en la llanura y se cazaban unos a otros. No aprendieron las habilidades de las personas.

»Al principio las mujeres fueron felices. “Todos nuestros hijos son poco corrientes. Hemos hecho algo que no se había hecho nunca.”

«Entonces advirtieron que no tenían a nadie para ayudarlas. Y los hombres del poblado advirtieron lo mismo. Salieron, hombres y mujeres, y les suplicaron a los hijos: “Dejad la llanura. Aprended las habilidades de las personas. Necesitamos herreros y tejedoras. Necesitamos héroes y mujeres que sepan cómo hacer bellos bordados.”

»Pero los hijos no escucharon. En cambio, huyeron. Se volvieron completamente animales.

»Los del pueblo cuyo don es la estupidez tuvieron que volverse los unos hacia los otros. Se aparearon de la manera adecuada. Las mujeres tuvieron hijos corrientes. Los hombres los criaron. Fueron como sus padres. Estúpidos, sí. Torpes y atontados. Pero personas.

Hizo el gesto que significaba «está terminado».

—Vuelve —le dije al oráculo.

Él regresó. Permanecimos sentados en silencio. Nia parecía deprimida y el oráculo estaba hosco. Me sentí molesta.

¿Qué significaban las historias? Ambas trataban sobre la pérdida de los hijos. ¿Eran la manifestación de un problema? ¿Se preocupaban por los abortos y los hijos lisiados como hacíamos en la Tierra?

No era probable. El planeta estaba limpio. Esa gente no había llenado su entorno de toxinas.

Había otra explicación. Las historias trataban de un pueblo que lo hacía todo al revés. Tal vez el mensaje era sociológico, no biológico. Si quieres hijos sanos, sé corriente.

Un buen mensaje. Relevante y verdadero. Mírame a mí. Mira a todos los de la nave. No éramos corrientes. La mayoría no teníamos hijos. Los que los tenían se habían separado de ellos hacía ciento veinte años.

Me dolía el cuello. Me lo froté.

—Voy a volver al poblado. Necesitamos mantas si vamos a quedarnos a pasar la noche, y algo para guardar agua. Tengo que decirle a Derek dónde estoy.

Nia hizo el gesto de reconocimiento, luego señaló.

—El sendero empieza allí.

Me levanté y me desperecé, hice el gesto de acuerdo y me encaminé en la dirección que había indicado.

Perdí el sendero en la oscuridad y tuve que abrirme paso entre las rocas. Las ramas se me engancharon en la ropa. Los espinos me arañaron. Me caí un par de veces. Finalmente llegué abajo; las luces del campamento brillaban delante de mí.

El pasillo principal de mi cúpula estaba vacío. Llegaban voces a través de una puerta cerrada: un par de mujeres charlando. Más allá alguien tocaba una flauta china. En directo. Lo supe por los errores.

Encendí la luz de mi habitación y abrí el cajón que había bajo mi cama. Como esperaba, contenía una manta.

—¿Dónde has estado? —preguntó Derek. Entró y cerró la puerta. Se había puesto unos vaqueros azules y una camisa de algodón celeste. Y se había afeitado. La piel de su cara era marrón rojizo arriba y blanca abajo. Un efecto extraño. Llevaba muy corto el pelo rubio.

—¿Encontraste un barbero?

Él hizo el gesto que significaba «no importa» o «hablemos de otra cosa».

—Te he estado buscando por todo el campamento.

—Estaba arriba, en el acantilado. Necesito tu manta.

—¿Por qué?

—Nia y el oráculo han acampado por su cuenta. No tienen nada para dormir.

—¿Por qué no bajan?

—No se lo he preguntado. Tal vez se sienten como yo. Aquí hay demasiada gente. Todo es demasiado complicado.

—No sabes ni la mitad. Traeré mi manta. —Se marchó y regresó un par de minutos más tarde—. ¿Qué más necesitas?

—Almohadas no. Ya será bastante difícil subir las mantas por ese acantilado. Y los nativos no usan almohada. Estoy intentando decidir si quiero alojarme con Nia.

Él me lanzó la manta. Se desplegó en el aire y cayó en un montón desordenado.

—Maldición.

—Ahora vuelvo.

Recogí la manta y volví a doblarla. Derek regresó con otra manta, que añadió a la pila.

—A Janos no le hará falta.

—¿Crees que no?

—La cúpula ya está demasiado caldeada. Te acompañaré hasta el límite del campamento. No me gusta demasiado estar aquí dentro.

Recordé las historias que se contaban sobre Derek. Tenía una casa en Berkeley llena de artefactos y libros. Un montón de libros. La mayoría, de papel. Algunos eran nuevos y procedían de imprentas especializadas. Otros eran viejos y frágiles.

Trabajaba en casa. Sus invitados se alojaban allí. Si una de las invitadas era amante suya, él se quedaba en la casa. Pero cuando estaba solo, dormía en un cobertizo del patio trasero. El techo era un trozo de tela extendido sobre bambú viviente. El suelo era de hierba. No usaba saco de dormir ni ningún tipo de colchón. Cuando hacía calor, dormía sobre la hierba. Cuando hacía frío (en el lluvioso y brumoso invierno del norte de California) usaba una manta ajada.

Esa era la historia. Yo no sabía si creerla.

Dejamos la cúpula y caminamos en la oscuridad al pie del acantilado. Yo llevaba las mantas.

—Muy bien. —Derek se detuvo—. Ya estamos lo bastante lejos. —Miró las luces del campamento—. ¿Entregaste tu grabadora?

—Sí. ¡Maldición!

—¿Qué?

—Nia y el oráculo han estado contando historias. Me olvidé que no tenía una grabadora a mano.

—Eso no debería ser ningún problema para ti. Conozco tu reputación. Si algo te interesa, lo recordarás.

—Ya. Pero prefiero tener siempre una copia de seguridad.

—De eso también tienes reputación. —Me tocó el brazo—. Tengo algo que decirte.

—¿Qué?

—He tenido una conversación con Eddie esta tarde. Vino después de que te marcharas con el oráculo.

—¿Sí?

—Quiere que vayamos con él y con Ivanova río arriba. Quiere que les sirvamos de traductores.

—¿Eddie va a ir? ¿Un hombre?

—Eso fue parte del trato. Se supone que vamos a enviar representantes de cada una de las tres facciones: a favor de la intervención, en contra de la intervención, y la postura de compromiso.

—¿Por qué?

—Para explicarles nuestro problema a los nativos. Para confiarles nuestra situación y pedirles la respuesta. Ya que es su planeta. —Me pareció que había sarcasmo en la voz de Derek.

—Puede que eso tenga sentido, aunque no estoy diciendo que lo tenga. Pero ¿para qué envían a un hombre?

—Eddie es el principal valedor de la no-intervención. Y se supone que nosotros somos sinceros con los nativos. Tenemos que explicarles, que demostrarles cómo somos.

—Una locura.

—Ajá. Y eso no es lo que quería contarte. —Derek hizo una pausa—. Eddie quiere que mintamos.

—¿Qué?

—Quiere que cambiemos lo que diga Ivanova cuando hable con los nativos. Quiere que nos aseguremos de que a los nativos no les gusten sus argumentos.

—¡No! Nos pillarían, seguro. La reunión se grabará, y alguien comprobará nuestra traducción. Tal vez no inmediatamente, pero pronto.

—Se lo he dicho. Él ha contestado que podríamos hacerlo con sutileza. Podríamos forzar un poco las palabras. Retorcerlas una pizca. Cambiar la entonación.

—No puedo creer que Eddie sea capaz de esto. Llevo años trabajando con él.

—¿Crees que estoy mintiendo?

Lo miré, pero apenas vi nada.

—No —dije por fin—. ¿Qué le has dicho?

—Que el riesgo era demasiado grande, y que todo lo que ganaríamos sería un poco de tiempo. Ivanova y su gente no van a hacer las maletas y regresar a casa. Quieren estar en este planeta. Irán al siguiente poblado y pedirán permiso para aterrizar. Tendremos que mentir de nuevo.

»¿Y qué vas a hacer, le pregunté, cuando baje el resto del equipo sociológico? ¿Pedirles a todos que mientan? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que alguien se niegue y acuda al consejo de toda la nave?

—Esto no es una cuestión ética para ti —dije.

—Estoy dispuesto a mentir. Pero solo por mis propios motivos y solo si estoy perfectamente seguro de que no me pillarán. —Hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, su voz había cambiado. El tono burlón había desaparecido—. No estoy seguro de que la intervención sea una mala idea. Eddie no procede de una cultura con tecnología preindustrial. Cuando trabaja sobre el terreno lleva un equipo moderno de primeros auxilios y una radio. Si se mete en líos, puede gritar pidiendo ayuda. Nunca ha vivido la experiencia por la que hemos pasado nosotros, aquí en este planeta. Y nunca ha vivido lo que yo he experimentado, al crecer.

—Le has dicho que no.

—Le he dicho que tal vez. Lo más cuidadosamente posible, en caso de que

hubiera una grabadora conectada. Pero él cree que tiene una posibilidad de convencerme.

—¿Por qué lo harías?

—Nunca tomo una decisión apresurada, mi amor. Y nunca limito mis opciones hasta que no me queda más remedio.

—No te comprendo.

El se echó a reír.

Esperé.

—Eddie admite que su plan no hará nada sino comprar tiempo. Interesante, ¿no?, cómo las metáforas de comprar y vender han permanecido en el lenguaje. Compramos tiempo. Vendemos nuestro honor. Dice que en realidad no sabe lo que va a hacer con el tiempo. Pero no dejará que a esta gente le pase lo mismo que a su pueblo en las Américas. Está dispuesto a arriesgarlo todo con la esperanza de evitarlo.

—Vaya —dije.

—Sube con Nia y el oráculo. Creo que yo voy a buscar una botella de vino. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me emborraché.

Subí por el acantilado y me perdí de nuevo. No tengo ni idea de cuánto tiempo estuve dando vueltas, enredándome en los matorrales, tropezando con las raíces y resbalándome por cuevas de tierra y piedra, para volver a escalar de nuevo, maldiciendo.

Al final encontré el campamento. Me acerqué a la luz de la hoguera. El oráculo alzó la mirada.

—Tienes el pelo lleno de hojas. Y hay tierra en tu cara.

—No me sorprende. —Solté las mantas—. Ahí tenéis. ¡Maldición! ¡Se me olvidó algo para guardar agua!

Nia hizo el gesto que significaba «no importa». El oráculo tomó una manta y la frotó con una mano.

—Me gusta la textura, aunque no es tan suave como la lana de un espalda plateada. —Se envolvió en la manta.

Yo tomé una manta para mí y me acosté en la cueva. Durante un rato estuve mirando la luz del fuego, que fluctuaba sobre la pared y el techo de piedra.

Me desperté al amanecer. El oráculo estaba sentado en el claro, añadiendo ramas al fuego. Su ropa (los pantalones cortos azules y la camisa amarilla de algodón) estaba ya un poco sucia.

—¿Dónde está Nia?

—Ha ido a mirar sus trampas para peces.

Me levanté y saqué la navaja.

—Necesitaré esto. Yo voy a bajar al poblado a comer.

—¡Tienes suerte! Ojalá tuviera yo un lugar para comer. Me estoy cansando del pescado.

—Tal vez pueda conseguir algo.

Esta vez el trayecto fue fácil. El sendero era claro. ¿Quién lo había marcado?, me pregunté. ¿Iba gente a ese lugar?

Entré en mi cúpula y me duché y me puse ropa nueva: un mono color burdeos, un cinturón blanco, calcetines blancos y sandalias japonesas. Me recogí el pelo y me miré en el espejo. Decididamente necesitaba un corte de pelo. Pero ¿de qué estilo? Tal vez fuese mejor que esperara a volver a la nave. Meiling siempre sabía qué estaba de moda. Fui al comedor.

Eddie y Derek estaban sentados juntos, a la sombra, y Eddie no llevaba las gafas. Me serví café y un bollo y me acerqué.

—Menos mal que has aparecido —dijo Derek—. Eddie ha decidido que necesitamos celebrar una reunión.

Me senté y tomé café. ¡Qué aroma! ¿Cómo había vivido sin él?

—Le estaba diciendo a Derek que tenéis que empezar vuestros informes —dijo Eddie—. Ahora estáis en un entorno nuevo. Tenéis un tipo distinto de información. Va a empezar a interferir.

—La Ley de la Memoria de Gresham —apuntó Derek.

—¿Qué?

—La nueva información desplaza a la antigua. La mala información desplaza a la buena.

Unté el bollo con mermelada de banana y castaña.

—No creo que esa formulación sea adecuada.

—Es frívola e inútil —dijo Eddie—. Pero así parece que es el estado de ánimo de Derek esta mañana. —Miró el cuaderno que tenía delante. Estaba abierto y había letras en la pantalla—. ¿Empezarás el informe, Lixia?

—Sí.

—¿Hoy?

—Sí.

Eddie pulsó un botón en el cuaderno. Una línea de letras desapareció.

—El equipo médico dice que quiere observaros un día más.

—No a nosotros personalmente —dijo Derek—. Están estudiando nuestros cultivos. Si mañana por la noche no ha aparecido nada extraño y terrible, podremos volver al trabajo.

Eddie parecía impaciente, pero dejó que Derek terminara de hablar. Luego se inclinó hacia delante.

—Ivanova y yo queremos que nos acompañéis cuando vayamos río arriba.

Hice el gesto que significaba «lo sé».

—¿Vendrás?

—Sí.

Él volvió a pulsar un botón. Otra línea de letras desapareció.

—Derek ha sugerido que le pidamos a Nia y el oráculo que vengan.

—No sé si eso es una buena idea. Ella pertenece a ese poblado. La enviaron al exilio. No le harán daño si vuelve, pero puede que su bienvenida no sea especialmente cálida.

—Pregúntale a ella —dijo Derek.

—¿Por qué quieres que vaya?

—El oráculo y ella saben más sobre los humanos que ninguna otra persona del planeta. Puede que tengan algo útil que decir sobre el problema al que nos enfrentamos. Y no quiero dejarlos a los dos solos en mitad de ninguna parte. No podemos darles comida y no sé cómo se sentirán los demás si les damos herramientas o armas. Dios sabe qué sucederá si estos salvajes disponen de anzuelos o cuchillos con hoja de acero inoxidable. Y... —Hizo una mueca—. Tengo miedo de dejarlos aquí sin protección. El equipo médico quiere examinarlos. Igual que los biólogos y los psicólogos y... ¿Qué te parece?

Terminé el bollo, acompañándolo con el café.

—Podríamos preguntárselo a Nia. Derek tiene razón. Es casi una experta en humanos. No podemos dejarla sola en la llanura. Y odiaría volver y descubrir que se ha marchado a causa del equipo médico. Podría hacerlo. No se siente completamente cómoda con nosotros y un reconocimiento médico puede ser bastante deshumanizador, aunque sepas lo que está pasando.

Eddie asintió. Más letras desaparecieron del cuaderno. Eché un vistazo. La pantalla estaba vacía excepto por dos caracteres. Entorné los ojos. El número cuatro y un signo de interrogación.

—¿Es todo?

Él me miró sombrío. Llevaba una camisa azul esa mañana, de sencillo algodón, abierta en el cuello para mostrar un collar de concha y hueso. Tenía el pelo recogido en un moño de perlas: un diseño geométrico. Trabajo dakota, igual que el collar. La mayor parte de sus antepasados habían sido anishinabe, pero unos cuantos procedían de los Fuegos de los Siete Consejos. Unos cuantos más eran franceses o ingleses.

—Hay una cosa más. —Hizo una pausa.

—Ya se la he contado —dijo Derek.

—¿Qué piensas, Lixia?

—Pienso que es una mierda de idea.

Eddie suspiró. El número cuatro desapareció. Desconectó el cuaderno y lo cerró, plegando la pantalla sobre el teclado. El cuaderno era todavía demasiado grande para guardarlo en un bolsillo corriente. El problema eran los dedos humanos. No habían sido miniaturizados. El teclado debía tener al menos veinte centímetros de ancho para que la mayoría de la gente lo usara.

—Me lo temía —dijo Eddie—. Hablaré contigo más tarde. Por favor, comienza el informe.

Se marchó, llevándose el cuaderno en una mano.

—Va a ser una conversación desagradable —dije.

Derek hizo el gesto de acuerdo.

—Si le hubieras dicho que no, podría haberla evitado.

—Ajá.

—Si le hubieras dicho que no, estaría cabreado contigo. Ahora va a cabrearse conmigo.

—Tal vez.

—¿Lo tenías planeado?

—No planeo tantas cosas como crees.

—Ya.

Llevé mis platos a la mesa de reciclaje y luego me marché a la cúpula de suministros para hacerme con un cuaderno con 256K de memoria.

Me pasé la mañana en mi habitación. Primero escribí las historias que había oído la noche anterior: las del pueblo cuyo don es la estupidez.

Después hice un esbozo de mi informe.

Lo dejé a mediodía y fui a tomar un bocadillo. Me estaba perdiendo un día precioso. Enormes nubes recorrían el cielo. El lago brillaba. Había gente en el embarcadero, descargando más cajas. Me llevé el bocadillo a mi habitación y me lo comí mientras escribía.

Advertí, por fin, que me dolía la espalda. Ya no entraba luz por mi ventana, y el cielo era más verde que azul. Un color de última hora de la tarde. Guardé el trabajo, apagué el cuaderno, me levanté y me despecé.

Era demasiado pronto para cenar. En cualquier caso, no tenía hambre. Decidí dar un paseo.

Me dirigí al sur rodeando el lago. La playa era llana y relativamente ancha. Era fácil caminar. Aquí y allá caían cascadas por el acantilado. Eran pequeñas y casi secas. Las dejé atrás.

La playa se estrechó. La vegetación se alzaba a mi derecha y olí el aroma húmedo y cercano del bosque. Miré hacia atrás. El campamento no estaba a la vista.

—Ha-runh —dijo algo.

Miré hacia delante. Una criatura había salido de la vegetación. Se encontraba en la playa, a unos diez metros de distancia, observándome con un diminuto ojo oscuro. No parecía inquieta. ¿Por qué iba a estarlo? Era grande como un rinoceronte.

Me quedé quieta, asustada pero también interesada.

Era un cuadrúpedo. No tenía ningún parecido con los cuernicur-vos. Su piel era marrón y sin pelo. Sus patas, gruesas. Tenía una cola larga, que alzaba en una graciosa curva. La punta se agitaba lentamente adelante y atrás. ¿Qué significaba eso? ¿Era un signo de buen humor?

De la cabeza del animal surgían unos extraños cuernos, dos pares de ellos. Me recordaban los tejados voladizos de algunos edificios modernos. O los hongos. Estaban cubiertos de una fina pelusa o de pelo.

Hongos de terciopelo marrón. Tejados voladizos de terciopelo marrón.



El animal me observó un momento más. Luego caminó delicadamente hacia el lago, sin que sus enormes patas hicieran ruido, y se metió en el agua. Tenía un labio superior flexible, casi prensil, que alzó mientras bebía, revelando los dientes. Eran largos y planos, parecidos a palas.

Un herbívoro, casi con toda seguridad. Sospeché que era una cría.

Alzó la cabeza y volvió a mirarme, luego siguió bebiendo.

Hora de marcharse. Retrocedí. El animal siguió bebiendo, aunque su cola empezó a retorcerse. Un movimiento rápido y nervioso. Me pareció que indicaba irritación.

Dejé de moverme.

El animal regresó a la orilla.

¿Hacia dónde podía echar yo a correr? ¿Sería más seguro ir hacia el agua o hacia el bosque?

El animal se detuvo un instante y me miró, luego se dio la vuelta y se marchó trotando por la playa. Lo vi marchar, los anchos cuartos traseros bamboleando, la cola moviéndose de un lado a otro. Desde ese ángulo el animal parecía tonto. No me lo hubiese parecido si hubiera cargado contra mí.

Regresé al campamento, mirando de vez en cuando por encima del hombro para asegurarme de que no me seguía nada. La playa continuaba vacía.

Marina estaba en su cúpula, dándole de comer hojas a un bípedo.

—No le gusta nada de lo que le he dado. Voy a tener que soltarlo. A menos que decida diseccionarlo.

—Tengo que decirte lo que he visto.

Ella me miró. Llevaba lentes de contacto doradas, a juego con sus pendientes, que eran retorcidos y tintineaban cada vez que se movía.

—¿Necesito una grabadora?

—Sí.

Ella encontró una y la conectó.

—Adelante.

Describí al animal.

—¿Tan grande?

—No soy especialmente buena juzgando tamaños. Pero tenía las patas como un elefante. ¿De qué tamaño podía ser?

—No pequeño, desde luego. ¿Podría haber sido un animal doméstico?

—No lo sé. Pero no he visto nada parecido en ningún poblado.

—Si no lo es —ella se pellizcó el labio inferior—, más problemas. Más preguntas. Ojalá supiera a qué dios darle las gracias. —Apagó la grabadora—. Iré mañana y examinaré las huellas. Si tengo suerte, encontraré algunas deposiciones. Así sabremos qué come el bicho.

—Nia podría saber qué es.

Marina asintió.

—Tendría que hablar con ella. ¿Qué tal mañana? Preséntanos. Puede venir

conmigo y buscar montoncillos de mierda.

—Magnífico.

La dejé allí, todavía tratando de dar de comer al bípedo, que era un espécimen precioso. Las plumas de la espalda eran de un suave gris claro. El vientre era blanco crema. Los antebrazos terminaban en garras rosadas y las patas con garras tenían el mismo color delicado. El animal se movía incesantemente de un lado a otro en su jaula. Las manos con garras agarraban la comida de Marina, pero luego la soltaban. Las patas apartaban las hojas.

Me dirigí a la cúpula grande. Esta vez seguí un indicador, que me llevó a la sala común, un espacio grande lleno de mesas bajas y cómodas sillas. Estaba casi vacía. Vi a Brian, sentado con un par de chinos. Alzó una mano para saludarme. Le respondí y me acerqué al bar.

El camarero era un hombre fornido de rasgos mayas. La mayor parte de las veces sus ojos eran de un marrón oscuro corriente. De vez en cuando, cuando la luz los alcanzaba en el ángulo adecuado, se volvían verdes: un brillante color metálico, sorprendente y perturbador.

—Li Lixia. —Me tendió la mano—. Gustavo Isidis Planitia. Pertenezco al equipo médico.

Nos estrechamos la mano. Me dijo que pidiera mi toxina. Pedí chablis.

Él llenó un vaso.

—¿Sigues en cuarentena?

—¿Qué quieres decir?

—Eddie hizo correr la voz de que te dejáramos en paz. Se supone que tenemos que darte tiempo para que te recuperes de lo que sea.

Probé el vino. Era joven y áspero. No había habido ningún modo de mantener la bodega durante el largo viaje y ningún buen motivo para hacerlo. La gente estaba dormida. Los ordenadores no bebían. Todo nuestro vino se había creado en el último año. Todo sabía como aquel o peor.

—Probablemente Eddie tiene razón —dije—. Tenemos algunos problemas para reajustarnos.

—Creo que es un plan —respondió Gustavo—. Conocemos la postura de Eddie. Creo que está intentando controlar la información... de vosotros a nosotros y viceversa.

Lo miré. Sus ojos eran verdes en este momento, brillantes como el plumaje de algún ave tropical.

—Eso suena a paranoia —dije.

—Eso es un término técnico y está pasado de moda. Lo que quieres decir es que piensas que abrigo una sospecha infundada. Lo que has dicho es: creo que estás loco.

—De acuerdo. Retiro lo de la paranoia. Pero me parece que estás equivocado. Gracias por el vino.

—Es un placer. Y me alegro de haberte conocido.

Me senté sola. Había un cuenco de aperitivos en la mesa: nueces y fruta escarchada y otras cosas que no pude identificar. Muy sabrosas. Comí un puñado y bebí vino.

Podía ser cierto. Eddie podía estar intentando aislarnos. Por otro lado yo no estaba de humor para juegucitos políticos. Tal vez él lo sabía y simplemente trataba de protegerme.

Brian se detuvo al salir y me presentó a sus acompañantes. Eran jóvenes y de aspecto dispuesto, del equipo de planetología. Inclinaron la cabeza y me estrecharon la mano y dijeron que era un placer.

—Vamos a tener que hablar —dijo Brian.

—De acuerdo.

—Lo deseamos —dijo uno de los chinos.

—Fervientemente —dijo el otro.

Se marcharon. Bebí más vino y miré por la ventana que tenía encima. Era hexagonal, situada en el techo curvo. Sobre ella había una nube que se movía con el viento y se oscurecía mientras los últimos rayos de sol se reflejaban en ella.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó Eddie.

Hice el gesto de asentimiento.

Ocupó una silla.

—Derek ha hablado con Nia y el oráculo. Él está dispuesto a ir. Ella dice que lo tiene que pensar.

Hice el gesto de reconocimiento.

Él tomó un largo trago de la botella que llevaba (agua mineral), y luego la depositó sobre la mesa y tomó un puñado de frutos secos. Me miró.

—¿Tiene coco?

—No.

—No me gusta el coco. —Comió el aperitivo, acompañándolo de más agua mineral—. Crees de verdad que mi idea es una mierda.

—No funcionará. Nos creará problemas. Y es inmoral. La gente tiene derecho a tomar sus propias decisiones, basándose en información válida.

Él frunció el ceño.

—Creo que Ivanova tiene ventaja. Estoy intentando hacer algo al respecto.

—¿Cómo? —picoteé más del cuenco.

—Esta gente sabe de desconocidos y comercio. Cuando Ivanova hable de intercambio cultural, la comprenderán. Pero no saben nada de tecnología moderna. Y no tienen ni idea de lo que ocurre cuando una sociedad industrial se encuentra con una sociedad que apenas es agrícola.

—Yo no diría «apenas». A mí me parece que tienen una agricultura bastante desarrollada. Y crían animales. Lo que no tienen es un aparato de Estado..., lo cual puede ser signo de una sociedad primitiva o una sociedad muy desarrollada.

—Estás diciendo tonterías, Lixia. Esta gente es tribal, preurbana, y preindustrial.

No tiene el tipo de sociedad que imaginan los anarquistas. Tiene lo que tuvo mi pueblo hasta finales del siglo XIX. —Tras una breve pausa me miró, con expresión pensativa—. No vas a ayudarme, ¿verdad?

—No.

—¿Me denunciarás?

—¿Al comité de toda la nave? No. No estoy segura de cuáles serían los cargos. ¿Corromper a una traductora? ¿Conducta inapropiada para un erudito?

—Dios, qué lío.

Se levantó y se marchó de la habitación.

Por el tono de su voz no supe si estaba enfadado o simplemente deprimido. Enfadado, probablemente. En ese momento no me importó. Iba a importarme por la mañana, cuando estuviera sobria. Pero entonces... Me terminé el vino y comí otro puñado de frutos secos, luego me levanté. Mi coordinación falló. Me tambaleé ligeramente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Gustavo.

—Sí.

Decidí saltarme la cena. No tenía hambre y no me gustaba ser la única borracha de la sala. Curioso, que un único vaso de vino pegara tan fuerte. Me fui a mi habitación y a la cama.

Al despertar, miré hacia arriba y no vi nada ante mi ventana. Una oscuridad grisácea. Había finas perlas de agua en el cristal. Noté la humedad en el aire, incluso bajo techo.

Me levanté y me duché, me puse un mono, una chaqueta, calcetines gruesos y zapatos.

Fuera hacía fresco, tal vez incluso frío. El acantilado era invisible. Apenas distinguía los árboles en la linde del campamento. Las cúpulas a mi alrededor habían perdido casi todo su color y casi toda su solidez. Parecían flotar en la niebla, como sombras o burbujas.

Caminé hasta el lago. Vi los primeros metros de agua. Apenas se movía, no hacía ruido alguno cuando alcanzaba la playa de guijarros. ¿Por qué era la niebla tan atractiva? ¿Era el misterio? ¿La sensación de posibilidad? Había una antigua historia que defendía la existencia de muchos mundos alternativos en próxima cercanía. A veces los mundos se tocaban y, durante un tiempo, se fundían. Eso creaba la niebla. Era la mezcla de diferentes realidades. A veces, cuando los mundos se separaban y la niebla se despejaba, la gente se encontraba en lugares inesperados. Habían cruzado al otro lado. Se hallaban en una realidad alternativa.

Decidí que no me interesaba una realidad alternativa. No en ese momento. Aunque me gustaba la idea de que la vida se mezclara y ensombreciera por la posibilidad. Nada era fijo. Nada era seguro. No había límites estrictos, ni cursos inmutables.

Me acerqué a la cúpula grande y desayuné con Marina y un trío de biólogos. Me

hicieron preguntas sobre los nativos. Las respondí lo mejor que pude.

—China se ha encontrado con un nativo —dijo Marina, y señaló a una mujer marrón y pequeña.

—¿Sí?

—Sí. Al norte del campamento. Estaba buscando... —Vaciló—. No tenemos nombre para ellos. Parecen ciempiés. Miden veinte centímetros de largo y viven bajo rocas, en el agua. —Hizo una pausa—. La mayoría son azules.

—Habla del nativo —dijo Marina.

—Estaba sacando trampas del agua. Nos miramos durante un rato. Luego él volvió a su trabajo y yo volví al mío. No me había dado cuenta de que fueran tan grandes.

—Esa era Nia —dije yo—. Es una hembra, y no es más alta que yo.

—Tú eres alta, Lixia, comparada con la gente de mi país. Y la nativa era muy... —Vaciló de nuevo—. Muy ancha y sólida.

—Es por el pelaje. No parece tan grande cuando está mojada.

—Ah —dijo la mujercita—. Como los gatos. He visto tigres en la jungla. Les gusta nadar. Parecen grandes incluso cuando salen del río.

Hice el gesto que significaba «no lo sé por experiencia personal, pero lo más probable es que tengas razón».

—Echo de menos los gatos —dijo Marina—. Sigo diciendo que tendríamos que criar unos cuantos.

—No hay ratones —dijo una de las biólogas—. Excepto en los laboratorios, y esos no son un problema.

—Lo serán —respondió Marina—. Alguien perderá unos cuantos. Se meterán en los jardines. Tendremos una plaga, igual que en la Biblia. Ratones y hemorroides.

—¿Qué? —dijo el tercer biólogo. Era enorme y casi con toda seguridad polinesio.

—Los filisteos robaron el Arca de la Alianza, lo que quiera que fuese, y Dios Todopoderoso los afligió con ratones y hemorroides. No miento. Está en la Biblia.

—Si eso sucede, criaremos algunos gatos —dijo el hombre. Parecía tranquilo y práctico.

La mujercita frunció el ceño.

—No comprendo de qué servirán los gatos contra las hemorroides.

—Tengo que trabajar —dije, y me marché.

A mediodía, el cielo sobre mi ventana era de un brumoso verdiazul. Mi informe era un lío. Tenía un montón de datos, pero ninguna estructura. Ningún marco ideológico.

¡Oh, ser marxista! Sobre todo una marxista vulgar. Ellos siempre tenían una explicación. Normalmente procedía del siglo XIX. Engels con El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado. Sin duda Freud podría haberme explicado aquel planeta. Tal vez fuese mejor que buscara un ordenador de biblioteca y recuperara antiguos documentos sobre teoría social. Arrojé el cuaderno sobre la cama.

Se abrió la puerta. Derek se asomó y dijo:

—Tienes visita.

Nia entró, vestida con pantalones cortos grises y una camisa burdeos, con una frase estampada en grandes letras blancas: «SALUDOS DE LA CONFEDERACIÓN IROQUESA».

Una donación. Todo el mundo había querido contribuir a la expedición. La nave estaba llena de objetos rotulados, regalo de clubes y empresas, ciudades, sindicatos, tribus y kibbutzim. La lámpara de mi camarote era de la Asociación de Trabajadores de Líneas Aéreas. Tenía en la pantalla el emblema del sindicato: dos manos unidas delante de un dirigible.

—Busqué algo sin texto escrito —dijo Derek—. Pero es imposible encontrar una camisa de manga corta sin propaganda.

—Hablad un lenguaje que yo pueda entender —dijo Nia.

—No ha dicho nada importante —le expliqué.

—Bien. He decidido ir con vosotros.

—¿Por qué?

Ella hizo el gesto que significaba «¿por qué no?».

—¿Es una buena respuesta? —Entró y se sentó en el suelo, con las piernas cruzadas—. No. Quiero averiguar qué ha sido de mis hijos y primos. Ya te lo he dicho antes. Y tengo que ir en esa dirección. Prometí trabajar para Tanajin. —Hizo una pausa—. Alguien tiene que contarle lo que pasó en el bote. Alguien tiene que decirle que Ulzai ha desaparecido. Esta ropa es estrecha. ¿Cómo puede tu gente sentirse cómoda?

—Con dificultad —dije.

—Conseguiré ropa nueva en el poblado. Y comida. Y herramientas. Me lo darán aunque me conocen y casi podrán estar seguras de que no soy la Oscura.

¿Tenía una grabadora? Miré alrededor.

—Toma —dijo Derek.

Me la lanzó. La atrapé. Era una grabadora audio del tamaño de una caja de cerillas. La encendí.

—¿Quién es la Oscura?

—Un espíritu. Va a las aldeas como si fuera una persona desconocida..., normalmente una mujer, a veces un hombre. A menudo se presenta harapienta y hambrienta. Puede que esté enferma. Puede parecer peculiar.

»Hua..., la mujer que me enseñó a trabajar el hierro, dijo que su verdadera forma es la de una mujer vieja con pelaje negro, doblada y retorcida. Tiene un extraño aroma. Pide ayuda, aunque no de forma agradable. Casi siempre es hosca.

»Si el poblado es generoso, continúa su camino. Si el poblado es cicatero o rudo, entonces...

Nia hizo el gesto que significaba «ya sabes» o «¿qué esperabas?».

—Pasan cosas malas —dijo Derek.

Nia hizo el gesto de asentimiento.

—La gente enferma. Los animales mueren. No hay suficiente comida.

Hizo una pausa y me miró. Debió de resultarle obvio que yo quería saber más.

—La hechicera averigua qué espíritu está enfadado. Entonces el poblado debe realizar una ceremonia. Se llama «dar la bienvenida a la desconocida». Reúnen todo lo que más les gusta: buena comida, cuchillos afilados, ropa cubierta de bordados, regalos procedentes de los lugares más lejanos. Encienden una hoguera. La gente canta.

*Mira*

*cómo te damos la bienvenida*

*Mira*

*qué lindas provisiones.*

»Allá va la buena comida. Los cuchillos. La ropa. Todo se quema. Si la gente es afortunada, la Oscura quedará satisfecha. Pero cuesta mucho. Es mejor darle lo que necesita cuando aparece como vieja.

—¿Qué pasaría si la Oscura fuese a la aldea del pueblo cuyo don es la estupidez?

—Nunca he oído una historia sobre eso, y no espero hacerlo.

—¿Por qué no?

—Las historias sobre la Oscura se cuentan en verano y en otoño. Cuando la gente viaja. Cuando se encuentran desconocidos.

»Las historias sobre el pueblo cuyo don es la estupidez se cuentan en invierno, cuando la nieve es profunda y viajar resulta imposible. Es entonces cuando a la gente le gusta oír hablar sobre conductas estúpidas que han sucedido muy lejos.

—La nieve es profunda —dijo Derek en inglés—. El viento aúlla. Sentémonos alrededor de la hoguera a reírnos de los extranjeros.

Apagué la grabadora.

Nia se puso en pie.

—Si vas a hablar en ese lenguaje, me marchó.

—¿Quieres comer? —preguntó Derek en la lengua de los regalos.

Yo hice el gesto de asentimiento.

—Voy a fabricar un arco —informó Nia—. He encontrado una madera que no está mal. Deragu me ha dado una cuerda.

—¿Eso has hecho?

—No se lo digas a nadie.

Nos marchamos juntas bajo la luz neblinosa. Nia hizo el gesto de despedida y se encaminó hacia el acantilado. Derek y yo fuimos al comedor.

Comimos con Agopian y con un negro delgado llamado Cyril Johnson. Pertenecía al grupo de hidrólogos, y su equipo no había llegado todavía. Soltó un discurso sobre

la maldita incompetencia de la nave y de toda la historia humana.

Nosotros escuchamos amablemente. Comí algo que intentaba ser una ensalada griega. El queso era de cabra y apenas había aceitunas. La mayoría de los olivos había muerto durante el viaje. Pasarían años antes de que los nuevos árboles pudieran dar frutos.

—Hemos convocado una asamblea general esta noche —dijo Agopian—. Esta gente tiene derecho a saber qué está pasando.

—Tienes razón —dijo Derek—. Lo tiene. Por desgracia, nosotros no tenemos ni idea.

—Sabéis más de los nativos que nadie.

—¿Van a dejar que nos quedemos? —preguntó Cyril.

—No lo sé —respondí.

Él frunció el ceño y apretó los labios. Otro ejemplo de maldita incompetencia.

Apuré mi taza y llevé la bandeja a la mesa de reciclaje. Agopian me siguió. Salimos. El cielo estaba despejado. El aire era cálido y húmedo. Me quité la chaqueta.

—Voy a ir con vosotros —dijo Agopian.

—¿Río arriba?

Él asintió.

—Estoy segura de que hay un buen motivo para que Ivanova lleve a un astronavegante. —Miré el embarcadero. Ambos barcos estaban amarrados. Había gente trabajando en ellos, ocupada en labores de mantenimiento o de reparación.

—También soy historiador.

—De historia del trabajo, creo que dijiste.

—Toda sociedad tiene trabajo y trabajadores.

Lo miré. Ese día no llevaba el uniforme de la tripulación. Parecía casi americano: vaqueros gastados y una camisa de algodón de rayas verticales estrechas blancas y azules. Chanclas en los pies. Su cinturón tenía una gran hebilla metálica con el grabado de un cohete y algo escrito en alfabeto cirílico.

—En Norteamérica diríamos que eso es una camisa de trabajador de ferrocarril.

Él sonrió.

—La compré en Detroit, en la tienda de regalos del Museo de la Cultura de la Clase Trabajadora.

Caminamos hacia el lago.

—El cinturón es de la tienda de regalos de la Estación de Tránsito Número Uno. Lo compré cuando me enrolé en el Kollontai. Soy, era, un gran coleccionista de souvenirs.

—¿Ya no?

—En realidad no. Aunque no me importaría llevarme algo de aquí. Si volvemos.

—¿Si?

—Es un viaje largo, y no tenemos ni idea de cómo será la Tierra cuando



lleguemos allí. Seremos curiosos restos del lejano pasado, como los mamuts que han reconstruido.

—Creí que iban a ser la nueva bestia de carga de Siberia.

—Son más estúpidos que los elefantes, y su temperamento no es de fiar. No es fácil domesticar una nueva especie. O, en este caso, una especie muy antigua.

Nos detuvimos al borde del agua. Los habituales pájaros marrones correteaban sobre los guijarros, cazando y picoteando.

—¿Cómo demonios acabaste con un título en astronavegación?

Él se echó a reír.

—Te estás preguntando si Derek tiene razón, si soy un... ¿Cuál es la palabra? Un vegetal.

—Creo que quieres decir si te han plantado.

Él asintió.

—O si soy un copo.

—De pronto tu inglés se deteriora.

—Tengo problemas con el lenguaje de la paranoia. No es algo natural en mí.

—Oh.

—Conseguí el título porque era un fracaso como oficial político.

—¿Lo fuiste?

Él asintió.

—Tienes que comprender que, desde que era niño, tenía dos sueños. Dos pasiones. El espacio y la teoría política.

Una extraña combinación, pensé. Pero ni los gustos ni las pasiones pueden explicarse.

—Supe desde muy pronto que quería ser oficial político en la flota soviética. Lo conseguí, pero descubrí que no era bueno.

Empujó una piedra con la punta del pie. Se volvió, revelando un brillante insecto amarillo. El insecto se escabulló.

—El Kollontai era un carguero. Creo que te lo conté. La tripulación estaba formada por la clase de gente que suele haber en los almacenes y las naves. ¿Has visto alguna vez alguno?

Hice el gesto de asentimiento.

—Hay algo en la gente que mueve cargas. En todo el mundo e incluso en el espacio, son iguales. ¿Cómo describirlos? ¿Robustos? ¿Apegados a la tierra? Aunque eso suena extraño cuando hablo de gente que viaja por el espacio.

»Son, ciertamente, proletarios. El tipo de gente que hizo nuestras tres revoluciones. No tenía ni idea de cómo llevarme con ellos.

Se detuvo un instante a contemplar el lago.

—Soy un intelectual. Creo que sería justo decirlo así. Estudio ideas. Eso es lo que me interesa. La teoría política. La teoría de la historia. La filosofía de la ciencia. La relación entre las personas y las máquinas.

»No me preocupan mucho las actividades humanas corrientes. No juego. No tengo aficiones. No me gustan los deportes. Casi nunca veo holovisión. Nunca me he casado. No tengo hijos. Bebo vino y cerveza, habitualmente con moderación. Nunca bebo brandy ni vodka.

—¿Qué haces para entretenerte?

—Leo ciencia ficción, y pienso.

—Parece divertidísimo.

—¿Ves? ¿Puedes imaginarme rodeado de proletarios?

Sonreí.

—No. La verdad es que no.

Él asintió.

—Fue terrible. Organicé clases sobre teoría marxista. No vino nadie. Intenté celebrar los acontecimientos importantes en la historia de la lucha de clases. O bien me ignoraron o usaron el acontecimiento como excusa para emborracharse. Me pasé mucho tiempo en las zonas recreativas, tratando de conocer a la tripulación.

»No podía hablar con ellos. Me parecía que estábamos hablando en idiomas distintos. No tenía ni idea de lo que sucedía en su interior.

»Saqué cosas a la luz. Me enteré de que les gustaba el sexo y el alcohol, la ceroge y el fútbol. Me aprendí los nombres de sus programas favoritos, y vi la mayoría de ellos al menos una vez. Guerra y paz. Cruzando los Urales. Aventura en las profundidades oceánicas. Los cosmonautas Patata.

»Pero no llegaba a comprender su forma de pensar. La estructura intelectual. La ideología subyacente. Para mí no tenían sentido.

»Tendría que haber dimitido y regresado a la Tierra. Podría haber conseguido un empleo en la enseñanza. Hubiese encajado en una universidad o en una escuela politécnica.

»Pero me quedé, incluso después de intentar ser oficial político. —Me miró, sonriendo—. Dimití. Seguí la corriente.

Agopian me recordaba a alguien. Había estado intentando descubrir a quién. Ahora lo vi. Eddie. Ambos vivían en su cabeza. A ambos los movía la pasión por la teoría.

¿Qué amaba yo?, me pregunté. La luz del sol. La comida. Ciertos cuerpos humanos. Un paisaje como el que tenía delante, lo bastante grande para poner en perspectiva la actividad humana, y vivo.

—Me aburría —dijo Agopian—. Tenía que hacer algo. Decidí aprender una nueva habilidad. Empecé astronavegación.

—Así es como conseguiste tu título.

Él asintió.

—Y así es como finalmente llegué a conocer a algunas personas de la nave. Teníamos dos astronavegantes. Les hice preguntas cuando tuve problemas con el programa de aprendizaje.

»Uno de ellos leía ciencia ficción. Me dijo que el cocinero tenía una colección notable. Era de Siberia. Un tipo enorme. Hablaba con gruñidos y yo no estaba muy seguro de que fuera completamente humano. Cuando se enteró de que yo leía ciencia ficción, empezó a usar frases completas.

»Me prestó sus libros. Hablamos de ellos y de Siberia. Uno de sus hermanos es, era, entrenador de mamuts. Así es como aprendí cosas de los mamuts.

Le dio la vuelta a otra piedra. No había nada debajo excepto guijarros.

—Ese es el final de la historia. Conseguí mi título, y nunca aprendí a llevarme realmente bien con esa gente. La cosa mejoró, pero siempre había algo en su forma de pensar... —Sacudió la cabeza—. O en mi forma de pensar. Ellos, después de todo, son mayoría.

¿De verdad me creía que ese listo hombrecito había sido un fracaso?

—¿No tienes los mismos problemas aquí?

—No. Para empezar, ya no soy oficial político. Un astronavegante no tiene que preocuparse por agitaciones y propagandas. Todo lo que tengo que hacer es tener los números correctos.

»Además, hace falta ser un tipo especial de persona para ir a las estrellas. No somos mejores que el resto de la humanidad, pero sí diferentes. Comprendo a la mayoría de la gente de aquí.

—¿Quién más va a venir río arriba? —pregunté.

—Tatiana. Ivanova. Eddie. Derek y tú. Los nativos. El señor Fang.

—¿Está aquí?

—Sí. Es el representante de la postura mayoritaria. Está aquí para observar y asegurarse de que los nativos comprenden que es decisión suya.

Pensé un instante.

—Me parece demasiada gente.

—Vamos a tener que ir en los dos barcos. Eso deja el campamento en mala posición. Creo que Ivanova tiene planeado enviar arriba uno de los aviones para que traiga más suministros, incluido otro barco.

—Desde luego, estamos instalándonos.

—Solo provisionalmente —dijo Agopian.

Hablamos sobre la reunión prevista para esa noche, y luego nos separamos. Yo regresé a mi habitación y me puse ropa más ligera, conecté el aire acondicionado y abrí mi cuaderno.

Fue una tarde desagradable. El aire salía caliente y asfixiante. Trabajé mal. Al final, decidí dejarlo. No tenía ningún don para el análisis, solo para la observación. La realidad que veía era demasiado compleja y fluida y ambigua para que encajara en ninguna teoría.

Derek se pasó a visitarme.

—Marina quiere conocer a Nia. Voy a llevarla al acantilado.

Hice el gesto de acuerdo. Él se marchó y yo salí a pasear. Me sentía atrapada,

frustrada, desanimada. Necesitaba trabajar, pero no con ideas. Me detuve en la cocina. Estaba llena de gente preparando la cena.

—¿Puedo ayudar?

—Por supuesto —dijo el hombrecito rubio—. Lleva esos recipientes al incinerador y vacíalos. Ten cuidado. No derrames nada. Estamos intentando no contaminar el entorno. —Sacudió la cabeza—. Odio destruir ese material. Sería un abono maravilloso.

—¿Quieres decir que no estamos reciclando?

—Solo los platos.

Sentí algo parecido al horror.

—Estamos intentando que el campamento se mantenga por completo a sí mismo. Que nada de la Tierra entre en el biosistema. Sobre todo nada orgánico. O bien lo destruimos o lo empaquetamos y lo llevamos allá arriba. —Señaló el techo—. Se decidió no guardar los posos de café ni las pieles de naranja. Es una verdadera lástima. Odio desperdiciar cosas.

Hice el gesto de acuerdo.

—Creo que no nos han presentado.

—Mi nombre es Paz-con-Justicia.

Esperé.

—Mi pueblo no cree en los apellidos. No pertenecemos a un linaje o un grupo de parentesco. Nos pertenecemos a nosotros mismos y a la humanidad.

—Oh —dije, y recogí un recipiente.

Fue un trabajo duro. Los recipientes eran pesados y la puerta del incinerador estaba mal situada. Tuve que levantar cada recipiente hasta la altura de los hombros para vaciarlo.

Cuando terminé, limpié los contenedores y lavé el suelo de la salade incineración. Los recipientes fueron a un esterilizador. El incinerador se encendió con mucho parpadeo de luces de advertencia.

Me dolían los hombros, cosa que me pareció bien. El informe ya me parecía menos problemático.

Cené con el equipo de cocinas: tofu y verduras coronando un montón de pegajoso arroz marrón. Por un lado añadí salsa de soja con jengibre y ajo. Por el otro, zumo fermentado de pasas. ¡Delicioso!

Cuando terminé, Paz-con-Justicia dijo:

—Nosotros limpiaremos. Será mejor que te prepares para la reunión. Gracias, Lixia.

Regresé a mi cúpula, me lavé, y me puse ropa limpia antes de marcharme a la sala de reuniones. Soplaban un viento racheado, y había nubes en la mayor parte del cielo. Lluvia, casi con toda seguridad.

Recordé de pronto un poema. Era anishinabe.

*A veces me siento triste por mí mismo  
y mientras tanto  
un gran viento me lleva por el cielo.*

La sala de reuniones estaba abarrotada. La gente traía sillas del comedor. Derek y Eddie se encontraban en la barra.

—¿Cómo ha ido? —le pregunté a Derek.

—¿Con Nia? Bien. Ha identificado al animal. Es raro y solitario. Pone huevos.

—¿Una cosa tan grande?

—Los dinosaurios ponían huevos. Marina está entusiasmada. Cree que nos encontramos ante un biosistema en transición. Los animales nativos de este continente están siendo sustituidos por animales de las islas o del otro continente.

—O de la Tierra —dijo Eddie.

—No —contestó Derek—. El equipo médico dice que nuestros bichos lo tienen muy mal en los organismos nativos. Las bacterias se mueren de hambre. Los virus no hacen nada. No pueden usar el material genético nativo. No pueden reproducirse —sonrió—. A sus organismos les va mejor con nosotros, sobre todo a varias especies de gusano parásito microscópico. Liberation Minh está entusiasmada con ellos. Tienen capacidades que no esperábamos.

—Haces que parezca una buena noticia —dijo Eddie.

—Me parece interesante. Y Liberation no cree que los gusanos representen un auténtico peligro.

—¡Ja!

Derek me miró.

—El equipo médico dice que podemos ir río arriba.

—Bien.

Ivanova entró acompañada por una docena de miembros de la tripulación. Fue inquietante verlos. Se movían como una unidad y se sentaron juntos en sillas que habían sido reservadas por otros miembros de la tripulación.

—Hora de empezar —dijo Derek. Se aupó a la barra.

Yo me encaramé tras él, aunque con menos gracia.

Derek alzó una mano en el gesto nativo para pedir atención. La gente se calló.

—Muy bien. ¿Quién modera?

—Alguien neutral —dijo Ivanova.

—¿Está aquí el señor Fang? —preguntó un hombre.

Miré alrededor. Allí estaba, sentado en la tercera fila del fondo. Era delgado y nudoso; se mantenía tieso y con expresión atenta. Llevaba el pelo canoso recogido en un moño, y su ropa de costumbre: una ajada camisa de algodón azul y ajados pantalones azules de algodón.

Le susurró algo a la joven sentada a su lado. Ella se levantó.

—El señor Fang no se siente capaz de moderar. Su voz no es lo bastante fuerte.

—Entonces hazlo tú —dijo el hombre.

La joven se ruborizó.

—Soy la aprendiz del señor Fang. No sé nada de hablar en público.

En ese punto dejé de escuchar. Con toda probabilidad los chinos habían elegido a alguien para moderar. Pero no presentarían a esa persona. Eso hubiese sido antidemocrático y poco modesto. En cambio, habría una discusión. Contemplé la sala y traté de calcular el tamaño de la multitud. Más de cien personas. Una tercera parte eran miembros de la tripulación. Debían de haber traído a todo el mundo de los aviones. Sonreí a la gente que conocía. Harrison Yee se encontraba en el fondo, apoyado contra la pared, cruzado de brazos. Alzó una mano para saludarme. Curioso, tendría que haberlo visto antes.

Se eligió como moderadora a una mujer china de mediana edad. Tenía una voz fuerte y firme y no demasiado acento.

—Se hace tarde. Esta gente tiene que levantarse temprano. Voy a sugerir un orden del día muy limitado. Creo que dos cuestiones son de especial interés.

«Primero: ¿Qué les pasó a Lixia y Derek? ¿Por qué perdimos contacto con ellos?

»Y segundo: ¿Qué creen que va a pasar mañana? ¿Qué van a hacer los nativos?

El orden del día se aprobó a mano alzada. Derek informó de nuestro accidente. Fue breve y conciso. Yo estuve de pie a su lado, sintiéndome incómoda. No me gustaban demasiado las reuniones y no me gustaba ser el centro de atención. Mi trabajo era el de observadora. Quería estar en el público. Cuando Derek terminó, la moderadora preguntó si tenía algo que añadir.

—No.

—¿Quieres responder a la siguiente pregunta?

—¿Qué van a hacer los nativos? No tengo ni idea.

—Están acostumbrados a los viajeros —añadió Derek—, y no tienen miedo a los extraños. Pero los extraños solo están de paso. Por lo que me parece, cada cultura es independiente. No se mezclan. Tal vez porque no tienen una tradición bélica. No conquistan a sus vecinos. No se esclavizan unos a otros. No violan. No roban esposas.

—¿Es esto una directriz? —preguntó la moderadora.

—No. Si fuéramos viajeros, nos darían la bienvenida. Pero vamos a pedir permiso para quedarnos. No tengo ni idea de qué responderán.

Harrison Yee levantó la mano. La moderadora lo señaló.

—Esta situación no puede ser completamente nueva. En el planeta hay enfermedades y volcanes. Habrá habido poblaciones tan castigadas por algún desastre natural que no hayan podido continuar por su cuenta.

—Sí —dijo Derek—. Pero no hemos oído hablar de ellas.

—¿Estás seguro de que no ha habido intercambio de material genético? —preguntó otra persona—. ¿Habéis visto pruebas de endo-gamia?

—No —contesté—. Y creo que Derek está exagerando la situación. Sabemos que

los individuos se trasladan de una cultura a otra. Probablemente hay suficiente movimiento para evitar una endogamia seria. Pero por lo que podemos decir, no se trata del tipo de mezcla de poblaciones enteras que ha sido común en la Tierra.

—En ese caso, tendría que haber mucha más diversidad genética. Creo que estáis equivocados. Creo que esta gente está consiguiendo interrelacionarse.

—Solo os digo lo que he visto. Y mi conclusión, que es que no sabemos cómo reaccionará esa gente a un puñado de desconocidos que quieren asentarse entre ellos.

—No estamos hablando de una estancia permanente —dijo una mujer. Tenía acento del este de la India—. ¿No?

—Por favor, levanta la mano antes de hablar —dijo la moderadora—. No queremos que la reunión se descontrole.

Un hombre negro levantó la mano. La moderadora lo señaló.

—Sé que se decidió enviar un grupo mixto. Hombres y mujeres. Creo que eso es una locura. ¿A cuántos hombres han expulsado los nativos? Gregory. Derek. Harrison. Vamos a conseguir que se enfaden.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Ivanova.

—No tenemos pensado entrar en el poblado hasta que hayamos explicado la situación y pedido permiso —dijo Eddie—. Si dicen que los hombres no pueden entrar, no lo haremos. —Sonrió brevemente—. Lo cual sería un inconveniente para exponer mi postura. Si es necesario, le pediré a Lixia que exprese los argumentos a favor de la no-intervención, aunque preferiría hacerlo yo mismo.

—Lo más probable es que os digan a todos que os marchéis —dijo el hombre negro—. Lo que vais a hacer no tiene nada que ver con la honradez. Es una falta de respeto a la cultura y las creencias de otro pueblo.

Ivanova asintió.

—Tienes razón. Pero recuerda: ya hemos conseguido lo que queríamos en esta región. Derek y Lixia han sido rescatados. Si los nativos nos dicen que nos marchemos, no se perderá mucho. Podemos enviar a un equipo de mujeres a otro poblado.

—Si la honradez no funciona, siempre podemos probar con la mentira —dijo una mujer.

—Por favor —advirtió la moderadora.

La gente siguió hablando. No se dijo nada nuevo y nadie volvió a la pregunta formulada por la mujer india, ni para responderla ni para volver a plantearla. No estamos hablando de una estancia permanente, ¿no?

La reunión terminó. Me bajé de la barra de un salto. Harrison se acercó a abrazarme.

—¿Dónde has estado?

—En uno de los aviones. Eddie me ha tenido ocupado enviando informes a la nave.

Debí de parecer dubitativa o tal vez herida.

—Dijo que tenías problemas para acostumbrarte al campamento. Necesitabas estar sola.

—Tal vez.

La gente se marchaba, llevándose las sillas. Gustavo se situó detrás de la barra. Sus ojos brillaban verdes.

—Voy a volver a abrir —dijo—. ¿Puedo ofreceros algo?

Harrison y yo pedimos vino.

—Ten cuidado con eso —dijo Eddie—. Queremos salir temprano mañana.

—¿Cuándo?

—Al amanecer.

—Tendré cuidado. ¿Seguro que quieres que exponga los argumentos en favor de la no-intervención? Si tú no puedes, quiero decir.

—Conoces esos argumentos. Sabes cómo hablarles a los nativos. Crees en la democracia —sonrió—. Tal vez más que yo. Si los nativos van a tomar una decisión con conocimiento de causa, necesitan saber lo que tengo que decir. Tú te encargarás de que reciban esa información.

—Supongo que sí.

Él se mantuvo callado un momento.

—Como diría Derek, tenemos que aprender a tratar con la gente tal como es. Si no se los puede corromper, entonces tenemos que encontrar un modo de servirnos de su honestidad.

—Estás hablando en primera persona del plural, Eddie. Eso es siempre un signo peligroso.

—Tienes razón. —Hizo el gesto de despedida.

Harrison lo miró marcharse.

—¿De qué iba eso? —preguntó.

—Eddie tiene problemas para afrontar la situación actual.

Harrison asintió.

—Si no se reajusta, creo que vamos a tener que buscar otro coordinador para el equipo.

—¡Se acabó la política! Cuéntame qué ha estado pasando en la nave. Los chismorreos. No las luchas de facciones.

Lo hizo. Me terminé el vino.

—En mi papel como camarero debería ofrecerte otra copa. Pero también soy psicoterapeuta, y no necesitas más alcohol —dijo Gustavo.

—¿Lo eres?

—Por supuesto. Mi área de competencia es la psicofarmacología. —Retiró mi vaso, luego limpió el cerco de humedad de la barra—. No te preocupes. Hice un curso de hostelería. Soy capaz de preparar casi cualquier cosa que puedas querer beber.

Harrison sonrió.



—Y luego te diré qué clase de daño te causará.

Gustavo asintió. Retiró el vaso de Harrison.

—Al amanecer, Lixia. Puede que quieras hacer las maletas esta noche.

Tenía razón. Harrison y yo dejamos el vestíbulo. El aire fuera era húmedo y frío y las nubes sobre los acantilados se habían extendido. Ahora cubrían un tercio del cielo.

—Nuevo clima —dijo Harrison—. Te envidio. Yo tengo que volver al avión.

—¿Sí?

Él asintió.

—Eddie quiere que me encargue de las comunicaciones entre vosotros y la nave, lo que significa que estaré atrapado ahí. —Señaló el lago—. En realidad no me importa. Hay un joven guapísimo en el equipo de comunicaciones. Lo descongelaron hace poco. Sus ojos son como el cielo en verano, y su pelo es como el trigo de otoño.

—Ya —dije yo.

Harrison me miró y sonrió.

—Vamos, Lixia, sabes que no me enamoro de nadie desde hace mucho, mucho tiempo. Desde que nos fuimos a dormir. Puede que sea un efecto secundario de la hibernación. ¿Son amorosos los osos cuando se despiertan?

—No tengo ni la más remota idea. Pero algunas personas sí. Recuerda cómo se portó Derek cuando llegamos a este sistema.

Harrison se echó a reír.

—Tal vez cada persona se recupera de la hibernación a un ritmo distinto. Tal vez algunos osos son amorosos cuando se despiertan. —Hizo una pausa—. Será mejor que vaya a averiguar cuándo sale el último barco. Si no, voy a tener que nadar.

Nos despedimos. Fui a la cúpula de suministros y escogí una mochila, fui a mi habitación y guardé mis cosas.

No dormí bien. En mis sueños se mezclaron el planeta y la nave. Recorrí un pasillo hecho de cermet y cerámica. Había nativos, moviéndose entre los humanos de la nave. Doblé una esquina y había un jardín. Un enorme cuadrúpedo pastaba entre las lechugas. Me miró serenamente con su diminuto ojo oscuro. El feo-desagradable correteaba por el suelo de losas amarillas. Oí el chasquido de sus uñas.

Doblé otra esquina. Había un campamento nativo en el centro de una sala de reuniones de cerámica. Brotaba humo del fuego. Una mujer nativa estaba agachada ante una olla de metal. Un niño nativo jugaba con un gato terrestre corriente, uno doméstico de pelo corto a medio crecer. Su piel estaba moteada de blanco y negro. El pelaje del niño era marrón.

Derek me despertó. Me lo quedé mirando, pensando en el gato. Marina tenía razón. Tendríamos que criar unos cuantos.

—Levántate y anda —dijo.

—He tenido un sueño rarísimo.

—Has estado recibiendo demasiada información. Y estás intentando procesarla. Me levanté y entré en el cuarto de baño.

Desayunamos en el comedor. No había nadie más que las personas que iban a ir río arriba y Paz-con-Justicia. Recomendó huevos benedictina.

—El huevo tiene colesterol. El jamón perjudica el karma. Y la salsa contiene suficientes calorías para...

—¿Hemos empezado a matar cerdos?

Él asintió. Me sentí incómoda. Era una raza especial en miniatura, desarrollada originalmente para trabajos de laboratorio. Eran listos, limpios, educados y muy bonitos. Yo podía comer pollo. Podía comer iguana. Pero no estaba tan segura de poder comer cerdo.

—Te diré una cosa —propuso él—. Te serviré un plato sin jamón. Noto por tu expresión que solo estás dispuesta a hacerte daño a ti misma en esta vida. Así que... aquí tienes. —Me dio un plato—. Colesterol y calorías, pero no mal karma.

—Gracias.

Comí. Salió el sol. El paisaje ante la cúpula se hizo visible.

—Hora de marcharnos —dijo Ivanova.

Me tomé una segunda taza de café.

—Adiós —dijo Paz-con-Justicia.

Bajamos adonde estaban los barcos.

Nia y el oráculo se encontraban allí, en el embarcadero, con aspecto inquieto. Nia sostenía un arco y media docena de flechas con plumas gris claro. El color me recordó al bípedo de Marina, el que no quería comer.

—Cinco personas en cada barco —dijo Ivanova—. He estado pensando en cómo repartirnos. Los nativos deberían permanecer juntos. Lixia irá con ellos. Y Agopian. Y Tatiana. Los demás iremos en el otro barco.

Eddie frunció el ceño.

—Estás poniendo a todos los políticos en un solo barco —dijo De-rek—. ¿Es aconsejable?

—Nos molestaremos entre nosotros —respondió Ivanova—. Pero los demás estarán a salvo.

—Por mí, bien —dije yo.

—Y por mí —dijo el señor Fang. Su aprendiz le acompañaba—. La pobre Yunqi puede que sufra. No le interesa nada la política.

La joven se ruborizó y asintió.

—Pero es bueno que los jóvenes experimenten la adversidad.

Subí a bordo y guardé mi mochila, y luego salí a cubierta. Ivanova ya había puesto el motor en marcha. Agopian soltaba las amarras por ella. Los dos nativos estaban en el embarcadero, observando. Parecían interesados y nerviosos.

—Vamos —dije—. Subid.

El barco de Ivanova se apartó del embarcadero y viró, trazando un amplio círculo. Tatiana puso en marcha el motor de nuestro barco. Agopian soltó las cuerdas. Me apoyé en la barandilla y me sentí relajada por primera vez en días. De nuevo estaba

en movimiento. No había nada que me gustara más que viajar.

Seguimos al primer barco hasta el lago, viramos al sur, luego al este, después al norte. Ante nosotros se extendía el oscuro valle fluvial.

## ANGAI

Soplaba el viento. El lago estaba moteado de espuma. Por delante, el barco de Ivanova saltaba sobre las olas. Nosotros saltábamos también. Nia y el oráculo se agarraban a la barandilla.

—Esta cosa va rápida —dijo el oráculo.

—¿Qué la hace moverse? —preguntó Nia.

¿Cómo explicar el motor de combustión interna?

—Hay un fuego dentro —dijo finalmente.

Ella frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido. El fuego puede moverse, pero no hacer que otras cosas se muevan, a menos que estén vivas.

El oráculo hizo el gesto de acuerdo.

Nia contempló el agua.

—He visto la llanura en llamas y todo corriendo ante ellas. Cuerni-curvos y osupai. Toda clase de aves e insectos, los que vuelan y los que saltan, todos corriendo por delante del fuego. Incluso los asesinos corrían y los animales pequeños que cavan túneles bajo tierra. Pero estaban vivos. El fuego cambia. No transporta.

—Tal vez Derek pueda explicarlo.

Llegamos al extremo norte del lago a media mañana. El viento cayó en cuanto nos encontramos entre las pequeñas islas pobladas de bosques. El cielo permaneció parcialmente nuboso. Había zonas de luz en el río y en los árboles azules y verdes.

Los barcos avanzaban despacio.

—Vigila los restos a la deriva —dijo Tatiana.

Al cabo de un rato vi un lagarto en medio del canal, nadando vigo-rosamente, con la cabeza fuera del agua. Las espinas de su espalda eran visibles, pero nada más, y no resultaba fácil calcular el tamaño del animal. Unos diez metros de largo.

—¡Aiya! —dijo el oráculo—. Me alegro de no estar en el bote de Ulzai.

—Se dirigen al sur —dijo Agopian en inglés—. Me pregunto si lo de la migración es cierto.

Al mediodía habíamos visto ya cinco lagartos. Todos eran grandes, y todos se dirigían al sur. Solo uno estaba fuera del agua. Ese arrastraba su enorme corpachón por el fango de la orilla, camino del sur, como los demás.

La radio chisporroteó y habló en ruso.

—Ivanova ha avistado al campamento —dijo Tatiana—. Si esos animales deciden dejar el agua, puede que haya problemas.

Almorzamos en la cabina: bocadillos y té. Los nativos comieron la pata de un bípedo.

—Sacrificado por Marina —dijo Agopian—. Y cocinado sin nada. Debe ser seguro.

—¿A qué sabe? —pregunté en la lengua de los regalos.

El oráculo hizo el gesto que significaba «podría ser peor».

—Necesita sal —contestó Nia—. Y otras cosas. Me alegraré de estar de nuevo en el poblado.

Le llevé la comida a Tatiana. Permaneció al timón, guiando el barco con una mano mientras comía un bocadillo de pescado ahumado.

—Casi hemos llegado al afluyente. Si las imágenes por satélite no nos mienten, deberíamos poder remontarlo.

Hice el gesto de acuerdo.

Los otros salieron a cubierta.

—Es frustrante —dijo Agopian—. Estoy sentado con gente de otro sistema solar. Mi mente está llena de preguntas, y lo único que puedo hacer es señalar y hacer muecas.

—Ha estado haciendo gestos impropios —dijo el oráculo—. Y mostrando los dientes.

—Hemos decidido que es ignorante, como la mayoría de tu gente —dijo Nia.

Más o menos por entonces reparé en los insectos. Tenían brillantes alas amarillas. Vi dos de ellos revoloteando por el agua. Otro par se posó en un leño que pasó flotando.

Agopian señaló una isla. Los árboles estaban salpicados de amarillo. Más insectos, descansando en el follaje.

—Parece otoño —dijo Tatiana—. En casa, cuando los álamos empiezan a cambiar de color.

Pasamos ante otras islas donde el follaje era parcialmente amarillo. Nubes de insectos revoloteaban sobre el río como hojas al viento. Pero no había viento, al menos no lo suficiente para explicar esos remolinos y danzas.

Los insectos se posaron en el techo de nuestro barco, en la cubierta y la borda.

—¿Qué están haciendo? —pregunté.

—Van al sur, como los lagartos —contestó Nia. Parecía contenta—. Los vemos en la llanura. Traen suerte.

Los insectos se marcharon uno tras otro, uniéndose a la migración. Casi los habíamos dejado atrás ya. Unos cuantos rezagados bailaron en el aire, y la superficie del río estaba salpicada de ellos, como un río de la Tierra salpicado de hojas de álamos.

El barco de Ivanova viró hacia la orilla occidental. Lo seguimos, entrando en un nuevo canal.

—Este es el afluyente —dijo Tatiana.

El agua cambió de color, volviéndose de un marrón claro. Se movía rápidamente entre orillas empinadas cubiertas de bosques. Sobre los bosques había acantilados de piedra caliza, cerca de nosotros, a ambos lados. Continuamos hacia el oeste.

A media tarde llegamos a los rápidos. No eran nada del otro mundo: una serie de saltos graduales. No había rocas visibles. Solo un poco de espuma. Pero cerraban el

río. No continuamos. Sobre nosotros una columna de humo blanco surgía en lo alto de la pared del valle.

El otro barco viró hacia la orilla. Lo seguimos hasta rozar la ribera. Agopian se adelantó y amarró nuestra proa a un árbol que se inclinaba sobre el río. Yo até una segunda maroma alrededor de un retoño, cerca de la popa. El motor se paró. Oí las hojas agitarse, los chillidos de los pájaros. Los músculos de mi cuello se relajaron.

—¿Te has dado cuenta de que el sonido de la maquinaria es siempre irritante?

Él pareció sorprendido.

—Si es así, tenemos problemas en el espacio.

Tenía razón. Toda nave y estación estaban llenas de sonidos de maquinaria.

—He estado pensando —dijo Nia.

Hice el gesto que significaba «adelante».

—Es mala idea mostrarle a nadie demasiadas cosas extrañas a la vez. Ven tú al poblado conmigo. Si Angai está allí, y debería estar, le explicaremos cómo es tu gente. Ella puede decidir qué hacer. Tal vez permita entrar a los hombres.

—De acuerdo.

Bajamos del barco.

En la orilla se nos acercó Eddie.

—He estado hablando con Ivanova y el señor Fang. Pensamos que deberías ir tú al poblado, sola o con Nia —sonrió—. A Ivanova le preocupa Nia, ya que ha tenido una relación difícil con su pueblo. Pero yo quiero que vaya. El señor Fang cree que deberíamos dejaros la decisión a vosotras.

Miré a Nia.

—La gente del otro barco ha tenido la misma idea. Quieren que vayamos nosotras dos.

—Es difícil comprender a tu gente, Li-sa. Cuando empiezo a pensar que sois corrientes, hacéis algo que es una completa locura. Cuando decido que estáis locos, tomáis una decisión como esta, que es corriente y adecuada. Nunca sé qué esperar.

Hice el gesto que significaba «es posible».

Nos abrimos paso a través de los matorrales de la orilla del río. Más allá había un sendero. Nia se internó en él. La seguí hasta el acantilado.

En lo alto estaba la llanura: casi plana allí. Un viento errático soplaba sobre ella, variando a menudo de dirección. La vegetación cambiaba también de color a medida que las hojas se volvían. Parda. Amarilla. Gris verdoso. Gris plateado. Los colores se movían por la llanura, a través de la luz y la sombra, iluminándose y oscureciéndose.

Nia dijo:

*Ahora, por fin,  
hay suficiente espacio.*

*¡Hai-ya!*

*¡Hay espacio!  
Mi persona interior  
puede estirarse.*

*Mi persona interior  
puede expandirse.*

A nuestra izquierda había un poblado compuesto por tiendas y carretas. Se alzaba humo de muchas hogueras. Más allá del poblado, al noroeste, los animales salpicaban la llanura. Cuernicurvos. La periferia del rebaño. ¿O eran simplemente animales domésticos?

—Vamos —dijo Nia—. Quiero acabar con esta reunión.

Había niños jugando en el límite de la aldea: una docena. Algunos llevaban kilt. Otros iban desnudos, solo con diversos tipos de adornos: cinturones de cuero y latón, brazaletes de cobre, collares de cuentas de vivos colores.

Los niños estaban organizados en dos filas enfrentadas. Entre las filas había dos niños con palos. Los niños de las filas tiraban una pelota de un lado a otro. Los niños de los palos trataban de golpearla.

Eso logré comprender antes de que los niños nos vieran. Uno gritó. Un par echó a correr. El resto se volvió a mirarnos.

—Esta persona parece extraña —dijo Nia—, pero es más o menos corriente. Hay más como ella en el río. Han venido de visita. Tienen bellos regalos e historias interesantes.

—Hu —dijo uno de los niños. No pude distinguir su género. Él o ella era alto y delgado, de piel castaña, y llevaba un kilt amarillo. El kilt estaba bordado con hilo azul oscuro. La criatura llevaba un par de brazaletes de plata, uno en cada muñeca. Sostenía un palo.

—¿Estás segura de que no son demonios?

—He viajado con esta persona desde el bosque oriental. No ha hecho nada que parezca demoníaco. Es una buena compañera.

—¡Hu! —repitió la criatura—. Será mejor que vengáis conmigo. Mi madre adoptiva es la hechicera.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Nia.

—Hua —respondió la niña.

—Yo soy Nia.

La niña se había vuelto, lista para guiarnos. Ahora se dio media vuelta otra vez, y observó a Nia con grandes ojos amarillo claro.

—¿Cómo está tu hermano? —preguntó Nia.

—Se está volviendo difícil. Angai dice que se avecina el cambio.

Nia frunció el ceño.

—¿No es demasiado joven?

—Será pronto. Pero no tan pronto. Has estado fuera mucho tiempo.

—Eso es cierto —dijo Nia.

La niña nos condujo hacia la aldea. Las tiendas de la periferia eran pequeñas y estaban muy espaciadas. No vi a nadie alrededor.

—¿Qué son? —pregunté.

—Pertenecen a los hombres —respondió Nia—. Los viejos, que han vuelto al poblado.

—No veo a nadie. ¿Dónde están?

—Cazando. O tal vez sentados donde no sean visibles. Los hombres emplazan sus tiendas para que las entradas den a la llanura. Si están en casa, estarán... —Hizo un gesto circular.

—¿Qué le pasa a esta persona? —preguntó Hua—. ¿No sabe nada?

—No mucho —contestó Nia.

Más allá, las tiendas eran más grandes y se hallaban más cerca unas de otras. Estaban hechas de cuero extendido sobre una serie de palos. Cada tienda tenía de seis a ocho picos. A pesar de su tamaño, no eran especialmente altas: más parecidas a una cordillera montañosa que a un tipi.

Las puertas de tela estaban abiertas, sujetas por palos, de manera que formaban toldos que daban sombra. Había mujeres sentadas bajo los toldos, y niños jugando en la calle.

Las mujeres hablaron en un lenguaje que no pude comprender. Hua respondió en el mismo lenguaje. Las mujeres se levantaron y dejaron su trabajo. Reunieron a sus hijos y echaron a andar. Pronto estuvimos en cabeza de una procesión.

—¿Qué está pasando? —quise saber.

—Están preguntando por ti. Hua les está diciendo: venid y escuchad mientras Angai averigua qué eres.

—Oh.

—No me gusta que me sigan —añadió Nia.

Hice el gesto de acuerdo.

El poblado era obviamente nuevo en ese emplazamiento. Crecían plantas entre las tiendas y bajo las carretas. Había flores. Los insectos saltaban y zumbaban. Un cuernicurvo atado mordisqueaba las hojas de un matorral en medio de lo que parecía ser el camino principal.

Dejamos atrás al animal, que dejó de comer y nos miró. Luego alzó la cola y defecó.

Más pruebas de que el poblado era nuevo. Había visto muy pocos excrementos o basura.

Miré las carretas. Las había por todas partes, repartidas entre las tiendas. Tenían el cuerpo rectangular de madera y la parte superior curvada de cuero extendido sobre un armazón. Los costados estaban elaboradamente tallados. Las partes superiores estaban decoradas con tiras de tela de colores brillantes que colgaban por delante y



por detrás, haciendo cortinas de lazo que aleteaban al viento: rojas, amarillas, azules, verdes, naranjas. Cada carreta tenía cuatro ruedas reforzadas con hierro. Los radios estaban tallados y pintados.

Cruzamos una zona despejada, llena de más plantas. Hua se detuvo delante de una tienda. Era grande y había palos alrededor: estandartes. Uno era un árbol de metal lleno de pájaros dorados y plateados. Colgaban campanitas de las ramas inferiores, y se movían y tintineaban con el viento.

—La conozco —dijo Nia—. La hice yo. —Se miró las manos—. He estado viajando demasiado tiempo. Necesito tener de nuevo las herramientas.

Los otros estandartes eran animales de bronce o latón: un cuerni-curvo, un asesino-de-la-llanura, un bípedo.

—Mi madre-nombre hizo los otros —dijo Hua—. Son muy antiguos.

La maestra de Nia. Ahora lo recordaba.

—¿La conociste? —le pregunté a la niña.

Hua pareció sorprendida.

—¡No! ¡Nunca! ¿Cómo puedes hacer una pregunta así? ¿Qué quieres decir con eso?

—Esta persona viene de muy lejos —dijo Nia—. Cuando la encontré, no conocía el lenguaje que estamos hablando. A veces pienso que todavía no lo conoce. No te preocupes mucho por las cosas que dice.

Hua hizo el gesto de reconocimiento. Pero parecía preocupada.

Una mujer salió de la tienda. Alta y delgada, iba vestida con una túnica larga de color naranja. Su pelaje era marrón oscuro, moteado de gris, aunque no me dio la impresión de que fuera vieja. Llevaba al menos una docena de collares de oro y plata y ámbar. Varios brazaletes cubrían sus brazos desde la muñeca al codo. Como los collares, eran una mezcla: oro, plata, cobre, marfil. Incluso había un par hechos de madera tallada. Tenía un pendiente de oro en una aleta de su nariz baja, chata y peluda.

Nos miró y luego le habló a Nia.

—¿Es que nunca puedes comportarte de manera adecuada? ¿Qué haces volviendo aquí? ¿Y dónde encontraste a una persona como esta?

—Es mi madre adoptiva —dijo Hua.

—Se llama Angai —explicó Nia. Me señaló—. Esta persona se llama Li-sa. La conocí al este, en la aldea del Pueblo del Cobre del Bosque. He estado viviendo allí.

—No es una persona del Pueblo del Cobre —dijo Angai.

Nia hizo el gesto de acuerdo.

—No sé de dónde es. De muy lejos, me ha dicho. Pero la conocí en la aldea del Pueblo del Cobre y en la casa de su hechicera Nahusai.

La gente murmuró detrás de mí. Un bebé empezó a llorar.

—Hay más gente sin pelo al pie de la aldea, en dos barcos. Quieren permiso para subir.

Angai frunció el ceño.

—¿Qué les has dicho de nosotros, Nia? ¿Has estado mintiendo? ¡Siempre le damos la bienvenida a los extraños! No hay ningún motivo para que esperen abajo. —Hizo una pausa—. A menos que estén enfermos. ¿Es eso lo que le pasó a su pelo?

—Cuatro son hombres.

—Sentaos —dijo Angai—. Aquí, bajo el toldo. No hay motivo para que estéis incómodas mientras hablamos.

Obedecimos, incluso Hua. Angai se la quedó mirando.

—No creo que sea un asunto para niños.

—Toda la aldea está aquí. Todo el mundo está escuchando.

Angai hizo el gesto que significaba «muy bien».

—Pero cállate. ¡Presta atención! ¡Aprende qué hace una hechicera!

Hua hizo el gesto de asentimiento.

—Bien. —Angai miró a Nia—. Cuéntame qué pasa.

—Estas personas son diferentes. No es simplemente la falta de pelo. Mira sus ojos. —Me señaló—. Son marrones y blancos como la tierra al principio de primavera, cuando la nieve ha empezado a derretirse. Tiene dos dedos de más y no son deformes. Todo su pueblo tiene dos dedos de más. Amiga de mi infancia, ¡huele! ¿Es su olor como el de alguna persona que hayas conocido?

Angai olisqueó.

—No.

Nía se inclinó hacia delante.

—No es una persona como tú eres una persona, Angai.

Abrí la boca para protestar, pero la cerré. Nia distaba mucho de ser estúpida. Seguramente tenía un motivo para decir lo que estaba diciendo.

—Ellos tienen herramientas distintas de nuestras herramientas. Su lenguaje suena como un animal escupiendo y parloteando. Pero... —Nia hizo una pausa—. Tienen herramientas y un lenguaje. No son animales. No son espíritus. No creo que sean demonios. Son completamente extraños y diferentes.

Angai hizo el gesto que significaba «puede ser».

—Entre esta gente los hombres no son solitarios. Viven con las mujeres.

—¡Aiya! —exclamó una mujer.

—¡Hu! —dijeron otras.

Angai hizo el gesto que exigía silencio.

—Continúa.

—Por eso están esperando. Saben que tenemos costumbres diferentes. No quieren ofender al Pueblo de Hierro. No quieren mostrar falta de respeto ni ser deshonestos.

—Pero quieren venir al poblado —dijo Angai.

Nia me miró.

—Sí —contesté—. Ellos, nosotros, tenemos una dificultad. Una discusión que no podemos zanjar. Queremos vuestro consejo, el consejo de vuestro pueblo.

—No es sorprendente que discutan —dijo una mujer—. ¡Hombres y mujeres juntos! ¡Qué perversión!

—Excepto en la época de apareamientos —añadió otra mujer.

—Los cuernicurvos se aparean en otoño —dijo Angai—. Y hay animales que paren dos o tres camadas en un verano. ¿Sois así vosotros? ¿Es esta vuestra época para aparearos?

Vacilé.

—He observado a esta gente con atención y los he escuchado —dijo Nia—. Creo que siempre están dispuestos a aparearse.

Hubo más cuchicheos entre el público. Angai hizo el gesto que exigía silencio. Todos esperamos. Ella frunció el ceño.

—¿Estás segura de que son personas, Nia?

—Tú eres la hechicera. ¿Es esta un espíritu? ¿Un demonio? ¿O un fantasma?

Angai me tocó el brazo.

—Es sólida. Es de día. No puede ser un fantasma.

—¿Y un demonio? —preguntó una de las aldeanas—. Son sólidos. Pueden salir a la luz del sol.

Angai me miró.

—He visto demonios en mis sueños. Sus ojos arden como el fuego. Sus manos y pies tienen largas garras curvas. Por lo demás, parecen personas. Nunca he oído hablar de un demonio sin pelo. —Hizo una pausa—. ¿Estás segura de que no son espíritus, Nia?

—Los espíritus tienen muchos disfraces. Incluso una mujer lista puede fallar y no descubrirlos. Pero he viajado con esta gente durante tres ciclos de la luna grande. Nunca han cambiado de forma. Nunca han cambiado de tamaño. Comen. Duermen. Producen excrementos y orina. Su excremento y su orina son ordinarios, pero no huelen exactamente como los nuestros. Incluso cuando están enfadados, incluso cuando parecen en peligro, no hacen nada como los espíritus.

Angai hizo un gesto que yo no conocía.

—No son animales. No son espíritus. No son fantasmas ni demonios. Por tanto, tienen que ser personas. Nos han pedido ayuda. Mi opinión es que deberíamos ayudarlos. Han pedido entrar en nuestro poblado, y es mi opinión que debemos darles ese permiso.

Una mujer habló en voz alta, pero no en el lenguaje de los regalos.

Angai levantó una mano.

—No son como nosotras. No podemos juzgarlos como nos juzgamos a nosotras mismas.

Varias mujeres hablaron en lenguaje tribal. Me volví a mirar a la multitud.

El sol se ponía ya. Rayos de luz, casi horizontales, brillaban entre las tiendas. Iluminaban la zona despejada, la vegetación y la gente: sólidas matronas, viejas encorvadas, muchachitas esbeltas, un montón de niños. Las adultas gritaban y

gesticulaban. Las joyas brillaban.

Yo conocía la mayoría de los gestos: «sí», «no», «estás equivocada o loca», «no estamos de acuerdo», «el acuerdo es completamente imposible».

Miré de nuevo a Angai. Ella observaba y escuchaba, sin mostrar ninguna expresión.

—¿Qué está pasando? —le pregunté a Nía.

—Algunas de ellas están de acuerdo con Angai. Otras no. Gritarán hasta cansarse.

Miré a la multitud. La discusión continuó. Los niños mayores se marcharon, evidentemente aburridos. Los más pequeños empezaron a llorar. Sus madres los tomaron en brazos y los mecieron.

Las otras mujeres continuaron la discusión, pero todo fue menos violento. Las voces se habían vuelto más suaves. Los gestos eran menos exagerados.

La luz desapareció de la plaza. Solo los picos de las tiendas quedaron iluminados, y las puntas de los estandartes de metal. El oro, la plata y el bronce brillaban delante del cielo, que carecía de nubes y era de un profundo verdiazul.

Por fin se hizo el silencio, roto únicamente por el gemido de los bebés y las voces agudas y claras de un grupo de niños que se habían puesto a jugar.

—¡Hai! ¡Hai! ¡Ah-tsa-hai!

Las mujeres miraron a Angai, quien habló clara y firmemente.

Las mujeres respondieron con gestos de acuerdo con dudas.

Angai me miró.

—El día casi ha terminado. Es mala idea empezar nada importante en la oscuridad. Por tanto, te pido que vuelvas a tus barcos. Regresa por la mañana con todos. Todo tu pueblo. Escucharemos vuestro problema.

Hice el gesto de gratitud y me levanté.

—Tú, Nia. —Angai miró a mi acompañante—. Ve con la persona sin pelo. La gente te ha visto demasiado tiempo. Ahora olvidarán que eres una extraña. No te tratarán con la cortesía debida a una viajera.

Nia hizo el gesto de asentimiento.

—Quiero ir con ellas —dijo Hua.

—No —objetó Nia—. No quiero que la gente diga que eres como yo.

—Nia tiene razón —dijo Angai. Miró a su hija adoptiva—. Mañana verás a las personas sin pelo. Esta noche, quédate aquí.

Hua hizo el gesto de acatamiento reticente.

La multitud se separó. Nia y yo la atravesamos.

—¡Aiya! —dijo Nia—. ¡Qué día!

Bajamos el acantilado. Habían encendido las luces del primer barco. Pálidas y firmes iluminaban la cubierta de popa. El oráculo estaba allí sentado, mordisqueando el antebrazo de un bípedo. Alzó la cabeza cuando subimos a bordo.

—¿Qué ha pasado? ¿Has conseguido comida?

—No —respondió Nia.

—Será mejor que la consigas pronto. Todo se ha acabado excepto esto y la comida de la gente de Lixia.

—¿No me has guardado nada?

—Creí que ibas a comer en el poblado.

—¡Aiya!

Le tendió el hueso.

Ella hizo el gesto de gratitud efusiva.

Abrí la puerta de la cabina. Agopian e Ivanova estaban jugando al ajedrez dentro.

Agopian alzó la cabeza.

—Habéis vuelto.

—Ajá. Todo ha salido bien. Podemos subir mañana. Todos nosotros.

—Enhorabuena. —Ivanova derribó su rey—. Me rindo. No puedo hacer nada sin mis peones.

Agopian sonrió.

—Uno de sus peones se ha convertido en un socialista revolucionario y ha convencido a los demás para formar un soviét, lo cual significa, naturalmente, que a los blancos no les quedan soldados corrientes.

—Y los rojos ganan —dijo Ivanova, sombría.

—¿De qué estáis hablando?

—De ajedrez brechtiano. —Agopian se puso a guardar las piezas—. Se llama así en honor del dramaturgo alemán Bertolt Brecht, que decía que el ajedrez corriente era aburrido. Las piezas debían cambiar según dónde estuvieran en el tablero y cuánto tiempo llevaran allí. Un loco llamado Robik inventó el juego a principios del siglo XXII.

—Es un juego profundamente irritante —dijo Ivanova.

—Karl Marx odiaba perder al ajedrez. A Lenin no le molestaba..., al menos según Gorki.

Agopian plegó el tablero dos veces.

—A Lenin le interesaba cómo perdía. Eso le impedía enfadarse por el hecho de haber perdido. Decía que el ajedrez le enseñaba mucho sobre estrategia y táctica. Pero tuvo que dejarlo. Interfería con sus actividades revolucionarias.

—¿Dónde están todos los demás? —pregunté.

—En el otro barco. El señor Fang está preparando la cena. Iguana con pimientos rojos y cebollas verdes. Nosotros quisimos terminar la partida.

—Aunque no sé por qué —dijo Ivanova. Se levantó y se desperezó.

—Creías que ibas a ganar, camarada, cuando mi comisario desarrolló feas tendencias revisionistas.

—Comisario —dije.

Agopian sonrió.

—Robik quiso deshacerse de los elementos feudales del ajedrez. Convirtió los caballos en comisarios.

—No me digas más.

—No lo haré. ¿Vienes a cenar?

—No.

—Hay cerveza en la cocina y todo lo necesario para preparar bocadillos.

Salió a cubierta. Ivanova lo siguió, pero se detuvo en la puerta.

—Has hecho un buen trabajo, Lixia.

Hice el gesto que indicaba la modesta aceptación de la alabanza.

Se marchó. Abrí una cerveza y me la bebí, y luego me preparé un bocadillo. Me lo llevé a cubierta con otra cerveza.

Nia y el oráculo seguían allí.

—¿Has conseguido suficiente comida?

—Sí —respondió el oráculo—. Pero Nia va a tener hambre cuando despierte.

Nia hizo el gesto que significaba «no es gran cosa».

Me senté frente a los nativos.

—Nia, ¿por qué se molestó tu hija cuando le pregunté si había conocido a la vieja Hua?

—¡Ai! —dijo el oráculo—. ¿Preguntaste eso?

—Sí. ¿Qué tiene de malo la pregunta?

—Nadie le pone nunca a una niña el nombre de una mujer viva —dijo Nia—. Si una mujer se encuentra con su madre-nombre, está encontrándose con un fantasma.

—¡Hu! —dije, y bebí más cerveza—. ¿Eso se cumple también con los hombres?

—No.

—Los niños reciben los nombres de los hombres que han dejado el poblado —añadió Nia—. Normalmente, el hermano de la madre. Mi hijo se llama como mi hermano Anasu. Por lo que sé, sigue vivo todavía. —Hizo una pausa—. Espero que así sea. —Miró el hueso que tenía en la mano. Estaba mondo. No le quedaba ni un hilillo de carne—. Cuando mi hijo deje la aldea, puede que encuentre a Anasu. Eso no será especialmente aterrador.

—A menos que intenten reclamar el mismo territorio —dijo el oráculo.

—Es poco probable. —Nia arrojó el hueso. Resonó en la cubierta—. Voy a buscar una manta y a dormir ahí arriba. —Señaló la proa del barco.

—Muy bien.

Se levantó con dificultad, como si hubiera realizado algún tipo de esfuerzo físico. Bueno, algún día yo descubriría lo que era volver a casa.

Terminé la cerveza, entré en la cabina y desplegué una cama.

—Necesito una manta —dijo el oráculo.

Le entregué una. Se la llevó fuera. Me desnudé y me acosté. Durante un rato pensé en lo que había visto: las tiendas y carretas, la gente, sobre todo los niños. ¿Cómo sería tener una hija? Busqué el botón en la pared. Lo pulsé y las luces se apagaron.

—No viniste a informar anoche —dijo Derek—. Nos sentimos decepcionados,

Lixia.

Abrí los ojos. La cabina estaba llena de gente: Derek, Agopian, Tabana.

—¿Tenéis que estar todos aquí? —pregunté.

—De momento disponemos de espacio limitado —dijo Derek.

Agopian asintió.

—Dos barcos y un planeta.

—¿Qué pasó en la aldea? —preguntó Tatiana.

—Se lo dije a Agopian. La hechicera, que se llama Angai, ha accedido a ayudarnos con nuestro problema. Disculpádmelo.

Entré en el cuarto de baño. Cuando salí habían arreglado el camarote. Las camas volvían a ser sofás y habían desplegado sillas y mesas. Agopian y Derek estaban sirviendo platos.

Agopian me miró.

—En este barco servimos desayuno americano. La única comida decente que tomé en América era el desayuno. Aunque la hamburguesa tenían un cierto *ye ne sais quoi*. Igual que el perrito caliente de Coney Island. Yunqi va a servir un desayuno chino en el otro barco. He oído decir que es una cocinera malísima.

—¿Todos los armenios son tan criticones?

—Esa es una pregunta racista. —Terminó de colocar los platos—. Nos gusta comer. Muchos de nosotros han muerto de hambre a lo largo de los siglos.

—Tal vez quieras salir —dijo Derek.

—¿Por qué?

—El hijo de Nia está ahí fuera.

Salí a cubierta. Nia y el oráculo estaban sentados ante una olla de hierro llena de guiso. Comían, sacando con los dedos trozos de carne, y vestían ropa nueva. Nada impresionante. Nia llevaba puesta una túnica gris oscuro, lisa a excepción de una única franja de bordado amarillo en el cuello. El oráculo llevaba un kilt naranja rojizo sin ningún tipo de bordado.

—¿Dónde está Anasu? —pregunté.

Ella señaló.

El niño estaba sentado en la borda. Era tan alto como el oráculo, pero no era tan fornido, y tenía el pelaje marrón muy oscuro y los ojos grises. Yo nunca había visto antes ese color de ojos en un nativo.

Su kilt era gris azulado. Llevaba botas diseñadas, estaba segura, para cabalgar, no para caminar. Le llegaban a la altura de las rodillas y estaban hechas de fino cuero gris y flexible, que abultaba en los tobillos. Los tacones estaban decorados con remaches de plata. Su cinturón tenía una hebilla de plata y llevaba cuatro estrechos brazaletes de plata también, dos en cada muñeca.

—Vino anoche, cuando todos dormían —dijo Nia—. Me despertó. Le dije que tenía hambre. Fue y trajo comida.

El oráculo, masticando, hizo el gesto de gratitud.

—Estaba fuera ayer —dijo el niño—, en la llanura, cazando. Cuando volví, Hua me contó que nuestra madre había regresado. Angai me dijo que la dejara en paz. No le hice caso. Seré un hombre..., si no este invierno, el siguiente. No son las voces de las mujeres las que mantienen a un hombre con vida en la llanura. Es su propia voz. La que oye en su mente cuando su lengua guarda silencio.

El oráculo hizo el gesto de acuerdo.

—También nos ha traído ropa —dijo Nia.

—Vi el aspecto que tenía mi madre. ¡Harapienta! ¡Y extranjera! No entiendo lo que está pasando. ¿Quiénes sois? ¿Por qué necesitáis ayuda de nuestra hechicera?

Abrí la boca para explicarme. El muchacho alzó la mano.

—Pero sé que Nia está en medio, y me parece que ella debería ir vestida con ropa decente.

—¿Qué edad tienes? —pregunté.

—Trece. Todo el mundo dice que he crecido rápido. No sé si eso es bueno. La gente espera que abandone pronto el poblado. Supongo que no me importa.

—No te importa —dijo Nia—. Tu padre tuvo problemas porque no quería abandonar el poblado.

—He oído hablar de eso. —El muchacho hizo una pausa y volvió la cabeza, luego se bajó de la borda.

El follaje se movió. Eddie subió al barco.

—Buenos días, Lixia —miró al muchacho—. ¿El hijo de Nia?

Hice el gesto de asentimiento.

—Preséntame.

Lo hice.

El muchacho lo miró de arriba abajo.

—¿Es un hombre?

—Sí.

—Es un hombre grande.

Eddie llevaba vaqueros, una camisa azul turquesa y un chaleco cubierto de cuentas. El chaleco era anishinabe: un atrevido diseño de flores de colores vivos. Las cuentas eran diminutas, de cristal. Titilaban a la luz de la mañana. Llevaba el pelo trenzado. La hebilla de su cinturón era turquesa y oro. Claro que era un hombre grande. Hice el gesto de acuerdo.

—¿Es probable que se enfrente a alguien? —preguntó el muchacho.

—No.

El muchacho hizo el gesto que significaba «bien».

Nia se levantó.

—¿No te enteraste en el poblado? Esta gente no se parece a ninguna otra.

—Me enteré.

Agopian se asomó a la puerta de la cabina.

—El desayuno está listo.



—Ese es otro macho —dijo Nia.

—¿Estás segura de que no van a enfrentarse entre sí?

—Sí.

—¡Hu!

El oráculo alzó la cabeza.

—El pequeño no retrocederá ni escapará, aunque está claro que no es rival para Eddie.

—Tenemos que comer —dije en el lenguaje de los regalos.

El oráculo hizo el gesto que significaba «adelante»

Eddie y yo entramos. Ya había un plato de bollos sobre la mesa, tostados y con mantequilla. Derek se estaba sirviendo un plato de huevos revueltos. Tatiana salió de la cocina con una cafetera.

—Ivanova va a quedarse en el otro barco —dijo Eddie—. Creo que está intentando ganar puntos con los chinos desayunando su comida.

—Nunca pongas la política por encima de la digestión —comentó Agopian. Se sentó y tomó un bollo.

Comimos en silencio, conscientes, creo, de los alienígenas de fuera. Sus voces llegaban a través de la puerta abierta, bajas y regulares, hablando en la lengua de su tribu.

Tatiana quitó la mesa. Eddie fregó. Yo sequé. Ivanova llegó y le habló a Tatiana en ruso. Me asomé a la cocina. Estaba claro que discutían, hablando en voz baja e intensa, ambas con el ceño fruncido. Agopian escuchó y no dijo nada.

Terminamos con los platos.

—Ha habido ruidos en el bosque —dijo Ivanova—. Voces. Incluso he visto a un par de niños en los árboles, mirándonos, sin hacer nada. Pero no creo que sea buena idea dejar los barcos desatendidos.

—Tengo que quedarme —dijo Tatiana—. Y Yunqi también. Los demás sois necesarios en el poblado. He venido hasta tan lejos y ahora tengo que hacer de perro guardián mientras la historia se escribe a unos pocos cientos de metros de distancia.

—Agopian podría quedarse —dije yo.

—Nunca te perdonaré esa observación —contestó Agopian.

Ivanova negó con la cabeza.

—Es historiador. Quiero que esté presente.

Salí a cubierta. El cielo estaba despejado a excepción de un pequeño grupito de nubes. Tenían forma de escamas y estaban dispuestas en filas.

—Nubes de piel de lagarto —dijo Nia.

Se levantó, luego se inclinó y colocó una tapa en la olla de su guiso. El asa era un bípedo, un carnívoro, que se inclinaba y se alimentaba de otro bípedo que yacía muerto, un relieve en la tapa curva.

El muchacho se había ido.

Hice el gesto de pregunta.

—Dije que iríamos pronto al poblado. Se adelantó.

Ivanova salió.

—Será mejor que nos pongamos en marcha.

La acompañé a la orilla. Los nativos me siguieron. El señor Fang estaba en el sendero, apoyado en un bastón. Los demás se reunieron con nosotros: Agopian, Eddie, Derek, que se había cambiado de ropa. Ahora iba completamente vestido de blanco: vaqueros ajustados y una camisa suelta. Las mangas eran propias de una blusa. Los hombros estaban cubiertos de bordados, blanco sobre blanco.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunté—. No de suministros.

—Negociando.

Sus zapatos eran de tela blanca muy reflectante, recubiertos de cuero blanco. Titilaban y resplandecían, incluso a la sombra del bosque.

—¡Hu! —dijo Eddie.

Subimos el promontorio. Nia nos guio hasta el poblado. Estaba vacío. El viento levantaba capas de polvo y lo hacía revolotear a nuestro alrededor. Las campanas de los estandartes de metal sonaban.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Agopian.

Derek hizo el gesto que significaba que no lo sabía.

Llegamos a la zona despejada: la plaza de la aldea. Estaba llena de gente: mujeres y niños vestidos con sus mejores galas. Allá donde mirara, veía colores brillantes, bordados, joyas.

Una mujer gritó. Todos nos miraron.

—¡Aiya! —dijo el oráculo—. ¿Tengo que entrar ahí?

—Puedes volverte —respondió Derek.

—No. Mi espíritu me dijo que me quedara con vosotros.

La multitud se dividió. La atravesamos. El oráculo mantuvo la cabeza gacha, sin mirar a nadie hasta que llegamos junto a Angai.

Ella se encontraba delante de su tienda, bajo el toldo. Su túnica estaba cubierta de tantos bordados que no pude distinguir el color del tejido.

Sus joyas eran menos impresionantes: un pendiente en la nariz, de oro, y un collar que parecía más propio de una niña. Cada eslabón era un pequeño y delicado pájaro de plata. Poco adecuado para una hechicera de mediana edad, vestida para una importante ocasión social.

—Sentaos. —Alzó la voz para que todos pudieran oírla—. Contadme vuestro problema. El poblado escuchará. Haremos lo que podamos.

Había esterillas desplegadas bajo el toldo. Angai señaló y nos sentamos.

Las aldeanas se acercaron. Las mujeres viejas, las más cercanas. Se sentaron en el suelo. Tras ellas se quedaron de pie las matronas. No veía a las muchachas ni a los niños. Pero los oía gritar:

—¡Tsa! ¡Tsa! ¡Tsa!

—Comenzad —dijo Angai.

Me presenté, y luego presenté a los otros humanos.

—¿De qué sexo son? —preguntó Angai.

Se lo dije.

—Cuatro hombres —dijo Angai—. Uno de ellos parece viejo. ¿Es así?

Hice el gesto que significaba afirmación.

—¿Pero los otros tres?

—No son ni viejos ni jóvenes.

—Dos de ellos —miró a Derek y Eddie—, parecen hombres grandes. La forma en que visten es grande. Y la forma en que se muestran. —Sí.

—Pero pueden sentarse el uno al lado del otro, y con mujeres, y con un par de hombres pequeños, y no hacen nada.

—Sí.

—Nia tiene razón. Sois diferentes. —Miró al oráculo—. Li-sa no ha dicho tu nombre. ¿Quién eres y por qué viajas con la gente sin pelo? ¿Por qué has venido a este poblado? ¿Eres un pervertido?

—No. Soy santo y loco. Mi nombre es la Voz de la Cascada. Pertenezco al Pueblo del Cobre de la Llanura. Soy oráculo. Viajo con la gente sin pelo porque mi espíritu me dijo que lo hiciera. Vine a vuestro poblado, oh, hechicera, porque esta gente vino. No me marcharé hasta que me lo diga mi espíritu.

Angai frunció el ceño.

—Nunca he oído hablar de un espíritu que use a un hombre para— hablar. Pero las ancianas dicen que cuanto más lejana está una aldea, más cosas se hacen mal. El Pueblo del Cobre está muy lejos.

Volvió a mirarme.

—¿Cuál es vuestro problema? ¡Decídmelo! Tal vez si sé qué tipo de cosas os preocupan, os pueda comprender mejor. —Miró a Nia—. ¡Tú!

Nia hizo el gesto que significaba que estaba escuchando con respeto.

—¡Presta atención! Si la mujer sin pelo dice algo que no te parezca bien, dílo. ¡Dímelo!

—Sí.

—Muy bien —dije yo en inglés—. Está dispuesta a escuchar el problema.

—Yo hablaré primero —intervino el señor Fang—. Por favor, traduce, Lixia.

Hice el gesto que significaba acuerdo.

Él pareció perplejo. Asentí. Comenzó.

—Antes que nada, comunícale nuestro agradecimiento a Angai por darnos la bienvenida. Explícale que venimos de muy lejos.

»Después de que llegáramos a este planeta, a este lugar, desarrollamos una diferencia de opinión. No hemos podido zanjar la discusión nosotros solos. Por tanto, hemos decidido acudir a gente que no pertenece a nuestra expedición.

Traduje.

Angai hizo el gesto que significaba aprobación.

—Cuando dos mujeres no pueden ponerse de acuerdo, deben acudir a una tercera. Actuar de modo diferente es actuar como hombres.

Frunció el ceño, evidentemente recordando que el señor Fang era un hombre.

—Continúa.

El anciano vaciló. Puntos de luz reflejada bailaban sobre su piel oscura y sus gastadas ropas de algodón. La luz procedía de los adornos que colgaban de la periferia del toldo: cadenas de bronce, que terminaban en pececitos y pájaros planos. Se movían con el viento, tintineando suavemente. El anciano llevaba ese día el pelo suelto, y también se movía, alzándose cuando el viento soplaba bajo el toldo: rizado, desordenado, canoso.

—Es difícil. ¿Cómo pueden abstraerse las ideas de su contexto?

¿Cómo podemos explicarle nuestro dilema a una gente cuya historia y tecnología son tan distintas de las nuestras?

—Estoy dispuesto a intentarlo —dijo Eddie.

—No —replicó el señor Fang—. Tu turno vendrá más tarde. Lixia, dile que venimos de un planeta, un lugar, donde hay muchos tipos diferentes de sociedad. Esas sociedades tienen distintos niveles de tecnología y, por tanto, distintos tipos de organización social y distintas ideologías.

—El anciano dice que en nuestro país hay muchos pueblos diferentes. Tienen herramientas diferentes e ideas diferentes.

—Difícilmente podrían tener las mismas herramientas —dijo An-gai—. Cada poblado debe tener su propia herrera. Cada herrera debe tener sus propias herramientas. En cuanto a las ideas, sé que la gente no siempre está de acuerdo.

El señor Fang continuó:

—En el pasado ha habido problemas cuando se han encontrado gentes con distintos niveles de tecnología —hizo una pausa—. No quiero hablar de guerra ni explotación. Esos son temas de Eddie.

»Dile a la hechicera que cuando sociedades distintas se encuentran, intercambian información y eso puede causar cambios en una sociedad o en la otra. Estos cambios no siempre son agradables.

Hice el gesto que significaba «lo haré».

—El anciano dice que cuando pueblos distintos se encuentran, se enseñan formas nuevas de hacer cosas, y esto puede ser preocupante.

La palabra que empleé para «preocupante» significaba «dar la vuelta» o «sacudir las gachas moviendo una cuchara en círculo», «vaciar una olla volcándola boca abajo».

Angai pareció sorprendida.

—A causa de esto —dijo el señor Fang—, la gente se ha mostrado siempre en desacuerdo sobre los beneficios de viajar y el intercambio de información. Según el maestro Lao, en un país que sigue el Camino, el pueblo evitará las mejoras tecnológicas. Pasarán toda su vida en una aldea aunque la aldea de al lado esté tan

cerca que puedan oír a los perros ladrar y el cacareo de los gallos.

—Hay gente en nuestro país que piensa que es mala idea aprender cosas nuevas —dije—. No les gusta viajar.

Angai hizo el gesto que significaba «continúa».

—Pero el maestro Kong dijo que los dos grandes placeres de la vida son adquirir conocimiento y tener amigos que vengan a visitarte desde muy lejos.

»La literatura china está llena de viajes, de amigos que se marchan y vuelven a encontrarse. Así es como nuestra civilización se creó y se unió: por poetas a caballo y soldados en la frontera, las mujeres enviadas a muchos extranjeros, los trabajadores corrientes que conducían caravanas a través de las montañas y barcos por las gargantas del Yang-tze. —Alzó la cabeza y advirtió dónde estaba. Durante un momento pareció sorprendido.

—Hay otra gente a la que le gusta aprender nuevas cosas —traduje yo—. A esta gente le gusta viajar.

—Soy de Sichuan, de la antigua Shu. Sin viajes e intercambio de información, no seríamos chinos. Por otro lado, aún podríamos tener nuestra cultura y ecología nativas. Soy heredero de Kong y Lao, Du Fu y Wang Anshi. Esto es obviamente bueno. Pero hemos perdido nuestras antiguas tradiciones, fueran cuales fuesen. Y hemos perdido nuestros tigres, nuestros elefantes, nuestros pandas y nuestros leopardos. Esa es una pérdida terrible.

—Hay ganancia y pérdida en todo viaje —dije yo—. Se aprenden nuevas historias. Se olvidan historias antiguas. Llegan cosas nuevas al país. Se marchan cosas antiguas.

—Incluso en el siglo XX, era posible encontrar pandas gigantes en los bosques de Sichuan. El leopardo de las nieves es, o era, notablemente esquivo, pero había gente que veía sus huellas en la nieve de las altas montañas en el siglo XIX. ¿Cómo se equilibra esa pérdida con la poesía de Du Fu, la filosofía del maestro Kong, los beneficios del socialismo?

—Esto no es fácil de explicar —le dije a Angai—. Está hablando de su país. No conocéis los lugares ni las personas ni los animales.

—Hazlo lo mejor que puedas —dijo Angai.

—Muy bien. —Pensé un momento—. Está haciendo un montón con las cosas que se han ganado con los viajes. Las está comparando con las cosas que se han perdido. ¿Qué montón es más grande?, se pregunta. No puede decidirse.

—¡Aiya! —dijeron las aldeanas.

El señor Fang ladeó la cabeza, y miró directamente a Angai.

—No podemos decidir si es buena idea o no visitaros. Por tanto, os pedimos que decidáis.

Yo traduje, y luego añadí:

—Eddie e Ivanova van a hablar. Eddie está en contra de esta visita. Ivanova piensa que es buena idea.

—Esto va a durar mucho tiempo —dijo Angai—. Mi pueblo tiene que cuidar de sus hijos. Las ancianas necesitan levantarse y caminar. Nos detendremos un rato. ¡Hay tanta información! ¡Tanto en qué pensar! ¡Tantas preguntas que hacer!

Hizo un gesto. Las ancianas se levantaron, gruñendo. Algunas necesitaron ayuda. La multitud aldeana se dispersó y nos quedamos solos.

Angai miró a Nia.

—¿Has oído algo que suene mal?

—No. Pero hay muchas cosas de esta gente que no conozco. —Nia se rascó la frente—. Li-sa no ha hablado tanto como el anciano. —Me miró—. ¿Qué no se dijo?

—Ya te lo ha dicho —intervino Derek—. El anciano estaba hablando de su país.

—¿Es importante lo que dijo? —preguntó Nia.

—Juzga por ti misma. —Derek dio una traducción meticulosamente exacta.

Las nativas fruncieron el ceño y empezaron a hacer preguntas. ¿Qué es un panda? ¿Quién es Wang Anshi?

Me levanté y me acerqué a la luz, me desesperé y me toqué las puntas de los pies. Las nubes se habían desvanecido. El aire empezaba a caldearse.

Miré al grupo reunido bajo el toldo. Hua se había unido a ellos. Llevaba una jarra de plata, de vientre redondo y cuello largo y estrecho. Me miró y la alzó. Volví, me senté y bebí un fresco líquido que sabía amargo y me dejó la lengua entumecida.

—¿Qué es? —pregunté.

—Esto hace feliz a la gente —dijo Hua—. Cuando las ancianas lo beben, se olvidan de que les duele el cuerpo y sus fuerzas las abandonan. Bailan y danzan como muchachas.

—¡Hu! —di otro sorbo, y luego le tendí la jarra a Derek.

—Estabas dentro de la tienda —le dije a Hua.

Ella hizo el gesto de afirmación.

—Si me hubiera quedado fuera —señaló la zona despejada—, las ancianas me habrían empujado y se habrían puesto delante. No habría visto ni oído mucho. Voy a ser la próxima hechicera. Es importante que vea y oiga lo que hace mi madre adoptiva.

Eddie empuñó la jarra.

—¿Qué es esto?

—Una sustancia que altera la mente —dijo Derek.

Eddie se la pasó a Ivanova, quien se la pasó a Agopian.

—Ten cuidado, camarada —dijo ella.

—Lo tendré —respondió Agopian. Bebió, se atragantó, tosió, y le pasó la jarra al señor Fang.

Miré a Hua.

—¿Por qué no podías estar aquí fuera con nosotros?

—No hay espacio bajo el toldo.

—Las niñas no se sientan con las mujeres cuando toman decisiones importantes

—dijo Angai.

Y tal vez, pensé, no era buena idea que Hua y Nia y Angai estuvieran sentadas juntas delante de todo el poblado. Las aldeanas podrían recordar lo íntima que había sido su hechicera de la mujer que habían exiliado.

La gente regresaba ya. Traía objetos: palos, que clavaron en el suelo, y trozos de tela, que tendieron sobre los palos. La luz brillaba a través del tejido con el color de cada pieza: rojo, verde, azul, amarillo y naranja.

Extendieron alfombras en el suelo y se sentaron. Repartieron comida: piezas de pan, cuencos de carne, jarras de plata y bronce. Los bebés gatearon a través de las sombras de colores. Los niños pequeños corrían.

Hua regresó al interior de la tienda. Un momento después volvió a aparecer..., o más bien lo hizo su mano, peluda y marrón, sosteniendo un gran pedazo plano de pan. Eddie lo tomó. Lo repartimos.

Angai hizo un gesto imperioso y la gente guardó silencio. Nos miró.

—Empieza.

—Elizaveta y yo hemos lanzado una moneda al aire —dijo Eddie—. He perdido. Me toca ser el primero. Derek, ¿quieres traducir? —Sí.

Eddie tomó aire y luego resopló lentamente.

—Ante todo, repetir lo que ha dicho el señor Fang: cuando se encuentran pueblos diferentes, se producen cambios.

»Lo más probable es que este pueblo, el Pueblo de Hierro, cambie más de lo que queremos, ya que tiene una tecnología menos desarrollada. Puede que no les gusten los cambios que experimenten. Y puede que no les resulte posible volver a ser como eran.

Derek pensó un momento.

—Muy bien. —Miró a Angai—. Eddie dice que cuando los pueblos se encuentran, se cambian unos a otros. —Angai hizo el gesto de acuerdo—. Si el pueblo tiene diferentes tipos de herramientas, entonces el pueblo que tiene herramientas más poderosas cambiará menos que el pueblo que tenga herramientas débiles y pequeñas.

»Eddie dice que nuestras herramientas son grandes y poderosas. Vuestras herramientas son pequeñas y débiles. Por tanto, vosotros cambiaréis más que nosotros, y puede que no os gusten los cambios.

Angai frunció el ceño.

—Este hombre no está siendo cortés. Nuestro pueblo es habilidoso. Las herramientas que hacemos son buenas. —Las mujeres, a nuestro alrededor, hicieron gestos de acuerdo para descalificar—. Sin embargo, es cierto que las nuevas ideas incomodan a la gente. Tal vez no nos gusten las historias que contéis ni las formas en que os comportéis.

Derek tradujo esto al inglés.

Eddie frunció el ceño, luego asintió.

—A continuación, dile a la hechicera que tenemos una larga historia de mala conducta hacia pueblos que son diferentes. Hemos mejorado en los dos o tres últimos siglos, pero no sabemos si el cambio será permanente. Puede que volvamos atrás..., sobre todo en este país, que es tan parecido a Norteamérica.

—¿Es esto necesario? —preguntó Ivanova—. ¿Tenemos que sacar a relucir todos los antiguos crímenes del feudalismo y el capitalismo? Nosotros no somos aquellas personas. Y la mayoría no hemos tenido que soportar nada parecido a aquellos sistemas económicos.

—Eddie no es marxista —dijo el señor Fang—. No comparte nuestro análisis de la naturaleza humana y de la historia humana. Para él, es una preocupación verdadera.

—Eddie dice que en el pasado nuestra gente se portó mal con gente de otros poblados —dijo Derek—. Tiene miedo de que eso vuelva a suceder.

—¿Qué quieres decir con actuar mal? —preguntó Angai.

Derek tradujo.

—Háblale de la guerra —dijo Eddie.

—En el pasado nuestros hombres solían ir en grupos. Luchaban con hombres de otros poblados. Los hombres que ganaban robaban cosas a los hombres que perdían.

—¿Qué clase de cosas?

—Pertenencias, animales, la tierra. A veces se llevaban personas: hombres y mujeres y niños.

—¿Cómo se puede robar la tierra? No puede llevarse en una alforja, ni siquiera en una carreta. ¿Y qué propósito puede haber en robar personas?

—Hay historias de demonios que comen personas —dijo una mujer.

Angai frunció el ceño.

—¿Es eso lo que hacía vuestro pueblo?

—No —dijo Derek—. Que Eddie lo explique.

Tradujo las preguntas de Angai.

Eddie frunció el ceño.

—Esto es muy difícil. Espera un momento. —Miró al cielo—. Hay dos formas de robar tierra.

»Primero, expulsar a la gente que está en esa tierra y te la quedas. Eso se hizo en Norteamérica.

»Segundo, te apoderas de la tierra. No te deshaces de la gente original. La conservas para que trabaje la tierra. Posees a la gente además de a la tierra. Esto se hizo en Suramérica y África y, supongo, en Europa en la Edad Media.

Derek tradujo.

—¿Por qué accedería la gente a trabajar para extraños? —preguntó Angai—. ¿Qué lazos los unen? No son parientes. No pueden tener obligaciones hacia personas que son ladrones.

—Si no trabajaban, no obtenían comida —respondió Eddie—. A menudo eran golpeados o heridos de otras formas.



Derek tradujo, y tuvo problemas con la palabra «golpeados». Vaciló, y entonces empleó la palabra que significaba martillar metal en la fragua.

—Esto es imposible de comprender —dijo Angai—. ¿Por qué no se marchó esa gente?

—No había sitio adonde ir —respondió Eddie—. El mundo estaba lleno de personas que luchaban y robaban. Todo tenía dueño.

—¡Hu! —dijo Angai. Miró a Nia—. ¿Te suena correcto?

—No. Nunca he oído hablar de esto. Sé que este hombre no quiere que le des la bienvenida a su pueblo. Tal vez está mintiendo.

Angai me miró.

—¿Está mintiendo?

—No. Pero lo que describe sucedió hace mucho tiempo.

—¿Cuánto tiempo hace?

Calculé rápidamente.

—Al menos han pasado doce generaciones.

Angai se echó hacia atrás y resopló.

—¿Estáis seguros de que estas cosas pasaron de verdad? Una historia puede cambiar cuando se cuenta y se vuelve a contar.

—Estamos seguros.

—¿Qué pasó? Es más fácil cambiar palabras que cambiar a las personas. Si la historia es cierta, si no ha cambiado, ¿entonces qué os pasó? ¿Por qué sois diferentes ahora?

Vacilé. Derek tradujo la conversación.

—No estoy seguro de que seamos diferentes —dijo Eddie.

—¿Puedo responder a la pregunta? —solicité.

El señor Fang e Ivanova asintieron.

—Creo que intentas disminuirme —dijo Eddie.

—Intento responder a una pregunta que ha formulado Angai. Derek traducirá todo lo que yo diga. Si quieres hacer comentarios, podrás hacerlo.

Eddie hizo el gesto de asentimiento reacio.

Miré a Angai.

—Eddie no cree que hayamos cambiado. Pero yo sí.

—¿Cómo? ¿Y por qué? —preguntó Angai.

Pensé un momento, consciente de la gente que escuchaba, de los ruiditos, toses y susurros, un bebé llorando, niños mayores jugando al otro lado de la plaza. Podía oír sus voces, agudas y claras, no muy distintas de las voces de los niños de la Tierra.

Pero cuando miré, vi pieles oscuras y ojos amarillos, pupilas hendidas, caras anchas y planas que no me recordaban a ningún tipo de humano.

—Eddie te ha dicho que esta gente, nuestros antepasados, se robaban unos a otros. Es cierto. También robaron el mundo entero. La gente lo trataba todo como se trataban unos a otros.

—¡Hu! ¡Sí! ¡Lo sé! —dijo una mujer muy vieja, encorvada y gris.

—Abrieron la tierra, buscando varios tipos de riqueza: oro y plata y cobre y otras cosas. Talaron bosques. Sacaron el agua de los ríos hasta que se secaron. Pusieron veneno en otros ríos de modo que el agua no se pudo utilizar. Incluso consiguieron dañar el cielo. Lluvias ardientes empezaron a caer, y el calor del sol se hizo más intenso.

—Esto es terrible —dijo una mujer—. ¿No pudieron vuestras hechiceras hacer nada? ¿No pudieron suplicarle a los espíritus? ¿No pudieron realizar ceremonias propiciatorias y de aversión?

—Lo intentaron. Pero no funcionó nada. No eran los espíritus quienes hacían esas cosas. Eran las personas.

—¡Hu!

—¿Qué sucedió? —preguntó Angai.

—Tienes que comprender que la mayoría de nuestros antepasados no eran deliberadamente malvados. No pretendían estropear el mundo. Pero no pensaron en los resultados de lo que estaban haciendo. Pensaban que podían tomar sin dar. Pensaban que el mundo era como un pez en una concha. Podían abrirlo y comerlo y arrojar la concha.

Hice una pausa. Derek tradujo.

—¿Pez en una concha? —preguntó el señor Fang.

—Me sorprende que Derek deje pasar eso por alto —dijo Eddie—. Nuestros antepasados creían que el mundo era su ostra.

El señor Fang seguía sorprendido.

—Deben de haberse dado cuenta de que actuaban mal —dijo Angai—. Siempre es malo robar. Siempre es malo dañar a otra gente..., excepto cuando dos hombres luchan en primavera.

—Se mintieron unos a otros sobre lo que estaban haciendo —le dije—. Al principio, en los primeros días, no había nada más que bosque y animales salvajes y gente que corría desnuda. Hemos acabado con eso. Hemos talado los árboles y plantado jardines. Hemos hecho prados donde podemos criar el tipo de animales que queremos. Hemos enseñado a la gente desnuda a llevar ropa. ¡Todo esto es bueno! ¡Y mira las otras cosas que hemos hecho! Hemos cavado ríos y hemos llevado agua a nuestros jardines. Hemos convertido cañones secos en lagos. Ahora hay más comida. Ahora puede haber más personas. ¡Ahora nuestros poblados pueden hacerse grandes y ricos!

»Al cabo de un tiempo empezaron a darse cuenta de que el mundo no parecía un sitio mejor. Todo parecía más pequeño y más sucio. Todo se agotaba: el suelo, las montañas, los ríos y lagos. La gente dijo: “No hay nada nuevo en esto. Siempre ha habido sitios donde la tierra es débil e inútil. Siempre ha habido ríos donde el agua no se puede beber. No hay ningún problema.”

»Las cosas continuaron empeorando. Entonces la gente dijo: “Por todo lo que se

ha ganado, algo debe perderse. ¡Mirad lo que hemos ganado! ¡Mirad nuestros poblados llenos de grandes casas! ¡Mirad nuestras casas llenas de muchos regalos! Los bosques que se han perdido han vuelto a nosotros en oro. Los ríos que no podemos beber se han convertido en jarras llenas de bara.”

«Finalmente todo se volvió tan malo que a nadie se le ocurrió nada reconfortante que decir. Entonces la gente dijo: “Cambiar es imposible. Ya es demasiado tarde. Y además, en realidad no nos importa cómo son las cosas.” —Hice una pausa—. Estas son las cuatro clases de mentiras que contaba la gente. “Estamos mejorando las cosas.” “No hay ningún problema.” “No hay regalos verdaderos.” “Es demasiado tarde para cambiar.”

—Esto es lo peor que he oído nunca —dijo una mujer.

—Este no puede ser el final de la historia —dijo Angai.

—Al final la gente miró alrededor y vio lo terrible que era el mundo. Mentir ya no era posible. Vieron adonde los habían llevado la furia y la avaricia: al borde de la destrucción. Tuvieron que elegir. Si querían vivir, tendrían que renunciar a la furia y la avaricia. Si querían seguir con la furia y la avaricia, sin duda morirían.

»La mayoría de la gente decidió que quería vivir. Eran como alguien que camina en sueños, preocupado por sueños terribles. Entonces se levanta y ve dónde está: en el borde de un precipicio. Un paso más y caerá. Las rocas de abajo parecen duras.

Derek tradujo.

—Un discurso maravilloso, Lixia —dijo Agopian—. Estoy impresionado. Pero te has dejado la lucha de clases y mucho de la lucha revolucionaria.

—Y has ignorado los beneficios de la tecnología —dijo Ivanova—. La civilización es más que la mentira y el robo organizados..., aunque la mentira y el robo han sido ciertamente importantes. ¿Crees de verdad que estaríamos mejor si todavía estuviéramos buscando gusanos con los dedos en la sabana africana?

—No puedo contarlo todo —dije—. Y, como Eddie, no soy marxista.

—¿Eso es todo? —preguntó Angai—. ¿O hay más en tu explicación?

—Una cosa más. Derek os ha contado que grupos de hombres solían ir juntos y peleaban. Así es como empezó todo: cuando una clase de personas empezó a robar a otra clase de personas.

Angai hizo el gesto de reconocimiento.

—Nuestros hombres ya no se van solos por su cuenta. Se quedan con las mujeres, y a las mujeres no les gusta enfrentarse y pelear.

—Eso es cierto —dijo Angai—. Tal vez hacéis bien teniendo a vuestros hombres en los poblados... si se unen y crean problemas cuando están solos.

Las otras mujeres hicieron gestos de acuerdo.

—Qué suerte tenemos —dijo una—. Nuestros hombres no pensarían nunca en unirse.

—Podrían hacerlo, si se enteraran de lo que cuenta esta gente —dijo otra.

—Creo que acabas de darnos el finiquito —dijo Derek en inglés.

Angai hizo el gesto de desacuerdo.

—Esta gente es obviamente distinta a nosotros. Creo que es probable que sus hombres sean distintos de nuestros hombres. —Me miró—. ¿Vivieron alguna vez vuestros hombres solos como hacen nuestros hombres?

—No. Nuestros hombres siempre han hecho las cosas en grupo.

Angai hizo el gesto que significaba «¿veis?». Alzó la cabeza.

—El sol está en la mitad occidental del cielo y llegamos a la parte más calurosa del día. Hemos oído a Eddie. Ahora tenemos que oír a la otra persona. Ifana.

Traduje.

Ivanova asintió.

—Traduce tú, Lixia. —Se enderezó—. No tengo mucho que añadir. Lo que Eddie ha descrito no es la naturaleza de la humanidad, sino la naturaleza del capitalismo... y de los diversos sistemas políticos y económicos que surgieron en respuesta al capitalismo, algunos de los cuales, lo sé, se llamaron a sí mismos proletarios. La cuestión de lo que eran en realidad esas sociedades... —Agopian le habló en ruso. Ivanova asintió y dijo—: No es relevante ahora. El sistema dominante era el capitalismo. Se agazapó como un dragón en el centro del siglo XX. Sus tentáculos llegaron a todas partes.

Una metáfora preciosa, e Ivanova no podría retractarse. Teníamos demasiadas grabadoras en funcionamiento.

—Esa época ya ha acabado, para la mayoría de la población de la Tierra.

—Ivanova dice que nuestros antepasados no eran malas personas —dije—. Tenían malas costumbres y hemos renunciado a esas costumbres.

—Hemos aprendido de la manera más dura, por medio de terribles sufrimientos, que una sociedad basada en la avaricia individual es muy peligrosa. Para sobrevivir tenemos que pensar en términos grandes. Tenemos que pensar en las especies y en el planeta. Si no lo hacemos, moriremos... o morirán nuestros hijos, o sus hijos. ¡No tenemos más remedio! ¡Debemos cooperar!

—Hemos aprendido que no podemos ser avariciosos ni egoístas —dije.

—¡Bien! —dijo la anciana gris, la que había hablado antes.

—Una sociedad proletaria se basa en la cooperación. Las personas no se explotan unas a otras. Ni explotan a sus vecinos. Cuando se encuentran con miembros de otras sociedades, es con respeto por los derechos de los otros y con preocupación por el beneficio de todos.

—Ahora trabajamos juntos —dije—. No robamos. Cuando encontramos a gente de otros poblados, intercambiamos regalos.

Ivanova miró a Angai.

—Nos gustaría pasar algún tiempo en vuestro país para aprender sobre vuestro pueblo y este planeta. A cambio os enseñaremos sobre nuestro pueblo y la Tierra. Creo sinceramente que este intercambio de información no hará ningún daño. En cambio, será para beneficio de todos.

—Ella dice que nuestro pueblo quiere venir y visitar e intercambiar historias. Cree que será bueno para todos.

—¿Está diciendo la verdad? —preguntó Angai.

—Ella cree en lo que te ha dicho. Y también Eddie.

—¿Tiene el anciano algo que decir?

Traduje la pregunta.

—Solo esto —respondió el señor Fang. Miró a la hechicera—: Este es vuestro planeta y vuestra decisión. Seguirá siendo vuestra decisión. Si, en el futuro, queréis que nos marchemos, lo haremos.

—Dice que este es vuestro país. Podéis decirnos que nos quedemos. Podéis decirnos que nos marchemos, ahora o en cualquier momento.

Angai frunció el ceño.

—Todo eso lo sé. ¿Cree que soy estúpida? —Se puso de pie—. Terminaremos ahora. Iré y pensaré en todo lo que esta gente nos ha dicho. Pediré consejo a los espíritus y las ancianas del poblado. Mañana os diré cuál es mi decisión.

Hizo el gesto que significaba «se ha acabado» y entró en su tienda.

Las aldeanas empezaron a desmontar sus toldos.

Ayudé al señor Fang a levantarse.

—No estoy del todo de acuerdo con los daoístas —dijo—. Pero tal vez nos exigimos demasiado a nosotros mismos. Hacer historia es un trabajo duro, y puede ser peligroso. Creo que tomaré una taza de té, miraré el río y me dedicaré a la inacción.

Atravesamos la aldea. El se apoyó en mi brazo. Advertí lo delgado y frágil que era.

—Por otro lado, tenemos la historia de Yu el ingeniero. Viajaba a cuenta del Gobierno y tuvo que cruzar un río. Un gran dragón amarillo volcó su barca.

»Los barqueros estaban aterrados. Yu mantuvo la calma. Dijo: “Hago todo lo que puedo en interés del pueblo, descargando mis deberes en obediencia al Cielo. Viviendo, soy un invitado. Muriendo, vuelvo a casa. ¿Por qué debería preocuparme? Este dragón no es más que un lagarto.”

»El dragón aplanó las orejas y hundió la cola y se marchó. Yu continuó su viaje. Siempre me ha gustado esa historia.

Bajamos el promontorio que daba al río. Lo ayudé a subir a bordo del barco de Ivanova y a sentarse en una silla en cubierta. La cabina estaba vacía. Yunqi debía de haber ido a ver a Tatiana. Preparé té y se lo llevé. Lapsang Souchong. Lo bebimos y contemplamos los pájaros pescar en el río.

Yunqi regresó y preparó el almuerzo. Tallarines fritos y salteado de verduras. Comimos juntos en cubierta. Las verduras estaban deliciosas.

Al cabo de un rato Derek se reunió con nosotros y se tomó una cerveza con los pies apoyados en la borda y sus zapatos nuevos resplandeciendo.

—¡Mucho mejor! No me gustan los discursos. No hablan de lo que trata la vida.

Si es que la vida trata de algo.

Hice el gesto de acuerdo.

—¿Qué harán? —preguntó Yunqi—. ¿Nos permitirán quedarnos?

—No lo sé.

Yunqi frunció el ceño.

—Nuestro trabajo es importante.

—Este es su país —dijo el señor Fang.

Decidí que tenía calor y me sentía agobiada y no estaba especialmente dispuesta a escuchar especulaciones sobre las aldeanas.

—Voy a darme un baño.

Derek hizo el gesto que significaba «buena idea».

Me fui al otro barco.

Agopian e Ivanova estaban sentados en cubierta. Hablaban en ruso, con intensidad, en voz baja. Me miraron y luego continuaron con su conversación.

Eddie estaba tumbado en un sofá dentro de la cabina, leyendo.

—¿Dónde está Tatiana? —pregunté.

—En el poblado. Quería ver a la gente. Podría ser su única oportunidad. Puede que nos digan que nos marchemos. —Había algo en su voz. ¿Esperanza? ¿Satisfacción?

Tomé una botella y un frasco de jabón del cuarto de baño.

—¿De qué hablan los camaradas?

—No tengo ni idea. Nunca se me había ocurrido que fuera a necesitar saber ruso. Su trabajo en ciencias sociales no es tan bueno, al menos en las áreas que me interesan.

—Probablemente no sea nada. —Escogí un mono nuevo: amarillo vivo—. Voy al río. Si no vuelvo en una hora, saca las redes.

—De acuerdo.

Chapoteé cerca de la orilla, luego nadé hasta la mitad del canal. Ya era media tarde. Los acantilados que se alzaban sobre mí brillaban con la luz del sol, pero los bosques a lo largo del río estaban en sombras. Floté de espaldas, dejando que la corriente me llevara al sureste.

Algo silbó. Alcé la cabeza. Había un bípedo en la orilla. Medía dos metros de altura y era amarillo con vetas azules y una hermosa garganta azulada. Un depredador. Vi las manos engarfiadas y la boca llena de dientes puntiagudos. ¿Un osupa, tal vez? Me observó, intrépido, y luego volvió a silbar. Otros animales salieron de las sombras: una camada. Los jóvenes eran de la mitad del tamaño de sus padres y tenían manchas en vez de vetas. Diez en total. En tierra me hubiesen asustado. Pero no parecían nadadores. Me di la vuelta y nadé despacio río arriba hasta el barco. La corriente era más fuerte de lo que había calculado. Cuando subí a bordo estaba cansada. Me senté en la proa, respirando pesadamente.

Los depredadores dominantes parecían ser los animales llamados asesinos. Tenían

cuatro patas y parecían pumas o leopardos, si el arte de los nativos era fiel al modelo. ¿Estaban siendo eliminados los bípedos depredadores? ¿O llenaban otro nicho ecológico? Tal vez los asesinos atacaban principalmente a los cuernicurvos, mientras que esos otros animales se cebaban en sus primos herbívoros. Más preguntas para que las respondiera Marina. Me vestí y me dirigí a popa.

Ivanova se había marchado. Agopian estaba sentado a la mesa plegable, jugando a las cartas. Un nativo lo observaba, de pie el otro lado de la mesa, apoyado en sus manos peludas.

Agopian alzó la cabeza.

—Él o ella quiere verte, creo. Es difícil tratar de relacionarse con seres completamente extraños que no hablan una lengua que comprenda.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el nativo. Era el hijo de Nia.

—Es un... —Vacilé. Seguía sin saber cómo se decía juego—. Una ceremonia. O, más bien, es el tipo de cosa que hacen los niños con un palo y una pelota.

—¡Hu! Pone rojo sobre negro y negro sobre rojo. Pero no comprendo el resto. ¿Son importantes los colores?

Traduje.

—Rojo para sangre y fuego. Negro para noche y muerte —dijo Agopian. Colocó una carta—. Negro para la anarquía. Rojo para la revolución.

Miré a Anasu.

—Dice que son los colores de la sangre y el fuego, la noche y la muerte, la confusión y el cambio.

—¡Eso es mucho! ¡Qué ceremonia está realizando esta persona! ¿Lo es? No conozco la palabra. ¿Es una hechicera masculina?

Traduje.

—Soy marxista.

Hice el gesto que significaba «sí».

—¡Aiya! —El muchacho se enderezó, apartando las manos de la mesa—. ¿Hay un lugar al que podamos ir? No quiero perturbar a una hechicera. —Hizo una pausa—. A una persona hechicera.

—No quiere molestarte —dije en inglés.

—Llévatelo —dijo Agopian—. Tengo que pensar un poco. —Alzó la cabeza—. Tal vez quiera decirte algo más tarde.

—¿Sobre la conversación que has tenido con Ivanova?

—Sí. Creo que me he metido en algo estúpido, y ahora tengo que salir. —Miró las cartas, con el ceño fruncido—. Así es la vida, como dijo Lenin. Un paso adelante. Dos pasos atrás. —Colocó otra carta—. Preferiría que no le mencionaras mis comentarios a Ivanova.

—De acuerdo.

El muchacho me siguió a proa. Nos sentamos en la cubierta de fibra de vidrio. Él envolvió sus peludas rodillas en sus peludos brazos.

—Una de los tuyos está en el poblado, paseando y mirando. No entiende una palabra de lo que le dice la gente. ¿O es varón? No lo sé.

—Una mujer. Se llama Tatiana.

Él hizo el gesto de reconocimiento: un rápido aleteo con una mano.

—Hua está con ella, asegurándose de que no se mete en líos.

Una voz llamó en el lenguaje de la aldea. Procedía de un árbol que se inclinaba sobre el río. Alcé la cabeza y vi las hojas moverse.

—¿Es un amigo tuyo?

—Gerat. Siempre hace mucho ruido. No oirás a los demás. Me han dicho que no me atrevería a subir a la barca.

—¿Por eso has venido?

—¿Por el desafío? No. Queríamos ver las barcas y todas en la aldea están discutiendo. —Se abrazó las rodillas—. ¡Hu! ¡Qué situación! No quieren crios cerca, sobre todo niños. No quieren que veamos que están confundidas.

—¿Sabes qué van a decidir?

—No. Depende de Angai y los espíritus. También de las ancianas. Creo que las ancianas dirán que tenéis que marcharos. Pero no sé qué dirá Angai. —Ladeó la cabeza, reflexionando. Entrecerró los extraños ojos grises. Finalmente, hizo el gesto de incertidumbre—. Hua puede tener alguna idea. Comprende a Angai mejor que yo. Y sabe más sobre los espíritus. —Abrió los ojos—. Tengo algo que preguntarte.

Hice el gesto que significaba «adelante, pregunta».

—La gente dice que esta barca se mueve sola. Me gustaría verlo. ¿Es posible?

Pensé un momento. Era una petición razonable. Siempre hay que ayudar a los jóvenes a adquirir conocimiento. Y me gustaba aquel chico. Era inteligente y encantador. Era extraño que el encanto cruzara la frontera entre las especies. Y que su encanto tuviera un componente sexual. Lo tenía.

—Muy bien. —Me levanté—. Hablaré con la persona hechicera.

Anasu alzó una mano.

—No quiero interrumpir una ceremonia.

—Ya habrá terminado.

Me dirigí a popa. Agopian seguía jugando su solitario.

—¿Puedes poner el barco en marcha?

—Claro.

—Hazlo.

—¿Por qué?

—El chico. Anasu. Quiere ver el barco en movimiento.

Agopian frunció el ceño.

—No es mucho pedir.

Agopian se levantó y recogió las cartas.

—De acuerdo.

El muchacho se reunió con nosotros. Parecía nervioso.



—¿Ha terminado la persona hechicera?

—Creo que sí.

Agopian se sentó en la silla del piloto, conectó un interruptor, y habló en ruso.

—¿Qué está diciendo? —preguntó el chico.

—No lo sé. Tenemos muchos lenguajes y solo conozco unos cuantos.

—¿Entonces no sois todos del mismo poblado?

—No.

La radio habló en ruso. Agopian puso el motor en marcha. Junto a mí, el muchacho cerró los puños.

—Suelta las amarras, Lixia —dijo Agopian.

Lo hice, abriéndome paso entre los matorrales. Una voz habló en lo alto. No me pareció que fuera el chico que había hablado antes. Regresé al barco y este se separó de la orilla. Eddie salió de la cabina.

—¿Qué está pasando?

Se lo dije.

Él frunció el ceño.

—Míralo de esta forma. Puede que sea su última oportunidad.

—¿Como Tatiana en el poblado? —Eddie hizo una mueca—. De acuerdo.

—¿Está enfadado este hombre? —preguntó Anasu.

—No.

Miré la orilla. Un par de niños eran visibles ahora. Uno estaba de pie en la orilla, contemplándonos. El otro colgaba de una rama, como un gibón. Sus pies pataleaban. ¿O era una hembra?

—Ese es Gerat —dijo Anasu.

Un momento después, Gerat perdió su asidero. Cayó al agua y salpicó, gritando. El otro niño no le prestó atención.

—Te lo dije. Siempre hace ruido.

Llegamos al centro del río. Agopian viró el barco para que apuntara corriente arriba, hacia los rápidos, luego redujo la potencia. El sonido del motor pasó de un rugido a un gruñido.

—¿Por qué hace tu barca tanto ruido? —preguntó Anasu—. ¿Tiene hambre?

—No nos comerá, si eso es lo que te estás preguntando.

—¿Está viva?

Gerat salió a la orilla. Su piel estaba empapada y sucia. Parecía triste, incluso en la distancia.

—No —dije yo—. Es una herramienta.

El muchacho dio tres pasos hacia delante, saltó y se agarró al borde del techo de la cabina, aupándose.

—¡Eh! —dijo Eddie.

Anasu se incorporó, separando los pies.

—¡Bájate! —gritó Eddie.

El muchacho saludó.

Los otros niños gritaban desde la orilla. Pude ver a cinco.

—¡Seré un gran hombre! —gritó Anasu—. Seré como mi tío. ¡Escuchad, pequeños! ¡Preparaos para retroceder!

—¡Tú lo dices! —gritó una voz en respuesta.

El barco avanzaba lentamente corriente abajo. Anasu dio un paso de baile: un giro y un salto.

*¡Estoy en la barca!*

*¡Estoy en la barca*

*que ruge!*

*¡Estoy en la barca!*

*¡Estoy en la barca*

*que RUGE!*

*¡Estoy bailando!*

*¡Aiya! Bailando*

*en su espalda ancha*

*y temblorosa.*

—¡Bocazas! —gritó uno de los niños. Me pareció que era Gerat.

Anasu se dio media vuelta.

—Bájalo de ahí, Lixia —dijo Agopian.

—La persona hechicera se está enfadando —dije—. Baja.

Anasu gritó de nuevo, luego se lanzó hacia delante con una voltereta que lo apartó del techo. Se enderezó en el aire y aterrizó de pie.

—Gimnasia —dijo Agopian—. Esto es lo que necesitan estos chicos. Con el entrenamiento adecuado, derrotarían a los chinos.

—Hay que dejarlos en paz —dijo Eddie.

Agopian hizo girar el timón. El barco describió un círculo, de vuelta a la orilla.

Anasu respiraba pesadamente. No de cansancio, sino de excitación y tal vez de miedo.

—¿Está la persona hechicera enfadada seriamente?

—No lo creo.

—¿Y el hombre grande? Gritó mucho.

—No.

Anasu hizo el gesto de felicidad.

Los otros niños recibieron el barco, llamando a Anasu en su propio lenguaje. Él los ignoró, los hombros hacia atrás.

Interesante. El proceso de establecer el dominio debía empezar temprano. Eso se

cumplía en las sociedades humanas donde las jerarquías eran importantes. En Nueva Jersey, por ejemplo.

Era posible que los niños supieran ya, antes de experimentar el cambio, cuál era su posición en relación con los otros.

Bajé del barco y lo amarré. Anasu me siguió, ayudándome como pudo. Cuando terminamos, hizo el gesto de gratitud.

—Dile a la persona hechicera que le estoy agradecido. Espero que no esté enfadado. Nunca es buena idea meterse en peleas con personas sagradas.

Se dio la vuelta y echó a correr hacia el bosque. Los otros niños lo siguieron. Yo regresé al barco.

—Podría haberse caído —dijo Eddie—. ¿Y si lo hubiera hecho cerca de las palas?

—Creo que se llama hélice, aunque no lo juraría —respondió Ago-pian.

Entré en la cabina. El cuaderno de Eddie estaba en el suelo. El botón de avance rápido brillaba en rojo y en la pantalla aparecía el símbolo triple que solía marcar el final de algo precioso: literatura, arte, aire, agua limpia, suelo no contaminado. El símbolo estaba pintado en las compuertas exteriores. Aparecía en el perímetro de diversas tierras estropeadas. Ponía fin a los holodramas y brillaba sobre las salidas de los museos.

Apagué el libro y lo arrojé sobre el sofá, entré en la cocina y tomé una cerveza.

Tatiana regresó.

—¿Qué te ha parecido el poblado?

—Dios es grande —rio ella—. Eso es lo que no dejaba de pensar. Allah akbar.

—Oh, mundo feliz, que alberga tanta gente —dijo Eddie.

—Miranda en *La tempestad* —apuntó Agopian—. ¿Os ha dicho alguien alguna vez que Shakespeare suena mejor en ruso?

Eddie hizo el gesto que significaba que no.

—Siempre he oído que era mejor en alemán —dije yo.

—Ese verso nunca me recuerda a Shakespeare —comentó Eddie—. Lo conozco por Aldous Huxley. De su novela *Un mundo feliz*.

—¿La has leído?

—La he enseñado... en mi curso general sobre el colapso de la civilización occidental.

Ah, sí. ¿Cómo podía haberseme olvidado?

Preparamos bocadillos y los comimos en cubierta. Los insectos bailaban sobre la superficie del río. El cielo se oscureció.

Tatiana se fue a la cama. Los demás nos quedamos en cubierta. Abrí otra cerveza.

—Ten cuidado —dijo Eddie—. Ese producto puede ser peligroso.

—Soy de ascendencia china, y los chinos son famosos por no tener problema con la bebida.

Derek escogió ese momento para subirse a la borda.

—Por ejemplo —dijo—. Tenemos al famoso poeta chino Li Bo. La historia es: estaba en una barca, bebiendo vino de arroz y disfrutando de la noche. Vio el reflejo de la luna en el agua y se inclinó para abrazarla. Cayó y se ahogó.

—¿Dónde has estado? —pregunté.

—En el poblado.

Eddie frunció el ceño.

—Nos dijeron...

—No he entrado en el poblado. Me he quedado fuera, dando un paseo, contemplando el cielo nocturno y escuchando música.

—¿Música? —pregunté.

Él hizo el gesto de asentimiento.

—Un instrumento sonaba como una flauta. Otro parecía un xilófono, y había un tercero como una bocina.

»Me hubiese gustado entrar. Pero las ancianas rondaban por las afueras del poblado. La música debía de afectarlas. No participaban, pero tampoco podían alejarse. Seguían caminando, deteniéndose, contemplando la hoguera (había una enorme en el centro del poblado), y luego seguían caminando. No he encontrado el modo de pasar sin que me vieran. ¡Maldición! ¡Odio perderme una ceremonia!

Acabé mi cerveza y entré en la cabina. Tatiana ya estaba dormida. Desplegué uno de los sofás, me desnudé y me acosté. La ventana que tenía encima estaba abierta. Oía el rumor del follaje y el río lamiendo suavemente el barco.

Me desperté temprano. La cabina estaba oscura y fría. Alguien roncaba. Me levanté, fui al cuarto de baño y salí a cubierta, llevando mi ropa. En los ojos de buey del otro barco brillaban luces. Una ráfaga de viento me trajo el olor de comida china y música: la versión para piano de Cuadros para una exposición.

Practiqué yoga, me vestí y subí el promontorio del río.

El sol era visible desde su cima. Flotaba justo sobre el horizonte: un disco anaranjado demasiado brillante para mirarlo directamente. Seguí un sendero entre la pseudohierba. Las hojas me rozaban, húmedas de rocío. Al cabo de dos minutos ya tenía los pantalones empapados.

Una flor se abrió justo al lado del sendero: grande y pegada al suelo. Los pétalos eran amarillo claro, casi del mismo color que la llanura. El centro era oscuro. Toda la planta era carnosa, como una fruta terrestre.

Me agaché y toqué el borde de la flor.

¡Maldición! Agité la mano en el aire. La flor se enroscó en una pelota. Me miré el dedo. Parecía como si me hubiera picado una abeja.

Una sombra cayó sobre mí. Alcé la cabeza y vi a Nia.

—Es una flor picadora.

—Nunca se me hubiese ocurrido.

—Ven al campamento. Hay una loción que hará que te sientas mejor. Seguro que mi prima la tiene.

Me levanté, con la mano dolorida. Nos marchamos al poblado.

—Comen insectos y otros animales —dijo Nia—. Lagartos muy pequeños. A veces un aipit.

—¿Un qué?

—Es un animal con cuatro patas, cubierto de pelo. El cuerpo es tan largo como la primera articulación de mi pulgar. El veneno de la planta mata cosas pequeñas. Pero no hace verdadero daño a las personas. No puede atravesar una buena cobertura de pelo, como tenemos nosotros. La gente recibe una picadura si toca la planta como tú has hecho... o si es lo bastante tonta para caminar descalza por la llanura. —Se detuvo un instante—. Un cuernicurvo puede atravesar un macizo de plantas y no sentir nada, a menos que sea una cría y trate de mordisquearla. Lo hacen una sola vez.

Llegamos al poblado. Nia se detuvo delante de una gran tienda. Había una mujer sentada en la entrada, grande y guapa, vestida con una túnica azul. Su collar era de plata y ámbar. Sus brazaletes, de oro.

—Esta persona ha tocado una flor picadora —dijo Nia.

La mujer habló en el lenguaje de la aldea. Un niño llegó con un recipiente.

—Siéntate —dijo la mujer—. Me llamo Ti-antai. Nia dice que los de tu pueblo son como niños, siempre tocando cosas y dándoles la vuelta. ¿Ves lo que pasa? Extiende la mano.

Seguí sus órdenes. Me miró el dedo, que estaba ya hinchado y muy rojo.

—¡Aiya! ¡Qué extraño!

—¿Qué? —pregunté, un poco nerviosa.

—El color de tu piel. —Buscó en el recipiente, sacó un pegote de algo amarillo, agarró mi mano con firmeza y me untó el dedo. El dolor disminuyó de inmediato.

—¿Qué es la flor? —pregunté—. ¿Una planta o un animal?

—Es difícil decirlo. Cuando crece del todo, tiene raíces como una planta. Pero caza como un animal y tiene boca: el agujero oscuro en el centro. ¿Lo has visto?

—Sí, pero no me he dado cuenta de lo que era.

—No has mirado con atención —dijo la mujer—. Siempre debes mirar con atención antes de tocar.

Hice el gesto de agradecimiento cortés por un buen consejo.

—Las flores tienen retoños que se mueven.

Pensé durante un momento.

—¿Cómo se reproducen las flores?

Ti-antai miró a Nia.

—Tienes razón respecto a esta gente. Hurgan en cosas de las que no saben nada y hacen un montón de preguntas. —Me miró—. Las flores se encogen en la época de las primeras escarchas. No queda nada excepto una vaina negra. Se queda así todo el invierno. En primavera se abre y salen los retoños. Son verdes y parecen gusanos con patas. Se arrastran por la vegetación. No sé qué hacen bajo las hojas. Pero con el tiempo echan raíces. Crecen. Se convierten en flores. Eso es todo lo que sé..., aparte

de esto. La loción que cura la picadura procede de los cuerpos de los retoños. Los recojo en primavera y los ato a una espeta para que se sequen. Se mueven durante un día o dos o tres. Luego se secan. Cuando están completamente secos, los muelo.

»Hay otras cosas en la loción, pero son los cuerpos de los jóvenes lo importante.

«Extraño», pensé. Y yo no era la persona adecuada para escucharlo. Marina a la Vista del Olimpo tendría que haber estado allí.

—Ahora márchate —dijo la mujer—. Me inquietas. Nia siempre ha sido amiga de las personas más raras.

Me levanté e hice el gesto de gratitud.

—Te acompañaré a las barcas —dijo Nia—. Tengo un mensaje de Angai.

Dejamos la aldea y seguimos el sendero que bajaba por el promontorio.

—Angai ha tomado una decisión.

—¿Cuál es?

—Nos lo dirá esta tarde. Venid al poblado antes de anochecer. Todos vosotros. Las mujeres y los hombres. —Movié los hombros y se frotó el cuello—. ¡Aiya! ¡Ha sido difícil! Hablamos y discutimos todo el día. Angai y el oráculo y yo. Las ancianas. El resto del poblado. Me entró dolor de cabeza.

»Por la noche hubo un festín. Angai envió fuera al oráculo. Tuvo que quedarse en una tienda que había abandonado uno de los hombres viejos. Un hombre que de pronto se volvió loco y se marchó a la llanura. Me permitieron quedarme.

»Siempre celebramos una fiesta después de una gran discusión. Eso nos recuerda que somos un solo pueblo. Pero la discusión no terminó. Anhar contó una historia.

—¿Quién?

—Es la mejor contadora de historias del poblado. La mayoría de la gente la aprecia. Yo no. Fue una de las que hablaron contra mí la última vez que estuve aquí. Dio muchas razones para que no me quedara en el Pueblo de Hierro.

Habíamos recorrido la mitad del acantilado, moviéndonos por el bosque en sombra. Ya no me dolía el dedo.

—La historia no es nuestra, sino del Pueblo del Ámbar. Habla del Tramposo.

—¿La recuerdas?

Nia hizo el gesto que significaba que sí.

—Vino a una aldea, disfrazado de anciana. Las aldeanas pensaron que era la Oscura. Hizo muchos trucos maliciosos. ¿Quieres escucharlos? Creo que recuerdo la mayoría.

—Ahora no. Más tarde, cuando tenga una de esas pequeñas cajas que puedan recordar lo que se le dice.

—¡Aiya!

—¿Qué pasó luego?

—¿En la historia? Las aldeanas se dieron cuenta de que no podía ser la Oscura. Era demasiado desagradable. Incluso ella pone límites a su conducta.

»Lo engañaron para que se metiera en una olla de agua. Le pusieron la tapa y lo

hirvieron hasta que se murió. La historia termina con una canción. Dice así:

*¡Hu! ¡Mi carne  
fue pasto de lagartos!  
¡Hu! ¡Mis huesos  
se convirtieron en flautas!*

*¡Hu! ¡Mi música  
es fuerte y desagradable!*

*¡Hu! ¡Mi música  
suena así!*

—¿El Tramposo murió?

—Solo durante un tiempo. Siempre vuelve. Angai se enfureció.

—¿Por qué?

Habíamos llegado a la ribera. Mi barco estaba ante nosotros. Olía a café y bacón.

—Anhar estaba diciendo que sois creadores de problemas como el Tramposo, engañando a la aldea. Pero la discusión había terminado. La decisión estaba tomada. Era hora de ser agradables unas con otras. Anhar no pudo parar. Hay gente así. Se agarran a los filos de una discusión como un niño que se hurga los bordes de una herida que sana.

»No sé lo que ha decidido Angai, pero sé que no quiere hacer feliz a Anhar. —Nia señaló el barco—. Eso es todo lo que tengo que decir. Venid al poblado al anochecer.

—Muy bien.

Se marchó. Subí a bordo. La mesa plegable estaba puesta, Agopian, Eddie e Ivanova sentados a ella.

—Elizaveta ha estado hablando con el campamento —dijo Eddie.

—¿Ah, sí? —me senté y me serví una taza de café.

Ella asintió.

—Han visto lagartos en el lago. Grandes. Media docena hasta ahora..., en las aguas poco profundas cerca de la orilla.

Me detuve, la mano a medio camino de la leche.

—Oh-oh.

—Están emplazando nuevos reflectores y asegurándose de que todo lo que huelga a comida se queme.

—Creía que lo hacíamos ya.

—Solo con material de la nave. La materia orgánica del planeta se enterraba.

Los restos de los especímenes de Marina.

Agopian comió un trozo de bacón.

—Nadie va a nadar.

—¿Aquí?

—No. En el campamento.

—¿Qué te ha pasado en el dedo? —preguntó Eddie.

Les conté lo de la flor.

Eddie sacudió la cabeza.

—Seguimos pensando que este planeta es como la Tierra. Creo que si nos quedamos nos sorprenderemos una y otra vez, no siempre de manera agradable.

—Tal vez. Me he encontrado con Nia en el acantilado. Dice que tenemos que ir al poblado al anochecer. Angai ha tomado una decisión. No me preguntéis cuál es. Nia ni siquiera quiso imaginarla.

Desayuné, luego fui a darme un baño. Después me puse unos vaqueros y una camisa de seda roja.

Teníamos gusanos de seda en la nave, naturalmente, y un jardín lleno de moreras. Pero la camisa la habían fabricado en la Tierra. Tenía una etiqueta del sindicato en la parte posterior del cuello. «TRABAJADORES TEXTILES DE SHANGAI», decía. Al lado del texto había una persona (no distinguí de qué sexo) montada en una cigüeña. Las ropas ondeaban a su espalda, y tenía un huso en la mano. Tras la cigüeña había una estrella de cinco puntas.

La persona montada en la cigüeña era casi con toda certeza un inmortal daoísta, y la estrella de cinco puntas el emblema de la revolución. La camisa tenía un tacto maravilloso contra mi piel.

Fue un mal día: pegajoso y caluroso. Todo el mundo estaba inquieto. Eddie y Derek y yo trabajamos en los informes. Tatiana y Agopian comprobaron el equipo. Ivanova pasó de un barco a otro. Solo el señor Fang parecía tranquilo. Me acerqué a su barco después de almorzar. Estaba sentado en cubierta, delante de un tablero de ajedrez. Junto al tablero había una tetera.

—Si estás buscando a Yunqi, ha ido a nadar. Está en una situación terrible. No veo ninguna salida para ella. —Señaló las piezas del tablero.

—Allí me están volviendo loca. Me estoy volviendo loca yo sola.

—El maestro Lao nos dice que la pesadez es la base de la liviandad, y la tranquilidad es la señora de la acción.

—¿Qué?

—Lenin nos dice que un revolucionario necesita dos cosas: paciencia y capacidad para la ironía. —Alzó la cabeza y sonrió—. Sírvete una taza, Lixia. Volveré a colocar las piezas. Beberemos té y jugaremos al ajedrez y no nos preocuparemos por problemas que están fuera de nuestro control.

—¿Estás siendo sabio?

—No especialmente.

—Bien. No estoy de humor para lecciones de sabiduría.

Me senté y me serví una taza. Jugamos al ajedrez. Me derrotó.



Yunqi regresó. Llevaba un bañador de una sola pieza, azul oscuro, y el pelo corto empapado. Sus ojos tenían la expresión desenfocada de la miopía severa.

—¿Por qué no usas lentillas? —pregunté.

—Me gusta el aspecto que tengo con gafas.

Se las puso: dos cristales sencillos en una montura de metal redondo.

—Yunqi es como el comandante Agopian —dijo el señor Fang—. Una romántica. Le gustan las gafas que parecen del siglo XX. Esa fue la época de los héroes. Luxemburgo. Lenin. Trotsky. Mao y Zhou.

—Creía que no te gustaba la política.

Ella se ruborizó.

—No me gustan las conversaciones interminables..., sobre todo cuando la gente se enfada. Pero siempre me han gustado las historias de la Larga Marcha y el camarada Trotsky en el tren blindado.

—Le gusta la guerra —dijo el señor Fang—. Como idea. ¿Quieres jugar otra partida?

—Muy bien.

Volví a perder.

—Es hora de irnos —dijo el señor Fang.

La gente del otro barco se reunió con nosotros en el sendero: De-rek, Eddie, Ivanova, Agopian. Subimos juntos el promontorio.

En la llanura hacía viento y calor. En la aldea, los toldos aleteaban.

Los estandartes tintineaban. Las hogueras danzaban. Un diminuto cuadrúpedo corría por la calle ante nosotros. Tenía el tamaño de un dik dik, con cuernecillos curvos. Su piel era verde oscuro. Llevaba un collar de cuero y latón.

—¿Qué era eso? —preguntó Eddie.

Hice el gesto de ignorancia.

—No lo sabemos —contestó Derek.

Llegamos a la plaza. Una vez más estaba llena de gente... Al menos bordeada de ella. El centro era un montón de cenizas.

Angai nos esperaba delante de su tienda. Llevaba una túnica de tela azul oscuro, sin bordados. Su cinturón estaba hecho de eslabones de oro, enlazados como los de una cadena. La hebilla era enorme: un bípedo de oro doblado sobre sí mismo, con el cuello torcido y tocándose con la cabeza los cuartos traseros. La larga cola se enroscaba alrededor del cuerpo entero. El ojo del animal era una piedra rojo oscuro.

Nia y el oráculo estaban de pie a su lado.

La multitud murmuraba a nuestro alrededor. Angai alzó una mano. Se impuso el silencio, roto únicamente por el tintineo del metal y el rumor del viento.

—He hablado con varias personas —dijo Angai en voz alta—. Las ancianas que han aprendido mucho en sus vidas. Los ancianos que han viajado lejos y no son tontos. He hablado con Nia y con la Voz de la Cascada, que conocen a esta gente sin pelo. He permanecido sola en mi tienda y he consultado con los espíritus, inhalando

el humo de los sueños.

»Después de escucharlo todo y pensar, he tomado una decisión.

»Os la presento, oh, pueblo de la aldea. Sois vosotras quienes debéis aprobarla o desaprobarla.

»Pero recordad que, si la desaprobad, vais contra mí y los espíritus y los mayores de la aldea.

Hizo una pausa y nos señaló. Derek tradujo.

—Una mujer lista —dijo Ivanova—. No será fácil llevarle la contraria.

Angai continuó:

—Si queréis saber lo que dijeron los mayores, preguntádselo. Os diré lo que me dijeron los espíritus. Pero quiero que Nia y el oráculo hablen por sí mismos.

—¿Por qué? —preguntó una voz.

Angai hizo el gesto que exigía silencio.

—Le pedí a Nia su opinión, porque viajó una larga distancia con dos de las personas sin pelo. Ha visto la ciudad que han construido junto al Lago Largo. Ha montado en una de sus barcas.

—¡Y Anasu también! —gritó un niño.

—Cállate —dijo una mujer.

—Solo una idiota, o una mujer indigna, se niega a pedir información a aquellas que saben —continuó Angai—. En cuanto al oráculo, también ha viajado con estas personas, y es sagrado. Un espíritu le ha dado consejo.

Hizo una pausa. Derek tradujo. Nia habló.

—Angai me preguntó si esta gente es de fiar. Dije que sí. Por lo que sé. Pero hay muchos de ellos y hay diferencias de opinión. Los he oído discutir.

»Creo que podemos confiar en ellos. Creo que podemos creer lo que dicen. Pero no lo sé con seguridad.

»Ella me preguntó si le harán daño al Pueblo de Hierro. No están locos. No nos perjudicarán intencionadamente. Pero son muy distintos. Si les damos la bienvenida, cambiarán la manera en que vemos el mundo. Lo han hecho conmigo.

»Eso es preocupante. Tal vez sea dañino. No lo sé.

Nia hizo una pausa. Derek tradujo.

—No creo que desaparezcan —continuó—. No son un espejismo. Están aquí y son sólidos. Si los despedimos, irán a otros poblados. Alguien de la llanura les dará la bienvenida. No creo que haya una forma de echarlos del mundo. Tal vez si todos nos uniéramos, podría hacerse. Pero eso no sucederá y no sé si debería suceder. El cambio no siempre es malo. Hubo una época en que no existía nada. Los espíritus aparecieron de la nada. Hicieron el mundo y todo lo que hay en él. La mayoría de nosotras piensa que fue un cambio para bien.

»Mi consejo a Angai es: haz que se sientan bienvenidos. Pero hazlo con cuidado. ¡Oh, mi pueblo! ¡Pensad en lo que vais a hacer!

El oráculo dio un paso adelante.

—No tengo mucho que decir. Mi espíritu es viejo y poderoso. Ha dado buenos consejos al pueblo de mi aldea durante muchas generaciones. Me dijo que fuera con esta gente sin pelo y aprendiera de ellos. Lo que saben es importante, dijo mi espíritu.

»He hecho esto y he recorrido una larga distancia con Lixia y De-raku. Hemos conocido a mucha gente y también a varios espíritus. Han pasado algunas cosas malas, pero no a causa de ellos dos.

Me pareció que estaba siendo amable. Yo había llevado mal el encuentro con Inahooli y Derek había sido irresponsable con el brazalete que había encontrado en el viejo volcán.

—¿Qué clase de cosas malas? —preguntó alguien.

—Tuvimos problemas con el Tramoso —respondió el oráculo—. Ya sabes cómo es. ¡Un malévolo creador de problemas! Le gusta volver a las personas unas contra otras. Le gusta hacerles olvidar las antiguas costumbres y la forma adecuada de comportarse.

»Y nos encontramos a un espíritu al norte de aquí, no lejos del río. Estaba en una cueva. —Hizo una pausa—. Era una de esas cosas que se encuentran en lugares oscuros, normalmente bajo tierra. Tienen varios nombres. Los Antiguos. Los No Vistos. Los Hambrientos.

»La mayor parte de las veces, no causan problemas. Duermen en su lugar oscuro. A veces despiertan y reparan en la gente. Entonces es probable que causen problemas... por hambre o por estúpida furia. —Hizo una pausa—. He olvidado lo que iba a decir.

—Te he pedido que dieras tu opinión sobre la gente sin pelo —dijo Angai—. Pero te has puesto a hablar de espíritus.

Él hizo el gesto de acuerdo.

—No puedo deciros qué hacer. No sois mi pueblo y tenéis vuestros propios espíritus que os dan consejos. Pero me gustan Lixia y De-raku, y no creo que estas personas sin pelo sean peligrosas.

Se detuvo. Derek tradujo.

—¡Te equivocas! —dijo Eddie.

La plaza se oscurecía. La gente sacó varas de metal y las clavó en el suelo. Colocaron antorchas en el extremo de las varas. Las antorchas ondearon al viento, chisporroteando y menguando. La mayoría estaba cerca de Angai. Nia y el oráculo y ella quedaron muy bien iluminados. Pero la luz seguía cambiando de intensidad. Las sombras saltaban y fluctuaban. Caras, manos, ojos y adornos de metal entraban y salían de la oscuridad.

—Nia ha hablado con claridad —dijo Angai—. Y merece la pena escuchar al oráculo aunque no siempre sea claro.

—¿Cuál es tu opinión? —preguntó una voz—. Tú eres la hechicera. Estos son forasteros.

—Os la daré.

Esperó un momento. Las campanas de los estandartes tintinearón con el viento. Un bebé lloró brevemente.

—Creo que Nia tiene razón. Deberíamos dar la bienvenida a esta gente, como siempre hemos dado la bienvenida a los extraños, no por miedo a la Oscura, sino por respeto a los espíritus y por mantener una conducta decente.

»Creo que Nía tiene razón en un segundo aspecto. Este es un tiempo de cambios. No podemos ignorar los cambios. Cuando el suelo tiembla y los viejos senderos emprenden nuevas direcciones, solo una tonta pretende poder viajar igual que antes. La mujer sabia dice: “Esta roca es nueva. Esa pendiente no estaba aquí el verano pasado.”

Angai se irguió. Miró alrededor con aspecto imponente.

—¡Escuchadme! ¡Esta es mi decisión! Daremos la bienvenida a las personas sin pelo. Pero lo haremos con cuidado. Como una viajera sabia, iremos paso a paso.

Hizo una pausa. Derek tradujo.

—¡Maldición! —dijo Eddie.

—Las personas sin pelo pueden quedarse en el poblado que han construido mientras recuerden que este no es su país —continuó Angai—. Son visitantes. —Nos miró—. No mováis vuestro poblado sin pedir permiso y no pidáis a más parientes vuestros que vengan y se queden con vosotros. No quiero que nuestro país se llene de gente sin pelo.

»Nia dice que en vuestro pueblo los hombres y las mujeres no pueden estar separados. Por tanto, es mi decisión, podéis vivir en vuestro poblado según vuestras costumbres. Pero cuando nos visitéis a nosotras o visitéis cualquier otro pueblo corriente, dejad a vuestros hombres en casa.

—Mierda —dijo Derek.

—No volveré a aceptar hombres en este poblado. Es demasiado perturbador. Las ancianas se enfadan. Los niños captan nuevas ideas.

Angai se detuvo. Derek tradujo.

—Eso es bueno, pero no tanto como esperaba —dijo Ivanova—. Es un comienzo.

—Apesta —dijo Derek—. ¿Cómo puedo hacer trabajo de campo? ¡Tengo que poder entrar en los poblados!

—Habla con los hombres —sugerí yo.

—Intentarán matarme.

Angai continuó.

—Nia dice que vais a querer viajar por todas partes y hacer preguntas y mirar las cosas. ¿Tiene razón? ¿Es cierto?

—Sí —dije.

Angai frunció el ceño.

—No estoy segura de qué hacer al respecto. No quiero encontrar a gente sin pelo en cada parte de nuestro país, dando la vuelta a las rocas y hurgando en agujeros. Ya es bastante duro que lo hagan los niños. Permaneced cerca de la aldea hasta que haya

tenido la oportunidad de pensar más sobre esto.

Derek tradujo.

—Esto no va a funcionar —dijo Eddie.

—Sí, lo hará —comentó el señor Fang—. Tienen derecho a poner esta clase de limitaciones. Nosotros tenemos la disciplina para no franquear los límites que han impuesto.

—¿Y Nia? —preguntó una voz.

—No he decidido —dijo Angai.

—Nosotras sí —dijo la voz—. Hace diez inviernos le dijimos que se marchara. Ella no ha cambiado. Era una pervertida entonces. Es una pervertida ahora. ¡Mira la gente con la que viaja! Dile que se vaya con ellos. Dile que viva en su aldea..., no aquí, entre personas que saben comportarse.

La multitud se separó. Ahora vi a quien hablaba: una mujer fornida de mediana edad. Su piel era marrón y extrañamente opaca. Absorbía la luz como el barro.

—Esa es Anhar —dijo Nia.

—Les preguntaré a los espíritus qué hacer con Nia —dijo Angai—. Hoy no. No les gustan tantas preguntas a la vez.

—Siempre te ha gustado Nia —dijo Anhar—. Siempre la has protegido. Estás intentando que vuelva al poblado.

—Nunca sabes cuándo estar callada, Anhar. ¡Estoy cansada de tus opiniones! Tienes una mente pequeña, llena de ideas desagradables. Es como queso comido por gusanos. Es como un animal muerto consumido por gusanos.

—Guau —dijo Derek.

Anhar se volvió. La multitud la dejó pasar. Se alejó de Angai, dejando atrás la plaza iluminada por las antorchas. La perdí de vista en la oscuridad.

—¿Y el hombre? —preguntó otra mujer—. ¿La Voz de la Cascada?

El oráculo respondió.

—Me voy al poblado de las personas sin pelo. Mi espíritu me dijo que aprendiera de ellos. No he tenido ningún nuevo sueño que me diga que haga otra cosa.

—He terminado de hablar —dijo Angai—. Habéis oído mi decisión. ¿Estáis de acuerdo conmigo? ¿O va a haber una discusión?

Silencio. Tuve la sensación de que la gente que me rodeaba no estaba contenta. Pero nadie estaba dispuesto a hablar.

Por fin, alguien dijo:

—¿Qué te dijeron los espíritus, Angai?

—Soñé que estaba en un sendero que no reconocía. El paisaje a mi alrededor era desconocido. El suelo bajo mis pies estaba caliente. Salía humo de unos agujeros. No podía ver adonde iba.

—Ese no parece un buen sueño, Angai.

La hechicera frunció el ceño.

—¡No he terminado! Había una anciana conmigo. Tenía un vientre plano y

pechos caídos. Llevaba una vara y me parecía que tenía problemas para caminar. A veces caminaba junto a mí. A veces iba delante. A veces, detrás. Nunca me dejaba. Hacía ruidos de vez en cuando: gruñidos y gemidos. La mayor parte del tiempo guardaba silencio. Una vez, cuando iba detrás de mí, me pareció oírla tropezar. Me detuve y miré hacia atrás. «Sigue adelante —me dijo—. No te preocupes por mí. Vieja como soy, te seguiré». Yo continué. Ese fue el final del sueño.

—Muy bien —dijo la mujer que había hecho la pregunta—. Te seguiré. Aunque me siento incómoda con esta gente nueva. Y aunque creo que Anhar tiene razón respecto a Nia.

Angai hizo el gesto que significaba «se acabó». Se dio media vuelta y entró en su tienda.

—Termina tú de traducir, Derek. Quiero hablar con Nia.

Él hizo el gesto de acuerdo.

Me acerqué a Nia y el oráculo. Un par de mujeres sacó las antorchas de sus pebeteros y se las llevó.

—No estoy segura de que Angai haya actuado con astucia —dijo Nia—. Tendría que haber sido más amable con Anhar. Ahora tiene una enemiga.

—No —dijo el oráculo—. No ha cambiado nada. Ya eran enemigas. Ahora pueden dejar de fingir. Nunca he tenido un enemigo, pero sé que es difícil ser amable con alguien a quien odias. Cansa a la mujer. Pierde fuerza. No puede hacer cosas que son importantes.

—¿Nunca has tenido un enemigo? —pregunté.

—Casi ningún hombre lo tiene. Si un hombre se enfada, se enfrenta a la persona que lo ha hecho enfadar. O se marcha. Las mujeres están atrapadas en sus poblados. Pasan invierno tras invierno junto a gente que no les gusta. No expresan su ira. No pueden marcharse. Eso crea enemigas. Lo he visto.

—¿Quieres quedarte en el poblado? —le pregunté a Nia.

Ella hizo el gesto de incertidumbre.

—¿Tienes un lugar donde alojarte esta noche?

—Aquí. Con Angai. —Nia hizo una pausa—. Eso fue cosa de Ti-antai. La mujer que habló la última. La mujer que te cuidó la mano esta mañana. Era buena amiga cuando éramos jóvenes.

—¡Aiya!

—Iré contigo —dijo el oráculo—. Angai me hizo quedarme en la periferia del poblado anoche, en una tienda vieja llena de agujeros. Incluso con los agujeros y el viento soplando, olía a vejez y locura. —Hizo una pausa—. No a locura sagrada. Del otro tipo.

En la plaza solo quedaban mis compañeros. Las antorchas se habían apagado. No había más ruido que el viento y la voz de Derek, todavía traduciendo.

—¿De qué trataba el sueño? —pregunté—. ¿Por qué satisfizo a tu prima?

—No sabes mucho, ¿verdad?

—No. ¿Quién era la anciana?

—La Madre de las Madres. Si nos dice que continuemos por un país extraño, lo haremos.

—Fue un buen sueño —dijo el oráculo—. Yo solo he tenido unos pocos que fueran fáciles de comprender. Nadie podría discutir este.

—He terminado —dijo Derek.

—Ya voy.

Dejamos la plaza y atravesamos el poblado oscuro.

—Esta decisión no va a satisfacer a nadie —dijo Ivanova—. Los equipos de investigación van a querer viajar. Y Eddie, naturalmente, está horrorizado por que no nos hayan ordenado marcharnos del planeta.

—Así es.

—Creo que el problema es vulgar marxismo —dijo el señor Fang.

—¿Ah, sí? —pregunté.

—Simplificamos en exceso el proceso dialéctico y nos fascina el drama de la revolución. Olvidamos que la historia humana es muy compleja y muy lenta. Todo gran cambio va precedido de multitud de cambios pequeños. Hay compromisos. Hay fracasos. Damos un paso adelante y luego nos vemos obligados a dar un paso atrás, o incluso dos.

»Incluso las revoluciones están llenas de compromisos y fracasos. Incluso en medio de grandes transformaciones, retrocedemos. Después del triunfo de la Revolución de Octubre llegó Kronstadt y el aplastamiento de la Oposición de los Obreros.

—No comprendo adonde lleva esto —dijo Ivanova.

—Esperábamos que esta reunión lo resolviera todo. Esperábamos una revolución, de esas sencillas que vemos en holovisión.

»Estamos en mitad de una revolución. Lleva en marcha más de quinientos años. No tengo ni idea de cuándo terminará, si es que lo hace alguna vez. Pero no es un argumento teatral. No avanza todo el tiempo. Y no hay divisiones claras. No hay escenas y actos. Al menos ninguno que podamos ver. Los historiadores deciden esas cosas más tarde.

»Creo que hoy la revolución ha pasado a una nueva etapa, a un nuevo escenario. Hay nuevos actores y nuevos problemas. Pero no hay ninguna conclusión.

—Cierto —dijo Eddie—. Lo que tenemos es un maldito compromiso. No va a aguantarse. Una vez que estemos aquí abajo...

—Por una vez estoy de acuerdo con Eddie —intervino Ivanova—. Tenemos que poder viajar. Hemos llegado tan lejos... Tal vez podamos encontrar otro pueblo que ponga menos limitaciones.

—Esta noche no —dijo el señor Fang.

Llegamos al río. Había luces en uno de los barcos. Tatiana y Yunqi estaban sentadas juntas en cubierta. Ayudaron al señor Fang a subir a bordo. Ivanova y Eddie

lo siguieron.

—Quiero dormir —dijo el oráculo—. Ha sido un día largo.

—Tienes razón.

Lo llevamos al otro barco y lo acostamos en la cabina.

Derek, Agopian y yo salimos a cubierta. El aire del río era fresco y estaba lleno de insectos. Revolotearon alrededor de las luces de la cubierta cuando las encendimos. Agopian y yo nos sentamos. Derek fue a traer cervezas.

Bebimos, sin hablar. Oíamos voces en el otro barco: Ivanova y Eddie describiendo a Tatiana y Yunqi lo que había pasado.

—No sé cuánto tiempo durará esa conversación —dijo Agopian.

—Horas, probablemente.

—Tal vez. —Soltó su botella—. Hay algo que tengo que deciros.

Lo miré.

—Tu secreto. Tu complejidad ética.

—Sí.

—¿No puede esperar?

—No estoy seguro de poder encontraros a solas. Ahora es el momento perfecto, si tengo tiempo suficiente.

—Estoy dispuesto a escuchar —dijo Derek.

Agopian me miró.

Yo asentí.

—Voy a tratar de decirlo lo más rápidamente posible. No sé cuándo terminará esta conversación si Tatiana se acerca. Hay información que se ha mantenido oculta y mentiras que se han contado. Creo que es hora de rectificar esta situación.

Derek se inclinó hacia delante.

—¿Qué clase de información?

—Historia. Lo que ha estado sucediendo en la Tierra durante los últimos cien años.

—Tenemos los mensajes de la Tierra —dije yo.

—Son mentiras.

—¿Lo sabes con seguridad? —preguntó Derek.

—Los escribí yo... Con ayuda, por supuesto. Era un trabajo demasiado grande para una sola persona.

—¿Por qué? —pregunté yo.

—¿Cuándo? —preguntó Derek.

—Sabéis que hubo problemas al entrar en este sistema.

Derek hizo el gesto de asentimiento.

Agopian pareció aturdido y continuó.

—Había mucha más chatarra de la que esperábamos, y un montón era muy extensa. Una especie de supernube Oort. Y hubo problemas con el sistema de astronavegación. Los ordenadores decidieron que era una emergencia. Despertaron



antes a la tripulación. Nosotros trajimos la nave.

»No tuvimos tiempo de despertar a nadie más. Pero sí de comprobar los mensajes que habían estado llegando de la Tierra. Eran una locura.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Exactamente eso. Los mensajes son una locura. La Tierra ha cambiado mucho. Pensábamos que la historia se detendría porque nuestras vidas se habían detenido, porque dormíamos un sueño mágico como niños en un cuento de hadas.

»No es cierto. La historia continuó y dio un giro... El progreso no es inevitable. Es un error que cometen los marxistas vulgares. Siempre me ha gustado ese término. Imagino a un hombre con una tupida barba, tirándose pedos a la mesa mientras explica el fetichismo de las comodidades o la teoría laboral del valor. Y por supuesto, entiende la teoría mal.

—¿De qué estás hablando?

—Del progreso. No hay ninguna ley que diga que la humanidad tiene que evolucionar a formas sociales cada vez mayores. Es posible el colapso. La regresión o el estancamiento. Es esencialmente lo que sucedió después del siglo XX. No regresión, sino estancamiento. Creíamos que era una característica de las sociedades poscapitalistas: extrema estabilidad, opuesta a la extrema inestabilidad del capitalismo, la loca tasa de cambios durante los siglos XIX y XX.

»Ahora creo que la estabilidad procedía del terrible caos creado en el siglo XX, la falta de recursos y el precario estado del medio ambiente. Nos pasamos doscientos años limpiando..., intentando devolver el planeta a su estado anterior, tratando de deshacer lo que esos gusanos y epígonos habían hecho. No tuvimos tiempo para innovar.

—Construimos las colonias L-5 —dije.

—Y la nave —apuntó Derek.

—Eso son objetos nuevos. Estoy hablando de ideas. La mayor parte de nuestra ideología y tecnología viene, vino, de la antigua sociedad. La mayor parte de lo que hemos hecho se basa en lo que sabía la gente antes del colapso.

—Eso no es enteramente cierto —dije yo.

—Es bastante cierto —corrigió Agopian—. Hemos sido como la gente de principios de la Edad Media. Usamos el conocimiento antiguo de nuevas formas. Pero no añadimos nada.

Derek frunció el ceño.

—Cuestiono esa analogía.

—No quiero discutir sobre la Edad Media.

—En cualquier caso, la estabilidad, o el estancamiento, fue solo temporal. Eso es lo que aprendimos cuando nos despertamos y escuchamos los mensajes de casa. Después de que nos marcháramos, las diversas sociedades de la Tierra empezaron a cambiar rápidamente.

Hizo una pausa, frunciendo el ceño.

—Los cambios eran inquietantes. Nosotros (me refiero a la tripulación) apenas pudimos manejar la información que recibíamos, y somos (sin duda ninguna) la gente más disciplinada de la nave. No teníamos ni idea de lo que sucedería si los demás despertaban y se enteraban. Imaginamos el pánico y el hundimiento de la moral. Algunas personas querían regresar a casa, aunque a qué hogar es la cuestión. Otros se desmoronarían. Habría habido meses de discusiones y un deterioro en la calidad del trabajo. Nos pareció que había que proteger la expedición. Votamos... todos los que no estábamos congelados. Decidimos cambiar los mensajes.

Abrí la boca.

Él alzó una mano.

—No hagas preguntas. No sé cuánto tiempo tengo, y quiero contaros cuanto sea posible.

—De acuerdo.

—Empezamos cambiando la historia. Eso fue comparativamente fácil. Esbozamos (esboqué) una historia alternativa, con la que nos sentíamos más cómodos. Después fue cuestión de buscar y sustituir. Le dijimos al sistema informático que buscara cierto tipo de acontecimientos... y los eliminara y los sustituyera por otros.

Sonrió.

—He de decir que ahora siento un renovado respeto por los mentirosos, sobre todo por los que vivieron antes de la era de los ordenadores. No tengo ni idea de cómo puede reescribirse la historia sin un ordenador.

—¿Qué hicisteis? —pregunté—. ¿Qué podía haber tan terrible en los mensajes de la Tierra?

Él se sentó junto a las luces de cubierta. Lo distinguía con claridad: un rostro rectangular, de color marrón claro. Sus ojos eran grandes y oscuros. Su nariz era alta y estrecha, con una leve curva. Su boca era corriente. Eran los ojos los que iluminaban la cara y el pelo rizado desordenado, algo más largo de lo que estaba de moda entre los miembros de la tripulación.

—Hay tres cosas que me importan: el socialismo, el marxismo y la Unión Soviética. No creo que lo que siento sea chovinismo. Es amor por un lugar y orgullo por lo que ha hecho la gente de ese lugar. Cómo lucharon una y otra vez, generación tras generación, para construir una sociedad que realmente encarnara los principios del socialismo. Lo consiguieron, pero a duras penas. La revolución no fue destruida por el stalinismo ni el fascismo ni el nacionalismo, ni siquiera por los muchos crímenes y la sorprendente estupidez del apparatchik. La gente consiguió crear por fin una sociedad decente y justa.

—Si hace que te sientas mejor, te diré que eso no es chovinismo —dijo Derek.

Agopian sonrió.

—Mi vida se ha construido en torno al socialismo y el marxismo y la Unión Soviética. Son como coordenadas. Me dan un lugar en el espacio y en el tiempo. Me proporcionan una estructura: moral, intelectual, histórico-social y personal.

»Cuando pienso en perderlo... Es como estar en el espacio. Nada es arriba ni abajo. Nada está cerca ni lejos. Solo hay oscuridad y estrellas. Entonces te das la vuelta y allí está la nave o la Tierra o una estación. Puedes orientarte. Pero ¿y si te volvieras y no hubiese nada? ¿Solo más oscuridad y estrellas?

»Ya no hay más países en la Tierra ni en ninguna parte del sistema solar. Los mensajes decían que se han abandonado nociones anticuadas como “nación”. Han abandonado categorías anticuadas como “socialismo”. Las ideas del siglo XIX tienen un interés histórico, pero ya no son relevantes. Ya no es posible usar las tesis del marxismo. Simplemente, no funcionan. Eso es lo que decían los mensajes.

Recogió la botella de cerveza y la agitó.

—Por lo que puedo decir, a esa gente no le interesa ningún tipo de sistema, ya sea político, económico o intelectual. —Se levantó—. Necesito otra cerveza. ¿Y vosotros?

—¿E Ivanova? —preguntó Derek.

Agopian prestó atención un momento.

—Sigue discutiendo. En cualquier caso, os he dado la información importante. ¿Queréis algo de beber?

—Cerveza.

Agopian entró en la cabina.

—¿Está diciendo la verdad? —pregunté.

Derek hizo el gesto de incertidumbre.

Agopian regresó y nos tendió una botella a cada uno. Se sentó e hizo un ruido a caballo entre un gemido y un suspiro.

Bebí cerveza.

—Dijiste que empezasteis cambiando la historia.

Él asintió.

—¿Qué más cambiasteis?

—No tenéis que preocuparos por los mensajes personales. Les hicimos muy poca cosa. La mayoría pertenecía a las dos o tres primeras décadas de nuestro viaje. ¿Pensáis alguna vez en la gente que envió los mensajes? Nuestros amigos. Nuestra familia. Sabían que la gente que iba a bordo de la nave estaba congelada. Sabían que cuando despertáramos, estarían muertos.

«Obviamente, con el tiempo, la mayoría de ellos dejó de escribir. Cinco años. Diez años. Solo los fanáticos siguieron enviando mensajes después de eso. Habíamos salido de la historia y del espacio que conocían. Nos volvimos irreales para ellos.

»Esos mensajes no representaban ningún peligro. Eran cháchara informal, desorganizados, llenos de noticias familiares, exactamente lo que cabría esperar de una madre o una hermana. Tuvimos que eliminar unas cuantas referencias a los acontecimientos históricos. Por lo demás, nada.

Hizo una pausa.

—Parte de los datos eran correctos. Tal y cual estrella se habían vuelto novas.

Hemos descubierto un nuevo tipo de vida en Titán.

»¡Pero las teorías! Os digo que esa gente no siente ningún interés por ningún tipo de estructura. Ese es el problema número uno. El número dos es que no parecen distinguir entre realidad y ficción, o entre el material relevante y todo lo demás. Algunos de los mensajes parecen poesía. Otros son historias sin sentido. Otros parecen chismorreos o un conjunto de proverbios. Y otros son una sarta de hechos sin relación entre sí y que ni siquiera pertenecen a la misma disciplina.

»Y mezclado con todo, basura: chistes estúpidos y antiguas leyendas e imágenes holográficas de quién sabe qué. Las familias de desconocidos. Un hotel de vacaciones en Marte.

«¡Estos son los mensajes de los científicos! La mitad de las veces parecen como la típica vieja loca que conoces en un parque y tiene una teoría sobre la astrología y la historia. O como el fontanero que viene y te explica la verdadera causa de la última plaga vírica. “Todo viene de Titán. Allí tienen cosas que nunca creería. ¿No ve usted la holo? Escúcheme: algún día llegará un bicho que hará que el sida no parezca nada. Páseme la llave inglesa.”

Derek sonrió.

—¡No tiene gracia! Intentamos convertir esos mensajes en algo que tuviera sentido. Para darles una estructura teórica, para hacerlos encajar en un sistema. No fue fácil. Tuvimos que descongelar a unos cuantos científicos, gente a quien considerábamos de fiar. Incluso ellos tuvieron problemas..., sobre todo los físicos. Dijeron que la teoría de la física está absolutamente loca. —Sonrió—. Pero resultaba interesante, dijeron, aunque no se sentían cómodos con la aleatoriedad o el requerimiento de que varios dioses intervienen, normalmente al principio o al final del universo, aunque también a los dioses, creo, se les requiere que expliquen la conducta de ciertos tipos de partículas.

—¿Por qué nos cuentas esto? —preguntó Derek.

Agopian bebió más cerveza.

—He estado pensando en los hombres que trabajaron para Stalin, eliminando a los antiguos bolcheviques de las fotos, uno a uno, a medida que iban siendo purgados.

»La gente que hizo esas cosas tenía buenos motivos. Tal vez no buenos para vosotros o para mí, pero a ellos les parecían convincentes. La revolución estaba aislada y en peligro. Tenía que ser defendida contra sus enemigos, que tomaban cada contratiempo, cada lucha y defecto y los convertían en algo monstruoso.

«Intentaban proteger la revolución cuando eliminaron a León Trots-ky de Diez días que sacudieron el mundo.

»El problema es... que estaban equivocados, y ayudaron a destruir la expedición.

—¿Qué? —dije yo.

—Quiero decir la revolución.

Derek hizo el gesto que significaba «estás completamente loco».

—¿Qué significa eso? —preguntó Agopian.

—Estáis chalados.

Agopian asintió.

—Así es. Y eso es lo que voy a decirle a Ivanova. Tiene que acabar. No estoy completamente seguro de lo que va a hacer ella. Quiero que los demás sepan lo que está pasando.

—¿Temes que te haga daño?

—Hay accidentes. Algunos de la tripulación se negaron a seguir adelante con el plan. Los congelamos.

—¿A la fuerza?

Él asintió.

—Hay un dos por ciento de probabilidades de sufrir daños mayores irreversibles —dije—. Eso la primera vez que se congela a una persona. Cada vez la probabilidad aumenta.

Él volvió a asentir.

—Es posible que sea un asesino. Pienso mucho en ello. No estoy en contra de matar per se. Hay ocasiones en que está justificado. Pero no creo que esta sea una de esas ocasiones.

Dio otro sorbo de cerveza, luego soltó la botella y se inclinó hacia delante.

—Quiero darle a Ivanova la ocasión de... ¿qué? De entregarse, supongo. No me gusta ser un delator. Pero no quiero darle la oportunidad de eliminarme.

—¿Hablas en serio? ¿Crees de verdad que corres peligro?

—Creo que existe la posibilidad. No es muy grande. Pero aquí ella no puede congelarme. Y no creo que pueda matarme. Pero hemos estado jugando a un montón de juegos estúpidos. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza—. Han acabado de hablar. Será mejor que vuelva. —Se levantó.

—¿Se trata de un problema moral? —preguntó Derek—. ¿Has decidido que mentir es malo?

Agopian hizo una mueca.

—Es una pregunta impropia de ti. —Derek esperó—. No me gusta pensar que encajaría en la época de Joseph Stalin. Y no creo que podamos salirnos con la nuestra. Ha habido demasiadas mentiras, y han implicado a demasiada gente. Es solo cuestión de tiempo que alguien hable... o alguien deduzca qué ha pasado. —Se acercó a la borda, luego se volvió y nos miró—. Guardé los mensajes. Cuando la gente los vea, no va a querer volver a casa.

Saltó por encima de la borda a la orilla. Un minuto más tarde oí su voz, saludando a alguien en el otro barco.

—Esta no es una situación que pueda afrontarse con cerveza —dijo Derek—. Esto requiere vino. O tal vez coñac. —Se levantó, recogió las botellas y entró en la cabina.

Yo me quedé sentada, en silencio, escuchando a Agopian hablar en ruso. Su voz era ligera y rápida y fluida. El rico contralto de Ivanova le respondió. No hablaban de

nada serio. Lo noté por el tono.

Derek volvió con dos vasos de vino. Me entregó uno.

—No será una broma, ¿no? —pregunté.

—No. Y no me cabe en la cabeza que un mentiroso compulsivo se haya colado en la nave. Creo que podemos asumir que está diciendo la verdad.

—¡Sorprendente!

—Desde luego que sí. —Se sentó y acomodó los hombros en el asiento—. Eso explica algunas rarezas en la información de casa.

—¿Qué vamos a hacer?

—Bebemos este vino y luego irnos a la cama.

Fruncí el ceño.

—No va a hacer nada esta noche. Eddie está allí, y el señor Fang. Querrá encontrarse con Ivanova a solas.

Bebió un poco de vino. Un insecto de alas escarlata revoloteó a la luz. Se posó en el borde de su vaso. Derek sonrió. El insecto permaneció allí durante un par de minutos, agitando las alas. Luego se marchó flotando sobre la borda hasta perderse en la oscuridad del río.

—Creo que será mejor que se lo digamos a Eddie. Mañana. Se lo debemos. Si Mesrop tiene razón, los mensajes van a cambiar la forma en que la gente considera este planeta. Es posible que tengamos que buscar un nuevo hogar.

—¿Aquí? —pregunté.

—Tal vez. El viaje a casa durará más de cien años. Estaremos dos siglos y medio fuera de nuestra época. Tal vez las cosas hayan vuelto a cambiar para entonces. Lo dudo. La historia tal vez sea una hélice. No es un círculo. Nunca regresamos al punto de partida.

—Hablas como un marxista.

Él se levantó, sonriendo.

—¿Esa gente tan tristemente pasada de moda? —Soltó su vaso. Todavía estaba medio lleno de vino—. ¡Pobre y estúpido Agopian! Buenas noches.

Entró en la cabina. Acabé mi bebida y lo seguí, apagando las luces.

Me desnudé en la oscuridad, desplegué una cama y me acosté. ¿Cómo podía dormir? Escuché la respiración de mis compañeros y pensé en casa. El Estado Libre de Hawai. La Confederación de los Grandes Lagos. Alta California. Nuevo México. Desaparecidos. Todos desaparecidos. Las naciones y tribus de Norteamérica.

Me desperté y encontré la cabina vacía, me vestí y salí. Eddie y Derek estaban sentados tomando café. Había una cafetera en la mesa y una taza vacía. La llené y me senté.

¡Una mañana preciosa! Flotaban nubes sobre el valle, brillantes con la luz tempranera. El río estaba en sombras. Brillaba marrón oscuro, como bronce.

—¿Dónde está el oráculo? —pregunté.

—En el poblado —respondió Derek—. Buscando comida. Tatiana lo ha

acompañado. Quería echarles otro vistazo a las nativas in situ.

Miré a Eddie. Su expresión era inusitadamente sombría.

—¿Se lo has contado?

Derek hizo el gesto de asentimiento.

—¿Qué vamos a hacer?

—Me gustaría no hacer nada, pero no creo que sea posible.

—¿Eso crees? —Bebí un poco de café, luego me arrellané en mi silla. ¿Había un placer mejor que el café en una fresca mañana de verano?

Bueno, sí. Pero aquel no era el momento de hacer una lista.

—Si no entiendo mal, Mesrop dice que no encajaremos en la Tierra. Creo que vamos a oír argumentos a favor de quedarnos aquí y establecer una colonia. —Eddie hizo una pausa—. Deben de haberse vuelto locos. No tiene sentido. Es imposible que pudieran mantener un secreto tan gordo. Es imposible que pudieran tener éxito reescribiendo tanta historia... Creo que comprendo lo que está haciendo Agopian. Nos empuja hacia la intervención.

Hice el gesto de desacuerdo.

—No creo que sea un complot. Creo que está intentando librarnos de uno.

—Tal vez.

—No lo subestiméis —dijo Derek—. Y no penséis nunca que hace nada por motivos sencillos. Es un hombre peligroso. Piensa que las ideas son importantes.

—¿Tú no? —pregunté.

—Las ideas están bien para jugar con ellas en la universidad. Pero no tienen mucho que ver con la vida. No puedo imaginar matar por ningún tipo de abstracción. Y desde luego no me sacrificaría a mí mismo. Agopian sí. Lo ha hecho.

—¿Qué vais a hacer vosotros? —preguntó Eddie—. Es lo que quiero saber.

Lo miré.

—¿Vais a contarle esta historia a la gente del campamento?

—No.

Eddie pareció sorprendido... y esperanzado, si yo leía correctamente su expresión.

—Eso es cosa de Agopian. Si decide guardar silencio, o si le sucede algo, Derek y yo lo contaremos. De lo contrario, no.

—Esbochemos el plan A —dijo Derek—. Que es callarle la boca a Agopian de un modo u otro. Lixia, tú estás más cerca del café.

Volví a llenarle la taza.

—No hay huida, Eddie. Agopian va a hacer su gran confesión. Y nosotros vamos a empezar a pensar en quedarnos en este planeta. Consigue que la Tierra parezca realmente desagradable.

—Puede que esté equivocado. O mintiendo. No hay ningún motivo para creerlo.

Me incliné hacia delante.

—Guardó copia de los mensajes originales. Los datos están ahí.

—Debe tener el mayor archivo personal de toda la nave —dijo Derek.

—Podría haber alterado esos mensajes. Tal vez esos son los falsos.

—Estás sugiriendo que la historia de Agopian es mentira, y que ha estado pasando su tiempo libre creando una historia falsa de la Tierra... que ahora presentará como la historia real y suprimida.

—¿Por qué no? —preguntó Eddie.

—Es una fantasía paranoica maravillosa. Pero cuando empecemos a buscar, vamos a encontrar sus instrucciones en el sistema de comunicaciones. Las borraremos y luego empezaremos a recibir mensajes sin cambios. Es imposible que Agopian manipule la información que viene todavía de camino. Puede que haya podido cambiar el pasado. No puede cambiar el futuro.

Eddie negó con la cabeza.

—Sigo sin comprender por qué lo hicieron. Si Agopian está diciendo la verdad.

—¿Por qué nos pediste que cambiáramos lo que decía Ivanova cuando traducíamos para ella? —pregunté.

Él pareció enfadarse.

—Haré lo que tenga que hacer para impedir que la gente de aquí sufra como ha sufrido mi pueblo —dijo al cabo de un momento.

—Estaban intentando salvar la expedición —dijo Derek—. Y, creo, salvar lo posible del pasado. No querían que perdiéramos lo que se ha perdido en la Tierra. —Se levantó—. Creo que es hora de desayunar. —Entró en la cabina.

Eddie y yo nos quedamos sentados, en silencio, bebiendo café.

Derek volvió con bollitos, mantequilla, mermelada y otra cafetera.

Comimos. Cuando terminamos, Eddie se puso en pie.

—Voy a hablar con Ivanova y el señor Fang. Tenemos que decidir cuándo vamos a marcharnos.

Recogí los platos y los llevé a la cocina, los fregué y regresé a cubierta. Derek se había marchado a alguna parte. Mi alegría mañanera había desaparecido. Me sentía tensa y un poco deprimida. No tenía ganas de regresar al campamento. Iba a haber una pelea descomunal. Me caía bien Agopian. De repente se había convertido en alguien a quien no reconocía. Creía conocer la historia de mi planeta. Pero cambiaba y se desvanecía... ¿Como qué? Como niebla o bruma. Mi pasado se estaba disolviendo.

Decidí subir al poblado.

Parecía distinto. Había una corriente subyacente de tensión. Nada que pudiera señalar con exactitud. Algo en la forma en que se movía la gente, algo en la forma en que hablaban o no hablaban.

Me hizo sentirme incómoda. Me acerqué al perímetro del poblado y deambulé por allí, evitando a la gente y contemplando los insectos en la vegetación. El día se volvió caluroso. El aire olía a excrementos y sequedad. De vez en cuando el viento me traía el olor de humo



*¡Tanta belleza!*  
*¡Tanta belleza!*  
*¿Por qué perdemos el tiempo?*

Practiqué yoga, contemplando la llanura, y luego me volví y vi a media docena de niños. Los había pequeños como cachorros: redondos y gruesos y desnudos a excepción de su pelaje, y revoltosos como potrillos, nerviosos, llenos de energía, dispuestos a correr. Esos últimos llevaban ropa: túnicas ajadas y kilts gastados. Ropa para jugar.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó uno de los niños mayores.

Yo no conocía la palabra para decir «ejercicio» o «meditación».

—Estoy vaciando mi cuerpo y llenando mi mente.

—¡Hu! ¡Eres extraña!

Les pregunté sus nombres. Me los dijeron. Me preguntaron cuándo me marchaba. Les dije que no lo sabía.

—Cuéntanos antes de marcharte —dijo uno—. Queremos ir al río y ver vuestras barcas moverse solas.

—¡Como los peces! ¡Como los lagartos! —dijo otro, uno pequeño.

—De acuerdo.

Regresé atravesando la aldea. Los niños me acompañaron. Guardaron silencio la mayor parte del tiempo. De vez en cuando uno hablaba.

—Esa es la tienda de mi madre.

—Abatí un pájaro con mi arco nuevo.

—¿Cómo es no tener pelo?

—Fresquito —contesté—. Puedo sentir el viento.

—Pero en invierno, debes de pasar frío.

Hice el gesto de acuerdo.

—Prefiero tener pelo.

Llegamos al otro extremo del poblado y los niños se despidieron.

Agopian estaba en mi barco, sentado en cubierta. Derek, Eddie e Ivanova lo acompañaban.

Subí a bordo.

—Te estábamos esperando —dijo Derek.

—Está hecho —anunció Agopian.

—No me agradan las precauciones de Mesrop —dijo Ivanova—. Actúa como si yo fuese una especie de criminal.

Agopian alzó la cabeza.

—Elizaveta, hemos quebrantado las leyes.

—Por buenos motivos.

—Hay algo que no puedo comprender —dije—. ¿Cuáles fueron los motivos? ¿Y dónde está la cerveza?

—Donde siempre —respondió Derek—. Trae una para mí y otra para Agopian.

Cuando regresé, Ivanova dijo:

—Lo comprenderás cuando escuches los mensajes. El socialismo no significa una reducción de todo hasta el denominador común más bajo. Significa darle a la gente la libertad para conseguir todo su potencial. Significa elevar a la humanidad: ennoblecerla. ¿Cuánto tiempo nos llevó? ¿Cuatro siglos? Doscientos años de lucha para poner fin a ese horrible sistema y doscientos años de duro trabajo para limpiar el caos que dejó tras de sí. ¿Cuánta gente murió de hambre o fue envenenada por todos los tipos distintos de contaminación? ¿Has mirado alguna vez las estadísticas del hambre y la enfermedad?

»¿Cuántas personas fueron asesinadas porque querían un sindicato o unas elecciones libres? O algo muy sencillo. El derecho a decidir a quién iban a amar. El derecho a decidir cuántos niños iban a engendrar.

»Todo ese sufrimiento..., esas generaciones de lucha.

Tenía la cabeza gacha. Ahora la levantó. En su cara había arrugas que yo no recordaba.

—Creíamos haber ganado. Cuando dejamos la Tierra, cuando empezamos este viaje, parecía que la humanidad estaba a punto de conseguir una edad dorada. Una sociedad verdaderamente socialista. Nos despertamos en la periferia de este sistema y encontramos... No sé cómo describirlo.

—Basura —dijo Agopian—. Es como si el más bajo y peor pensamiento humano se hubiera vuelto dominante. Es realmente horrible, Lixia.

—Reescribisteis los mensajes porque no os gustaron —dije—. La historia no salió como queráis. Así que tratasteis de rehacerla. De deshacerla.

—No —dijo Ivanova.

—Tal vez —reconoció Agopian.

Ivanova lo miró con el ceño fruncido, luego me miró a mí.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Volveremos al campamento y les contaréis a los demás vuestra historia.

Ivanova miró a Eddie.

—¿Crees que es buena idea?

—No. Pero no veo ninguna manera de hacer callar a Lixia, Derek y Agopian.

—No la hay —dije yo—. No seguiré con una mentira de esta magnitud.

Agopian me miró. Parecía un poco borracho.

—Eres más dura que yo, Lixia, y te encandilan más las abstracciones. Verdad. Belleza. Integridad. Nos destruirás a todos con esas palabras.

—No estás en posición de criticar —dijo Ivanova.

Miré a Eddie.

—¿Cuándo nos marchamos?

—Mañana. Temprano. Derek y tú deberíais ir al poblado y despediros formalmente.

Derek hizo el gesto de desacuerdo.

—Angai dijo que nada de hombres. Creo que hablaba en serio.

—El oráculo está allí.

—Él es sagrado. Yo no. Voy a respetar lo que dijo Angai.

—Iré yo —dije—. Después de almorzar y de darme un chapuzón. ¿Quiere alguien venir conmigo?

—¿A nadar? —preguntó Derek.

—Al poblado.

—Yo iré —dijo Ivanova—. Si Eddie piensa que está bien.

—Creo que pospondremos arrestar a nadie hasta que hayamos vuelto al campamento. No conozco el procedimiento y en realidad no quiero llamar y preguntarlo. Provocará un montón de preguntas. —Eddie miró alrededor—. ¿Estáis de acuerdo los demás?

Derek y yo asentimos.

—Creo que me abstendré de votar en este tema —dijo Ivanova.

Agopian asintió.

—Yo también me abstengo.

—Bien podéis hacerlo —le dijo Eddie a Ivanova.

—Gracias.

Derek y yo preparamos bocadillos. Comimos y me fui a nadar. El agua estaba fría. El río despejó gran parte de mi tensión. Me apetecía seguir allí flotando, lejos del poblado y los barcos, lejos de toda esa gente y sus discusiones. Naturalmente, si me dejaba flotar lo suficiente, me encontraría con la migración de los lagartos. Regresé nadando, subí a bordo, tomé una toalla y me envolví en ella.

Tatiana había vuelto y estaba sentada en la cubierta de popa con Ivanova y Agopian. Había un cuenco de fruta en la mesa plegable que tenía al lado. Naranjas, plátanos y brillantes manzanas verdes. Junto al cuenco había un puñado de mondas y el aire estaba lleno de aroma de naranja.

Tatiana hablaba en ruso, rápida y ansiosamente.

—¿Qué le ha pasado al oráculo? —pregunté.

Ella me miró.

—Se ha quedado en el poblado. Estaba con alguien. Una persona grande con pelaje rojizo y ropa sencilla.

Nia.

Entré en la cabina y me vestí.

Cuando salí, Ivanova se levantó. Subimos juntas el promontorio.

Había niños ante la aldea. Estaban plantados ante el viento, extendiendo las manos con las palmas hacia fuera.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunté.

—Nos dijiste que podías sentir el viento. Nuestras palmas no tienen pelo. Estamos sintiendo el viento y tratando de comprender cómo sería sentirlo por todo el

cuerpo.

Traduje para Ivanova. Ella se echó a reír.

—Ellos no tendrán ningún problema. Son los adultos quienes tienen miedo y combaten el cambio.

Los niños se quedaron en las afueras de la aldea, jugando a pretender ser lampiños. Ivanova y yo nos dirigimos a la plaza principal. Allí estaba Angai, sentada bajo su toldo. Nia y el oráculo la acompañaban.

Hice el gesto de saludo.

Angai hizo el gesto que significaba «siéntate y quédate un rato».

Nos sentamos a la sombra del toldo. El viento levantaba polvo por la plaza.

—Nos marchamos por la mañana —dije.

—Bien —dijo Angai—. Cuando os marchéis, la gente dejará de preocuparse. Después de algún tiempo esta visita les parecerá un sueño o una historia contada por una anciana sobre algo que sucedió hace mucho tiempo. Entonces podréis regresar. Estarán menos asustadas la segunda vez. Pero recordad: cuando volváis, traed solo a mujeres y aseguraos de que sean listas y sensatas.

Traduje para Ivanova.

—Dale las gracias a Angai. Dile que haremos lo que pide. Dile que cuando volvamos traeremos muchos regalos e historias y ningún hombre.

Se lo dije a Angai.

Ella hizo el gesto de reconocimiento.

—Creo que esto acabará bien, que no debería haberme enfadado anoche. Ahora tendré que encontrar un modo de contentar a Anhar. Marchaos y llevaos al oráculo. Les pediré a los espíritus que cuiden de vosotros.

Hice el gesto de gratitud.

—Es todo —le dije a Ivanova—. Quiere que nos marchemos del poblado.

Nos levantamos. El oráculo también. Llevaba una gran bolsa de cuero: su comida.

Miré a Nia.

—¿Y tú?

—Me quedaré otro día o dos. Luego pienso ir al norte y visitar a Tanajin.

—¿Y después?

Ella hizo el gesto de incertidumbre, se levantó y me abrazó. Un abrazo fuerte y duro que me dejó sin respiración.

—Ven a nuestro poblado —dije.

Ella hizo el gesto que significaba «tal vez».

—Ve —dijo Angai.

El oráculo se puso en marcha. Ivanova y yo lo seguimos.

Cuando llegamos donde estaban los niños, estos jugaban con una pelota. Se acabó el juego de no tener pelo.

—Nos marchamos por la mañana —dije—. Al amanecer, creo. Bajad entonces si queréis ver nuestros barcos.

—Lo haremos —respondió uno de los niños.

Caminamos hasta el borde del promontorio. Ivanova se detuvo y se volvió a mirar la aldea y la llanura.

—Vamos —dijo el oráculo.

—El oráculo es impaciente.

—Quiero recordar esto.

Ella se entretuvo un par de minutos más. El oráculo no paraba de agitarse. Le indiqué que continuara. Finalmente, ella me miró.

—No he sido especialmente lista este último año. Pero no soy estúpida. Tengo una idea bastante exacta de lo que va a pasarnos a Mesrop y a mí.

Bajó el promontorio, siguiendo al oráculo.

Serían juzgados por crímenes contra la democracia y por poner en peligro la vida de las personas a quienes habían congelado. Tal vez por asesinato. No teníamos medios para conseguir una rehabilitación ni lugar adonde enviar a quien cometía delitos graves. Lo único que podíamos hacer era congelarlos hasta que regresáramos a la Tierra o hasta que nuestra colonia hubiera evolucionado lo suficiente para tener instalaciones de psicoterapia realmente avanzadas, o una prisión.

Esa podía ser la última vez que Ivanova veía una aldea nativa o un paisaje como aquel. Eché otro vistazo a la llanura barrida por el viento y a los niños que perseguían su pelota. Luego seguí a Ivanova promontorio abajo.

## NIA

La gente sin pelo se marchó por la mañana. Las habitantes de la aldea empezaron a empaquetar por la tarde. Nia ayudó a Angai, pero solo con las cosas de la parte delantera de su tienda. La parte trasera era el lugar donde Angai guardaba su magia. Allí todo quedaba oculto por una cortina de tela roja bordada con animales y espíritus. La cortina cruzaba la tienda de arriba abajo y de lado a lado. Solo se advertía el aroma de las hierbas secas y la sensación de magia. La sensación hacía que a Nia la piel le picara y le cosquilleara.

Se mantenía tan apartada de la cortina como le era posible, arrodillada junto a la puerta delantera al sol de la tarde, doblando ropa y guardándola en un cofre de cuero.

Al otro lado de la habitación estaba arrodillada Hua, junto a la cortina, bajo el dibujo de un espíritu: un anciano, desnudo, con su miembro sexual claramente visible. Su espalda era encorvada y se apoyaba en un bastón. La Oscura, pensó Nia, en uno de sus muchos disfraces.

Hua había colocado ante ella las herramientas y las contaba antes de guardarlas: cuchillos de muchos tamaños, agujas, cucharas de madera pulida y cuerno.

Angai se encontraba detrás de la cortina, guardando lo que quiera que hubiese allí, objetos que Nia no quería ver.

—¿Cómo puedes soportar estar aquí? —preguntó Nia.

Hua alzó la cabeza e hizo el gesto de duda.

—Junto a la cortina. En esta tienda.

Hua repitió el gesto.

—A Nia nunca le ha gustado la magia —dijo Angai.

—A mí no me molesta.

—Buena cosa —dijo Nia—. Si vas a ser la próxima hechicera.

—Por supuesto que sí. ¿Quién más hay?

Hua contó los peines. Los recogió, grandes y pequeños, hechos de madera y cuerno y metal.

Nia advirtió que le cosquilleaba toda la piel. La sensación era especialmente aguda entre sus omóplatos y a lo largo de toda su espina dorsal.

—Deja algunos fuera. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me han arreglado bien... una amiga o una pariente.

—De acuerdo —respondió Hua. Puso a un lado dos de los peines: uno de tamaño corriente y otro grande con grandes aberturas entre los dientes.

Nia hizo un sonido satisfecho.

—Será algo para recordar cuando esté en la llanura.

—¿No vas a venir con nosotras? —preguntó Hua. Su voz sonó áspera y aguda.

—No.

—¿Por qué no? ¿Te ha causado alguien problemas? No estarás preocupada por Anhar, ¿no? ¿No te ha dicho Angai que puedes quedarte?

Nia colocó una túnica en el suelo. Tenía las mangas largas. Las dobló sobre el cuerpo de la túnica, alisando el tejido. Era fino y suave, un regalo de gente que vivía en el lejano sur.

—Cuando vivía en las Montañas del Hierro, estuve contigo y con Anasu y Enshi. Cuando viví en el este, me quedé en el borde de la aldea, como un hombre. No estoy acostumbrada a estar con mucha gente. Ya no sé cómo vivir en un poblado.

—Nunca lo supiste —dijo Angai a través de la cortina—. Siempre actuabas como si estuvieras sola.

Nia se sorprendió. Hizo el gesto que significaba «¿es eso cierto?». Pero Angai no pudo verlo, naturalmente.

—Mi madre quiere saber si estás segura —dijo Hua.

—Sí. —La cortina se agitó. Angai debía de haberla rozado—. Te conozco mejor que nadie, Nia. ¡Eres como una roca! ¡Eres como una flecha! Eres lo que eres y nada puede cambiarte. Vayas donde vayas, nada puede hacerte cambiar. Nunca has sido una persona corriente.

—No lo sabía.

—Yo quería que te quedaras con nosotras —dijo Hua—. Quería oír tus historias.

—No voy a irme para siempre. Pero necesito tiempo a solas.

—Es la decisión correcta —dijo Angai—. Me gustaría que Nia se quedara. Pero he visto cómo la mira la gente de la aldea. Las incomoda. Si se marcha, acabarán por apaciguarse. Luego, creo, podrá volver. Pero si se queda ahora, se enfadarán. Han pasado demasiadas cosas. Han visto demasiado que es nuevo. Si se queda ahora, la expulsarán.

Hua hizo el gesto de pesar.

Siguieron trabajando hasta que el cielo empezó a oscurecerse. Angai salió de detrás de la cortina. Cenaron. Angai peinó el pelaje de Nia. ¡Aiya! ¡Qué bien! Sobre todo cuando Angai peinó el grueso pelaje de su espalda. Nia se apoyó contra el peine (el grande) y gruñó de placer.

Cuando terminaron, charlaron un rato. No se dijo nada importante. Angai describió el sendero que quería seguir camino del sur y el lugar donde quería pasar el invierno. Nia hacía una pregunta de vez en cuando. Hua escuchaba en silencio.

Por fin, se fueron a dormir. Nia siguió despierta. La puerta de la tienda estaba abierta. Pero había poco viento. El aire en el interior de la tienda era inmóvil y cálido. Se asomó a la puerta. Había estrellas sobre las tiendas de sus antiguas vecinas. ¡Tantas! ¡Tan grandes y brillantes!

Se levantaron al amanecer y empezaron a cargar la carreta. Anasu trajo a los seis hermosos cuernicurvos castrados que tirarían del carro. Los uncieron. El cielo estaba despejado. Iba a ser un día caluroso. Nia podía sentirlo.

—Me gustaría que fueras y trajeras un animal para Nia —dijo Angai—. Mancha Blanca o Tozudo o Cuerno Roto, el que encuentres.

—¿Por qué necesita uno? —preguntó Anasu—. Creía que iba a guiar la carreta.

—Nos deja —respondió Hua.

—¿Por qué?

—Quiere estar sola.

—¡Aiya! ¡Qué familia tengo! —El muchacho hizo dar la vuelta a su cuernicurvo y se marchó cabalgando.

—¿Está enfadado? —preguntó Nia.

—Un poco, tal vez —contestó Hua—. No ha sido fácil tenerte como madre, aunque Angai nos ha protegido.

Nia hizo el gesto de disculpa.

—Podría haber sido peor —dijo Hua—. Podríamos haber tenido a Anhar por madre. O a Ti-antai. Una mujer maliciosa. Una mujer cobarde.

—¿Eso es lo que piensas de Ti-antai?

—Tal vez no sea cobarde. Tal vez sea un poco tonta. Nunca piensa en nada excepto en sus hijas y sus hijos y los vecinos.

—¿No es suficiente?

—Para mí no. Yo voy a ser hechicera.

—Entonces puedes ayudarme ahora —dijo Angai—. Tengo muchas cajas llenas de objetos mágicos y hay que meterlas en la carreta. Nia no va a tocarlas. Lo sé.

Hua hizo una mueca y el gesto de asentimiento.

Después de que cargaran la magia, desmontaron la tienda. Nia ayudó. La metieron en la carreta. A mediodía estaban preparadas para marchar, igual que el resto del poblado. Nia miró alrededor. No había ninguna tienda a la vista ya. En cambio, había carretas y cuernicurvos, mujeres levantando cajas, niños corriendo. Unas cuantas carretas se habían puesto ya en marcha. Una nube de polvo colgaba en el aire al oeste del poblado.

Anasu regresó guiando un cuernicurvo: una jaca grande y joven, con una gran mancha blanca en el centro de su pecho. La marca era curva, como un arco. El asidero estaba en la parte inferior. Los dos brazos del arco se alzaban a cada lado. La marca le recordó a Nia otras cosas también: el emblema de «olla», el emblema de «bote» y la luna grande cuando era delgada. Si Angai tenía el animal, debía de dar suerte... Aunque a Nia le preocupaba mirar la marca y ver tantas cosas.

—Tiene cinco años —dijo Angai—. No hay mejor viajero en el rebaño. Pero ten cuidado. A veces, no a menudo, se pone nervioso.

—No tengo nada que dar a cambio.

—Me hablaste de la gente sin pelo. Me diste buen consejo.

Nia hizo el gesto que significaba «no fue nada».

—Es suficiente —dijo Angai.

Hua le tendió unas alforjas.

—Son para ti. He metido dentro todo lo que deberías tener. Mi madre, la amiga de la hechicera, no puede salir a la llanura sin nada.

Nia aceptó las alforjas y las ató a su animal. Notaba una sensación peculiar en el



pecho.

Anasu se giró y desabrochó la capa que llevaba tras su silla.

—Esto también es para ti. Un regalo de despedida, aunque nunca he oído que ningún muchacho le dé uno a su madre.

—El regalo que da el muchacho es su vida en la llanura —dijo An-gai—. Vigila el rebaño. Lo guía y lo protege. Eso es suficiente. Eso equilibra los regalos que le dan sus parientes.

¡Una auténtica hechicera!, pensó Nia. Siempre tenía una respuesta. Siempre estaba dispuesta a enseñar y explicar.

Tomó la capa. Estaba hecha de lana gris rizada por un lado, de modo que parecía la piel de un animal. Tenía dos broches grandes de plata. Uno tenía forma de cuernicurvo tendido con las patas dobladas. El otro tenía forma de asesino-de-la-llanura. Una cadena de plata corría entre los broches.

—Es una buena capa —dijo Anasu—. No tendrás que preocuparte por la lluvia mientras la tengas. Y no tendrás frío ni siquiera en invierno.

Nia ató la capa sobre las alforjas, luego montó y los miró a los tres: el muchacho en su cuernicurvo, Angai y Hua de pie en la hierba. Sintió la mano entumecida. No pudo moverla. No había palabras en su garganta ni en su mente.

—¡Siempre la misma! —le dijo su amiga—. Hay cosas que nunca has podido decir.

—Nunca me ha gustado el momento de partir. —Hizo el gesto de gratitud y el gesto de despedida, luego hizo que el animal diera la vuelta y se marchó.

Todo el poblado estaba ya en movimiento, dirigiéndose al oeste. Nia guio su animal entre las carretas, en dirección opuesta. El aire estaba lleno de polvo. Las mujeres gritaban. Los niños chillaban. Los cuernicurvos emitían los gruñidos que significaban que estaban trabajando duro y no les gustaba.

*¡Huh-nuh! ¡Huh-nuh!*  
*¿Por qué hacemos esto?*  
*Deberíamos estar corriendo*  
*libres por la llanura.*

Nia llegó al final del poblado. No había nada por delante excepto el sendero gastado y las deposiciones de los cuernicurvos. Las deposiciones eran frescas y de un negro brillante. Detuvo a Mancha Blanca un momento. Había algo que no le había dicho a Angai. Cuando la partida había terminado, cuando la gente se había marchado, ella empezaba (siempre) a sentirse feliz. ¡Aiya! ¡Viajar! ¡Aiya! ¡Estar sola!

No iba bien sentada. Tenía la espalda encorvada, y los hombros gachos como si llevara una carga pesada. Nia se enderezó y sacó pecho. Eso estaba mejor. Ahora sus pulmones tenían espacio.

—Tengo algo que decirte, y no quería que Angai se enterase —dijo una voz. Se volvió. Era Anasu. Su animal respiraba pesadamente, con la boca abierta. Ella hizo el gesto de pregunta.

—Planeo visitar a la gente sin pelo... Este invierno, antes de que me llegue el cambio.

—¿Por qué?

—Nunca ha sucedido nada como esto. No hay gente sin pelo en ninguna de las viejas historias, ni barcas como la barca en la que viajé, y desde luego ningún hombre que viva con mujeres. Esto es completamente nuevo. ¡Quiero verlo, Nia! Quiero comprender.

»Si espero, ¿quién sabe qué sucederá? Tal vez me convertiré en uno de esos hombres que no pueden soportar a nadie, ni siquiera a las mujeres en la época de apareamiento. Tal vez me vuelva loco.

—Eso no sucede en nuestra familia.

Anasu hizo el gesto de incertidumbre.

—Y si todo sale bien, si el cambio es perfectamente corriente, acabaré en el sur. ¡He oído hablar de ese lugar! Ninguna mujer llega hasta allí. Nadie trae ninguna noticia. Los hombres grandes lo consiguen todo y los jóvenes se sientan y se preguntan: ¿qué está pasando en el resto del mundo?

Nia gruñó y miró a su hijo. A la luz del sol su pelaje oscuro brillaba y, podía verlo ahora, había un poco de color rojo en él. Como el cobre, como su tío Anasu.

—Ten cuidado —le dijo.

—Por supuesto. No soy ningún tonto. No voy a hacer nada para meterme en líos. No quiero acabar como Enshi o como tú.

—Sé también amable.

El muchacho hizo el gesto de asentimiento.

—Si vienes al poblado de la gente sin pelo, en invierno, no antes, estaré allí.

—Lo más probable es que vaya.

Él hizo el gesto de satisfacción y el gesto de despedida y giró su montura.

Nia cabalgó al norte todo el día, siguiendo la pista del poblado. Por la noche acampó junto a un arroyo. Un hilillo de agua corría por el centro de un amplio lecho arenoso. Era suficiente. Nia dio de beber a su animal y luego recogió leña de los matorrales cercanos. Encendió una hoguera. Había comida en las alforjas: fruta seca y pan duro de viaje.

¡Hu! Era cómodo sentarse y ver las llamas bailar rojas y amarillas. Mancha Blanca estaba cerca. Nia oyó el crujido de la vegetación y el borboteo del líquido en el estómago del cuernicurvo.

En la llanura, un tulpa gritó: Oop-oop. Oop-oop.

Nia escuchó un rato, luego se fue a dormir.

Siguió el sendero de la aldea durante dos días más. A la mañana del tercer día llegó a otro sendero, estrecho y profundo. Las viajeras lo habían hecho. Nunca

usaban carretas. Guiaban grupos de cuernicurvos cargados con finos regalos del Pueblo del Ámbar y el Pueblo de la Piel y del Estaño. Nia se dirigió al este siguiendo el nuevo sendero. Viajó durante otro día. El tiempo continuó igual: caluroso y despejado. ¡Hu! ¡Era aburrido! Compuso poemas. Se preguntó qué les habría pasado al oráculo y Li-sa y Deragu. ¿Habrían vuelto a su poblado? ¿Y sus hijos? ¿Estarían bien? ¿Serían felices?

Angai había hecho un buen trabajo criándolos. ¿Por qué no había alabado a su amiga? ¿Por qué no les había dicho a Hua y Anasu: «Sois buenos chicos».

Hacia el atardecer sonó un ruido, como un trueno: fuerte y brusco. Mancha Blanca echó a correr.

Nia tiró de las riendas. El animal no paró, se apartó del claro y se internó en la vegetación. Nia siguió intentando detenerlo. El animal corrió hasta que llegaron a un grupo de hojas afiladas. Se alzaba sobre ambos. El animal retrocedió, luego se puso a cuatro patas, temblando y bufando y sudando como una de las personas sin pelo.

—Esa no es forma de actuar —dijo Nia—. ¡Sé tranquilo! ¡Sé feliz! No hay nada que te haga daño.

Nia acarició el cuello del animal, luego miró alrededor. El cielo estaba vacío.

—He oído eso antes —le dijo al cuernicurvo—. Significa que una isla ha caído en el Lago Largo.

El animal sacudió la cabeza, bufando de nuevo. Nia lo condujo de vuelta al sendero.

Al anochecer llegó al valle del río. Acampó en la cima de un promontorio y por la mañana recorrió un estrecho barranco. Las enredaderas cubrían las paredes con hojas rojas como el cobre. El aire olía a polvo y a vegetación seca.

Al pie del barranco la tierra era llana y estaba cubierta de bosque. Nia continuó hacia el este. El sendero estaba seco, pero notaba que gran parte estaría sumergido en primavera. Había troncos en los puntos bajos, y arena sobre los troncos, de modo que el sendero quedaba en alto. ¡Aiya! ¡Qué construcción! Nunca había visto nada parecido. ¿Quién lo había hecho? ¿Tanajin? ¿O alguna de las viajeras? Era un buen regalo. Mucha gente lo alabaría.

A media tarde llegó al río. El agua marrón corría por un estrecho canal. Al otro lado del canal había una isla y una balsa en la orilla, entre el río y los árboles.

Nia desmontó. El terreno a su alrededor estaba cubierto de cenizas y trozos de madera quemada. Había huellas de personas y cuer-nicurvos, y montones de excrementos. Todos los excrementos eran viejos.

Cuidó el animal, luego recogió leña y encendió una hoguera. Primero madera muerta. No los trozos podridos que se habían comido los bichos. Buenos trozos secos, sólidos, sin nada más que manchas de la planta roja escamosa. Cuando el fuego ardía bien, Nia añadió madera viva. Así produjo humo. Se alzó como el tronco de un árbol, grueso y oscuro.

No sucedió nada durante el resto del día. Mantuvo el fuego. De noche durmió

cerca de él y se despertó varias veces para añadir leña. En el bosque podía haber cualquier cosa: lagartos tan grandes como los umazi, asesinos de garras afiladas, osupai o tulpai. La llanura era mejor. Le gustaba ver lo que tenía tras ella.

Por la mañana recogió más leña. Había terminado casi toda su comida. Mantuvo el fuego encendido y se sentó a esperar. Notaba el cuerpo entumecido y la mente como una olla de hierro: pesada y vacía.

A mediodía una persona salió del bosque de la isla. Botó la balsa y subió a ella. A un lado de la balsa había un palo hendido. La persona encajó una larga pala en la hendidura.

La balsa se internó en el río. La persona empezó a moverse de una forma que Nia no comprendió al principio: doblándose y enderezándose. La pala se alzaba y caía, y de la larga y ancha hoja goteaba agua.

Arriba y abajo. Dentro y fuera del agua. Al cabo de un rato, Nia vio lo que estaba pasando. La pala impulsaba la balsa. En vez de ir corriente abajo, la cruzaba.

¡Lento trabajo! ¡Y duro! Nia observó, inquieta. Nunca era fácil quedarse sentada de brazos cruzados cuando otras personas hacían algo útil. Se levantó y se acercó al borde del agua.

La balsa estaba cerca. La persona que la llevaba era Tanajin. Miró a Nia, pero no hizo ningún gesto de reconocimiento. En cambio, mantuvo la pala en marcha. A pesar de todos sus esfuerzos, la balsa empezaba a vagar corriente abajo. Llegaría a la orilla más allá de Nia.

Caminó por la ribera, luego se quitó las sandalias y se metió en el agua.

—¿Qué puedo hacer? —gritó.

Tanajin se agachó y recogió algo.

—¡Toma! —lo lanzó.

Una cuerda. Se desenrolló en el aire y cayó al agua. Nia agarró un extremo. El otro estaba atado a la balsa.

—¡Tira! —dijo Tanajin.

Nia se envolvió la cuerda en el antebrazo hasta tensarla y luego separó las piernas y clavó los talones en el fondo fangoso, asió con fuerza la cuerda y tiró.

¡Hunh!

La balsa frenó.

¡Hunh!

La balsa se detuvo.

¡Hunh!

La balsa empezó a girar.

Tanajin sacó la pala del agua. Quedó en alto, sostenida por el palo hendido, aunque Nia no veía exactamente cómo. Luego saltó al río. ¡Aiya! ¡La salpicadura! El agua le llegaba hasta el pecho mientras se apoyaba contra la balsa y empujaba con fuerza. Nia siguió tirando. Las dos gruñían como cuernicurvos. La balsa llegó a la orilla.

Salieron del agua. Tanajin ató la cuerda a un árbol.

—¿Dónde está Ulzai? —preguntó—. No regresó.

Nia hizo el gesto que significaba «no lo sé».

Tanajin hizo el gesto de pregunta.

—Un lagarto nos siguió a los rápidos. Ulzai se preparó para enfrentarse a él. Sucedió algo. No sé exactamente qué. El bote volcó. Todos nosotros... —Cerró el puño, luego lo abrió. El gesto significaba «dispersos» o «desaparecidos».

—¡Aiya! —dijo Tanajin.

—El lagarto no era un umazi. Ulzai le echó un buen vistazo al animal. Dijo que no era nada fuera de lo ordinario. Nos contó su sueño. Los umazi le prometieron que ellos serían su muerte.

—¿Y la gente sin pelo? ¿Y el hombre loco? ¿Se ahogaron?

Nia hizo el gesto de «no».

—Hay una nueva aldea en el lago. La construyó la gente sin pelo, y no se parece a ningún otro poblado que yo haya visto. Li-sa y Dera-gu están allí. Y el oráculo también. Vine a arreglar tu olla.

Tanajin hizo el gesto que significaba «adelante».

Fueron al campamento de Nia. El fuego estaba casi apagado. Tanajin dispersó las ramas a patadas. ¿Estaba loca? Iba descalza. Desde luego, parecía furiosa. Tenía fruncido el ceño y el pelaje de su frente bajaba tanto que sus ojos quedaban ocultos.

Nia ensilló a Mancha Blanca, moviéndose con cuidado y haciendo el menor ruido posible. Condujo el animal a la balsa y lo obligó a subir. No fue fácil. El animal temblaba y bufaba.

—Esa no es forma de comportarse una jaca —dijo Nia—. ¡Cálmate! ¡No actúes como un macho!

El animal agitó las orejas. Su cola tembló, pero no se alzó. Eso era buena señal. Estaba inquieto, pero no asustado. No estaba dispuesto a darse la vuelta y correr. Nia sostuvo la brida y lo tranquilizó.

Tanajin desató la cuerda. Introdujo la balsa en el agua, usando la pala.

Se movieron suavemente. La balsa estaba hecha de troncos unidos. La cuerda no era igual que las de la llanura, tejida con trozos de cuero largos y estrechos. Esta cuerda estaba hecha de fibra velluda. Nia la había visto en el este. El Pueblo del Cobre la usaba para hacer redes. Venía del lejano sur.

¿Cuántas clases de personas había? ¿Cuántas clases de regalos?

Alcanzaron el centro del río. Mancha Blanca bufó y dio un golpe con una pata. Nia acarició el cuello velludo. Miró hacia atrás. Había un lagarto en el río, entre ellas y la orilla occidental. Uno grande, dirigiéndose al sur.

¡Aiya! Nia tiró de la brida, volviendo la cabeza del cuernicurvo, para asegurarse de que Mancha Blanca no pudiera ver.

—¿Ha habido muchos de esos? —preguntó.

Tanajin alzó la cabeza.

—¿Lagartos? Sí.

Siguió remando. Cuando llegaron a la isla, habló de nuevo.

—Veo los lagartos cuando cruzo a la gente. Les gusta viajar por este lado. El agua se mueve despacio y hay marismas donde pueden cazar. El lagarto que os persiguió se comportaba de manera muy extraña.

—Seguía la sangre. El oráculo tenía una herida. Sangraba en el agua.

—¡Él es la causa!

Nia hizo el gesto de desacuerdo.

—Creo que va más atrás. Creo que fueron los espíritus de la cueva.

Tanajin hizo el gesto de pregunta.

Nia le contó lo de la cueva con las imágenes en las paredes.

—El oráculo dijo que estaba llena de espíritus. Tenían hambre. Los alimentó. Pero no quedaron satisfechos. Querían más sangre. Esta es mi opinión, al menos. No lo sé con seguridad.

—Es demasiado complicado para mí —contestó Tanajin—. Necesito a una hechicera. Tal vez debería ir a buscar una.

Sacaron la balsa del agua y la dejaron en la orilla para cruzar la isla a pie. Pájaros ruidosos llenaban los árboles. El suelo estaba cubierto de deposiciones: rojas y púrpura y blancas.

Al otro lado de la isla había otra balsa. La usaron para cruzar otro canal.

Sucedió lo mismo. Empujaron la balsa hasta la orilla. Cruzaron la isla. Encontraron otra balsa.

—¿Cuántas veces vamos a hacer esto? —preguntó Nia.

Tanajin hizo el gesto de terminación o acabado.

—Este es el último canal. No es posible rodear las islas y si intento cruzar el río de una sola vez, la balsa se va demasiado corriente abajo. Lo sé. Lo he intentado.

—La gente sin pelo tiene una barca que se mueve sola, como si tuviera patas o aletas.

—¿Es mágica?

—No. La mueve el fuego, aunque no comprendo cómo.

Tanajin hizo el gesto de sorpresa. Pero no parecía sorprendida, sino cansada.

Cruzaron el último canal. El sol había desaparecido ya, pero el cielo estaba todavía lleno de luz. El aire estaba casi inmóvil. Oía a río y cuernicurvo, que había soltado un montón de mierda en los troncos cerca de Tanajin.

—Ten cuidado con tu animal —dijo la mujer.

—Hago todo lo que puedo.

Llegaron a la orilla y sacaron la balsa del agua. El cielo se oscureció. Se dirigieron al norte siguiendo la orilla del río hasta que llegaron a la casa de Tanajin.

Nia llevó a Mancha Blanca a la parte de atrás. Lo desensilló y lo ató usando una cuerda de cuero. Los otros dos cuernicurvos estaban allí, pastando la corta vegetación. Rodeó la casa. Tanajin había encendido una hoguera.

Comieron sin hablar. Cuando terminaron, Tanajin entró en su tienda. Sacó una manta.

—No te quiero en mi casa, Nia. Estoy enfadada por las noticias que has traído. ¿Por qué es Ulzai la única persona que no ha vuelto a aparecer?

Nia hizo el gesto de incertidumbre.

Tanajin entró en la tienda.

Nia se acostó. Los insectos zumbaban a su alrededor. La picaron en los sitios donde su pelaje era fino: los bordes de las manos, la parte superior de sus orejas. Se tapó entera con la manta y soñó que estaba atrapada en un lugar oscuro: una cueva o un bosque. Había gente a su alrededor, moviéndose y hablando. No podía verlos y su lenguaje era desconocido.

Se despertó al amanecer. Tanajin salió de la tienda y volvió a encender el fuego. Comieron gachas.

—He soñado con Ulzai —dijo Tanajin—. Su ropa estaba empapada. El agua le goteaba por la piel. Me ha hablado. No he entendido sus palabras.

—Yo también he soñado.

—¿Con qué?

—Oscuridad. Estaba atrapada. Y había gente. No sé qué gente. Hablaban. No podía comprenderlos.

—Esos son malos sueños. Necesitamos una ceremonia de aversión. —Tanajin frunció el ceño—. Hay veces en que pienso que esta no es forma de vivir. No tengo ninguna pariente. No tengo ninguna hechicera. Ahora incluso Ulzai se ha ido.

Nia hizo el gesto de acuerdo amable.

—Dijiste que tenías herramientas. Voy a empezar a preparar un sitio donde trabajar.

Tanajin hizo el gesto de acuerdo.

Nia construyó una fragua un poco más abajo de la tienda. Le hicieron falta nueve días de duro trabajo. El tiempo no varió. Había insectos cada noche. Tanajin recogía madera viva y la echaba al fuego. El humo espantaba a la mayoría de los insectos. Nia estaba demasiado agotada para que le importaran los que quedaban.

Cada mañana despertaba entumecida, pero el entumecimiento se pasaba. El verdadero problema eran sus manos. Se le formaron ampollas en las palmas, donde los callos se habían reblandecido. Las ampollas reventaron. La carne de debajo era roja y tierna. Envolvió las palmas y los dedos con trozos de tela. ¡Aiya! ¡Qué torpe se volvía! Siguió trabajando.

—No tienes que apresurarte —dijo Tanajin.

—Me gusta. Comprendo lo que estoy haciendo. Ha pasado mucho tiempo desde que podía decir eso. —Hizo una pausa, tratando de encontrar un modo de explicarlo—. Esto es lo que hago. Es mi don.

Tanajin hizo el gesto de comprensión dudosa.

El día en que la fragua estuvo terminada, sucedió algo extraño. Apareció una

nube. No. Una columna de humo. Se alzaba al sur, dirigiéndose en diagonal al oeste, formándose con sorprendente rapidez. No se parecía a ningún humo que Nia hubiera visto jamás. Subía y subía. Nia se cubrió los ojos. ¿Había algo en la punta de la nave? ¿Algo que dejaba la estela de humo? No parecía probable.

Prestó atención. No sonaba ningún trueno ni había nada en el cielo excepto la estela, que se alzó tanto que ya no pudo ver su extremo.

—¡Hu! —Volvió al trabajo.

Por la noche volvió a la casa de Tanajin. La mujer estaba sentada junto a la hoguera, cocinando un guiso de pescado en una olla que colgaba de un trípode.

—¿Qué era eso? —le preguntó a Nia.

—¿La nube? No estoy segura. Pero al sur de aquí está la gente sin pelo. —Nia se rascó la nariz—. Me pregunto cuántas islas hay en el lago. Ojalá tuviera una caja parlante. Le preguntaría al oráculo o a Li-sa.

Tanajin hizo el gesto de pregunta.

Nia le habló de las islas que caían del cielo.

—Bajan con ruido. Tal vez suben con humo.

Tanajin hizo el gesto de duda.

—Muchas cosas caen del cielo. La lluvia de diferentes colores, la nieve, la escarcha, trozos de hierro y piedra. Nunca he oído de nada que vuelva a subir. Solo el humo se alza.

Nia hizo el gesto que significaba «no estás pensando lo que estás diciendo».

—Cuando los demonios de fuego están activos, las montañas arrojan piedras a lo alto, y pueden recorrer grandes distancias. Se eleva ceniza al mismo tiempo, y fuego.

—¿Crees que esas personas son una especie de demonios?

—No. Creo que tienen herramientas que no se parecen a las nuestras, y a su alrededor pasan cosas extrañas.

Tanajin hizo el gesto de duda cortés.

—Estoy dispuesta a creer que las montañas escupen piedras, aunque nunca he visto a una hacerlo. No estoy dispuesta a creer que un lago pueda escupir islas al cielo.

Al día siguiente Nia empezó a reparar las herramientas que pertenecían a Tanajin. Llegaron viajeras del este: ocho mujeres que pertenecían al Pueblo de la Piel y el Estaño.

Tanajin las hizo cruzar el río. Le llevó dos días. Cuando regresó, dijo:

—Vienen de visitar al Pueblo del Ámbar. ¡Una mala visita! Allí todas están peleando. Se ha estropeado una ceremonia y se acusan unas a otras.

Nia se estremeció e hizo el gesto para evitar malas consecuencias.

—Vieron la nube al sur —continuó Tanajin—. Les hablé de la gente sin pelo. Dije que sabía que esa gente existía. Que la había visto. Pero no había visto ninguna isla caer del cielo. Esa noticia me la dio Nia la herrera, les dije.

—¿Les dijiste mi nombre?



Tanajin hizo el gesto que significaba «no te preocupes».

—Dije que venías del este. No advirtieron que eres la mujer que amó a un hombre.

—Eso está bien.

Nia continuó trabajando en las pertenencias de Tanajin. El tiempo continuó siendo luminoso y cálido. Tiempo típico de finales de verano. El suelo estaba seco, incluso cerca del río. En la llanura todo se cubriría de polvo. El poblado, de viaje, levantaría grandes nubes oscuras.

Por la noche muchas flechas iluminaban la pauta de estrellas llamada la Gran Carreta. Eso era corriente. Las flechas venían a finales de cada verano. Los Niños Pequeños Que Nunca Crecen viajaban en la carreta de su madre, disparando sus arcos. ¡Aiya! ¡Cuando los pillara!

Nia terminó con las ollas de Tanajin y empezó con sus propias cosas: partes de las bridas, las anillas de las sillas, cuchillos que necesitaban ser afilados, leznas que no atravesaban nada. Tanajin tenía un rollo de alambre de hierro. Nia hizo agujas.

De vez en cuando veía nubes del nuevo tipo: largas y estrechas. Normalmente estaban al sur o al suroeste. Se formaban rápidamente, como la primera nube, y tenían la misma forma, pero no se alzaban hasta lo alto del cielo. En cambio, eran horizontales. Era más fácil verlas por la tarde. El sol las iluminaba desde abajo. Brillaban como estandartes de colores: rojas, amarillas, púrpura, anaranjadas, rosáceas. A veces a Nia le parecía distinguir el destello del metal. La cosa que destellaba estaba siempre en el extremo delantero de la nube, en el lugar donde la nube comenzaba.

Trabajaba y pensaba. Al cabo del tiempo, se le ocurrió una idea. Le pareció una locura. Solo había una forma de enfrentarse a una idea loca. Decirla. Solo los hombres se estaban callados cuando les molestaba algo. O las mujeres que estaban haciendo o pensando algo vergonzoso.

Nia habló con Tanajin.

—Las nubes están al sur, donde se encuentra la gente sin pelo. Ellos son nuevos y las nubes son nuevas. Por tanto, ellos son los responsables.

—Tal vez.

—Ya te hablé de sus barcas. Las barcas dejan una estela en el agua. La estela es blanca. Se forma rápidamente y luego se desvanece. Tal vez las nubes sean también estelas.

—¿En el cielo? —dijo Tanajin—. No seas ridícula. Primero dijiste que esa gente era capaz de arrojar piedras como demonios. Ahora dices que pueden flotar como espíritus en el cielo. ¿Te parece algo de eso probable?

Nia hizo el gesto de concesión.

—No mucho.

—Has pasado demasiado tiempo sola, Nia. Tienes ideas locas.

Nia hizo el gesto que significaba que sí.

Llegaron viajeras del oeste y encendieron una hoguera de señales. Tanajin fue a recogerlas: cinco mujeres grandes y lentas. Sus túnicas tenían brillantes franjas verticales de colores. Sus alforjas eran distintas a todo lo que Nia hubiera visto antes: grandes cestas de algún tipo de fibra vegetal en tiras horizontales.

Las mujeres hablaban con mucho acento. Perteneían al Pueblo de las Cestas Bellamente Tejidas, dijeron. A su poblado había llegado una barca del cielo.

—¡Hu! —dijo Tanajin.

—Digo que era una barca porque traía gente —dijo la jefa del grupo de viajeras. Era la mujer más grande de todas, con un vientre que la hacía parecer embarazada. Pero las mujeres embarazadas normalmente no viajaban. Tal vez era gorda. Nia no encontraba un modo educado de preguntarlo.

—No se parecía a ninguna barca que haya visto. Se parecía a los pájaros que nuestras vecinas cuelgan de los estandartes. Los pájaros son dorados. Sus cuerpos son gruesos. Sus alas son largas y estrechas. Tienen ojos de diversos tipos de cristal.

—Esta cosa, esta barca, tenía dos grandes ojos delante que brillaban como cristal —dijo otra mujer—. Había otros ojos, pequeños, que corrían por los lados. ¡Hu! Era peculiar.

La jefa de las viajeras frunció el ceño.

La otra mujer hizo el gesto que significaba disculpa por interrumpir.

—La gente de la barca casi no tenía pelo —dijo la jefa de las viajeras—. Una de ellas hablaba en el lenguaje de los regalos, aunque mal. Esa persona dijo que querían venir y visitarnos e intercambiar historias.

Tanajin miró a Nia.

—No estabas loca.

—¿Qué significa eso? —preguntó la jefa de las viajeras.

—Ha habido nubes en el cielo. Esta mujer dijo que las causaban las barcas que pertenecían a la gente sin pelo.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó una mujer.

—Acabad vuestra historia —dijo Nia—. Os lo contaré más tarde.

—No supimos qué hacer —continuó la jefa de las viajeras—. Nuestra hechicera decidió pedir consejo. Nos envió al Pueblo del Ámbar a preguntarles su opinión. Otro grupo ha ido a ver al Pueblo de Hierro y otro al Pueblo de la Piel y el Estaño.

»Estamos peleadas con el Pueblo del Oro. Son nuestras vecinas más cercanas. Tienen lenguas como cuchillos y les gusta hacer poesía satírica. No vamos a preguntarles nada.

—Además, viven en las montañas altas —dijo otra mujer—. No nos gusta ir allí. ¡Hu! ¡Está oscuro! ¡El sendero sube y baja!

Nia hizo el gesto de acuerdo.

—El Pueblo de Hierro ha aceptado dejar que la gente sin pelo venga de visita. No sé qué ha decidido el Pueblo del Ámbar.

—Así es como lo sabes —dijo la jefa de las viajeras—. Has visto a esa gente.

—Sí. Pero no he visto el tipo de barca que describís.

Las mujeres hicieron preguntas. Nia dijo lo menos posible. No quería describir el largo viaje desde el este. No quería explicar por qué no vivía con su propio pueblo.

—Está claro que sabes más de lo que cuentas —dijo por fin la jefa de las viajeras—. Es tu decisión y no nuestro problema. Nos han enviado al Pueblo del Ámbar.

Al día siguiente, las mujeres continuaron su viaje. Nia acabó su trabajo en la fragua.

—He estado esperando esto —dijo Tanajin. Nia hizo el gesto de pregunta—. Ulzai sigue apareciendo en mis sueños. Habla con urgencia. No lo comprendo. Normalmente está mojado. Eso debería significar que se ha ahogado, pero no lo sé con seguridad. ¿Qué quiere? ¿Por qué me molesta? —Nia hizo el gesto que significaba ignorancia—. Voy a hacer una nueva balsa y a flotar corriente abajo. Preguntaré por él en el poblado de la gente sin pelo. Tal vez hayan encontrado su cuerpo.

»Después, seguiré adelante. Hay un poblado en el río, lago abajo. Allí la gente no se mueve nunca. Sus casas son de madera. Siempre están en ellas. Su don es una cierta especie de pez muy grande. Lo ahúman y lo adoban. También conservan huevas de pescado y el material que hace que el pez macho produzca. Su hechicera es famosa por su sabiduría. Voy a pedirle que me explique mis sueños. Tal vez necesite una ceremonia propiciatoria.

—Podría ser. ¿Y el cruce?

—La gente puede hacer lo que hacía antes de que yo viniera.

—El cruce era tu don.

—Tú continuarás viajando. Es el tipo de persona que eres. Si me quedo aquí sola, me volveré loca. Encontraré un nuevo don... Tal vez entre el Pueblo de los Huevos de Pez, tal vez más al sur.

Nia ayudó a Tanajin a construir la balsa. Tardaron cinco días. Cuando terminaron, le dijo:

—Enséñame a remar.

—¿Por qué?

—Creo que me quedaré aquí durante algún tiempo. Cuando venga gente, la haré cruzar. Le explicaré que te has ido, y que yo me marcharé pronto. La noticia correrá. La gente sabrá que tiene que traer hachas.

Tanajin hizo el gesto de acuerdo.

Se quedó otros quince días. Pasaron casi todo el tiempo en el agua. Nia aprendió a manejar la gran pala y qué había bajo la superficie del agua. Había islas que solo aparecían en los años más secos, pero siempre estaban allí y la balsa podía quedarse atascada en una. Había troncos... Más de lo que ninguna persona pudiera contar. Algunos flotaban por la superficie. Otros, por abajo. Algunos habían quedado atrapados en el lodo del fondo del río y se alzaban erectos como árboles vivos, extendiendo sus ramas hacia la superficie. Otros quedaban sujetos con menos fuerza

por el lodo y se movían adelante y atrás en el agua.

—Como juncos con el viento —dijo Tanajin—. O un árbol que empieza a quebrarse.

—¡Aiya!

—Cada tronco es peligroso. Si la balsa queda atrapada, puede que no consigas liberarte. Nunca dejes una cuerda suelta. Lleva siempre un cuchillo. Mantén siempre la mirada en la superficie. Si hay remolinos y corrientes... ¡evita ese lugar!

—Hay más cosas en esto de las que creía —dijo Nia.

Tanajin se echó a reír.

—¡Las del norte sois tan ignorantes! Creéis que el río es como la llanura. Creéis que todo lo que importa está en la superficie, donde cualquier tonta puede verlo.

Nia mantuvo los dientes apretados. Una maestra siempre tenía derecho al menos a unos cuantos insultos. Todo el mundo lo sabía. Era cierto en todos los pueblos.

Finalmente, Tanajin dijo:

—Todavía no eres hábil, y no sabes lo suficiente sobre el río, pero creo que podrás arreglártelas. Te dejaré ahora.

Nia hizo el gesto de reconocimiento.

A la mañana siguiente Tanajin trasladó sus pertenencias a la nueva balsa. Nia la ayudó a empujarla al río. Tanajin subió a bordo e hizo el gesto de despedida.

Nia la imitó.

La balsa se alejó flotando. Tanajin empezó a manejar la pala. Nia observó. La mujer se fue haciendo más y más pequeña. Por fin, desapareció. La balsa se convirtió en un punto en el río ancho y brillante. Nia se cubrió los ojos. La balsa ya no estaba a la vista.

Trasladó sus pertenencias a la tienda vacía, pero no durmió en ella. Olía a Tanajin y las paredes estaban sujetas con trozos de madera. Eran demasiado sólidas. Una casa adecuada debía oscilar con el viento: no mucho, pero lo suficiente para que la gente de dentro supiera lo que sucedía en la llanura.

Cada noche llevaba fuera una manta. Se tumbaba ante la hoguera y contemplaba el cielo. Empezó a advertir cosas.

Una era una luz que se movía como una luna, pero tenía un color diferente: un blanco plateado. Seguía un nuevo camino, distinto al de las viejas lunas. Noche tras noche cruzaba el cielo sobre ella. No tenía ni idea de lo que era. ¿Había vuelto una de las Dos Mujeres Perdidas?

Había también una nueva estrella. Aparecía en el mismo lugar todas las noches: en el centro del cielo. Las otras estrellas se movían a su alrededor. Esa no se movía en absoluto.

Había otras luces: rojas y blancas y verdes. En su mayor parte se hallaban al sur, cerca del horizonte. Se movían rápidamente en todas direcciones.

Nia se inquietó. Una cosa era que la gente sin pelo hiciera un nuevo tipo de nube. Había un montón de tipos distintos de nubes y siempre estaban cambiando. Una más

probablemente no causaría problemas. ¡Pero una nueva estrella! ¡Una nueva luna! ¡Luces que vagabundeaban como insectos! ¡Aquí! ¡Allí! ¡Arriba! ¡Abajo!

Al otro lado del río surgió una columna de humo. Nia se acercó. Un hombre esperaba allí. Un tipo grande con pelaje gris hierro.

—¿Quién eres tú? —preguntó—. ¿Dónde está Tanajin? —Hablaban con un acento que Nia no reconoció.

—Se marchó. Yo cuido del cruce.

—¡Hu! —dijo el hombre.

Lo llevó al otro lado del río, junto con dos cuernicurvos. Él le dio sal en una bolsa de cuero. El cuero era fino y suave. Nia no sabía de qué animal procedía. El hombre no explicó quién era ni por qué atravesaba la tierra del Pueblo de Elierro. Nia decidió no preguntar.

Pasaron más días. La nueva luna siguió viajando. La nueva estrella permaneció fija en el centro del cielo. Cada pocos días veía otra de las nubes largas.

Las mujeres del Pueblo de las Cestas regresaron. Su jefa dijo que el Pueblo del Ámbar no había resultado de mucha ayuda.

—Están ocupadas preparando ceremonias de aversión y propiciatorias. Algo malo ha pasado. No nos dijeron qué, solo que el Tramposo está detrás de ello.

»Es un espíritu que no conocemos, aunque se parece un poco a nuestra Mujer de Cara de Pájaro. ¡Una creadora de problemas! ¡Sibilina y mentirosa! Aunque tengo que decir que le debemos mucho a la Mujer de Cara de Pájaro. Nos dio el fuego y nos enseñó a tejer nuestras cestas.

—No deberíamos agradecerse demasiado —dijo otra mujer—. Ella convenció al Primer Pueblo de que el incesto no tenía nada de malo. Y dejó suelto en el mundo el pequeño gusano negro de la muerte.

La jefa de las viajeras frunció el ceño.

—El Pueblo del Ámbar no paraba de hablar de ese espíritu. Ese Tramposo. Nos dijeron que la gente sin pelo no son el problema. El problema es el Tramposo. Es él quien está haciendo los cambios en el cielo.

—¿Las han visitado la gente sin pelo? —preguntó Nia. Señaló al este.

La jefa de las viajeras hizo el gesto que significaba que no.

—No estoy segura de que nos creyeran cuando les hablamos de la gente sin pelo y de la barca que podía volar. Tal vez pensaron que éramos mentirosas, como el Tramposo.

—¡Aiya! —dijo Nia. Las llevó al otro lado del río y regresó.

El bosque había empezado ya a cambiar de color. Los árboles eran anaranjados y amarillos. Los juncos de las marismas eran rojos. El cielo estaba cubierto de bandadas de insectos, como nubes.

Nia empezó a preocuparse por la comida. Se le estaba acabando.

Llegaba el invierno. Hizo trampas para peces y las colocó en el río. Luego se adentró en el bosque, cortó madera e hizo una espeta para ahumar. Esa era la mejor

manera de conservar la carne y el pescado. El humo escondería el aroma de la comida. Los animales del bosque no vendrían buscando algo de comer.

Hizo trampas y las colocó en el bosque. Luego fabricó un arco. Era del tipo débil que usaba la gente del este. Pero no tenía materiales adecuados para hacer un arco con capas de cuerno, y tampoco era fabricante de arcos.

¿Cómo podían los hombres sobrevivir a solas? Una mujer necesitaba una aldea entera llena de gente con diferentes tipos de conocimiento.

—Bien —se dijo—. ¡Sé que es posible! He vivido sola antes... Con Enshi solamente, y él no era de mucha ayuda. Puedo volver a hacerlo.

Almacenó comida. Llegaron nubes del oeste, grises y de aspecto sólido. Descargaron una lluvia fría y copiosa. Las hojas se cayeron de los árboles. Cubrieron el suelo del bosque y flotaron en el río. Rojas. Amarillas. Naranja. Rosáceas. Púrpura.

Las bandadas de pájaros se hicieron menos frecuentes. Los insectos casi habían desaparecido.

Día y noche atendía la hoguera para ahumar. El humo gris se retorció en el cielo gris. Ningún animal salió del bosque para descubrir si ella tenía algo comestible. En esto, tuvo suerte. Era la época del año en que todo tipo de ser buscaba comida..., aunque no con desesperación. La desesperación vendría más tarde, con la nieve.

Una tarde Nia estaba delante de su tienda limpiando un ave de tierra. Abrió el vientre y metió la mano dentro para sacarle las tripas. Uno de sus cuernicurvus silbó: un signo de advertencia. Alzó la mirada. Se acercaba un jinete por el sendero que subía desde el río. Nia se levantó, sujetando las tripas ensangrentadas. Todavía estaban unidas al ave, y cuando se alzó levantó al ave del suelo. Durante un instante quedó colgando en el extremo de una cuerda de tripas. Luego la tripa se rompió. El ave cayó. El jinete detuvo su animal.

Era grande y ancho de hombros. Su pelaje brillaba, aunque el cielo era oscuro y gris. Su túnica era amarilla, estaba cubierta de bordados. Llevaba brazaletes de oro y un pendiente de oro en forma de pez que colgaba de un collar de cuentas de ámbar.

—Oí que la antigua mujer que cruzaba se ha ido. La nueva parece que pertenece al Pueblo de Hierro. No habla mucho y no dice nada sobre sí misma.

—¿Quién puede haberte dicho esto, Inzara?

—El hombre cuyo don es la sal. —Inzara desmontó—. ¿Por qué no terminas lo que estás haciendo y luego te lavas las manos?

Condujo su animal detrás de la tienda. Ella limpió el ave y se lavó las manos en el río.

Inzara regresó, trayendo sus alforjas.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿No deberías estar en la Tierra de Invierno, protegiendo tu territorio?

—Mis hermanos lo cuidarán por mí. No importa en esta época del año, de todas formas.

Ella ensartó el ave en la espeta y la colocó sobre la hoguera. Inzara se sentó.

¡Aiya! Era grande, incluso apoyado en sus talones.

—Está muy claro que el mundo cambia. Hay una nueva estrella en el cielo y una nueva luna. Hace algún tiempo un joven salió de la aldea. Lo detuve y hablé con él antes de que siguiera su camino. Me dijo que había llegado gente del lejano oeste, llevando sus provisiones en cestas y trayendo una loca historia. Llegaron a verlos visitantes montados en un ave hecha de metal. Los visitantes no tenían pelo. La gente del oeste quería consejo. Pero mi pueblo estaba muy ocupado. Han estado peleando y realizando ceremonias desde que llegaron a la isla de las Hacedoras de Cuerdas. La guardiana de la torre estaba muerta. La torre misma estaba dañada.

—Nosotros no tocamos la torre —dijo Nia.

—Los pájaros o el viento —respondió Inzara—. En cualquier caso, los clanes se han estado acusando unos a otros de malos pensamientos y magia. Esto es lo que dijo el joven. Yo podría explicar lo que sucedió de verdad, ¿pero quién me escucha en esas cosas? Pensé que el mundo está cambiando y está claro quién está detrás de todos los cambios. La gente sin pelo, el oráculo y Nia.

»Vino el hombre que trae la sal. Me habló de la nueva mujer del cruce del río. Pensé: “Esa es sin duda Nia. ¿Cuántas mujeres extrañas puede haber, deambulando por la llanura?”

—Pensaste bien, pero ¿por qué te molestaste? No creo ser responsable de ninguno de los cambios, y si lo soy, no hay nada que pueda hacer ya.

—¿Son responsables las personas sin pelo?

—Tal vez. Creo que sí.

—Y tienes amigos entre ellos.

—Tal vez.

—Dime dónde estarás en primavera.

Nia alzó la cabeza, sorprendida.

—¿Por qué?

—Tienes mucha suerte..., más que ninguna mujer de la que haya oído hablar. No estoy seguro de qué clase de suerte es. En ocasiones parece más mala que buena. Pero sin duda es poderosa, y no hay ninguna duda respecto a mi suerte. Siempre fue buena.

»Si tuvieras un hijo, y yo fuera el padre... o Ara... o Tzoon, ¡piensa en la suerte que ese hijo tendría! ¡Piensa en el poder!

Nia se sentía cada vez más sorprendida. Tenía la boca abierta y las manos sobre los muslos.

—Lo hemos hablado, los tres —continuó él—. Si te interesa, lo echaremos a suertes. El que saque la pajita más larga irá a reunirse contigo. Esa zona sería buena. No es probable que haya otros hombres alrededor. Ni mujeres. Es fácil distraerse en la época de apareamiento y esto es sin duda algo que hay que hacer de la manera adecuada. Con cuidado.

—No —dijo Nia.

Inzara hizo el gesto de pregunta.

—He hecho demasiadas cosas extrañas ya, y me estoy haciendo vieja. No creo que quiera tener más hijos.

—¿Ya tienes hijos? ¿Alguna hija? ¿Qué edad tienen?

Nia hizo el gesto que significaba «alto» o «cállate».

—¿Por qué? —preguntó Inzara.

—Esto es una locura. Los hombres no escogen a las mujeres con las que se aparean. A los hombres no les importa quiénes son sus hijos ni cómo son.

—¿Qué sabes tú de los hombres? ¿Qué sabe ninguna mujer? ¡Os quedáis sentadas en vuestros poblados! ¡Charláis! ¡Chismorreáis! Os decís unas a otras cómo son los hombres. ¿Cómo podéis comprender nada sobre nosotros? ¿Habéis pasado alguna vez un invierno solas en la llanura?

—Yo sí.

Él se rio, luego hizo el gesto de disculpa.

—Me olvidaba de quién eres.

Hizo una pausa y frunció el ceño. Luego volvió a hablar. Su voz era grave y tranquila. No parecía loco en lo más mínimo.

—Dime dónde estarás, Nia. ¿De verdad quieres aparearte con cualquier hombre que aparezca? Podría ser un hombre pequeño. Podría estar loco o ser viejo. ¿Quién sabe cómo serán los hijos?

Nia miró el ave que se cocinaba en el fuego. La piel se volvía marrón. Una grasa líquida la cubría y brillaba. Le dio la vuelta, luego miró a Inzara.

—Ya te lo he dicho, no quiero más hijos. Además, estoy cansada de hacer cosas de formas nuevas y poco habituales. Quiero ser corriente durante algún tiempo.

Inzara hizo el gesto que significaba «eso no es probable que pase».

—Además, no quiero que otra gente haga planes por mí. Yo hago lo que quiero.

—Y quieres ser corriente —dijo Inzara. Se levantó y se despezó. ¡Hu! ¡Era enorme! Su pelaje brillaba a la luz de la hoguera. También sus joyas—. ¿Me llevarás al otro lado del río?

—¿Por qué quieres ir?

—La gente sin pelo ha construido un poblado al sur de aquí, en el Lago Largo. Quiero verlo.

—¿Por qué? No podrás entrar.

—¿Me expulsará la gente sin pelo?

Nia lo pensó un momento.

—No.

—Puedo soportar a la gente. Mírame ahora. He estado sentado charlando contigo y esta no es la época de los apareamientos. Si el poblado parece interesante, tal vez entre. Ara quiere información. Yo soy quien se lleva bien con la gente, así que soy yo quien ha venido. Pero el curioso es él.

Comieron el ave de tierra. Inzara escogió una manta y se fue al otro lado de la casa. Durmió en el suelo junto a su animal. Nia durmió dentro. Soñó con el poblado



de la gente sin pelo. Estaba allí, deambulando entre las grandes casas redondas. Inzara estaba allí, y otras personas que no reconocía. Algunas eran personas reales, personas con pelo, Otras eran como Li-sa y Deragu.

Por la mañana, llevó a Inzara al otro lado del río.

—No hay ningún buen sendero a lo largo del río. Tendrás que ir al oeste por la llanura y luego al sur.

Él hizo el gesto que significaba que comprendía.

Nia regresó a la casa de Tanajin.

Pasaron más días. Llovió mucho. Cayeron las hojas. El sol se movió hacia el sur. Cuando era visible, tenía el aspecto pálido del invierno. Le estaba entrando hambre, solían decir las viejas, aunque eso no tenía sentido para Nia. El sol era una hebilla. Todo el mundo lo sabía. La Señora de la Fragua lo había creado y se lo había dado al Espíritu del Cielo. Lo llevaba en su cinturón. ¿Cómo podía entrarle hambre a un cinturón?

No había nadie para responder a su pregunta.

Un grupo de viajeras llegó desde el oeste: Mujeres del Ámbar, camino de casa. Eran calladas y parecían perturbadas. Nia no preguntó por qué. Las llevó al otro lado. Le dieron una manta de piel moteada y una olla de estaño.

El tiempo seguía volviéndose más frío. Ahora había hielo en las marismas. Era fino y delicado al principio de la mañana y desaparecía a mediodía. Si lo tocaba, se rompía. ¡Aiya! Era como las copas en las que bebía la gente sin pelo, o sus extrañas piezas huecas de hielo cuadrado.

El sol continuó su viaje hacia el sur. El cielo era bajo y gris. Una mañana, Nia oyó truenos, pero no vio nada.

Otra isla, pensó. Subiendo o bajando. ¿Cuántas había ahora en el lago? ¿Adonde iban cuando se marchaban?

Inzara regresó. Encendió una hoguera. Ella fue y lo trajo.

—No pude hacerlo. Vi sus barcas y sus carretas. Sabía que mi hermano quería saber más. Pero no fui capaz de entrar. Ni siquiera después de que el hombre sin pelo me invitara.

Nia hizo el gesto de pregunta.

—El que conocí antes. Deragu. Me encontró en el acantilado sobre el poblado. Charlamos. Dijo que otras personas, personas reales, habían ido y visto la aldea, pero que no habían entrado. No muchas. Tres o tal vez cuatro. Me pidió que te diera un mensaje.

—¿Sí?

—Ven al poblado a pasar el invierno. Le hiciste muchos regalos al pueblo sin pelo, dijo, sobre todo a él y a Li-sa. Ellos te han dado poco. Esto hace que se sientan incómodos. Una carreta no se mueve en línea recta si los cuernicurvos que tiran de ella no están adecuadamente uncidos. Un arco no dispara en línea recta si los dos brazos no son de igual longitud.

Nía frunció el ceño.

—No recuerdo haberles dado nada importante.

Inzara hizo el gesto que significaba «es posible».

—Un intercambio no está completo hasta que todos están de acuerdo en que está completo. Es difícil decir qué tipo de persona causa más problemas..., la que se niega a dar o la que se niega a recibir.

Nia no dijo nada.

—Un año me apareé con una mujer a quien no le gustaba recibir —continuó Inzara—. Todo lo que yo le daba era «demasiado» o «demasiado bonito» o «demasiado bueno» para ella. En cuanto a sus regalos, que estaban bien, decía que eran «pequeños» y «feos». Me daban ganas de golpearla. Me escapé de ella lo más rápido que pude.

—Nia gruñó—. Conocí a la madre de la mujer. Tenía ojos como agujas y una lengua como un cuchillo. Nada era lo bastante bueno para ella. Creo que por eso su hija aprendió a pedir disculpas por todo lo que hacía. ¡Hu! ¡Qué fea costumbre!

Llegaron a la orilla oriental del río. Inzara la ayudó a empujar la balsa hasta la arena. Se quitó el collar de oro y ámbar y se lo tendió. Nia tenía ganas de decir que era demasiado a cambio de cruzar el río. Pero Inzara parecía nervioso, y no quería discutir con él. Aceptó el collar.

Él montó en su animal y agarró las riendas. Miró a Nia.

—Antes pensaba que nada me asustaba excepto la edad. Pero ese poblado me asustó. —Señaló al suroeste—. Estoy inquieto y enfadado conmigo mismo. Será mejor que me marche. —Tiró de las riendas. El animal se dio la vuelta. Inzara miró atrás—. Tal vez regrese en primavera. O tal vez venga Ara. El poblado no le asustará. Y Tzoon es como una roca. Nada lo turba jamás.

Se marchó. Nia se puso el collar. Era un bonito trabajo. El ámbar tenía forma de cuentas redondas, y el pez estaba hecho de piececitas de oro unidas. Se agitaba como un pez de verdad.

Regresó al campamento.

Al día siguiente nevó: cayeron copos grandes y suaves que se fundían en cuanto tocaban el suelo. Nia empaquetó sus pertenencias y limpió la casa. Dejó una bolsa de carne seca colgada del techo. Podía venir gente. Tal vez tuviera hambre. Dejó una olla, una jarra para agua y un cuchillo.

Después les echó un buen vistazo a sus cuernicurvos. Sus cascos estaban sanos. No había llagas en sus espaldas. Caminaban sin cojear. Sus ojos estaban despejados. Y sus hocicos. No encontró ninguna huella de gusanos o de insectos perforadores.

Nia hizo el gesto de satisfacción.

Sus manos no estaban completamente vacías. Tenía tres animales y comida y las herramientas para trabajar el metal que había dejado Ta-najin. Era más de lo que se había llevado del poblado del Pueblo del Cobre. Más de lo que se había llevado de su propio poblado cuando se marchó la primera o la segunda o la tercera de las veces.

Al día siguiente cruzó el río. Tuvo que hacer dos viajes. El primero fue fácil. El aire estaba quieto. El cielo era gris y bajo, pero no cayó nada de él. Ató dos de los cuernicurvos en la orilla occidental, y luego regresó.

Cargó el resto de sus pertenencias y el tercer cuernicurvo en la balsa. El animal bufó y pateó.

—¡Paciencia! ¡Tranquilo! Los otros no me han dado ningún problema.

Botó la balsa. Empezó a nevar. Los copos eran grandes y suaves. Caían lentamente. Para cuando llegó a la primera isla la orilla oriental había desaparecido, oculta por la blancura. Cruzó la isla y lo cargó todo en la segunda balsa.

La nieve era firme ahora y se asentaba en las ramas desnudas, en la carga que llevaba el cuernicurvo: las bolsas y las mantas. Había nieve en los hombros de Nia y en la áspera corteza de los troncos que componían la balsa. A su alrededor los copos tocaban la gris superficie del río y se desvanecían.

¡Aiya! ¡La blancura! Ocultaba la isla que acababa de dejar y no veía la isla que era su destino. Nia manejaba la pala y gruñía.

Desembarcó en el extremo sur de la isla. Nia empujó la balsa hasta tierra y luego la miró. Debía llevarla río arriba hasta el embarcadero adecuado. Pero eso requeriría tiempo, y la tormenta empeoraba.

—Que otras resuelvan este problema —dijo.

Condujo su animal hasta la última balsa.

Ese cruce fue más fácil. El canal era estrecho. Pero la nieve seguía espesándose. Cubría la balsa y el cuernicurvo y a Nia. Incluso la pala estaba cubierta de nieve. Cuando la alzaba y la movía, se desprendían copos de nieve. Hacían ruido al golpear el agua.

Se le ocurrió un poema. Nia no sabía si lo había aprendido de niña o si lo había compuesto allí mismo, en el río.

*¿Por qué vienes,  
oh, por qué vienes ahora,  
oh pueblo de la nieve?*

*Pueblo de zapatos blancos,  
¿por qué me molestas?*

Llegó a la orilla occidental y desembarcó el cuernicurvo, alabándolo por su buena conducta. El animal bufó y agitó las orejas.

—Lo sé. Lo sé. Querías crear problemas. Pero te has controlado. Eso es digno de alabanza. Ya se acabó. —Miró el río, el agua gris y la nieve que caía—. Llevaremos la balsa hasta tierra y luego iremos a buscar a tus compañeros. Y por la mañana nos dirigiremos al sur.

## Apéndice A: Una nota sobre pronunciación (en inglés)

Me eduqué con el sistema Wade-Giles de traducir el chino, pero en esta novela lo he convertido en Pinyin.

Lixia se pronuncia Lee-sha.

Yunqi se pronuncia Yoon-chee.

La palabra zi, que significa «sabio», se pronuncia zee.

Zhuang Zi (Chuang-tzu en el antiguo sistema) se pronuncia Juang-zee.

El resto de los nombres chinos se pronuncian aproximadamente como se escriben.

La i nativa, como la i Pinyin, es larga.

La a nativa suele pronunciarse como la a larga inglesa.

Nia se pronuncia Nee-ah.

In se pronuncia inn.

Ar se pronuncia como el inglés car o far.

Inzara se pronuncia Innzarah.

Ai se pronuncia hay.

Nahusai se pronuncia Nahoosay.

Yohai se pronuncia Yohay.

El sonido kh en el lenguaje del Pueblo del Cobre se pronuncia como la ch de Bach.

Todos los nativos hablan el lenguaje de los regalos, pero su pronunciación varía.

Nia puede pronunciar la g, pero no la k. Por eso su versión del nombre de Derek es Deragu. No hay sh en su lenguaje. Lixia se convierte en Li-sa. El oráculo puede pronunciar la k y la sh, pero no la p. El animal nativo que Nia llama osupa es osuba para él.

En todas las lenguas nativas el acento suele recaer en la primera sílaba.

Hay tres gestos nativos que podrían traducirse como «sí»:

Uno es el gesto afirmativo, que significa «sí, así es».

Otro es el gesto de acuerdo, que significa «sí, estoy de acuerdo contigo».

El tercero es el gesto de asentimiento, que significa «sí, eso debería hacerse, puede hacerse o se hará».

## Apéndice B: Diseño de nave espacial, por el doctor Albert W. Kuhfeld.

Para impulsar una nave casi a la velocidad de la luz, la masa de reacción misma debe viajar a velocidades relativistas en un chorro tan caliente que ninguna sustancia material puede soportarlo. Solo un campo de fuerza puede hacerlo.

Los campos magnéticos son los mejores campos de fuerza que conocemos: se usan en todo tipo de laboratorios para controlar las pautas de las partículas cargadas. La fusión nuclear es la forma que tiene la naturaleza de crear iones calientes. Un reactor de fusión de espejo magnético, con un espejo eyector a popa, crearía un tubo de escape nuclear parecido a un cohete.

La reacción  $\text{Li7} + \text{H1} = 2 \text{He 4}$  libera 17,3 MeV, sin ninguna partícula neutra que disperse energía en direcciones aleatorias e incontrolables. Es una de las reacciones más entusiastas del nacimiento estelar: cualquier tecnología con energía de fusión debería poder usarla.<sup>[1]</sup>

El hidruro de litio tiene una gravedad específica de 0,78 y un punto de fusión de 869 °C. Los habitáculos construidos dentro de una gran porción de este combustible sólido están protegidos por la masa de la mayoría de los gases y del polvo interestelar. Los átomos de hidrógeno son una buena protección contra los neutrones, mientras que los campos magnéticos desvían los iones interestelares.

17,3 MeV,, repartidos por igual entre los dos núcleos del producto, producen aproximadamente el 22% de la velocidad de la luz. La ecuación (no relativista) para la velocidad de la nave es  $m \, dV + v \, dm = 0$ , que se reduce a  $V = v \ln(m/m)$ .

Para alcanzar el 10% de la velocidad de la luz, la nave tendría que quemar el 37% de su propia masa, para el 20% de  $c$ , el 61 % de la masa. La posterior reducción a cero quemará el 61 % y el 85% de la masa respectivamente. El 15% de la velocidad de la luz sería un compromiso razonable. Con una eficiencia del 100%, acelerando al 15% de la velocidad de la luz y luego decelerando hasta cero, la nave llegaría con el 25% de su masa inicial, tras haber usado el 75% como combustible y masa de reacción. (Los errores cometidos por ignorar la relatividad son de poca importancia en comparación con aquellos que implican dar por supuesta la completa eficiencia. Los efectos de dilación temporal son solo de aproximadamente el 1 %.) Hacen falta menos de dos meses en gravedad uno para alcanzar el 15% de la velocidad de la luz. Incluso a una fracción de  $g$ , la mayor parte del viaje podría pasarse navegando libremente.

(El escape del cohete es una poderosa radiación alfa. Se trata de un vehículo ideal para dejar atrás a los enemigos, pero hay que tener cuidado con hacia dónde apunta la nave si esperas que te den la bienvenida en el regreso.)

Una nave que viaje a 18,2 años-luz hasta Sigma Draconis a 0,15  $c$  tardaría 122 años en la ida. Tiene que repostar (¡esperemos que sea un planeta con un océano de

agua que proporcione litio e hidrógeno!) antes de regresar. El viaje de ida y vuelta podría hacerse en unos 250 años; dedicando tiempo al estudio, lo más probable es que en más.

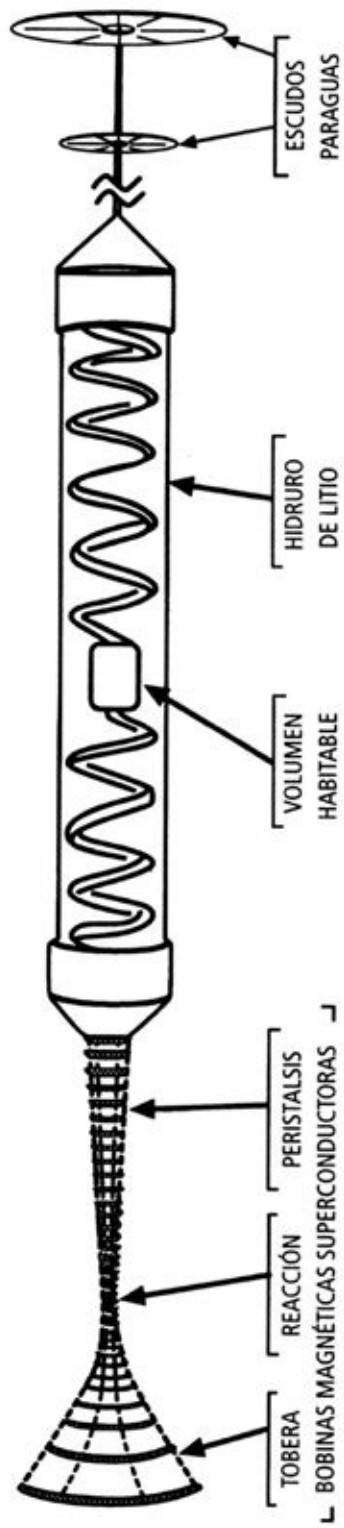
La mayor parte de la nave es combustible, un gigantesco cigarro puro de hidruro de litio: blanco si es puro, pero ¿quién sabe qué impurezas se le mezclarán (o serán consideradas útiles)? El eje largo señala en la dirección del viaje, para minimizar la sección cruzada y poner tanta masa como sea posible entre la tripulación y cualquier cosa con la que pudiera colisionar (a 0,15 c, los gases cósmicos se convierten en rayos cósmicos de baja energía: los granos de polvo crean cráteres enormes cuando golpean).

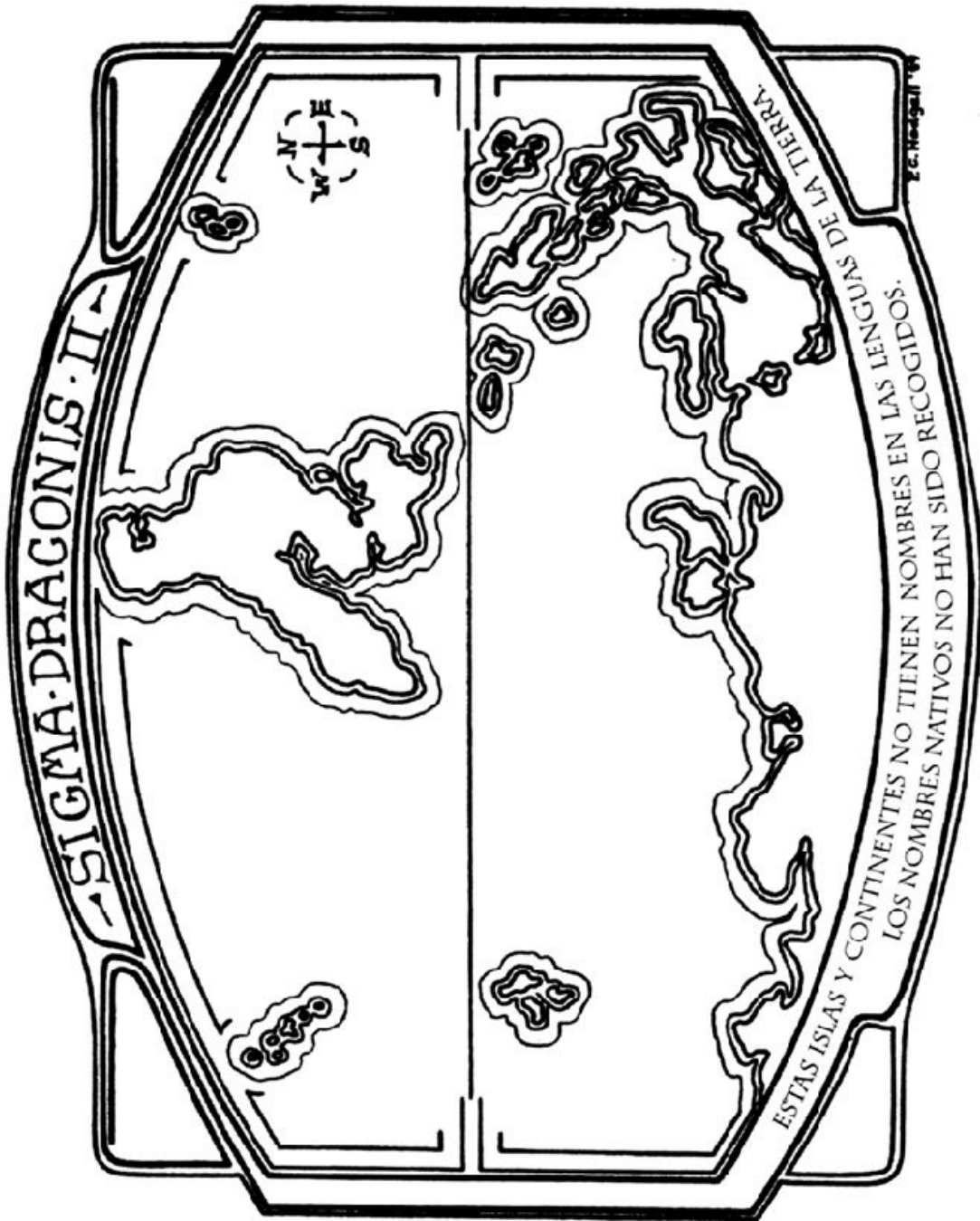
En la parte delantera del puro hay un escudo «paraguas» reparable: de muy poca masa, pero suficiente para desintegrar el polvo cósmico, esparciéndolo de modo que cause menos daño al cuerpo principal de la nave. Los habitáculos están dentro del «puro», protegidos de los peligros del viaje. Túneles en espiral serpentean de proa a popa hasta los extremos; como la radiación viaja en línea recta, un túnel en espiral la bloquea de manera efectiva.

Un cohete de fusión va en la parte posterior del puro, construido con campos magnéticos controlados y contenidos por imanes superconductores. Hay muchos espejos magnéticos en serie, así que una partícula que se filtre a través de un espejo quedará atrapada en la siguiente cámara. Los campos mueven hacia popa los gases ionizados de un modo similar a la peristalsis con regiones de campos magnéticos altos y bajos. Las partículas ionizadas son contenidas en las regiones de campo magnético bajo por los campos más fuertes delanteros y posteriores, comprimidos en densidades cada vez más grandes hasta que se funden. En este punto los campos magnéticos traseros desembocan en una tobera de fuerzas.

La parte trasera lentamente se va comiendo la longitud de la nave, suministrando combustible al motor. La cantidad de hidruro de litio anterior y posterior a los habitáculos se elige para que el motor use la mayor parte del combustible trasero para acelerar: luego, a medida que la nave se acerque a su destino, los extremos se sueltan y la nave se invierte, de modo que la sección delantera (ahora necesitada de más combustible que de protección) conecta con el motor. El escudo paraguas es descartado como masa sobrante, y será reconstruido durante el re-postaje.

La deceleración presenta un problema interesante, ya que difícilmente puede colocarse un escudo paraguas tras el motor principal. Pero el aliento caliente de un motor como este convertiría casi todo en un radio de un año-luz respecto a la tobera en vapores iónicos... y los campos magnéticos del motor protegen la nave de los iones. Una nave al llegar parece un enorme cometa, con una cola que marca su camino en vez de apartarse del sol... y como los cometas de antaño, puede ser un presagio de cambio.







# Notas

[1] Martin Harwit, *Astrophysical Concepts* (Nueva York: John Wiley & Sons, 1973) pp.335-343. <<